

OBRAS COMPLETAS DE MARIO ROSO DE LUNA
VOLUMEN II

BIBLIOTECA TEOSÓFICA DE LAS
MARAVILLAS

Serie A – Tomo II

EN EL UMBRAL DEL MISTERIO
CIENCIA Y TEOSOFÍA

Prólogo de Enediel Shaiah

(Segunda Edición, Considerablemente Aumentada)

Madrid

Editorial Pueyo

Calle del Arenal, 6

1921

PRÓLOGO

MARIO ROSA DE LUNA

Roso de Luna es un teósofo que me merece positivo respeto como persona de hondo pensar y de mucha ciencia, y estoy seguro de tener sobradas razones para decir que el autor de *En el Umbral del Misterio*, al modo de los ígneos cuerpos de las regiones estelares, brilla en el cielo de la teosofía con luz propia, con la potente luz de una inteligencia que en sí guarda la inextinguible lumbre de una poderosísima intuición.

Cuando Roso de Luna llamó a las puertas de la Sociedad Teosófica, ésta pudo sentir la más legítima de las satisfacciones. Demandábale el paso un hombre de ciencia, un sereno y original contemplador de las verdades universales, un teósofo iniciado, no por las rapsódicas enseñanzas de cualquier propagador de más o menos teosófico fuste, sino por la iluminación del espíritu, por la luz que en la mente engendra la alta reflexión de los misterios del Universo, cuando asciende a las ignotas regiones de lo infinito, pidiendo fuerza a la inspiración del genio, y alas a la lógica y al saber.

Como el gran matemático Wronski, Roso de Luna, profundo conocedor de la ciencia de la cantidad, elévase desde este campo al de las más altas concepciones de la Metafísica del Ocultismo; como los ilustres Zoëllner, Gauss, Helmholtz, Lobatschewsky, Riemann y Spotiswoode, el estudio del Álgebra y de la Geometría le lleva al de la cuarta dimensión de los cuerpos y otras sucesivas, y así Roso de Luna halla una feliz demostración de los diversos planos de la existencia substancial, demostración matemática de un valor definitivo, que nunca los teósofos le podrán agradecer bastante; como el renombrado Crookes, aplica a la física el estudio de las seriaciones numéricas, y halla formada por la naturaleza misma la prodigiosa pauta de fuerzas conocidas y de lugares de la serie que corresponden a las ignoradas; estableciendo una elocuente identidad entre lo que la ciencia ya sabe y entre lo que la doctrina esotérica descubre; como los ilustres químicos Wendt y Mendeleef, pide al número y a la serie, el gran misterio de la unidad de la materia, y al hallarle, redime a los

alquimistas, con elocuentes razonamientos, de un injustificado desdén; como astrónomo, el autor de *En el Umbral del Misterio*, que goza de una reputación bien merecida y es descubridor de un cometa que lleva su nombre, establece las bases de una científica explicación del origen y desarrollo de los mundos, donde impera el criterio del Ocultismo, y como antropólogo y arqueólogo halla en ciertas piedras de Extremadura curiosísimas revelaciones, legadas por una remotísima antigüedad en raros monumentos jeroglíficos y paleográficos, donde, por el análisis de hábiles cronologías sidéreas, Raso de Luna descubre el testimonio histórico de la Humanidad que pobló el famoso continente de la Atlántida.

Sí, puedo asegurarlo. Roso de Luna obtuvo esa iniciación en los más altos misterios de la ciencia por esfuerzo propio, antes de que a nadie oyera hablar de la Teosofía ni del Ocultismo; y cuando supo lo que predicaban estas doctrinas, cuando leyó algunas publicaciones de esta clase, regocijado por la tan, al parecer, sorprendente coincidencia de opiniones, buscó con ansia a sus desconocidos hermanos en creencias y apresuróse a brindarles su más incondicional adhesión y concurso. Así fue como Roso vino a llamar a las puertas de la Sociedad Teosófica, en España; así fue como Roso se incluyó en las huestes de los teosofistas, y así fué como los teosofistas españoles pudieron incluir en sus cuadros un nombre digno de tanto respeto.

* **

Roso de Luna ha escrito mucho. Una de las veces que en su casa estuve, me enseñó cierta caja donde tiene escondidos sus originales y los periódicos en que se han publicado fragmentariamente mil análisis y observaciones suyas. Hay allí un hermoso caudal, un tesoro de trabajo hecho, que se propone ir dando a luz en una serie de libros, a la que pertenecen éste de ahora y el anterior, titulado *Hacia la Gnosis*. En el orden de su aparición, les precede otro editado en París y puesto en francés por el señor Toro y Gisbert, que se titula *Evolución Solar y Series Astro-Químicas*. Declaro francamente que ésta es la obra más revolucionaria en el campo de la astronomía que conozco, y que la empresa de atacar en sus propios fundamentos a la teoría cosmológica de Laplace implica una gran convicción y un enorme atrevimiento, que haría vacilar al ánimo más decidido. Cuando la leí, quedé maravillado: nunca pude

imaginar que existiesen tan admirables y originalísimas maneras de ascender al conocimiento y comprensión de la vida de los astros, desde el punto de vista del análisis numérico, para crear una astronomía tan nueva (en los países de la cultura occidental) como hermosa y exacta. Y en este libro, donde marchamos de sorpresa en sorpresa, ponen coronamiento a toda admiración dos capítulos finales denominados *Nuestras ideas y el mito* y *Los atlantes de Extremadura*, que desentrañan el valor positivo de remotas tradiciones de países y de razas que existieron en el mundo hace muchos, muchísimos miles de siglos.

Pocos meses después de haber aparecido este trabajo, Roso de Luna publicó *Hacia la Gnosis*, y ¡caso curioso! para tal libro, entre los muchos editores que en Madrid hay, sólo la tan bien reputada casa del inteligente y simpático Gregorio Pueyo aceptó con verdadero placer la misión de editar la obra.

Hacia la Gnosis es un conjunto de estudios donde el autor esparce algunas de sus teosóficas ideas, y de tan sencillo modo como con atrayente forma de literaria creación, consigue que resulten agradables y llanamente accesibles temas de ciencia y de filosofía de carácter tan especial como metafísico y abstruso. *En el Umbral del Misterio* prosíguese la labor comenzada en *Hacia la Gnosis*, y tanto éste como el otro libro contienen todo un mundo de ideas; pero un mundo novísimo, donde por sucesivas graduaciones la mente pasa, sin esfuerzos ni violencias, del plano de los fenómenos más vulgares de la vida orgánica e inorgánica, al de las fuerzas ignotas y al de los principios de creación que constituyen el gran secreto de la Ciencia Oculta.

La significación de Roso de Luna como teósofo es muy alta; no pocos tropiezos y obstáculos ha tenido que vencer, y no pocas rémoras han de oponerse todavía al feliz desarrollo de sus proyectos. Pero Roso es un hombre todo voluntad, y no dudo que llegue a conseguir lo que desea.

¿Ayudas...? No lo penséis; no las ha encontrado... ¿Descréxito...? ¡Oh!, eso, constantemente. Y por si no bastaba la terca prevención de los que ni hacen ni dejan hacer, tampoco han faltado los que dicen que la labor de Roso es obra de locura. ¡Es claro...! ¿Cómo no ha de parecer loco quien piense y proceda sin el menor estímulo de

personal interés, en estos días en que tanto abundan las opiniones fundadas en el tanto por ciento, o en los fervores de la egolatría...?

Sí; la enorme, la estupenda *locura* de Roso está en la nobleza de corazón que le impele a ser, desde el primer momento, un gran amigo de cuantos le hablan, y en sus altos modos de pensar, que le obligan a sacrificarlo todo por la idea. Todos comprendemos que de sobremesa, cuando está bien harto el estómago y libre el espíritu de preocupaciones enojosas, se dediquen unos instantes a hablar de raras teorías, de creencias esotéricas, de amor intenso a la Humanidad y de consagrarse lo mejor de la vida a la práctica del bien y al estudio de altas cuestiones; pero si se trata de dejar esas comodidades de la vida, de exponerse a recibir grandes sufrimientos y sinsabores, de perder hasta el propio reposo, por dar un paso hacia la luz en la dolorosa vía de adversidades que el mundo abre a toda idea nueva, entonces los ánimos faltan, los admiradores desaparecen, y sólo *los locos* quedan, *los locos* que saben sacrificarse en aras de un purísimo amor a la Verdad y al Bien.

ENEDIEL SHAIAH

UNA LECCIÓN DE MAGIA BLANCA

Si queréis realizar verdaderos milagros, tratad al hombre como a un sér superior – aunque un demonio sea–, al niño como a un hombre, al animal y al loco como a un niño, como a un irracional a la planta, y al propio mineral como a un vegetal cualquiera.

El alcance trascendental de semejante proceder no os lo podéis imaginar bienamente. Desde la Pedagogía y la Sociología, hasta la Agricultura y la Zootecnia, todo se encierra en esto. Vais a verlo.

Cuantos conocen el corazón humano, saben que el bien y el mal están, ligados en nuestras acciones de un modo inextricable. El afán de riqueza, fama y honores; el temor al dolor, el anhelo insaciable del placer, el mismo apego a la vida, suelen ser el móvil de nuestras acciones; pero es tan intensa y honda la fuerza de la Ley de Justicia, que en la enconada lucha del altruismo del Ideal con el egoísmo de nuestra condición misérrima, siempre se deja oír su voz en el fondo de nuestro espíritu, voz a la que suele llamarse conciencia, estado sublimal tocado de la infinitud de lo divino.

Mientras más perverso sea un hombre, tanto más ansioso está su conturbado espíritu de esa ilusión del bien que parece negarle sus dones excelsos. Un solo toque a su vanidad, un solo empuje en tal sentido, dado con buen arte, pueden producir en su condición malvada beneficios e impulsos pasionales hacia lo justo, tanto mayores cuanto más apartado se halle habitualmente de estado tal.

Acordaos, si no, de aquel Cartouche tan *bien educado*, que se deshace en excusas ante una dama por haberla asustado al arrojarse desde el tejado por la chimenea, huyendo de sus perseguidores; de aquel Mussolino, encanto de las mujeres; de aquellos *Tempranillos* y *Panchamplas* de nuestra Andalucía, devolviendo el dinero robado, y doble más, a determinados desvalidos, y realizando, a su modo, acciones generosas que aún admira el vulgo, en *Diego Corrientes* y *Caparrota*. Proverbiales son, también,

los buenos sentimientos de ciertas prostitutas y la justicia distributiva que suele reinar entre los malhechores, tahúres y demás gentes de su especie.

Aunque por dentro *quede otra*, y estemos siempre en guardia, nada resulta tan práctico como dar el trato más selecto a los más pillos. Todo el que tenga alguna experiencia mundial habrá podido apreciar alguna vez las ventajas de proceder semejante, practicado con tacto exquisito, cosa nada extraña, porque un ángel caído es todo hombre, y en los pliegues más hondos de su inconsciente, yace ese recuerdo vago, como la primera de sus ideas innatas, que le llama desde lejos hacia una redención siempre posible.

En tratar al niño cual a un hombre pequeño, cifra hoy la Pedagogía integral su mayor triunfo. Desde que Lindsey, George, Perry y Wilcox han descubierto al niño normal en el niño delincuente, y desde que hemos averiguado que el pequeñuelo, dentro de su progresiva condición, y antes de pensar con lógica, obra lógicamente, se ha ensayado, sobre todo en América, el sistema de gobierno escolar de los niños por los niños, con los maravillosos resultados que de la Escuela-Colonia de Franklin nos refiere Ernest Nilson, en el *Monitor*, de Buenos Aires, transcrto por *La Educación Física Nacional*.

Dichos sistemas, que hacen al niño la justicia de considerarle un hombrecito, un ciudadano futuro, demuestran cumplidamente nuestro aserto, y aqueste tema resulta digno de un extenso artículo donde se estudiase esa compleja condición instintiva del pequeño que, sin razonar, lo adivina todo y angelicalmente todo lo dice...

Conozco la casa donde me quieren con lealtad o donde me traicionan, por los sirvientes y por los niños.

En cuanto a los animales irracionales y a los locos, tratarlos debemos como a niños, con amorosa indulgencia, con sensata solicitud, a la que siempre, y en todo caso, responden. Respecto de los segundos, nos dieron buen ejemplo hace dos años los asilados de Ezquierdo, *alternando*, en toda la extensión de la palabra, con los cuerdos, en cierto banquete íntimo, donde comieron como discretos, pronunciaron brindis y hasta trabajaron en él teatro... De los animales, no hay sino comparar los cautelosos gorriones españoles, apedreados siempre, con los confiados gorriones parisienses, que

comen en las manos mismas del público de los jardines, o parangonar el caballo de *cab* inglés, docilísimo a la intención, casi más que a la mano del que lo guía, sin pegarle nunca, con nuestro *penco* de plazuela, eternamente mal comido, apaleado en vida, y expiendo con la muerte las culpas de sus brutales dueños destripado en la arena de la barbarie taurina. La selección cuidadosa que la Zootecnia preconiza; aquí se opera a la inversa con los malos tratamientos a los animales de toda especie, gracias a lo cual nuestras degeneradas razas pecuarias, caballares, bovinas, etc., no son ni sombra de lo que antaño fueron, y ser pudieran nuevamente, y aquí de la misión social que llenan las protectoras de animales y plantas, por las que yo quisiera que nuestro pueblo se interesase como corresponde a su cultura.

Si las ventajas del cuidado tutelar de las plantas no equiparase ya bastante a éstas con los animales en sus curaciones, tratamiento de parásitos, selección, etc., tenemos demostrado con los profundos estudios de la nitrificación, los fermentos del suelo, los abonos químicos, etc., *que hoy*, gracias a la Ciencia, *piensamos a las plantas exactamente igual que a los animales*: tanto nitrato potásico para el garbanzo, tanto fosfato de cal para las gramíneas, tanto y cuanto mantillo para el apio de la huerta.

Hasta esos minerales, aparentemente inertes, tocados están de una biología que ha nacido en el mismo siglo dichoso que ha roto también con la inmutabilidad de los cielos. Ya hay Tratados en lengua inglesa y alemana acerca de las enfermedades de las perlas, de las atonías de transparencia del diamante y otras cosas a este tenor, de las cuales hace cincuenta años nos hubiéramos reído. Dichos Tratados opinan como nosotros en lo relativo a considerados minerales como unas plantas de larguísima vida, que plantas parecen, al fin, las herborizaciones cristalográficas, las dentritas del cuarzo y manganeso, los *musgos* de cobres, plomos y platinos.

Creo haberlos convencido, lectores, de la bondad del aforismo que encabeza este artículo; pero, en realidad, hubiera podido ahorrarme todo otro razonamiento que no fueran los nacidos de la sana y calumniada filosofía. *Un mineral que se transforma en una planta, una planta en un animal, un animal en un hombre, un hombre en un rishi y un rishi en un dios*, dice la Doctrina Arcaica.

También nos dice lo mismo, *en parte*, la evolución darwiniana.

Nuestra magia, pues –como todas las magias buenas–, se reduce a una cosa trivial, evidentes: la de ponernos de parte de la Ley Natural en sus progresos para realizar *imposibles, que son posibles*, removiendo los obstáculos que se oponen a su desenvolvimiento. Esta es la moderna ciencia de hacer milagros. Creedlo. Algo semejante ha sido también entre los pueblos de Oriente la incomprendida taumaturgia.

CIENCIA Y VIRTUD

Oportuno estuvo el Sr. Navarrorreverter contestando al Sr. Ventosa, en la Academia de Ciencias, al hacer resaltar el contraste moderno entre una ciencia, “cuya grandeza nos hace fuertes”, y ese inmenso vacío que la misma nos deja en el alma, tras sus más portentosos descubrimientos.

El paralelo resulta brutal, anonadador. Al lado de la Astronomía matemática, que con Leverrier descubre por el cálculo a Neptuno, antes de verle, y con Bessel adivina, de igual modo, la compañera de Sirio, catorce años antes de que esta estrella hiriese por primera vez la retina de Albán Klark, existe esa otra: Astronomía *amatemática*, por decirlo así, que sólo a fuerza de constantes arbitrarias, empíricamente intercaladas en los cálculos, medio explica, no más, los movimientos de la Luna y las perturbaciones de Mercurio; y junto a esas prodigiosas intuiciones de los movimientos propios de las estrellas, que llevaran a Herchell a la deducción del apex solar, o punto del cielo hacia donde el sistema solar parece dirigirse, la penosa incertidumbre acerca de las distancias de la casi totalidad de los astros del firmamento; la anarquía respecto a la forma de nuestra nebulosa galáctica; la duda que envuelve a todo el problema nebuloso, a la distribución de las estrellas, a su número limitado o ilimitado, a la probable vida futura y pretérita del Sol y a cien otros problemas.

A través de distancias inmensas, imposibles de abarcar en los límites de la comparación de magnitudes, la ciencia todo lo ve, todo lo investiga, todo lo pesa, todo lo analiza... Los movimientos sidéreos, las fotosferas y las manchas de los soles; las dimensiones y volúmenes de los astros; las densidades de sus manchas; la composición de su materia; sus orígenes y transformaciones; su porvenir y su destino, todo, todo eso lo investiga el hombre, todo lo conoce, todo lo sabe... Pero —agrega el ilustre ex ministro—, “el mismo poeta, que arranca a su lira ditirambos en honor de la omnipotente sabiduría humana, llega al fin de su himno apologético, y entre dudoso y vacilante, añade con Bartrina:

Mas ¡ay!, que cuando exclamo satisfecho
¡todo, todo lo sé...!
siento aquí, en mi interior, dentro del pecho
un algo..., jun no sé qué...!”

Efectivamente, conocer al pormenor la composición química de los astros, e ignorar cómo son los polos de la Tierra; saber, casi, los destinos sociales, e ignorar los propios humanos destinos; sondar los espacios cerúleos, dejando insondables e insondados los abismos terrestres, los volcánicos y los marítimos; medir la velocidad de la luz y la fuerza de la atracción, sin conocer la fuerza del amor en su proteísmo, ni las leyes del pensamiento; sorprender el mecanismo todo de los cielos, los movimientos radiales y angulares de los astros, y seguir en tinieblas acerca de nuestra propia y titánica máquina de sentimientos, ideas, percepciones y voliciones, es algo paradójico, algo falso y deleznable, algo semimaldito, que viene a acrecentar las torturas de nuestros vivires y las tristísimas tenebrosidades de nuestros ignorados destinos.

—¿No sería preferible, dice el uno, saber menos, y ser mejores? —¿No sería más cuerdo, sentir más y pensar menos? ¿Alimentar más al noble corazón, que anémico y empobrecido yace, merced a la teratología de una estéril cabeza? El astro recién entrevisto en el campo telescópico o en el fotográfico, entre los de décimasexta magnitud, a distancia de siglos del lumínico correo de los 30.000 kilómetros por segundo, ¿mejora realmente la humana condición? ¿Quita una pena al millar de nuestros diurnos pesares? ¿Enjuga siquiera una lágrima...? Apartad de mí, si no, esa ciencia maldita, cual Schiller pedía a Dios que le privase del funesto don de ver en la ciudad de los eternos ciegos, los ciegos del amor, los de la ciudad doliente del poeta florentino.

Esa ciencia yerta, esa ciencia falsa sin virtudes, sufre, a tiempos, en sus derroteros las brutales correcciones de la Ley natural, que Ley Eterna es sin disputa. Por eso no resulta maravilla que le lleguen momentos de apagamiento, cual el de los bárbaros; de superstición, cual los medioevales; de desmoronado y de escepticismo, cual los de la Enciclopedia; de revolución general, cual modernamente sucede con el radio, “que lleva dudas a las fronteras de la negación de los grandes principios en que descansan las teorías de la mecánica celeste y de la dinámica corpuscular, y el gran principio de la

conservación de las energías; el de la acción igual y contraria a la reacción; el de la conservación de la materia; la teoría de la aberración de la luz; los movimientos aparentes de los astros, porque todo está ya en tela de juicio y todo anuncia una crisis profunda en las mismas ciencias astronómica y fisicomatemáticas”.

Convengamos, pues, con el Sr. Navarrorreverter, en la necesidad de una tendencia de conciliación, más que eléctrica, armónica, que evite, por igual, los decaimientos y los ensobrecimientos científicos, y si no queremos decir con el Eclesiástico que el principio de la sabiduría es el santo temor de Dios, digamos al menos: “No busquemos jamás la Ciencia sin virtudes, ni consintamos en no desarrollar el corazón al unísono de la cabeza.”

El hombre no se regenera sólo por el sentimiento. Tampoco por el conocimiento solamente.

Por eso, para las escuelas orientales es principio inconcuso que la sabiduría se diferencia de la mera inteligencia en que la ciencia y el amor la integran en consorcio bendito.

Y he aquí cómo el hombre resulta ambidextro y verdaderamente celeste e invencible.

MATAR A LA MUERTE¹

Entre las buenas cosas que dijo Navarro Ledesma en su discurso –resumen de la fiesta del Centenario del Quijote, ninguna tan digna de tenerse en cuenta, por nuestra Sociedad, como la de que hay que *matar a la muerte*.

El temor a la muerte es causa, en efecto, de la mayor parte de nuestras desdichas.

Herencia medioeval, o más bien herencia de todos los tiempos, no ha desaparecido aún de nuestros corazones.

La falta de ideales de los unos, los erróneos ideales de los otros, son motivos para que se mire con pavor lo que debiera recibirse serenamente y considerarse como el más lógico cumplimiento de una ley natural que, cual todas las cosas naturales, resulta misericordiosísima.

Los despotismos teocráticos de todos los tiempos y cuantas explotaciones han existido del débil por el fuerte, debiéronse a este maldito temor, causa siempre de tristes misoneísmos.

La educación tradicional europea es la más desastrosa que darse puede en tan esencial cuestión de nuestra vida.

Las cerradas ortodoxias de otros tiempos; sus falsos infiernos tremebundos, donde un día tan sólo de humana debilidad decía castigarse con penas sempiternas, esterilizaron nuestra razón ante el Misterio, y, al hacernos cobardes, dejamos de ser hombres y caímos víctimas de nuestra propia debilidad.

De aquí tanta y tanta neurosis religiosa, que ora llevaron al hospital, ora al claustro, a gran número de crédulos, ganosos de conseguir, con una muerte en vida, una vida tras la muerte.

¹ Esta crónica fue el punto de partida para el actual tomo VII de la BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, que tiene por título *El libro que mata a la muerte, o libro de los jinas*.

La inevitable reacción escéptica ha traído el mal contrario. Ahogados los más nobles espiritualismos y las más legítimas esperanzas de una vida mejor de ultratumba, justo premio a sentidos anhelos de aquí abajo, natural es que nos sintamos más aferrados a una vida única que se nos escapa, y tras la cual sólo nos aguarda la aniquilación inconsciente y absoluta.

Cosa bien distinta es la del que cree, como creyeron dos grandes hombres del pasado, el incomprendido Pitágoras y el divino Platón, en realidades *post mortem*, cumplidas, ora en ignotas regiones del espacio, ora en los mundos que en él pululan por millares, o bien retornando cien y cien veces a la Tierra, con ese mismo movimiento cílico con que todo retorna en la vida, ciclo evidenciado en la marcha de las estaciones, en la de las ideas y en otros fenómenos naturales.

Retorna el oxígeno, que mediante combinaciones y descomposiciones cíclicas se incorpora con el carbono en la respiración animal, y se separa de él por la función vegetal de la clorofila, tornando a ser respirado y separado en ciclos sin fin, en la sucesión de los tiempos; retorna el agua del mar, que pasa de éste a las nubes; de las nubes a las fuentes y ríos, en otro ciclo o rotación inacabable y prodigiosísima; retorna, gira, se mueve en ciclo, una y cien millones de millones de veces, la corriente marítima y la corriente atmosférica, la corriente de savia, la de sangre, la de linfá; todas, en fin.

Por eso dice el sabio poema del Ramayana, en uno de los diálogos de Krishna y Arjuna, que si todo lo que nace tiene que morir, cuanto muere ha de renacer indefinidamente, en virtud de la asidua observación natural que establece la ley cílica, como la más augusta de las leyes que rigen al Universo entero, desde el átomo hasta el astro.

Por eso, también, agregó Schelling que la Naturaleza no es una masa inerte para quien sabe comprender su sublime grandeza, sino la fuerza creadora del Universo, fuerza siempre eficiente, primitiva, eterna, que alberga en su seno todo cuanto nace, perece y renace indefinidamente, y nuestro Castelar dijo que un día eterno en el cielo, y un día eterno para el hombre, nos incomunicarían con la creación, el primero, y el segundo con el Creador.

Hay que creer en la vida y en la muerte como simples aspectos de una sola y única cosa. La ley de acción y reacción, de energía activa y latente, de luz y sombra, de oscilación pendular y eterna entre órdenes mal diferenciados por nuestra miopía, de presencia y ausencia, labor y descanso, seminación y fruto, en un indefinido viajar hacia idealidades ignotas de inaudita hermosura, donde nuestra personalidad se anegue en el piélago insondable de lo Incognoscible, y donde descanse un tiempo para retornar, ya de otro modo, es decir, de esa sobrehumana y desconocida manera que las religiones califican de entidades angélicas, de *daimones* familiares, de penates o de genios.

¿Será esto realmente así? Demostrároslo no puedo. Hoy no han salido aún estas cosas de los incommensurables dominios de la intuición y de la imaginación, para entrar en el del raciocinio pero si recordamos la historia de los siglos, veremos que en materia de descubrimientos portentosos siempre la realidad ha excedido a todas las fantasías en ciencias, industrias, artes y cuanto abarca la humana y secular labor.

No temamos, pues, a la muerte: no es ella término, sino puerta de la vida, que por algo se cumple con ella el más augusto y misterioso de nuestros naturales destinos. Eduquémonos, no para morir, sino para la vida de la realidad, amasada, en justa proporción con los más exquisitos idealismos. Haciéndolo así, el hombre es un dios, porque se domina a sí mismo frente al más espeluznante de los temores.

Una consideración no más que servir puede, en efecto, de un dulcísimo consuelo. La muerte es, sin disputa, una triste verdad para los que aquí quedamos; pero tratándose de los casos de muertes naturales exornadas con los suaves adormecimientos inconscientes del sueño, ¿podremos asegurar, de igual modo, que sea la muerte una realidad para el que marcha? En el momento supremo en que salga de tal inconsciencia, ¿no verá él la ulterior realidad que le espera, y vendrá, así, a no darse cuenta de cuanto le ocurre? Si tal acaeciese, la muerte carecería para la víctima de toda realidad objetiva atormentadora, o lo que es lo mismo, después de tanto ruido, le resultaría no más que una insigne mentira.

¿Lo dudas, lector?

Pues yo te ruego encarecidamente que te fijes en esta sola cosa, ya advertida por Bossuet: en que la experiencia *consciente* y diaria, al presentamos el espectáculo continuo de la muerte en nuestro derredor, nos demuestra que también a nosotros nos ha de tocar un día nuestro turno de morir; mas, por otro lado, y sin que nadie haya podido explicarnos el por qué de ello, hay algo harto extraño en nuestro *inconsciente* a quien repugna la idea de no ser o del morir, tanto, que aunque llegásemos a centenarios, siempre pensariamos y obraríamos como si jamás hubiese de interrumpirse nuestra existencia.

Sólo la Teosofía, al enseñarnos la distinción entre nuestra Triada Superior de *Atma-Buddhi-Manas* (Espíritu, Amor y Mente superior) y los elementos del Cuaternario Inferior: *Manas inferior* y *Kama-Manas* (cuerpo de pasiones y deseos), *Lingha-Sharira* (cuerpo sideral o astral), *Stula-Sharira* (cuerpo físico) y *Prana* (o vida inferior), puede explicarnos tal dilema, diciéndonos que como estos últimos elementos constitutivos de nuestra *personalidad* o cambian a cada encarnación o *mueren*, es natural que *conscientemente* (por virtud del Manas inferior) tengamos evidencia acerca de tal muerte; pero, por otro lado, como aquella Triada Superior y Supraconsciente que nos cobija constituyendo nuestra Individualidad verdadera es la misma siempre y subsiste de encarnación en encarnación como collar que ensarta las múltiples cuentas de nuestras existencias terrestres, resulta lógica también dicha idea innata que desde lo más íntimo de nuestra conciencia psicológica nos grita, sin que la prestemos 'oídos':

¡Insensatos, yo fuí, soy y seré, como la Diosa Isis, de los misterios de Delfos! ¡Para mí no hay presente, pasado, ni futuro, ni muerte, ni vida porque soy el Misterioso Vigilante, la Divina Llama que preside a todas vuestras existencias terrestres ... !

LA SIMPLIFICACIÓN DE LA VIDA²

Creedlo. Es preciso simplificar la vida, porque, de otro modo, llegará ella a ser una carga insostenible.

Daos un paseo por esas calles; entrad en distintos centros, llámese oficinas particulares, fábricas, almacenes o lo que sean. No veis allí hombres, sino esclavos, sobre los que pesa una maldición mayor que la de los peñascos de Sísifo. No hay paz, no hay calma para ellos; cual el Judío errante, oyen siempre una voz secreta que los grita: ¡Anda, anda, anda!

Los cerebros están embrutecidos por excesiva tensión, los sentimientos yacen atrofiados, las fantasías aherrojadas, empobrecidas, exhaustos de vida los corazones y decrepitos los organismos, por la *surmenage* o agotamiento que determina una existencia tan en pugna con las leyes naturales más rudimentarias.

Hay necesidad, no de paliar tamaño mal, sino de imponerle enérgicos correctivos, en sus fuentes mismas, en las causas originarias que le determinan.

Son ellas, por desgracia, múltiples, apuntemos algunas.

La primera acaso sea nuestra propia vanidad. Todos nos creemos grandes señores.

Nuestra modestia no es más que social, aparente pero no íntima. Así, cada cual sueña con ser diputado, alcalde o cosa que huela a caciquismo explotador, que nos dé patentes corsarias para el dinero, la influencia o la gloria ilegítimas.

Una centésima parte de la fuerza empleada en estas luchas de pasión a pasión y de hombre a hombre, cuando no de villano a villano, bastaría para inmortalizar en la ciencia el arte, la producción o los apostolados altruistas a sus equivocadas víctimas.

Por esa misma española y petulante necedad, que se llama manía de las grandezas, nadie está contento con su suerte; de ella todos reniegan y son horrible infierno, por tanto, hasta los dulces y tranquilos vivires de la familia.

² Publicado en *El Globo*, Madrid, N° 10.874, miércoles, 23 de agosto de 1905.

De familia hablamos, y he aquí que la mujer, con su afán de ostentaciones y lujos, contribuye no pocas veces al desequilibrio económico, origen de aquellas tensiones del espíritu que buscan compensación en el fruto de un trabajo excesivo. La señora de la casa ni se aviene con frecuencia a la modesta esfera de la clase media. Precisa criadas, lujosos mobiliarios, veraneos ostentosos, galas, trapos, afeites y joyas, con su adecuado tren de coche o automóviles, aunque... robados sean por el marido con mil suertes de malas acciones, intrigas, engaños y truhanerías.

Y el *qué dirán*, ¿quién sabe los daños del *qué dirán* maldito? Por él todos los lujos, todas las sandeces, todos los extravíos. En los actos de la vida civil el pueril temor al *que dirán*, propio de nuestro gregario carácter que de su animalidad no ha perdido las huellas, nos obliga a desembolsos excesivos.

Así los actos aquellos resultan verdaderamente temibles, por el cortejo de dispendios superfluos, como hijos de la humana *bêtise*, que nos traen aparejados ¿Se os avecina un bautizo, boda, entierro o cosa parecida? Pues preveníos.

Los honores fúnebres son algo que, por lo brutal y lo carnal, espanta.

“El Excmo. e Ilmo. Sr. D... falleció, etc.; todas las misas que se celebren en las parroquias a, b, c y n, le serán aplicadas”; y esto es lo de menos, como homenaje piadoso. Lo de más es la fastuosidad de los coches, los blandones y demás útiles-inútiles funerarios, sobre todo, ese gasto, más que de dinero, de tiempo, en pésames frívolos, gracias y demás requiebros, que hacen del augusto momento toda una comedia, una farsa, mejor dicho. Contra ellos clamaba, días pasados, en la mejor revista de Francia, un escritor ilustre.

Claro, absorbidos por tanta y tanta balumba de trivialidades, escarceos, nonadas y personalismos, nuestra labor es y tiene que ser absolutamente egoísta. No caben en nuestros pechos ni en nuestras mentes ninguna de esas ideas tenaces, generosas y prácticas que inmortalizaran a muchos hombres de nuestro pasado. Oro, oro, influencia personal, estilo del Instituto de Rochester, es lo que el hombre anhela. ¿Cómo las grandes redenciones van a operarse así? Es imposible.

Vengamos, pues, a los sencillos vivires que no son patrimonio exclusivo de los poetas, pues por ellos dieron su sangre abnegados cual Savonarola y Giordano Bruno. Ellos animan y vivifican al *home* británico, modelo de organismos fecundos que no se cuidan de lo que importa, y sí se cuidan de lo que vale mucho: paz, ventura, placer de vivir sin ansias ni febriles deseos, ideales y sentimientos generosos. Todo, en fin, lo que es eterno y vivifica.

Y el gran proverbio árabe de juzgar todas las obras por la intención, y el hacer que tal intención sea noble y sencilla, al estilo evangélico, sea con nosotros. Quien se reforma y domina a sí propio, es capaz, según Voltaire, de dominar al mundo y como el Eclesiastés hoy diría, sin ser sencillo y bueno no se puede ser sabio, porque es maldición toda ciencia sin virtudes.

LA PREHISTORIA DE MIS VIVIRES

Sí. Lo juro. No es esta la primera vez que he vivido.

Mis existencias han sido múltiples. El *karma* de mis hechos pasados, mi pecado originario al nacer (y no pensemos en ningún pecado original ni heredado de otro, como vulgarmente se cree), me sigue y me persigue.

Si recojo hoy, es porque sembré ayer, aunque no lo recuerde; si sufro, es porque hice sufrir; si valgo, se debe a mi anterior esfuerzo por valer; si nada soy, es porque nada merecí.

Si la opulencia me rodea, la debo, no al favor de un caprichoso Dios personal, mentidamente moldeado por las raquínicas presunciones del hombre, sino a lo que antes trabajé y carecí. Si la miseria me aqueja, miserable fuí antaño, y ella me redime de ser hoy miserable de corazón, puesto que el dolor viene a ser el crisol purificador de nuestro espíritu.

¿Perderé, acaso, lo que en esta existencia voy labrando? ¿Habrá de ser estériles mis lágrimas, mis esfuerzos, mis anhelos, los fracasos míos, mis dolores; mis luchas y mis derrotas, en contra de aquel principio cósmico de que nada se pierde ni se crea, o contra aquel otro de que la reacción sigue a la acción por ley de las compensaciones, o contra el de más allá, que justicia retributiva se llama, hablando en jerga jurídica?

No. Mentira. La Naturaleza da siempre a cada uno lo suyo. El descanso seguirá a mi trabajo, la paz calmará mis dolores, el triunfo premiará mis anhelos; tendré un cielo. Un cielo, sí, cual el pintado por los cristianos, es decir, mejor todavía, pero temporal, no eterno. El más santo de los hombres no es acreedor a un cielo eterno, ni a un infierno eterno el más réprobo.

Terminado aquél, restauradas las monádicas fuerzas de mi Yo, y mejor informado ya, tornaré a la Tierra por el ciclo de necesidad, por ley de justicia, por ... vergüenza propia

del mal que haya hecho, de lo que por hacer dejara, de las cuentas que no saldase, para daño mío. ¡Cuán grande es, en verdad, la cuenta de nuestros egoísmos!

Y tornaré sin memoria. ¡Es claro! La individualidad permanente que reencarna, y la personalidad transitoria de cada vida, son diferentes. Lo que memoria llamamos, no es función del alma, sino del cerebro físico. A cerebro nuevo de un organismo nuevo también, una flamante memoria, *que nada recuerda*, le corresponde; es la lógica consecuencia. ¡Bálsamo santo es la psíquica amnesia ésta! Ella tiende con el sorbo de agua del Leteo, un velo misericordioso sobre la misma culpa que se expía, o mejor, sobre el viejo error que se rectifica y se enmienda sin sentirlo.

Los instintos salvajes de la niñez, raconto han sido de los largos evones de salvajismo pasados por mi novel espíritu, cual por mi raza toda. Las luchas de mi juventud trasunto fueron de mis guerreros existires. El ciego amor mió a la Naturaleza es también todo un poema misteriosísimo que abarca mi cien mil veces milenaria historia, de cuando viví como animal, de cuando fui planta, de cuando siendo piedra, yacía en las entrañas maternales de la Tierra.

De piedra a planta, de planta a sér animado de múltiples movimientos, de animal a hombre, a lo largo luego de la larga senda por el hombre recorrida... Tal es la evolución secular de mi Esencia. ¿Pasaré a ángel con los siglos, a fuerza de sucesivos progresos purificadores? ¿Subiré luego más arriba, cual todos mis hermanos, haciéndome más y más digno de sumergirme al fin en el piélago de lo Incognoscible...? ¡Sin disputa!

Nada más noble que el progreso sin término conocido; nada más lógico que el correr de los ríos al mar, ni más augusto que el retornar de la sangre a las vísceras, cumplidas sus capilares misiones periféricas. Quien gobierna bien una casa puede intentar el gobierno de un pueblo; el que guía bien un país, acaso tras prodigiosas síntesis con otras móndadas, ensayar pueda algún día de qué ignorado modo se gobierna un planeta en los ámbitos sidéreos, o de qué manera física e hiperfísica, al par, logra eternizar un sol sus vitales esplendores... Si de niño sólo conocí mi pueblo, de joven mi comarca, de hombre mi Patria y algún otro rincón terrestre, de superhombre, tras otras muertes y otros concatenados renacimientos, yo deberé conocer los misterios lunares, los de

júpiter, los del Sol, los sidéreos, los de las nebulosas, los del Logos, los de *EI* y los de *Ello*.

Reíos si queréis. En esto yo, a fuer de sensato, me atengo a lo que aprendí de los vedas, parsis, duídas, gnósticos, santos y suffís. A lo que he leído en Platón, a lo que columbré en Tertuliano y Orígenes, a lo que vi... –¡fuera imitaciones!– a lo que veo en mi mismo, a lo que mi conciencia me testimonia sin necesidad de prueba ninguna.

Lo que nace, muere; lo que muere, renace. Tal es la enseñanza que veo en la Ciencia, y que leo en el Bhagabad Gita.

UNA AUTOCONVERSIÓN³

Pocas veces había experimentado el Doctor X satisfacción tan viva.

Sus últimos “Estudios Naturales”, notable resumen de cuanto pensaran los materialistas desde los buenos tiempos de Coussin y Spencer, acababan de ver la luz en un precioso tomito de 600 páginas, y el público sensato, que lee y medita sin *rancias preocupaciones*, lo arrebataba por cientos de las manos de los libreros.

¡Qué profundidad de conceptos, qué admirable doctrina la vertida en el libro!

Abarcando de una ojeada los seres todos, con novísimo criterio matemático-racionalista, se fijaba en las especies orgánicas como funciones de sus órganos, en sus órganos como funciones de sus células microscópicas, y en éstas como resultado de las fuerzas atómicas, de las fuerzas químicas, de las fuerzas del cosmos, de las leyes gravíficas...

Hablabía como un sabio de las *borticelas* y *las móndadas*, del *batibio* de Haekel, del *plankton* y de otras cosas que, aún para los más profanos, trascendían a estudios concienzudos del orden natural.

Las mal llamadas ciencias morales estaban de pésame con la obra del Doctor. Ellas, invencibles como Aquiles, acababan de recibir el golpe de fortuna, la herida en el talón, pues, de modo palmario, terminante, se demostraba que en el universo *todo se reducía a fuerza y materia*, que la vida en el hombre era una forma, *una función de la materia*, y como tal, resultaba insigne niñería eso de la inmortalidad del espíritu... Las cuartillas originales de obra *tan inmortal* yacían en apiñado montón sobre su mesa.

El Doctor X hubo de fijarse en aquel millar de trozos de papel antes tan preciosos y ya, después de lanzados a los cuatro vientos por la imprenta, perfectamente inútiles para el mundo, aunque ricos para él en recuerdos de la tarea laboriosísima que suponían.

³ Publicado en *El Eco de la Montaña*, Cáceres, N° 68, Año III, 18/3/1896; *El Dardo*, Plasencia, Año V, nº 237, 23/12/1903.

—Habré de quemarlos, dijo entre sí, para desembarazar de papeles la mesa. —Y no sin dolor, se dispuso a verificarlo, aprovechando el alegre fuego que ardía en su chimenea y cuyos deliciosos efluvios hacían olvidar el ventisca de aquella horrible noche de invierno.

En pequeños manojo fue arrojando, unas tras otras, todas las cuartillas que, al caer sobre las ascuas, producían una llama alegre y juguetona.

El Doctor las contemplaba ensimismado y a medida que las consumía se iba apoderando de él profunda melancolía.

La movilidad de aquella llama, que por el brillo molestaba su vista, más bien que de la materia de las cuartillas, parecía alimentarse de las ideas que en ellas depositara el trabajo de su cerebro. El papel al enrollarse por una especie de instinto de conservación, mostraba por última vez palabras y frases enteras, en un rasgo de suprema coquetería.

En una hoja que había caído al acaso hacia la orilla pudo entrever el Doctor, a la luz de la llama que avanzaba, algunas frases sueltas...; eran precisamente las últimas del elocuente capítulo contrario a la *teoría* de la inmortalidad.

Breves instantes después también aquellas frases desaparecieron; decreció la intensidad de la llama; el papel, antes blanco y terso, quedó transformado en rugosas películas, grises y ligeras, apagando las ascuas antes tan vivas.

A la vista de sus cenizas el Doctor no acertaba a explicarse lo que ocurría en el fondo de su ser.

Aquella *materia* se había transformado, no era ya la cuartilla exuberante en ideas científicas, sino despreciable montón de sales sódicas y potásicas... Sus conceptos, jah!, sus conceptos, sus ideas sabias y queridas, habían desaparecido.

—¡Desaparecer! ¡Jamás! —exclamó presa de su espasmo nervioso que a la sazón le apartaba del mundo real—. La labor de la ciencia, los grandes pensamientos no pueden morir; desaparecer no puede el trabajo de los sabios.

—La idea no puede morir —repetía sin darse cuenta—, lo que brota del espíritu no puede morir.

Entonces en su delirio creyó escuchar una voz secreta, que vibrante y aterradora, le decía:

—¡Necio!, si la idea que nace del espíritu, por ser sublime en su grandeza, no debe morir, ¿podrá morir el espíritu mismo donde se genera?

Desde entonces el Doctor X creyó en la inmortalidad.

Dejó de ser materialista.

CARACTERES DE LOS ESPÍRITUS SUPERIORES

A mi amigo Manuel Navarro Murillo

Al criterio de clases heredado de los tiempos bárbaros y al igualitario absoluto que, por reacción natural, quiso implantar la Enciclopedia del siglo XVIII, ha sustituido aquel hermoso lema de “a cada uno según su capacidad y a cada capacidad según sus obras”. De aquí el supremo interés que, hoy más que nunca, tiene para la Humanidad el aprender a distinguir prontamente los verdaderos espíritus superiores que muestran doquiera su mayor valer, antes de que por la muerte nos veamos privados de sus auxilios directos y de las guías de sus luces, para lo que, sin duda, vinieron a la Tierra. Doble misión al conocerlos: la de aprovechar mejor el fruto de sus tareas redentoras, progresivas, y la de contribuir, dentro de la humana solidaridad, a la realización de sus propios y partitulares destinos.

Los atavismos medioeiales nos hacen buscar por rutina la grandeza arriba y la pequeñez abajo; pero el hombre de mundo que no olvida el dicho de Napoleón de que ningún príncipe es grande para su ayuda de cámara, y más aún el verdaderamente iniciado en la filosofía platónica de la pluralidad de mundos habitados y su secuela la multiplicidad de existencias sucesivas, con su ayer antes de la cuna y su mañana después del sepulcro; comprende que la verdadera grandeza o pequeñez de espíritu no corre parejas con el lugar accesorio que ocupar pueda éste en las vanas posiciones sociales, fuegos fatuos que engañarnos suelen como niños.

Lo que sabemos hoy acerca de la verdadera índole de los espíritus que ya se fueron, es bien poco, por desgracia. Aparte de sus enseñanzas, sólo nos es dable conocerlos por observaciones psicológicas de su estado de encarnación, precisamente cuando muchas de sus facultades conquistadas pueden yacer en atonía para facilitar el desarrollo de otras menos perfectas, o para adaptarse a las exigencias del mundo terrestre, cuyo medio les resulta notoriamente inferior. El criterio de superioridad es en sí mismo

relativo, por otro lado, según el término que se tome para la comparación, de igual manera que en Matemáticas el número que mide a una magnitud depende de la unidad elegida para su medida.

Poseemos, sin embargo, una poderosa guía: el conocimiento, aunque imperfecto, de las facultades humanas. Todo espíritu verdaderamente superior debe poseer, por lo menos, alguna de ellas en grado superlativo. He aquí pues, nuestro campo de exploración.

La vida terrestre tiene cuatro ejes de cristalización, que dirían los mineralogistas, cuatro cimas de grandeza. El sentimiento, la razón, la imaginación y la voluntad, facultades que pudiéramos llamar irreductibles en el estado actual de nuestros conocimientos y que, por ser heterogéneas, no son susceptibles de recíproca comparación. Si creéis lo contrario, comparadme, v. gr., a San Francisco, a Newton, a Fidias y a Napoleón, cuatro genios de primera magnitud correspondientes a los cuatro órdenes que acabamos de formar. Por consecuencia, el genio verdaderamente superior es o santo, o sabio, o artista sublime, o enérgico revolucionador, o dos, tres o cuatro de estas cosas a la vez, y como circunstancias sociales desfavorables pueden ocultarnos sus divinas luces durante su vida, cual las nubes empañan el brillante disco del Sol, debemos procuramos un *catálogo de indicios* para descubrir aquellos dondequiera que se encuentren y saber los diferenciar entre sí y de los demás.

De igual modo que las altas cumbres se ven desde mayor número de sitios que las más modestas, las genialidades imprimen su huella en tanto mayor número de actos de la vida cuanto ellas tengan de más calificadas.

Las disposiciones para la poligrafía, por ejemplo, acusan, desde luego, al espíritu superior. Siendo la ciencia una en sí misma, como una es también la realidad suprema o Divinidad que la inspira, la amplitud e intensidad de los conocimientos, estará en razón directa del grado de progreso alcanzado en la serie de los conocimientos, serie que empieza por la percepción de hechos concretos (vida animal), pasa a la de los hechos generalizados (vida humana), sorprende las leyes de ellos (ciencia) y con vuelo de águila remonta hacia la empírea esfera de los principios (intuición). Por eso la poligrafía, reveladora de múltiples existencias consagradas a la sucesiva labor del

estudio en sus diversas ramas, es signo de inequívoca grandeza, es cetro y corona que invistieron los grandes sabios: Platón, Leibnitz, San Isidoro, los dos Plinios, Alfonso X, Nebrija, Nicolás Antonio, Arias Montano, Abu-Hanifa y mil y mil.

Correlativa con la poligrafía es la riqueza de imaginación creadora. Diríase que el alma de los seres adornados con tan eximia facultad nos aporta auras de otros astros, iris de otros cielos, tintes de otros soles, colores de otras vidas, tesoros de inauditas riquezas que no acapararan Ciro ni Alejandro, galas que no vistieran Salomón ni los fastuosos romanos. Riqueza que derramó sus dones sobre la inspiración de Cervantes, con sus sancho y loco sublimes, resumen de la vida; que vertió sus raudales sobre la ciega vista de Milton, cuando dictaba a sus hijas el *Paraíso Perdido*; que llevó por la mano al cincel de Miguel Ángel, al pincel de Velázquez y al lápiz de Gustavo Doré y dió notas apocalípticas a la lengua de Isaías y notas de arpa a la lengua de Castelar. Imaginación rica es casi sinónima de sentimiento poderoso, titánico, vibrante, capaz de volcar sobre esta mísera vida, en lluvia de flores, los dones todos del infinito y arrebatar a los dioses el fuego de Prometeo y escalar los cielos como los hijos de Cronos y traer a la Tierra ennoblecida la edad de Oro y el llorado edén.

La imaginación rica, asociada a una razón fuerte, cosa poco común en las terrestres limitaciones, revélase ante nuestros ojos asombrados por esa alegría serena, dulce, deliciosa, con que el alma se pasea libre y señora de sí propia sobre las pequeñeces del Planeta, grande en la adversidad, victoriosa en las luchas de la idea y del sentimiento, sublime en la desgracia y empapada en efluvios desconocidos que parecen corrientes emanadas de entidades supraterrestres. Madre de la ternura hacia el caído, báculo de la vejez en todas sus manifestaciones, evocadora de lo que fue y ya no es, de cuanto muere y resucita, de cuanto palpita y vive en lo frío, en lo postrado, en lo inerte, en lo pequeño, abandonado y mísero,

“ama a la araña, ama a la hormiga
porque pobres son...”

que diría el numen superior de Víctor Hugo.

El estoicismo, al mostrar un vigor excepcional en la voluntad, es también nota característica de espíritus superiores. Revelador de convencimientos arraigados e

íntimos, despreciador del peligro, que es un mero detalle en la vida, diríase que tiene siempre delante la sugestión del ideal, por encima de cuanto las impurezas de la realidad tiendan a torcerle o impedirle. Su sér es tan robusto ya, está tan desarrollado, que nada es bastante a modificar su conducta y sigue, sigue siempre la línea recta en dirección al fin, con esa especial semifatalidad de todas las fuerzas de la Naturaleza. El estoico no es el sér inconsciente, es el convencido, el curtido ya en las luchas de la vida. La Historia nos da la gran florescencia estoica, la de Régulo, la de Catón, la de los Casios, como símbolo de los mártires de todos los tiempos. Pero hay entre el estoico y el mártir una profunda diferencia, capaz de suministrarnos numerosas enseñanzas con poco que se medite. El estoico es un convencido no sentimental: llegó a la suma razón. El mártir fué más allá, alcanzando la apoteosis de la abnegación y del sentimiento. Entre el patricio romano que se arroja sobre su espada para no sobrevivir a la gloriosa república y los millares de hombres oscuros, mujeres y niños, que se prestaban sonrientes a sellar con su sangre las predicaciones de estas o las otras ideas, media igual diferencia que entre las verdades de razón: v. gr., la gravitación sidérea, y las de sentimiento, como el amor a los hijos. Unos y otros seres se complementan para constituir los dos polos sobre los que gira el misterio psíquico; *razón y amor*, como se complementan el rojo y el verde o el azul y el anaranjado en los colores del iris, y, cosa extraña que marca cuán bajo lugar ocupa la Tierra que habitamos en la jerarquía de los mundos, rarísima vez veis al santo y al sabio, en una sola pieza, ni a la florescencia sentimental concordada con la intelectiva, porque tamaña grandeza, conjunción tan prodigiosa, no es propia de seres encarnados aquí entre miserias y tinieblas, sino de superhombres, ya emancipados *per se* o en definitiva de las cadenas de la materia.

Una prueba de cuanto llevamos dicho son los caracteres complejos, es decir, aquellos que al lado de cada facultad parecen llevar de secuela la cualidad recíproca, único medio de salvar indirectamente la humana limitación. Casi todos los genios han sido caracteres complejos, y para no dar al presente trabajo excesivas proporciones, leed el retrato de Colón trazado por la pluma de Castelar: idealista y calculador, astrólogo y astrónomo, poeta y matemático, sabio y comerciante, por ejemplo.

La sensibilidad en las apreciaciones, el criterio oscilante o *de balanza*, revela también a seres ya muy adelantados en la psíquica evolución. Pocos como ellos son accesibles a las vibraciones telepáticas, y suelen estar dotados de exquisita delicadeza de sentidos. Seres menos perfectos que los anteriores, parecen hallarse en *estado crítico* o de poderoso crecimiento. Todo revela en ellos una potente adquisitividad; como los seres vivos en los períodos de desarrollo consumen doble cantidad de alimentos: vibran con todos los diapasones y todo halla en ellos eco prodigioso: son al par sugestionadores y sugestionables: en sus actos son la más fiel expresión del oportunismo, dentro de la más pura noción de justicia absoluta, y nadie como ellos para apreciar los más pequeños matices de la atenuación y la agravación. Profundos conocedores o videntes del grado de progreso que dejan y presas de la intuición poderosísima del nuevo rango que en breve van a ocupar, hay en ellos tal entrecruce de luces y mociones que recuerdan a la Naturaleza en primavera: oleadas brutales de calor y vida; lluvia, viento, frío y serenidad: tempestades y ensueños idílicos. Una especie de ninfa Egeria los conduce... ¡Oh! ¡Qué gran momento de la vida de los cielos el momento en que un espíritu asiste a esta colosal emancipación! Nuestra edad actual, que pasará a la Historia como los siglos que presenciaron los grandes cambios cíclicos, ofrece no pocas ejemplos de estos seres, en verdad dichosos y envidiables, que sienten psicológicamente lo que en biología se llama *el placer de vivir*.

Por eso en la *Vedanta* se habla de los tres senderos deliberación: el del conocimiento, el de la devoción y el del esfuerzo, o *raja-yoga*. Yo sólo creo en uno: *el del hombre que lucha, ama y estudia*, por aquello que dice en Oriente un sublime libro: “No entrarás en el Sendero hasta que no te hayas transformado en el Sendero mismo”.

CUÁNDO HE LLORADO

(*De mis, Memorias íntimas*)

Yo no sabía que lloraba cada tres años...

Entre las infinitas clases de nuestro llanto, descuella esa forma sólo conocida de los predestinados, los exquisitos; llanto amasado, no con sufrimientos físicos, sino con esencias de sufrimientos trascendidos; dolor moral al par satánico y manso; cansancio melancólico, neantista, de las mal llamadas neurastenias; llanto dulce y sin lágrimas, que es siempre grato a las sensibilidades más recónditas de nuestro espíritu: musical, pictórico, ultrasensual, indefinible; antícpo dé los tesoros de esa región encumbradísima donde se borran ya las diferencias entre la realidad y la quimera; placer de superhombres característico de todo lo sublime y que brota de la lectura de los nostálgicos trenes de Jeremías, como del recuerdo de Boabdil al separarse para siempre de su Sultana granadina, o del de aquellas lágrimas que en Norteamérica amasaran, con sangre puritana de miembros mutilados y con auras de libertad emanadas de la Carta-Magna, ideales protestantes empapados en Cristianismo de los tres primeros siglos.

1872.–Nací, y cual todos, nací llorando.

1875.–Como parecía chico precoz, me llevaron algunas horas a la escuela. Todo iba bien en un principio: el maestro era muy bueno, y por sólo decir *a e i o u, u o i e a, i e o u a–j i e o u a*, hebreístas! –me daba confites. El azúcar es la grasa vegetal de los iniciados, y el niño es lógicamente goloso, pues que se inicia en la vida, y la mujer suele ser también golosa, a fuer de gran iniciadora. Estaba, por tanto, a gusto; más un día cruzó por mi sérra una ráfaga siniestra, con negruras simbólicas de las ulteriores tempestades de la vida. Mi primo Julián de Luna, chico inepto, que *se cala de bueno*,

recibió del maestro uno de esos castigos hoy injustificables en buena pedagogía integral. Yo vibraba, cariñoso, con el alma de aquel cuitado, me sentía uno con él. Por otro lado, el panorama de la lucha futura entre el Ideal y la impotencia de un cerebro anormal dormido, se me presentó intensísimo –no olvidéis que el niño hace menos tiempo que bajó de lo desconocido–. Vi claras –paradoja cruel– las negruras de la humana conveniencia, y lloré amargamente. Inútil es el decir que fuerza alguna pudo hacerme tornar a la escuela por confites. Aquellas golosinas, tan gratas al paladar, habían amargado mi vientre, según el símbolo colosal del Apocalipsis.

Pocos meses después Julián moría en plena juventud. Escogí un rincón y lloré a satisfacción, lloré cumplidamente ese llanto de que hablábamos antes, llanto tres veces ilógico, porque confundía en nota tiernísima al hombre, al ángel y al niño.

1878.–A los seis años ingresé definitivamente en la escuela.

Benjamín entre hermanos infames, *señorito* por mi traje y modales entre aquellos bereberes de mi aldea, *choquéles* inmediatamente, y yo, que no me atrevía a moverme, ni hacía nada malo, fuí acusado constantemente por el gran *Piojo Blanco*, cacique albino de aquella horda en embrión, por ser más hábil en las artes del mal, de la calumnia y del golpeado que los otros... Aquello era una realidad negra, inversa, entenebrecedora de mis ensueños celestes: circuíanla todos los horrores de la pesadilla. No debía ni podía vivir con seres tan injustos, sucios, feos y demoníacos, que en todo me hacían trampas y burlas... Por aquel entonces mi pobre madre comenzó a leerme esa preciosa obrita educativa llamada *Nuevo Robinsón*, escrita en alemán, por Campe, y magistralmente traducida por nuestro Iriarte. Entre sus mil bellezas, ella me enseñó, con las aventuras del héroe de Foe, el último descubrimiento que años después realizase Ibsen por medio de su doctor Stockmann, *el enemigo del pueblo*, a saber: que “el hombre que se encuentra más solo es el más poderoso del mundo”.

1881.–De pie sobre una silla, por no alcanzar a la terrible mesa de examen de 1º de latín, yací –éste es el verbo– durante una larga hora de tempestuosa tarde de Junio. El profesor Pozo sí que me sumió en la honda sima del despotismo universitario. Entre el fuego graneado de preguntas y más preguntas sobre verbos irregulares, supinos dobles e hipérbaton, vi claras las lobreguezas de la mente descarnada, de la mente sola y pura,

mente sin amor. No era aquello, en efecto, un examen de latín; era la bajada al infierno de la rutina, del látigo feroz y de la atmósfera mefítica de una ley escrita que pretende moldear en falso la vida infinita. ¡Ah!, ¡por algo al partir aquella primera vez de mi pueblo había creído ver cómo el sol salía por Occidente y por Oriente se ocultaba. En desquite, compré *incontinenti* dos lindísimas jaulas de grillos: natural oposición de monotonía a monotonía...

1884-87.—Adquirí la primera concepción del Cosmos. Vi el éter vacío del espacio y el más vacío de mi inteligencia, huérfana ya de todo profesor en mi aldea... ¡Entregado a mí mismo! —¿por qué y para qué? no llegué a saberlo—, lloraba sin llanto, porque mi naciente intuición me sonreía. Electricidad, electricidad... Derecho, derecho, repetía mi inconsciente después de mi diario estudio. Veía entonces no sé qué género de luz en las espesas sombras de mi mente, que jamás ha estado huérfana de intuición, sentimiento y fantasía, por mi dicha.

1887-1890.—¡Oh, qué agridulce fruto! Ya sentía el hondo Cristianismo. Dejando las escorias de las concupiscencias eclesiásticas —humanas al fin— que llenan la Historia: las guerras de los 30, los 100 y los *ene* años, los rigores inquisitoriales y el infierno tremebundo. Era todo un místico. No llegué a sentir a la Doctora de Ávila, pero sí a Balmes, al inmortal Fray Luis de Granadas al gran Fray Luis salmantino. Sentíame en el gran valle hondo y oscuro de aquel clásico, pero rompía también el puro aire de mi ambiente religioso con el culto interno de María —hoy diría *Isis*— cantada por San Alfonso. de Ligorio. En grandes síntesis religiosas, que eran otras tantas impiedades para los timoratos, veía dentro del Evangelio grande el ultra-Evangelio del Sermón de la Montaña; veía en jesús, no ya al Redentor de la Humanidad, sino, siguiendo a San Pablo, al del Universo, y al *Cristo Interior* de mí mismo. Y, llevando mis amores insaciables hasta los más extensos límites de la herejía piadosa, veía a la Gran Madre redimiendo a todos los seres precitos en el último día de los tiempos, porque todos eran hijos suyos, y porque yo, el más ínfimo de los hombres, a poderlo hacer, así lo haría... A pesar de aquella peligrosa atmósfera de misticismo sin freno, la lámpara de la ciencia ardía para mí y mis amores enfocaban siempre hacia el problema de Draper y el de todos los hombres de la transición, es decir, a la resolución armónica pe los conflictos entre

la Religión y la Ciencia, o mejor, hacia la recta tradición cristiana influenciada por gnósticos y alejandrinos.

1889–90.—Declinaba una tristona tarde del Otoño. La sensación de cuanto *no es*; la impresión de la nada y del vacío; las cristalización de todas las inaniciones; la niebla densa y vaga surgida de un séر cuya individualidad se evapora, todo eso y más me agobió de pronto con ambiente de horrenda melancolía. Devoradora sed, ansia infinita de todo lo químérico e inaccesible me consumía. Sentía, en una palabra, necesidad de llorar sin tasa y sin causa: de estar muy solo. Instintivamente vino el libro de Job a mis manos, y aquello de que “el hombre nacido de mujer vive corto tiempo y se marchita como la flor del campo”, dióme el golpe decisivo... Caí presa de mortal enfermedad nerviosa, en la que mi yo al par lloraba y reía, sorprendiendo notas, frases inauditas en el arrullo de las palomas y en el canto de otras aves; colores violetas indefinibles que empapaban mi séر, mezclándose con auras rojas y amarillas; luces parlantes en los rayos del sol; terrores y vértigos apocalípticos, con los que mi cabeza estallaba y mi corazón se reducía a un solo átomo fundamental bajo la presión de mis espantos, videncias, chispazos y milenarismos: un confuso maremágnum, en fin, epílogo de mi vida altamente comprometida. ¡Oh, y cómo lloré...! La extraña manera que tuve de curar en brevísimos días contra la unánime sentencia de los médicos, la veréis después.

1893.—¡Cuán infames suelen ser *las curias*! Un *Chrestos* debe pasar también por sus horcas caudinas. Enemistado yo como abogado con jueces, escribanos, procuradores y compañeros, escribas sempiternos, salvo contadas excepciones, y enemistado no más que por mi amor al cliente, a quien no tanto ellos cuanto unas leyes viciosas e incumplidas inmolan en aras de una Themis prostituta, todo me era hostil. El único consejo práctico podía ser —donoso abogado!— el rogar a los clientes que no me buscasen para no empeorar su causa. ¡Qué doloroso y constante el conflicto entre la moral nueva y el derecho arcaico; entre lo intuído por recto criterio sintético y lo probado mediante la amenaza caciquil, el engaño o el soborno; entre la razón en la litis y la ruina aparejada por la litis misma a los sempiternos gozadores de la *ejecutoria de Salamanca*! Agotadas mis fuerzas de resistencia y mis citas legales, y acaso el dinero de mis clientes en aquel cenagoso luchar de concupiscencias e intereses, cierta tarde en

que la tormenta humana arreciaba, tuve que ocultar mi cabeza entre mis manos, enfermo de contagio psicológico-social, enfermo de puro, inconsciente, silencioso y *tenso* protestar; enfermo, en fin, de alma. La astronomía y los cielos me dieron entonces lo que me negara la tierra: la dicha inenarrable de un descubrimiento científico.

1896.–Estábamos en pleno hervidero de guerras coloniales. Cavite y Santiago se presentían cual negras nubes en los tempestuosos cielos de la Patria. Frente a este estado de cosas, mi sér se había planteado un secreto problema de responsabilidad. La ley natural parecía exigir que a la lucha por la causa de España, mejor o peor planteada, fueran, o todos los de mi edad, o ninguno. Instintivamente me acordaba de mis compañeros de quinta, aquellos de la escuela de antaño, muchos de los cuales, por el gran delito de ser pobres, jamás debían retornar a su hogar, hogar en el que a mi se me dejaba gracias a un puñado de pesetas de redención, que no redentoras, karma de peso moral abrumador. ¿Cómo, pues, resolver ese dilema entre el amor y la obediencia filiales, y un deber patrio no exigible ni siquiera en moral perfectamente definido? ¿Quién podía saber tampoco la herencia de sacrificio que aquellas miserables pesetas – mayor acaso que un riesgo de vida– simbolizaran para mi familia...?

Hay que creer en la Justicia de las Esferas para con los deseos noblemente sentidos. Un nombramiento en mi favor de Delegado especial de la Cruz Roja en Extremadura proporcionó a ésta, y por ende al ejército, un ingreso de acaso seis mil pesetas. Era domingo de Resurrección: tras la mesa petitoria que en la iglesia presidía, sorprendí cosas sublimes, indefinibles. Alegrías religiosas mezcladas con hieles patrias; los regocijos de la aldea propios de aquel día amasados con lágrimas leales de un pueblo ante el lacónico cartelito de “¡Para los heridos!”; el alegre resonar del *resurrexit* y el seco golpeteo de monedas, óbolos de muy palpables sacrificios; el voltear de las campanas y el silencioso *memento Hispania*, no de todos oído por lo lejano, por lo hondo; cáliz llamado a ser apurado hasta las heces... Caridad, solidaridad social, ¡por un llanto intensísimo y sin lágrimas físicas, te había comprendido...!

1898–99.–Cielo triste y sin casi día, del Diciembre de París; nieve que se introduce por entre la rota suela del calzado, y frío en el alma que la paralizaba para cuanto no fuera

pensar, para cuanto no fuera sufrir. Sin patria, sin familia, sin mi idealizada prometida, y desprovisto además de medios pecuniarios, forzoso era el empeñar mis condecoraciones, mi ilusión de un día. Era menester probar la ley de su oro rozando uno de los costados de la alhaja con la piedra brutal... Sentí mortal escalofrío, porque no pignoraba por el vicio o para el vicio, sino para ejercer el último acto piadoso con un ser querido, que moría cientos de leguas allá abajo en la España del Sol... –¿Lloraba? ¿Reía?– Acaso entonces aprecié qué entre ciertos placeres y ciertos dolores, no existen diferencias intrínsecas.

Oficiando entonces de ángel tutelar de pequeños colegiales encomendados a mi custodia, parecía sentir un incipiente cosquilleo, cual el trotar de esas alas fantásticas que, a no dudarlo, constituirán gala y complemento del hombre futuro.

1901–1902.– En la ciudad y en el campo, despierto y en sueños, doquiera y siempre una interrogante tamaña como el Cosmos... ¿Pecado original y heredado –las culpas no se heredan– u *originario* y traído de *otra parte*? ¿Creación desigual para cada uno, y como tal odiosamente favoritas y privilegiarias sin motivo intrínseco, o evoluciones graduadas con los matices cien veces infinitos de un progreso verdaderamente divino? ¿Vida de sesenta u ochenta años con eternidad futura y sin eternidad pasada, o Vida Una con el Universo entero en altísimos planes de armonismo...? Ya el lector me habrá comprendido, que éste sí que es al par el más desgarrador y el más grato de los llantos, pues que deja entrever allá arriba no misteriosas y efímeras esperanzas, sino Realidades Eternas de todos los iris, de todas las armonías, todos los amores y todos los perfumes. Grato por lo que brinda; desgarrador por los abismos inenarrables que nos muestra de cieno, dolor, tinieblas y muerte, de ordinario oculto a nuestra memoria, por fortuna.

1904–El árbol debe de ser trasplantado o injertado para ser más fructífero, y el hombre también, en cierta época de crecimiento psíquico, debe pasar, como Mahoma, de La Meca a Medina... Hice, pues, almoneda de cuanto en mi pueblo natal poseía. Las almonedas voluntarias son aún más tristes que las forzosas, porque la nota de voluntariedad en lo desagradable añade siempre la nota de tortura de ser libre... Todo es ilusión, Maya; nuestras propiedades son como nuestros cuerpos y como los carpelos florales: algo transitorio, caduco y pegadizo, y el perderlas es a veces progresar en la

senda de la iniciación... La soledad de un hogar abandonado en vida por los seres queridos, es siniestramente hermosa y más si en sus vacíos ámbitos se lanzan notas musicales de *altura*, mantras evocadores de la vida superior.

Perdonadme esta aparente inconexión de ideas, y a cambio os diré que así como para *El Arca de Noé* dicen salieron un par de representantes de cada especie y *siete* de los limpios, de allí saqué para su nuevo destino los libros –la ciencia–, el piano, la guitarra y todas sus partituras –el arte– y los recuerdos, vivos todos de mi hogar –el alma mía–... Lo demás fué presa de la desolación; carne entregada a los gusanos aquellos, que me compraban lo que nada para mí valía... Una flor, la última del jardín: un beso largo y profundo en aquel suelo consagrado por tradición familiar: un paseo nocturno por todo el ámbito vacío ya de vano mobiliario: un poquito de tierra recogida y un adiós... Semita de imaginación, ario de alma, llevaba con la tierra consagrada aquella, la levadura moral de mis mansiones futuras...

1906–19...–Una rauda corriente de verdades iniciadoras –las de la Teosofía, empezada a conocer en 1903– me enseñan mi microscópica insignificancia al par que la alteza sin límites de los humanos destinos de conjunto. Sí, el hombre cuando llora, como cuando ríe, *afina* simplemente su *nota* en el Oran Concierto. Con su pequeñez es, sin embargo, un colaborador de la Obra de los cielos, y sus destinos, ligados íntimamente con los de la Tierra, le hacen un misterioso obrero que, sin saberlo, ayuda a construir los propios mundos. –¿Cómo?– La explicación es larga. Ha de iniciarse antes en una Historia, una Astronomía y una Química que no está comprendida más que en un libro: la Naturaleza, y no tiene más que el Dolor como iniciador leal, Dolor que es consecuencia fatal del entrecruce de las órbitas que el hombre sigue al par en tres mundos diferentes: el espiritual, el mental y el físico. Por eso los antiguos compararon al hombre con el loto o el nenúfar, quienes tienen sus raíces en el cieno de la tierra, su tallo y hojas en las aguas y sus flores en la atmósfera, a la que saturan de perfumes. Por eso también compararon a Psiquis, a la dolorida amante humana, con la mariposa en su sublime metamorfosis que la emancipa de sus miserias de oruga y de crisálida. En las crisis emancipadoras el dolor sobreviene, pero al final de cada una de ellas se saborean los inenarrables deliciosos del triunfo y por eso, en fin, ya ni se llora ni

se ríe, porque se empieza a adquirir esa superioridad del alma que conquistara el mártir Beethoven cuando en su diario del verano de 1915, refiriéndose probablemente al *adagio, ma non troppo* de su sonata 28 (obra 101), puso esta indicación preciosa: “si sientes asomar a tus ojos una lágrima, contenla vigoroso, y... ¡sigue, sereno, tu Camino!”

VARIOS FENÓMENOS EXTRAÑOS DE MI VIDA

Sin pretensiones ocultistas, que jamás deben tenerse sin una altísima espiritualidad, la cual disto mucho de alcanzar, por desgracia, voy a relatar sencillamente algunos fenómenos raros que me han acontecido durante mi vida, relacionados con realidades del mundo hiperfísico.

Hace ya muchos años, mi familia, pobre y desvalida, llegó por primera vez a Logrosán (Cáceres), mi pueblo natal, en una tempestuosa noche del mes de Marzo. El vehículo que la conducía se detuvo no lejos, al Oriente de dicha población, cerca de la célebre Mina de fosforita, cuyas *piedras* me alimentan hoy, y frente a la ermita llamada del “Cristo de las Angustias”.

Sin saber dónde refugiarse ni qué rumbo tomar, lloraron amargamente los míos, y diríase que aquel lugar fue consagrado para nuestros futuros destinos.

Muchos años después, en 1889, caí enfermo con una meningitis que puso en grave riesgo mi vida. Los médicos aseguraban unánimes un desenlace fatal.

Las veces que podía salir de paseo, solía mi padre llevarme por aquellos sitios. Cierta tarde de Diciembre, al cruzarlos, una de mis frecuentes alucinaciones, hijas de mi dolencia, me hizo ver, tendido en la cuneta de la carretera, a un singular mendigo *sin cabeza*⁴.

El efecto que semejante alucinación me produjo fue inmenso; pero mi triste estado no me permitía hacer consideraciones mentales acerca de lo que veía, ni menos comunicárselas a mi padre.

Pocos días después, en circunstancias análogas, paseando nuevamente con el autor de mis días, vimos ambos que avanzaba por la carretera en dirección a nosotros, y con paso tan gallardo que parecía no tocar el suelo, un joven hermosísimo, rubio y de excelentes colores. Cubrían su cuerpo unos andrajos singulares, parecidos a los de la

⁴ Esta visión astral es bastante frecuente, tanto, que antaño dió lugar al mito de “el Caballero sin cabeza”, que corre en los “pliegos de cordel”.

alucinación anterior, pero en manera alguna repugnantes. Su edad parecía ser la mía: unos diez y siete años.

Lo que acaeció entonces no he podido explicármelo. Pedí dinero a mi padre para darle una limosna, como lo hice. El mendigo pasó junto a mí sin decir palabra, cautivándonos con su hermosura. Ni a mi padre ni a mí se nos ocurrió el volver la vista atrás para seguirle; pero nos miramos fijamente entrabmos, rompiendo simultáneamente a llorar, llenos de ternura. Una exclamación misma salió al par de nuestros labios: “¡Parece el ángel de Tobías!”

Aquel momento marcó sin duda una crisis en mi enfermedad, hasta el punto de que desde entonces se inició una convalecencia tan inesperada como rápida.

En unos siete días me encontré curado⁵.

Falta, sin embargo, lo más notable.

Habían pasado de esto cuatro años y medio, cuando en 1893, y previa no sé qué especie de premonición poco definida, cruzaba por aquellos lugares en la madrugada del 5 de Julio para practicar, como abogado, una diligencia judicial, y, ¡cosa estupenda!, levanté la vista al cielo, teñido ya por los primeros albores matutinos, y vi en la constelación del Cochero un astro nuevo de cuarta magnitud... ¡Era el cometa que lleva mi nombre!

• •

* * *

Y ya que de mi primer descubrimiento astronómico hemos hablado, séame permitido apuntar lo que en 1918 me acaeciese con otro descubrimiento análogo: el de la estrella temporaria de *El Aguila*, que realicé en la noche del 8 de Junio.

Para esto conviene antes hacer unas cuantas indicaciones retrospectivas.

La “solución imprevista” que, por modo misterioso o de “cuarta dimensión moral y milagrosa” llegarnos suele a todos en los momentos difíciles, según hemos

⁵ Por cierto –y salvando distancias, sea dicho– que el detalle de un encuentro análogo en la juventud de Jesús está relatado en la *Pistis Sophia*, uno de los setenta y dos *Evangelios* rechazados por apócrifos en el concilio niceno.

especificado en el capítulo de *Lohengrin*, tomo tercero de nuestra BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, diríase que me es habitual en las grandes crisis, como creo que les es habitual a los demás hombres, siempre que no pierdan la fe en sí mismos.

Pues bien, y va de cuento. Acababa yo precisamente de publicar dicho tercer tomo, sobre Wágner, cuando dificultades de todo género, nacidas del estado creado por la guerra –amén de las naturales que en este país nuestro, tan dormido, tienen todas las cosas que de un modo u otro pugnen con la mediatización del Poder oculto que le inmoviliza y vampiriza–, me convencieron de que en unos años, quizá en muchísimos, no había que pensar en nuevas publicaciones. Recogí, pues, de mis queridos amigos Sierra y Gallego, de la Imprenta Helénica, los restos de aquella obra ya publicada, y me retiré doblemente entristecido, porque la obra que debería seguirla era la de *Por las grutas y selvas del Indostán*, de mi maestra Blavatsky, en la cual había bebido inspiración para aquellos tres tomos anteriores y tenía, por tanto, la obligación moral de publicarla para no aparecer demasiado engalanado con plumas que no eran mías, sino de ella.

Dormí mal, pero sin saber por qué, no me abandonaba la confianza en que “la solución imprevista” sobrevendría, como de costumbre.

Y así fue, en efecto. A la mañana siguiente recibo la visita de mi hoy querido amigo y compañero, D. R. M. de C., abogado manchego, que entonces pisaba por segunda vez, no más, mi pobre casa. El visitante, sin saber por qué, me pregunta qué libro es el último mío publicado y cuál ha de seguirle, y al decirle que el día anterior precisamente, y por falta de papel, la publicación de mi *Biblioteca* había quedado indefinidamente suspendida, tira extrañamente de cartera y *velis nolis* me obliga a recibir en préstamo gratuito la cantidad necesaria para que aquélla se reanudase *antes de las veinticuatro horas de suspendida*.

Esto era en Octubre de 1917. En Mayo del 1918 mi hombre volvía a Madrid, nada menos que para operarse de una terrible úlcera de estómago, que amenazaba su vida. La operación se realizó, en efecto, y mi Mecenas fluctuó unos días entre la muerte y la vida. El día 8 de Mayo, tan celebrado por los teósofos del mundo *entero* bajo el nombre de *día del loto blanco*, fecha de la desencarnación de la Maestra H. P. Blavatsky, mi

amigo quedó curado (ruego a los escépticos que no vean en esto, como de costumbre, sino meras y curiosas coincidencias, siempre merecedoras de estudio).

Pero aún faltaba el *tercer golpe*, es a saber: que un mes después, y precisamente en la noche del día en que el libro de “Por las grutas, etcétera”, aparecía en los escaparates de las librerías coronando mis desvelos, descubría también la estrella temporaria dicha, estrella, por cierto, que me costó el dinero y el rodar inútilmente mi nombre por el Congreso de los Diputados, donde mi genial y queridísimo amigo Eduardo Barriobero, como es sabido, pidió para mí una cátedra, que el ministro Alba prometió; que refrendaron trescientos catedráticos y ateneístas, con Cajal, Torres Quevedo, Carracido, etc., a la cabeza, y que no se me dio –frase textual de un pobre ministro subsiguiente–, ¡PORQUE YO ERA BUDDHISTA!, cuando tengo de buddhista lo que él de moro, de hotentote o de indio...

* * *

Para completar estas cosas mal llamadas *casualidades* por unos y *milagros* o cosas sobrenaturales por otros –cuando nada hay sobrenatural en la Naturaleza–, séame permitido el intercalar aquí dos casos también raros, de un amigo muy querido: el Comandante argentino y gran teósofo de la primera hora, don Federico W. Fernández, Delegado general que fué de la Sociedad Teosófica en América del Sur⁶.

“Dormía con mi tripulación bajo el toldo abarrancado de la *chata* o falúa exploradora, dice nuestro héroe, cuando vi de repente a mi lado a la llorada mujer que antaño concentrarse todos mis ideales y el amor más puro de mi alma. Allí, entre dormido y

⁶ Don Federico Washington Fernández nació en Buenos Aires el 17 de Mayo de 1845. Desciende de una familia de patricios. Es nieto del coronel Román Rosendo Fernández, quien, con Vieyra y Benavides, diera el grito de independencia en el Virreinato del Plata (Asunción del Paraguay). Manuel, hermano de Román, fue capellán del ejército del libertador San Martín, y la abuela de nuestro biografiado, doña Felipa A. de Martínez Nieto, fue en Montevideo una segunda *madame Roland*, durante los nueve años de sitio que a dicha capital puso el dictador Rozas, de tan triste memoria.

Educado el joven Fernández en la escuela filosófica y antidogmática de los Escolapios de Montevideo, que hubieron de formar en sus aulas la pléyade ilustre de los libertadores de Sudamérica y alférez luego del acorazado *El Plata*, vino a Europa en comisión de estudios; pasó a la Cochinchina; luego regresó a Londres como jefe de la misión naval argentina para vigilar la construcción del acorazado *Brown*, y después estuvo en la demostración naval aliada frente a Dulcigno (Turquía), en la defensa de Tolón y, en fin, en el imperio de Anam.

Enviado en 1886 dicho prócer a explorar, bajo los auspicios del Instituto geográfico argentino, la confluencia hipotética del Aguaray-Guasú con el Pilcomayo, más allá de los límites visitados por el viejo geógrafo español Juan de la Cruz, hubieron de ocurrirle en su empresa los dos extraños casos que subsiguen, publicados por el notable teósofo Juan Enrique Vieyra en la revista argentina *Constancia* y en la brasileña *O Pensamiento*.

despierto, la veía en pie, flotante y solícita a mi lado como centinela que guarda un tesoro precioso o está pronto a dar la voz de alarma en un peligro... En efecto, un instante después nos despertaba a todos la gritería de los marineros de la Capitanía del Puerto, alarmados ante el peligro de muerte que corríamos con nuestra *chata* al garete impulsada por el viento, camino de nuestra perdición segura mientras dormíamos..."

He aquí, ahora, el caso segundo, entre otros muchos que se omiten: "Después de haber navegado 145 leguas río arriba levantando el plano de la desconocida e impracticable orilla, nos vimos detenidos. Después de esperar durante mes y medio el *repunte* de las aguas, resolví dejar las embarcaciones a cargo de un sargento, y, acompañado de tres hombres, continúe la exploración en una canoa, llevando escasos víveres y contando con la pesca en el río.

»A las treinta y seis horas de esta solitaria y escalofriante navegación por la entraña de la selva virgen hallamos el río cortado por un enorme montón de troncos de palmera depositados sobre un banco de arena por la corriente. Fue necesario entonces tomar una resolución enérgica; pero, como ésta pondría en serio peligro nuestras vidas, consulté a mis tres valientes, quienes se sintieron orgullosos de correr conmigo la peligrosa aventura. Atamos a la cintura un jarro y cargamos cuanta galleta, azúcar y demás víveres pudimos, emprendiendo denodadamente el viaje a pie, siguiendo la costa del río, que no tenía playas, sino ásperas barrancas con árboles caídos, por encima de cuyos troncos teníamos que pasar, dejando entre sus ramas y espinas jirones de la ropa, cuando no de las carnes. Así continuamos durante nueve días, durmiendo donde podíamos. De noche, para ahuyentar las alimañas de toda especie, a las que veníamos a interrumpir en su solitaria selvaticidad, hacíamos tres grandes fogatas. Dentro del triángulo demarcado por ellas armábamos nuestros mosquiteros, y con el fusil al lado nos acostábamos vestidos, haciendo guardias de dos horas cada uno. No hay que añadir que la noche venía acompañada de un concierto imponente, pues rugía el yacaré y bramaba el tigre...

»Una noche, acampados en un codo del río, estaba yo de centinela. Eran como las dos de la madrugada; los fuegos habían empezado a languidecer, por lo que, dejando mi fusil en tierra, procedí a echar más leña con que avivar las llamas. Cerca de una de las

hogueras había un arbusto que tenía una rama extendida horizontalmente y por la que había yo de pasar para coger mi fusil. Era una de esas noches de los trópicos, serena y tranquila. Ni la más leve brisa hacía temblar las hojas de los árboles; la luna, casi llena, iluminaba el bosque, la ribera, el cielo y las aguas del río.

Todo dormía en el silencio más profundo, pues ni siquiera se oían esos sordos ruidos que a la selva del Chaco son tan característicos.

»Al pasar, pues, junto a la rama ésta vibró como sacudida por mano invisible y, deslizándose entre ella y yo como frío soplo invisible, el eco de una indefinible voz musitó en mi oído:

—“No os molestéis; *no hay confluencia alguna.*”—

»En efecto, años más tarde, un ingeniero inglés, midiendo las tierras de Chaco por encargo de una Compañía, encontró, al fin, que el misterioso Aguaray-Guasú nacía de un estancamiento formado por los derrames del río Pilcomayo en sus grandes crecidas. No había, pues, confluencia propiamente dicha, y mi protector invisible, a quien probablemente mis camarada y yo debemos la vida, no se había equivocado en lo que murmurara a mi oído.”

* * *

Volviendo a lo de mi anterior enfermedad de 1889, diré que entre los muchos accidentes raros que me acontecieron durante ella recuerdo que cierta tarde en que mi padre velaba a la cabecera de mi lecho, se iluminó para mi vista la estancia con extrañas luces.

Una luz violácea indefinible inundaba y parecía vitalizar el ambiente; de mi cuerpo irradiaba un efluvio de intenso color amarillo, mientras que el autor de mis días aparecía circundado por un rojo algo rosáceo.

Mi estado morboso dedujo de aquello no sé qué serie de argumentos. Por entonces ignoraba yo todo cuanto se relacionase con la teosofía y el espiritismo.

Cuando ya mejoraba, torné a ver en algunas ocasiones la famosa luz violácea determinando un ambiente de dulce y excelsa alegría, de la que nadie, a no conocerle, puede formarse cabal juicio. Al respirarle, materialmente se bebía vida.

Después he vuelto a ver en sueños dicha luz singularísima, según relato en la “Preparación al estudio de la fantasía humana”, y las circunstancias de tales fenómenos vienen a coincidir en un todo con los ensueños empapados en semejante luz, que nos describe la *Pisologie du goût*, de Brillat-Savarín, en su capítulo sobre el sueño y los ensueños⁷, y que se relacionan también con uno de los epígrafes que subsiguen en este libro.

⁷ Las tres observaciones del clásico francés son éstas:

“Primera observación.—Soñaba yo una noche que había descubierto el secreto para no estar sometido a las leyes de la gravedad, de forma que era indiferente a mi cuerpo subir o bajar y podía hacer ambas cosas con facilidad igual, según mi voluntad. —Semejante estado me parecía delicioso..., pero lo más raro es que podía explicarme claramente (al menos así me parecía), los medios conducentes a tal resultado y que dichos medios eran de tal manera sencillos que admiraba el que antes no se hubiesen descubierto. Cuando desperté no pude recordar cosa alguna de esta parte explicativa.

Segunda observación.—...durmiendo experimenté una sensación de placer completamente extraordinaria. Consistía en una especie de estremecimiento delicioso de todas las partículas que constituyen mi sér. Era cierta clase de titilación llena de embeleso, que, partiendo de la epidermis, desde los pies a la cabeza, me agitaba hasta la medula de los huesos. Me figuraba que veía una luz violeta, brillando alrededor de mi frente:

Lambere flamma comas, el circum tempora pasci.

Calculo que semejante estado que yo experimentaba físicamente duró lo menos treinta segundos, y desperté lleno de admiración, con alguna mezcla de susto. —He sacado la consecuencia de tal sensación, que todavía subsiste muy presente en mi memoria y de algunas otras observaciones hechas sobre los estáticos y nerviosos, que los límites del placer no se conocen, ni se han establecido aún, ignorándose hasta qué punto puede llegar la bienaventuranza de nuestros cuerpos. Espero que dentro de algunos siglos, la fisiología del porvenir se apoderará de estas sensaciones extraordinarias y que será capaz de producirlas a voluntad, lo mismo que sucede con el ensueño, cuando se toma opio, y que los hijos de nuestros nietos tendrán así compensación para los dolores atroces que a las veces experimentamos... El poder de la armonía, tan fecundo en vivos deleites puros, y por los que siempre se arde en deseos, desconocíanle completamente los romanos.

Tercera observación.—...Habiéndome acostado sin ningún antecedente notable, desperté al tiempo usual de mi primer sueño. Experimentaba una excitación cerebral enteramente extraordinaria; mis ideas brotaban vivísimas, infinitamente profundos eran mis pensamientos y la esfera de mi inteligencia parecía engrandecida hasta el último grado. Me coloqué sentado y mis ojos estaban afectados con la sensación de una luz pálida, vaporosa e indeterminada, que de ninguna manera servía para distinguir los objetos. —Si no hubiera consultado más que la multitud de ideas que rápidamente se sucedieron, habría creído que situación semejante duraba muchas horas; pero mi reloj estoy seguro que no se prolongó sino algo más de treinta minutos. Salí de ella por un incidente exterior, independiente de mi voluntad, y así fui llamado a las cosas de la tierra. —En el instante de desaparecer la sensación luminosa, experimenté que descendía de la altura donde me hallaba: se aproximaron mutuamente los límites de mi inteligencia y, en una palabra, volví a ser lo que era la víspera. Mas, como me encontraba muy despierto, mi memoria, aunque con colores débiles, ha podido conservar parte de las ideas que atravesaron mi espíritu.

Las primeras tenían el tiempo por objeto. Me parecieron pasado, presente y porvenir iguales y de la misma naturaleza, formando un solo punto, de suerte que debía de ser tan fácil pronosticar lo venidero como acordarse de lo pasado. He aquí lo que conservé de esa primera intuición, que en parte borraron las que después siguieron.

Mi intención se dirigió luego a los sentidos, que clasifiqué por orden de excelencia, llegando a pensar que debíamos tener tantos interior como exteriormente, y me ocupé en inquirir esto. Había descubierto tres y

* * *

Otro caso raro:

Cierto día, caminaba solo y a pie desde la estación de Medellín (Badajoz) hacia la población, distante unos tres kilómetros.

Al volver un recodo del solitario camino, me salió al paso un perro con todos los síntomas aparentes de la hidrofobia. Rápido, seguro y sin ladrarme, se lanzó hacia mí con la boca abierta para morderme. Una idea relámpago cruzó entonces por mi cerebro aterrorizado: la de permanecer quieto, vista la imposibilidad de la defensa o la huída, para que, ya que me mordiese el perro, no me destrozase al menos.

Me detuve a pie firme. El can dirigió su boca abierta hacia mi pantorrilla para morderme; pero, fuese por mi aparente serenidad de ánimo, o porque se hallase al principio o fin del acceso, o por otra causa no explicada, es lo cierto que le asaltó al animal una especie de *trismus*, y desviando súbito la cabeza, se retiró sin morderme.

A partir de entonces dejaron de aquejarme las pesadillas relativas a perros hidrófobos, que muchas veces me habían atormentado desde mi niñez. De allí a pocos años además me ví precisado a acompañar a un ganadero de casa, mordido por un perro hidrófobo y a quien su familia, por miedo a que también él rabiase en el camino, se negó a ir con él hasta la clínica antirrábica de una ciudad distante donde le conduje.

* * *

Los hechos anormales que voy a referir, se relacionan con la muerte de mi padre, en 1904.

A la sazón me hallaba ausente de él, en Madrid.

En la madrugada del 1.^º de Junio, el sencillo y naturalísimo hecho de la caída estrepitosa de una cacerola en la cocina, al tiempo que entraba en casa, me sugirió, no sé por qué especie de misteriosas asociaciones ideológicas, el temor de que algún

casi cuatro, cuando caí en tierra. Helos aquí: 1º *La compasión*, sensación precordial, que se experimenta cuando se ve sufrir al prójimo. 2º *La predilección*, sentimiento de preferencia no sólo por un objeto, sino por todo cuanto hace referencia al mismo y nos trae su recuerdo. 3º *La simpatía*, que también es un sentimiento de preferencia que arrastra dos objetos uno hacia otro... Por último, ocupándome de la compasión, llegué a inducir lo que creo muy justo, aunque nunca lo había notado, a saber: que de la compasión se deriva este bello teorema, primera base de todas las legislaciones: *Alteri ne facias quod tibi fieri non vis.*"

desagradable suceso acaeciese en mi familia. Caídas de objetos semejantes, tan frecuentes como es sabido, nunca han determinado en mí análogas asociaciones psicológicas, hijas casi siempre de una superstición que se debe rechazar.

Acostéme sin preocupaciones; pero la trama de mis ensueños giraba toda en torno de mi lejana casa. Creía ver en ella una alarmante agitación en el dormitorio de mi padre.

Pasaron, sin embargo, los días sin novedad; pero unas dos semanas después, un telegrama urgente me llamaba a casa: el sér querido, por el que temía, yacía, en efecto, gravísimoamente enfermo por un segundo ataque, de la misma especie que el primero, que me habían ocultado.

La premonición, pues, se confirmaba.

Un ferviente deseo de salvar a mi padre se apoderó de mí, y aun cuando no se me ocultase que estaba herido de muerte, la gravedad de su estado pareció desaparecer como por encanto.

Durante las noches de aquel estío, acostumbraba a pasear por las cercanías de la población sin que nada extraordinario me aconteciese. En una de ellas, sin embargo, volví a sufrir súbitos e inexplicables terrores, en mí nada comunes, y que me obligaron a volver prontamente a casa. La imaginación me sugería mil y mil fantasmas de carácter bien singular, que me producían escalofríos de miedo.

La noche siguiente recayó mi padre, muriendo dos o tres días después. Ocho días más tarde, cuando aún me hallaba bajo el peso de tan triste acontecimiento, torné a sentir por la noche el mismo terror de antes, y una vez acostado, tuve un ensueño harto curioso.

Víme acostado en mi cama, al lado de mi esposa y cerca de mis dos hijos, con detalles de perfecto realismo. Envuelto como en una vestidura fluídica, pero no luminosa, entró mi padre en la estancia, se inclinó sobre mí, besándome con el mayor cariño, y lo mismo hizo con mi mujer y con mis hijos.

Luego me pareció que le acompañaba por diversos sitios de la casa, exactamente igual que durante la vida ordinaria, sentándonos en dos butacas del salón y conversando con la mayor naturalidad acerca de diversos pormenores de su padecimiento.

Un detalle impresionante y fantástico descollaba sobre el perfecto realismo de la escena. Al lado de nuestras butacas aparecían dos magníficas plantas de las llamadas *dondiegos*, dotadas de vertiginoso movimiento rotatorio; algo así como la visión astral por todos lados o simultáneamente, atesorada por mi cerebro físico en la única forma supletoria posible: la de un movimiento rotatorio.

Después pareció volver mi padre a su lecho, y atravesar de nuevo las fases de su enfermedad, pero sin producirle dolor ni extrañeza. El ensueño se fue desvaneciendo suave, hasta que me hallé despierto. Diríase que apenas le separaba un punto de la vigilia, y sus detalles me parecieron al despertar tan naturalísimos cual si me hubiesen acaecido durante ésta.

* * *

El ulterior estudio de la Teosofía, por fortuna, ha parecido embotar más bien que desarrollar en mí esas percepciones hiperfísicas a las que la menor anormalidad me condujese en mi condición de soñador o poeta. Nada más natural ciertamente, porque los superiores conocimientos que dicha disciplina proporciona abren vía normal al estudio sistemático de estas cosas, *desde arriba*, o sea en el pleno dominio volitivo que se tiene en la vigilia, y con el previo conocimiento de que estos órdenes hiperfísicos son algo todavía grosero y peligrosísimo frente a las sublimidades de la vida espiritual, de la que nos tienen tan apartados, por desgracia, nuestras crueles imperfecciones. La seguridad de que en hombres vulgares, como el que esto escribe, la visión llamada astral es una cosa más de temer que de desechar, mientras no se alcanzan cumbres espirituales, harto elevadas para uno todavía, actúa de sedante y freno en esta senda de mediumnidad pasiva, el mayor de los escollos del verdadero teosofista, y en el que han fracasado muchísimos⁸.

⁸ No es ésta, por desgracia, la opinión de muy cultos espiritistas, entre ellos del malogrado escritor y político costarricense, director que fue del Museo Arqueológico Nacional de México, quien, en carta que conservo, me decía:

“He leído y releído su *Hacia la Gnosis*, que guardaré como uno de los tesoros de mi biblioteca... En lo que respecta al artículo final, “Los senderos hacia la Teosofía”, discrepo de su manera de pensar, no por espíritu de secta, sino porque siempre he considerado a la Teosofía como “la rama oriental del Espiritismo”, o sea el Espiritismo mirado a través de Oriente, y usted paréceme participa de la idea de los que, consideran a aquél como “el puente de oro para pasar a la Teosofía”.

De su carta se desprende, además, que la conferencia mía sobre “Teosofía” le ha agrado, mas no del todo... Solicito su indulgencia atendiendo a que mi anhelo era, simplemente, el de combatir el sectarismo

Así es que desde entonces nada anormal o hiperfísico he vuelto a percibir, como no sea alguna impresión curiosa de retorno a mi cuerpo físico al final de un ensueño.

Sólo tres o cuatro veces he experimentado impresión semejante. Una de ellas creía estar hablando con los de mi familia, en el comedor de casa, y, como ellos me invitasen a acompañarles no sé adónde, yo les opuse el inconveniente “de estar acostado, en mi lecho, en la habitación vecina”. Momentos después, me sobrevino una sensación obtusa en el occipital –otras veces en el costado–, y en seguida la no menos singular de “ponerme mi propio cuerpo como si fuera un traje de punto”. Un instante más tarde desperté con perfecta suavidad y sin molestias, con la persuasión íntima de haber tenido un punto de conciencia de desdoblamiento.

Todos estos fenómenos me proporcionan una enseñanza: la de que la evolución normal de nuestro propio ser nos va dando poco a poco, sin casi notarlo, testimonios de ese terrible mundo colindante con el mundo físico, sin violencias crueles y peligros, como las mediumnímicas, y a la manera dulce y progresiva con que nos sobreviene la pubertad, cuando el vicio no la anticipa. Este tranquilo evolucionar de facultades nuevas puede verse interrumpido por los anhelos de ocultismo práctico que hacen presa cruel en nuestras insanas vesanias de adelantar la visión de un mundo poco menos imperfecto que éste, y tan falto, casi, como él de verdadera espiritualidad; mundo para el cual, aparte de las infinitas ganzúas de la enfermedad, el vicio, el mediumnismo y la magia negra, sólo hay dos llaves: la de un conocimiento gradual, científico, sin prisas ni anhelos, pero con la premisa absolutamente obligatoria de una vida santa, a la que

teosófico, muy arraigado en México, que sólo ve en las grandes obras de Mad. Blavatsky y de otros la letra muerta, y no el fondo que entrañan. En lo que discrepo razonablemente de sus teorías, amigo mío, es en la idea que tiene usted de la fenomenología espiritista. Al experimentar en este sentido, no creo retroceder ni estacionarme en el camino del progreso espiritual. El hecho de la comunicación entre encarnados y desencarnados es ya indiscutible, a mi juicio. Esta convicción es el fruto de mis experiencias, y deduzco, por tanto, que no están ustedes en lo cierto cuando afirman que el “Ego” va al “Devachán” y que lo que nosotros vemos no son mas que “cáscaras kamalókicas”, autómatas *elementales* y *elementarios* que reproducen las facciones, los movimientos y hasta las ideas de las individualidades efectivas. Creo habrá leído la obra de Aksakoff *Animismo y Espiritismo*, contestación a las objeciones del Doctor Hartmann. En ella se muestra palpablemente la identidad de los desencarnados. En Costa Rica están obteniendo ahora fenómenos sorprendentes.”

Por supuesto, el problema planteado por nuestro cultísimo comunicante –que acaba de morir violentamente en una de las continuas revoluciones de su país– no es para ser traído a una simple nota y más estando ello tratado de mano maestra en la *Isis sin Velo*, de Blavatsky, y en la *Historia auténtica de la Sociedad Teosófica*, de Olcott, a las que nos remitimos.

casi nadie alcanza entre nosotros los occidentales; y la otra llave misteriosa que con la muerte nos abre de par en par las puertas de lo desconocido.

Observemos, sí, nuestra vida. Prestemos delicada atención a cuanto vulgar o extraño nos acontezca, y hasta narrémoslo con sencillez y verdad; pero no olvidemos, sin embargo, que esas evidencias, más o menos confusas, antes son un peligro que una fortuna para el teosofista, si no cuenta con el precedente de una pureza y una cultura tales como no suelen verse entre nosotros.

Por eso todo autor que se estime en algo debe redactar sus Memorias íntimas. Ellas le servirán desde luego para facilitarle el socrático *noscete ipsum* y el día de mañana también para que sus semejantes puedan juzgarle con más documentada crítica.

¡YO HE VISTO A LA HUESTIA!

No quedarían completas las “confesiones” hechas en el capítulo anterior – confesiones que si se aumentasen me llevarían de lleno al terreno que preparo de mis *Memorias intimas*– si no refiriese un detalle cuya importancia me ha parecido decisiva, una vez que he conocido el sublime mito asturiano de la *Huestia* o *Santa Compañía*, mito consolador respecto a los destinos de ultratumba, y que puede enseñar tanto al lector como cualquier pasaje de un libro el más precioso acerca de la otra vida.

Pero, ante todo, recordemos la esencia de tamaño mito transcribiendo una página de nuestro *Tesoro de los lagos de Somiedo*:

“Como dice el mitólogo asturiano Jove y Bravo, la *Huestia* o *Güestia* es un grupo de fantasmas vestidos con blancos sudarios y sosteniendo en sus manos antorchas de cárdena luz. Cuando en la aldea asturiana o gallega hay una persona en trance de muerte, los tales fantasmas salen del cementerio, o bien de la cañada, el precipicio o la cueva próxima, y se acercan con procesional lentitud y aun cánticos funerarios a la casa del agonizante. En medio de las dos largas filas espirituales que forman, y conduciendo astral ataúd, se acercan a la casa de este último, dando tres solemnes vueltas en torno de ella. Al terminar la vuelta tercera, el enfermo expira; una reproducción exacta de su cadáver –el *doble etéreo*, que dicen los ocultistas– aparece dentro del ataúd, y la *huestia* o cohorte funeraria, lanzando ahogados gemidos o cantando con una extraña música, apaga las antorchas y desaparece sin saber cómo ni por dónde, mientras que la familia atribulada llora, y los perros de la vecindad, que ven a la *huestia* con su vista etérea y penetrante, aúllan tristemente despidiendo al nuevo sér del mundo que abandona al mundo de los vivos *muertos*, para volar al mundo de los muertos vivos.

En esta forma vulgar y típica, la *Santa Compañía*, que a veces adelanta su visita premonitoria al sano que va a morir dentro de aquel año mismo, es un mito que se encuentra en todos los países, desde el *Caballero de la Muerte*, de Holbein, tan

magistralmente interpretado por el vidente Alberto Durero en su célebre aguafuerte, hasta el simbólico esqueleto armado de guadaña con que suele representarse a la *Intrusa*. Espronceda, sin duda, contó con la *huestia* al describir en su *Estudiante de Salamanca* aquella interminable procesión de fantasmas, contra la que se encarara el *doble astral o el etéreo* del muerto pronunciando aquellas célebres frases de:

“–Diga, señor enlutado,
¿a quién llevan a enterrar?
–Al estudiante endiablado
don Félix de Montemar–
respondió el encapuchado.”

Verdadera *huestia* fué también aquella tremebunda conjunción de encantadores presidida por el archimalo Merlín, el del *Baldro* caballeresco, que en la obra inmortal de Cervantes viniese a dar a Don Quijote noticias acerca del modo como podía ser desencantada Dulcinea, y *huestia* y nada más que *huestia*, era asimismo aquella macabra *compañía* de damas y caballeros encantados que acompañaban procesionalmente, cuatro días por semana, a la desventurada señora Belerma, cuando llevaba ante si, bañándose en lágrimas, el corazón amojamado de su adorable Durandarte en la *Cueva de Montesinos*. En cuanto a que las esforzadas amazonas nórticas, llamadas walkirias, del gran mito wagneriano eran una excelsa *huestia* encargada de conducir triunfalmente a la *Walhalla* (Cielo o Campos Elíseos) de los héroes las almas de los *guerreros* o luchadores muertos en defensa del Ideal, es cosa tan clara y piadosísima en el más alto grado de religión, que ni discutirse puede. No hay, en efecto, religión alguna en el mundo que no nos consuele hablándonos para el supremo trance de la muerte (que no es sino una liberación) de todas esas legiones de seres, quienes, para conducimos a la eternidad, nos aguardan amantes tras los umbrales de la tumba, ora en forma de lares y penates romanos, de *mascotas*, *huestias* astures, huríes coránicas o nórticas walkyrias. La venida de la *huestia* también explica todos esos casos premonitorios de muerte en los que se la llega a ver por el paciente, sobre todo por aquellos santos ancianos que tras su laboriosa vida sienten llegar a la mal llamada *Intrusa* con igual dulzura con que se siente llegar el descanso o el sueño tras la jornada fatigosa. ¿Hay algo, por ventura, más consolador ni más hermoso que la

inefable certidumbre de que en el borde del más allá han de aguardarnos en doble procesión (como al nacer también nos aguardasen) todos nuestros seres queridos, padres, hermanos, amigos, ya muertos, que nos acompañaron en nuestra triste peregrinación por la tierra, y aquellos otros, aún más augustos, que, a distancia a veces de muchos siglos, y sin haberlos físicamente conocido por tanto, han guiado nuestros pasos por la senda salvadora de una religión sinceramente profesada, sin mercantilismos ni egoísmos, por la senda florida y espinosa al par de un arte, o por la austera senda de una ciencia que al mismo tiempo sea virtud y sacrificio...?”

Después de este tan interesante prólogo, diré pura y simplemente que yo, en mi juventud, dos meses antes de caer bajo la terrible enfermedad ya dicha de Octubre-Diciembre de 1889, que debió, a juicio médico, quitarme la vida, *vi a la huestia*, y... ¡no lo sabía, ni he caído basta ahora en ello!

En efecto, en Julio o Agosto de aquel año tuve cierta noche un ensueño solemne, imponente, cuya finalidad, ni entonces me expliqué, ni aun ahora casi me explico, y tan vivísima huella hubo él de dejar en mi ánimo, que al día siguiente, con ese estilo ampuloso y barroco de todos los principiantes en el difícil arte de la pluma, le hube de consignar por escrito bajo el raro título de *La fiebre de un sueño*. En él aparece una verdadera *huestia*, cuando yo, católico entonces con puntas y ribetes de positivista científico al uso, no tenía la menor noticia del tal *mito*; una *huestia*, repito, que recuerda de cerca a la *merlinesca* procesión cervantina; una *visión astral*, en fin, cuyo relato, para, más respetar su sinceridad prístina, damos sin retoques, pidiéndole perdón al lector por ello previamente.

En el artículo en cuestión, inédito hasta hoy y primero de los numerosos que de entonces acá llevo ya escritos, decía lo que consigno en el siguiente capítulo.

LA FIEBRE DE UN SUEÑO

Mi PRIMER ARTÍCULO INÉDITO

La noche estaba cálida, abrasadora; mi cabeza, abrumada por inmenso cúmulo de desoladoras y confusas ideas, me arrastraba, con encanto indefinible, a las hermosas regiones donde la fantasía ejerce su avasalladora influencia y donde moran los apacibles sentimientos del corazón; agitábase mi pecho; suave relajación se apoderaba de mis miembros; cerráronse mis párpados... y me quedé dormido.

No bien hube penetrado en la mansión de los sueños, que me envolvían en los numerosos pliegues de su delicado manto, cuando me pareció que una como encantadora nube, turbando mi reposo, me arrastraba tranquila y rápidamente a infinitos puntos del sideral universo poblado por do quiera de astros resplandecientes que daban muestras de alegrarse con mi velocísimo viaje. Desfilaban ante mi vista aceleradamente, como también desfilan las dulces impresiones en el corazón humano, infinidad de mundos, donde la Divinidad había clasificado y colocado en lugar distinto todas las tendencias diversas, todas las antagónicas fuerzas que con su constante lucha turban nuestra existencia.

Aquí veía cruzar vagando por inmensos océanos etéreos, el mundo de las tristezas, muy semejante a nuestra mísera tierra; el de los sabios, siempre cercado de aureola divina, y el de los necios, verdadero sepulcro de hálitos inmorales. Por allá marchaban, contaminando de impureza, los infinitos globos de las insufríbles ambiciones, de las ridículas vanidades, de los infames y criminales odios. Hacia el otro lado recorrían aquellos espacios, girando sin cesar con lúgubre monotonía, el mundo de los vicios con su inmensa turba de insensatos seres, dónde las encubiertas pasiones, con su punzante dardo, sembraban en corazones incautos los odiosos gérmenes de feroces maldades, de suaves y traidores sentimientos vanos, de crueles celos y sangrientas venganzas, cuyos infames rostros, semejantes a furias infernales, me horrorizaban. Marte, completamente lleno de malhadados conquistadores y ambiciosos políticos,

más guerreros que aquéllos, marchaba cerca, y entre la atronadora algarabía de sus luchas y batallas, se oían distintamente los inútiles gritos de la inocencia oprimida, de la virtud menospreciada y del derecho violado. ¡Qué espectáculo para visto de cerca! Estos seres desgraciados servían con sus penetrantes ayes para aumentar la dicha cruel de aquellos enemigos del humano linaje. No podía seguir mirando; pero, afortunadamente, aquellas visiones desaparecieron, y noté con júbilo que por acullá se insinuaban, envueltos en nebulosa bruma, el mundo de las investigaciones, el de las bellas ideas, el del estudio y otros mil que con su instantánea aparición, deslumbrante hermosura y rápida marcha no me permitían identificar los ni grabarlos en mi memoria.

Habían pasado ya tantos y tan diversos, que fatigado mi corazón de sentir y mi vista de fijarse, me disponía a bajar de la nube al espacio, cuando vi que resplandeciente pasaba junto a mi en el ámbito de lo desconocido, y se me acercaba, otro astro, que con su inmenso brillo me cegó los ojos, produciendo en mi sér una alteración inmensa: era el planeta Palas, el lugar hermoso de contemplaciones científicas.

La impresión que me produjo esta arrebatadora aparición fue tal, que ebrio, fuera de mí y sin saber la que hacía, de un salto me arrojé de la nube y caí blandamente en aquel lugar desconocido, mientras mi conductora, en alas de impetuoso viento, se perdía prontamente en los abismos de la inmensidad.

Tuve miedo; tendí mi vista alrededor y advertí, con gran placer, que aquel país era muy diferente de la tierra, mi pobre patria, en donde tantas ilusiones engañosas había tenido. El suelo era más hermoso y de matices más delicados, verde césped sobre él nacía ofreciendo sus balsámicas flores a los afortunados seres que poblarían tal vez aquel continente maravilloso.

Ignoro el tiempo que extasiado en su contemplación estuve; pero de improviso empecé a oír una música sublime que parecía salir de la lira de Apolo; y al volver la vista apareció junto a mí una asombrosa figura de formas indefinibles que ni la lengua expresar puede, ni a describir la pluma se presta. No era hombre ni mujer, ni se parecía siquiera a concepción ninguna de imaginación calenturienta; representaba más bien una entidad angélica; caminaba sin moverse; dejando tras de sí luminosa senda, abrasaban sus miradas, sus rubios cabellos flotaban encantadores, sus rojos labios

tenían, al desplegarse, una persuasión que subyugaba, y cubriendome al punto con una de sus alas, “sígueme –me dijo–, afortunado mortal”.

Al percibir el rítmico sonido de aquella extraña, inaudita voz, que se deslizaba en mi oído con ternura inexplicable, advertí que insensiblemente caminaba en compañía de aquel misterioso sér por un frondoso y aromático bosquecillo. Quise quedarme allí un momento, y al rogar al desconocido que parásemos en aquellas delicias, me contestó con suave dulzura: “¡No has venido aquí, pobre joven, para admirar sólo la física belleza; quiero que también contemples todas las inapreciables contenidas en el hermoso mundo moral!”: e inmediatamente recorrimos con rapidez vertiginosa, cual si potente máquina nos impulsara, grandiosas selvas vírgenes de seculares árboles, mansos arroyuelos, largas cordilleras de formas muy extrañas, hasta llegar, por fin, a un amenísimo sitio donde el aire era más puro, más rutilante el Sol, más blando el césped, las flores más hermosas y escogidas, variadísimas las rocas y más sombríos los árboles. Esparcía con deleite mi vista por aquellas delicias, y me fijé de repente en unas esmaltadas flores de rara fragancia, tallo verde, cáliz dorado, estambres blancos como hilos de plata y corolas de un rojo vivísimo que ni el carmín ni la púrpura pueden dar remota idea. Me asombraba su variedad y hermosura: avancé y pude coger una de ellas sin el menor obstáculo, y al verla en mi mano el desconocido, me dijo: “Con esa rosa evocarás, siquieres, los numerosos seres de este mundo singular arrancando una a una las rojas partes de su bella corola; pero, ¡guárdate de arrancar el último pétalo!”

No bien hube oído esto, cuando, a impulsos de la curiosidad que me devoraba, tomé entre mis dedos uno de los pétalos de la múltiple corola, y cual si estuviere dotado de mágico poder hizo surgir, no sé si del cielo o del abismo, una luz deslumbradora, de potentísimos rayos, que, sin saber cómo, fecundaba la fantasía, saturaba la memoria, transportaba gozoso el corazón y producía dislocación tan profunda en la inteligencia que ésta, agitándose en sí misma, me sumía en luminosa ciencia, hermoso don de la divinidad protectora.

La aparición fue rápida, pero tan viva que, anonadado, caí de hinojos ante ella. Entonces, mi compañero me tendió una mano e indicando con la otra el lugar por do

la luminosa visión había ya desaparecido, con entonación inexplicable me dijo: "Esa luz que has visto es la luz de la pura ciencia."

Hubiera querido seguir hablando de las múltiples bellezas de aquella nunca vista emanación, y tal vez lo consiguiera si, al arrancar distraído otro pétalo, no se me presentaran los tres reinos de la Naturaleza, clara, distinta y ordenadamente. Pasaron primero todas las formaciones geológicas, y, sin saber cómo, penetraba en todos aquellos misterios; comprendía sus causas, conocía sus nombres y apreciaba su finalidad. Me extasiaba contemplando todo el mundo vegetal, manifestándose ya en seculares árboles y variados arbustos, ya en microscópicas plantas, centros de pequeñísimas organizaciones atómicas. ¡Cuánto gocé! ¡Con qué encanto veía los bosques submarinos, los pequeños infusorios y los variados peces; y en otro lado las voraces aves de rapiña, los sufridos animales domésticos y las espantosas fieras cerca de inofensivas mariposas e inocentes pajarillos! ¡Cuánto me entretenía distinguiendo las pequeñas células orgánicas, los distintos jugos vitales siempre en movimiento, los principios químicos de sus diversas combinaciones, y cómo me asombraba el contemplar la ley de las transformaciones a que se halla sujeto el mundo entero.

Poco a poco la aparición fue tomando proporciones inconcebibles. Ya no sólo veía la inmensa variedad de seres terrestres, sino también la infinita multitud de mundos siderales que no había contemplado nunca; infinidad de constelaciones y brillantes estrellas, para mí desconocidas, me cercaban de tal modo que parecían hallarse al alcance de mi mano. Yo podía estudiar los sistemas únicos y múltiples; las pálidas nebulosas me presentaban claros sus inmensos misterios. Mi vista, con penetración potentísima, me abismaba sin encontrar límite en aquel caos luminoso, y veía clara la existencia de seres humanos que no habían aspirado nunca el hálito de la iniquidad.

De repente la bellísima aparición cesó, y al separar otro pétalo fue sustituida por otra tan terrible quemé hizo sentir mortal escalofrío. ¡Se había presentado la desgraciada raza de los seres humanos! ¡Cómo comprendí entonces su siempre afflictiva situación! ¡Pobres criaturas! Constantemente combatidas cual débiles barquillas en tempestuoso mar, corrían por doquier en seguimiento de vanos fantasmas, de fugaces satisfacciones. Todos me parecían contentos en su misma desventura; sus propios

pensamientos tendían a entristecerlos; más las bullidoras y aladas ilusiones les envolvían con sagacidad suma, en tupidos y engañosos velos. Yo creía ver, aunque estaba muy turbado, cómo aquellos desgraciados celebraban sin notarlo siquiera, constantes funerales. Veía muchos féretros por todas partes esparcidos, interesándome de tal modo, que no pude menos de suplicar a mi desconocido acompañante que me dejara, si podía, acercarme por un momento a los misteriosos ataúdes: convino en ello; pero díjome que no se realizarían mis deseos sin arrancar antes muchos, muchísimos pétalos de la flor que permanecía en mi mano. No vacilé... Febril y trastornado deshojé casi toda la corola, y empecé a reconocer, con muestra de temor, uno a uno, los misteriosos féretros que tanto me extrañaban; pero, ¿cuál sería mi sorpresa al encontrarme, alzando la cubierta del primero, que allí no había un cadáver, sino una dolorida mujer de blancura indefinible, con ondulante y rubia cabellera, ojos color de cielo, que reflejaban los más purísimos sentimientos del amor divino? Tenía el pecho tan transparente que permitía ver su corazón rodeado de afiladas y punzantes espinas; me miró contristada, y tal era la expresión de su dolor que por ella conocí su divina esencia. ¡Aquel féretro era nada menos que el de la despreciada virtud! Quise encerrarme allí para fortalecer mi tibio corazón con la enseñanza de aquella inapreciable deidad, cuando un ligero e imperceptible velo instantáneamente la envolvió, sin que yo pudiera impedirlo, haciéndola desaparecer.

Vime obligado a continuar, y levantando la del segundo féretro halléme también con otra mujer, más en distinto modo maravillosa, cuyos ojos eran negros y de expresión dulce y a la vez enérgica, que sondeaba rápida los más escondidos antros; su frente espaciosa estaba ligeramente contraída; rodeábanla multitud de libros y pergaminos, mostrando todo su ser un valor indomable en sus luminosas investigaciones, y penetración profundísima en sus atrevidos juicios. ¡Con asombro reconocí en aquella espléndida figura a la verdadera Ciencia!

Con violenta agitación abrí otro y encontréme de improviso a la misma Sensibilidad, despreciada injustamente por los hombres al entregarse al vicio en brazos de brutales y mal llamados placeres. ¡Qué hermosa figura, rodeada y casi envuelta en tiernos pensamientos, dulces impresiones y arrobadores éxtasis! A un lado y otro de su

encantado cuerpo veíanse esparcidos en heterogéneo conjunto multitud de dibujos, variadas y amenas poesías e instrumentos músicos, fieles mensajeros de dulces sentimientos, profusamente mezclados con coronas de laurel y hojas de rosa de múltiples colores. Supe en seguida que allí se refugiaba porque los humanos, o no la comprendían o la menospreciaban por completo.

Abrimos otro féretro, y en él vi un sér de aspecto apacible y sereno; tenía toda la expresión de la juventud mezclada con la admirable gravedad y faz serena del último período de la vida. Su plateado cabello atestiguaba una muy grande ancianidad. Rodeábanle infinidad de niños rubios y juguetones, y algunos jóvenes que le miraban con veneración profunda. ¡Reconocí en aquel sér a la olvidada Enseñanza!

Pasamos después a un extenso túmulo que me llenó de espanto. En él se habían diseminado, con extraordinaria confusión, multitud de huesos y cadáveres humanos que parecían implorar una terrible venganza: eran hombres semidivinos, pobres mártires de la virtud y del deber, algunos; víctimas inocentes de humanas cruidades, otros; completando aquel repugnante cuadro, máquinas de guerra tan variadas como mortíferas, fieles muestras de la cultura humana; detestables ambiciones, locos orgullos de sangrienta historia, malhadadas envidias, que habían, traidoras, envenenado angélicas existencias... ¡Qué horror sentí al contemplarlo...! ¡Sér desconocido, le dije a mi compañero con desgarrador acento, sácame de aquí...! ¡No vean más mis ojos estos sombríos sitios...! No podía continuar: mi voz expiraba en la garganta y mi corazón me saltó en el pecho al oír estas fatídicas palabras: “¡Desgraciado! Todo lo que has visto es dolorosamente cierto; pero, ¡infeliz de ti! ¡Te ha precipitado tu insensata curiosidad...; acabas de arrojar el último pétalo de la corola de tus ilusiones...!” ¡Y desapareció!

¡Oh! ¡Cómo hirieron mi alma aquellas palabras! La delicada corola que lentamente había deshojado era mi única defensa en aquel mundo desconocido: aquellos rojos pétalos eran mis ilusiones; me había perdido mi curiosidad... Crujió el suelo; miré vagamente, noté que descendía..., un vértigo se apoderó de mí. Por fin, sin saber cómo, me encuentro rodeado de hielo y nieve... ¡Me hallaba en un polo de la tierra, de la mísera tierra! Mi cuerpo se helaba; iba a morir; más un rayo de luz me dio en el

rostro...: era el Sol del nuevo día que me despataba... ¡No había viajado ni me había hallado en el hermosísimo Palas!

¡Ah! ¡Sólo había soñado...!

Hasta aquí el artículo.

Pasados los años y recordando la fidelidad del relato, me figuro hoy que se trató de una visión astral simplemente, que se ha reproducido en esencia alguna que otra vez, y en la que no se necesita ser un lince para ver que la espectral procesión de fantasmas, con sus féretros anteriormente descrita, tiene en la Huestia asturiano-gallega su filiación ocultista. Yo debí, pues, morir por aquel entonces, como unánimemente vaticinó la ciencia médica, y si viví y vivo es por algo que puede quizá leerse entre líneas en anteriores capítulos.

MEDIUMNISMO

En humilde opinión del que suscribe, el artículo “Un poco de crítica”, del Sr. García Gonzalo, es altamente trascendental para la evolución del Espiritismo⁹.

“Sostener –nos dice– que el Espiritismo, en lo que tiene de fenoménico, en lo que tiene de experimental –y en tal caso se encuentra la comunicación de los espíritus en sus varias formas– es peligroso, a no estar provisto de ciertos conocimientos, y de tomar grandes precauciones, creemos que no es decir ninguna novedad, ni que tengamos necesidad de demostrarlo; pues desde las primeras obras de Allan Kardec, hasta las últimas de G. Delanne, de Melcior y de Denís..., en todas se recomienda la mayor circunspección, la mayor medida, y se señalan los grandes males que pueden sobrevenir a los médiums –téngase presente que toda mediumnidad suele acusar un estado morboso–, y los que muchas veces, sin querer, se causan a los mismos espíritus queridos, con quienes queremos comunicarnos. Pero suelen olvidarse con sobrada frecuencia estos peligros, y hay siempre, por el atractivo que ofrecen, más afán de mirar al Espiritismo por el lado de la comunicación que por sus otros aspectos filosófico, moral o científico.”

¡Qué verdad tan importante: qué enseñanza tan hermosa!

Allá, hacia los primeros días en que me sentí arrastrada por el irresistible impulso de mi terrestre misión –todos, grande o pequeña, la tenemos– en pro del redentor espiritualismo, sin distinción de credos, indispensable ya a la vida y destinos de la Humanidad, repasé despacio aquellos textos bíblicos en que más manifiestas alusiones se hacen a la comunicación ultraterrena, y confieso que la escena de Saúl y la Pitonisa hubo de producirme terrorífico frío.

Aquel gran rey disfrazado, lleno de confusión y de vergüenza, exigiendo de la discípula de la *Serpiente* que Samuel se la apareciese para recibir de él sus

⁹ Se refiere a un artículo del hoy cultísimo teósofo y fraternal amigo contra el peligrosísimo y necromante uso de las prácticas mediumnímicas e hipnóticas. Fue publicado en la revista *Lumen*, de nuestro gran amigo don Quintín López.

acostumbrados consejos proféticos; aquellos perfumes embriagadores del pebetero para provocar el mágico trance evocador; aquellas esfumadísimas tinieblas en las que surgiera por ensalmo la envoltura fluídica del desencarnado juez, con pálidos destellos azulados de lucero matutino, me pintaban acabadamente la escena siniestra en que la médium cae enloquecida, aterrada de su obra misma, y su grito epiléptico hace coro a la sombría frase del maestro, que la dice: “*—¿Por qué me has inquietado en mi soledad? ¡Antes de tres días, tú también serás conmigo!*” — frase revestida de fragor de sordo trueno apocalíptico, anunciadora de la inminente muerte del monarca israelita.

Samuel, en efecto, tuvo sobrada razón para reprender al rey semejante acto de cobardía. ¿A qué conduce ese infantil y no reglado deseo de querer saber de ajeno y yerto labio cuanto una meditación sensata y un estudio histórico adecuadamente sostenido con el debido método, un anhelo excelsa no tardan en revelar a todo el que labora y confía el tiempo suficiente? ¿Por qué procurarse verdaderas ganzúas, a costa del trastorno y de la histeria, para abrir las puertas eternales del más allá, que si acaso quisieron cerrarse al Dante, jamás les es dable resistirse ante el combinado empuje de la razón, de la intuición, de la energía y del deseo más sostenido y confiado que existir puede en el planeta? ¿A qué esos falsos andadores mercenarios, si ya, sin ellos, podemos sostenemos y marchar solos? La montaña no debe venir a nosotros, sino que nosotros somos quienes debemos ir a la montaña.

Madre insensata es —por excesivamente cariñosa— la que por dar un abrazo más al hijo amado —alguno de ellos, al cabo, debe ser el último— le hace perder el barco que le lleva a su fortuna, allá en tierras lejanas... Pretensión vana y maldita —a no mediar altísimas razones de necesidad— es la de atraer al de ultratumba, sin voluntad suya las más veces, hacia un mundo miserable, que por ley de progreso deja; y hasta peligrosa niñería, cual el jugar con pólvora y con fuego, es querer hacer al rápido volante, impulsor de nuestra marcha hacia arriba, que dé una vuelta *sinistrorum* en su vertiginoso girar en sentido *destrorum* o en derechura hacia sus más nobles destinos... Yo veo que un gran misterio evolutivo nos trae aquí y otro recíproco misterio nos arrebata, camino de lo Infinito e Incognoscible: yo veo la augusta trayectoria del astro, en la que fuerza alguna es capaz de hacerle retrogradar o retrotraerse al punto de su perihelio o de su

afelio, hasta que la misma virtualidad de la suave curva de su elipse a ellos le retornan, sin violencia, por la senda opuesta, al fin de su tranquilo ciclo.

Nadie que esté en el normal ejercicio de sus facultades puede pretender que el ejercicio del arte medianímico suponga menos, dadas sus tenebrosidades, que la práctica de la química, de la astronomía, de la cirugía, etcétera, y, sin embargo, desgraciados hay que al día siguiente de iniciarse en las verdades espíritas, ya están realizando, por su cuenta y riesgo, evocaciones desordenadas, caprichosas y frívolas que le exponen a no pocos contratiempos. No procederían así en aquellas ciencias.

Egoísmo cuitado e ignorante es el del que, para avistarse con los seres queridos que han tenido que alejarse, les molesta haciéndoles desandar el camino cuantas veces se le antoja, y haciéndoles tornar siempre que le place al denso ambiente cargado de carnales flúidos de que por su dicha se acaban de despojar... Mejor, más moral, delicado y práctico sería las más veces partir a lo menos el camino, elevándose el evocador a los planos superiores —que bien asequibles le serán si se hace sabio y bueno—, por do el errático mortal asciende y el genio del consuelo desciende desde mundos sin fin de misericordia y estímulo... Si el que ha partido tenía evolucionada su mente —se le vea y oiga o no con nuestros torpes sentidos, que algún día han de cerrarse— con entrar en su mundo mental merced al estudio, ya le tenemos a nuestro lado. Newton y Leibnitz muertos, Crookes vivo, habitan por igual mi biblioteca, donde encuentro sus obras y su pensar cuando me place... A Wagner y a Beethoven, sin necesidad alguna de evocarlos —insensata e inútil pretensión— les oigo cuantas veces logro escuchar sus sinfonías, o —¡divino privilegio de la Humanidad!— cuantas veces les consagro un amante y artístico recuerdo.

Si al vulgo pudiera decírsele un día: “jahí está Cristo en tal plaza o en tal parque!, correría desalentado para enaltecerle primero y crucificarle de nuevo después... ¡Y sin embargo, Cristo eterno está en todas partes escondido entre las páginas de su Evangelio, en todas las bibliotecas...!

Se impugna a los materialistas, y para aprender, fortificarnos o ser guiados, pedimos a capricho groseros testimonios perceptivos, muy lejanos de esta exquisita percepción interna —intuición sentimental que tanto tiene de propia como de ajena— que al par que

nos permite buscar a Dios y a las perfectas criaturas, fuera, en la obra del Cosmos, nos hace percibir su suave efluvio bienhechor en nosotros mismos, aunque ahogado y obscurecido cual luz bajo el celemín o cual ascua entre cenizas frías.

—No, mil veces no, amigos queridos, compañeros de triste peregrinación y de calvario; no sigáis, sin los requisitos que García Gonzalo pide, y quizá algunos más, la senda de la mediumnidad, que es senda peligrosa, y que ejercitada al descuido, sin técnica y aun con ella, acaso, acaso, constituya una excesiva inmoralidad en el mundo de lo astral-físico. El orden de lo superliminal y lo extraconsciente —aquí del sabio Melcior— os rodea, os empapa y compenetra siempre. No pretendáis de hoy más torcer la ley natural y vuestra verdadera propedéutica con interrogaciones y demandas vanas, exigentes, anticipadas y en horrible desorden anticientífico, a los que por algo se han ido y a quien con ellas desviáis o retardáis en su camino queriéndolos traer de nuevo a vuestro lado sin arte ocultista o teúrgica. Sin perjuicio de vuestra laudable actividad, constituyós en cierta actitud pasiva, tan propia de todos los aprendizajes. Tales preguntas, como igualmente la exposición de vuestras necesidades, el esquema de vuestros futuros trabajos, sin que en la vigilia los recordéis, ya los hace vuestro yo durante el sueño... Por eso soléis hallaros tan reconfortados al despertar tras una noche tranquila.

No tenemos hoy tiempo para tratar la cuestión más que por la rápida vía del impresionismo. Acaso otro día desenvolvamos ampliamente las múltiples razones científicas que abonan aquella opinión.

Conste también que nada de lo dicho reza con la mediumnidad histórica, tan floreciente en los comienzos del Espiritismo, necesaria sin duda en los principios hasta ponemos en otra más franca y progresiva vía.

CONFESIONES DE DOS MÉDICOS PSIQUIATRAS

ACERCA DEL MEDIUMNISMO Y EL HÍPNOTISMO

Por si el lector no se convence con nuestros razonamientos del capítulo anterior acerca de lo peligrosas y reprobables que son todas las prácticas hipnóticas y mediumísticas, vayan dos botones de muestra debidos a dos cultísimos médicos amigos, uno español, e hispano-americano el otro.

Dice así este último en carta de mi colección epistolar, que tengo a la vista:

“Como soy aficionado a leerlo todo y ensayar todo, le diré que cierto día cayó en mis manos el relato que un doctor norteamericano publicaba en un diario de aquel país acerca de cosas verdaderamente peregrinas.

“Contaba este médico que habiéndose convencido de la honradez de ciertos mediums y de que producen fenómenos ultrafísicos innegables, poniéndose a todas luces en comunicación con fuerzas desconocidas invisibles, dedujo que lo que es posible para algunos hombres por disposición natural e innata, debiera, en cierto sentido, serlo para los demás hombres, fundándose en que lo que los unos tenían de natural, podrían acaso lograr los otros mediante una buena y eficaz diligencia. Comenzó, pues, dicho médico por aislar a cualquier hora del día por breves minutos, poniendo su ánimo en estado de absoluto reposo y en espera de algo que debería sucederle. Después de algunas semanas de inútil esperar, empezó a ver algunas sombras flotantes de color azul, muy escasas y raras al principio, pero que iban en aumento y se presentaban con más facilidad con los días. Alguna que otra vez entre aquéllas entreveía luces blancas y manchas ora amarillas, ora verdes; pero, en general, las formas más habituales eran las azules, que no proyectaban sombra alguna. Al cabo de algún tiempo el hombre se sintió como con nuevas fuerzas y se le ocurrió probar si le era posible aliviar, si no curar, ciertos dolores y males mediante una simple *imposición de las manos*. La primera prueba la hizo en un portero viejo, aquejado toda su vida de incurable jaqueca.

Dicha primera vez el paciente quedó curado por unos *tres meses*; pero sujeto a una segunda cura, la jaqueca desapareció hasta el día de hoy.

Ante semejante lectura le confieso que me puse a imitar al galeno, esperando visitas de lo astral, y, tras unos días de infructuosa espera, vi de pronto un día una sombra vagamente azulada al principio, pero que se tornó de pronto de un azul lindísimo, con algo de violeta brillante, sin radiación, más como si poseyera una luminosidad interior. La sombra, que siempre se revela con unos movimientos rítmicos, tomaba a veces forma como de una masa de gelatina viva que, al extenderse, se tornaba en un tinte violeta claro mezclado de rosa. Esta gelatina, o se enrollaba rítmicamente para tornar a extenderse y luego a enrollarse otra vez, o parecía condensarse y disgregarse en puntitos muy azules para luego abrirse de nuevo en una pequeña masa homogénea con movimientos que pudieran decirse amiboides; en fin, un cuerpo vivo según todas las apariencias. Le advierto que jamás he sido sujeto a alucinaciones, y me vanaglorio de tener un espíritu claro, naturalmente analítico y crítico¹⁰. Observando dichos movimientos rítmicos de la sombra, temí por un momento que fueran isocrónicos con mi respiración, y, para averiguarlo, me valí de mis pequeños ensayos de respiración yoga conteniendo el aliento muchas veces por más de medio minuto, sin que los movimientos aquellos se afectasen en nada. Cerrando los ojos, la visión cesa, y debo advertirle que jamás he sorprendido en mí nada que tenga, ni por asomos, apariencias de facultades mediumnísticas. Soy absolutamente normal, no obstante los esfuerzos hechos en diferentes épocas de mi vida por el lado *espiritista*. Ya sé por sus libros que esta es práctica que más y más se avecina a poco que uno se descuide a la magia negra,

¹⁰ Otro espíritu sincero, pero no tan analítico y critico, y ya en los bordes de la psicopatía más reprobable, nos decía por los mismos días:

“¿Creéis que pueda existir un ser cuyo organismo sea de una sensibilidad y perfección tal que pueda mirar cara a cara al Sol en su cenit, percibir su movimiento de rotación y luego impresionar en una cámara obscura placas maravillosas cuyas imágenes cambien desde el ultra violeta a otra clase variadísima de colores? ¿Que su cerebro posea facultades tan asombrosas que reconcentre sobre el azul del cielo un mundo maravilloso de cuerpos fluídicos que, tanto en la noche como en el día, ve, si mira al espacio, cuerpos o manchas luminosas violetas y ultravioletas que cruzan con rapidez sólo para mí visibles; que ve los iones y electrones de la atmósfera; que entra en una habitación y, pasados algunos minutos, nota en ella una gran concentración de átomos y de fluidos; que al dirigir la vista a una estrella la reviste de aureola violácea, y doquier se le produce igual fenómeno; que sentado en un salón iluminado consigue que los rayos que emiten los focos converjan todos a su cuerpo por la fuerza de la atracción de que éste se halla dotado; que, al pasear por la orilla del mar tranquilo éste se agite, y si está agitado, se enfurezca; que en la calle sienta irradiar luz de su cerebro; que le sucedan, en fin, otros fenómenos más pasmosos, que me callo, porque no me creen?”

y, aunque había desistido de ello hace tiempo por falta de éxito, sé lo suficiente para no reincidir.

“Debo, además, advertirle que desde que viera aquellas cosas, *mi vida ha mejorado*; siento que voy más seguro que antes y con más aplomo ante el mal; la presencia de los malos no me alarma como antes. Aún más, en el pasado, todo me había salido mal; ahora, por la primera vez después de muchos años de dudas y de angustias respecto del porvenir, he hallado de pronto amigos con los cuales no contaba, que me han hecho copartícipe de su suerte. También he tratado de ensayar la imposición de manos. La primera vez fue con un éxito notable. En cinco minutos curé a un amigo de una espantosa jaqueca. Le hice experimentar una deliciosa sensación de frescura y bajar la fiebre casi tres grados, haciéndole sudar copiosamente mediante unos rápidos pases en la región dorsal, desde la cabeza a los extremos de los pies. Creo que esta facultad no se posee en todo tiempo en grado igual, y acaso dependa de la pureza de nuestra conducta.

Semejantes prácticas, ¿serán realmente peligrosas...? Hasta ahora, en mi sentir, sólo he derivado bienes. El que ellas no son malas me lo hace creer el haber observado que cuando me someto al sexo, aunque sólo sea en pensamiento, disminuye el poder de ver dichas formas, y a veces cesan de presentarse por completó. Ello será o no autosugestión, pero creo sentir que a veces tengo UN NUEVO GUÍA que me precabe contra tantos errores y amarguras del pasado. Deseo saber su opinión aunque sé que ello es difícil. Puedo asegurarle que desde que me puse en estas cosas, es decir, desde que se me han hecho visibles tales formas, soy otro hombre, y lo que es más, los hombres me tratan de otra manera y mis amigos se han decuplicado. Antes, había entre ellos y yo una barrera, yo era entonces más cerebral que humano. (Debo advertirle que siempre fuí un hombre esquivo y tildado de excéntrico). Todo me salía mal; amor, amistad, empresas comerciales, todo fue un verdadero fracaso. Cuando empecé a ponerme en comunicación con lo astral hallábame en vísperas de un terrible problema para el porvenir, mas, desde entonces, todo se ha aclarado; se me ha abierto un horizonte, allí mismo, donde menos lo esperaba, y el número de mis amigos empezó a aumentar y sigue aumentando de día en día.

Tal se expresaba mi hoy querido amigo, en la primera carta de una cultísima correspondencia que conservo como oro en paño. En una segunda carta, réplica a mi respuesta, en la que naturalmente hube de exponerle mis conocidos puntos de vista sobre el particular, me decía:

“Mi querido Maestro: Media hora antes de recibir su buena carta, me aconteció un incidente curioso, que no sé si tomarle como pura casualidad o como aviso, que su carta debiera confirmar después. Esta mañana un joven amigo se me quejó de un gran dolor neurálgico en el deltoide del brazo derecho que, efectivamente, le impedía el mover el brazo. Probé la imposición de manos, y a poco se sintió radicalmente curado; pero yo, a mi vez, empecé a sentir extraño malestar, una rarísima sensación de morbidez con tendencias a fiebre, y tal estado duró más de cuatro días. ¿Sería que absorbí gérmenes morbosos del paciente por el simple hecho de la imposición de manos...? ¿Será posible que fuera un a modo de AVISO que debía coincidir con el recibo de su carta y con las severas amonestaciones que me hace en ella?^{II} Debo confesarle además que en todo el tiempo que estuve esperando la respuesta de usted me hube de abstener casi del todo de provocar las *formas azules*, y si una que otra vez lo hice, casi al punto desistí, temiendo que tales prácticas temerarias terminasen en peligrosas manías. Aunque dotado de suficiente aplomo y cierta seguridad moral sobre mí mismo en mi trato con los hombres, fuí sumamente sensitivo e impulsivo. Una rara mezcla de ardiente apasionamiento y de temor de errar; y una ciega adoración por la JUSTICIA.

“La teoría teosófica del karma se me antoja una de las más extrañas por sus consecuencias en la aplicación práctica de la Caridad, por ejemplo. Según parece, por esta ley, nadie debiera ofrecerse para alivio de otro, so pena de contravenir tal vez leyes que no entiende. ¿Será que todo ejercicio del bien deba ser regulado por kármicas leyes? ¿Será que ningún acto de caridad deba ser ejercido *motu proprio* por mí, so pena de estorbar el cumplimiento de una ley y atraer sobre mí un mal y sobre el paciente prejuicios que no puedo prever, o es, acaso, deber mío el esperar a que el enfermo o el

^{II} Esto que le sucedió a nuestro amigo de América le hubo de acontecer también al noble coronel Olcott durante varios meses en Ceilán y la India, según refiere en el tomo III de su *Historia auténtica de la Sociedad teosófica*, hasta que terminantemente se lo prohibieron sus Maestros.

desvalido antes se dirija expresamente a mí para que le alivie o cure, y poniéndome con ello en ocasión de hacer actos de sacrificio que sirvan para mi propio crecimiento moral? En este último caso, toda solicitud de socorro por parte de terceros deberíamos mirarla como una *Dispensación Angélica; una muestra de especial favor* que se nos discierne. Vista así la caridad, vendría a tener en la práctica una forma bastante original y quietista.

“Lo que sí sé decirle es que hasta el día en que vi lo de las *formas azules*, mi vida había sido un tejido de contrariedades, decepciones; desaciertos y angustias de todo género: todo me salía mal en amistades, negocios, amor... Todo asunto en el que entraba se complicaba inevitablemente. Salía de una pesadilla para entrar en otra. Así viví largos años, sintiéndome cada día más solo; finalmente llegué a perder toda fe en Dios y en los hombres. (Aquí viene un relato de desastres comerciales tremebundos). Mas, desde aquel día, repito, empezaron a sobrevenirme inesperadas, inexplicables circunstancias favorables. Fue tomó si al retirárseme la única tabla que me sostenía sobre el abismo, encontrase de repente otra más sólida, más segura, que, providencialmente se me brindara por una mano invisible. Tanto, que por la primera vez *desde muchos años* me hallo tranquilo... Sin duda por dispensación de mis *Hermanos superiores invisibles* los libros de usted cayeron en mis manos muy poco después de principiada esa mi liberación de las **PORQUERÍAS ASTRALES** que tanto me atormentaron en el pasado. La espantosa sensación de **SOLEDAD** que siempre había experimentado ha DESAPARECIDO. ¿Será una forma de locura que se ha adueñado de mí? ¡Admirable locura si locura fuera! Pues, aunque no haya mejorado yo en mi opinión sobre los hombres, hoy comprendo mejor las razones o causas que pueden arrastrarles a esa bajeza de gustos, de instintos, de modos de ser que alejaron por tiempo indefinido toda esperanza de una Humanidad digna de ese nombre. *It is in the very nature of the beast!* Este sentimiento de seguridad que en mí parece aumentar cada día me hace más y más maleable y dúctil para tratar a toda suerte de hombres, y ya no experimento esa repugnancia, casi terror hacia los malos, comprendiendo que los más perversos y desgraciados son dignos de lástima tan sólo.

“Siempre he creído que si somos hijos de un Padre divino, el PRINCIPIO DIVINO que constituye lo único inmortal de nuestro sér, jamás este último podría reivindicar sus perdidos derechos al patrimonio paterno si antes no procede a restaurar en su corazón a *Aquél*. Un príncipe de tan divino abolengo, ¿cómo podría nunca volver por sus fueros sin ejercitarse antes en la ciencia de la JUSTICIA al efecto de ser él el perfecto juez que debe de ser, juez, no de los demás, sino de si propio y de sus propios actos? ¿Qué prerrogativa más principesca, en efecto, que la de saber compartir la verdadera justicia, ni qué ciencia más divina que la verdadera Equidad? Si en un príncipe de estirpe tan gloriosa el corazón no corresponde a su rango, ¿cómo va a poder esperar clemencia? Para que él pueda ser digno de los fueros anejos a su rango y ser restaurado en su principado no puede esperar misericordia. ¿Cómo, si le toca sentenciarse a él mismo? ¿Cómo, al administrar justicia en su calidad de príncipe, podrá pretender siquiera eludir por un perdón las consecuencias de sus faltas? So pena, pues, de renunciar a sus divinos derechos, jamás debe pedir, ni siquiera esperar que le sea concedido por gracia lo más mínimo, mucho menos cuando no lo merece, y no sólo no debe pedir, sino que la única manera de probar su regia estirpe es dando, dando siempre con todo el corazón porque solamente merced a obras verdaderamente principescas es como podrá reconquistar un día su puesto en la Casa del divino Padre. El malvado es un príncipe en desgracia, y cuanto más caído, menos sospecha su estirpe altísima, y creo que el papel de cuantos poseemos una intuición más clara de la verdad es hacer por que en nuestro trato con los perversos se despierte algo de esa condición principesca que ellos hoy ignoran.”

Hasta aquí el médico primero.

Veamos ahora el otro médico, quien nos dice:

“En mi poder su grata, que guardaré toda mi vida por los buenos consejos que me da en ella respecto a mi *crisis espiritual*. Siento no ir a esa corte para haber hablado con usted extensamente, como médico que soy, y antiguo experimentador desde hace diez y siete años del *psiquismo*, en el que siempre he tenido presentes las recomendaciones respecto a lo peligrosísimas que son tales prácticas de evocación de espíritus y de hipnotismo.

Entre los muchos casos que pudiera citarle de mi larga experiencia en estas cosas, le detallaré una tan sólo, el de la doble personalidad de una histérica medium, enferma de mi consulta. Dicha mujer me ha dado repetidas pruebas de lectura mental, exteriorización de la sensibilidad, clarividencia, telecinesia, aportes, etc. La paciente sufre mucho, así como una hermana suya, a quien también quiero curar. Para mí la causa de los trastornos de aquélla es la dicha personalidad segunda, que sabe representar a maravilla otras personalidades y otros papeles para engañar con sutileza suma¹². Existen en ese segundo “yo” tendencias las más groseras, sensuales y de perversa índole, y, sobre todo, una extraordinaria afición a la mentira. De cada diez fenómenos suyos, nueve son fraudulentos. Dicha personalidad segunda, en fin, dice ser una mujer con la cual yo me iba a casar en otra existencia y que, para realizado, pues era pobre, me suicidé. Ella aparenta quererme extraordinariamente.

No soy espiritista, pero me seducen los fenómenos metapsíquicos. Debo tener mediumnidad, pero temo practicarla sin guía, y hace mucho tiempo que le pido a Dios con toda la fuerza de mi alma que me conduzca al camino de la Verdad. No ansío otra cosa. Con estos antecedentes le pregunto: ¿Es efectivamente un espíritu esa actividad, para mí libre e inteligente, que se revela en la sujeto? ¿Es, acaso, nada más que un desdoblamiento del “yo”, o una entidad con vida propia desconocida para el hombre? ¿Qué son los elementos? ¿Existe una verdadera fauna en el universo invisible? ¿Es un ser perverso de naturaleza desconocida? ¿Qué eran, en fin, los lares, las furias, los gnomos, el daimón de Sócrates, las poseídas de Loudun y demás maravillas de la Edad Media? Yo le ruego me saque de estas dudas, que me tienen enfermo.

Dicha segunda personalidad, después de haberme dado infinitas pruebas de su existencia, me dejó en ridículo cuando presenté a la paciente a que fuese observada por varias notabilidades españoles, quedando yo como un incauto a los ojos de éstas, y ella como una impostora. Yo desearía curarla de su afección moral y física. ¿Qué me aconseja?”

¹² No hay que decir –añadimos nosotros– que esta es la característica de tantos y tan perversos “spiritus obsesores” que suelen conducir a sus víctimas hasta la locura y el crimen.

A mi carta, en la que ponía en guardia al buen doctor contra la tentación, la obsesión y la posesión “de los elementales y elementarios perversos”, o sea las múltiples entidades sub-humanas y humano-criminales del plano astral, aquél continuó diciéndome:

“No dudo de la existencia de tales entidades que me indica y hasta sospecho que muchas enfermedades incluidas en los libros de Patología están motivadas e instigadas por ellas. También me voy convenciendo de que la Ciencia, como usted dice, debe ser adquirida por el esfuerzo y el sacrificio propios, no por el padecimiento ajeno. Por tanto, según me aconseja, renuncio a toda intervención medianímica e hipnótica. Es evidente que el manejar leyes ignoradas es cometer gravísima imprudencia e ignoraba el que esto se supiese desde remotos tiempos. No cabe dominar una Naturaleza, cuyas leyes ignora el operador. ¿Dónde están las Escuelas Iniciáticas de que usted habla? Quisiera aprender.

Veo que el hipnotismo y el espiritismo, a quienes usted censura, viene a demostrarnos la positiva existencia de nuestra alma¹³; su supervivencia y la existencia de una infinita diversidad de seres suprasensibles, libres e inteligentes, entre los cuales también se cuenta al alma humana. Es más, sospecho que una porción de enfermedades nerviosas –histerismo, neurastenia, epilepsia, corea, vesanias, etc.– media un cierto parasitismo de una entidad “espiritual”, y aun presumo que muchas de nuestras determinaciones, ocurrencias, inclinaciones, impulsos y hasta ideas, deben partir de ese inmenso cosmos espiritual ignorado para el hombre, *fauna inmensa* a la que antes me refiriera. Por último, sospecho también que yo debo padecer de *algo* de ese parasitismo psíquico, como a su tiempo le diré.

Creo que ha acercado usted en el caso de *mi posesa*. He tenido varios por el estilo, y en casi todos, aunque de un modo solapado, ha acabado por asomar la cabeza el embrollo, la vanidad y la lujuria, determinando disturbios graves en las familias y multitud de padecimientos cuya síndrome no detallo aquí. He tenido también

¹³ Esta es la razón histórica de la aparición del Espiritismo a mediados del pasado siglo. Sin él el mundo habría zozobrado en el pantano materialista. Pero el Espiritismo carece ya de objeto así que se ha pasado a la Teosofía, y este último movimiento de la Sociedad Teosófica fracasará a su vez si, bajo pretexto de devoción, se siguen meros derroteros pietistas, al modo de los consabidos de esas instituciones que, llamándose católicas, son, en verdad, impías.

conciencia de desdoblamiento de mi cuerpo astral del físico, de auras y “nubes luminosas” en la obscuridad y estando despierto, de figuras negras grotescas, hombres simiescos. Toda ella me ha provocado una gran ansia por saber para encauzar a la clase médica por las vías del Espiritualismo y he publicado diversos artículos profesionales que han movido a algunos... Si el caso de la entidad obsesora de Florencia Cook observado por el sabio químico William Crookes que me cita no es el de un sér humano por la misma falta de piedad y sobra de hipocresía hacia su víctima, quizá tampoco lo sea el de mi enferma, porque es de lo peor y más triste que he visto. No concibo un sér tan embustero y perverso. Él dice llamarse X..., y que es un espíritu; pero la medium no creo se dé cuenta de su verdadera naturaleza. Él se sale siempre con lo que quiere, y si se le contradice, se irrita y provoca el ataque histérico en la medium, y yo no la puedo curar como sería mi deseo. Si he de ser franco, la he cogido miedo.

Así, pues, por lo que usted me recomienda y porque en mi práctica ya he visto los grandes peligros de todo esto, he decidido no entregarme más ya a prácticas de tal índole.”

¿Comentarios de todo esto? –Ellos están hechos por sí mismo en los dos valiosos y sinceros documentos que anteceden. Pero, si se quiere apurar el consonante, véase el artículo que subsigue, en el que se transcribe una correspondencia nobilísima de una española nacida en Nueva York en el mismo mes de Noviembre de 1875, en que fue fundada la Sociedad Teosófica.

LO QUE UN VETERANO LECTOR DICE HABER VISTO

Si a consignar fuésemos las relaciones notabilísimas que nos hacen por docenas nuestros cultos lectores, este articulo podría constituir un enorme libro. Vaya hoy sólo un botón, para muestra, de un sincero y santo amigo que vive en una histórica ciudad andaluza y que nos dice:

“Con verdadero deleite he saboreado su libro titulado *En el umbral del misterio*, no sólo en la parte artística y científica, si que también en las apariciones y presagios del sueño. En este mundo, amigo mío, lo mismo los ignorantes que los fanáticos y los sabios de menor cuantía, todos se ríen a mandíbula batiente de apariciones y sueños. Por más que yo nada sepa esas cosas, las tomo muy en serio, porque si bien es verdad que nada he visto, puedo certificar que *he oido*.

Recién mudado a la calle Fiel, una noche, a poco de haberme acostado, empezaron a restregar una vara de hierro como de un dedo de grueso, describiendo un arco sobre el tabique que se hallaba situado a la cabecera de mi cama; no podía sospechar que el ruido fuera producto de una broma, por la sencilla razón de no haber más inquilinos; a pesar de ello, me levanté; cogí el quinqué, y registré la casa desde el primero al último rincón, incluso el corral; no tuve el gusto de ver nada; a las pocas noches se repitió la función; vuelta a registrar, y nada; al reproducirse el hecho por tercera vez, al siguiente día, entré en la despensa, que se hallaba situada en el hueco de la escalera; la estuve examinando: era ésta una especie de habitación como de tres y media varas de largo por dos de ancho; al lado derecho había un arco achatado, cubierto con un tabique, sobre el cual restregaban la vara de hierro; al lado izquierdo, otro arco, como de cinco cuartas de alto, y a continuación una cueva pequeña; golpeé las paredes y el suelo por ver si algo sonaba a hueco; llamé a mi hijo, que por aquel entonces contaría trece años de edad, y le dije: —Aquí no puedo yo trabajar con libertad; quiero que levantes esta parte de la solería y que caves a ver qué es lo que se descubre—. Cuando aquella noche me fuí al café, mi familia cerró la puerta de la calle; mi señora cogió el quinqué y el

chiquillo se puso a trabajar; a la media vara de profundidad, se presentó un mortero nuevo, puesto boca abajo; lo sacaron intacto; cuando regresé y lo vi, estuve viendo el barranco y la forma de colocación, entonces les dije: —Para mí, esto indica una señal; no sabemos si marcará una distancia o si se hallará debajo el objeto—. A la noche siguiente continuaron el trabajo, y a la vara cumplida descubrieron una solería de ladrillos nuevos, sujetos ton mezcla; los arrancaron y allí pararon; a la otra noche, a poco de empezar, se presentó una canilla, que por lo delgada no se podía apreciar si aquello había pertenecido a un animal o a un niño; a poco trecho, empezó a salir la tierra suelta, mejor dicho, se presentó la tierra tan suavemente floja, que parecía estar suelta; aquello inspiró a mi chiquillo el temor de si habría allí un pozo tapado, pudiendo hundirse dentro; al verle cargado de miedo, le dije: —Echa la tierra dentro y no ahondes más—. Desde entonces no volví a oír nada.

A los tres años de haber ocurrido aquello, mi hija y mi yerno vinieron a vivir conmigo; una noche, tomando café, me dijo éste: —Hace dos años largos que habito la casa, y desde que entré hasta la fecha vivo asombrado. El primer día que entré en el corral, al ir a cierto sitio se me presentó una mujer como de treinta años de edad, vestida de negro; sentada en el alero del tejado; cada vez que entro, si no está allí, se presenta a poco; le he cobrado horror, y por no verla he cambiado el sitio para el aludido objeto.

Reflexionando acerca del particular, por un lado me parecía que la señal del mortero pudiera indicar valores escondidos; la segunda solería y más abajo la tierra suelta, me hicieron sospechar que allí podría haber sepultado algún cadáver, una víctima de algún crimen misterioso; sacando de todo ello la convicción de que la mujer que mi yerno veía era la que había restregado el hierro sobre el tabique antes mencionado.

Al año siguiente me ocurrió otro hecho significativo: un tío carnal de mi madre (muy religioso por cierto) me miraba con atención, por ver si podía descubrir “los metros de rabo que yo poseía”, pues creía que estaba en pecado mortal, por ser hereje; al levantarse de una indisposición, fuí a visitarle, y en medio de la conversación, sin venir a qué, me dijo: —¡Caramba!, no sabe uno de qué manera obrar que resulte mejor visto a los ojos de Dios—. Por un sujeto que había firmado el testamento, me enteré que los doce mil duros que mi tío poseía se los dejaba al señor Conde de X..., así es que al

momento recogí la lamentación, replicándole: —Entiendo que no debe preocuparse poco ni mucho; usted consulta con su conciencia, y obedeciendo los dictados de la misma, hace lo mejor le parezca.

Como la señora Condesa de X... habitaba en J..., mi tío siempre fue administrador de todos los bienes de aquella señora en este pueblo; de ahí fue dejarle lo que era suyo al hijo mayor de la Condesa; al año poco más cayó enfermo; cuando estuvo de gravedad, lo asistí noches enteras; cuando murió, lo velé; acompañé el cadáver a la misa de cuerpo presente, despidiendo el cortejo en las afueras del pueblo; como nunca había tenido la pretensión de ser rico, y todo lo que ganó es para los míos, y en no pocas ocasiones remedio verdaderas necesidades de personas extrañas sometiéndome a privaciones, resulta que no tomé a mal la determinación de mi tío, tanto, que no volví a acordarme de él ni de su dinero.

Ajos siete u ocho meses de haber fallecido, me eché un día a dormir la siesta, y estando todavía con los ojos abiertos, una voz vibrante y con el mismo metal o sonido que en vida había tenido dijo: —¡Manuel! ¡Manuel! Perdóname; yo estaba equivocado—. Como nada le había reclamado, la verdad es que no sé para qué tuvo que solicitar mi perdón. A poco murió mi yerno, y abandonamos la casa.

Viviendo en calle de Guerra, un amigo me suplicó que le escribiera un discurso, para pronunciarlo en un mitin que a los diez días había de celebrarse en el teatro de esta ciudad; al recogerme aquella noche, me senté en la mesa estufa y terminé el discurso a las dos de la madrugada; abandoné la sala, crucé el patio; cuando tenía sujetada una alcayata para empujar sin hacer ruido la puerta de la sala en donde había de dormir en el corredor alto, que tendría de largo unas diez y seis varas, del extremo opuesto salieron las pasos de un hombre, que al sentar los talones hacía trepidar el pavimento; como allí habitaba una familia, dije para mi fuero interno: Rafael L... se encuentra indisposto y baja al corral; me volví de espaldas a la puerta y cara a la escalera, que se hallaba situada a vara y media de distancia del lugar que yo ocupaba; como la noche estaba más oscura que boca de lobo, el júbilo se salía por todos mis poros, saboreando el susto que iba a propinarle a mi vecino; pues tan pronto como pisara tierra firme, le daría un vocejón tremendo, pensando si apretaría a correr en dirección a la puerta de la

calle o si le pasaría otra aventura de más compromiso por el miedo. La risa me embargaba.

—Al llegar a la escalera, se suspendieron los pasos; me quedo escuchando y oigo el gazapeo de un perro, que, salvando los escalones a tres o cuatro, al caer resbalaban las uñas sobre los ladrillos; le esperé para abrir la puerta de la calle y echarlo fuera; oí cuando sentó las cuatro patas delante de mí, pero no lo vi; saqué inmediatamente la caja de cerillas, encendí una tras otra todas las que necesité para registrar el patio, la habitación que antes había abandonado, la cocina, el callejón del corral, cuya puerta tenía el cerrojo echado; nada pude ver; entonces me dirigí a mi dormitorio, y cuando cerraba las hojas de la puerta, el perro, al paso, rechinaba las uñas por el corredor, buscando el rincón de donde salieron los pasos del hombre; salí, miré, y al no ver nada, mi espíritu experimentó un pequeño malestar; entonces cerré y me acosté.

No puedo atribuir que estos y otros fenómenos que callo sean producto del miedo, por ser una cosa que nunca he sentido, y voy a probarlo. Estando de guarnición en Melilla, nos comían las pulgas; hallándome de guardia un día a unas doscientos metros del cementerio, lamentándome de la plaga, dijo un preso: —Únicamente no las hay allí—. Y señaló al cementerio; entonces dije: —Pues si allí no las hay, allí duermo yo esta noche—. Cuando obscureció cogí una manta y me encaminé al cementerio, empezaron a decirme: —¿Estás loco? Tienes valor para irte allí; pues yo, ni por diez mil duros dormía en ese lugar—. Yo continué la marcha, llegué al cementerio, tendí la manta en medio de aquella mansión, me tumbé boca arriba, y allí dormí con la tranquilidad del justo hasta que fue de día; esto le probará que soy poco medroso.

Según mi leal entender, creo que en nosotros existe algo que no muere; pero como no podemos penetrar los misterios del Mundo invisible, ignoramos si el Ego en su estado flúido se asimilará sustancias etéreas, que den por resultado el sonido de la voz con toda perfección, pisadas fuertes y otra clase de ruidos; y sonidos tan propios como verídicos.

Ya tiene explicado el por qué creo con toda sinceridad la realidad de sus apariciones, como igualmente en las revelaciones ciertas de sus ensueños.”

Un punto de comentario antes de seguir con la tan interesante como gráfica epístola, a la que no hemos cambiado una tilde para no privarla de su popular sabor, y para que el lector pueda formar de ella más acabados juicios.

Los hechos que narra nuestro amigo, hombre quien de seguro no ha leído la famosa *Casa encantada* del genial Bulwer Litton, son en el fondo idénticos al hecho que en esta espeluznante narración del gran ocultista inglés se consignan. Es más, podrían catalogarse con otros mil de que están llenas las historias: el de la *Dama Blanca*, de los *Hohenzollern*; el del espectro de *Hamlet*, y tantos otros, algunos de nuestra propia y personal experiencia, y la de nuestros amigos.

Uno de éstos; matemático ilustre por cierto y nada vulgar novelista, vino a verme hará dos años, alarmadísimo porque en su casa, a deshora de la noche, se habían oído tres fuertes campanillazos sucesivos en la puerta de la calle, sin que mi amigo, puesto ya de acecho, pudiese vera quien las daba.

—¡Es un espectro! —me dijo, un tanto nervioso y alarmado en su siempre sereno juicio.

—¡O un aviso! —pensé yo...

En efecto, pocos meses después perdía a su hija...

El caso en cuestión de nuestro corresponsal tartesio es, pues, uno de los mil que examinados llevamos en nuestro tomo *Páginas ocultistas y cuentos macabros*, y adonde habría que llevar éste como tantos otros que a diario ocurren en el mundo. ¿Cómo no extrañarse, por ejemplo, de eso que llaman vulgarmente *corazonadas*, evidencias o premoniciones?

Ved si no ésta de un sabio amigo mío.

Este señor había sido injustamente derrotado en dos elecciones sucesivas para la Real Academia de..., y ya casi había renunciado a intentar una tercera, cuando visitando a otro viejo académico amigo, el buen anciano hubo de decirle:

—Querido X..., no se preocupe lo más mínimo por su elección. ¡Usted bien pronto ocupará mi puesto en la Real Academia!

Y en efecto, el anciano que así hablaba, hallándose al parecer sano y bueno, aquella misma noche sufría una congestión y moría. Su predicción, además, hubo de verse confirmada semanas después, y hoy el académico señor X..., cubre honrosamente la vacante que de modo tan profético le dejase su buen amigo...

¡También el padrastro de Wágner, próximo ya a la agonía, oyéndole tocar, hubo de exclamar profético: “—¿Llegará a ser un gran músico?”

.....

Sigamos con la epístola de autos:

“La presente carta –decía– no es para que me conteste, sí para que conozca varios detalles de mi vida, que, aunque insignificantes, unos pregonan a voces la existencia de poderes dentro del orden hiperfísico y otros al principio dual, en que claramente se manifiesta el compuesto de espíritu y de materia.

A la edad de diez y ocho años y hora como las diez de la noche, cogí mi escopeta bajo el brazo, en dirección a otra posesión donde residía mi novia; al llegar a unos trescientos metros del molino aceitero donde yo vivía, una fuerza extraña me tornó cara atrás; rápidamente me vuelvo para continuar el camino; pero al dar el paso me vuelven segunda vez; insisto la tercera, y al ocurrirme lo propio, se me crisparon los pelos, el sombrero se me iba de la cabeza; apreté el paso; llegué al molino, abrí y me acosté.

A los pocos días, hallándome en la villa de La Luciana, acertó a pasar un amigo; nos enredamos de copas, y me preguntó: —¿Hace mucho tiempo que no ves a tu novia? – Cinco días. –Pues anda con cuidado, porque yo sé que fulano te anda acechando para darte un tiro–. Aquella misma noche cogí la escopeta, la monté y me puse en camino, el cual iba por una cañada realenga poblada de palmas, coscojas y lentisco; próximo al camino de F..., al percibir mis pasos asoma una cabeza por cima de una mata; veloz como el pensamiento, me eché la escopeta a la cara; más veloz la hundió él; describo un medio círculo para descubrir el busto y hacer fuego; pero se infiere que, tapado con

el monte, se marchó de mí a gatas hasta llegar a Ch..., en cuya hondonada se pudo poner de pies y se perdió: la lección fue tan eficaz, que no volví a verle más¹⁴.

Cuando andaba en el trabajo, si ganaba más en el campo, trabajaba en él, y en la albañilería si me era de más utilidad. Trabajando de oficial, un día me dice el maestro: –Llévate un peón y deseja aquel tejado –el cual tendría catorce varas de altura–. Al llegar con el peón me dice éste: –¿Quieres que yo deseje y tú encarras? –Me es igual; anda–. Cuando se hallaba sentado sobre dos machos, se corren aquéllos con estrépito, viniendo materiales y hombre en vertiginosa marcha hacia el suelo; para salvarle había que exponer la vida; puesto de pie y a cuerpo gentil sobre el muro, de no poder sujetarle, los dos íbamos al suelo; el brazo derecho lo saqué herido; esperé al hombre, al cual cogí por un cuadril, dándole un apretón sobre el tendido, empujado con una tabla, que metió dentro dos ladrillos, quedó sujeto allí; cuando se le quitó el temblor, le dí la mano, lo senté en el muro y cuando pudo hablar y respirar le ayudé a bajar, ambos más muertos que vivos.

Si yo subo, me mato; aquél no tenía corazón para exponer su vida por salvar la mía. ¿Quién le tocó en el corazón para pedirme el cambio? Lo ignoro, pero el hecho cae dentro del misterio, como tantas otras cosas de esta vida.

Ahora va lo mejor: estaba yo de soldado en Valencia: en Septiembre de 1869 caen dos soldados muertos; uno, con los pies dentro de la plazuela de Cajeros; otro, poco más atrás; llevábamos cinco días de no poder ni aun respirar; dicen que si hay algún voluntario para ir a recoger los cadáveres; salimos veintiuno; si usted conociera la delicadeza de mi nariz y estómago, podría apreciar la magnitud del sacrificio.

Si usted ha estado en Valencia, sabrá que afluyen tres calles a dicha plazoleta; yendo de la plaza de San Francisco a la de Cajeros, sin darme cuenta me coloqué en primera fila y el primero del ala izquierda; solamente yo tenía que rebasar la esquina; ocho pasos a mi izquierda había una barricada de doce varas de ancho y dos hiladas de aspilleras; una para hacer fuego de rodillas y otra de pie; al echar el paso fuera de la esquina, sonó una tremenda descarga; viendo que el hombre permanecía de pie, me

¹⁴ El ateneísta General V. cierto día me refirió en la intimidad un caso idéntico que su padre le contó que de joven le había acaecido.

hicieron tres disparos apuntándome a satisfacción y a boca de jarro; yo monté mi fusil y lo disparé al aire; al dejar de hacer fuego, me agaché y cogí al muerto, que era un montón de gusanos; a la primera descarga mis compañeros volvieron corriendo; un muchacho llamado Antonio Portugués y un soldado de Ingenieras se llevaron al que estaba tapado; el cura de mi batallón, que había permanecido tras de la esquina, me ayudó al otro.

Cuando las cosas volvieron a su estado normal se reunió un grupo de oficiales; uno se colocaba en el mismo sitio donde yo aguanté el chaparrón de plomo; los otros al pie de la puerta que se hallaba a mi derecha; como mi cuerpo tapaba más de cincuenta agujeros, pues la puerta quedó hecha una criba, ellos señalaban por el orificio de entrada la dirección de las balas, que formaban verdaderos ramales; media hora duraron los cálculos y discusión, conviniendo todos al remate que el hecho era puramente providencial.

Usted me dice que no hay nada sobrenatural en la Naturaleza, sino protecciones invisibles y juego de leyes desconocidas; yo tengo la convicción que en aquel caso fuí protegido por poderes invisibles que apartaron de mi cuerpo el plomo homicida, hasta el punto de no dejar que me rozara ni la ropa. ¿Será el mismo protector el que me ha librado en las tres mencionadas ocasiones? ¿Será Dios mismo? Siento que estas cosas no estén a mi alcance.

Ya que de mi vida militar me ocupo, quiero decir que desde ese punto empezaré mi psicología: un día llega el capitán a la compañía y le dice al primero: —Señor..., ¿en qué cabo de la compañía tiene usted más confianza? —En ninguno. —Pues hombre, vamos a quedar lucidos; mañana son los exámenes; el coronel es demasiado severo y no sé qué es lo que va a suceder. —Sí; pero en cambio tengo ahí un soldado, el que me merece más confianza que todos los cabos juntos—. Me llaman y dice el capitán: Me ha dicho el primero que tiene más confianza en ti que en todos los cabos reunidos. ¿Tú te atreves a ser guía izquierdo de la segunda sección con el sargento...? —Iré adonde usted me mande. —Te suplico, chico, que pongas a prueba tus sentidos, a ver si logramos salir airosos de la empresa.

Al día siguiente, acompañados del coronel, dos tenientes coroneles y tres comandantes, salimos a campo libre, cuando en línea de batalla apareció el sargento primero acompañado de otro sargento de guías de la primera sección y a la cabeza de la segunda el sargento B... y un soldado, formando a la cola ocho cabos; la plana mayor fijó la atención en el soldado; por casualidad todo salió a pedir de boca, tanto, que al terminar dijo el coronel: —¡Señor don Enrique!, se ha lucido usted: es la mejor compañía que tengo en el regimiento.

Aquello me valió diez pesetas y el aprecio sincero de mi capitán; pero con el inconveniente de tener que sustituir al cabo más antiguo en muchos ejercicios, de lo cual me daba vergüenza.

Para rebajarme de todo servicio, ingresé en la Academia; había en ella cincuenta y cinco alumnos, veinticinco con las obligaciones concluidas, esperando vacantes para el ascenso, en la confianza de que, cuando a mí llegara el turno estaría ya cumplido; cometí la tontería de terminar mis estudios en veinte días; uno, me dijo el teniente: —Cuando se vayan los alumnos quédate atrás, que tengo que hablar contigo—. Al marcharse los alumnos, me manifestó que había una vacante y que me tenía propuesto para tomar los galones en la revista de comisario; entonces le dije: —Pero mi teniente, si hay veinticinco alumnos para ascender antes que yo. ¿Cómo es eso? —Mira, M..., en el servicio vale la antigüedad en igualdad de circunstancias; como en esta ocasión existe una diferencia notable, tuyos son los galones. —Mi teniente, yo se lo agradezco, pero no me tiene cuenta tomarlos. —Dime: ¿de qué vives tú en tu pueblo o qué oficio tienes? Trabajador del campo. —Pues bien, aquí no está el teniente, está tu amigo, tu hermano, tu padre; lo que tú quieras que sea para ti, eso soy yo; cuando ingresé en filas, era un trabajador como tú, con menos facultades que tú; ingresé en la Academia, ascendí a cabo; tengo treinta y cinco años; te consta que soy el teniente graduado más antiguo del regimiento y que muy pronto ascenderé a capitán. Hoy soy un caballero, y quién sabe si en el transcurso de mis días podré llegar a ocupar uno de los puestos más honoríficos de la Nación. Dime, M..., si hubiera marchado a mi casa, ¿qué sería? Pues un trabajador con los huesos anudados, sin comer y sin tener quien me mirara a la cara; fíjate en Fulano, Zutano y Perengano, que de soldados han llegado a capitanes

generales, Juan II de Nápoles, de simple soldado llegó a ser Rey; M..., yo te suplico que tomes los galones; mira que tú vas a ser hombre: —Mi teniente, comprendo perfectamente cuanto me manifiesta, pero me es imposible acceder a sus ruegos; he venido al servicio casado, y estoy deseando marcharme a casa cuanto antes.

Nos Separamos; pero a la hora se presentó en la compañía mi capitán acompañado del teniente, y allí fue Troya; los ruegos y razonamientos llegaron a su colmo; el capitán me decía: —Te impide hacer la carrera militar tu estado de casado. Yo te garantizo que ese no es obstáculo; en este momento voy a ver al coronel y te traigo empeñada su palabra de honor para que seas sargento antes de un año; entonces te traes a tu mujer y desaparece el inconveniente. —¿Por qué no accedí? Porque mi misión en esta vida era otra; mis pasos estaban trazados por el sendero, sin que fuerzas humanas pudieran variarlos.

Allá por el año 1882, siendo presidente del Comité Republicano Federal, escribí un Manifiesto, del cual remití dos ejemplares a D. Francisco Pí y Margall; seguidamente apareció inserto en *El Mundo Moderno*; ocupaba la primera plana, la cual venía orlada y se leía en su cabeza: “¡Documento notable!”

Mi estado de incultura no podía permitir que mis sentidos físicos confeccionaran nada notable; pero existe la particularidad, que al coger la pluma yo no soy yo; eso que se llama inspiración trae un mundo de ideas, imágenes, razones, palabras y conceptos para mí nunca vistos, oídos ni leídos; así es, que la obra la considero propia de mi segundo yo, que hace acto de presencia cuando a bien lo tiene. Tendido en la cama boca arriba, ensimismado en una idea, mi cuerpo se ha convertido en gas, porque no sintiéndole para nada, me he visto flotar en el aire, y creyendo caerme he acudido con las dos manos buscando agarradero; entonces es cuando he sentido el cuerpo, que para mí se había esfumado.

Cuando fuí concejal y teniente de alcalde en este Ayuntamiento me propuse hacer la revolución dentro de la Administración; un día me dijo el secretario: —M..., déjenos usted, por Dios, que nos tiene ya tísicos a todos; haga usted su negocio y no se preocupe tanto del pueblo; mire usted que el pueblo es un monstruo que no sabe quién lo quiere ni quién le vende; de modo que va usted a perder el jabón y el tiempo; en un

Presupuesto que pasa de dos millones, cabe todo, y más; en las Comisiones que usted preside; usted es aquí el amo, no se hace más que lo que usted quiere; no sea tonto y haga su negocio. —Don Juan, no he venido a esta casa para eso. —Pues usted se lo perderá, sin que nadie se lo agradezca.

No tenía dos pesetas, pude hacerme de dinero y no lo quise. —¿Por qué? Porque mi Destinó así lo exige.

Un amigo me propuso que marchara a Sevilla de jefe de Orden Público, y me decía: —Por poco qué dure esta situación dura dos años; en ese tiempo se puede traer diez o doce mil duros; con dicha cantidad es totalmente independiente, y ya puede ostentar las ideas que le dé la gana. —Rechacé la oferta y me conformé con una plaza de cartero que a la sazón estaba vacante, diciéndome el sujeto: —¡M..., siempre tonto! —Era el sujeto el cacique máximo, lo mismo en situación liberal que en conservadora, y como varias veces había intentado ponerme en sitios para hacerme de dinero, y siempre lo rechacé, de ahí aquello de siempre tonto.

Un día llegó el administrador de Loterías a preguntar si había llegado un billete; eran las dos de la tarde y aquel mismo día se jugaba; mi corazón palpitó, inclinándome a jugar un décimo; el cartero mayor, por no entretenerte, le dijo que no; más al final del reparto, dijo. —Le he dicho que no, y mira dónde está el billete. —Lo cogió y se lo dejó a un zapatero remendón que estaba al lado de la acesoría que servía de Administración; llega un telegrama para el corresponsal del *Heraldo* anunciando el premio mayor; el jefe de Telégrafos lo detiene, manda a su señora a casa del administrador, sale y recoge el billete en casa del zapatero; se queda con seis décimos, repartiendo los cuatro restantes entre el jefe de Telégrafos y otro amigo; mi coronada quedó fallida por causa de mi compañero.

Andando el tiempo entré un día en el estanco de la plaza a comprar tabaco; se hallaba colgado del estante un billete sin empezar; vuelta el corazón a palpitarse; me decidí a tomar dos décimos; pero se entabla la lucha entre el corazón y la cabeza; ésta vence al primero; ante la reflexión que tenía un nieto de diez y ocho años muy grave, el cual me costaba cuarenta, cincuenta y hasta setenta reales diarios, me salí acosándome el

deseo a los cuatro días falleció mi nieto y a los ocho vino premiado el billete con el gordo.

A los tres años oigo pregonar a un vendedor el 12.040; mi corazón presiente y me hace ver en aquel número el premio mayor; en virtud a los dos hechos anteriores, bajé las escaleras con la celeridad del rayo, dispuesto a quedarme con dos décimos; cuando salí a la calle, el hombre se hallaba a diez pasos de mí; voy a llamarle; pero al abrir la boca se me anuda la garganta; cuatro o cinco veces más hago el esfuerzo, pero el nudo ahogaba mi voz con más violencia; me quedé mirando para llamarle con la mano si volvía la cara atrás: total, que el hombre se alejó y yo quedéme con el deseo; pocos días después apareció el 12.040 con el premio mayor.

¿No le parece a usted todo ello muy extraordinario y significativo? ¿Podrá dudarse que he venido a esta vida condenado a no tener dinero? Yo tengo la absoluta convicción de que mi camino está trazado dentro de la pobreza, y que en ella realizó una gran misión de auxilio.

En cambio, me hallo sujeto a soportar gastos extraordinarios, como tendrá lugar de ver. Al llegar una noche a mi casa, hallo a una joven de diez y seis años en ella refugiada, sin más título que ser amiga de la menor de mis hijas, y a quien su madrastra, huyendo del mal trato, había abandonado, marchando a Constantina con un hermano y el padre la había arrojado a la calle para irse con una querida. Al enterarme, le dije a mi señora: —Si a esta muchacha no se la ampara, lo probable es que se vaya a una casa de prostitución; déjala, será una hija más. —Conmigo estuvo tres años que tardó en casarse.

Otro día salió una joven a recoger una carta, que no podía tenerse de pies; al verla tan demacrada le dije: —¿Chiquilla, qué te pasa? —Qué quiere usted que me pase, que llevo veinte días de parida y se me pasan los dos y tres días sin comer; además, se han apoderado de mí unas calenturas que me matan. —Al verla llorar le dije: —Tú sabes adónde yo vivo? —Sí, señor. —Pues te vas de seguida y le dices a mi señora que añada arroz en el puchero, que vas a comer. —Pero el caso es que no soy sola, pues tengo una hermana con cinco años y otra con siete. —Pues que vayan también.

A los dos días, le dije: –Para ahorrarte de ir y venir a las horas de la comida, te traes los muebles a una habitación que tengo vacía y que nada ha de costarte. –Gracias a la alimentación y al cuidado exquisito, el médico pudo cortarle las calenturas, que eran mensajeras de la tisis; hablé con la familia del novio, contrajo matrimonio el 26 de Junio; las niñas, una recogió su abuela; otra una tita suya, y yo las tuve desde el 30 de Diciembre hasta el 26 de Junio.

En otra ocasión, un joven de veintitrés años llamado Francisco A..., que había estado de dependiente en una tienda de tejidos, pasó colocado a Sevilla; por sus ideas exaltadas lo despidieron; en vez de irse a su tierra, que es un pueblecito próximo a Badajoz, regresó a ésta aburrido; ya había llegado a mis oídos que se le pasaban días en claro sin comer y que dormía en las tabernas sentado sobre una silla; desansiado de los amigos, una noche se presentó a mí, y con lágrimas en los ojos, me pintó su situación, a lo que repliqué: –La mía no tiene nada de lisonjera: amén de los jóvenes solteros, tengo una hija viuda con dos hijos, a los cuales visto, calzo y sostengo; quiere decir que tú serás uno más–. Empezó a trabajar en comisiones; al principio hacía poco negocio; como ajustaba cuentas cada seis meses, resulta que lo que ganaba lo tenía que invertir en calzar y vestir; cuando ya empezó a ensanchar el negocio, por habitación, cama, topa limpia y comida le impuse una peseta diaria; cuando empezó a ganar cincuenta y más reales diarios, le dije: –Francisco, tú ya sabes lo que es no comer y carecer de cama; también has visto que cuando no tenías un real nadie te miraba a la cara; procura ahora guardar lo que te sobre y en un par de años puedes establecerte por tu cuenta; no vayas a envanecerte y vuelvas al atolladero de donde has salido; ahora buscas casa; llevas tres años aquí; como para nada me necesitas, creo que hemos llegado al fin–. Se marchó, empezó a alternar con los señoritos y no hizo nada, porque empezó a perder casas, y hoy vive no muy holgadamente.

En una calamidad, durante un mes estuve socorriendo a un padre de familia con dos kilos de pan diarios, y a otra pobre con cinco hijos, que tenía a su marido en el hospital de Sevilla, le daba para comer todos los días que no disponía de medios.

Para qué más, si esto es el cuento de nunca acabar. Usted creerá que cuando he ejecutado los referidos actos habré tenido dinero de más; nada de eso; para realizarlos

he tenido que imponerme cierto número de privaciones; de ahí el que sospeche que algún pecadillo de mi vida anterior lo estoy purgando en ésta, por cuya causa no pude ser militar, ni el que haya recibido dinero teniendo mil medios a la mano, ni que me haya caído la Lotería por tres veces.

Para que pueda llegar al fondo del asunto, voy a explicarle mi manera de ser; los asnos cargados de oro que en el mundo abundan y que se creen con derecho a cometer cierto género de demasías, me sublevan; los que ostentando un título académico se dan aire de sabios, teniendo por cabeza una calabaza, me repugnan; cuanto más brilla el hombre por su posición social; tanto más pequeño le veo yo; nada tengo de egoísta, pero que sin poderlo remediar, los considero inferiores a mí: solamente admiro al hombre de talento verdadero; a los pobres que nada saben los trato con dulzura y por nada me enfadan; a pesar de todo esto, la seriedad de mi semblante, la estructura de mi cuerpo, el aire que me rodea y mi manera de andar hace decir a las gentes: "No ves qué facha de déspota." Un déspota que se desvive por mitigar un dolor, por enjugar una lágrima, y que en tres ocasiones distintas se ha jugado la vida, desarmando a hombres que se iban a matar, creo que no es temible. ¡Así es la justicia del mundo!

Para terminar. Hace cuarenta años residió en esta población, un par de meses, un fotógrafo de Córdoba, el cual era médium escribiente; empezó a dar sesiones de once de la mañana a dos de la tarde; como aquí se desconocía el asunto, la casa fue un jubileo; se atravesó por un período de lluvias; yo, que por aquel tiempo era semiateo, fui a curiosear; pero para no despertar sospechas, fuí con mis zapatos y vestidos del campo; en dos sesiones fuí mero espectador; confieso que le vi hacer maravillas; después empecé a preguntarle por algún antepasado, con mis vestidos de paleto; no sé por qué el hombre empezó a distinguirme ya decir: –Usted es médium.

Cuando lo creí oportuno llegué a su casa un día al atardecer, en cuya sazón se hallaba comiendo él y su señora; me sentaron a la mesa, instándome a comer; ante mis rotundas negativas, dijo: –Bueno; usted no comerá; pero no se negará a beber –y llenándome de vino un vaso de agua, me dijo: –¿Quiere usted algo? –Sí; deseo hacer unas preguntas. –En cuanto acabe estamos en el cuarto. –Hice la evocación, y cuando la mano empezó a agitarse, pregunté mentalmente: ¿Cuántas encarnaciones

tengo? Con rapidez vertiginosa escribió diez y ocho. –¿Y siempre me tocó en suerte ocupar el cuerpo de un trabajador? –No, fuiste en Londres tal cosa. –No se la digo, porque si en esa corte hubiera algún Centro ilustrado y tuviera algún amigo que quisiera repetir las preguntas, ya tendríamos un dato para comprobar la veracidad de esa escuela. Le advierto que después de las dos respuestas categóricas en castellano, el hombre continuó escribiendo hasta llenar tres pliegos de papel de barba, pero en un idioma ilegible; se parecía mucho al latín, pero no lo era; si yo entonces hubiera sabido que se puede obligar a los espíritus a que den las comunicaciones en castellano, habría podido enterarme de la biografía de mis encarnaciones.

Empeñado el hombre en que no había más remedio de que yo era médium, los dos a solas quiso experimentarme; no me presté, por parecerme que era una obsesión suya.

El día 15 del pasado mes cumplí ochenta años; tengo la agilidad de cuando contaba cuarenta y cinco; mi hermano lleva sobre sus hombros cincuenta y cuatro, y parece mayor que yo; ya usted ve que me propongo hacerle la competencia a Matusalén, si no, el día que dejara atrás las ligaduras carnales me presentaría a usted diciendo: – Escriba un libro certificando la inmortalidad del espíritu, enseñando a conocer las encarnaciones anteriores y a meditar sobre los fenómenos ocurridos en la presente vida.

–¿Qué más libro –hube de contestar a este simpático patriarca– sino el libro íntimo que debiéramos escribir todos, contando sin ambages cuanto de extraño e inexplicable nos ha acaecido en nuestra vida?

Lo que hay es que la cobardía, la gazmoñería, la hipocresía oficial, nos hace llevar a diario una histriónica mascarilla para... ¡no ser conocidos de los demás, ya que tampoco nos conocemos a nosotros mismos!

LO QUE DIJO E HIZO UNA VETERANA MÉDIUM

Cierto día de Julio de 1918 víme sorprendido por atentísima carta de fina letra aristocrática, con la que me acompañaban buena copia de las “comunicaciones” mediumísticas que, sin comentarios, transcribo, como un apunte para mis ulteriores Memorias íntimas.

Con la inicial J. Sustituyo, por delicadeza, la inicial del nombre de un excelso Maestro del mundo occidental, a quien en las cartas repetidamente se alude.

“Soy J., y te digo que hagas cuanto antes, lo que inspirado por tu buen padre te ha dicho ese sér... Escribe a Roso de Luna, pues su espíritu, desde la noche en que te pusimos en comunicación con él¹⁵, no te abandona, y te llama para sacarte del mar de confusiones y dudas en que te ves sumida, pues aunque tu espíritu tiene la clarividencia necesaria para ver la verdad, al regir a tu cuerpo material, tropieza con la inconsciencia de éste, y, por tanto, se ve imposibilitado de hacerlo que él desea, pues sabe que es el único camino que tiene para vencer la resistencia inconsciente que le antepone tu materia... Así es, que no dudes más, y escribe al buen R... de L... Él te dirá si tu obra ha sido inspirada o no por un buen espíritu, pues necesitas ahí un apoyo de valía que te anime en los trabajos que tienes que emprender y te dé la fuerza necesaria a tu decaído espíritu. No dudes en confesarte (digámoslo así) con él, pues es un espíritu... (aquí elogios que omito), que verá que, por grandes que hayan sido tus errores, no eres, no, sino un sér que busca su regeneración, y redención, y sabrá ver en los pliegues de tu alma que eres digna de estima por todos conceptos, pues quieres ser buena y adelantar venciendo con tu fuerza de voluntad los mil peligros en los que por tu inexperiencia y falta de práctica ocultista te ves envuelta más de una vez. Gracias que nosotros no abandonamos nunca a los que, como tú, se proponen ser virtuosos a costa de toda clase de esfuerzos... Sigue siendo buena para todos, que yo velo por ti y te bendigo.”

¹⁵ Transcribo literalmente, pero yo no tengo conciencia alguna de esas efectivas o pretendidas comunicaciones a que alude.

Luego seguía otra comunicación el lunes 15 de Julio de 1918, en sesión de tres personas únicamente, en la cual decía: "Nos dedicábamos sólo a dar luz y alivio a los espíritus atrasados y sufrientes, encarnados y desencarnados, porque el sufrimiento de los que después de muertos se creen aún vivos debe ser espantoso."

La actuación de nuestro corresponsal, en efecto, puede presentarse como modelo a los que siguen la nada recomendable senda del mediumnismo, pues que escribía:

"Aunque mis ideas discrepan en muchos puntos de las de los espiritistas, ¿en qué emplear mejor la mediumnidad que en abrir el camino a tanto pobrecito sér como yace sumido en la obscuridad por su ignorancia, y, sobre todo, sacando de su error y de sus sufrimientos horribles a los que después de muertos se creen aún vivos? Además, no tengo por costumbre el llamar a ningún espíritu, pues creo que es el mejor medio para ser engañada menos veces. ¡Lo he sido tantas, que, como dice el refrán, de los escarmientados nacen los avisados! Así, dejo a los de ultratumba la dirección de la sesión y el presentar a quien tengan por conveniente, pues mejor que nadie saben quién lo necesita. Tampoco me meto en curiosidades de preguntarles quiénes son y de dónde vienen, sino en hacerles cuanto bien pueda. No se me oculta que, a pesar de todo ello, seré muchas veces engañada, fatalidad que siempre acompañará a todo el que se encierre estrictamente en la doctrina espiritista, que, a pesar de su buena intención y deseo de hacer bien, caminan siempre a obscuras; pero yo me echo la cuenta de que algo de lo que hago se aprovechará y que hará que los senderos por mí tan ansiosamente buscados se abran a mi humilde persona; bueno será que practique en esta forma la ley de Dios, que nos manda hacer a nuestro prójimo lo que quisiésemos que él nos hiciese a nosotros.

"Yo soy J., y te digo que el día de tu ansiada redención se acerca, pues poco a poco vas alejando de ti por tus buenas obras los flúidos malos que impedían el que lograras llevar a cabo lo que Dios te tiene encomendado, que es tu mismo bien y el de todos tus hermanos; y digo tu mismo bien porque el que hace el bien a todos sus semejantes se lo hace a sí propio, pues que la ley manda que el bien atraiga al bien. El día que quieras te entregaremos tu obra, que es preciso termines... Yo te pido que busques el medio de ser puesta en comunicación con R. de L., pues él te abrirá muchos horizontes a tu

angustiado espíritu...; sólo se necesita que una mano más experta que la tuya dé los necesarios toques... Los malos espíritus te ponen mil trabas, e igual hacen con respecto a tu deseo de escribirle a R. de L. ¿Cuántos días llevas luchando con esta idea, y, sin embargo, no la pones en práctica? Oyes su voz, que sin cesar te llama e insta a buscarle, pues como todos nosotros, desde el día en que te pusimos en comunicación con su espíritu, no te abandona, pues quiere tu salvación, y, sin embargo, dejas pasar los días sin llamarle ni escribirle, cuando tu espíritu sabe que él será el que te abra el camino de la verdad.”

Cuando escucho esto y otras mil cosas y oigo la voz de ese buen R. de L. (si es cierto que es él), me dice¹⁶: “Sí, hija mía, no pierdas más el tiempo divagando en lo que me vas a escribir, que ya me lo dirás personalmente. Leo en ti como en un libro abierto, y sé que no me ocultarás nada, pues mi espíritu ya lo sabe todo... Ven a mí sin más dudas, que te espero con los brazos abiertos para darle consuelo a tu espíritu, que tanto sufre. Los buenos hermanos se deben apoyo unos a otros, y yo lo soy tuyo, pues más de una vez nuestros espíritus han cruzado al mismo tiempo está árida caminata por la Tierra y han fraternizado en su envoltura material, lo cual hace falta llevemos a cabo para bien en esta encarnación. ¡Mándame estos pliegos de papel tal y conforme están, y serán lo suficiente. No pienses en que alguien (por mi esposa) pueda ser por ello mortificada. No dudes más y ten fuerza de voluntad para triunfar de esa camarilla que sugieren esas ideas para hacer que no me llames.” Ante esto me dije: “–¿Qué hacer?–. Y resolví escribirle hoy mismo.”

“Un poco de historia, señor: Desde hace más de un año busco sin tregua 10 que yo misma no sé... Trato de ser buena, y he leído mucho (aquí una enumeración de libros de Espiritismo), y últimamente su BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS. Desde entonces oigo voces íntimas que me dicen: “Es preciso que te pongas en comunicación con ese buen hermano R. de L., hacia el cual te venimos guiando, pues será tu salvador en el camino hacia el cual te venimos guiando. Él te ayudará con sus leales consejos y enseñanzas y le dará a tu espíritu la fortaleza y energía que le hace falta para seguir la senda de fragantes flores que tienes abierta ante ti. Yo te aseguro

¹⁶ Torno a hacer igual protesta que en la nota anterior, de no tener conciencia de tales cosas, ni creer ni dejar de creerlas. Hablo aquí sólo como informante, más que como crítico.

que él no se dejará engañar por las apariencias y sabrá aclararte tus eternas dudas. Envíale, pues, estas comunicaciones tal y conforme están... Su espíritu no te abandona; pero son muchos los que tienen interés en que no te pongas en comunicación con él, y te lo impiden con mil trabas. Todas cuantas dudas tengas, él te las solventara, pues sabe cómo tiene que obrar para ello, y además te guiará para que puedas estudiar los libros que precisas. Si al buen E. debes tu desarrollo espiritista, a R. de L. deberás tu desarrollo ocultista, aunque sin darte cuenta. No creas que el ocultismo o magia están reñidos con el espiritismo ni con el verdadero cristianismo. ¡Quien te dice a ti que los ocultistas del hoy no son los espiritistas del ayer y que tú misma en tu encarnación anterior no participabas ya de esa creencia y por eso, desde niña, has oído hablar del espiritismo como de la cosa más natural? ¡Quien te dice que a estas tres doctrinas no va unida una cuarta: la del numero perfecto (*pitagorismo?*) en la cual el día de mañana encontraremos el medio de tener conciencia en el Yo inferior de lo que en sus emancipaciones ejecuta nuestro Yo superior? Cuando ese día llegue, ese tu mundo actual habrá dejado de ser un mundo de expiación para ser convertido en un mundo de felicidad, premio del adelanto moral e intelectual de sus habitadores.

“Ocupada en mis tareas domésticas, pensaba: “Mi obra es espiritista, y M. R. de L., aunque no rechaza esta idea, no la practica. El Mago de Logrosán siempre ha tenido repugnancia hacia las prácticas mediumnímicas, aun cuando se encaminen al bien del prójimo, como yo las llevo.” A lo que la Voz me contestó: “No, hija mía, tu obra, si es espiritista en la forma no lo es en el fondo, pues es más ocultista de lo que tú te figuras. Además, y atiende bien a lo que te digo, a los pueblos hay que saber conducirlos, y a un enfermo convaleciente no se le da de pronto un plato suculento, que le acarrearía quizá la muerte, sino que paulatinamente se le van administrando alimentos que le pongan en condiciones de que su estomago se fortalezca para admitir todo lo que le den. J., cuando vino a enseñarnos el cristianismo, no nos hablo sino veladamente del espiritismo, como dices en tu obra, el cual sólo comprendieron los que *tenían oídos*, y más veladamente del ocultismo, el cual, sin embargo, ejecutaba, pues era el primer mago, cosa que sólo vieron los escasos escogidos que le seguían, y a cuyos actos los ignorantes dieron el nombre de milagros; así, no te apures, que Mario sabrá comprender estoy te ayudará con sus buenos consejos y te guiará poco a poco hacia tu

progreso intelectual. En la parte moral el sabrá, asimismo, ver con su profundo telescopio, así es que no te asustes y llégate a él con la conciencia tranquila... Si no hubiera sido por tu mediumnidad, ¿como hubiéramos podido conducirte, pobre mujer perdida en el caos de la vida, por la senda de la eterna verdad, ni como hubiéramos podido inducirte al descanso como lo venimos haciendo, moviéndote a que te pongas en comunicación con ese buen hermano que quizá... ¡Este *quizá* no es una incógnita para ti, sino para él! Copia, pues, esta comunicación auditiva; escribele brevemente, y envíásela junta con las otras. No temas lo que pueda ocurrir, pues sabe ser discreto y le bastara la lectura de estas comunicaciones para comprender que, dadas las circunstancias en que te hallas colocada, tiene que obrar con ciertas precauciones. Apresúrate..."

El mismo día en que la bondadosa señora, tal me escribía, y antes de que la citase en casa para la entrevista, agregó estotra epístola:

Señor, mi Voz de siempre hoy me dice:

"Soy J. y te digo que ya falta bien poco para que te veas libre de esa cadena que pretendía labrar tu ruina espiritual; pero gracias a tus buenos propósitos y acciones has logrado vencerla, por lo cual, de ahora en adelante recogerás acontecimientos favorables como la espiga recoge entre sus granos el rocío de la mañana, y que Dios la envía para que contribuya a su madurez. Así ellos envían hacia ti el rocío bienhechor de los buenos espíritus, para que siembren a tu paso flores de delicioso aroma, que tu iras recogiendo poco a poco como premio a tus buenas, karma concedido a los que, por amor a Dios y a su prójimo, ponen por obra la divina ley de "ama a tu prójimo como a ti mismo". No retrocedas jamás, hija mía, y entra con paso firme por esa senda que pretendían ocultarte y que hoy ves esplendida de hermosura ante tus asombrados ojos. Pronto recibirás la contestación de Mario, el cual ha quedado verdaderamente impresionado con tus escritos. Ya tendrás, pues, desde ahora ocasión de conocer tantas cosas como tienes necesidad de saber, y que no te hemos dicho nosotros porque comprendíamos que la duda germinaría siempre en ti, y además porque nuestro intento era el que hicieras lo que por fin has hecho, esto es, escribir y ponerte en comunicación

con una persona buena y docta que te sacara de la incertidumbre en que estas sumida. Adiós."

"Hasta aquí las diversas comunicaciones que en poco más de un mes llevo recibidas."

Tales eran las "comunicaciones" que mi amable corresponsal me remitiera con su carta y después de vencer no pequeñas vacilaciones, como ella misma dice. A mayores aún hubo de dar cima para presentárseme en casa al otro día.

Encontréme, en efecto, con una persona ya no joven, de fina e inteligente fisonomía, de educación señorial perfecta, y que sin yo pretenderlo me hizo confesión general, como suele decirse, de su vida entera.

Hago gracia al lector de la severidad con que hube de tratar sus lamentables cualidades mediumnímicas, porque harto repetido tengo que con mi Maestra H. P. B., considero *satanismo* al hipnotismo, y a la mediumnidad como la más lamentable de las prostituciones psíquicas.

Mi buena señora no se incomodó ante mis claridades: antes al contrario, mis palabras sinceramente sentidas —aunque quizá sean erróneas— la hicieron gran mella. Ella misma me decía que parecía hacerla despertar de una horrible pesadilla, de un tormento hacia largos años sentido y contra el que desesperaba ya de hallar remedio... Me encontraba, pues, ante uno de tantos nobles seres que, por la propia mediumnidad han salido del pantano materialista y venido a las ideas teosóficas, ideas que acaban privándoles de aquella mediumnidad misma.

He aquí, en efecto, lo que me escribió de allí a pocos días, agradecida: "Como ultima comunicación escrita, obtenida en la tarde del mismo día que envié a usted mi carta, y sabiendo que usted todo lo guarda, se la envío para que la una a las que ya posee, pues puede que algún día le sean a usted útiles, y más cuando sepa el caso tan asombroso que a continuación expongo:

"Como todos los lunes y jueves, hoy ha venido mi amiga T. para tener nuestra acostumbrada sesión espiritista, en la cual actuó de medium para hacer bien a las pobres almas atrasadas. A pesar de sus buenos consejos de usted en contra de la mediumnidad, y que pensaba seguir al pie de la letra, por mera curiosidad de ver lo que

me decían con respecto a mi entrevista con usted, me entregue a mi trabajo en la forma acostumbrada, esto es, primero prestando mi cuerpo a los espíritus con el objeto de darles la luz, que dicen los espiritistas, y luego esperar su comunicación escrita; pero, ¡cuál no habrá sido mi asombro al ver que, a pesar de haber probado varias veces de una y otra manera mis mediumnidades, que tantos disgustos y sinsabores me han proporcionado, y las cuales consideraba, sin embargo., como una gracia de Dios para hacer bien a mis semejantes, me han sido arrebatadas de la noche a la mañana. Sólo, sí, he oído una voz muy interna que, a la tercera vez de apoderarme del lápiz para tentar a escribir, me ha dicho estas lacónicas frases: "No insistas." Ahora veo, pues, palpablemente una de las ideas salvadoras que han tenido los buenos hermanos de ultratumba para llevarme a usted, cuyas frases de que "la, mediumnidad es una prostitución psíquica" no se apartan de mi mente. ¡Gracias, gracias, hermanos queridos, pues no me creo digna de la protección que por todos lados me otorgáis, y gracias a ti, buena alma encarnada en M. R. de L., y a quien no se cómo pagar más que pidiendo que la bendición de Dios caiga sobre tu honrada morada! En efecto, apenas he puesto un pie en la verdadera senda que usted con su bondad me ha mostrado, ya voy recogiendo las flores que en la última comunicación obtenida me ofrecieron. Como broche a todas ellas, le envío esta en recuerdo de un alma agradecida¹⁷.

"Seguís a mi lado espiritualmente ayudándome con vuestros sanos consejos, pues aunque he perdido mi *mediumnidad automática*, digámoslo así, oigo psíquica o mentalmente, o como queráis llamarlo, las voces de los buenos hermanos que me ayudan desde el espacio, sin sonidos guturales de ninguna clase y sólo leyendo yo en mi mente cuanto ellos me quieren decir, y viendo los focos o auras de luz (no se que otro nombre darles) que me inundan de fresco fluido a la continua, y principal mente cuando me hablan. ¡Cuanto y cuanto estoy aprendiendo, gracias a vos! Una prueba de

¹⁷ Estas hermosas manifestaciones son idénticas a las que la Maestra H. P. B., medium inconsciente o consciente también en su juventud, hizo desde Tiflis a su hermana, después de la gravísima enfermedad que le puso al borde de la tumba, y que pueden verse en el Prologo del tomo IV de nuestra BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS. Las dichas manifestaciones de H. P. B., como las de nuestra distinguidísima corresponsal, acaban con la celebre frase histórica de "los últimos restos de mi debilidad psico-física (mediumnismo) han desaparecido gracias a Aquellos a quienes bendeciré todos los días de mi vida."

que no me abandonáis y que leéis mis menores pensamientos¹⁸ es la siguiente: Estando leyendo vuestro libro *Grutas*, etc., en el que tantas veces se hace referencia a la *Historia autentica*, de Olcott, me entraron grandes deseos de leerla, pensé buscarla, y cual seria mi sorpresa al ver que usted me la remitía espontáneamente¹⁹. ¿No es esto verdaderamente extraordinario...? Por ello, sus libros y los de la Maestra H. P. B., serán de hoy en adelante mi guía, haciendo renuncia de todo cuanto no sea amor ala Humanidad...

“Mi madre me dijo desde niña que los números 7 y 17 jugaban un papel muy importante en mi existencia. ¿Quien se lo había dicho? No lo sé. Lo único que puedo decir es que nunca supe que mi madre se dedicase a estudios teosóficos ni espiritistas y que, a pesar de su excepcional talento, como buena andaluza (era de Cádiz), era muy supersticiosa. Los hechos han venido a corroborar la verdad de esto, pues todos los acontecimientos trascendentales de mi vida han ocurrido en años y días terminados en 7 y 17 o sus múltiplos. Estos números veo hoy también que jugaban un papel muy importante en la vida de los fundadores de la Sociedad Teosófica.

“Otra coincidencia:

“Ni mi padre ni mi madre vivían en Nueva York, y sólo expresamente para que yo nazca sin que el mundo se aperciba, va desde la Habana a dicho sitio, precisamente cuando los dos fundadores se encontraban allí. Pero no para en esto, sino que nazco en Nueva York (sitio en que se fundó la S. T.), y precisamente *el mismo año, en el mismo mes* y catorce días antes del de dicha fundación. En 1878 ellos salieron para la India, y yo con mi nodriza, para la Habana.

“Tercera coincidencia:

¹⁸ Protestamos, por supuesto, del hecho de “leer sus menores pensamientos”, al uso *astral*, mas o menos discutible. Al hombre de estudio la intuición bien cultivada le hace *vidente* y aun *profeta*, por esa *magia natural* del que bien ve y mejor razona. ¿Qué más vidente que Adams, Leverrière, Bessel y tantos químicos y astrónomos que han *adivinado*, por sólo leyes rigurosas del raciocinio, pero no del estéril y seco raciocinio al uso que es propio a 10 sumo de los hombres de talento, sino de la *intuición* que a la genialidad y a la verdadera poesía caracteriza?

¹⁹ Se la remití pensando que en ella esta toda la historia y toda la verdad acerca de la mediumnidad espiritista. La historia de Olcott pasando del positivismo al espiritismo y de este a la teosofía, es la de nuestro corresponsal como la de otros muchos.

“H. P. B. llegó a Nueva York a sus cuarenta y dos años, el día 7 del séptimo mes (julio), y yo, sin saber nada de esto, le escribo a usted mi primera carta, después de muchos días de vacilaciones, a mis cuarenta y dos años, el día 17 del séptimo mes, para que, al fin, usted me haya sacado del angustioso estado en que me encontraba, abriéndome, con la Teosofía, las puertas del verdadero camino de mi regeneración. ¿No es esto verdaderamente asombroso? En el año 1917, además, buscando consuelo a mis muchas penas, me acogí nuevamente al espiritismo, desarrollándose durante dicho año mis varias facultades mediumnicas, hecho verdaderamente trascendental para mí, pues es indudable que sin aquello no hubiera llegado a esto.”

Hasta aquí mi dignísima correspondencia y visitante, a quien apenas si he vuelto a ver tres veces. ¿Comentarios? Hágalos el lector, que son harto sagradas estas cosas de conciencia. Ni todos los teósofos son buenos ni sabios (aunque si están obligados a serlo como tales), ni tampoco ejercen la mediumnidad todos los espiritistas.

UNO EN DOS Y DOS EN UNO

Quien alcance a leer entre líneas ese gran libro de Ocultismo escrito por H. S. Olcott con el título de *Old diary leaves* y traducido al francés con el de *Historia Autentica de la Sociedad Teosófica*, apreciará mil detalles curiosísimos de esos que el mundo escéptico llama “casualidades”, como si todos los hechos grandes o pequeños de nuestra vida no fuesen un tejido inexplicable de múltiples causas que ignoramos o que, conocidas, no sabemos aplicar, sin embargo, a la interpretación racional de la vida misma.

A no dudar, cierta correlación parece haber presidido a los pasos de ambos, H. P. Blavatsky y H. S. Olcott, sobre la tierra. Nacidos con sólo un año de diferencia, en los dos países más colosales del Globo (Rusia y los Estados Unidos), sus caracteres, sin dejar de tener un mismo fondo de nobleza, sencillez, altruismo e inquebrantable fidelidad a sus Maestros, eran como los dos polos de una misma esfera espiritual, complementándose así en su misión terrestre. Previsor, frío en apariencia, metódico, realista ideológico, si vale la paradoja, místico práctico, como se ha dicho de Cronwell, el uno; imprevisora, violenta, soñadora y caprichosa, pero con un fondo de genialidad augusta, la otra. Blavatsky poseía facultades mágicas pasmosas, como discípula elevadísima de aquellos Maestros tibetanos. Olcott, en cambio, poseía otras no poco valiosas también para la Humanidad, tales como el don curativo magnético, el de ser un conferenciante incansable, prototipo de la religiosidad bien entendida y de la tolerancia, a más de un organizador de mano firme, capaz de alzar los muros de la sociedad más conservadora y al par la más revolucionaria que han podido soñar los hombres.

Las coincidencias entre las vidas respectivas de Blavatsky y de Olcott no se limitan al nacimiento bajo un mismo signo, que diría un astrólogo, en dos años consecutivos, sino que trascienden a no pocos sucesos de sus vidas respectivas, necesitadas de un

buen historiador teósofo que haga de ellas algo así como aquella obra de Plutarco conocida con el nombre de *Vidas paralelas*²⁰.

Olcott luchó bravamente en la guerra de Secesión de su país por la causa de la libertad humana contra la esclavitud física y moral que el tráfico negrero de los Estados del Sur pretendía mantener entre los pueblos. Blavatsky, pocos años después, luchaba —jolla, mujer!— en las filas del redentor Garibaldi, contra el Papado, eterno mantenedor de la esclavitud moral de los pueblos, esclavitud mil veces más dañosa que la física. Si el uno estuvo quizá a punta de morir en los azares de la lucha, la otra puede decirse que efectivamente murió en Mentana, al lado de aquel libertador de Italia, si bien hubo de tornar a la vida merced a algo muy misterioso, relacionado sin disputa con la fundación y desarrollo de la Sociedad Teosófica y que el mismo Olcott explica en su citado libro²¹. Por este lado es bien curioso el paralelo.

No lo es menos este otro:

La obra del inolvidable Presidente-fundador de la Sociedad Teosófica se extiende más adelante en pormenores acerca de la caída que dió Blavatsky en una calle de Nueva York, carda que le destrozó una rodilla en términos tales que los médicos declararon ser indispensable la amputación de la pierna de la paciente si se le había de salvar la vida. La protectora intervención de sus Maestros —dice Olcott en su libro— la salvo esta vez, como antaño en Tiflis. Y es harta coincidencia, por cierto, que la muerte de este último sobreviniese, años más tarde —el 17 de Febrero de 1907—, por causa de un

²⁰ Blavatsky nació en la noche del 30 al 31 de Julio de 1831, y Olcott, el 2 de Agosto de 1832; ella, en Ekaterinoslow (Rusia), y él, en Orange (Estados Unidos).

²¹ En el tomo primero de la citada obra de Olcott, al examinar las diversas hipótesis que pueden hacerse en psicofísica para explicar las insondables complejidades del carácter de Blavatsky y sus poderes mágicos, se describen según filosofía oriental los diversos procedimientos que la Alta Yoga conoce, y por los cuales se dice que un espíritu capaz de realizar los estupendos fenómenos de esta puede, a voluntad, cambiar de cuerpo y pasar a ocupar otro, aunque este herido de muerte, siempre que sea normal la constitución del mismo, tornándole así como milagrosamente la vida.

El asunto, pese a las burlas que pueda merecer a la ignorancia de Occidente en tales cuestiones, no es tan absurdo como a alguien pueda parecerle a primera vista. Llenos están los anales históricos y médicos de casos inexplicables, casi tenidos por imposibles, de los profundos cambios psicológicos que se han operado en ciertos neuróticos, a raíz de sus crisis nerviosas. Recuérdese si no el caso de la triple personalidad de *Felida* del Profesor Azan o aquel otro de Mlle. Florencia Cook estudiado por Williams Crookes en su conocidísima obra *Medida de La fuerza psíquica*. El mito griego de Esculapio resucitando a los muertos y las resurrecciones que el Evangelio nos dice operó Jesús, se relacionan íntimamente con estos fenómenos, aun ignorados por nuestra ciencia en Occidente, pero empezados ya a sospechar y aun a estudiar por la moderna psicofísica. ¿Quién no ha visto, por otra parte, a los grandes cómicos poseerse de tal modo de ciertos papeles que diríase no es su persona, sino la persona misma de aquel a quien imitan?

accidente análogo, de la caída por una escalera en Génova, a bordo del buque que le conducía a aquellas playas italianas.

Otra coincidencia más, y del mismo genero:

Dice Olcott en su *Diario* (tomo III, página 101 de la citada *Historia Auténtica*): "Al desembarcar en Madrás el 5 de Febrero de 1885, halle a H. P. B. luchando entre la vida y la muerte con una congestión renal, amén de su gota reumática, y con alarmante pérdida de vitalidad. El corazón se hallaba ya en tal estado de atonía, que su vida pendía sólo del hilo más tenue. Sus médicos de cabecera declararon que vivía sólo de milagro. El *milagro*, sin embargo, lo operó, efectivamente, su Maestro, llegando una noche en que esperábamos recoger su postrer suspiro, y colocando su propia mano sobre el corazón de la enferma, la arrancó violentamente de las garras de la muerte. ¡Qué mujer tan extraordinaria! Análoga cosa le había acaecido en Filadelfia cuando el doctor Pancoats, declaró que era indispensable amputar la pierna para salvarla, y a la mañana siguiente, no obstante, el miembro gangrenado apareció completamente restablecido.

Vivió, pues, H. P. B. desde aquella enfermedad mortal de 1885 hasta el día 8 de Mayo de 1891, en que se libertó de su carga física, unos seis años y medio más de lo que la ciencia decretase ante una situación, en lo humano, desesperada.

Tal es el anverso de la medalla. El reverso es muy extraño. Dejemos la palabra al mismo Olcott en el capítulo X del tomo o serie 3.^a, titulado "El capítulo de las Sibillas":

"El Viernes Santo de dicho año (1885) tuve una entrevista con cierto brahman astrólogo llamado Telegú, quien poseía el antiquísimo y maravilloso libro de profecías denominado el *Bhima Grantham*, y no pude menos de maravillarme de cuanto el astrólogo me leyó en el mismo. En el *Theosophist* de mayo de aquel año (vol. VI, núm. 8, 1889) puede verse el relato de dicha entrevista bajo el título de *Libros sibilinos de los hindúes*. Como las profecías no adquieren su verdadero valor sino después de acaecido el suceso que predicen, y cuando esto ocurre constituye una importante prueba de las facultades proféticas del hombre, tengo la costumbre de anotarlas siempre que las oigo, para corroborarlas a su tiempo debido. Por tal motivo publiqué en el acto las revelaciones de Telugú... Varios amigos nos habían dicho que ellos habían hallado

por sí propio en las viejas *Ollas* del libro sibilino²² detalles de sus vidas y otros pronósticos, que luego se habían visto al pie de la letra comprobados.” Después de describir el narrador la resistencia que el astrólogo hizo en complacerle, la elección astrológica del momento y demás circunstancias de caso tan curioso, añade: “Abierto al azar por mí mismo el libro, hallé escrita en él esta revelación: “El consultante no es hindú sino de nacimiento extranjero. Al él nacer, estaba la Luna en la constelación de las Pléyades (Taurus), y en ascensión el signo Leo. Con un colega suyo ha organizado una Sociedad para propagar la Filosofía Esotérica (Brahma-ñana). Dicho colega es una mujer de altos poderes (sakti) desciende de una gran familia, y es como él, extranjera. Aunque de tan elevada cuna, todo lo ha abandonado, y desde hace treinta años se ocupa de este asunto; pero su karma es de tal naturaleza, que ha de experimentar en ello amarguras sin cuento y verse odiada por los mismos de su raza blanca, por la que ella tanto se desvela.” Venía después la profecía de que la Sociedad Teosófica le sobreviviría muchos años, después de atravesar el duro período de prueba que también puntuallizó, como asimismo el número de ramas principales con que la Sociedad contaría para entonces, y terminaba diciendo en cuanto a mí que debería vivir, a partir de tal hora de la tarde de aquel día, 3 de abril de 1885, veintiocho años, cinco meses, seis días y catorce horas, o sea hasta las primeras horas de la mañana del 9 de septiembre de 1913.” Me creo –termina diciendo– que la profecía se cumplirá con ligero error de uno o dos años.”

Aquí la *coincidencia*. Al morir el presidente Olcott a las siete de la mañana del 17 de Febrero de 1907 –con arreglo a lo varias veces notado por el respecto del juego de los números 7 y 17 en múltiples asuntos suyos y de la Sociedad– claro es que la profecía dicha resultó en defecto, por mediar entre dicha fecha y la asignada de 1913 unos seis años y medio. No obstante, podría tenerse por bastante exacta la predicción del astrólogo si añadiésemos a la muerte efectiva de Olcott los seis años y medio, que contra toda previsión de la ciencia medica había sobrevivido H. P. B. a su enfermedad mortal en el Cuartel General de Adyar. Es decir, que mientras H. S. O. vivió unos seis años y medio menos de lo que parecía previsto por la ciencia astrológica, en cambio H.

²² No deja también de ser chocante la semejanza entre este nombre sibilino hindú y el de *Olla* u *Oella* de la celebre compañera de Huanco-Capac, entrabmos fundadores de la Monarquía inca en América del Sur.

P. B. vivió otro tanto tiempo más –con variante de unos dos meses²³– después del día en que estaba fatalmente condenada a morir según el fallo de la ciencia médica.

Establecido esto así, se nos ocurre una duda. Presupuesto que el llamado milagro no envuelve en manera alguna una transgresión de las leyes naturales, sino un mayor conocimiento y aplicación de ellas, y que en la ciencia rige un como principio de correlación de fuerzas (como se ve en la Mecánica y en la Química) la maravillosa curación y consiguiente prolongación de la vida de H. P. B. podrá tener alguna analogía en lo trascendente con esotro fenómeno terapéutico de la transfusión de la sangre, y que aquí sería algo así como la transfusión de la vida del uno al otro, enlazados como estaban ambos tanto por la Vida superior y única que ligara sus almas cuanto por vínculos contraídos en otras existencias. Si en lo físico cabe dar una vida por salvar otra, como se ve en tantos casos de heroísmo, ¿por qué esta cualidad renunciadora, que es más celeste que terrena, no ha de poderse dar en esferas superiores? Si así fuese –no lo afirmamos ni lo negamos–, el hecho no sería después de todo sino una repetición de lo que a entrabmos aconteciese en vidas remotas, cuando, según la videncia de Leadbeater²⁴, el mismo había sacrificado generoso los días de otra vida anterior en defensa y holocausto de H. P. B. en una de sus encarnaciones, en la sepultada Atlántida, y bien pudo ceder en plena conciencia astral, ya que no física, esos seis años y medio de la vida que se le asignasen por la profecía del astrólogo en nuevo holocausto como el de antaño. El mundo debería la publicación de *La Doctrina Secreta* entonces, tanto al sacrificio del uno como al esfuerzo y sacrificio de la otra. Para que la inspirada pluma de la princesa de Ekaterinoslow pudiese enriquecernos con sus insustituibles enseñanzas, hubo necesidad, en fin, del intervalo de aquellos casi siete años, hecho posible por la abnegación del más sencillo de los hombres sabios y el más sincero de los cronistas²⁵.

²³ Esta leve diferencia no es de importancia y hasta se esfuma si se tiene en cuenta que tres meses antes cayó verdaderamente herida de muerte, a raíz de las calumnias levantadas contra ella por los Coulomb y los misioneros.

²⁴ Véase el artículo de éste titulado “Fiel hasta la muerte” y relativo a las vidas pasadas de nuestros queridos fundadores.

²⁵ En corroboración del lazo oculto que los unía, copiamos este fragmento (pág. 312, t. 111, de la *Hist. Authentique* de la S. T.): “H. P. B. escribía a Olcott en nombre del afecto verdadero, más que fraternal, que tengo por usted” y de “mi fidelidad interior, no superficial, hacia usted como colega, camarada y compañero en la obra del Maestro...” “Yo os amo del modo más sincero.”

TEOSOFÍA Y SOCIEDAD TEOSÓFICA

(DIÁLOGO FILOSÓFICO)²⁶

—¿Que significación asignan ustedes al movimiento teosófico en el mundo?

—Pura y simplemente el de una avanzada de una nueva era para la Humanidad, pues que el objeto fundamental de la Sociedad Teosófica es el de crear el núcleo de una fraternidad universal sin distinción de razas, sexo, credo, casta ni color. Una selección con todos aquellos hombres que, sean cuales fueren sus ideas, sientan viva en su pecho la llama de la fraternidad universal.

—No obstante, parece que la tendencia del mundo es la de adquirir nuevos acorazados y aumentar los efectivos de cada ejército.

— Tras la guerra viene la paz, como tras la tempestad la calma. ¡Quién sabe la reacción que se producirá en el mundo después de la probable conflagración futura! Roosevelt, sentando a su mesa a un negro sabio contra todos los prejuicios de su raza, blanca, realizó uno de los actos más excelsos de confraternidad, mientras que esas naciones que venden alcohol a negros e indios para exterminar su raza realizan un crimen quizá más grave que el de la trata de blancas y la piratería. La Sociedad Teosófica, sino tuerce mañana sus objetivos, es a la futura Humanidad lo que el núcleo es a la célula en biología, pues gracias a aquél ésta se desdobra y multiplica por cariocinesis para constituir los órganos y aparatos de los cuerpos vivos.

—¿Cuales son, pues, los objetos que persigue dicha Sociedad?

—Ya lo he dicho: el de la humana y más amplia fraternidad; la práctica de la virtud por la virtud misma, cual todos los grandes Iniciados del pasado nos aconsejasen. Semejante objeto es el único obligatorio. Todo el que le siente es teósofo, pertenezca o no a la Sociedad Teosófica, donde quizá ni son teósofos todos los que están ni están todos los que son.

²⁶ Fragmentos de algunas entrevistas hechas al autor en Madrid y en Buenos Aires, estas últimas en 1909 y 1910, o sea cuatro años antes de la Gran Guerra.

—El segundo objeto de dicha Sociedad, ¿es, en efecto, el estudio comparado de las religiones, ciencias y filosofías?

—Sí, y de semejante comparación surgen verdades absolutamente nuevas en apariencia, pero, en realidad, tan antiguas como el mundo mismo, y que fueron enseñadas en el secreto de los recintos iniciáticos de Samotracia, Eleusis, Mithra, Tebas, Bibractis, Alexia, Gades, etcétera, etcétera.

—¿Y a qué punto pretenden llegar con estos estudios comparados?

—En las religiones, por ejemplo, puede llegarse así a descubrir, tras la corteza en ellas sedimentada por los siglos y tras el velo echado sobre las Grandes Verdades de la Sabiduría Primitiva por sacerdocios explotadores, estas grandes verdades perdidas que eran ciencia y religión —la Ciencia Una y la Religión Una— al mismo tiempo. Es ello una especie de paleontología psicológica y científica cuyas raíces pueden ser tan antiguas como el planeta mismo. No olviden, por ejemplo, que el propio Jesús, como todos los Grandes Iniciados anteriores y posteriores a él, nos dejó dicho en el capítulo trece del Evangelio, según Mateo, que “a los vulgares él les habla en parábolas, para que viendo *no vean* y oyendo *no entiendan* (misterio iniciático), mientras que a ellos, sus discípulos, los hablaba claramente (“de la boca al oído”) acerca de los verdaderos y ocultos Misterios del Reino de los cielos. Hay, pues, múltiples religiones vulgares, a pretexto de las cuales las pasiones de los hombres han ensangrentado al mundo; tras de cada religión vulgar o exotérica (jainismo, brahmanismo, zoroastrismo, budismo, judaísmo, cristianismo o mahometismo) yace oculta la Religión Una, iniciática y esotérica ya dicha, y aun todavía hay para cada hombre una Religión Inefable, que es la de su conciencia moral, Cristo en el Hombre, que diría San Pablo.

—¿Y en cuanto a las ciencias?

—Que todas ellas no son sino ramas múltiples y hermosas de una Ciencia. Una, tronco de donde han brotado todas ellas. Verdadero *Árbol del Mundo*, que dirían las leyendas bárdicas de los Eddas glosadas por el sublime Wágner en sus Dramas musicales, al dicho gran tronco que tiene sus raíces en lo Eterno y Absoluto, podemos acercarnos indefinidamente con las disciplinas comparadas. ¿Qué de frutos no llevan ya dados, por

ejemplo, la Legislación comparada, la filología comparada, la Astroquímica, la Mecánica físico-química, etcétera? Verdaderamente sólo así podremos caminar en indefinido progreso hacia algo efectivamente universal, a un como pensamiento colectivo, cual si la Humanidad fuese *el pensamiento mismo del planeta Tierra*. Claro es que a tal meta se tardarán evones sin cuenta en llegar, como no se llega nunca a las verdaderas metas, por aquello de que el ideal es como la asymptota de las hipérbolas, con su punto de tangencia en lo infinito.

—¿Y el tercer objeto?

—Estudiar las leyes inexploradas deja Naturaleza y los poderes aún latentes en el hombre.

—¿Esta es, por tanto, la tan ridiculizada Magia?

—Justamente, y por eso sólo una pequeña parte de los asociadas puede dedicarse a tamaño objeto. Pero aquí es preciso hacer dos salvedades may importantes. Una, que la existencia de la moneda falsa de las ridiculeces que con el nombre de magia corren por el mundo, presuponen la existencia de la moneda legítima, que es aquella. Otra, la que ya cuidó muy mucho de consignar la maestra H. P. Blavatsky, fundadora de la S. T., al decir en la introducción misma de *Isis sin Velo, clave de los Misterios Iniciáticos antiguos y modernos*, de que “no admitimos magia alguna que exceda a la capacidad y alcance de la inteligencia humana, ni en milagro alguno, sea divino o diabólico, si tal cosa implica una transgresión de las leyes naturales instituidas desde la eternidad. No obstante, admitimos la opinión del sabio autor de *Festus*, el cual dice que el corazón humano todavía no se ha revelado a sí mismo; ni jamás hemos alcanzado ni a comprender siquiera toda la extensión de sus poderes, por lo que no resulta exagerado el creer que el hombre puede desplegar nuevas facultades sensitivas y adquirir una relación mucho más íntima en la Naturaleza, como la lógica de la evolución se encargaría de decírnoslo si la llevamos hasta sus legítimas conclusiones. Si recorriendo la línea de ascensión desde el mineral o la mónera hasta el hombre más perfecto el alma ha evolucionado, llegando a adquirir las elevadas facultades que hoy posee, en manera alguna será desacertado inferir que en el hombre se está desenvolviendo igualmente una facultad de percepción que le permite indagar hechos y verdades más allá de

nuestra visión ordinaria. Con todo, no vacilamos en admitir la opinión de Biffé, según la cual “lo esencial es siempre lo mismo”, y ora procedamos hacia dentro cercenando el mármol para descubrir la estatua encerrada en su masa, ora procedamos hacia afuera amontonando piedra sobre piedra para construir el templo, nuestro *nuevo* resultado no es más que *una antigua idea*. Por ello la última de todas las eternidades encontrara en la primera su alma gemela.”

—¿El estudio de esas leyes inexplicadas y esos poderes latentes, constituye entonces la parte ocultista de la Teosofía?,

—Ciertamente. La Teosofía constituye lo que pudiéramos llamar Ocultismo teórico, exento de todo peligro, pues que tiene su base en el estudio de la Historia y en aquellas disciplinas comparadas. Hay el precepto hermético de que el mineral evoluciona en vegetal, éste en animal, el animal en hombre, el hombre en un espíritu y el espíritu en un dios, porque el hombre no es sino gota desprendida del Océano Incognoscible. Además la evolución ascendente de las formas en el universo está siempre correlacionada o en razón inversa de la involución de la Energía Inteligente o Logos que al Cosmos anima.

—Sin embargo, aun las personas de evidente cultura sienten cierta repugnancia por las prácticas ocultistas.

—Y es natural que la sientan, puesto que suele deputarse como Ocultismo no aquella teurgia de Jámblico que exige del ocultista una previa y sobre humana pureza, sino un cúmulo de prácticas necias, infantiles cuando no criminales, impulsadas por el egoísmo, que es el padre de todas las pasiones, en tanto que el verdadero Ocultismo inmortalizado por los repetidos Misterios iniciáticos sólo puede basarse en un desenvolvimiento simultaneo de las tres facultades superiores del hombre: mente, sentimiento y voluntad, empleadas siempre con absolutos móviles altruistas en pro de la Humanidad entera. El temor al mal empleo de las tremebundas fuerzas ocultas, de las que nuestra electricidad es mero juguete, es lo que hizo secretas aquellas enseñanzas iniciáticas.

—¿Se ha consagrado usted a prácticas ocultistas?

—No; porque no me creo bastante puro, ni tengo la inteligencia suficientemente desarrollada para ello.

—¿Cree usted en la pureza de cuantos entre nosotros los occidentales se dedican a esas prácticas?

—Entiendo que la casi totalidad son unos desgraciados, simplemente.

—¿Tiene la S. T. muchos adeptos?

—Hay como un millar de Ramas esparcidas de polo a polo.

—Nos parecen muy pocas ramas.

—Las levaduras son siempre infinitamente más pequeñas que la masa que han de hacer fermentar.

— Toda esto supone la existencia de ciencias perdidas que retornan...

—Sí, pero las doctrinas de la Teosofía o Religión primitiva de la Naturaleza no son patrimonio de ningún tiempo ni país, sino que yacen como adormecidas u ocultas en todas las grandes ideas. Se conservan simplemente más puras entre gentes orientales de gran elevación espiritual e ignoradas para el mundo, gentes conocidas como Maestros o *Maha-atmas* (literalmente “grandes almas”) y cuya actuación en los momentos críticos de la vida del mundo es bien notoria. Las doctrinas orientales satisfacen al espíritu más elevado y crítico porque son un fruto maduro de pueblos que al llenar su misión histórica han sido raídos de la faz de la Tierra, mientras que la ciencia occidental, joven y pujante, temeraria y vanidosa, no es hoy más que una florescencia incipiente que el cierzo helado del escepticismo puede marchitar en flor. Ella está, sin embargo, cargada de dulces promesas de fructificaciones futuras para el día en que tome en cuenta los problemas del sentimiento, juntamente con los de la voluntad y la inteligencia, y busque tras el Velo de Maya o de Isis de la Naturaleza más la inteligente energía o alma de las cosas que la ilusoria materia; más las grandes cuestiones capaces de mejorar la condición humana y sus seguros destinos allende la tumba, que el mero acrecentamiento de las riquezas materiales para fines egoístas de placer o de vanidad... La Sabiduría Antigua es incommensurablemente superior a la

cultura occidental, quien se halla respecto de aquella en análoga relación a la de lo joven con lo viejo.

—Por lo que veo en el hombre, tal como ustedes le conciben, hay verdaderamente tres corrientes evolutivas: la física o darwiniana, de abajo a arriba o del átomo al hombre; la espiritual, o de arriba abajo, del Logos hasta el hombre, y una tercera, o intelectual, que las sirve de nexo, y por fa cual, digámoslo así, el Logos se hace consciente en la Materia por el Hombre.

—Exactamente, y la ciencia contemporánea, sin darse de ello cuenta, no está ya lejos de admitirlas. Veámoslo:

Que todo vive y todo evoluciona, desde el átomo hasta el hombre y desde el hombre hasta el astro, es ya un hecho demostrado. No es preciso engolfarse en la sabia obra de Spencer sobre “Evolución de la vida y de la forma” para apreciar este hecho tan notorio. Basta con hacer una recopilación sumaria de las conclusiones más salientes de las ciencias naturales, desde los trabajos colosales de Lamark, Wallace y Darwin.

Empezando por el átomo, Crookes, Ostwald, Arrhenius, le Bon y otros se han visto forzados a admitir que es un universo ultramicroscópico, compuesto de uno o varios *iones* positivos, oficiando de centro atractivo o de Sol infinitesimal que está rodeado de innumero cortejo de electrones negativos, a guisa de planetas. Sus masas respectivas, que constituyen por su reunión la materia ponderable que conocemos, son en sí a manera de imponderables organizaciones o condensaciones del éter planetario, sujetas a leyes cinéticas parecidas o iguales a las del microcosmos solar.

Por este camino se va en derechura hacia una ciencia futura que estudie, por decirlo así, la Astronomía por leyes químicas y la Química par leyes astronómicas, o, para expresarlo mejor, que lleve a estas ciencias a la cinemática o matemática del movimiento y de la fuerza. Semejante vida interatómica es la más ínfima pero la más admirable de las organizaciones.

TODO ES ORGÁNICO EN EL UNIVERSO

(APUNTE)

El estudio de las cuantivalencias o poder de saturación de los diversos átomos, su carácter eléctrico y, en suma, su diversa personalidad química, ha abierto el campo para teorías cosmogónicas que empiezan a descubrir de que manera la historia astronómica del sistema planetario, durante millones de siglos, puede acaso haber quedado escrita precisamente en dichas propiedades químicas que guardan ciclo o serie según han demostrado Dumas, Newland, Mendeleeff y Meyer, como si los átomos siguiesen leyes de seriación u organización al agruparse en familias químicas.

La generación interatómica (desprovista de cuanto pueda tener de grosero este concepto, gracias a la raquítica tendencia heredada de los semitas y bien inferior a las puras concepciones filosófico-matemáticas de los arios), se revela bien a las claras, por ejemplo, en los cuerpos llamados *migmoides* (de *migmos*, mezcla). Estos componentes de las *tierras raras* carecen de verdadera personalidad química. Pruebas fieles de unidad primitiva de la materia, se desdoblan en otros, con la destilación fraccionada, formando verdaderas series poco estudiadas todavía.

La teoría electrómica demuestra también que entre toda molécula anhidra y el agua, se suelen establecer series infinitas de hidratos, definidos y a veces cristalizables, verdaderas organizaciones o sistemas de equilibrios químicos delicadísimos que responden, con exquisita sensibilidad en su organización, a todos los cambios operados en el medio donde se desarrollan.

Que la ley de la organización rige a todo en el Universo lo prueban, por un lado las mismas formas extravagantes de muchas nebulosas del cielo, algunas afectando formas de vegetales embrionarios, y por otro las preciosas alineaciones que imprimen a los sólidos pulvurulentos los espectros magnéticos y eléctricos. La fotografía de la chispa eléctrica de alto potencial ofrece a la vista asombrada admirables arborizaciones en forma de raíces en el cátodo y de ramas y hojas monocotiledóneas en el anodo. A

veces llega a más la electricidad atmosférica y crea verdaderas formas globulares que corren por la tierra y acaban estallando con estrépito, verdaderos elementales cabalísticos que tanto intrigaran al escéptico Babinet

La radioactividad esta llamada a infundir en la ciencia futura una enorme dosis de ocultismo oriental... y si no, al tiempo.

Nadie ignora cómo ha nacido esta novísima rama de la Ciencia. De cuerpos dotados de gran peso atómico, como el uranio, brota una emanación, un fluido oscuro, dotado de las más poderosas radiaciones de energía. Él es capaz de hacer electroconductor al aire; él estimula a las reacciones químicas; él es el verdadero Lucifer o *Phosphoro*, el “portador de vida”; él es, en suma, el momento crítico de la disociación atómica: el retorno del átomo físico al piélago inmenso de la materia astral de donde partiera. Una libélula vive una noche; un microorganismo vive días; un hombre vive años; un árbol gigantesco, una encina druídica vive siglos; un átomo vive miles de miles de años, sin duda, pero también obedece sumiso a las leyes de la vida y... muere, porque la muerte es la verdadera vida, como sinónima que es, no de destrucción, sino de transformación, y transformación es sinónima de progreso evolutivo. Por eso son mil veces más admirables los arboles dicotiledóneos que pierden anualmente su hoja, que los monocotiledóneos de follaje permanente .

La ley de organización se cumple en el cristal con pasmosa regularidad geométrica. Hay gérmenes cristalinos que Schrön y Bose han evidenciado, siguiendo inconscientes las enseñanzas del Ocultismo. Los cristales nacen, crecen, sufren quizá y mueren; pero como primer peldaño de la escala evolutiva cuya cima y corona es el hombre, su vida es inmensa..., tan larga muchos de ellos como la del planeta mismo a quien integran; pero al fin les llega también la hora de la muerte, que es para ellos el dichoso día de la transformación, como lo es para el hombre.

La ley de organización evolutiva se cumple también en las nubes, y ya lo hemos demostrado en extensos artículos. Bástenos el recordar aquí que existe la célula nubosa o célula de vapor de agua condensada; que estas células agrupadas en series lineales hacia las altas capas atmosféricas constituyen la primera y más tenue nube: *el estrato*; que del estrato se pasa insensiblemente al *cirro*, cuando ellos se entrelazan y

serian como las barbillas de una pluma, descendiendo hacia la tierra; que muchos cirros y estratos, aglomerados en planos diversos, forman el *nimbo de lluvia*, entre cuyas celdillas, a manera de acumuladores Planté, se condensan las enormes cargas eléctricas de la tempestad, y que, en fin; los nimbos, al fraccionarse en sus masas amorfas, afectan las redondeadas y airosas volutas de los *cúmulos*. El océano atmosférico en que flotan las nubes es mucho más rico en elementos químicos diversos que el propio seno marítimo, pues que, a más del oxígeno, el nitrógeno, los amoníacos y nitritos, contiene todos los gases desprendidos de la superficie de la tierra y los inestudiados *gases nobles*. Los fenómenos de endósmosis y exósmosis, característicos a los intercambios de la vida, se dan siempre entre la nube y el medio en que flota, gracias a las diferencias que median entre ambos en cuanto a potenciales calorífico, eléctrico, depresión, etc. La nube es como una arborización incipiente, un conato de planta rarísima y proteica que crece de arriba a abajo, ya que la evaporación solar suele desgastarla por arriba y acrecentar por abajo con las condensaciones su informe contextura. No hay poeta ni teogonía alguna que no haya visto una vida *sui generis* en las nubes, y algún día no lejano la ciencia hará verdad, y verdad más sugestiva todavía, estabiología misteriosa de las nubes.

Seguir paso a paso la ley de organización progresiva desde los protozoarios unicelulares hasta el primate humano, sería copiar no más a Lamark, Wallace o Darwin. La paleontología comparada o evolución del tipo *humano* a través de edades geológicas inmensas y la embriología comparada, o sea esta misma evolución repetida como *raccanto fugaz* en el desarrollo del humano feto, contienen una misma enseñanza de completo acuerdo con la Doctrina Secreta. La evolución de la branquia, del tubo digestivo, del esqueleto, del nervio, de todos los órganos esenciales, en fin, nos presenta el amplio campo de las organizaciones de la Tierra, conspirando hacia el único y supremo objetivo de crear un cuerpo complejo; un instrumento exquisito, un Tabernáculo, en fin, para la Divina Llama del Pensamiento.

Pero aquí se detiene asustada la ciencia de nuestros días. Llegada al hombre, ha tocado con la meta. Su progreso ulterior está detenido, como justa sanción a su falta completa de lógica, esa misma lógica que brota potentísima de sus enseñanzas

experimentales. Si es principio inconcuso de observación el de la conservación de la materia y la energía, ¿cómo se atreve a creer que de la nada puede hacerse nada? O en otros términos: si cuanto antes hemos indicado nos revela el hecho de una evolución ascendente desde el protisto hasta el cuerpo del hombre, ¿cómo pensar que está evolución ascendente *que tanto ha ganado*, que ha conquistado tanto, no se ha ido operando a costa de otra evolución oculta y descendente desde el seno de lo Absoluto, hasta tocar, digámoslo así, por arriba al hombre?

Esta segunda evolución descendente es, por otra parte, tan demostrable como la primera. Es más, sin ella, esta primera queda imperfecta para ojos científicos. Ella completa el más augusto símbolo del Sacramento Eucarístico del *Cáliz de la Evolución* que se eleva a los cielos y de lo que al *Cáliz* baja en forma de espiritual e inteligente Energía.

“¡Quien tenga oídos para oír, que oiga!”

POSITIVISMO TRASCENDENTAL EN ASTRONOMÍA

Por encima de lo que me han enseñado mis maestros, ya voy creyendo en una cierta Astrología que difiere tanto de la de los nigromantes echadores de cartas, como de esa otra ciencia positiva que respetuosos ponemos sobre nuestra cabeza.

Si las leyes del Universo deben ser aspectos parciales de una Ley única que abarque en sí a lo moral y a lo físico, si un solo paso del hombre en la tierra influye infinitesimalmente en la ponderación de los mundos, yo no puedo desligar al hombre del sistema planetario que le circunda.

Y si le desligásemos, la biología le ligaría.

Suplen todos los seres de aquí abajo, con su misteriosísima sexualidad, su propia finitud con anhelos de infinito, a cuyo infinito nos acerca mucho más la pasión sexual, que es creadora, que la estéril razón pura, infecunda si el sentimiento no la vivifica; y es un hecho chocante el de que, acompañada constantemente en los espacios la Tierra de la Luna, vecina por un lado a Venus y por otro al coloso Júpiter, hija que *placentariamente* de la *Madre Sol* se nutre con su proteísmo físico-químico, no haya sabido depararse, dentro de la evolución darwiniana y de las negativas de Compte, otros períodos sexuales y vitales típicos para el hombre que la habita fuera de los que les marcasen estos astros con sus movimientos.

Así vemos que el flujo catamenial femenino concuerda con el período traslaticio de la Luna; que el período de la gestación se armoniza con los nueve meses del año de Venus; que el de la máxima excitación sexual coincide con el año terrestre, armonizado con el retorno del Sol al punto vernal; que el de la aparición de la pubertad femenina vale tanto como un año de Júpiter, y que el viejo Saturno, allá perdido en sus terrestres lejanías, todavía recuerda que es hijo de Cronos, el Tiempo, y a su segunda revolución solar completa, o a lo sumo a la tercera, llevarse suele de esta tierra miserable a muchos a quien viese nacer al comenzar la primera vuelta, y al terminarla, llegar al máximo de sus vigores.

Nuestra bella mitad y nuestra prole queda así cósmicamente esclavizada a los astros y a sus destinos, cosa nada de extrañar cuando en nuestra positivista labor –labor de topos ciegos, pero tenaces– ya vamos viendo esclavizados de igual modo a unos astros con otros, no solo por la gravitación, sino por otros vínculos más biológicos, si se quiere.

El año del gran planeta Júpiter tiene una duración sensiblemente igual que la del ciclo que han evidenciado para el Sol los estudios de su corona en los eclipses, o lo que es igual: si a la posición *A* de aquél en su órbita corresponde una corona de las del tipo máximo, cual la del eclipse de 1905, a la otra posición *B* del lado opuesto la corresponde otra corona del tipo mínimo, cual la del de 1900. Manchas y corona solar que ya se ligan con la Tierra por los períodos de lluvias, hechos sobre los que no nos detendremos, pero cuya enunciación basta para dejar ligados en cierta biología trascendente a los tres colosos, el Sol, Júpiter, el mayor de los planetas exteriores, y la Tierra, el mayor de los planetas pequeños, cuyos volúmenes están en la relación milesimal aproximada de un millón, a mil y a uno.

Pero aun hay más. Tenemos que rendirnos ya a la evidencia de que la célula zoospérmica y la célula óvulo de la gran conjunción fecundadora en vegetales, animales, hombres y hasta cristales, quizá tiene correlaciones astronómicas que maravillan.

Por mucha que fuere vuestra benevolencia, querido lector, a mí no me creeréis, porque soy español, y los españoles, dicen malas lenguas que no descubren nada más que las carnes, quizá tras los harapos de nuestra indigencia. Afortunadamente tenéis a la mano los novísimos estudios cinemáticos de Poincare, el Dr. See y Darwin, hijo, para que os enseñen cómo y de qué manera la Tierra y la Luna, hijas remotas de un mismo núcleo cósmico hermafrodita, al que acaso aludiese antaño el famoso culto de Venus de Afrodisia, van a operar a la larga, indefectiblemente, una verdadera copulación sexual trascendente, generadora de un planeta futuro tamaño como Júpiter, en titanismo sublime que acaso esa antigüedad tan calumniada por eruditos repletos de ciencia ajena como algunos de sabiduría de buena cepa ya nos transmitió en tradición científica recubierta por corteza de fábula con el mito de los Titanes

contra Júpiter, los Ángeles rebeldes contra Dios, y Baco componiéndose y descomponiéndose.

Si seguís leyendo dicha obra y vais más lejos, todavía podréis apreciar algo de otra copulación céluo-astronómica en los soles dobles, informándoos acerca de lo que acusa la observación minuciosa de la estrella temporaria del Perseo que en 1902 nos ha maravillado, y caeréis al fin en la cuenta de que esas nubes blastodérmicas que evidenciáis en las primeras edades del feto tienen su correspondencia exactísima, por un lado, en las nebulosas del cielo, y por otro, en las propias colonias gelatinosas, porque lo que está abajo y lo que está arriba, es todo uno, según el principio hermético.

Si queréis, sin embargo, seguirnos, leed el “Origen poliédrico de las especies”, del Sr. Soria Mata, donde se esclarece genialmente la sexualidad trascendente de los átomos. En mi obra *Evolution solaire et Series astrochimiques* os digo algo muy raro, a mi vez, sobre la sexualidad en los mundos.

ASTRONOMÍA PSÍQUICA

(SU POSIBILIDAD CIENTÍFICA)

Creo posible una astronomía psíquica. Creo que el hombre que vemos por esas calles es mera parte integradora de un gran conjunto, de un sistema psíquico de admirable contextura, invisible a nuestra grosera vista, sujeto a leyes parecidas a las del sistema planetario, reguladoras de la muerte y de la vida. Pero como el asunto es un poco atrevido, necesita previas explicaciones; suspended un momento el desfavorable juicio que *la cosa os producirá en un principio*. Nadie debe ser condenado sin antes ser oído.

Los esfuerzos de abstracción y generalización que han levantado el prodigioso edificio matemático, se han ido poco a poco traduciendo en leyes inflexibles aplicadas a toda la fenomenología del Universo.

Los conceptos enlazados con el número han ido encarnando así en la vida, y suministrando base racional para ciencias más varias cada día.

El número, la cantidad, aplicados al espacio, dieron nacimiento a la Geometría, y ella ha pasado desde las aplicaciones más teóricas y más admirables, a las más prácticas relacionadas con el orden, peso, volumen, densidad, forma y figura de los cuerpos.

El número ha reducido a términos concretos los más difíciles problemas de la Mecánica. Se han averiguado las leyes fijas que regulan los movimientos de los astros, y ahora, con la Mecánica química, las leyes correspondientes al movimiento de los átomos y a la inaudita multiplicidad de los fenómenos químicos.

El número se ha enseñoreado de la Física, de la Cosmografía, de mil aplicaciones en la ciencia militar. El número, como medida del tiempo, deducida de los movimientos terrestres, regula a nuestra vida.

La Historia con sus cronologías depende exclusivamente del número. Las religiones todas nos hablan de números simbólicos a los que les conceden importancia altísima.

De una aritmética sagrada o hermética nos habla la tradición y la ciencia entera de todos los pueblos antiguos. De la Suprema Causa se habla también cual del Uno-Todo, el inmensurable por incognoscible.

La Filosofía admite también una genuina numeración para sus análisis. Todo objeto ignorado es para nosotros cero absoluto: objeto visto por primera vez, se nos presenta a nuestra mente como algo separado de los demás seres, como una individualidad, como un *uno*. La escrutadora percepción analítica pronto revela en él el dualismo: parte de su todo es clara y parte obscura, parte fea y parte hermosa, *algo* que claramente se contrapone a *algo* ya físico, ya mental, arbitrariamente. Aparece así el dualismo, el *dos* abstracto, lo recíprocamente contrapuesto, según el punto de mira que se elija, y tal dualismo halla al fin, con nuevas investigaciones, un nexo de unión, una modalidad o lazo común de transición o sintético, que pasa de la luz a las tinieblas a manera de crepúsculo, de lo bueno a lo malo por lo indiferente, de lo visto a lo ignorado por lo que se columbra, de lo grande a lo pequeño por lo adecuado, de lo concreto a lo vago, de uno a otro extremo, de una a otra manera especial de ser o de existir por esos nexos de transición fáciles siempre de ser evidenciados.

El número reina en Terapéutica con la dosificación que, alterada, lleva del remedio al veneno. Reina en Estadística, porque sus conjuntos derivados del hecho observado se generaliza hasta concretarse en leyes orientadas hacia las mil ramas de la Biología, Fisiología o Patología. El número se enseñorea de todas las artes y las bellas artes, con la proporcionalidad que impone a todos los elementos integradores de la obra artística.

El número regula nuestra vida en cuanto vemos y en no pequeña parte de cuanto ignorado aún nos queda por ver. A tal lapso de tiempo en la gestación sobreviene el alumbramiento; a tales otros, mejor o peor concretados, llegan a la pubertad, la madurez, la esterilidad, la senectud y otros fenómenos de nuestra existencia sobre el planeta. Los fenómenos más exquisitos y desconocidos del carácter y de la conducta, son función de la edad, amén de otros factores no pocas veces, es decir, del número.

No pasa día sin que la ciencia registre un nuevo triunfo del número, ora descubriendo astros sin *mirarlos*, cual Neptuno y los componentes físicos de no pocos sistemas dobles estelares, ora descubriendo las propiedades físicas y químicas *futuras* de

ignorados cuerpos simples del cuadro numérico de pesos atómicos, ideado por Mendeleeff; ora sorprendido y casi pronosticando la marcha de las enfermedades epidémicas, gracias a curvas numéricas que con razón se han equiparado por alguien a las órbitas de los cometas.

Por infinitos detalles numéricos se ha logrado sistematizar la Botánica. Ya en un principio con Linneo, por el número de órganos sexuales de la flor, ya modernamente por los números de sus pétalos, sépalos, hojas, etc., o por la disposición de los nervios, peciolos, brácteas y demás elementos vegetales, disposición que al caer en cierto modo bajo la Geometría, entra también por ella en el Número. Análogas consideraciones serían procedentes en el campo de la Zoología.

La Mineralogía, ya en los detalles geométricos de los cristales, ya en los químicos de las materias de su estudio, mediátamente depende del número.

Los ignorados fenómenos que se verifican con nuestra vida, aparecen avasallados con la noción de tiempo, que es algo consustancial con la noción de número.

¿Qué insensatez puede haber, pues, o qué peligro en hablar de números, hoy desconocidos, reguladores de nuestra existencia?

En nuestro cuerpo se dan cita las ciencias todas, esas mismas que dependen del número. Materialistas o espiritualistas, partidarios de la escuela de *sólo el cuerpo*, o de la del dualismo de cuerpo y espíritu, o del pluridualismo más completo de los varios cuerpos envolventes más y más sutiles de la mónada esencial, nos es forzoso admitir que en la *realidad-hombre* se impone ante todo la armonía, y que en ella, sometida como está a leyes propias, no ha de discordar con las demás realidades grandes o ínfimas del universo en punto tan esencial como la idea de número y sus matemáticas aplicaciones.

Tal vez no se ha realizado esta investigación por pueriles escrupulos religiosos de esos que rutinarios se atravesaron siempre en el triunfal camino de los genios. Acaso no ha llegado aún la hora de formular tan atrevidas preguntas como las del número en la vida de nuestro Ego, por ser integración de ciencias múltiples no susceptibles aún de prestar oportunos auxilios. Quizá, y esto es lo más probable, hemos huido sistemáticamente

de tales investigaciones por temor infantil frente a lo desconocido, o porque, como decía Voltaire, para nada hace falta tanta filosofía como para observar los fenómenos que experimentamos nosotros mismos.

En toda aplicación matemática a los diferentes vitalismos se presenta además un escollo casi insuperable. No basta, en efecto, que se de en ellos algo así como la idea de número, la de homogeneidad entre los fenómenos que se equiparan, y la más concreta de cantidad en cuanto hace referencia al aumento o disminución de los mismos. Siempre parece cortarnos el camino la imposibilidad real o ficticia de poder precisar los dos conceptos indispensable de igualdad y suma que hacen a las magnitudes *mensurables* matemáticamente.

El concepto de *equivalencia* elude en parte tales dificultades. Con él hacemos, por ejemplo, al área de un círculo equivalente a la de un polígono regular o irregular de tantos o cuantos lados. La idea de proporcionalidad es fecunda en resultados imprevistos, pero supone también aquellos conceptos indispensables.

Pero mejor las elude, sin duda, una mayor finura en el hecho de observación, amén de la aplicación de la ley teosófica de la analogía. Tal ha sido el hilo de Ariadna, que ha seguido el sabio en el laberinto de las ignoradas verdades científicas.

Sabido es, en efecto, que las ciencias que han ido entrando sucesivamente en el cálculo matemático, no lo han podido conseguir sin un largo período de preparación, durante el cual han ido acumulando hechos sobre hechos hasta llevarlos luego a la férula matemática. Los pueblos pastores que observaron largos lustros el curso de los astros; los pacienzudos experimentadores que, frotando el *electrom*, inauguraron el estudio de la electricidad; los extraños nigromantes que persiguieron la piedra filosofal en sus retortas, estaban bien ajenos a pensar que del fruto maduro de aquellas sus investigaciones incipientes, se había de enseñorear la fórmula matemática.

Prescindiendo, pues, de aquel escollo, hoy invencible, de no poderse determinar fríamente los conceptos de igualdad y de suma en el proteísmo psicológico, cabe comenzar como aquellas ciencias lo verificaron, y proceder a la requisita sistemática de hechos de psicología, observación tanto en la esfera de la vigilia como en la misteriosa

del ensueño. En cierto ensayo sobre la fantasía humana intentamos algo sobre este último. Hoy nos fijaremos sólo en aquella, en la vigilia.

Desde luego la senda se bifurca. Dos clases de hechos se nos presentan como observables: el propio y el ajeno. La exquisita contextura del hecho propio, el valiosísimo testimonio en él de la conciencia psíquica y la elemental razón de su mayor proximidad a cada observador, le hacen de momento preferible.

El postulado que de lo dicho arranca es muy concreto. Nos sería conveniente observar, autoinspeccionar, analizar con propósitos matemáticos por modo esmeradamente crítico, el amplio panorama de nuestra vida. El clásico *noscete ipsum* se avalora en esto más que en cosa alguna. Haciendo otros lo mismo y compulsándole después las diversas observaciones, se depurarían errores posibles, quedaría reducido a su justo valor la llamada ecuación personal, doble fuente de tantos tristes desvaríos como de no pocos dichosos atisbas. La ley numérica reguladora o, por lo menos, leyes secundarias y parciales, acaso por algún lado se mostrarían.

Justificada la conveniencia de que nos observemos o autoinspeccionemos, demos nosotros el ejemplo; digamos, pues, lo que cada cual en sí propio haya podido autoinspeccionar.

De mí se deciros una cosa muy sencilla. Me hago la ilusión de creer que efectivamente he sorprendido cierta periodicidad en la fenomenología de mi vida.

Esto podrá parecer una extravagancia; pero yo debo decirlo, si he de ser verídico y honrado, refiriendo mis conquistas mentales. La propia observación es capaz de suministrar en cuanto a móviles, precedentes, intenciones, estados de conciencia, etiología, en fin, del hecho observado, detalles exquisitos y de plenísima certidumbre, que es necio el pretender ir a buscar al hecho ajeno. Tan genuina valía justifica, pues, la preferencia que le otorgamos en los comienzos de tamaña investigación.

En mí se da la sucesión de la vida como un suceder cíclico, y observo en ella que su período completo es de catorce años.

En toda la filosofía hindú, griega y alemana, se admite como cierta la distinción entre lo transitorio y lo inmanente; lo que pasa y lo que queda; lo que Fichte llamaría

fenomenal o concreto y lo numénico o abstracto; lo que el sentido vulgar distingue como alto y bajo en el hombre; lo que cierta Escuela acreditada ya por sus trascendentales videncias ha denominado Yo superior o espiritual, y yo inferior, o animal en el hombre.

El uno cambia, progresá, se transforma; el otro parece dirigir la evolución sereno y permanente; el uno crece y envejece; el otro parece siempre el mismo. Aquel es el obrero que labora, el faquín que aporta materiales, el otro remeda al capitalista que acumula, al mar que atesora y guarda en su amplio seno los caudales acuosos de todos los ríos. Crece, pues, el gran Yo a costa del yo pequeño, o con minúscula, y convendría en vista de ello simbolizarlos a entrumbos por el centro y la circunferencia del círculo.

Pero hay que explotar el símil hasta donde nos sea dable. Hay que considerar en ese girar del yo inferior en torno del superior o numérico algo así como una verdadera órbita de aquél en torno de éste, único medio de dar plasticidad a tamañas abstracciones y hasta hablar de perihelios y afelios, equinoccios y solsticios, etc., en analogía del Sol y la Tierra, que es la comparación más gráfica que podemos hacer respecto de los mismos.

Aquí entran ya las matemáticas. Si el período total de cada evolución o giro de mi yo inferior es por ventura de catorce años, cual nos hemos imaginado, cada catorce años se habrán de reproducir, en cierto modo y con ciertos matices, análogos hechos, a la manera como cada trescientos sesenta y cinco días el girar de la tierra reproduce indefinidamente las estaciones; pero asimismo cada siete años los fenómenos, como las estaciones cada medio año, resultarán contrapuestos, y entre unos y otros fenómenos capaces de diseñar una a modo de línea de solsticios, otra línea de equinoccios perpendicular a ésta parecerá admisible.

Adivino aquí vuestra objeción: la cacareadísima libertad humana, tan indiscutible en sí frente a estos groseros determinismos.

Por de pronto los puntos fundamentales de mi órbita me resultan claros. Al venir a la vida mi yo superior o eterno –después del Phedón, la inmortalidad es un postulado de la

Filosofía— toma carne, se reviste de mi yo inferior, *nace* en el mundo físico. Siete años después ha de venir, si la sospecha es cierta, algo contrario, algo opuesto e intelectual, y otros siete más tarde algo físico, perfectamente definido, y así sucesivamente.

El período inferior físico o de aphelio psíquico, nos dará en nuestra hipótesis estas fechas: 1872, 1886, 1900, 1914.

Ellas, en efecto, coinciden respectivamente las tres primeras con tres hechos físicos concretos: mi nacimiento, mi pubertad y el nacimiento de mi primer hijo, mientras que la cuarta coincide, tanto con la Gran Guerra cuyos dolores nos han alcanzado a todos, cuento con una época psíquicamente acaso la más crítica de mi vida y de mis libros.

El período contrapuesto, superior, mental o perihelio psíquico parece darme estas otras fechas: 1879, 1893, 1907 y 1921, bien caracterizadas, pues en la primera al aprender a leer me inicié en lo que es clave de todo el humano progreso, el don de la lectura, y en la segunda tengo un hijo intelectual: descubro un cometa en el cielo; y en la tercera soy puesto duramente a prueba²⁷ en mis convicciones teosóficas y triunfo del obstáculo terrible. Nada digo de este último año, 1921, pues que hago en él la segunda edición de este libro y primera de mis obras completas.

De los dos períodos equinocciales el de la derecha me da estas otras fechas: 1875-76, 1889-90, 1903-904 y 1917-18 que se caracterizan por graves enfermedades, hondos sufrimientos y conmociones o revoluciones psíquicas, albores de los nuevos períodos, y aquí sí que, lector, me tienes que creer meramente por mi honrada palabra, ínterin tú, con tus observaciones propias, ratifiques o rectifiques éstas más humildísimas. No sería malo que al observarlos hallaseis comprobado algo de estas brutales conmociones de mis psíquicas, dolorosas y hermosas primaveras de catorce en catorce años.

El de la derecha, a su vez, me aporta estas otras: 1882-83, 1896-97 y 1910-1011. Todos los viajes más importantes, largos y educadores de mi vida, corresponden a estos datos. El de la primera me mostró por primera vez el mar y el mundo; el de la segunda fecha, por su parte, me llevó dos veces al extranjero con propósitos poco definidos y de los que no me doy una cabal cuenta, cual si lo que se llama vulgarmente

²⁷ Observación referente a 1907. Estos detalles no caben aquí y serán ampliados en mis *Memorias* futuras.

fuerza del destino me empujase. La tercera data, 1910-1911, ha subseguido a mi viaje a América ya otros lugares de España...; ¡pícaro lector, que me sigues la pista o rastro en estas órbitas, con las que no comulgas; ya te veo venir con tu humorismo de buena ley y preguntarme si por acaso he viajado no más que para hacer verdadero *a posteriori* el principio...! Pero no, créete que no; los tales viajes me han sido, contra mi voluntad, precisos y no hijos del capricho⁹⁴.

—Pues ya aquí —diréis— acabemos de caracterizar vuestras estaciones anímicas.

Voy a complaceros. El primer cuadrante o invierno se me inicia siempre con períodos de cierta calma espiritual, que luego pasa a duro sufrir y combatir así que el equinoccio correspondiente se aproxima. El segundo cuadrante me ha parecido *constituyente*, o de vivir nuevo, tanto mejor, cuanto más se ha acercado el perihelio mental o de vital apoteosis. El tercer cuadrante o estival comienza asimismo tranquilo hasta aproximarse otra vez a los días equinocciales de la izquierda u otoño, en que se reproducen, si cabe con mayor intensidad y belleza, los choques del opuesto período en remedo quizá con el titanismo que, en situaciones análogas parece presentar el equinoccio de la Tierra. Los mayores sufrimientos de mi vida, desgracias de familia inclusive, diríase que se han esperado a uno y otro lado de la línea, asunto que se presta por sí solo a hondísimas meditaciones.

No hablaré ya más de mí por no cansaros, ni os molestaré con la enunciación de los infinitos pormenores de mi autoinspecciónada vida. Puedo, si queréis, dároslo otro día. Hablemos ya de vosotros: ¿sois, por ventura, de los que por escrito o meramente en el fondo de vuestra exquisita retentiva, lleváis también el libro de bitácora de la nave de vuestra alma cuando surca el piélago del misterio con rumbos inciertos y desconocidos, como decía en no sé qué ocasión? Reíos, en efecto, pobres naves que bogáis a lo Espronceda, de esas brújulas y timones que se llaman, no más que por darlos algún nombre, voluntad, razón, libertad, etc... ¡Cuán pocas veces ellas os llevan en la vida! ¡Cuántos más sois vosotros los llevados en vuestras ignotas órbitas por vuestro Yo superior mismo, de tantas maneras llamado por la historia: ángel custodio, *daimon* familiar, musa, ninfa Egeria, lares, penates, lemures y mil otros nombres sugestivos.

No; no estáis aislados en el cosmos espiritual, como tampoco lo está la tierra que habitáis y vuestro propio cuerpo en el cosmos físico. Marcháis, giráis, avanzáis y retrocedéis, sin que apenas os deis cuenta, pero evolucionáis siempre. Meditadlo, después de empaparos bien en la moderna astronomía iniciada por Copérnico, Kepler y Newton y alentados desde el fecundo campo de la filosofía por Bacon, Leibniz y Kant, o desde el de la poesía filosófica por Milton y Goethe. Pronto, muy pronto os convenceréis, porque os avasallará al fin con su grandeza la idea universal de número y medida: la idea divina de analogía entre el hombre y su planeta, entre el Sol y su Yo superior más excuso. La idea de geometría que después de explicar las afinidades y movimientos del átomo, la formación del cristal, el desarrollo de la célula, el animal y la planta, muy en breve va a comenzar a explicaros el hombre, el microcosmos, única cosa que falta para señalar una magna etapa en nuestro progreso.

Faltaría a mis deberes si no consignase algunas notables coincidencias de mi órbita psíquica con la de otros observadores y hombres notables.

Empecemos por Castelar.

Tengo a la vista un hermoso libro que Julio Milego consagra al “Verbo de la Democracia”. De sus emocionantes relatos describiendo los vivires de Castelar, apunto: “el gran republicano temía horriblemente la llegada de los años *nuevos*, porque, en efecto, el 39 perdió a su padre; el 49 sufrió, las más amargas miserias y privaciones; el 59 murió su madre, y el murió también para el amor; el 69 arrostra por sus ideales la lucha más ruda hasta llegar pronto a sus fracasos gubernamentales; el 79 enfermo gravísimo; el 89 pierde a su hermana, en quien idolatrara, y el 99 moría él, al par que se hundía en París la gran Patria que el canto como ninguno...”

¿Qué hacer a la vista de estas luctuosas fechas, parangonadas con las otras de su apoteosis, del 54, el 68 y el 81? Como matemático honrado, tiro de compases y trazo el gráfico de la órbita, por decirlo así, del tribuno, o sea una espiral, cada una de cuyas vueltas, empezando por abajo, es decir, por el aphelio psíquico (su nacimiento en 1832), nos da dos a dos las series siguientes:

Ciclo primero.-Parte ascendente: 1832 (año del nacimiento) 33-3435-36-37-38-39.-Parte descendente: 1839-40-41-42-43-44-45-46.

Ciclo segundo.-Parte ascendente: 1846-47-48-49-50-51-52-53.-Parte descendente: 1853-54-55-56-57-58-59-60.

Ciclo tercero.-Parte ascendente: 1860-61-62-63-64-65-66-67.-Parte descendente: 1867-68-69-70-71-72-73-74.

Ciclo cuarto.-Parte ascendente: 1874-75-76-77-78-79-80-81.-Parte descendente: 1881-82-83-84-85-86-87-88.

Ciclo quinto.-Parte ascendente: 1888-89-90-91-92-93-94-95.-Parte descendente: 1895-96-97-98-99 (en cuyo año murió).

¡Oh, sorpresa! Las fechas de abajo de este modo representan el aphelio psíquico de Castelar: 1832, el nacimiento, la mayor de las desgracias humanas; 1846, sus penurias mayores; 1859 y 60, su desengaño amoroso y la muerte de su madre; 1874, su caída y la de la republica que fundó; 1888, su retirada política...

Las fechas de arriba o del psicoperihelio castelarino no son menos elocuentes en nuestra *petite astrologie*: 1853 y 54, sus triunfos, coronados por el del Teatro de Oriente; 1867 y 68, su paseo glorioso por Italia, Suiza, Inglaterra y Francia y su triunfal regreso a España; 1881, apogeo de su posibilismo; 1895, su apoteosis mundial como escritor, demócrata y estadista.

Las siete fechas *nueves* de los fundados miedos de Castelar se ven clarísimamente en nuestro gráfico, interseccionando con toda regularidad, y de cuatro en cuatro, los siete puntos impares de su órbita, a contar del perihelio, según expresan los números y flechas internas de la figura, que puede gráficamente ser construida en forma de espiral, como va dicho.

No menos evidenciados resultan sus momentos ascendentes y descendentes. Los años de la derecha (1848-49-50 y 51) se caracterizan por sus triunfos en las aulas y escuelas; el 64, por la fundación de *La Democracia*; el 65, por su articulo “El Rasgo”; el 66, por su huida al Extranjero al ser condenado a muerte; el 80, con su nombramiento de académico de la Española, y el 93, con el homenaje recibido al

inaugurarse la Exposición de Chicago. Entre las fechas descendentes, u otoños psíquicos, vemos los años tranquilos de su cátedra (1856 al 60), sus desdichas gubernamentales (1870-74), sus debatidos desastres políticos (1885-88) y sus mayores miserias y torturas (1842-46).

Días pasados leímos en un periódico las seguridades de vida que aun alegran la ancianidad de Pió X. El Pontífice parece tener en gran estima al numero *seis*, cual si su ciclo fuera de seis años o de dos veces seis, es decir, de doce años. Cuando durante el año pasado los médicos temieron por su vida, el les opuso confiado su *ciclo del seis*. En efecto, parece ser que llevó seis años de presbítero coadjutor, seis de párroco, seis de prelado y seis de patriarca en Venecia. Y añadía: "Confío en que dure seis años también mi pontificado.²⁸"

Hoy nos dice un amigo que Goethe tenía también su número cíclico, el *nueve*, si no recordamos mal. Un examen detenido de la vida del inmortal cantor de *Fausto*, respecto de este punto, sería de alto interés; interés no menor que el despertado por la de todos los grandes hombres y sus supersticiones nos ofrece.

Muy de desear sería también que las personas peritas, suficientemente conocedoras de sí mismas, emprendiesen, pese a las naturales molestias de asunto tan abstruso, la noble tarea de autoinspeccionarse a sí propios, con lo que, por lo menos, no quedaría incumplido, cual sucede de ordinario, el precepto socrático y harían además su astrología.

Que otros lo entienden así, lo prueba el hecho siguiente: Don Julio Fermaud, hombre de negocios de Bilbao, me escribía con motivo del repetido trabajo: "Hasta tal punto me ha llamado la atención su "Astronomía psíquica", que emprendí un examen detenido de mi vida pasada (cosa ya hecha, en parte, anteriormente). Le acompañó sus resultados en el diagrama adjunto, y creo serán de interés. Si fuera posible recoger cierto numero de semejantes exámenes particulares, hechos con toda la reflexión y comprensión psíquica que requiere el caso, habría lugar para desarrollar en gran manera las observaciones ya verificadas. En mi caso, si bien tal vez no todo se sujetaba

²⁸ Esto se escribía en 1909. Hoy podemos añadir que Pió X murió en 1914, a raíz de estallar la guerra mundial que el catolicismo no supo o no quiso evitar. La regla anterior parece confirmarse dado que, elegido Papa en 1903, su pontificado ha durado *casi doce años*, o sea *un doble seis*, es decir, dos veces lo que el vivir pensase.

exactamente a lo indicado en su propio examen, es indudable que el derrotero general se sigue bien. Es notable especialmente el desarrollo psíquico del perihelio y los acontecimientos violentos de los equinoccios, incluso la muerte de padre y madre a la izquierda de la línea de solsticios.” A continuación, el Sr. Fermaud describía sus diversos momentos astropsíquicos con notoria claridad, de este sugestivo modo:

Primer cuadrante.-Invierno (aphelio psíquico)

Carácter general: Solsticio caracterizado por acontecimientos físicos concretos.-Se inicia con periodos de cierta calma espiritual que luego pasa a duro sufrir y combatir así que el equinoccio correspondiente se aproxima.

Aplicación a mi caso:

0. 1862 (25 de Junio). Nací en Valencia, de padre francés y madre española.
14. 1876. Pubertad. En el curso de este año perdí la fe católica, a la que había sido siempre fervorosamente adicto, quedando impresas en mi alma dolorosas huellas de ansiedad religiosa.
28. 1890. Divorcio pronunciado en Paris en Junio. (Casado en el año anterior.)
42. 1904.1.º Iniciación de la abstención de carne en mi alimentación. 2.º Cambio de alojamiento, que influyó en mis costumbres alejándome de la sociedad y favoreciendo el aislamiento meditativo. 3.º En Mayo de 1903 mi inscripción en la Sociedad Teosófica, cuya fecha fue precedida de un período (1901 a 1903) de recaída sensual.

Segundo cuadrante.-Primavera

Carácter general: Equinoccio caracterizado por graves enfermedades, hondos sufrimientos, conmociones o revoluciones psíquicas. Período constituyente o de vivir nuevo, tanto mejor cuanto más se acerca al perihelio mental o de vital apoteosis.

Aplicación a mi caso:

3 1/2 1865/66. Tuve el sarampión, única enfermedad grave que he atravesado.

17 1/2 1879/80: fuí echado del Liceo de Nimes (Francia) a consecuencia de un motín escolar (Abril de 1880), con gran disgusto mío y de mi familia, consiguiendo luego, no sin dificultad, pasar al Liceo de Montpellier para concluir mi clase de filosofía. Un año antes, graves reveses de fortuna de mis padres.

31 1/2 1893/94. Recluido en un pueblo (Carcagente) al frente de una fábrica, experimenté grandes convulsiones mentales, lucha incesante entre el espíritu y la materia; entre el llamamiento de la mentalidad activa y el abandono pasivo de los sentidos. –En 1895/96 sufrí descalabros en mi hacienda con grandes sobresaltos.

Tercer cuadrante.- Verano (perihelio psíquico)

Carácter general: Comienza tranquilo hasta aproximarse a los días equinocciales de la izquierda u otoño, en que se reproducen nuevos choques.

Aplicación a mi caso:

7. 1869. En Octubre de 1868 dejé a mi familia en Valencia para ingresar en un pequeño colegio en Martel (Lot), Francia.

21. 1883. En Octubre de 1881 instalación en París con mi familia. 1882 y 1883 fueron años importantes de mi existencia, por la primera Iniciación que me dieron a la vida intelectual y artística de una gran capital. Frecuente con entusiasmo bibliotecas, museos, teatros. En Noviembre de 1884, inmediatamente después de terminar mi servicio militar (un año), en el que tome dicha resolución, ingresé en la Escuela des Hautes Études Commerciales, de París, abandonando la idea de una carrera liberal para dedicarme a los negocios.

35. 1897.-Mi traslado a Londres desde Valencia en Febrero. Fué otro período importante de mi vida, pues la mentalidad de este gran centro, tan diferente de lo conocido anteriormente, apeló mucho a mi imaginación y ensancho mis horizontes. A

mi paso por París conseguí para un hermano mió una situación ventajosa en condiciones verdaderamente providenciales. En Septiembre de 1898 muerte de mi madre en Valencia.

Cuarto cuadrante.-Otoño

Carácter general: Equinoccio caracterizado por viajes importantes, largos y educadores.-En este periodo se reproducen, si cabe con mayor intensidad y belleza, los choques del opuesto período, en remedio quizá con el titanismo que en situaciones análogas parece presentar el equinoccio de la Tierra.

En mi caso:

10 ½ 1872/73. En Octubre de 1872 ingrese en el Liceo del Estado en Nîmes, dando principio a mi educación fundamental.

24 ½ 1886/87. Regresé de Valencia a París por la muerte de mi padre (Agosto de 1886). En Noviembre de 1886 volvía reanudar mis interrumpidos estudios en la Escuela des Hautes Études Commerciales. En 1887 adquirí compromisos de un casamiento destinado a tan mal fin.

38 ½ 1900/01. El 21 de Diciembre de 1900 dejé Londres voluntariamente, embarcándome para Méjico a consecuencia de mi resolución harto aventurada de buscar prosperidad material, regresando en Julio de 1901 a Valencia, y de ahí, en Enero de 1902, a Bilbao.”

¿Son, pues, convenientes las observaciones sobre astronomía psíquica o más propiamente hablando, sobre Astrología?

Sí y no, según el objeto que con ellas se persiga.

El detenido estudio de la doctrina arcaica atesorada en las supersticiones y en las tradiciones religiosas de todos los pueblos acusa la existencia en tiempos muy remotos de esta hoy desacreditada ciencia, que hizo sabio por antonomasia a nuestro

incomparable Alfonso X. Sus fines nobilísimos se encaminaban a descubrir científicamente qué conexiones numéricas podrían mediar entre los números que a los planetas rigen en revoluciones orbitales y diurnas, volúmenes, peso, densidades, distancias, etc., etc. y los números con ellos concordados que influyen sobre nuestra vida, tales como, entre otros mil, la revolución orbital del mayor de los planetas (Júpiter), poco o nada menor que el tiempo en que la mujer suele ser púber, o la de la Luna, el astro anterior a la Tierra, que marca también para mujer una periodicidad funcional harto sabida, o la de Venus, el astro que subsigue a la Tierra en su serie de pequeños planetas, y cuyo período traslaticio es de duración igual al de la gestación del hombre, todo según en anteriores epígrafes llevamos dicho.

Pero tamaña ciencia ha sido desacreditada en manos pecadoras que han querido hacerla servir para fines bastardos de egoísmo, prostituyéndola con miserables conatos de ansiosa adivinación del porvenir, aunque sus propias dificultades intrínsecas han defendido contra la profanación al santuario y hasta castigado con la locura a los profanadores; pero ante la investigación seria, sin fines pequeños, han estado siempre expeditos sus secretos y ella contiene la clave reveladora del lazo de unión entre el hombre y su planeta, dentro de comunes destinos, lo mismo que la alquimia verdadera contiene secretos hondísimos, no tanto el de transmutar bastardamente el plomo en oro, cuanto los de encontrar la verdadera piedra filosofal, fórmula reveladora del secreto de nuestra existencia y de nuestro destino cósmico.

De aquí se desprende la doble necesidad en que nos vemos de estimular entre los sensatos el estudio *desinteresado* de tal psicoastronomía, y de prevenir a los ignorantes contra los peligros enormes de su estudio egoísta e irreflexivo, que les llevaría irremisiblemente a su ruina, porque sus enseñanzas igual son triaca salvadora en manos del médico que veneno letal en poder del asesino.

Observemos, por último, que sus fórmulas, mal interpretadas, nos pueden llevar a un fanatismo estúpido que ahogue nuestras libérrimas iniciativas. No, y mil veces no. Aunque los movimientos orbitales de nuestro yo inferior parezcan fórmulas de un inexorable destino, ellos penden siempre del empleo que demos a nuestra voluntad y a nuestra mente. Sus vueltas o espiras pasadas son resultado, en cierto modo fatal, de

los *processus* vitales que les antecedieron; más las vueltas que por venir aún restan están integradas por dos fuerzas: la resultante de lo que libre o fatalmente hiciéramos, y el incremento que en ella introducimos, paso a paso, con el juego de aquellos personales poderes mentales y volitivos, ya que la tela de nuestra existencia, por nosotros y no por nadie tejida, tiene una doble trama: la de nuestra voluntad y la de nuestra Herencia, Karma o Destino. En estados infantiles como los que aún atravesamos, *esto vence a aquello*; en estados superiores, la voluntad triunfa y el superhombre se moldea a sí mismo. Por eso se dice en astrología que los astros *inclinan, pero no obligan.*

Ya que la vida humana y su rastro, senda u órbita sobre la Tierra, tan irregular y tan regida por el providencialismo, o bien por el acaso se nos muestra, conviene que hagamos algo de historia de la idea del acaso o la casualidad en las ciencias, para demostrar que la casualidad según los vulgares fatalistas no existe.

Los pueblos infantiles no pueden concebir bien la suprema ley de Causalidad que a todo rige, y acuden a los conceptos supletorios que tienen por base la casualidad.

Así los cristales, la disposición de las capas geológicas en la Tierra, las nubes, la marcha de los astros, todo, en fin, cuanto es hoy objetivo de la ciencia, juegos de la casualidad no más, se han creído en un principio, y las sospechas en contrario, la *duda* cartesiana, ha señalado siempre el comienzo de la investigación en demanda de causalidades explicadoras de estas casualidades o caprichosas voluntariedades de seres superiores directores del universo.

Una cartesiana duda, pues, debe impulsarnos a investigar acerca de tamañas irregularidades de la órbita humana, tan aparentemente irregular sobre la superficie de la Tierra. Imposible parece en un principio el poderla parangonar con la majestuosa y reglada marcha de los astros.

—Pero “cepos quedos, mi señor de Montesinos”—, diremos a quien en tales imposibilidades crea. La regularidad de marcha de los astros es uno de tantos convencionalismos.

Verdad es que conocemos de tal modo, por ejemplo, los movimientos orbitales de la Tierra y la Luna, que predecimos al segundo el momento de un eclipse. Pero esto que tanto nos admira y envanece, es en realidad muy poca cosa. La biología de los astros en sus caminos es algo tocado de más intensa irregularidad de lo que parece a primera vista.

Por de pronto, tenemos las llamadas perturbaciones planetarias que apartan a la continua a los planetas de sus elipses teóricas, transformándolas así en unos caminos tortuosísimos, que sólo por abstracción podemos seguir considerando como elipses. Los que se hallen familiarizados con la mecánica racional saben, en efecto, que al dar el primer paso en el asunto y presentarse el problema de los tres cuerpos Tierra-Luna-Sol atrayéndose recíprocamente en razón de sus respectivas masas y distancias, la matemática se declara impotente para solucionarle, limitándose, por tanto, a groseras aproximaciones seriales, y cuán groseras serán ellas en sí nos lo enseña la misma teoría cordinatoria al presentar el cuadro de la resultante atractiva final sometida al conjunto de todas las atracciones parciales —en total unos cuatro millares— resultantes de tomar de 2 en 2, 3 en 3 ... , n en n , aunque no sean más que los 9 mayores cuerpos del sistema Sol, Mercurio, Venus, Luna, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, que si se incluyen los 400 o 500 asteroides de la familia, despreciables por ínfimos, el asunto ya se complicaría.

Cuenta además las no nulas atracciones de los soles vecinos, del Centauro, Sirio, 61 del Cisne, etc., y las ignoradas ejercidas por astros oscuros que existir pueden en el espacio, según Tourner y Flammarion. Incluid asimismo cambios en la *tonalidad* o resistencia de los medios etéreos del espacio, ya que gracias a la traslación solar nunca es el mismo. Agregad además propios impulsos posibles de fuerzas internas del planeta, recrudescencias atractivas no improbables por cambios electromagnéticos del Sol, y decidme luego si debemos mirar como verdad absoluta en el campo de la filosofía ese admirable y práctico convencionalismo de las cerradas elipses planetarias.

La conclusión es, pues, inflexible. Si irregular es la huella de nuestra planta en la Tierra, irregular también es la de la Tierra en el Cosmos, aunque el grado de ésta nos permita por hoy equipararla a una regularidad ideal y perfecta, lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que mañana no nos sea dable introducir otro convencionalismo semejante en aquella otra órbita, acaso más irregular tan sólo en apariencia, por lo mismo que nos es más conocida. ¿Qué astrónomo verdaderamente honrado y sabio nos juraría ser tal y como se nos pinta aquella estela u órbita de la Tierra? Demasiado sabe él que en el conjunto sidéreo, siempre en perpetuo movimiento, no conocemos hoy puntos concretos de referencia análogos a los hallados para nuestros pasos en la Tierra, que no en vano el mar del éter se parece al mar libre u océano en la asombrosa vaguedad de sus móviles olas y en la indeterminación de sus homogéneos horizontes.

Además, ya sabéis que no hay todavía fórmulas matemáticas *cerradas* que sujetan con precisión las perturbaciones de Mercurio, cosa que llevó a Le Verrier a buscar sus Vulcanos tan inútilmente. Que la luna acelera su marcha y estrecha su girar en torno de la Tierra, y que si bien un matemático como Laplace ha creído encontrar fórmulas de estabilidad o compensadoras, otro como Poincarré pretende hallar todo lo contrario, llegando a la conclusión de que existen otras fórmulas que suministrar puedan al sistema planetario posiciones distintas de equilibrio e irregularidad que las que hoy tiene.

Por otra parte, el caballero Tourner apoyado en recientes descubrimientos, ha dado en la flor de creer que las órbitas de los cometas no son círculos, ni elipses, ni parábolas, ni hipérbolas, sino curvas raras, sinuosas, angulosas, verdaderas volutas biológicas, cual el contorno, v.gr., de una medusa, la figura de un vilano floral u otras extravagantes y extrañas, con lo que la Astronomía filosófica de nuestros buenos *Maestros Cantores de Nuremberg*, que diríamos recordando a Wagner, ha recibido un golpe tan mortal como el que Wagner infligiera a estos rutinarios adoradores de la acompasada regularidad musical. Ved la figura que trae en su reciente obra los últimos progresos de la astronomía sobre las posibles órbitas cometarias. Ved también los dibujos de nebulosas que trae el excelente atlas de Klein, anilladas, espirales, en torbellino, en forma de rábano o de cangrejo, y otras mil a cual más peregrinas. Trazad

luego sobre un mapa adecuado de España o Europa la trayectoria o huella general de vuestra vida y *jtableau!*, que dicen los efectistas. No hay, contra lo que creáis en un principio, obstáculo geométrico alguno para que os creáis un astro, por eso de la regularidad o irregularidad de vuestros movimientos. Yo sé de muchos hombres-astros que van diariamente con admirable regularidad al café, al teatro y hasta a la oficina.

Apurad, pues, ya con toda libertad el símil, y no temáis a aquellos preceptistas también maestros cantores de Nuremberg, nombrados Hermosilla..., que se escandalizaron al oír llamar a las montañas esqueleto de la Tierra. ¡Pobrecillos! Si hoy vivieran habrían de pasar por el tormento de oír –y en prosa!– que no sólo es esto cierto, sino que las capas geológicas de las edades son terrestres músculos, aunque excitables no resulten bajo nuestra electricidad de juguete, ya que hasta se contraen y dilatan durante los fenómenos sísmicos que en la Tierra producen las recrudencias electromagnéticas del Sol, que es nervio. Habrán de sufrir con paciencia también lo de los arroyos y ríos, como venas terrestres por do retornan al mar o corazón del monstruo Gea, la linfa acuosa, que merced a la circulación arterial, aunque poco observable, de las nubes, de que hablamos antes, la del fluido vital por los capilares de los músculos aquellos, y hasta tendrían que callar cuando se les trajera a colación lo del sistema nervioso de la tierra, representado por sus corrientes internas asimismo electromagnéticas.

Y librarian mejor sin duda con armarse de paciencia, porque luego les daríamos un gran placer a sus espíritus ortodoxos, extremando el paralelo entre el cuerpo-tierra y el humano cuerpo, entrabmos cargados de parásitos y entozoarios de su escala respectiva, vendríamos a parar nada menos que a los ángeles planetarios del filósofo de Aquino, o sea, exhibir por analogía una parte psíquica en la Tierra análoga a la psiquis del hombre. ¡Oh, donoso paralelismo que integra las unidades cósmicas tanto corpóreas como invisibles, haciéndolas caber unas en otras, cual las cajitas-juguetes de los niños...! La saltadora pulga que se pasea por entre el vello de cualquier vano mortal, rey o mendigo, cual nosotros por entre las selvas y jardines de la Tierra, acaso no sepa que sus microscópicos parásitos son nada menos que la última palabra de una serie infinita que se enumera así: parásito del tipo *equis-coco* del planeta pulga que se

mueve sobre el planeta hombre del planeta Tierra, mientras éste continua su *amniótico* movimiento en torno del Sol, de Hércules quizá, y de los centros desconocidos de la Láctea Vía y de las nebulosas del Cosmos...

ORBITA, ETERNO CAMINO

Hay una astrología vulgar: la dibujada en el anterior artículo; pero hay otra astrología superior –judicaria, que podríamos decir imitando al sabio rey de Castilla Alfonso X–, que también puede de él deducirse. Vayan, a cuenta de ella, algunos apuntes.

La necesidad humana, tanto mayor cuanto mayor es nuestra ignorancia, ha hecho depender *directamente de los astros* todos los humanos destinos. Así, tal catástrofe se debió a una cuadratura de Marte; tal éxito a un sextil o a una conjunción de estos o los otros planetas en este o el otro signo del zodiaco, por lo cual hay, dicen, momentos astrológicos terribles, días de peligro y otros en que la naturaleza de los movimientos planetarios depara felices coyunturas a los hombres de carne, preservados o no con los correspondientes amuletos hechos del metal respectivo y en el instante más propicio, para el logro fácil de sus deseos, no siempre altos ni puros...

No, no es esto. La cosa viene harto más arriba que de los colosos planetarios que constelan el cielo can concertadas y sagradas danzas. Viene del número que a astros y a hombres conjuntamente rige, porque *el hombre es un número* de una numeración humana o microcósmica, y el astro es *otro numero* de la numeración macrocósmica o grande.

Así, en cuantos casos van citados en el capítulo anterior y mil otros que podrían citarse, hemos visto influir al número, y al determinar, por ejemplo, que la órbita psíquica de un individuo es de *doce años*, podríamos analógicamente decir que su vida está regida por el planeta Júpiter, quien emplea, como es sabido, en recorrer su órbita próximamente dicho tiempo; pero *no por Júpiter mismo*, sino por el *número anuo* de Júpiter, que es *su número psíquico*.

Si el Cosmos ha de ser una efectiva *Armonía*, natural es que anden acordes o afinados los astros, los hombres y las cosas. Y el hecho de semejante afinación es tan cierto, que, por verle a diario, acaso no hemos reparado en el. Pero tamaña ley de

afinación, sencilla en teoría, es complejísima en la práctica, como siempre ocurre, y además ha de tener, como en la música, sus *acordes disonantes* que acaben resolviéndose en las consonancias más perfectas y definitivas.

Afinando primero y principalmente el hombre con la Tierra que le sustenta, le veis seguir los pasos de la Tierra misma; es decir, despertar como ella bajo los rayos del sol naciente, culminar en sus obras como el Sol culmina, decaer con el Sol poniente, y pasar al otro mundo del ensueño, como el astro-rey al mundo de los antípodas¹.

Pero esta primera afinación *diurna*, o sea con el movimiento rotatorio de la Tierra, tiene una segunda afinación de alcance mayor con el año, o sea con el movimiento traslático de la Tierra misma: *una segunda influencia astrológica* del par Tierra-Sol, que podríamos decir. Merced a ella vemos a los animales disponerse a invernar cuando el Sol parece alejarse a otros climas en las cercanías del solsticio de invierno, en el que todas las religiones, más o menos conocedoras de tamaña ley astronómica, colocan el nacimiento de sus Buddhas y Cristos. Los vemos resucitar luego en primavera, creciendo con el Sol y llenándolo todo con su Vida en los tres sentidos *primaverales* del resurgimiento físico, psíquico y volitivo de los seres todos en la Naturaleza. Los vemos asimismo alcanzar su apoteosis en el solsticio de verano, en aquellos sus tres fuegos, para caer más y más en el dulce sopor otoñal del descanso, que es sueño profundo desde el equinoccio segundo basta el segundo o invernal solsticio. Pero conviene observar de pasada que esta ley animal parece tener en el hombre una contraparte simétrica por la cual las atonías animales del invierno suelen marcar el momento quizá de los mayores esplendores espirituales y mentales por aquel principio iniciático que dice que “la noche del cuerpo es el día del espíritu”, siendo los misterios diurnos de Apolo o el Sol muy inferiores por ellos a los de los Dioscuros o Dyonisos; pero esto no hace al caso para nuestro propósito actual, encaminado a anotar el hecho de la influencia astronómica o *astral*, según llevamos dicho.

Entre estas dos influencias, la diurna y la anua está otra tercera, la mensual de la Luna, sobre la que no vamos a ocuparnos por no entrar de lleno en esa batallona cuestión de si nuestro vecino o satélite, que tanto influye en la mar y en la mujer, las dos representaciones por antonomasia de lo *Eterno Femenino*, tiene, como parece

probable, otras cien influencias comprobables u ocultas en los movimientos de nuestra atmósfera; en las entrañas de la Tierra y en nuestra psiquis. Aquellas dos evidentes influencias nos bastan y nos sobran para el caso.

Viene luego la tercera influencia: la del planeta Venus, quién, si por su periodo de traslación de nueve meses concuerda con el período de la gestación humana por su ciclo aparente, determinado por sus dos conjunciones (superior e inferior) y sus dos elongaciones máximas (la oriental y la occidental), o sea de unos diez y nueve meses en junto, ha influido tan considerablemente en la prehistoria por las terribles luchas, por ejemplo, entre el patriciado sacerdotal romano (quien, como todos los antiguos sacerdocios, se regía, no por el curso de la Luna ni del Sol, sino por el de Venus) y los plebeyos, o entre los sacerdotes mayas y el pueblo al que así tiranizasen. Las teogonías se han hecho cargo de todo esto y de mucho más al darnos a Venus y a Marte ligados siempre como “marido y mujer simbólicos” por los dichos períodos de sus movimientos aparentes que cierran ciclo en cada dos años próximamente. Infinitos son acaso por esto los vegetales bisanuales (que se rigen también, no por el año solar sino por el *marciano-venusto*, si la frase se nos permite). El *par* e *impar* en la vida, como si dijéramos. Mercurio, en fin, como planeta el más cercano al Sol, remeda en un todo los movimientos de Venus, cerrando su ciclo orbital en unos tres meses (ciclo idéntico al de las estaciones terrestres, de tan decisiva influencia también en nuestra vida) y su ciclo aparente en un cuatrimestre, en números redondos, y en todo ello sigue corroborándose que por encima de los planetas y por encima del hombre hay grandes números reguladores de sus vidas respectivas, según lo indicado más arriba.

Viene después Júpiter, cuyos movimientos transláticos concordados con los de la Tierra están regulados por la misma Ley abstracta que lo está el reloj, ese tirano indispensable que domina por entero a nuestra existencia. Doce vueltas de la Tierra en torno del Sol, como las del minutero, una vuelta de Júpiter y una vuelta también de la varilla de las horas... ¿Queréis más? Pues yo os digo que el promedio de las pubertades femeninas, y aun masculinas (prescindiendo de leyes de segundo orden, que suelen retrazarlas y aun adelantarlas), es el del año de Júpiter, por lo cual el ser humano puede

decir, que si nació con Júpiter en Cáncer, por ejemplo, cuando Júpiter vuelve a estar en Cáncer será ya púber y podrá reproducirse...

Y aún os añado más: es, a saber, que si cada veintinueve días próximamente se reproducen las fases lunares, cada veintinueve años se reproducen también las *fases*, mejor dicho, las posiciones de Saturno en el cielo, y ésta fue seguramente una de las muchas razones por las que en la teogonía hebrea y en otras aparecen ligados Saturno o Jehovah y Heve o la Luna. ¿Por qué? Porque sobre astros y hombres está el numero.

El ahondar más en esto equivaldría a iniciar un libro de Astrología, cosa impracticable aquí, donde sólo debemos repetir el aforismo fundamental astrológico de que “los astros inclinan, pero no obligan”, o aquel otro de un antiguo comentario ocultista de que “la doctrina de aquellos que creen que aun durante la vida física del hombre su alma está en las estrellas, es una doctrina profundamente cierta y oculta”.

Plutarco, el mejor de los filósofos platónicos, ya lo dijo en su libro *De Isis y Osiris*: “Yerran grandemente los que confunden a la *Inteligencia* (*nous*, Espíritu) con el *Alma* o *psyche*; no menos yerran los que también confunden el *Alma* o *psyche* con el *Cuerpo* o *soma*. De estos tres elementos fundamentales, la Tierra ha dado el Cuerpo, la Luna ha dado el Alma y el Sol es la fuente del Espíritu, razón por la cual el Hombre verdadero es un habitante a la vez del Sol, de la Luna y de la Tierra.”

Y la vida del Hombre, podríamos añadir, es por eso *una Orbita*, un eterno camino y tambien una marcha! esencialmente cometaria, porque el concepto abstracto de *cometa*, de castro errante o peregrino), abarca por igual filosóficamente al astro de ese nombre, al hombre entre sus dos encarnaciones o terrestres caídas cíclicas y sucesivas; al espermatozoide que fecunda al óvulo, a la semilla que, desprendida del árbol, es llevada *cometariamente* por los vientos hasta que es sembrada en la entraña terrestre; al hombre que emigra; al que cambia de ideas, mejorando o empeorando; al que no vegeta vulgar, vaya donde vaya y haga lo que haga, y, en fin, a los pueblos todos, quienes han ido emigrando secularmente con la marcha misma del Sol desde Oriente hacia el Occidente...²⁹

²⁹ Quien quiera ahondar en estas ideas puede leer el capítulo IV o *Ley de Analogía* en nuestro *Libro que mata a la muerte o libro de los jinas*.

—¿Esto es, pues, a manera de la Monadología de Leibniz?

—Sí. Tras una Involución más o menos larga a través de aquellos tres mundos sucesivos: la Tierra, la Luna y el Sol, la Mónada Esencia, ese cometa espiritual, retorna a la fuente de origen, de la que, ilusoria, no realmente, ha salido, pues que aquella Inefable Fuente tiene su centro en todas las partes del Dios-Espacio y su circunferencia en ninguna. Al abandonar la vestidura de carne o *química* de células que luego se han de descomponer en albúminas, ácidos grasos, etc., hasta parar en agua, anhídrido carbónico y alcalinas cenizas, continua ya con sólo su materia electrómica o “cuerpo de fuerzas físicas, e *invisible*”. “El *eidolon*, o “ídolo”, de Platón, que, con otros elementos *akáshicos* aun superiores o más tenues, van disgregándose poco a poco en la muerte segunda o lunar, de la que también nos ha hablado Plutarco. Mientras tal sucede, el hombre, antes de pasar a la región sublunar del aire y a la lunar de más arriba, acaso vaga y puede visitar los lugares queridos y aquellos otros que su alma, en vida del cuerpo, anheló visitar y no pudo, hasta que un lapso de tiempo adecuado, pero muy variable de hombre a hombre, según su estado de evolución, le hace ir comprendiendo la *maya* o ilusión de todo esto de aquí abajo para *volar* entonces hacia la solar morada, atravesando ese misterioso Mundo *elíseo*, *celeste* o *lunisolar*, al que, por llamarle de algún modo, hemos dado en llamar “el Mundo de los genios o de los *jinas*”.

¡Esta es, oh mortal e inmortal, tu Orbita, que diría la Esfinge...!

VIBRACIONES DE LA VOLUNTAD

Sean cuales fueren nuestras convicciones y nuestras observaciones psicológicas, la experiencia nos atestigua acerca de la diversa esfera de acción de la psiquis y el raciocinio. El examen de la fenomenología de entrampas facultades en la vida nos suministra un elemento precioso para evidenciar lo que en el lenguaje figurado podríamos llamar oscilaciones de pendulares de la voluntad, recordando el clásico vaivén de aquel instrumento de Física. Aclaremos, con algunos ejemplos, este original fenómeno psicológico, clave de no pocos misterios en la ciencia.

Un crimen horrible commueve a un pacífico vecindario; el sentimiento de commiseración ante la víctima, aunado al concreto racional de lo justo, adquiere fuerza de alud en la honrada masa; el motín estalla; las puertas de la prisión ceden a su empuje y el criminal es *linchado*. Por el contrario, las puertas de la cárcel resisten; la excitación se atenúa poco a poco y permite ejercer más tarde a la justicia social su misión augusta; la condena llega; va a sonar la fúnebre hora de la ejecución capital, y aquel mismo pueblo, conmovido por tal o cual detalle de sentimiento, el del huérfano inocente, el del hogar perdido, ésta o la otra olvidada atenuante, pide inconscientemente el indulto. ¡Sublime oscilación pendular de la voluntad colectiva!

Sufre un padre las consecuencias deplorables de cuantas tropelías penetra a diario su díscolo hijo. Es imposible tolerarle más. La medida se colma y la ira paterna va a estallar cual fuerte tempestad; más he aquí que la madre se interpone, y su infinita ternura salva una y otra vez al incorregible galopín.

Ejemplos análogos podrían citarse por millares.

¿Quién no ha sentido acallar en el pecho odios y rencores, precisamente a la vista de un enemigo, sólo por el influjo de una mirada benévola, de una frase oportuna o por imposición de ese sentimiento cristiano de seres redimidos que late en lo profundo de los más viciados corazones? ¿Quién es la fría estatua viviente –y perdónesenos la antinomia– capaz de pensar y obrar siempre de igual modo, por la mañana y a la tarde,

con hambre y con hartura, en el dolor cual en el placer, en la madurez como en la juventud, ante el amor como ante el escepticismo, siguiendo sólo, al modo de una línea recta ideal, el imperativo categórico de la razón pura?

Tal es la realidad, grande o pequeña, de la vida, y tal como ella es, debe aceptarla la filosofía. El fenómeno de vaivén de la voluntad y la acción es tan notorio, tan universal y continuo, que negarlo no lo permiten, de consuno, la razón y la Historia. Ella es la tela de Penélope, la roca de Sísifo, la serpiente egipcia que se muerde la cola, y cien otros ocultos simbolismos de la calumniada mitología.

Hasta las fuerzas de la naturaleza que se tienen por inconscientes –hay mucho de convencional en materia de inconsciencias– presentan semejantes oscilaciones en su acción; díganlo, si no, las alternativas de día y noche, calor y frío, muerte y renovación, y es muy lógico que así suceda, porque en el lenguaje de la Mecánica –quien como ley de fuerza, es ley de la vida universal–, donde existen dos fuerzas variables actuando juntas, la resultante tiene que sufrir necesariamente vaivén u oscilación. Para que lo contrario ocurriese, sería precisa la absoluta constancia de ellas en sí mismas, y en su modo de aplicación, es decir, la inacción, la inercia universal, la total y definitiva ataraxia de la maquina del cosmos, la cristalización de los cielos; la nada, en fin.

Quedamos, pues, en que las determinaciones humanas sufren continuo vaivén a uno y a otro lado de aquella línea ideal que señala el camino de la razón, la línea que en psicología equivale a la de la plomada, siempre orientada, según la vertical, hacia el centro de la Tierra, centro aquí simbolizado por la lógica, como ciencia directora de la más preeminente facultad del espíritu.

Si hay oscilación pendular, es indiscutible la presencia de dos fuerzas espirituales que la determinen actuando según el ángulo de su naturaleza distinta, y esto no necesita más explicaciones desde el momento en que el lector conoce por la Física que la fuerza de gravedad y la resistencia del hilo del péndulo, separado de su posición de equilibrio, son determinantes del fenómeno. ¿Cuáles son dichas dos grandes fuerzas de conjunto, productoras de la oscilación volitiva? La razón por un lado y los impulsos por otro,

incluyendo en ellos todo cuanto de pasional encierra nuestro ser, todo cuanto integra el gran tronco de la psiquis³⁰.

La razón, en efecto, nos da la norma inflexible de obrar: ella, orientada hacia Dios, nos impone la necesidad de una creencia religiosa: orientada hacia las vidas ulteriores que nos aguardan, nos da pleno concepto de la imperfección originaria, de la regeneración y del progreso; orientada hacia nuestra actual existencia en este planeta, nos impone el orden, el trabajo, la constancia; dirigida hacia las funciones reproductoras y de relación en lo moral y en lo físico, nos decreta el amor a nuestra familia, nuestros amigos, nuestro prójimo. Ella nos dice que el criminal merece castigo, que al enemigo debe perdonársele, etc. Ella, en fin, constituye en cada caso la *línea del fiel* de la simbólica balanza de la justicia. Es la perpendicular única, bajada desde el punto de la determinación sobre el plano de la respectiva realidad, ordenada según natura.

Los impulsos afectivos, las emociones, son tantos y tan diversos, por el contrario, como las infinitas oblicuas trazadas desde aquel punto al plano, cuál más, cuál menos alejada de la normal en una dirección; los otros en otra, y algunos capaces son de moverla en círculo vicioso de la perplejidad. Estos llaman hacia la materia; aquellos, hacia el alma; unos son laudables, reprobables otros; negativos éstos, positivos aquéllos... La constante racional de cada caso, asociada a la variable de lugar, tiempo, persona, etcétera, en cada afecto, acarrea, pues, una desviación efectiva aquella normalidad y sujeta a las leyes matemáticas de máxima y mínima. La psiquis, en suma, operando su divino proteísmo.

La variable de los impulsos afectivos pende, a su vez, de otra: la fantasía, y ésta, de otras varias, pero principalmente de la realidad exterior. Fijémonos un momento en estas variaciones.

³⁰ Si el lector está familiarizado con mi reciente obra, *Preparación al estudio de la fantasía humana*, recordará que un análisis del mecanismo del espíritu en sueño y vigilia, nos hizo encontrar tres grandes facultades simples, *psiquis, razón y fantasía*, de las que resultan las demás por combinaciones binarias y ternarias, no siendo culpa nuestra, contra lo que cree cierto sabio crítico, que su delimitación respectiva no esté francamente establecida, como apenas nada lo está en la Naturaleza a poco que se observe y medite. Las actuaciones consideraciones dinámicas vienen a concordar con las que allí se hacen acerca de la dinamia continua de nuestra vida.

Un general, a la cabeza de su hueste, mide de una de ojeada el mayor poder del frontero enemigo; su número superior, su mejor armamento, sus posiciones más formidables, todo lo que le muestra la superioridad del contrario. La fría razón aconseja a su voluntad no presentar en tal momento la batalla; pero he aquí que evoca en su pecho sus sentimientos de heroísmo: la patria en peligro, sus soldados a punto de desmoralizarse, su honor militar en grave apuro... Arrójase al sacrificio, y vence tras lucha empeñadísima. ¿Qué factor principal ha determinado el triunfo? El heroísmo comunicado a los soldados por arrebatadora arenga, en que se ha herido la fantasía colectiva de la masa con el intenso cuadros de los peligros de la derrota y las embriagueces del triunfo. Un matemático no lo hubiera movido: un orador, un bardo, sí, porque la ciencia del uno es la de la razón, y la del otro, la de la fantasía, la que sabe caldear con pinturas envidiables, de las que el paraíso del Corán nos muestra un histórico ejemplo.

Hay en la personalidad humana nociones subconscientes y supraconscientes que un esfuerzo adecuado llaga a despertar, no de otro modo que como el calor pasa a ser electricidad, o la electricidad a ser luz, o la luz, sin embargo, ser acción química, cambiando la intensidad del movimiento vibratorio. Como tales nociones varían hasta el infinito de sujeto a sujeto, y aun dentro de cada uno, según el diapasón normal de cada momento, bajo las fuerzas nacidas del estado actual de organización, ocurre que la variable *realidad exterior* no ejerce en la función *fantasía* en dichos momentos una misma cantidad de influencia lo que traducido al lenguaje usual nos dice que idénticas causas exteriores no producen siempre en la voluntad los mismos efectos, porque la voluntad es la resultante nacida de una relación entre aquellas variables y la razón pura, variablemente entendida también, según el estado de progreso del *ego*; variaciones harto justificadas por la historia con sus manifestaciones de moral progresiva. Lo que hoy es obra de misericordia, mañana, con una humanidad más perfecta, será obra de justicia.

Pero, ¿qué diferencia intrínseca existe entre la oscilación y la vibración? Ninguna. Ambas expresan el cambio sufrido por un cuerpo separado de su posición de equilibrio: el péndulo mediador de segundos efectúa una oscilación en dicha unidad de tiempo; la

molécula de aire puesta en movimiento por las notas más graves de la escala musical tiene, en cada segundo, unas cuantas decenas de vibraciones, y no pocos millares con las notas más agudas. Sabido es asimismo que millones y billones de vibraciones del éter determinan los fenómenos de la Física y, en el estado actual de la ciencia, todo induce a creer que la llamada vibración psíquica sólo excede en numero, o sea en pequeñez de amplitud de onda, a las demás fuerzas conocidas. Luego las oscilaciones pendulares de la voluntad en torno de su norma racional, y bajo las infinitas variaciones, pues a cada cambio infinitesimal en éstas, responde al instante un cambio funcional en aquéllas.

Compréndase así cuán íntima delicadeza distingue a las acciones humanas. Sometido el hombre a las postraciones periódicas del sueño, a las atonías cerebrales del cansancio, a la oleada de impresiones de la fantasía en la vigilia, a los sentimientos encontrados de cada momento, al mayor o menor poder de su esfera consciente, que aumenta entre ciertos límites con la excitación nerviosas, a la variable y contrapuesta acción de los sentidos, y a toda la complejidad, en fin, de la vida, no nos extrañará ya su variado modo de obrar, ni sus anomalías de criterio, su mezcla continua de bien con mal, de virtud y vicio, de tristezas y alegrías, de calma y, sin embargo, pasión en todos sus actos; y dejará también de maravillarnos lo ilógico de nuestra existencia, cuando ella se explica por una lógica de conjunto muy superior a las abstracciones de la razón pura. Algo viejo que pasa en la infancia de todas las ciencias: el movimiento de los astros parecía arbitrario y Kepler y Newton los encadenaron y sometieron a leyes; de los fenómenos químicos se creyó lo mismo, hoy se encierran en una veintena de principios. Pasa en Psicología algo de lo que pasa también en Física del Globo: ciencia integral que pide a las otras auxilios que aun no pueden darle, y de aquí su infancia tan llena de dificultades.

El estudio de la fantasía viene a ser, por tanto, un escolio de todos los teoremas de la voluntad y los del sentimiento que con los de la voluntad se ligan.

MIRANDO HACIA EL SAHARA

“La Naturaleza ha proporcionado extraños rincones y lugares ocultos para sus favoritos; y desgraciadamente, muy lejos de los llamados países civilizados es donde el hombre puede libremente adorar a la divinidad tal como sus padres lo hacían.”

Isis sin Velo, cap. XIV, pág. 686, de la 1^a edición española.

La Física del Globo delimita una región curiosa caracterizada por desiertos, zona que comienza en el Atlántico, en la colonia española de Río de Oro, y continúa por la inmensa extensión del Sahara africano, que equivale a la superficie de Europa, basta enlazar con toda la cuenca del Nilo, a través del desierto líbico. Forzada luego a ganar latitud por la presencia del mar de la India, remonta por la Arabia desierta y el Irán, para perderse en el desierto de Gobbi, entre las dos grandes cadenas del Himalaya, después de afectar a buena parte de las regiones tibetinas y otras que sería prolijo detallar. La especial orografía de América del Norte no permite a dicha zona caracterizarse tanto en aquel Nuevo-Viejo Mundo, pero no nos sería difícil identificarla, también, hacia la región de Méjico, o sea en la Sonora.

No vamos a dilucidar aquí el misterio geológico que envuelve a tan notable zona, playa lejana y extraña contra la que bate en vano el oleaje de la llamada civilización europea. Bástenos consignar el hecho de que, más que cuencas marítimas desecadas, son una zona crítica del *organismo* de nuestro planeta, caracterizada por la carencia de lluvias, entre los países más septentrionales, sometidos a lluvias invernales como las europeas, y los meridionales del trópico, donde los vientos alisios determinan, recíprocamente, lluvias periódicas y torrenciales durante los meses del estío. El sol, el frío de ciertas noches y los vientos, han sido causa de que sus sedimentaciones arenosas oculten un suelo, que fue feracísimo por aquellos remotos tiempos en que los glaciares cuaternarios se enseñorearon de las comarcas sobre las que hoy se asienta nuestra civilización.

Si concedemos a nuestra maestra H. P. Blavatsky el mero carácter de un viajero experto y abnegado, que diera nada menos que tres veces la vuelta a nuestro Globo, haciendo objeto de su especial visita esta singular zona de ruinas, no podrá menos de llamarnos la atención el hecho de que los grandes depositarios de Verdades perdidas parezcan encontrarse refugiados a lo largo de esta zona misteriosa.

Cuantas citas del antiguo saber avaloran a *Isis sin Velo* y a la *Doctrina Secreta* se refieren, en efecto, a esta zona que parece solapar toda la prehistoria civilizada, quien tuvo su culminación precisamente durante ese inmenso periodo glacial, que constituye el punto de partida llamado prehistoria en todas nuestras ciencias positivas. Para mí, el mérito principal de entrados libros está en que nos pone *al habla* con nuestros hermanos mayores: los hombres que fueron y ya no son, y con esotros Hermanos, mayores también por su sabiduría, superhombres e Iniciados que, lejos del oleaje mundial, perduran cumpliendo la gran misión de servir de nexo divino entre nuestro ayer, nuestro hoy y nuestro mañana.

No es este el lugar adecuado para hablar de las *polarizaciones de las razas*. Todo pueblo a quien el medio ambiente terrestre favorece, siguiendo sus leyes evolutivas, alcanza un gran esplendor del que decae a la postre inevitablemente, tanto porque la evolución astronómica de la Tierra vaya empeorando cíclicamente el medio (cuál aconteció con la zona que nos ocupa al terminar el periodo glacial y aumentar el calor), cuanto porque la discrepancia, cada vez más acentuada, entre las dos evoluciones intelectual y espiritual, colocándole en verdadero equilibrio inestable, labra inevitablemente su ruina como pueblo, y hace que sea sustituido por otro de infantil barbarie, quien paso a paso conquista a su vez, como lo verificaron los europeos, su civilización. La exigua parte de aquellos pueblos decadentes que consiguió por su esfuerzo vencer al medio y armonizar sus dos evoluciones, perdurara presentándonos esa polarización a que aludimos, o sea, el contraste en un mismo suelo de un pueblo degradado, miséríssimo sucesor del gran pueblo que fue, y una corta *elite* humana, caracterizada por los sublimes poderes del genio y voluntariamente aislada de todo trato mundial en rinconcitos de esos que *Isis sin Velo* supone guardados para los elegidos.

Extensamente nos ha hablado H. P. B. de las grandes fraternidades arias del Tíbet y de la India, y de los Atlantes del Egipto, a las que por la vía rusa e inglesa le fue más practicable el acceso, en medio, sin embargo, de peligros inauditos. Pero en los citados libros se nota un gran vacío que llenar. *La vía ibera*, que podíamos decir, esa vía que permanece cerrada gracias a la triste condición de nuestra raza, pero que constituye para nosotros una sagrada misión, que en conciencia debemos aprestarnos a realizar. En una palabra: hay que buscar las fraternidades ocultas del Sahara marroquí y argelino, y las que en América aún se aíslan de todo contacto con nuestra raza, en espera de adecuada ocasión, sólo proporcionable por nuestro progreso en las enseñanzas de la *Religión de la Sabiduría*, hay que buscar el contacto con las fraternidades de que, por las circunstancias de la época, apenas nos pudo hablar H. P. B.

¿Pero existen realmente semejantes fraternidades saharianas? Creemos que sí.

Prescindiendo de los diversos pasajes de *Isis sin Velo*, en los que se las menciona, las consideraciones más sencillas nos aportan tamaña sugestión. Investiguemos.

El gran macizo granítico de Ahagar que con el oasis de Ahir ocupa el centro casi matemático del gran desierto, desarrolla sus estribaciones hacia el Sudeste, hasta perderse en la Libia y Abisinia, junto a la curva del Nilo, muy por encima de Tebas y de Siena. Por el Nordeste, se sepulta en arena para demarcar los oasis de la ruta marroquí y enlazar con el gran macizo del Atlas del Sur, con altura de más de 3.000 metros. Los verdaderos aborígenes de este país no son los temibles nómadas tuaregs, sino los Zabitas o Mzabitas, esos curiosos ejemplares de la raza libio-ibera o guanche, estudiados por los modernos antropólogos, como representantes genuinos del tipo berebere o morisco, tipo dolicocéfalo, inteligentísimo, maravilloso conocedor de la hidráulica para sus riegos y constructor de oasis, que bucea en la arena para sacar a la superficie del estéril suelo, todas las lozanías de una vegetación que no se compone sólo de palmeras datilíferas, sino de alfalfa para los ganados, y de otros arboles tropicales que en un tiempo alzaban sus copas cubriendo la región con selváticas frondosidades, tan comunes en el resto de África. Este tipo berberisco constituye el núcleo de casi toda la raza española en la huerta de Valencia, en los carmenes

granadinos y sevillanos, en toda la Alpujarra —pese a las expulsiones religiosas— y en una inmensa parte de Extremadura y Portugal, como nos empieza a enseñar la prehistoria de la Península ibérica. Es, en una palabra, el *hombre del Atlas* o *Atlante*, emparentado con egipcios y aztecas, a los que sirve de nexo, y el centro de aquella, raza archiprehistórica que en Extremadura grabase las rocas de Magacela, el jeroglífico de Solana de Cabañas, los berracos de Botija y de otros sitios del Occidente ibero, tan rico, por otra parte, en luminosas supersticiones o mitos que proclaman su antigüedad.

El citado Sr. Anton nos ha proporcionado sobre el particular datos valiosísimos.

Uno de ellos es la existencia en el Sahara del Norte de las Hermandades de los *Isauas* o *iesuas*, “jesuitas”, como si dijésemos, siguiendo la etimología de Jesús *Iesoua*, quienes tienen al profeta de Nazareth por uno de los profetas mayores, después de Mahoma, lo que revela un curioso parentesco con esenios, gnósticos y alejandrinos. Otra es el de cierta Fraternidad de las vecindades de Tetuán, que, al recitar la consabida frase de “Dios es Dios y Mahoma su profeta”, omiten esto último y tratan por igual al moro que al cristiano y al judío.

Esta última fraternidad, que no es única, permanece apartada de la barbarie guerrera de los marroquíes, pero no es indiferente a los problemas del imperio. El mismo sultán es juguete de ella, y de su seno salen, de tiempo en tiempo, los Roguís, los Raisunis y demás reyezuelos. A su simple orden, el grito de “guerra santa” corre con la rapidez de un incendio, poniendo en peligro todos los avances egoístas o comerciales de los europeos, ni más ni menos que sucede con los *boxers* en el Celeste Imperio y con los *ñañigos* de América, si no yerran nuestros informes. Los santones son simplemente sus instrumentos.

Hay algo también en la geografía que es para desconcertar a cualquier no creyente en la primitiva unidad simbolizada por la *doctrina arcaica*.

De las tres cualidades, *satva*, *raja* y *thama*, sabemos que esta última, o ignorancia, es la peor y la que más alejada se halla de la verdadera sabiduría.

Pues bien, en la zona africana que nos ocupa, a partir del mar, hallamos lo primero a los *Tamasig* (los que yacen en *thama*, o en la ignorancia de las Altas verdades

redentoras) y después del desfiladero de Taza, nunca transpuesto por europeos, nos encontramos con las gentes del Sur del Atlas, denominadas con el sugestivo nombre de *chelas* o discípulos... ¡en Marruecos como en el Tíbet y con ciudades sagradas y todo!

Racional es pensar que, tras los sumergidos en *Thama* y los *chelas* de la región intermedia o *Chelaia*, deben venir los *Maestros*.

Tengo a la vista el hermoso Atlas antiguo de Henri Kiepert.

Las palabras *Tama*, *Tamamuna*, *Tamara*, *Tamesa* y sus derivados expresan en la lista del final, nada menos que diez o doce regiones, ríos o pueblos situados siempre *hacia los confines*, sean estos los dichos, o el Tambre gallego o el Támesis londinense, o la región frigia, o la montañosa región de Armenia, o apartados lugares egipcios, es decir, sitios ignorados, confines de nuestra civilización histórica, que es *thamas* no pocas veces³¹.

Dígase lo que se quiera, el Mundo occidental se ha extendido por el planeta a título de tres grandes corrientes: la rusa, la inglesa y la ibera. Aquellas dos han penetrado en Asia y en Egipto a guisa de conquistadoras, como los bárbaros penetraron en Roma, como Roma penetró en Grecia y Grecia en Egipto, para ser, a la postre, conquistadas por ellas, que tal es la divina sexualidad de las verdaderas culturas, consorcios de una brutalidad militar que creyendo dominar con pretensiones verdaderamente infantiles de un mayor poder físico, hijo de su juventud, son dominadas por los mágicos poderes de la espiritualidad y de la mente, patrimonio de los ancianos, de los antiguos, de aquellos a quienes conocía y amaba el gran Confucio.

Los destinos mundiales del hoy han puesto sobre el tapete —y ellos saben por qué— la cuestión africana, cuestión latina más que sajona, en la que Francia trata de sustituir a Iberia, merced a la africana condición de nuestra Península, que por modo tal no desmiente de nuestras tradiciones, de aquellas tradiciones cordobesas, refrescadas, de tiempo en tiempo, por almoravides, almohades y benimerines. El gran deber, pues, del teosofista ibero está bien demarcado. Buscar el contacto e inteligencia con las grandes

³¹ Todo esto se halla muy ampliado en los últimos capítulos del tomo VI de la BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS. Cap. VII, parte 2.^a

fraternidades saharianas, y luego, con las del Perú y Méjico. Completada quedaría así la otra de nuestra maestra H. P. B.

En espera y preparación de tan hermoso día, nos permitimos exponer a los teosofistas esta ligerísima suscitación, para que cada uno en la medida de sus fuerzas nos ilustre, y todos juntos podamos coadyuvar, en breve, a lo que es obra la más pura, la más excelsa de cuantas resultan accesibles a nuestra sincera labor³².

³² Respecto de África, una mujer, Isabel Ebherart, dice: "Y viendo la imposibilidad de europeizarlos, me pregunto si los árabes acabaran por conquistar el alma de sus conquistadores. Al citar este texto el escritor Gómez Carrillo en sus deliciosas Crónicas, *Por tierras africanas*, menciona también la organización oculta de fraternidades religiosas refugiadas en el desierto líbico, con las que todo buen mogrebino tiene contacto una vez por lo menos cada año, durante el sagrado mes del Ramadán. "Al terminar las ceremonias religiosas – añade– cada representante de la gran familia africana regresa a su oasis o a su aduar, a su gurbi o a su aldea, llevando una regla estricta que ha de servir a la comunidad durante once meses."

EVOLUCIÓN DEL PROGRESO

Un fenómeno curioso. La civilización en su evolución progresiva, camina por la faz de la tierra como el Sol en los cielos, desde Oriente hacia Occidente.

Si con un mapa a la vista recordáis los grandes hechos de la Historia, las luchas de unos con otros pueblos; sus invasiones avasalladoras; sus emigraciones, descubrimientos y conquistas, notaréis que todos estos parciales impulsos conducen a la civilización por la senda mencionada.

Y no puede ser menos, porque las luces de la cultura, y el progreso de las generaciones humanas tienen, sin duda, analogías con los solares efluvios, luz y vida de la Naturaleza.

Las tradiciones colocan una de las cunas de la Humanidad en las mesetas centrales de Asia, y la historia nos revela la cultura más antigua en el pueblo chino, el más oriental de todos los del viejo continente.

Cuando aun no existía la populosa Nínive, ni la Humanidad contaba todavía entre sus maravillas los pensiles floridos babilónicos, ya aquel remoto pueblo chino tenía sus industrias y su comercio; ya grandes Iniciados habían descendido a aquel suelo para enseñarnos el camino del bien... La brújula y otros descubrimientos colocan al Celeste Imperio muchos siglos delante de los demás pueblos.

¡Ved al sol de la civilización luciendo en el Oriente...! Seguidle, que pronto anuncia un nuevo día en el centro y en el Occidente. Tras las épocas inmensas de cultura de la Gran India, o sea del Irán, Buddha predica su emancipadora doctrina contra los brahmanes; Nino y Semíramis cimentan nuevos pueblos hacia el Eufrates y el Tigris, y del Egipto surge una inmensa cuanto incomprendida civilización cuyo remoto tronco es la India. –¿Os convencéis del fenómeno?–. Aun es pronto.

Empiezan en Egipto las invasiones. Sesostris y sus sucesores elevan aquel país a la cima del progreso: soberbias pirámides; monolitos gigantescos; palacios, templos llenos

de bajorrelieves, lagos como el de Moeris; laberintos, vías adornadas con cientos de columnas, y estatuas numerosas, revelan un pueblo eminentemente artístico, como revelan un pueblo sabio, sus meridianas, sus gnomones, sus zodiacos, sus embalsamamientos y sus bibliotecas.

Prescindamos de los recuerdos de Menfis y de Tebas. La civilización, esencialmente expansiva, trata de seguir hacia el Oeste y encuentra un obstáculo: el inmenso desierto del Sahara. Aquel impulso, contrariado, retrocede hacia su origen; llega al Asia Menor, pero también da un paso más y una sola chispa enciende el fuego sacro en la cercana Grecia.

Ya ala sazón se ha formado otro inmenso núcleo. Caracterízanle tres colosos: el imperio babilónico; el imperio asirio y el imperio persa. Pasan siglos de conflagración y de lucha; sobre las ruinas de un pueblo se levanta otro nuevo. Al imperio persa sucede el macedónico, siglos más tarde el romano sobre las ruinas del cartaginés, y ya en la Edad Media el sacro-romano imperio. Luego vienen las glorias occidentales cordobesas, los esplendores del imperio escandinavo que hacia el siglo XIII, con Erico el rojo, llegan hasta a asomarse a América... Y a la apoteosis de la expansión española del siglo XVI siguen la holandesa del siglo XVII, la francesa del siglo XVIII, la inglesa del siglo XIX y el colossal progreso de los Estados Unidos norteamericanos, quienes en el siglo XX logran inclinar a su arbitrio la terrible balanza de la Gran Guerra...

¿Qué nos deparan, pues, al parecer, los siglos venideros? Harto claro lo están indicando los acontecimientos: el meridiano de la cultura ha pasado el Atlántico, mar que empieza a jugar en los destinos del Mundo el papel que antaño desempeñara el viejo Mediterráneo, y la tarde, no una alegre tarde de primavera, sino una muy triste y de muy avanzado otoño, empieza a extenderse por Europa... En Rusia y Siberia es ya noche cerrada, de la que acaso pueda resultar un nuevo día, mientras que en China y Japón parece amanecer. En Alemania es también crepúsculo vespertino que invita al recogimiento, después de un esfuerzo militarista que ha tenido para ella las fatales consecuencias de todos los pasados militarismos: el de los Sesostris, los Daríos, los Alejandros, los Césares, los Carlo-Magnos, los Felipes y los Luises.

Y si el meridiano de la cultura se acerca a pasos de gigante hacia América, natural y lógico resulta el pensar que, tras los esplendores de los Estados Unidos del Norte a título más inglés que español, sigan los de los “Estados Unidos del Centro y del Sur” de aquel triple continente y a título más español que inglés. Ya casi empieza esto a verse en las riquezas y alientos de México, en las tendencias federales de las cinco notables repúblicas del istmo: Guatemala, San Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Honduras, pese a sus rivalidades de niños; en el despertar de los pueblos americanos del Pacífico, y en esas bien definidas corrientes de feliz aproximación entre los tres grandes pueblos sudamericanos, Argentina, Brasil y Chile, la Confederación del A. B. C., como ya se llamó en ocasión de recientes eventos diplomáticos.

Siguiendo así la ley, llegará también un remoto día en el que la oleada de cultura choque contra la barrera del Pacífico; pero ya para entonces la Madre-Tierra habrá hecho también lo suyo, y así como en tiempos remotísimos hizo mar de las tierras de la Atlántida, entonces hará de los mares tierras, quiero decir, deparará a sus nuevos hijos un extenso continente, ese continente que, a ojos vistos, están ya alzando del fondo de las aguas los industriosos e infinitesimales políperos...

TRISTEZA Y ALEGRÍA

En vano se quiere prescindir de la tristeza transformando en bacanal perpetua la existencia. Ella es el negro espacio del éter oculto tras el celestial azul de la risa; es lo sublime tras lo bello; es la naturaleza hiperbórea, lejos, muy lejos de la vida, trasunto fiel de la eternidad y del infinito; es el canto del ruiseñor en la enramada, durante el silencio de la noche, tras la elegía del crepúsculo; es la ciencia que duda; el escepticismo, que envuelto en tinieblas se desgarra; el ideal que enardece, inspirando locuras y heroísmos; es la vaga esperanza que, alejándose, deja de sonreírnos; la poesía de doradas alas; el escalofrío de muerte de todo cuanto hemos amado, y ya se ha ido; la estatua del dolor; el puñal trágico de la musa Talía; las notas de la plegaria que a veces llegan a ser de blasfemia; el grito desesperado de las teogonías moribundas; las escalas menores musicales, la atmósfera de misteriosa luz nimbando la frente de los genios, que para eternizarse se templaron en el fuego del dolor...

Si la tristeza es neurosis, la risa es locura... Al hombre, huésped temporal de este bajo mundo, la infancia le sonríe: sendas de flores, dorados ensueños, brillantes perspectivas le brindan una existencia de delicias... La juventud, edad de las paradojas, es alegre y es al par triste. Es alegre, porque es la primavera de la vida, la edad del amor y de las esperanzas, de la fe en las grandes causas, y del santo entusiasmo por el porvenir. Es triste, porque en ella se decide el carácter, se bordean los peligros más inauditos; se experimentan terribles crisis; se entra de lleno en la vida social, rápido y cenagoso torrente parecido a los ríos infernales del Paganismo. ¡Desdichado es para muchos, el día en que se deja de ser niño!

La risa pronto hastía. Aun los mismos escritores jocosos dejan caer, a veces, una ardiente lágrima sobre el pape! en el que escriben sus chistes. Lo alegre, es superficial; lo triste, es profundo. Nunca tan grande la Naturaleza como en la tempestad del Océano; nunca tan grande el alma como en las tempestades de su idea y en el rudo choque de sus más encontrados sentimientos.

La filosofía, haciéndonos distinguir lo permanente de lo transitorio; las Ciencias Naturales, llevándonos por la mano hacia esas edades remotísimas en las que nada éramos ni nada significábamos; las religiones, pretendiendo darnos sublimes esperanzas para días más hermosos, cuando no mostrándonos la horrible llaga de sacerdocios embaucadores y explotadores; la Astronomía, revelándonos misterios del espacio, y la Historia, enseñándonos en los misterios del tiempo cuan poco han significado nunca los bufones en el Mundo y patentizándonos cuantos dolores no supone siempre la marcha triunfal del progreso; el Derecho penal, demostrándonos cuanto puede una lágrima, una emoción más o menos triste, un dolor junto con una esperanza, en la corrección del delincuente; la Economía política, haciendo ver cómo el ruido de las máquinas ahoga con frecuencia el grito de muy hondas miserias, serán muy tristes, sin duda, pero al par son muy consoladoras, porque la desesperación del escepticismo no es como el dejé de tristezas de la ciencia que lleva siempre un no sé qué santo que fecunda a nuestras mentes y llena nuestros corazones de esperanza.

Se odia al dolor, porque no se le comprende. Si se le comprendiera, se le temería menos y hasta se le admiraría, pues en él parece estar cimentado el edificio entero de nuestra existencia.

Dirigid una ojeada en torno vuestro, buscando algo que no se deba a ese vientre fecundo de la vida. Frutos arrancados a la tierra después de penosísimos trabajos; obras elaboradas en la guardilla, en la cárcel o en el destierro; trabajos científicos, e inventos hechos a fuerza de paciencia y sacrificio...

Las revoluciones más gloriosas se deben al dolor; ninguna, a la risa. La Naturaleza, que en las revoluciones atmosféricas parece gemir y entristercerse; las guerras, fuentes copiosísimas de progreso con su horrible cortejo no obstante de lutos y dolores; las virtudes, grandes y pequeñas, fundadas todas en el sacrificio; el desarrollo de la actividad económica, impulsado por el doloroso acicate de la necesidad; las emancipaciones de los pueblos, como las de los individuos..., el orden natural, en suma, tienen al dolor como piedra angular de su edificio.

El dolor físico es casi siempre la sanción de la Naturaleza perturbada por el abuso. El dolor moral es aún más, es algo que, elevándonos muy por cima de las humanas

miserias de la vida, en alas de la esperanza, nos aleja de esta existencia de concatenados sufrimientos, haciéndonos presentir como inefables consuelos la inmortalidad y la felicidad futura en un Mundo superior, indiscutible, al que nosotros en nuestras investigaciones teosófico-históricas hemos convenido en llamar “*el mundo de los jinas, o de los superhombres*”, por todos los Iniciados prometido.

CONCEPTOS NEGATIVOS

En el Universo carecen de realidad los conceptos negativos; como hijos, tan solo, del contraste con lo existente o lo positivo.

¿Qué es la nada? —Imposible el definirla, porque la nada no existe.

Registrando los archivos del planeta hallaremos la historia entera de las edades geológicas escrita en los fósiles, que nos llevan por la mano, a través de los tiempos cuaternarios, terciarios, secundarios y primarios hasta que se conglomeró el esferoide terrestre merced a la condensación de uno de los grandes anillos formados en torno de lo que luego fue Sol, por la evolución lentísima de la nebulosa planetaria, si hemos de creer lo que la discutible teoría de Laplace nos dice.

Y siguiendo más y más a dicho sabio en la lenta evolución de la nebulosa matriz de astros, advertiremos que aquel *subtractum* de materia cósmica no sería sino una pequeñísima parte quizá desprendida de otras nebulosas.

El Universo sidéreo, del cual forma parte nuestro Sol, es quizá de los más antiguos, rodeándole centenares o millares de nebulosas en formación que, cual nuestro Universo, no surgieron de la nada —porque de la nada nadie, ni la misma Divinidad, puede hacer nada, como se dice, a menos que la Divinidad sea, como es, la Nada-Todo misma, *el Cer-Aster o Zoroastro*, la Inmensidad de lo Abstracto, lo Inefable e Incognoscible, la Absoluta Seidad de donde todo emana y adonde todo vuelve tras su respectivo ciclo evolutivo, y que si parece Nada para nuestra limitada razón, es, por el contrario, el Todo Esencial para nuestra percepción mística, espiritual e intuitiva.

Así, si somos positivistas, podemos considerar perpetuo aquel movimiento de disgregaciones nebulosas sin encontrar remotamente un límite, ya que en la Naturaleza, como en las matemáticas, la serie de los números es indefinida, razón por la cual los filósofos arios dicen que al hombre no le es dado jamás conocer sino el medio de las cosas, siéndole a su razón perfectamente inaccesibles siempre los orígenes como los destinos finales de ellas, sabiendo sólo que este nuestro Universo

nació de otro y de otros y producirá también, al desaparecer, otro y otros en número indefinido, porque la Raíz de la Materia (Mulaprakriti, Akasha) puede servir de protoplasma a infinitos universos sucesivos, ni más ni menos que en pequeño lo vemos con todo cuanto aparentemente, no más, se crea y aparentemente se destruye.

Si admitimos, por otro lado flúidos universales y entes que a flúidos y a astros dirigen, como siempre pensaron los pitagóricos y los demás filósofos de la antigüedad, y después Copérnico, Kepler, Santo Tomás, Kant y tantos otros, la Mecánica celeste no sería una cosa muerta, sino que tendría sentimientos, voliciones e inteligencia efectiva. ¿Quién, por ejemplo, no alcanza a ver en la geometría de cristales y flores o en la misma selección natural la acción de una inteligencia cósmica, que es el Anima-Mundi, que los filósofos han dicho?

La muerte tampoco existe, porque inmortales son, en abstracto, el espíritu y la materia. Esta última forma parte ya de unos ya de otros cuerpos. El átomo de carbono, unido al oxígeno, en la atmósfera densísima de las primeras edades, se desunió de él al fijarse en las primeras plantas acotiledóneas y monocotiledóneas; plantas que, envueltas luego en los cataclismos geológicos, e influidas por temperaturas elevadísimas, produjeron esos yacimientos carboníferos que, por herencia de energética a través de los siglos, alimentan hoy a nuestras máquinas fabriles, a nuestras locomotoras y nuestros trasatlánticos, conquistas todas de una Humanidad que no hubiera vivido tampoco si aquellos vegetales no hubiesen purificado antes el aire de gases deletéreos.

Constantemente, además, se opera la transformación cíclica de lo inorgánico en inorgánico, y de esto en lo inorgánico, *que no es sino orgánico también de otra clase de organización*. Unos cuantos millones de kilómetros cúbicos de oxígeno vienen sirviendo así para las necesidades respiratorias desde el primer día de la vegetación y de la fauna, con movimiento no interrumpido de asociación con el carbono en respiraciones y combustiones, y de disociación con él por el intermediario de la clorofila vegetal. Así parecen no morir nunca los cuerpos simples que constituyen el edificio entero de nuestro planeta.

Si la materia no muere, ¿cómo ha de morir el espíritu que la anima? Morir sería absurdo.

La inteligencia humana que fulgura sus supremas energías de suprema radioactividad desconocida dentro de su cárcel huesosa; esa inteligencia que, apenas despertada, se quiere medir de igual a igual con todo el Universo; que con la reflexión se repliega sobre sí misma hallando en su interior también al Universo entero; que se adormece o se excita en las enfermedades o en el sueño; que se debate y quiere romper sus terrestres ligaduras en la inspiración y en el éxtasis..., esa inteligencia, después de algún tiempo de esclavitud corpórea, será por siempre libre, y Dios, la Casualidad, el Acaso, la Ley, o lo que fuere –para nosotros, por supuesto, la Ley o Karma– no sería justo al permitimos, cruel, el contemplar desde nuestras prisiones las grandezas que nos rodean sin permitirnos más adelante el dominarlas, gozarlas y poseerlas de uno u otro modo. Si en el mundo de la materia la vida se sostiene por la muerte, en el mundo del espíritu la vida se fecunda por la vida.

El frío es un mero accidente de la organización. Si al habitante de Mercurio se le transportara a la Tierra, acaso moriría de frío, mientras que si a ella se trasladase un ser que habitase en Neptuno perecería de calor, suponiendo que las demás condiciones fuesen análogas, cosa imposible, por supuesto.

Temperaturas templadas afectan contrariamente al lapón y al senegalés, e igual efecto produce el calor al entrar que al salir del cuerpo. Si fuera posible el someter al organismo a una aclimatación muy lenta, habría quien resistiese fríos considerables, como no falta quien ha podido acostumbrarse a tomar venenos y a leer en la casi obscuridad.

El silencio y la obscuridad han perdido su reino hasta en la Tierra. Si fuera posible el prescindir de los sonidos que nos cercan y de la grosería que nos oprieme, escucharíamos los sonidos siderales, como Pitágoras y las commociones del abismo, como los seismógrafos y, astralmente como Esquilo, Dante, Goethe o Milton, como todos los demás grandes poetas... y el latir de los sentimientos, y el chocar de las tempestades internas. Si hoy un pigmeo puede hablar a cientos de kilómetros por la

telefonía inalámbrica, ¿no debemos ya mirar el silencio como un mito, y a los sólidos, las aguas, los gases, el éter mismo como los teléfonos del porvenir?

Descended con la imaginación a las profundidades del Pacífico o del Atlántico, que nos empiezan a esclarecer felizmente los estudios de oceanografía. Allí donde los últimos rayos solares se eclipsan, comienza el dilatado imperio de la fosforescencia, sol de los espacios marítimos. Entre la luz difusa de los foraminíferos, flotan los crustáceos, los anhélidos, las medusas y las asterias fosforescentes, transformando los abismos del mar en ámbito de luces misteriosas. En los polos, la obscuridad tampoco domina, porque el electromagnetismo terrestre despliega en los cielos glaciales la magnificencia de sus auroras polares multicoloras; los astros brillan con limpidez extraordinaria; la luna permanece sin ocultarse muchas días, y duran más de dos meses los crepúsculos. La lámpara de Davy llevada por el hombre y los fulgores de los fuegos internos producidos por la Naturaleza, iluminan los antros tenebrosos quebrándose en los irisados cristales y en los festones de las estalactitas. Es más, si el planeta necesitara luz en sus entrañas, la tendría a raudales en la fuerza inagotable de sus corrientes telúricas.

¿Qué diremos del dolor, considerado por algunos como el placer del alma? ¿Cabe duda de que los dolores morales elevan al hombre y le educan? ¿No podemos considerar al dolor cual una imperfección de una muy fugaz existencia? ¿No disminuyen el reino del dolor la ciencia y la filosofía? ¿No desprecia la fe en las grandes causas las mayores torturas? La sublimidad, en fin, ¿no tiene también su deje doloroso; símbolo de la humana pequeñez?

Los conceptos negativos no tienen más realidad que en nuestra miseria, ni más alcance que el de nuestra vida de unos años. Colocados al medio de la escala evolutiva, que sube sobre nuestras cabezas y se despliega bajo nuestras plantas, si adelante se mira, todo es positivo, negativo si miramos hacia atrás; pero con la abstracción sólo se ve desde el vano concepto de la nada hasta las sublimes realidades del Sér, una sola serie de conceptos positivos, como una sola es la serie de numeración colocada entre el infinito de ambos signos, que vemos cual positiva y cual negativa mirando desde el cero de las cantidades.

SOLIDARIDAD

No nos pesa haber suspendido por lo del homenaje el tratar del discurso del Sr.

La idea de la solidaridad equivale a la del *homo sum et nihil humania me alienum puto*, de Plauto.

Ella es, en efecto, firmísimo basamento del orden social y del edificio alzado piedra tras piedra, por todos los redentores y demás idealistas del la Tierra. Hasta el mismo decantado concepto de caridad cristiana y el *sum quique tribuere* del principio romano de justicia, son facetas no más del concepto sublime que hace a todos los hombres, no ya hermanos, que esto es poco, tanto más cuanto que no siempre los hermanos son los seres que más se quieren, sino partes integrantes de un solo *Todo* que no sabemos a punto fijo lo que es.

Sí. Tales integraciones son el medio por el que el Cosmos se organiza, a través de átomos, células, aparatos, cuerpos, astros y sistemas estelares.

Sin solidaridad, nada ordenado y vital puede concebirse; y la misma solidaridad, aunque incipiente, se nos muestra en las *nubes* de insectos, *masa* de gelatinosos infusorios, *tropas* de hormigas, *rebaños* de rumiantes, *bandadas* de aves, *manadas* de rapaces, *colonias* de microbios y *asociaciones* emigradoras de mil especies animales o convivientes de casi todos los seres del reino vegetal.

Los pueblos que han concebido con intensidad el concepto solidario, han llegado a progresos indecibles; ejemplo: la Roma republicana; la Esparta de Licurgo; los cristianos de los tres primeros siglos o de la *era de los mártires*, y tantas otras humanas integraciones. El secreto está, sin embargo, en no ahogar en ara de ellas las legítimas individualidades de sus elementos constitutivos.

La solidaridad entre los átomos es tan exquisita, que sus más pequeños movimientos afectan al conjunto; por eso se dice, con acierto, que un solo paso nuestro altera en una cantidad real, aunque infinitamente pequeña, el equilibrio del Universo.

Semejante principio es, en lo social, altamente revolucionario de nuestra caduca y rutinaria manera de sentir.

Las responsabilidades, mal llamadas individuales, se fraccionan y reparten así hasta lo infinito.

Gran parte de la carga delictiva que el criminal lleva sobre sus hombros, la ha ido amontonando la sociedad con sus errores, átomo a átomo, y es ya hora de depurar también tales responsabilidades sociales.

El primer juez que le absolviera injustamente el nimio juicio de faltas; el político que caciquilmente le recomendase para dejarle salvo en sus primeras tropelías, le dieron el primer empujón, la mala enseñanza y el salvoconducto para su ulterior ruina.

Hasta el maestro que descuidara su educación y el amigo que le enseñara dónde estaba el lupanar y la taberna, fueron solidarios, a su modo, de tamaña catástrofe, ya que, como dice la fábula, con lo que hay que contar es con “los primeros pajarillas” del banquete de la perversión que acabar suele en orgía a lo Lúculo.

¿Quién no ha observado que las menores manadas acarrean a veces catástrofes tremendas por la ley de inercia moral o física que es parte, sin duda, de las solidaridades emotivas y del vivir? Lo pequeño rige y gobierna siempre a lo grande, aunque no lo parezca.

Ved si no ese gran misterio de la generación, triste patente de solidaridades inexplicables que nos llevan, a veces, a maldecir hasta lo más santo. Ved esos infelices cieguitos, que así nacieran, sin culpa, aparentemente al menos, gracias a las afecções venéreas de sus padres. Ved esotros, locos de alcohólica y proterva herencia. Ved los de más allá, lisiados perdidos, por imprudencias, las más de las veces, de sus semejantes. Es la ley de causa y efecto desconocida casi siempre, ligando, con red de hilos inextricables lo grande y lo pequeño, lo nuevo y lo remotísimo, lo bueno y lo malvado, lo loco y lo heroico o santo, hasta lo infinito, con ese choque y entrecruce continuo de las ondas del lago producidas por múltiples piedras que en él cayeran a la vez.

¡Qué grande, qué triste, que hondísima es la ley de solidaridad; la ley de las colectivas e individuales responsabilidades! Cada vez que en ella pienso el espanto me domina. ¿Qué haré yo, qué haremos todos, desventurados microcosmos, misérrimos *homúnculos*, para no acarrear sobre nuestras conciencias las consecuencias de lo solidario en nuestros defectos y vicios?

Tal es la pregunta de los honrados, pero la conciencia humana resulta pobrísima para la respuesta.

Hay, sin embargo, un principio salvador de tales peligros: el altruismo, dominando, destruyendo a nuestros egoísmos todos, aún los que más justificables parezcan a primera vista.

Esto no es religión, sino algo más grande. Esto es el Logos conviviendo en nosotros y dispuesto a nacer en nuestros corazones, como Cristo en humilde pesebre, así como de tal regeneración nos hagamos dignos con la espiritualidad y la total o solidaria identificación con nuestros semejantes, *que son nosotros mismos*.

SACERDOCIO MEDICO

Frase es ésta del médico sacerdocio que ha repetido mil veces la rutina, pero cuyo alcance no suele comprenderse demasiado bien, por desgracia.

No significa ella sólo el carácter sacerdotal y augusto de la medica misión, lejos de miras bastardas y charlatanismo. Alude, también, a que en el médico deben mirar a un verdadero sacerdote las familias.

Nunca se ponderara bastante la importantísima misión del *medico de cabecera*.

El empirismo profesional de antaño; el de las reglas técnicas invariables acerca de las varias dolencias; el de las triacas, y el ulterior de la droga, han cedido el puesto a superiores doctrinas, en las que se afirma la medicina natural y preventiva de la higiene, la profilaxis y el tratamiento. por los agentes naturales, la medicina integral o psico-física, y la de que no existen enfermedades, sino enfermos, a los que aquellas reglas técnicas han de aplicarse con muy vario, afinado y difícil oportunismo.

Oportunismo semejante exige, más que antes, el trato íntimo entre cliente y enfermo. De aquí el médico de cabecera como insustituible por cualquier otro.

Sí. Fuera de los notorios casos de la especialidad, o sea para las enfermedades diarias y habituales de nuestra mísera existencia, no debe tenerse más que un medico. Hasta la vieja costumbre de las consultas de varios profesores, no pedidas por el de cabecera, van cayendo en desuso merecido, que no en vano siente éste harto hondo el peso de su enorme responsabilidad, de su decoro profesional nacida, para repartirla neciamente entre cuatro amables advenedizos. En el arte-ciencia de curar, como en política, siempre será cierto el famoso dicho de Meyer: "Obra de uno solo es la acción, aunque el deliberar pueda ser quizá obra de muchos."

Revelan poquísimo seso las familias que, para su daño, no cuentan con esa sabia institución del médico de cabecera, y a él se confían con sencillez de niño,

facilitándole el cumplimiento de su misión preventiva, que, sin tal absoluta confianza, es estéril las más veces, cuando no imposible.

Yo no sabría daros el pormenor de las ventajas que así os resultarían. Apuntemos sólo algunas:

Nadie pone ya en duda los buenos efectos de las sugestiones sabias; el médico de cabecera, el que se sienta frecuentemente a la mesa con la familia de su cliente, ejerce sobre ella la mejor de las médicas sugerencias.

Él puede ver, antes que nadie, el primer prodromo de la más traidora enfermedad, y no olvidéis que todas éstas *son curables en sus principios*. El desastre definitivo de un organismo suele tomarse, en no pocas ocasiones, como un síntoma.

Hay que compadecer al médico a quien se llama por primera vez. Todo tiene que improvisarlo en un momento y con forzoso daño para el cliente: idiosincrasia; malos hábitos; vicios; adivinaciones de higienes detestables; antecedentes personales y hereditarios; medios personales y pecuniarios de resistencias vitales; todo, en fin.

Pasa lo contrario con el médico de cabecera.

Él sabe de antemano como puede caer el humano árbol de su cliente, pues con su trato íntimo ya tiene harto sabido el lado a que se inclina. Sus mismas conversaciones familiares constituyen una iniciación continua y de las que no se olvidan en las reglas de la higiene salvadora.

¿Y qué diremos respecto a las facilidades de tratamiento? Un recién venido no puede darle completo las más veces, sin herir susceptibilidades peligrosas. No puede decir, así llanamente, como es preciso, *al señor* que es un borracho, un trasnochador, un vicioso que se acarreara por estos u otros excesos la enfermedad de que se trate.

Menos puede reprender a *la señora* sus mil y una tonterías malditas, con el corsé, los cosméticos, el confiado de los hijos a madres mercenarias y funestísimas, y cuantos hábitos en la casa, en la calle o en la cocina pueden acarrear dolencias tan evitables como temibles.

Al de cabecera, al íntimo y como de familia, ya le es dable todo eso. Para con él, además, no valen las infinitas mentiras inconscientes que el cliente de buena fe emplea al confiarse al médico, merced a falsos pudores de los que nunca se execrará lo bastante.

Hay una parte en la Medicina, y de las primeras, que equivale a la confesión en el catolicismo. El cliente que no hace buenas confesiones con su discreto médico de cabecera, es un mal hombre, un felón y un suicida.

Con aquellas confesiones, el diagnóstico y el éxito consiguiente en el tratamiento resultan mucho más seguros.

Pero, sobre todo, esto del médico de cabecera, cuyo peligro sólo está en el de todos los directores “espirituales”, cuando de sacerdotes pasan a comerciantes, estará siempre este supremo principio, corolario del célebre precepto socrático:

—Tenemos que ser médicos de nosotros mismos.

NECEDAD DE LA PENA DE MUERTE

La imposición de la pena capital la mayor de nuestras innumerables hipocresías. El aparato de que se rodea, desde el comienzo hasta el fin, no está mal como cosa de farsa y de teatro. Sería risible si no fuera para llorar, no por los ajusticiados, sino por nosotros y por nuestros hijos, que diríamos parafraseando al Evangelio.

No os repetiré los conocidos argumentos que con tanto acierto se han hecho en pro de su abolición. Demasiado lo sabéis vosotros los que habéis vertido lágrimas de honda ternura sobre las páginas de nuestra incomprendida Concepción Arenal.

Voy a hablaros sólo de las solidaridades humanas, que a todos, absolutamente a todos, hace reos del crimen, aunque en cantidades infinitesimales, que se suman para determinar en la cabeza, corazón y brazo del asesino –que de ello es la víctima– la resultante fatal.

¡Pobre autómata a quien se le cree libre!

Examinemos cualquiera de estos desgraciados.

El antropólogo sorprende, por de pronto, en ellos los estigmas de la degeneración: ya es la sífilis, de consecuencias cerebrales tan funestas; ya el alcohol; ya la neurosis en todo su tremebundo proteísmo, la tara de maldición que padres ignorantes o sin conciencia legan a su triste e inocente hijo.

Viene luego la madre a colaborar intensamente a la ruina del cuitado, ora sea con el terrorismo religioso, ora con el funesto, por mal entendido, mimo, cuando no con el abandono a manos mercenarias de insignes aduladores, incapaces de guiar al niño más que por la vía de su perdición.

El amiguito de la plazuela o del colegio, matoide o degenerado como él también, agrega leña al fuego con su ejemplo y consejo; el mal dotado y peor frustrado ministro le descuida, quizá, porque no sabe ver en él un anormal, planta que exige desde los

comienzos las atenciones especialísimas de una técnica poco conocida todavía, que el Estado es el primero en abandonar.

El Estado decimos, pero ¿quién tiene la culpa, a su vez de tamaños abandonos?

Todos, todos, todos. Desde el que vende su voto al diputado venal, hasta el cacique y el ministro, que se cuidan más, acaso, de los clásicos *pasteleo*s y concupiscencias políticas que del bien de su Nación, y en tales responsabilidades, las leyes mismas de la herencia se vienen a cumplir de un modo fatalísimo, recibiendo nosotros el fruto de los yerros de nuestros mayores.

Sí. En los *primeros pajarillos* de la fábula se desliza gran parte de la fatídica génesis del crimen. En la falta ligera no corregida, en el abuso, por el influjo perdonado; en la tolerancia irracional, en cuanto parece, en din, pequeño siendo tan grande desgraciadamente.

Cometido ya con estos y otros precedentes funestos el crimen, ved al criminal en estrados. ¿No os asustan, las más de las veces, las conclusiones de la antropometría, la medicina legal, los dictámenes de los neurópatas y esos indefinidos matices de la responsabilidad penal pobemente abarcados por las circunstancias atenuantes? Somos todavía demasiado malos psicólogos para apreciar ciertas exquisitas causas de exención de responsabilidad no estampadas en los Códigos. Es más, y digámoslo con valentía, el criminal es un enfermo que necesita, no de los rigores de la ley, sino de las ternuras de un tratamiento psico-físico, de compleja índole terapéutica, bien distante de los infantiles sueños de la escuela correccional que años ha destronara con ventaja a la estúpida y vieja de la expiación o del castigo.

Leed a Ribot, a Richet, a Garófalo, a Moso, a Lombroso y a otros, a pesar de sus palpables errores, hijos de sus equivocados positivismos, y os asustará el cuadro de las patologías de la voluntad, el sentimiento, la memoria, etc., tan típicas en todos los criminales, que vienen a la vida más que con un cerebro defectuoso, con una psiquis de antemano torcida, merced al misterioso efecto de leyes que con nuestro pasado de anteriores existencias se liga.

Ved, después de esto, cuánta es nuestra social hipocresía. A estos maleados frutos de las neurosis sociales, impulsivos, átonos, desequilibrados siempre –que hasta desequilibrio es en sí el crimen– los cogemos, los torturamos en los procedimientos y los matamos, en fin, ¡ llenos de compasión! Eso sí, la compasión no nos falta nunca, porque es la capa que a la llaga oculta, que si ella fuera ciertamente una verdad, el horror a las responsabilidades morales colectivas nos mostraría todas nuestras morales desnudeces psicológicas.

No os haré la ofensa, lectores, de creeros tan vulgares o mal intencionados que interpretéis lo dicho como una teoría que pida se ponga al criminal nuevamente en la calle sino que, con prevenciones educativas, se eviten tales represiones sangrientas, en las que la sola posibilidad de errar condenando a un inocente, bastaría para la abolición de pena de tan bárbaros abolengos en el pueblo eminentemente rencoroso y cruel de los Taliones.

Reconozcamos en conciencia aquellas responsabilidades solidarias que nos obligan, por imperativo categórico, a mejorar nuestra condición y dejemos ya ese hoy cursi y antaño hermoso lema de “Odia al delito y compadece al delincuente”, con este otro, que vale más: “Ama, perdona, cura al criminal en su cuerpo y en su psíquis, y jamás le prives de la vida, porque enfermo es”, aunque no como el de los hospitales, sino otro de enfermedad más difícil de ser diagnosticada, por compleja, psicofísica e íntima.

Sois necios; nada resolvéis con decretar una muerte que la naturaleza, más sabia que vosotros, no ha decretado todavía. Si el invisible *post mortem* es verdad, ¿qué seres lanzáis con ello al invisible?

UNA NOTA OCULTISTA

“El Sr. Hoffmeyer, persona muy conocida y estimadísima en Madrid, enseñaba anteayer mañana los salones del Casino a una familia inglesa.

Al entrar en una de las lujosas estancias de la citada Sociedad, sentado en un sillón, dormitaba D. Daniel Moraza.

Una de las señoritas inglesas a quienes acompañaba el Sr. Hoffmeyer dijo a éste, después de mirar al Sr. Moraza:

—Ese señor que está ahí, tiene cara de suicida.

Nadie concedió importancia a esta observación de la señorita inglesa, quien después ratificó su dicho, insistiendo en que aquel señor tenía fisonomía de hombre que piensa en suicidarse.

Y horas después, el Sr. Moraza se disparaba un tiro en su habitación del hotel de Santa Cruz.

Un detalle para concluir.

La señorita inglesa que hizo el presagio es muy aficionada a los estudios de Teosofía.”

Semejante intuición de la señorita inglesa habría sido creída brujería en otro tiempo y habría hecho sonreír desdenosamente más tarde a los hombres de la Enciclopedia tomándola por fabula. Hoy ya es otra cosa. Un mundo desconocido, prodigioso, hiperfísico, nos entreabre sus puertas. La *miss* puede muy bien ser una vidente en esa realidad, casi desconocida para la generalidad de los mortales, pero cada día más asequible merced a la evolución.

La Teosofía, que, en sí misma, no es religión ni ciencia, sino la Religión y la Ciencia, así con mayúsculas, o sea una propedéutica, una disciplina poderosa que trasciende y enaltece hasta a las facultades más exquisitas del hombre camino del redentor altruismo, rompe con la tradicional dualidad de cuerpo y espíritu, para admitir una

realidad cósmica única, sintética manifestación del Logos, que en la Naturaleza, como en el hombre y en los demás seres, aparece dividida en mundos o planos, de arriba a abajo, llamados en el lenguaje sánscrito, *átmico* o *nhirvánico* (de la voluntad); *búddhico* (del amor); *devachánico superior e inferior* (de la idea abstracta y concreta); *astral* (de la fantasía, de los deseos y pasiones); *etéreo* y *físico*, coordinados por *Jiva* o aliento de la vida.

El mundo *astral* subsigue, pues, inmediatamente al físico; sus realidades sutilísimas y las infinitas criaturas humanas y no humanas que le habitan, no nos son asequibles durante la vigilia, por nuestro atraso grosero; pero si lo son en el sueño en que con ellas convivimos, siendo los ensueños deshilvanadas reminiscencias las más veces de las peripecias de aquel vivir que, sin que de él tengamos conciencia luego, ocupa, sin embargo, una tercera parte de nuestra existencia sobre el Planeta, y toda ella durante cierto tiempo, tan luego como salimos del mismo por la muerte, mera transformación de nuestro séر, en que desechamos por inservibles las groseras vestiduras de nuestro cuerpo.

El hombre goza de una envoltura o cuerpo adecuado en cada uno de estos planos y de la sustancia de ellos: el físico y el astral inferior están ya relativamente formados, mientras que la labor del hombre ordinario propende constantemente a desarrollar las ulteriores y más sutiles realidades de su ser en los demás órdenes superiores, empezando por la mente.

La constitución del cuerpo etéreo es parecida al cuarto estado de la materia llamado *radiante*; goza de las propiedades de agilidad, claridad y sutileza de antaño atribuídas a los llamados cuerpos gloriosos, con facultad de penetrar a través de los cuerpos físicos, cual lo verifican las vibraciones de los rayos X. Tal cuerpo es visible por sensitivos poderosos muy adelantados en la senda de su progreso, y por algunos anormales, como también en supremos momentos de la vida en que un grave peligro nos amenaza y nos avasalla el terror y la angustia.

También es fotografiable en ciertas condiciones, según abona el sabio físico y químico Williams Crookes, en su *Medida de la fuerza psíquica*.

Estos asertos nos parecen de momento absurdos, pero están abonados en sus posibilidades por las religiones, la ciencia y la historia.

Llenaríamos un volumen con citas sobre el particular, despojándolas, naturalmente, de ciertas grotescas apostillas. Recordar no más que el *Mane*, *Thaecel*, *Phares* del festín de Baltasar; la serpiente paradisíaca; la burra de Balaam, Saúl y la Pytonisa; el genio familiar de Sócrates; la Ninfa Egeria de Numa, los presagios de Napoleón, y esa colección inmensa de *devas* orientales, *genios*, *lares*, *penates*, *lemures*, *ángeles custodios*, *emisarios de Wotan de Odín*, y fantasmas de todos los tiempos y países.

A los frívolos burlones que han olvidado los extraños sucesos del conde de San Germán les son muy de recomendar, a este propósito, las manifestaciones del historiógrafo Cesar Cantú, cuando se descubre respetuosamente ante semejante repetición de hechos históricos, contra los que no se atreve a opinar en lógica, ya que lo maravilloso y visionario de hoy es la realidad del mañana. Ahi tenéis los inventos modernos para acreditarlo cumplidamente, a pesar de que nos reímos, tratamos de locos y sacrificamos sin piedad a sus autores.

Por algo el hombre tiene en su ser el secreta resorte de 10 maravilloso, que no es sino lo ignorado aún. Hay fenómenos de doble vista y de telepatía evidentes, y uno de ellos es el de la nota del día transcrita.

Ellos vienen a vivificarnos en nuestras tristes atonías con las auras de un mañana hermoso, sobrio, bueno y trascendido.

CARNAVAL Y CENIZA

Notas de un día. Anverso y reverso de la medalla de la vida; escapes de válvula de la presión de ánimo, acumulada por la rutina de todos los días, son igualmente lógicos, admirables, y humanos entrambos.

Son hermanos inseparables, como lo son el día y la noche.

La una sigue al otro, cual a la acción sucede la reacción, y a la vida la muerte, y al placer el dolor, y a la excitación el decaimiento.

Tan armónicos resultan entrambos como el Paganismo y el Cristianismo, que respectivamente simbolizan.

Se han disipado las tinieblas las nieves y hielos comienzan a fundirse, dejando al descubierto oteros y praderas; la oleada brutal de renacimiento que entraña la primavera lo invade todo; las nubes, que comienzan a tomar carácter tempestuoso; los árboles, que de savia nueva se hinchan; los animales, que sienten en su sangre la fecundidad de la nueva vida...; el hombre, que advierte el raudo palpitarse y resurgir todo en su ser, tras las largas tristezas invernales de pasiones, sentimientos, anhelos, esperanzas, locuras, altruismos, toda esa infinita gama que en el lógico Carnaval comienza y termina en la también lógica por inevitable Ceniza.

¡Deliciosa desarmonía la del vate y el rigorista!:

La vida es la vida;
cuando ella se acaba
acaba con ella también el placer;
De ciertos temores, ¿a que hacerla esclava?
Para mi no hay nunca mañana ni ayer.

Eso dice el uno.

Pulvis cineris et nihil, reza el epítafio del otro.

Ambos principios son verdad, o, por mejor decir, dos facetas opuestas de una verdad

única. La que sirve de broche o nexo al placer con el dolor en las impasibles esferas de una altísima filosofía.

“¡Polvo eres y en polvo te convertirás!”, reza la fúnebre sentencia del Génesis, sentencia que a todos les sabe a triste cuanto a mí me sabe a consoladora.

¿Hay, en efecto, algo más natural, más sencillo, de mayor y más hondo descanso, que ese tornarse en polvo, ese retornar amoroso al casto seno de la madre Tierra, olvidado de todos, ajeno a vanidades ni temores, verdaderamente ni envidiado ni envidioso, cual el poeta?

¡Polvo! Polvo de soles es la Vía Láctea, la más hermosa de las regiones del Cosmos; polvo y nada es la ilusión generadora, con su muerte de las mentalidades más poderosas. Sobre polvo se asientan y al polvo retornan nuestras mayores grandezas, antes de tomar puesto por derecho propio en los más sublimes cielos de la admiración y del recuerdo, cual si escrito estuviese que es preciso morir para resucitar y para el engrandecimiento es inevitable la caída.

A la izquierda de la vida normal se hallan las *razonables locuras* carnavalescas; a la derecha de aquella norma vénse los misoneísmos y las cenizas. El exceso de vida malgastada en las unas acarrea las neurosis y tristezas de las otras. Cosa naturalísima, porque nuestro existir normal es enemigo de las unas y de los otros. Si el exceso de vida, lozanía y juventud justifica a las primeras, la santa carga de años y desengaños, el cansancio, la atonía, traen lo segundo.

Por eso creo en ambos igualmente, lo que casi equivale a no creer en ninguno, y mi norma es ésta:

Hermosa y envidiable la vida, todas las locuras en cierto modo se justifican.

Más hermosa y admirable la incomprendida muerte, su falsa ceniza sólo se justifica, no como maldición y neantismo, sino cual promesa de una nueva vida renacida.

Ya lo dijo el Bagavad Gita, y a él me atengo, cuando Krishna enseña a Arjuna que si todo lo que nace tiene que morir, todo lo que muere ha de renacer indefectiblemente.

Por eso, por tal y tan sabia idea de renacimiento, es por lo que los paganos celebraban la gran fiesta de los muertos, no en el triste Noviembre, agonía del año, sino en el seno

del florido Mayo, cual una promesa consoladora de otra mejor vida, dulce y sin cenizas.

LOS ENSUEÑOS Y LA CUEVA DE MONTESINOS

La aventura de Don Quijote en la cueva de Montesinos vale por todo un tratado sobre el ensueño y la fantasía. Tissié, Froschamer y cuantos se han ocupado de estos problemas, encontraran en ella venero inagotable.

Todo lo que ocurre a Don Quijote en la cueva esta tocado, en efecto, de los esfumados del ensueño.

Empieza encontrando a Montesinos con los chocantes contrastes de color que darse suelen sólo en el mismo.

El verde, el blanco, el negro y el Morado se mezclan chillonamente en su abigarrada indumentaria.

Procesiones, muros transparentes, mujeres como espectros, muertos y sepulcros, todo cuanto en los ensueños de pesadilla vénse no pocas veces, se encuentran también en la aventura.

El transito rápido de escena a escena es propio asimismo de los argumentos del ensueño. Todas las preocupaciones del Caballero de los Leones y de la Triste Figura durante la vida real se ven allí traducidas unas tras otras, con el tema forzado que suelen tomar los ensueños; a veces una nota, una palabra o una impresión de las anteriores vigilias.

Lo primero es encontrar al encantado de la cueva, motivo originario del ensueño. De aquí la historia de su encantamiento, causado por el que había días atrás visto sufrir a Dulcinea, cuyo recuerdo se superpone al fin en el ensueño como más intenso y más reciente, con arreglo a la manera que el fenómeno tiene efectivamente de producirse.

Hasta el detalle final es característico. Es muy frecuente el que ciertos ensueños acaben por la nota cómica de ver al protagonista de la fingida escena con una de esas salidas de tono verdaderamente curiosas, tal como lo fuera la de la petición de dinero para la señora

Dulcinea, con prenda pretoria, por supuesto.

En ella, como en todo, se admira la poderosa intuición de Cervantes, que parecía eliminar los resortes de todas las técnicas, aun las de aquellas que en su día no eran conocidas. Por eso se dice con acierto que supo anticiparse a su edad.

Tal hacen siempre los genios verdaderos.

LA ORACIÓN EN EL HUERTO Y LA NOCHE DEL ESPÍRITU

Es el momento más sublime del Justo en su Pasión. Ni la crucifixión misma le resulta comparable.

Ha celebrado Jesús la cena, y dado a sus discípulos su cuerpo y su sangre, pues que les ha concedido los divinos dones de su celeste doctrina. Ha llenado de hieles la copa del dolor, descubriendo la humana perfidia en su discípulo y la carnal levadura del egoísmo de los que, faltos de valor, pronto le van a negar, y se encamina más allá del torrente del Cedrón, al Monte de las Olivas.

La noche, una de esas serenas noches de Palestina que en el mundo sólo hallan similares en las de España e Italia, está tibia y en calma; la brisa occidental agita apenas las hojas de los olivos de Getsemaní, cuyo plateado sombrío apenas si contrasta con los oscuros tonos de los cedros del torrente a los dulces rayos de la luna, próxima a su plenitud. El humano silencio que reina sobre la ciudad y su campiña desolada, permite escuchar ese himno gigante que, en octavas muy inferiores a las que puede percibir nuestro oído, entona la naturaleza en las fecundas noches de primavera. Todo lo físico está en calma, nada turba las armonías del ambiente; la serenidad reina hasta sobre la frente de Jesús, avanzando con paso majestuoso entre sus dormidos discípulos en busca de ese oscuro rinconcito terrestre donde, a solas, consigo mismo y con el Padre, puede percibir los latidos de esos órdenes superiores regentes de la naturaleza.

Pero sobre tal apariencia externa de tranquilidad mentida, su gran Espíritu sufre. ¿Sabéis concretamente cómo y de qué manera sufre un espíritu? ¿Quién no ha llorado alguna vez sin lágrimas materiales, o sea *por dentro*, no puede comprender, poco ni mucho, las amarguras del Hijo del Hombre, vencedor de todas las pruebas y que, sin embargo, vacila, tiembla, gime y hasta suda sangre por todos los poros de su cuerpo, bajo la agonía de su alma titánica, que sufre la brutal inercia de una horrenda carga de culpas ajenas en medio

de una naturaleza impasible, huérfano casi hasta de la propia misericordia divina. Tal es el símbolo del paroxismo en el dolor hiperfísico que el destino, aun inescrutable, parece guardar como funesto don para sólo sus Elegidos.

Es el dolor lento, continuo, que no halla eco en nada ni en nadie, como no sea para ser agigantado, de choque en choque, hasta el infinito; dolor desgarrador; más que desgarrador, neantista, frente al que son placeres los horrores de la pesadilla, y sueños gratos todos los corporales tormentos; dolor que no tiene más que un nombre: el de *Noche espiritual... ¡Eloi, eloi, lamma sabacthani? ¡Señor, Señor ¿por qué me abandonasteis?*, que Jesús dijo en su agonía.

Acerca de esta noche amarguísima, que tanto contrasta con la deslumbradora que los simbólicos Oficios del Sábado nos cantan, parafrasearemos a una insigne escritora inglesa, Mrs. Annie Besant, actual presidenta de la Sociedad Teosófica. Ved cómo describe semejante noche, clave de sublime iniciaciones para el espíritu. Nada nuevo hallarán, sin embargo, en la descripción muchos de vuestros asendereados corazones.

Es la *noche espiritual*, sombra de desaliento que desciende sobre nuestro corazón y nuestra mente, y nos envuelve en su velo sombrío, borrando todos los recuerdos de la paz anterior, y todas las esperanzas de futuro adelantamiento o consuelo. Así como cierta densa neblina se esparce por las grandes ciudades, penetrando en sus rincones todos, haciendo desaparecer los objetos familiares, esfumando toda perspectiva, y convirtiendo en manchas indecisas las más brillantes luces, así la noche espiritual desciende sobre nosotros. Nada parece quedar entonces en nuestro derredor; el hombre está solo, aterradoramente solo; hasta su cuerpo desfallecido le abandona; no puede más; su espíritu agoniza y clama al Padre, tan inútilmente como Jesús... “Padre mío, ¿por qué me abandonaste?”

“Todos los puntos de descanso, que antaño tuviéramos en nuestra marcha, desaparecen; el sendero se pierde y desvanece en las sombras tenebrosas de la nada y del no ser; las antorchas que le iluminan y los seres humanos que nos fueran más queridos, aparecen cual fantasmas, que aquí y allá salen del seno de insondables tinieblas, nos codean un instante, y de nuevo desaparecen; encuéntrase el hombre poco menos que

perdido; una terrible sensación de aislamiento le llena, y a nadie ve a su lado, para atenuar la soledad. Las figuras humanas que le sonrieron, se han desvanecido; las humanas voces que le dieran aliento, permanecen mudas, y hasta el amor humano que antes le acariciara se convierte en una glacial emoción de horror. Sus amigos y sostenes se encuentran rechazados, lejos de él; ni una sola palabra que le anime llega hasta él desde el triste silencio.

“Si pretende avanzar, como el terreno sobre el cual debe asentar el pie es invisible, siente sensación cual de caída en un precipicio y un sordo bramido de olas, de incalculable profundidad, cuya lejanía inmensa intensifica el silencio, le amenaza con la destrucción. El Cielo le está oculto, así como la tierra; el Sol, la Luna y las estrellas se han borrado, y ni uno solo de sus rayos alcanza a romper la densa oscuridad. Cree encontrarse entonces como suspendido sobre un abismo sin fin y como si estuviese a punto de caer en el vacío; la llama de su vida parece vacilar en la tiniebla, cual si, simpatizando con la sombra universal, quisiese también dejar de brillar. El horror de la profunda noche se extiende en torno suyo, paralizando toda energía, aniquilando toda esperanza. Todo le ha abandonado al Hijo del Hombre. ¡No tiene donde reclinar su cabeza!

“El testimonio de los grandes místicos prueba que este cuadro no está recargado: no existen gritos de humana angustia, más amargos que los que nos llegan como queja desde esas páginas, en las cuales, almas nobles y sensatas, nos dicen agotaron sus pruebas sobre el sendero.

“Buscaron éstas la paz y se encontraron en medio del combate; la alegría y la tristeza fue su lote; la visión beatífica y la noche de las tumbas las rodeó. Que almas menores no hayan todavía sufrido la prueba y no crean en su posibilidad, sólo prueba que su hora no les ha llegado. Es natural, en efecto, que el espíritu, no evolucionado, se burle de la agonía que es incapaz de apreciar; del sufrimiento que aún no puede sentir, y que ridiculice como una debilidad las señales de una inquietud, cuyo menor ataque consumiera como a una brizna su decantada fuerza.”

Semejante agonía no es para ser expresada por el humano labio. Siempre exigirá los consuelos de los Ángeles como aquél que descendiera al lado de Jesús y con sus alas

refrescase su tristísima congoja. “Triste está mi alma hasta la muerte, velad y orad para que no caigáis en la tentación”.

Eso es lo que a través de su incomparable simbolismo nos enseña la Oración del Huerto, y que tantos llamados cristianos no han sabido comprender.

GOETHE Y SCHILLER

Alemania celebra estos días el Centenario de la muerte de Schiller³³, el genio que con Goethe compartiera la misión augusta de despertar al gran pueblo germano del siglo XVIII.

La filiación literaria de Schiller, *en lo humano*, hay que buscarla en Inglaterra, la cuna del romanticismo, que, como dice Otto Von Leisner, infiltró su espíritu antes que en los alemanes en los poetas de la Revolución francesa, y aun ea esos poetas más hondos, que en prosa resolvieran los altos problemas de la vida nueva: Montaigne, Diderot, Mirabeau, Voltaire y Rousseau, introductores de la levadura romántica en las nacientes ciencias de la Sociología, la Pedagogía y cuantas otras brotaran al fecundo aiento de la Revolución.

Habíase necesitado para ello pasar antes por los tristísimos tiempos de la lucha protestante de los treinta años y los cien años, los tan difíciles del puritanismo y de la revolución inglesa, los complicados del colbertismo de la fisiocracia y de la aparición de la Economía política, cuanto los exquisitos misticismos inspiradores del *Paraíso Perdido*.

Sólo con estos antecedentes eran posibles dos obras tan trascendentales como *Fausto* y *Los bandidos*.

Goethe, en el primero, simboliza todos los titánicos anhelos de nuestra época, anhelos muy propios del hermoso Ángel Caído, que se subleva contra todos los dogmatismos, falsas teúrgias, rutinas, temores o cobardías y, en una palabra, cuanto de gregario queda aún en la Humanidad.

La insaciable curiosidad científica de fausto, cueste lo que cueste; su deseo de eternas juventudes y sempiternas alegrías, que no se sabe a punto fijo en que consisten; su ansia, en fin, por lo desconocido, y la necesidad de investigarlo y dominarlo, sin traba alguna

³³ Esto se escribió en 1905.

humana ni divina, tienen en la epopeya aquella su acertadísimo símbolo. Con Fausto, la Humanidad se desespera; can Mefistófeles, la Humanidad se ríe, con sardónica risa, de todo lo rancio: hasta de aquel pobrete Satanás, el de los viejos y brutales estragos, siempre inferiores, sin embargo, al acero envenenado de la sátira ática, la sátira frívola de los inadvertidos desprecios hacia esos castillos inexpugnables de la tradición, que resultaran para ella de meros naipes hechos.

Schiller, en *Los bandidos*, canta el alma ignorada de los pequeños; los de sentimientos sublimes prisioneros en cárceles de barro; los de las víctimas de sociales injusticias; los de los fracasados idealistas que se tornan agresivos escépticos; los proscriptos sin causa; los malditos sin motivo; los abandonados, los calumniados, los tristes; los pobres y los caídos.

Con razón se lamentara el poeta de sus propias clarividencias increpando casi a la Primer Causa con aquellas singulares palabras de la más honda amargura: “¿Por qué me habéis concedido el triste donde ver en la ciudad de los eternos ciegos? ¡Arrancadme, llevaos pronto ese funestísimo don!”

Tamaña amargura ha sido la de todos los grandes hombres: por eso Newton se dolía en sus últimos tiempos de sus tristes anhelos diciendo: “Necedad fue acaso la de dejar mi tranquila vida por correr tras la sombra y el misterio.”

No es, pues, extraño que los grandes románticos se refugien y pongan a salvo de la ola de la vulgaridad buscando lo pequeño, lo abandonado, lo mísero, lo último en todo, noble anhelo de los corazones magnánimos que, cual el de Víctor Hugo, luego cantara a la araña y a la hormiga pequeña y pobres entre los seres pobres y pequeños.

Es el único modo, sin disputa, de hallar paz y solaz en la existencia; de verse en la escondida senda ponderada por todos los místicos sin ortodoxias; de apartarse de esa gran vorágine de egoísmo humano que busca siempre lo primero en todo, para trocarlo en carne, que es polvo, nada y ceniza.

LA VIDA URBANA Y LA CAMPESTRE

Se han cantado en todos los tonos por higienistas y poetas las excelencias de la vida campestre. No hay para que repetirlas pues. Las de la ciudad nos son también harto conocidas.

Pero la Psicología no ha penetrado todavía en el problema con aquel ardimiento que en otras cuestiones la caracteriza, para depurar cuál de dichas vidas sea la preferible.

La Humanidad ha sentido, sí, la poesía bucólica; ha palpitado con las ternuras de Anacreonte y Teócrito, como tiempos después con los ritmos de fray Luis de León y Mirademescua, y hoy con las sabrosas remembranzas de Gabriel y Galán, o con las exuberancias del genio musical de Wagner en sus *Murmullos de la selva*, y de Mendelsshon en su *Sueño de una noche de verano*.

No ha precisado, sin embargo, bastante en el problema, y las más de sus ponderaciones son hijas de la rutina.

Dos vidas radicalmente distintas, en efecto, brindan al hombre, a porfía, sus deleites: la de la ciudad y la del campo; la de la corte y la del cortijo. Son, en suma, los respectivos representantes del Arte y de la Naturaleza; los dos aparentes rivales del sublime armonismo que al hombre caracteriza.

Hermoso es el campo, con su aire puro y con sus brisas; con sus auroras llenas de gratos renaceres, y sus frescas mañanas olorosas, y sus horas de calma de la siesta, y sus caídas de tarde impregnadas de dulcísimas melancolías. Cielo azul o tachonado de estrellas, o suavemente bañado por la misteriosa luz de la Luna; árboles, verduras, aguas corrientes de purísimos cristales, pájaros, flores, insectos de mil clases, caramillos pastoriles, zagalas y zagalas, eras, sementeras, vendimias, apriscos y majadas, todo desfila en nuestra imaginación con los perfiles de lo cien veces cantado y mil veces sentido.

Pero la ciudad también tiene sus excelencias indiscutibles. Es ella el centro de nuestras labores y nuestros anhelos. Su vida intelectual activa y de placeres nos atrae con seducciones que a algo natural y lógico responden sin disputa. De ella, y no del campo, es de donde los grandes inventos y las grandes revoluciones redentoras de la Humanidad salieran.

Al campo, la Agricultura; a la ciudad, el Comercio y la Industria.

El hombre, frente al problema de si campo o urbe, es, cual en todos, el eterno niño. Cuando está en la una, anhela vivir en el otro, y viceversa.

El mentalista envidia por eso la tranquila paz, más o menos aparente, del rústico aldeano, y este emula, no menos, las comodidades, a veces discutibles, de que disfruta aquél.

Frente a la inmensa falange de los encomiadores de la vida campestre, desde el higienista y el vate hasta el hombre de negocios agrícolas que se da trazas a sacar de la madre tierra ciento por uno, se halla la no escasa de adoradores de la ciudad a todo trance.

Cuéntanse, entre ellos, los discutidos modernistas, que prefieren la flor que elabora el Arte a la que cría Naturaleza; los infinitos matices de bohemios adoradores del rincón obscuro, de la mujer tapada o misteriosa, de la orgía, del peligro urbano, con todo su séquito de refinados placeres, infinitamente superiores para ellos a cuanto pueda suministrar la segunda.

Los hastiados de la vida son, en gran parte, enemigos de los inenarrables tedios del campo en los días de frío y nieve, lluvia y ventisca, calor y tormentas, y en las noches negrísimas aburridas e insufribles del invierno inacabable.

No pocos pensadores profundos, hombres de abstracción y de labor, se suman a estos últimos, pues el campo les distrae y molesta las más veces en sus tareas de dioses. Gustan, cuando más, de los descansos temporales de aquél; pero no de su vida continua, que les priva del Ateneo, de la Academia, del Club o del periódico y la revista. Así, frente a un poeta de la Naturaleza, cual los antes citados, surge siempre un Campoamor o un Goethe, para quienes una sátira, una lágrima o una sonrisa, un ligero ademán o un gesto de los tan

corrientes en la vida culta, valen infinitamente más que todos los portentos de la existencia campesina; y cuando van ellos a la aldea, sólo la hallarían hermosa, al decir de éste, a condición de que no tuviese ni aldeanos ni aldeanas.

En cuanto a nosotros, que hemos gustado con sibarítica delectación los placeres de entradas opuestas vidas, tenemos formado criterio. Son ellas la diestra y la sinistra del existir, el pro y el contra, el más y el menos, la luz y la sombra de todos los problemas, y, por tal motivo, no puede preconizarse en absoluto ni la una ni la otra. Sus ventajas y defectos recíprocamente se complementan, y el único modo de gozar de entradas vidas es el famoso proceder de “una de cal y otra de arena”, que si el cerebro fatigado demanda campesino y silencioso descanso, también el cuerpo ocioso del que dormita cabe la parra o la encina, en el pico de la montaña o a la orilla del arroyuelo, precisa, para su mejor vivir, del tónico excitante de las ciudades, ya que, ni el hombre integral vive sólo de pan, ni es todo espíritu sino Don Quijote y Sancho en una sola pieza.

Nuestra era, a diferencia de las anteriores, carece por su dicha de leyes y principios fijos. Nada es verdad ni mentira, bueno ni malo, oportuno o importuno, sino que depende todo de la recta aplicación que se haga de ello, pues el veneno, el alimento y la medicina no tienen más fronteras que las del adecuado oportunismo de sus aplicaciones en la vida.

La afinación más exquisita se nos impone, pues. Esa que, cual el que nos ocupa, amasa y pondera todos los contrarios, en una justa, varia y adecuada medida.

JUEGO Y MUJER, NAVAJA Y VINO

Imposible urbanizar las ciudades sin antes urbanizar los hombres. Dentro del complejo sintetismo de la vida son solidarios la moral y lo físico.

Poned los amables moradores de nuestras *Injurias* y *Cambroneras* en los barrios de Salamanca o Pozas, o los apaches de Asnières en el barrio del Trocadero, o los *destripadores* de Withchapelle, en Picadilly. La fisonomía de aquellas casas-palacios, de aquellas calles que respiran progreso, que sugestionan con la armonía de sus líneas, cambiará para convertirse en basureros, garitos, lupanares y antros. ¿Por qué? Por la eterna influencia eficiente de lo moral en lo físico que antes apuntáramos.

La campaña higiénica, embellecedora, que hoy realiza toda la Prensa, me parece a veces, pese a su elevación, una elegante manera de perder el tiempo. No se leven los frutos.

Líbreme Dios de tener otra cosa que alabanzas para ella; pero seamos prácticos, y no olvidemos que las pasiones bajas no se combaten con la razón tan acabadamente como con las pasiones nobles..., *similia curantur*, que diremos como los homeópatas.

¿A quién no le ha ocurrido en su vida echar amplio sermón a un vicioso amigo, para que este, retirándose *convencidísimo*..., vuelva en el acto a las andadas?

Doloroso es confesarlo; pero en la condición semianimal, semidivina del humano microcosmos, influye, más que la convicción, el sentimiento, y más que la razón, las pasiones; todas, como dice sabiamente nuestro Balmes. Por eso se impone un cambio de táctica, con más probabilidades de triunfo.

Nos ha sugerido estas reflexiones la lectura de la reciente Real orden de Gracia y Justicia, encaminada a reducir, en lo posible el número de sumarios incoados por lesiones y homicidios, respecto de los que adjudica la estadística. Mucha mayor proporción a la ciudad que a la aldea.

Ha querido, con buen acuerdo, el ministro que se persiga y castigue mejor la

embriaguez, que se hagan cacheos minuciosos de las armas prohibidas, que en los procesamientos se adjudique la debida ponderación a la conducta del enjuiciado.

Esto sería práctico, *si se practicase*. Esto es laudabilísimo.

Juego y mujer, navaja y vino son los agentes morbosos en la etiología patológica del 90 por 100 de los delitos.

Capítulo aparte merecerían las relaciones estrechas de causalidad entre la neurastenia y el juego. En cuanto al capítulo de la mujer hay tanto que decir, que nada por ahora diremos. Mucho de ello podrían ver nuestros lectores si les mostrásemos las conclusiones relativas al instinto sexual formulado en el Congreso de Lieja con ocasión de “la infancia en la familia”.

Entrambas pasiones son patrimonio de todos, su germen por lo menos. Bajo cada mala capa se oculta el mejor de los jugadores, o el tenorio más empedernido. La navaja y el vino, en cambio, parecen triste herencia de las clases humildes..., que las llamadas superiores harto tienen ya con el florete y el coñac de las tres estrellas.

¿Por qué de la navaja? ¿Por qué del vino? —La una, por analfabetismo, el otro, por vacío del alma al par que de estomago.

Si no se instruye y se educa —educar es más que instruir—, ¿qué tiene de extraño que, sintiéndose el hombre fiera, fíe al matonismo 10 que fiar no puede a una razón cretina? Al hombre culto su inteligencia le defiende; al pobre hermano nuestro del arroyo, valgan verdades, sólo le defiende la navaja.

Por eso la usa.

Siempre que veáis una enfermedad social o física, no la tratéis de un modo sintomático. Perdéis el tiempo. Remontaos a las causas morbosas y combatidlas. La grandeza del pueblo inglés no estriba más que en eso.

Con el vino acaece lo mismo.

El hombre, eterno niño, busca instintivamente consuelos a sus penas más hondas y diarias. Primero, en sus padres; luego, en su mujer, en sus amigos, y, finalmente, en la

meditación y el estudio; pero el miserable del arroyo carece casi siempre de estas medicinas psíquicas.

Por eso delinque.

Tiéñese al vino, entre ciertas clases, por un consolador inmejorable, y sería así si en la Ley Natural no estuviese escrito una especie de *si vis me fiere*, de Horacio, que da al amor, a la ciencia, a la ilusión, al trabajo, al ensueño y a la muerte el papel sagrado de consoladores únicos. Las clases inferiores, privadas todavía de los hígidos vigores de la mente, precisa de andadores pasionales buenos que sustituyan a esotros andadores funestos.

Estas clases *no comen*: al exigírseles, pues, un trabajo rudo *cual si comiesen*, la ley de la ponderación fisiológica les hace apelar al vino por instinto, porque los alcoholes tienen la propiedad, preciosa en terapéutica, de aumentar en proporción de uno a siete nuestras fuerzas orgánicas...; pero ¡ay! solo por un tiempo muy breve, tras el cual viene la compensación reciproca, y las fuerzas orgánicas caen con una baja como de catorce es a uno. Entonces se vuelve al alcohol, y ya por necesidad casi. He aquí la etiología orgánica del vicio de la bebida.

Ya lo sabéis, pues, sofisticadores de alimentos, abastecedores sin alma, hombres peores que hienas, que con la sangre humana comerciáis. Los hombres que estamos ya *despiertos* os acusamos a vosotros de todos los crímenes del vino. También os acusamos a vosotros, políticos, que tal consentís. No os disculpéis con el fatal *estado de cosas*. No se os dice que podáis o no, sino que si no podéis remediar este estado de cosas, debéis dejar el puesto a los capacitados. Y la mayor acusación para ti, Prensa amiga, que haces *truts* para todo y no lo haces contra la publicidad detallada del crimen, sugerición moral la más terrible para estómagos vacíos y mentes empobrecidas. No hay que dudarlo. Dentro de la humana solidaridad, todos, por partes infinitesimales, somos responsables de los delitos.

LA NEURASTENIA EN LAS GRANDES URBES

La triste y funesta neurastenia de las ciudades, como el cólera de las riberas del Ganges, la disentería de los países tropicales, o la caquexia palúdica de la zona meridional de Europa, es un azote fatal contra el que pueden poco siempre los esfuerzos de la ciencia.

Su acción, como la de todos los venenos orgánicos, es lenta, insidiosa, continua; su complejidad pone a prueba a los talentos médicos más exquisitos: su forma es la de todos los proteos, vaga y confusa; su etiología abarca, a no dudarlo, cuanto en el hombre existe de más exelso, al par que de más mísero; su resultado final, como el de la epilepsia, el de la histeria, el de todas la afecciones nerviosas, es ¡ay! harto cruel y por todos conocido.

No vamos aquí a desarrollar una disertación médica acerca de esta enfermedad, mal comprendida, que ciega las fuentes más puras de la vida; vamos a indicar tan sólo algo de sus proteísmos desde el punto de vista sociológico, dentro de las consideraciones a que en higiene integral se presta ella.

Por encima de cuanto sobre la neurastenia nos enseña la Patología, resalta el carácter típico de tamaña enfermedad: la degeneración orgánica, bajo el peso de un sistema nervioso descentrado de sus naturales funciones, merced a la nefasta influencia de las grandes aglomeraciones de seres vivos que en las urbes se hacinan dentro de exiguo perímetro, cual en lecho de Procusto.

Siendo la necesidad de respirar la más esencial de cuantas presenta nuestra vida, comenzaremos por un paralelo entre el aire de las ciudades y el del campo. A buen seguro que pocos hombres cultos han parado mientes, como es debido, en el *balance* que vamos a hacer.

Nadie ignora que la composición normal del aire es en volumen y en números redondos de 78 centésimas de *nitrógeno*, una de *argo* y 21 de *oxígeno*, o en peso, de 16, 1 y 23, respectivamente. Tal es el *aire ideal* de la *isla de Robinson* o de la cumbre solitaria de la

montaña; el aire de cualquier población, como Madrid, es alga dolorosamente harto distinto. Enumeremos de pasada las causas en ellas más salientes de empobrecimiento del oxígeno.

Imaginaos primeramente que reunimos en un lugar todo el combustible que Madrid quema en un solo día de invierno. Su millón de habitantes, agrupados en más de cien mil hogares, no queman en sus hornillas y chimeneas menos de un quintal de carbón por semana, o sea de 5 a 7 kilogramos por día, lo que nos da bastante más de medio millón de kilogramos para el cotidiano consumo. Pues bien; este medio milloncejo, casi todo de hidrocarburos, se lleva ya, ¿quién lo diría?, más de un millón de kilogramos, o sea casi 1.000 toneladas métricas *de ese mismo oxígeno gaseoso que, al parecer, tan poco pesa*, en forma de anhídrido carbónico o del venenosísimo óxido de carbono.

Por de contado, que no van en nuestro balance más que *las cocinas*; pero no son ellas solas los aparatos de urbana cremación, y no hay que olvidar para la cuenta los hogares de fábricas y locomotoras, los millones de bujías y mecheros que se encienden por la noche, los cigarros que se encienden... en todas partes y a todas horas, en una palabra, todo combustible.

Unos y otros son insignificantes bagatelas ante los hornos por excelencia: los seres vivos. Cada vecino o hijo de vecino quema al día del carbono de sus tejidos lo bastante para producir su medio metro cúbico de anhídrido carbónico, gas que, para que no sea pernicioso, ha de estar diluido en unos 500 metros cúbicos de aire puro, según químicos y fisiólogos, lo que para el vecindario *humano* de la corte pide nada menos que 350 millones de metros cúbicos del divino fluido al día.

¡Qué no agregar ahora de aire para los demás habitantes no humanos de nuestra urbe! Coged *el censo* (si lo hubiere) de caballerías, ganados, perros, gatos, y haced vosotros otra cuentecita análoga para su consumo de oxígeno, en la seguridad, además, de que olvidareis lo mejor, tales como los pájaros; insectos sin numero, flores, etc., quienes también reclaman su lote de oxígeno, y si, por fortuna, sois químicos, os detendréis aterrados ante la realidad enormísima del verdadero consumo invisible del preciado gas, a saber: el de las bacterias de los excrementos mal hacinados, pero palpitantes de la vida

aerobia en letrinas, urinarios y alcantarillas; el de las fermentaciones de otros líquidos y sólidos orgánicos, cual las heces de los vinos, los estiércoles de los establos y cuadras; los productos de carnicerías, pescaderías, fruterías y demás establecimientos; los de cadáveres, no sepultos, de ralas y otros animáculos microscópicos o macroscópicos; las pestilencias mil de los hospitales y enfermos, cuarteles, casas de vecindad, etc.; las fermentaciones sin cuenta de todas las industrias; la vida entera, en fin, de la gran dudad, cambiando, por leyes familiares a la química, el oxígeno sagrado, en infinitos seres y productos que le fijan, desde el hierro de los almacenes hasta el pan que nos sustenta, desde la minúscula pulga hasta el animal más corpulento, y desde la iglesia consagrada a Dios hasta las más recónditas sentinelas del vicio.

Os hago gracia, lectores, del resto del paralelo relativo a la parte más triste de toda vital respiración, empezando por el óxido de carbono, la azulada llamita típica de los braseros, y acabando por esas cosas raras de nombre, como diarias de presencia, que se llaman gases sulfídrico, sulfuroso, cloro, amoniacos, indoles, escatoles, thiofenos, etc., que el vulgo sintetiza con el gráfico mohín de los *malos olores*. No es, pues, el mayor daño el que de la perdida o consumo del oxígeno resulta, sino el que proviene de estas substancias deletéreas, resultado odioso de nuestros misérrimos vivires de bestias más o menos razonadoras; el daño mayor se cifra precisamente en ellas: el sulfídrico mezclado en proporción de 1 a 200 de aire, mata a un caballo, robándole el hierro de la sangre, y por el óxido de carbono ocurre otro tanto con el oxígeno de nuestro organismo.

Nos apartaremos de este cuadro de horrores para deducir una conclusión ciertamente cruel, pero salvadora: la de que si el volumen centesimal del oxígeno del aire se reduce en las poblaciones, por todas estas causas, del 21 hasta el 19, o sea un 2 por 100, esto equivale, en buenas matemáticas, a lo Humbugman o a lo Cavia, al mismo resultado orgánico que si en la ciudad dejásemos prácticamente de respirar media hora cada día, o en otros términos, si se nos redujese la ración de comida –comida y respiración es lo mismo, ya que el primer alimento corpóreo es el oxígeno– en proporción de 19 a 21.

¡En esencia, media hora sin respirar al día, quince horas al mes, ciento ochenta horas al año! ¿No es verdad que esto es grave, señores? Las consecuencias resultarían, pues, de

muerte inmediata, si no fuese por el papel salvador de los vientos, las aguas y los demás agentes naturales. Pero ellos, en realidad, no bastan; nadie, en efecto, estaría tranquilo sabiendo que le ronda un asesino, por más policía que le vigilase, pues la policía, como la Naturaleza y como Homero, puede dormirse un día.

Vengamos ya con estos datos previos al estudio sociológico de la neurastenia, la enfermedad que también pudiéramos llamar, usando de una licencia médica, *anemia de oxígeno, anemia psicofísica, o genuinamente anemia sin adjetivos*.

El aire de las ciudades es pobre y mortífero; pero esto no es todo: el problema es más de conjunto. Toca ahora el turno a los efectos fisiológicos de la luz y del color.

Empieza a darse en el *arts medicatrix* la debida importancia a los colores espectrales. Sábase ya que los colores vecinos al rojo –los de mayor longitud de onda– favorecen las oxidaciones, y los violetas –de menor longitud– determinan, en cambio, reducciones, siendo, sin embargo, oxidantes para las sustancias orgánicas, según los admirables trabajos fotoquímicos de Bunsen, Roscoe, Eder, Namias y otros muchos.

Al actuar, pues, los colores campestres –el verde de las plantas, el azul del cielo, y acaso cierto ultravioleta, cuya existencia en la atmósfera no se ha puntualizado pero que evidencian ciertos fenómenos nerviosos– sobre la red nerviosa que yace bajo nuestra epidermis constituyendo, por decirlo así, un segundo sistema periférico esencialmente ligado con el interno o céfalorraquídeo, se produce una oxidación compleja, general e interna, una combustión mal estudiada aún, merced a la luz del ambiente y concomitante con la mayor oxidación sanguínea derivada del oxígeno campeste.

De aquí que el campo sea un excitante incomparable de toda la economía, y al par el sedante mayor que se conoce contra los nervios excitados y desequilibrados del neurasténico.

Alguien ha llegado a decir que el azul del cielo es capaz hasta de calmar una fiebre; pero sin exagerar tanto, es ya un hecho demostrado que el ha sustituido con ventajas inmensas a la maldita camisa de fuerza de los locos. Llega el demente al manicomio, le sobreviene el acceso y cuando, enfurecido, está dispuesto a romper con todo y contra todo, hétele aquí

dejado en libertad de correr por el campo, por donde emprende, cual potro cerril, desenfrenada carrera... El cansancio, la acción del sedante natural, pronto y sin violencia le dominan, y el pobre orate párase, al fin, y queda embobado, extático, contemplando el azúreo cielo..., que, dentro de su insano delirio, siempre fuera verdad para el loco, como para el Océano, aquello de:

“Dios al fuerte mar enfrena
con muros de leve arena” ,

que dijo nuestro Martínez de la Rosa.

Si las radiaciones del lado del violeta reducen a gran número de sales halógenas, oxidan el anhídrido sulfuroso, haciéndole pasar a sulfúrico más azufre, descompone a no pocas sales y óxidos de hierro, cobre, mercurio, plomo y urano, ¿que maravilla el que ejerzan intensísima acción, todavía inestudiada, sobre el organismo? En cambio, el rojo es un hecho que excita las pasiones humanas, gusta con exceso a todo aquel cuya parte moral no se halla bastante evolucionada; es el color predilecto de las tabernas y de otros cien sitios *pasionales*; excita la ira y acometividad del toro y del populacho, cual excita –joh sublime ley de las analogías fisiológicas!– la afinidad del cloro por el hidrógeno, y determina, más que ningún color espectral, importantes fenómenos caloríficos en química, en fisiología y en el tratamiento de todas las enfermedades cutáneas, según gran número de autores.

Una acidificación intensa de todas las sustancias de nuestro organismo es el resultado fatal de nuestros vivires. El ejercicio de nuestras mociones y sentidos descompone en la célula nerviosa las lecitinas, neurinas y protagones con formación de enorme cantidad de ureidos y ácido úrico, que se deposita doquiera, causando pronto estragos, si una reparación bien combinada no los elimina, por el riñón o por la piel principalmente. Estos ureidos envenenan por igual al nervio, a quien fatigan y esterilizan; al músculo, a quien predisponen para la gota y la artritis; al estómago e intestino, que, privados de adecuada oxigenación, determinan fermentaciones anerobias y anormales, generadoras de venenosas toxinas. Falto así el cuerpo todo de higidez, resbala insensiblemente por la pendiente morbosa: en hombres de vida animal, el primero en resentirse es el vientre, pese

a todos los purgantes y todas las persales medicamentosas que se le administren: en el de vida más espiritualizada o *movida*, es el nervio la primera víctima, con lo cual aparece el proteo de la neurastenia.

Nacido el hombre para la vida de la Naturaleza y para el estado hígido, sus mal estudiados elementos psíquicos resientense en seguida ante la perturbación del nervio que constituye su órgano mediador con el mundo objetivo. Falla del contrapeso de la realidad normal, viene la superexcitación de la fantasía con sus sueños dorados de bellezas y realidades perdidas y con sus nostalgias, acerca de los tiempos pasados, a lo Jorge Manrique. Suéltase el freno de los deseos locos, de los anhelos mórbidos de excitantes naturales que el alcohol y el tabaco suministran, sobrevienen las ansiedades del juego y el lucro, las perversiones sexuales, el suicidio por el opio y el aschich, o el otro suicidio propiamente dicho, cual si el espíritu desease escapar pronto al envenenamiento lento que le amenaza y, perdidos los hermosos paraísos naturales de un cielo azul, una verde campiña, un baño de sol, un panorama de innumerables estrellas, un coloquio amoroso y mudo, en fin, con la Naturaleza redentora, se buscan y hallan pronto esotros “paraísos artificiales”, en mala hora ensalzados por Baudelaire, y que, a la luz del sol en el meridiano y de la inteligencia en sus culminaciones, no son otra cosa más que obscuridad, dolor, muerte y mentira..., una criminal ganzúa que traiciona la puerta del Misterio, esa dantesca puerta que sólo abrirse debe a la virtud y a la ciencia, aunadas en noble convivencia con la madre Naturaleza.

DE RE SOCIOLOGICA

Bajo los balcones de mi casa hay unos cuantos arbolitos *mártires* que brotan tímidos en primavera, se secan en verano y sus hoyas, para plantar otros arboles sucedáneos, son de nuevo indefectiblemente abiertas por cuenta del Municipio, quien incurre así, al cabo de los siglos, en la triste necesidad de Penélope, cuando eternamente destejía la tela que tejiera ... También debajo de mis balcones existe un colegio.

Lo que entre los colegiales y los arbolitos sucede ya lo podéis colegir, pues que lo veis a diario. Éstos pagan los juegos de aquellos, y semejante gimnasio al aire libre no sale, en verdad, excesivamente caro: unas 40 pesetas que cuesta al año cada replantación. Un local alquilado para tamaños recreos infantiles costaría muchísimo más y... no sería tan higiénico.

Sigan, pues, el juego, las replantaciones, las protestas o no protestas, ya que la vida es vana y fugaz, pero hagamos algunas reflexiones sociológicas sobre el asuntejo.

Una escuela filosófica profunda, no se si determinista o ultralibérrima, dice que cuanto sucede, bueno o malo, debe indefectiblemente suceder, merced a la ignota lógica de los hechos, que es una lógica natural superior a la lógica humana, siempre sectaria y cretina. Dicha escuela hallar puede notoria comprobación de sus principios en el hecho de *autos*, en apariencia tan sencillo, y tan complejo en realidad.

Pensando a la ligera se nos agolpan a los labios las quejas consabidas de que las autoridades velen mejor por el arbolado, que la policía vigile, que los maestros y padres enseñen el respeto al árbol, que clamen los higienistas contra el abuso, etc. Pensando más despacio, el problema ya es otro, y viene a herir en la llaga misma de la vida irracional de Madrid, como de todas las grandes urbes. Además, las medidas autoritarias y las coacciones legales, son a la manera del tratamiento sintomático de las enfermedades, *obran por fuera y no curan*. Ninguna ley ni reglamento nos puede hacer, en efecto, amar

lo que no amamos, e instruirnos sobre lo que queremos ignorar.

La Naturaleza exige que los niños jueguen, y los niños por fuerza tienen que jugar; pero ¿dónde ha de ser ello?

No en la escuela, porque allí hay que estar quietos, sentados seis horitas diarias sobre el *banco de la paciencia*, dirigiendo textos insolubles a los ácidos mentales cuanto a los álcalis del sentimentalismo.

No en el arroyo, porque hace calor o frío, o llueve o nieva, y además la calle hemos convenido que es sólo para transitar par ella.

No en las casas, estanterías humanas, lóbregas, infernales las más de las veces, donde los niños además pueden romper los mil chirimbolos del tocador, las sederías de la sala, la vajilla del comedor, los pucheros de la cocina o los cristales de los balcones.

No pueden jugar tampoco los niños en el taller, ni en la iglesia, ni en el café, ni en el teatro, ni, en suma, en *ninguna parte*.

Pero como la Naturaleza, pese a la prohibición, les ordena jugar bajo pena de muerte, juegan de matute allí donde pueden, por ejemplo, en el paseo y con los arbolitos, *únicos objetos asibles que en el paseo existen*. Pese a la higiene, pese al alcalde, pese a la estética, a la urbanización y a las propias reprensiones que les dirijo, en el fondo de mi corazón, les perdonó, pues. Vale más que un árbol, un niño.

Mas, aunque les perdone el hecho, en si resulta abrumador, con esa lógica dilemática que la sabia antigüedad simbolizase en la fábula de Scila Caribdis. Si se permiten los juegos en la calle, mal para el árbol como para los transeúntes; si se prohíben, mal para el niño. El producto o razón inversa entre ambos factores, que diría un matemático, da siempre una constante fatal cuya acción hay que eludir.

A primera vista creeríase —esto es muy corriente en nuestros misoneísmos nacionales— que Londres, New-York, París, tenían resuelto el problema infantil; pero lejos de ello, a diario se oyen quejas altruistas en pro del niño, semejantes a la presente. Además, el yerto y venenoso mentalismo, hijo unigénito de la raza anglosajona que hoy domina al mundo,

se va ya convenciendo de que la gimnasia tradicional de pesas y paralelas, orgullo del pasado siglo, dista mucho de desenvolver el sintetismo muscular, nervioso y orgánico, en una palabra, como los juegos espontáneos infantiles. Los parques, las playas, los *foot-ball* y otros recreos salvadores, se van poniendo por eso a la orden del día.

Pero el niño no puede pasar el día entero en semejantes sitios, y con ellos como sin ellos, el hogar ha de ser por fuerza el centro de sus juegos y estropicios. Ved por dónde surge una vez más la demostración de la necesidad absoluta en que nos hallamos de cambiar nuestros vivires, empezando por el hogar mismo. Humanos corderillos los niños, la lengua francesa, de tan felices atisbos, a veces designa bajo el nombre genérico de *ferme* al cercado agrícola, al redil de corderos y a ciertas escuelas progresivas para los niños. La casa romana, sin medianerías con nadie, pues que todas tenían jardín; la casa griega con sus peristilos; la choza germana en la selva o en la vega; la casa solariega tradicional, junto a la plaza publica de los sempiternos juegos infantiles tenían resuelto aquel problema, cada una a su manera, ese mismo que van resolviendo no más que a medias los pueblos cultos, y que en nuestra bendita *Villa y Corte* se resuelve por si mismo en daño de las arcas municipales, como de la higiene y de la estética.

Aquí encaja como anillo al dedo una disertación extensa sobre las ventajas del hogar independiente. Quédense ellas, en buena hora, para sazón más oportuna.

Nuestros cultos lectores, además, no lo ignoran, puesto que lo están viendo todos los días.

HOGAR Y ÁGORA

COMENTARIO “A DIE KUNST IN HAUSE”, DE BUSS

En estas dos palabras, que casi son anagrama una de otra, se encuentra un problema sociológico de primer orden: el de las razas del Norte o anglosajonas, eslavas y tártaras, y el de las del Mediodía, árabes, iberas y grecolatinas.

Nuestros lectores deberían hacer par saborear las dulcedumbres del trabajo de referencia, trasunto fiel del *home* inglés y en el que se nota poderosamente la influencia de Ruskins.

Pero séale lícito al traductor hacer un comentario en descargo de su conciencia.

Muy en su lugar ese hogar ideal de Buss, en el que “todo lo que es bueno, todo lo que es bello y verdadero, todo cuanto es artístico, hallase allí como en casa propia. No os escandalicéis, sin embargo; si os prevengo contra el mayor peligro de tales hogares, a saber: *el de la felicidad egoísta*.

El *home* ha hecho egoístas a muchos anglosajones en un grado tan superlativo, que ha transformado a cierta parte del pueblo Ingles en “el animal más grandioso del planeta”, al decir de un amigo mío.

Descartada la dureza de tal frase, queda en ella un fondo de verdad abrumadora. Todo cuanto calor tiene por dentro el *home* británico, otro tanto tiene por fuera de frío. La solidaridad familiar o de radio corto, matar puede en el a la solidaridad humana, única digna de ocupar el primer puesto en los altares de nuestro espíritu, según aquel dicho famoso de “hombre soy y nada humano es ajeno a mí”, aforismo que jamás ha podido tomar carne más que en los nobles pechos del Mediodía; en los creadores del ágora, el *home* de todos, el recinto público donde todo se aquilata en holocausto al bien común, mejor o peor entendido.

Quién por esto nos creyese enemigos del *home*; nos calumniaría. Lo que hay es que la

primera mónada social es el hombre; la familia, la segunda; la tercera, la más grande, es nuestra raza, tribu, nación, pueblo o como quiera decirse; y así como la primera razón de estado para el hombre es la familia, toda agrupación familiar subordinarse debe en sus ideales y en su vida a los más complejos y perdurables de la *familia grande*, cuya felicidad es, sin embargo, la que menos nos preocupa.

Soy un admirador entusiasta del pueblo inglés. Para mi pobre patria quisiera muchas de sus virtudes: su laboriosidad, su carácter serio cumplidor de sus palabras, su respeto hacia el vecino, etc.; pero tengo el defecto de creer que las cualidades de la raza del Mediodía son incomparablemente más excelsas, siquier estén hoy dolorosamente anubladas por los vicios, que siempre hermanasen bien la desgracia y la hermosura.

Padecemos en los momentos actuales enormes extravismos. Las razas del Norte son señoras del mundo; su mentalidad, un tanto brutal, fría y hasta agresiva para todo sentimentalismo trascendente que llevarse no puede a las retortas del laboratorio, nos tiene a los meridionales empequeñecidos; casi todos desertamos de las santas banderas de nuestra raza y, en lugar de agradecérsenos, hacemos el papel más desairado del mundo, porque la secreta voz de nuestro ser nos llama, mal que nos pese, por contrario camino.

Para mi gobierno filosófico me tengo hecho un andamiaje; creo que el mecanismo de nuestro ser puede clasificarse así: 1.º, cuerpo físico; 2.º, fantasía; 3.º, mente o razón; 4.º, sentimiento, y 5.º, voluntad, y creo que los elementos de orden impar, son sajones, y los de orden par, latinos. Por eso, en lugar de envidiarles a aquellos lo suyo, querría llegar a tal altura que ellos me envidiasen lo mío, con aquella frase de cierto amigo británico de que “los españoles del siglo XVI son los ingleses del siglo XIX.”

Ignoro bienamente si padecemos o no en la época actual de grandes errores respecto de etnografía: si los llamados arios provienen del Himalaya, o si antes salieron del centro, o quizá del Norte de Europa derivados de una raza prehistórica archimentalista, cuya llegada al Asia se canta en el Ramayana hindú, ni si esas obscuridades del pueblo heteo tienen algo que ver con nuestra raza libio-íbera, guanche, cromagnona o atlante que nuestros antropólogos nos han descubierto para prueba de las teorías *meridionalistas* de Sergi. Lo único que sé es que, dentro del carácter y cualidades *more femenina* de los meridionales,

entran unos refinamientos sociológicos tan excelsos, que ante ellos resulta rudo e intolerable el frío mentalismo sajón, que, cuando busca por humana fatalidad calores sentimentales, caer suele en la más cursi de las sensiblerías.

Buss arregla a maravilla su ideal casita. Los cuadros, de este y de este modo; las cortinas y paredes, de este otro; aquí, tal mueble; allá, tal color; acullá, tal línea, para que todo sea artístico...; pero olvida que sin sentimiento, hijo del dolor y de las privaciones, no hay arte genial, o propiamente dicho. Si Inglaterra cuenta con todo ello, es porque se lo copiase a Grecia y Roma; pero si estos pueblos tenían *hogar*, ágora también tenían.

Los crecimientos morales de los hombres del Norte se operan por yuxtaposición, o de fuera a dentro; los del Mediodía por intususcepción, o de dentro a fuera. Por eso en estos es dura la *corteza*, y en aquellos el *hueso*.

He recorrido pintorescos alrededores de Londres, cuajados de casitas donde Buss no habría hallado nada reprobable; pero allí mi meridionalismo no ha visto sino tiranías: la del reloj, la del traje, la del *smoking-room*, la del *five o clok*, la de la *bonne* para los niños, la del criado, a quien –pues se le paga– jamás se habla sino para mandarle como a cosa, la del grosero *time is money*, en fin, al que yo opondría un *time is love and life*, “tiempo es amor y vida...” Al par que empezaba a entender el lenguaje de sus labios, me iba convenciendo que el de sus corazones en ciertos casos no le entendería jamás, a fuer de hombre del Mediodía.

Entonces más que nunca encontraba grata para mi alma la dichosa convivencia moral del pueblo nuestro que, se halle o no en la plaza pública, en una eterna ágora espiritual convive, hablando con amorosa sencillez el señor al lacayo, el jefe al mercenario, el grande al chico, porque dentro de altísimos destinos ultraterrenos que no son precisamente la algo fea “liberté, égalité, fraternité” de la Revolución francesa, *todos somos Uno*. Entonces soñé con otro hogar muy superior al británico: el hogar castellano antiguo, ya perdido o prostituido; el de *El Ama*, de Galan; el de todos nuestros poetas clásicos, el hogar del chocolate contra el té, el garbanzo contra el rosbif; el hogar futuro del Mundo cuando el fuego de la solidaridad social, despojado de escorias de incultura, haya fundido ese hielo del hogar egoísta.

Quien vea en estas líneas una critica hostil al *home*, es que está privado de ver hasta por tela de cedazo.

Quien pueda asimilarse, en cambio, el calor nacional que de ellas emana y tome en cuenta las enseñanzas de Buss, para mejorarlas con santa levadura ibera, ese es un verdadero *despierto*, capaz de vivir una vida *escultural*, si la frase pasa.

MADRID Y LOS NIÑOS

En Madrid hay dos plantas de invernadero: los geranios y los niños. No hablemos hoy de aquella malvácea que, con sus congéneres de rosales, claveles, nardos, jazmines y madreselvas, yacen entre los cristales de nuestras estufas durante las tres cuartas partes del año, sino de estas plantas humanas, de estos tímidos retoños del árbol de nuestra vida, criaturas que, nacidas para la existencia inquieta, exuberante, felicísima de la mariposa o el ave, parecen marchitar en agraz todas sus lozanías bajo los necios vivires de nuestro tiempo, en que la esclavitud moral de la ignorancia o la rutina nos mantiene aherrojados con fatal ergástula, tanto más cruel cuanto más invisible.

Sí. En Madrid y en no pocas capitales españolas y extranjeras, el niño es una creación artificial, por decirlo así, una hortensia de salón que apenas si puede salir adelante –y no siempre– a costa de sacrificios indecibles por parte de sus padres cuanto de médicos y maestros.

Padre... ¡Cuantos llevan este nombre sin merecerlo más que por el abolengo de un acto, en cierto modo, involuntario! Cuan pocos los que saben hacerse dignos de este nombre por sus actos de abnegación...! Y aun de entre estos últimos, ¡Cuán poquísimos los que conocen los resortes de la abnegación consciente y razonadora, que, libre de sensiblerías, pero empapada en ternura trascendente, estudia los problemas de sus hijos –empezando por el de la vida y la salud– con toda la amplitud integral que requieren la ciencia psicofísica y la moderna!

Va a celebrarse por estos días en España el aniversario de la muerte de Pestalozzi, el inmortal pedagogo suizo, creador, más que de la escuela para todos, como se ha dicho, de la ciencia integral del niño, gloria que comparte con Rousseau y con Proebel y por la que renunciara gustoso a los más altos puestos de su país. Bien venido sea este homenaje si de

el han de derivar prácticos frutos de los que tan en abundancia brotaran de aquel árbol redentor de los hombres del futuro: de los niños.

“En Madrid no se ama a los niños”, me ha dicho cien veces en los más doloridos tonos de altruista sincero mi ilustre amigo Tolosa Latour, y esto es una triste verdad, salvando los respetos a la falange de abnegados padres que días pasados viéramos abarrotar los bazares en vísperas de Reyes. En Madrid se ignora, como en tantas otras partes, lo que podríamos llamar mecanismo psicofísico de esa humana flor a quien abandonamos, esclavizamos, olvidamos o pervertimos, y lo más triste es que si en otros países de Europa suele pecarse por desvío o falta de cariño, nacido del régimen de las “fermes”, las “crèches” y las lactancias en la aldea, aquí, cuando no se peca de igual modo, se cae en el defecto contrario de irracionalidad y falta de cordura en el cariño.

¿De qué sirve, en verdad, que el padre se desviva por el porvenir literario o industrial de su hijo, si antes no procura hacerle hombre vigoroso y sano con una higiene integral, que tiene tanto de higiene médica como de higiene social e higiene psíquica? El invernadero continuo, ese de la casa siempre cerrada y sin ventilar, casa sin luz y sin sol, cuanto repleta de convecinos; el invernadero continuo de las seis mortales horas de escuela; el del paseo en coche o en tranvía; el del vagar por los sitios públicos donde andan siempre a la greña el polvo y los microbios patógenos; el del abrigo constante y por moda sin graduarle en función inversa de la temperatura y el ejercicio; el régimen mercenario de las *bonnes*, las amas secas y las institutrices, que, aunque recomendables, no pueden suplir con su celo *servil* el numen tutelar de aquellos a quienes la Naturaleza impusiese tamaños deberes...; ese invernadero constante, en fin, es el que hace tan artificial como artificiosa la vida de nuestros minúsculos *gatitos*.

Nos causaría horror un padre que negase el pan a sus hijos, y por rutina y cretinismo no nos causa horror análogo aquel otro padre que, pudiendo, no los proporciona esotro pan de sus pulmones que se llama oxígeno atmosférico, libre de las venenosas impurezas de las grandes urbes, según hemos demostrado muchas veces; ese excitante y tónico incomparable de los rayos del Sol; bajo las saludables auras campestres, entre infantiles deportes y gratos macizos de verdura del hogar novísimo que, por instinto, se aleja de los

grandes centros en demanda de los innumerables dones de la Naturaleza, la gran curadora y restauradora, la sin igual farmacia gratuita que da más solidez a los huesos y vida a los nervios que todos los lactofosfatos y emulsiones más o menos naturales como pobres sucedáneos de la medicación por la misma Naturaleza.

Libertad y vida son sinónimos en lenguaje filosófico. La una sin la otra, declina y agoniza. “El Hogar libre hace libre al hombre”, dice un proverbio que corre autorizado por toda Italia. Sí, pues, el niño en las ciudades, según también apuntáramos antes, no goza de la libertad propia de las exigencias de su dorada edad de ensueños y bullicio, ¿qué de extraño tiene el que su vida desfallezca y se marchite, gravitando con invencible inercia hasta su aniquilamiento, pese a los esfuerzos tan apasionados como inconscientes de sus equivocados padres?

Estudiando lo que es el niño en sí, antes de analizar las exigencias de su compleja psique en función del hogar libre e independiente, cabe preguntar:

¿Qué es el niño? ¿Es una larva humana? ¿Es un hombre en agravio? ¿Es algo distinto del hombre maduro?

Tales preguntas, hasta aquí no formuladas por la pedagogía, envuelven un problema natural inmenso, para cuyo planteamiento ha sido preciso nada menos que la subversión completa de los viejos cánones en lo que a las ciencias de la Naturaleza se refiere.

Antaño se ha creído simplemente que el niño es un hombre en pequeño; hoy se cree, al contrario, que el niño es meramente *el niño*; y esta aserción, que parece más bien verdadera pero grullada, envuelve un fondo de gran filosofía, porque enseña que el niño no sólo no remeda lo que ha de ser luego de hombre, sino que, como tal, es radicalmente distinto al hombre maduro. Oíd lo que a este particular nos dice Cesare Lombroso, el antropólogo eximio:

“La Naturaleza ha querido dar a la niñez el privilegio de la alegría y de la hermosura. El gozo, la “alegría de vivir”, no abandonan jamás a la edad infantil, a la que por ello caracterizan, en contraposición a lo que después ha de aguardarle en la vida. Una vez salido el niño de este paraíso terrestre, fugaz e incomparable, habrá de convertirse, cual

todos, en pobre hijo de Adán, cayendo bajo el yugo de la ley fatal que le condena al trabajo, al dolor, y algunas veces a la fealdad más triste, cruel antítesis de lo que fueron los primeros años de su vida.”

Otro de los mayores antropólogos de nuestra época, el doctor Stratz, ha escrito un grueso volumen analizando las razones técnicas de la belleza infantil. No podemos renunciar al placer de apuntar estas, siquiera sea someramente.

Los niños, dice Stratz, son hermosos por leyes anatómicas y fisiológicas derivadas de la gran rapidez con que los cambios orgánicos se realizan: duermen, digieren, absorben, se reparan de un modo intensísimo. Su sangre recorre mayor número de veces un trayecto vascular harto pequeño, y su fecundo riego es más activo, dando vivacidad y frescura a todos los tejidos, con esa mórbida turgencia de ojos, labios, mejillas y miembros que les es característica.

Concordada con semejante actividad funcional, la esencia de la psiquis infantil, la constituye el gozo, la casta y sacrosanta alegría de la vida. De placer, y sólo de placer sano e inconsciente se alimenta el alma del niño... La solución total del gran problema humano acaso estriba en el desarrollo armónico de la voluntad, la razón y el sentimiento adultos en pliegues de fantasía infantil, desarrollo que nos haga hombres sin que por ello dejemos de ser niños; esto es, exentos de rutinas, temores, prejuicios, falsas, mentiras, traiciones, rencores, envidias, ambiciones y demás entidades protervas de esa gran Pandora moral que ha esparcido sus hedores por el triste mundo de los adultos.

Los niños son seres objetiva y subjetivamente estéticos. Cuando la Humanidad alcanza a las cumbres de su desarrollo integral, surgen los pueblos estéticos también, pueblos de admirables y engrandecidos niños, cual el pueblo ateniense, para quien eran sinónimos los términos de belleza y vida, pueblo que jamás conociese los milenarismos embrutecedores de la época medioeval, ni las esclavitudes morales de la nuestra.

Las ciencias naturales más recientes, concordadas con las históricas, vienen también en apoyo de semejantes teorías. Hay una edad de oro para el hombre: la edad infantil. Ha existido asimismo, sin disputa, otra edad de oro para la Humanidad en su infancia: la

cantada por mitos y tradiciones en todos los pueblos. El cíclico retornar de cuanto en el Universo existe, nos traerá, al fin, el retorno de unas y otras edades áureas. Una vejez tranquila coronando de laureles inmarcesibles las frentes ancianas con el galardón inmortal de todos los deberes de aquí abajo, ya cumplidos, es, en verdad, una segunda y semiinfantil edad de oro, que dulce nos lleva a los felices resurgires de allende el sepulcro. Una pubertad consciente de la humana raza en que los altruismos de la especie dominen a los egoísmos del individuo, también hará, tarde o temprano, nuestra edad negra: la edad del hierro en las cadenas con que nos aherroja y en las obscuridades en que nos sume.

El niño es, ante todo y sobre todo, un ser distinto del hombre, otro tanto como las razas primitivas de la tierra en aquella edad de oro de la leyenda eterna, difieren de las razas actuales, según nos lo enseña la Anatomía y la Zoología comparadas, porque el hombre, a través de su evolución orgánica, a partir del óvulo materno, va recordando en todos sus desarrollos la Historia Natural entera, a contar del protozoario y del protisto, del pólipo y del pez, y así que nace, va recorriendo de igual modo las etapas sucesivas de la Humanidad sobre el planeta.

Por eso el niño es un ser *absolutamente distinto* en todo su mecanismo, órgano-psíquico del hombre maduro, y regirse debe por leyes distintas.

Entre todas estas leyes, la más preeminente es la de la sinceridad. El niño malo es sencillamente un matoide que, como anormal, debe ser estudiado por la psiquiatría. El niño normal y sano es un ser justo, lógico, con esa poderosa lógica de lo inconsciente y no pervertido. Para bien educarle, hay, pues, que ser con él sinceros y justos.

Por desgracia, somos lo contrario con el niño.

Primeramente torcemos su organismo, sirviéndole por verdades, mentiras; la mentira del aire viciado y patógeno, por la verdad del aire puro; la mentira de la vida social con sus modas y usos atormentadores, en lugar de la verdad natural en sol, libertad, flores y juego. La mentira de la simulación; la del terror y la amenaza; la de la hipocresía solapadora de los malos ejemplos de nuestros vicios, en lugar de la educación sincera que empiece por educarnos a nosotros para ser sus educadores; la enseñanza contra todo miedo de aqueste

o del otro mundo, sin las corrupciones violentas de las amenazas y de los ejemplos perniciosos, etc., etc.

Si así no iniciamos al niño en la vida, ¿qué de extrañar tiene que resulte él luego, más que educado, pervertido en su optima condición natural, para en seguida retornarnos, la falsa moneda educadora, siendo el ya de hombre, tan perverso o aún peor que nosotros mismos? La notable fábula de los cangrejos viejos, queriendo dar lecciones de un más perfecto andar a sus pequeñuelos, se repite aquí, y los humanos cangrejillos no andan, a la postre, sino tan torcidos o más que sus progenitores mismos.

Viene luego la lluvia de reglas, cánones, doctrinas, imposiciones, mandatos, todos irracionales, por lo mismo que no se razonan nunca, y enfermo así el cuerpo como el espíritu del niño, deriva hacia las playas de desolación en que gimen sus mayores, en lugar de bogar gozoso por el mar libre que a una Humanidad mejor brindan la ciencia, el amor y el arte, de consuno.

La primera y principalísima facultad del niño es la imaginación. Educarla convenientemente es la misión más difícil del pedagogo, porque en alas de ella ha de elevarse el tierno vástagos, desde el caos de su cerebro en formación hasta las alias cumbres de las abstracciones de la ciencia pura.

El niño es todo ilusión, todo fantasía. El día que la Humanidad descubriese el secreto de hacer compatibles los dulces ensueños de esta inestudiada facultad que nos acompaña desde la cuna al sepulcro, con los serenos postulados de la razón práctica, que diría Kant, la debatida *edad de oro* tornaría otra vez a embellecer el planeta, y nosotros seríamos hombres formados, sin dejar por eso las felices regiones que hoy son patrimonio bendito de las edades infantiles.

Pese a nuestra vanidad estúpida, nuestros mismos actos ser suelen más veces función de fantasía que frutos de madurados raciocinios. El niño no razona silogísticamente; tampoco razona a veces el anciano, ni el enfermo, ni el loco, ni el cretino, ni, en fin, todo aquel que se halle bajo una influencia depresiva de las fuerzas integrales que la máquina razonadora precisa. Meras fantasías nos resultan también las más sugestivas doctrinas con

que nuestros antepasados pretendiesen explicarse los misterios de la Naturaleza y de la vida, y a poco que nos apuren equipararemos con el gran Frochammer a la vida y a la imaginación que la explica.

La mente infantil por eso es eminentemente plástica, a fuer de formadora. Todo en ella toma movimiento y carne. Ninguna atención, ni la propia de Arquímedes cuando absorto en sus meditaciones no advirtiese el asalto de Siracusa, puede compararse al fino y atento espíritu observador que al niño caracteriza, y son tan grandes por ello sus poderes creadores, que cualesquiera rayas al azar semejan para el rostros, perfiles y dibujos; cualquiera objeto toma en sus manos representaciones inauditas, de formas, seres y cosas ligados por la criatura con las más misteriosas y para nosotros incomprendibles asociaciones ideológicas. La Naturaleza parece hablar en todo más fuerte y más hondamente a los niños que a nosotros, los adultos, y es preciso a cualquier costa aprovechar estas felices coyunturas para iniciar de un modo noble a nuestros pequeñuelos en la vida.

Nada como el teatro, escuela de las costumbres, para moldear convenientemente el cerebro y el corazón del niño, porque el teatro es el soñado mundo de la ilusión realista, que por un momento nos aparta, felices, de los impuros realismos de la vida cotidiana, llena por demás de contrariedades y espinas. Nada tampoco peor como el teatro mal administrado, para el niño.

El teatro es para el niño un microcosmos que goza del privilegio singular de absorber por entero y a una sus sentidos y sus facultades. Las bellezas de luces, decorados, paisajes y mutaciones de la tramoya presentan ante sus ojos el más seductor de los panoramas. El oído infantil recibe, como al agua de la otoñada la tierra sedienta, cuantas lecciones quieran dársele en música, en canto y en doctrina moral, científica o práctica, bajo la bendita máscara, de las fábulas teatrales, la escena da, en efecto, el marco, el esqueleto de las enseñanzas, que el vestirlas luego de palpitan tes realidades de vida corre a cargo del futuro hombrecito o de la mujer futura, bajo la encantada mano del hada fantasía que en sus tiernos cerebros fulgura.

La fábula, eternamente será fábula, esto es, algo superior casi siempre, para los

pequeños, a la propia verdad desnuda, y harto bien lo comprendiera el genio de Espronceda, al cantar en su introducción al *Diablo Mundo* aquello de

“dichoso a quien meces,
mentira, en tus sueños,
tú sola halagüeños
placeres nos das...”

porque la verdad seca es a veces una maldición que consume como el fuego, o que –como el mismo poeta añade– aporta siempre un desengaño o sume en un pesar a todo el que no esta adecuadamente aguerrido para sufrir el embate de sus crudezas, las más de las veces, desoladoras.

Y la fábula es el alma del teatro, con la ventaja insigne sobre los otros géneros didácticos de que en ella los personajes no son entidades más o menos abstractas, como en los poemas; ni animales parlantes y razonadores, como en los apólogos de Fedro, Esopo, Lafontaine o Samaniego; ni seres que nos hemos de imaginar, como en las novelas, sino joh prodigo que al pequeñuelo cautiva!, hombres de carne y hueso que salen, entran, ríen, riñen, gesticulan, lloran, meditan, disimulan, desenvolviendo en un momento, con la más perfecta de las ficciones, argumentos y enseñanzas que en más de dos ocasiones se repiten en la realidad a lo largo de una vida, porque la gran misión educadora del teatro estriba precisamente en la visión cinematográfica o a vuelo de águila de los más vastos e intrincados problemas de la existencia, con desenlaces y sanciones que a veces no tocamos en la vida misma para nuestro mejoramiento, tales como las tristes consecuencias del vicio, los iris de la virtud, los encantados tesoros de la ciencia, los secretos resortes del arte y el sabrosísimo fruto final de las aparentes arideces de la buena conducta en todos los órdenes.

Si el niño, además, pasa de mero espectador a actor efectivo de los teatrales argumentos, la cosa resulta miel sobre hojuelas, porque su memoria se ejercita, sus modales se pulen y sueltan, su carácter se forma, sus timideces nativas se destierran, y si no son manejados, cual a veces sucede, por pedantes, que no por pedagogos, ninguna lección a secas del colegio puede equipararse a esta en lo provechosa por múltiple.

Notemos asimismo que la natural evolución de la vida moderna va apartando del teatro a los grandes pensadores, que no necesitan ya para nada del andamiaje de sus ficciones, y tal evolución fatal va dejando el teatro en exclusivo beneficio de los pequeños de edad o de los no demasiado grandes aun de inteligencia. Los repulsivos horrores de la tragedia, los nudos más o menos gordianos de los dramas; los cumplidos, visiteos y enredos mundanos de las comedias de costumbres; las músicas más o menos ligeras de zarzuelas y aun de operas italianas, y, en suma, el teatro entero, vale para las multitudes de grandes y de chicos lo que ya no pueden valer intrínsecamente para el sabio del libro, el iniciado wagneriano, o el literato de hondas investigaciones sociales y psicológicas.

El teatro futuro pertenecerá, por tanto, de derecho a los niños. De sus argumentos, bien amañados, en el sentido pedagógico, hay que esperar en la primera edad más fruto que los propios libros, porque las intrigas de la fábula teatral equivalen, valga la frase, a un grabado vivo, muy superior por todos conceptos a los otros grabados de las páginas de aquellos instrumentos educativos.

Y si esto decimos del teatro en general, ¿qué no decir del teatro wagneriano, emulo de los Misterios antiguos? cuando esta verdad se sepa y se practique yendo grandes y chicos a las representaciones de las obras del coloso de Bayreuth como los antiguos iban a las representaciones solemnes de aquellos Misterios iniciáticos, se habrá revolucionado el mundo en el mejor de los sentidos.

Lo sé por experiencia con mis propios hijos y amigos.

HIGIENE... SIQUIERA POR NEGOCIO

En este siglo, cretino a fuer de positivista, hay que hablar así para que a uno le entiendan, crean y sigan ciertas metalizadas gentes que admirán las gigantescas máquinas de nuestras industrias, sin alcanzar a admirar debidamente la máquina por excelencia: la máquina humana de amor y ciencia, o *en positivista*, de corazón y cerebro, que las construye.

Tengo a la vista un cuadro demográfico, sacado con motivo de las subvenciones que consignara hace poco en su presupuesto el Ministerio para Sanatorios antituberculosos y Centros protectores de la infancia. El conjunto de sus aterradoras cifras aún debiera espantar más a los negociantes *de altura* que a nosotros, idealistas y espiritualistas incorregibles, a Dios gracias.

Mueren en España de 600 a 700 mil individuos anualmente, o sea el 30 por mil de su población total; y en esta cifra, que representa casi la de mayor mortalidad de Europa, viene sosteniéndose hace cincuenta años.

Sólo de tuberculosis mueren 40 mil individuos cada año, y en los grandes centros, como Madrid, llega la mortalidad producida por esta causa, al 4 por 100 del total de las defunciones.

La mortalidad de la infancia es horrorosa. En 1904, que no fue el año de mayor mortalidad, murieron en España 195.521 niños menores de cuatro años, pudiendo afirmarse que las dos terceras partes de estas defunciones se ocasionaron por la miseria, por la incuria o por la ignorancia de sus progenitores.

Los comentarios naturales a las cifras que anteceden ya los hará por nosotros el culto lector. Sólo vamos a hablar hoy del negocio, lo contante y sonante, lo práctico, esa basura inevitable que tanto seduce a ciertos hombres, creídos quizá de que van a perdurar siglos gozando tranquilos sus riquezas en este misérísmo planeta que volteá en el espacio y que a todos nos hace dar vueltas con él.

La proporción efectiva de mortalidad anual es, pues, un 30 y a veces un 36 por mil: la que la ciencia médica calcula a los vivires racionales e hijidos, aun dentro de su pobreza relativa de medios, es poco más de la mitad: un 18 por mil, lo que equivale a decir que de las setecientas mil vidas que siega anualmente en España *ella*, “la implacable”, una recta organización social y familiar, una acertada cultura social, las haría reducirse a sólo cuatrocientas mil... ¡La mitad de la población matritense salvada cada año! –*Sabéis bienamente que capital supone esto?*— Vamos a cuentas.

Somos una máquina costosa, una planta difícil, un árbol que no suele dar fruto hasta los veinticinco años, cuando no permanece estéril toda su vida, pero que consume un capital enorme, el mismo que se arroja a la fosa con el cuerpo del que dejara de existir.

Pobres con ricos, cada niño no tiene de coste al año menos de 500 pesetas... No creáis, sin embargo, que yo he perdido el tiempo en esta cuenta, son esos avarientos yanquis e ingleses metalizados los que me la han dado hecha calculando —¡groseros!— el valor de la maquina humana a los veinticinco años entre 20.000 y 100.000 pesetas... —¡Por mucho menos, no pocos la juegan y venden!—. Suponiendo, por tanto, que la media aritmética de edades o vidas segadas así en flor contra la misma ley natural, sea de veinte años, la necesidad, el abandono higiénico-social que aquellas cifras estadísticas suponen, no cuesta a la nación y a los bolsillos de los perjudicados menos de 60 millones de pesetas, sin contar intereses y múltiples perjuicios que los fallecimientos prematuros introducen en el juego de los negocios, dentro del exquisito dinamismo de la vida económica.

Y si, dejada a un lado la rastrera vida del negocio, levantamos la mirada a más altura, ¿qué de perjuicios, que de dolores, misoneísmos, abandonos y perdidas de todo género no acarrean esas desgracias que una higiene o medicina preventiva pudo en un tiempo evitar? Una noche de dolor puede acarrear al día siguiente la ruina de un negocio; una noche de vicio ha derrumbado más de un edificio esplendoroso de crédito y de comercio; pero el dolor, el vicio y los misoneísmos, todos están ligados inextricablemente con las muertes prematuras de seres a quienes nos unen lazos de parentesco, amistad, negocio o simpatía.

Convenzámonos, pues, de la importancia del vivir higiénico. Hagamos por que estas ideas cundan y encarnen en la vida social y admitamos esa profunda verdad que acaso no

interpretó con toda la altura que merece el talento de Jeremías Benthan cuando equiparase la utilidad a la justicia.

No hay, en efecto, utilidad más alta que la que de la moral social, científica, artística, mercantil, etc., se deduce. Por desgracia, estos frutos son más a la larga que los del mal obrar, el obrar egoísta del negocio ninguno.

Por eso no lo son, para su daño, los cretinos morales: esos que en Europa y América tanto abundan.

LA MÁS EXCELSA DE LAS FIESTAS

El hombre es mucho más desgraciado de lo que debiera sobre la Tierra, porque no sabe poner su mente y su obra a diapasón normal con la mente y obra de la Naturaleza.

Esta gran verdad, base de la higiene, de la terapéutica, de toda buena filosofía, en fin, es una de tantas verdades teóricas que poco a poco nos preocupamos de traducir en hechos. Tal es nuestra miseria moral, que dejamos morir nuestra fe científica, la cual nada vale ni significa sin la obra, porque queda en el estéril mundo de los fantaseos sin *carne* y sin vida.

No se abre hoy un libro, revista o periódico, donde no se encuentre proclamada y demostrada hasta la saciedad la importancia especialísima del árbol como parte de nuestro propio vivir, con el régimen que ellos mantienen en la economía de toda la Naturaleza.

Así, nadie ya ignora los beneficios del árbol, que se resumen de este modo: por sus raíces, evitan los funestos arrastres de la tierra vegetal, que transforman poco a poco, o mucho a mucho, nuestro suelo arable en pelada roca; por sus troncos y ramas, tenemos maderas de construcción y calor para nuestros hogares contra las inclemencias de los elementos; en su fronda se albergan las aves, esas mismas aves insectívoras, únicas capaces de salvarnos de los terribles azotes de la langosta y de mil parásitos de nuestras plantaciones. Cada hoja de árbol es, por su verde clorofila reductora, el aparato natural generador del oxígeno, que aprisionado yace por el carbono desde que con él se asociase la respiración animal en forma de anhídrido carbónico, razón por la cual los vegetales todos son algo así como el gran pulmón de cuantos seres pululan sobre la tierra. El árbol, como conjunto estético, es el ideal de la belleza creada por el hombre, que nada poético puede concebir sin vegetación, sin aguas corrientes y sin todo el consabido cortejo de delicias de los paraísos naturales, esos mismos paraísos que toman al árbol como argumento y que sin él no se conciben, ni en las llanuras heladas, ni en los desiertos arenosos, sino en las castas dulzuras del oasis o el jardín.

La hidrología es, ni más ni menos, que un tratado sobre los arboles, porque el mapa forestal de cualquier país y su mapa hidrológico son siempre uno: Galicia arbórea, es Galicia lluviosa; yesosa Castilla, es Castilla sin árboles. Cuba es Cuba, es decir, la perla de las Antillas, sólo por sus frondas tropicales, trasunto fiel de los extinguidos paraísos terciarios de que nos habla la geología, porque el árbol es el aparato también generador de las lluvias, en consorcio con los mares, a los que roba en masa sus evaporaciones, para devolvérselas después, gota a gota, por las fuentes y los ríos.

Y, sin embargo, de todas estas excelencias, que ya no ignora nadie, continúa la tala del arbolado, ese robo histórico que hacemos a nuestros sucesores, a la manera del padre criminal que derrocha egoísta las riquezas de sus hijos, consiguiendo así que vayan ellos luego, a virtud de la ley histórica de las compensaciones, al luponar, a la ergástula o al crimen.

Volviendo ya sobre sus pasos funestos todos los pueblos cultos, ha surgido en esa bendita religión de la Naturaleza, por otro nombre Teosofía, una fiesta redentora, una excelsa fiesta en que la Humanidad, regocijada con la venida remozadora de la Primavera, hace día feliz de ese día que precede a la eclosión de la yema vegetal en flor, hoja y rama, verdura y alegría, celebrando *el día del Árbol*, la fiesta de las fiestas.

El *Arbor-day yankee* (día del Árbol), debido a la sabiduría de Sterling Morton en 1878, es la fecha anual más bella y más práctica del calendario anglosajón; fecha que vale más que la francesa de la toma de la Bastilla, porque no conmemora una escena de libertad política, sino una ley eterna, por cuyo conocimiento la Humanidad se libra de la tiranía de una Naturaleza a quien su ignorancia bastardeó en aciaga hora de codicia.

Todos habéis leído esas descripciones de las Fiestas del Árbol extranjeras, modelo de sencillez, de ciencia y de ternura, en que cada niño de la nación, arbolito del mañana nacional en la feliz primavera también de su vida, planta por su propia mano un árbol, que crecerá mañana al par que él crezca. Todos sabéis igualmente el entusiasmo de estas solemnidades en Suecia y Noruega, quienes luego cobran en buena moneda el fruto noble de sus idealismos fecundos, como reyes del mercado de las maderas de sus pinos.

Los genios, hermanos mayores de nuestra raza, a la que guían como rebaños más o menos indóciles a través de la noche sin rumbos de la vida, se han distinguido siempre por sus sabios dictados, al árbol relativos.

Así, los proverbios orientales exigen de todo hombre del que se haya de poder decir que no ha vivido inútilmente sobre la Tierra, el que plante un árbol, escriba un libro, y crée a un hijo, y Mahoma enseñaba a su pueblo el solo camino de la liberación, que era el de plantar arboles y vivir en justicia y paz con todo el mundo.

Dante vió en los infiernos de su *Divina Comedia*, fuego, hielo, cadenas, dolores y torturas; pero no vió en aquella mansión de desesperación árbol alguno plantado por aquellos hombres que habían vivido inútilmente en consecuencia, y hasta el genio salvadoramente destructor de Napoleón comprendió, en medio de torrentes de sangre, que “quien hace crecer dos briznas de verba donde antes creciera solo una, presta un servicio a su patria y al mundo”.

Y es tal el cretinismo nuestro en estos asuntos, que no comprendemos, o por mejor decir, apenas si practicamos el actual gran precepto de plantar árboles. Al celebrar la Fiesta del Árbol celebramos no una fiesta exótica nacida en la América del siglo XIX, sino la más nacional de las fiestas clásicas de nuestra historia.

Tamaña aseveración no dejará de sorprender a muchas gentes, quienes no poseen la clave patriótica descifradora de muchas verdades ocultas, y que se formula así: “En España lo antiguo es la ciencia, el arte y la libertad, mientras que lo moderno es la ignorancia, la miseria moral y la consiguiente servidumbre, por culpa de esos “lobos con piel de oveja”, a quien ya ni hay que señalar con el dedo siquiera, como enemigos de la “Religión de la Naturaleza”, o sea de la Teosofía.

La Fiesta del Árbol no es ninguna novedad en España, sino que ya existió en forma parecida a la actual de los sajones, a raíz del renacimiento simbolizado por la época de Carlos III. Y era natural que así fuese, porque dicha era, de fugaz ventura española, tenía por la más clásica de sus ciencias la de la *Botánica*, en la que llegó a contar con cultivadores tan ilustres como Cabanillas, Cabarrús y toda la larga lista de fundadores y

directores del Jardín Botánico, uno de los primeros y mejores que han existido en el mundo. En nuestras revueltas absolutistas, la ciencia de Linneo y Decandolle era algo así como una ciencia que los liberales más conspicuos no solían ignorar, y por eso el *Árbol de La Libertad, o de la Constitución* es lo primero que plantaban, y lo primero que arrancaban también, *los otros, los “lobos”*, del Evangelio.

Centenares de árboles exóticos de Asia, África, América y Oceanía fueron entonces aclimatados entre nosotros, y sus denegridos tarjetones todavía se ostentan como blasón heráldico en más de un robusto tronco del *Botánico* matritense.

Pero todavía existen entre nosotros dos precedentes más puros de la hoy fiesta mundial: el de los árabes y el de los moriscos.

La Historia nos enseña, en efecto, que los cultos y gloriosos omeyas cordobeses conmemoraban el natalicio de sus hijos con la plantación de una palmera por su propia y regia mano, y en cuanto a los infelices moriscos (cuyos dispersos restos todavía forman un contingente de seis millones de españoles sin patria, que hablan nuestro viejo idioma en Sables d'Olongne, Países Bajos, Marruecos, París, Constantinopla, Jerusalén, Venecia y Salónica), bien patente están aún, a pesar de las devastaciones del tiempo y de los hombres, sus obras hidráulicas y sus jardines paradisiacos de la Vega de Granada, Valencia, Alicante y Murcia. ¡Como que el antropólogo ilustre, D. Manuel Antón ha podido enseñarnos en el Ateneo el arte admirable de la raza libio-ibera, para construir oasis en las arenas del desierto desde los tiempos de la prehistoria cuaternaria, cuando el estrecho de Gibraltar era un istmo como el de Suez, y España era una parte del África libia...!

Dejando a un lado tan sugestivos escarceos, aboguemos por la celebración de la Fiesta del Árbol con caracteres de seriedad, amplitud y permanencia en toda la Península, y muy especialmente en nuestro recinto.

Ya lo ha dicho Maeterlink en uno de sus dramas mejores: “Los seres superiores al hombre, que existen invisibles a sus miradas, no le compadecen, porque él no compadece tampoco a animales y plantas, seres desvalidos que la Naturaleza ha encomendado a su

custodia y con los que ha ligado fatalmente su vida.”

En la reciente lucha, ya iniciada, contra la tuberculosis, creemos y fomentemos el gran pulmón de la Humanidad: EL ÁRBOL En esotra lucha contra la tuberculosis moral de tanto y tan fanático bajo falsa capa religiosa, hay que fomentar el culto a otro *Árbol* aún más excelsa: el ÁRBOL DEL MUNDO, de *La Walkyria*, de Wagner, que en su simbolismo excelsa, equivale al *Logos* de Platón y de los gnósticos.

CASAS-JARDINES Y CASAS-TUMBAS

Éstas representan el ayer; aquellas el mañana; unas, la realidad tristísima del pasado ignorante, sucio y un hoy miserable, como es la resultante antihigiénica de las grandes aglomeraciones urbanas; otras, la risueña esperanza de un porvenir más culto, que viva en armonía con la ciencia y la Naturaleza, esperanza risueña que es ya realidad para muchos previsores: los partidarios del hogar independiente y libre.

Nos sugiere estas reflexiones el hermoso artículo de Mr. Mury, que acaba de aparecer en *La Revue* francesa con el elocuente título de “Las casas que matan”, o como si dijéramos, viviendas para no vivir.

La casa que mata es, para el articulista, la casa infecta de la capital como del pueblo donde, cual diría Cervantes, “toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación”, albergues, mitad cárcel, mitad nicho, en los que la tuberculosis tiene su reino, porque la tuberculosis que nos diezma es ante todo “la dolencia de la obscuridad”, según la frase feliz de Fuillerat, el director de Higiene y salubridad de las viviendas de París.

No repetiremos aquí lo que llevamos ya demostrado acerca del macabro consorcio de la obscuridad y de la tisis en tales habitaciones, porque nuestros lectores habrán seguido con el debido interés tamaño problema, admirablemente planteado en el reciente congreso de Ginebra, del que a su tiempo se ocupó la Prensa toda. Digamos sólo, con el escritor de *La Revue*, que la iniciación y difusión de las enfermedades contagiosas, y en especial la referida, es debida a defectos del régimen, a insuficiencia y malas condiciones de los alimentos y, más que nada, a la falta de independencia y de luz, ya que el sabio proverbio persa, copiado por los italianos, de que “donde penetra el sol no entra el medico”, es un aforismo que la bacteriología ha elevado a principio científico desde que pudo comprobar que el temible bacilo de Koch, el resistente microorganismo a quien difícilmente matan los antisépticos, muere rápidamente bajo las radiaciones complejas del efluvio solar.

Es tan cierta esta acción microbicida del astro del día, que hasta las mismas

aglomeraciones humanas a guisa de rebaño, tan inevitables en los barrios pobres de las ciudades, no son tan peligrosas como la propia obscuridad, en cuanto al desarrollo de los gérmenes morbosos se refiere, según los estudios de Strauss, Lefevre, Bonardel, Graucher, Londonay, Fillassier, Graux, Thierry y otros mil investigadores.

Enseñanzas tan *meridianas* como desconsoladoras, han movido a la opinión pública, que cada día se preocupa más de la higiene a guisa de ciencia social más que de ciencia médica, a pensar seriamente en los barrios obreros y en sus “casas-jardines”, que el vivir moderno hace ya inevitables.

Cosa larga sería la de relatar minuciosamente los esfuerzos realizados en los países cultos camino del problema. Quien quiera conocerlos al detalle no tiene más que leer la obra de nuestro compatriota el Sr. Codina y Sert, “Jardines para obreros”, síntesis de sus luminosas conferencias en el Ateneo, y por cierto que este higienista laborioso no ha hallado en la opinión española el eco que sus trabajos merecieran.

La “casa-jardín”, que parece un sueño de hadas o un “château en Espagne”, como llaman los franceses a todos los irrealizables fantaseos, es algo que anhelaría, no ya el obrero, sino la propia clase media, víctima como nadie de la tiranía de nuestros errores suicidas.

Y, sin embargo, la tal cosa es ya proverbial en los Estados Unidos; lo fue siempre en las *banlieues* de Francia, en los alrededores de las urbes alemanas y hasta en nuestro propio país, como podría citarse más de un ejemplo.

Antaño, entre nosotros, se ha vivido más en el campo que hoy día. Aparte de esa manía funesta que parece haberse apoderado de todos los cerebros latinos de venir a vivir en las capitales, congestionándolas socialmente al par que dejan desiertas las aldeas y los granjas, se va perdiendo ese amor instintivo a la vida sencilla y solitaria, vida de trabajo y de castas alegrías que constituye el nervio de la riqueza francesa.

Día llegará, si aún no ha llegado, en que la ciencia demuestre que el azul del cielo y el verde de la vegetación y el violeta del ambiente, como colores de los más elevados o de mayor intensidad vibratoria entre los del espectro solar, ejercen una acción sedante

terapéutica muy superior a los colores de menos intensidad vibratoria, como son los grises, terrosos y apagados de las grandes aglomeraciones, y entre ellos, por de contado, la carencia de luz y de color que en todas las lobregueces es característica.

Ya, por ejemplo, se han ensayado tales efectos entre los alienados, graves enfermos del inestudiado tronco neurasténico, y el azul del cielo ha moderado los ímpetus de sus delirios mejor y menos violentamente que la camisa de fuerza. Los estudios acerca del mayor y más rápido desarrollo de la vegetación bajo los rayos violetas son ya cosa indiscutible; y una secreta intuición científica nos va revelando que la vida que nos rodea, vida microscópica, es la ligada de un modo sublime a la luz, otro tanto de lo que está ligada al calor (vibraciones menos intensas del éter cósmico) la vida microscópica.

Consideradas desde estos nuevas puntos de vista, las “casas-jardines” vienen a constituir algo así como unos aparatos *sui generis* que nos dan –perdonad la frase– azul y verde, o vibraciones hígidas, para nuestra existencia; otro tanto como las consabidas “casas-tumbas” que padecemos nos roban esas vibraciones, vibraciones torrenciales emanadas del gran astro que es fuente primaria de cuanto sobre la tierra vive.

Busquemos, pues, la “casa-jardín” y huyamos cuanto nos sea dable de la maldita “casa-tumba”. Aquella es un iris de paz; ésta es una muerte en vida.

LAS FUTURAS URBES

La Prensa norteamericana ha propuesto a los hombres de ciencia y a los pensadores yanquis esta cuestión interesante: ¿Cómo serán las ciudades del porvenir? ¿Cuál será el porvenir de las grandes ciudades, por ejemplo, dentro de un siglo?

Más interesantes, acaso, que la proposición misma, han sido las respuestas de los sabios, diferentes, ya se concibe, según la especialidad y las ideas de cada uno; todos, sin embargo, tienden a predecir una era de bienestar y de prosperidad para lo futuro.

Edison ha contestado que dentro de cien años las ciudades se verán absolutamente libres de humo y de vapor, y tan frescas como los campos: las máquinas de hoy, movidas por el carbón, habrán desaparecido, y así todos los motores que consumen combustible; la electricidad lo moverá todo y saldrá ella misma de las fuerzas naturales, produciendo fuerza a su vez; un círculo de vitalidad que ahora no sabemos formar, pero que ya será un hecho antes de cien años. Según Edison, lo mismo los ferrocarriles que las cocinas y las necesidades domésticas más pequeñas, tendrán su motor eléctrico respectivo.

El acero será el material de los edificios: así Edison ha hecho ya construir algunos para sus talleres e industrias, y le dan buen resultado; por lo menos están a prueba de terremotos.

Él mismo ha descubierto una batería nueva, que influirá mucho en la moderna industria, pues acumulará grandes cantidades de fluido para usos portátiles, que exigen ligereza y potencia simultáneamente.

Creemos lógico cuanto el inventor del fonógrafo augura. Los progresos de la ciencia serán tales, que poco a poco iremos enseñoreándonos del planeta, gracias al secreto talismán que tenemos a nuestra disposición sin acertar a manejarle, a saber: el poder calorífico de los rayos del Sol transformados en motores de fuerza verdaderamente inconcebible; la energía desarrollada por el embate continuo de las olas contra las playas;

la fuerza de volcanes y aludes alpinos; los motores que aprovechen las corrientes de los vientos, como hoy utilizamos, aunque muy incompletamente, las de las aguas...

Pero no podremos menos de convenir en buena lógica que poco o nada significarán tales progresos de la maquinaria creada por el hombre si no cuida de conservar la máquina por excelencia que inventa y explota a todas las demás; la máquina humana es su compleja contextura física, mental, sentimental y volitiva, o en otros términos, si no mejora sus viveres, resolviendo como capítulo previa el problema de las futuras urbes, escenario en el que todas las actividades se han de desenvolver.

Tomando el problema con la debida altura, nos encontraremos que el desarrollo urbano es uno de los desarrollos estudiados por la ciencia llamada biología, quebradero de cabeza de tantos filósofos, fisiólogos y químicos.

El pueblo, la urbe, es la primera célula propiamente social, después de la familia. Su conjunto constituye e integra a las regiones y a las naciones; como organismos superiores, y una triste experiencia nos enseña cuan grande obstáculo oponen hoy, con sus viciosos desarrollos, al verdadero progreso mundial que, a la larga, puede traernos el retorno de la discutida *edad de oro* sobre la tierra, como tantas veces hemos dicho.

Ciudades circulares y enormemente conglomeradas, *ciudades puntos* de la geometría social, son en verdad nuestras urbes más populosas, como circulares o de sección circular son la casi totalidad de los seres elementales unicelulados; los protistas, los infusorios, las bacterias microscópicas. Pero aun en estos seres, tan elementales en los reinos animal y vegetal como lo son en su escala las ciudades que padecemos, ya se muestran desarrollos que tienden a emanciparse de la forma primitiva.

Así todos los protozoarios desarrollan estomas, pelos, flagelos, tentáculos, expansiones, en fin, de varias clases, buscando, por decirlo así, nuevas orientaciones para su vida que les alejen de la esférica forma primitiva, y así, siguiendo paso a paso una evolución admirablemente estudiada por Lamarke, Wallace y Darwin, llegamos a las espléndidas formas de los vegetales superiores que nos cautivan con las alineaciones divergentes de sus ramas y raíces, quienes parecen querer conquistar el espacio con las atrevidas

orientaciones de su líneas, separándose más y más del nudo vital como un centro.

Otro tanto les acontece a las grandes ciudades, donde cualquiera puede admirar, ora esas expansiones tentaculares de su antes redondeado casco, kilómetros y más kilómetros a lo largo de sus vías férreas de irradiación o centrifugación, ora con esos salpicados y matizados de los alrededores, quienes de día en día adquieren más importancia, descongestionando a las ciudades cada vez en mayor número de casos, a saber: el calor del estío; la atracción campestre de otoños y primaveras; las fiestas intercalares de una vida cada vez más agitada y *tensa*; las epidemias frequentísimas, precisamente de aquel mal originadas; los cuidados de los niños; los grandes pesares y las grandes fiestas.

La geometría de los átomos; los desarrollos de los cristales; las colonias gelatígenas, todo, todo se rige por las mismas leyes mecánicas de la biología, que hacen pasar del punto o el núcleo a la expansión indefinida representada por la línea, forma geométrica singularísima, cuya perspectiva se reduce a un punto, sin dimensiones si se mira en dirección de ella y con longitud indefinida si de frente se mira, lo que, traducido del lenguaje matemático al social, vale tanto como decir que mirada en su dirección, que la reduce a un punto, se hallan sus edificaciones completamente en el campo cual la más solitaria casita de la sierra, al par que recorridas en el sentido de su longitud son algo así como una población sin límites, como si el campo no existiese... ¡oh mágico poder de las humanas perspectivas!

La vía férrea, esa secuela indispensable de la novísima sociología, ese *camino que anda*, según expresión feliz de no recuerdo quien, es el complemento glorioso de semejantes urbes alineadas. Sus máquinas y vagones para viajeros y mercancías son en economía social algo así como el glóbulo rojo de la sangre, portador fidelísimo de la vida atesorada en las moléculas de la hemoglobina... La célula social urbana transformada en vaso por la vía férrea... Célula, vaso y fibra, esto es, elementos evolutivos de todo tejido orgánico y de todo sociológico tejido.

ALQUIMIA DE AMOR

El telégrafo nos ha comunicado la muerte de los esposos Berthelot³⁴. Pronto hará un año de la muerte violenta de uno se los esposos Mac Curie... Dos matrimonios admirables que recomiendo al numen de un poeta digno de cantar las epopeyas y los lirismos de las luchas de la Ciencia.

El sexo, la voz universal de la Naturaleza, el gran misterio divino por el que la finitud de cuanto existe, al eternizarse por la generación, se hace infinita... ¡Cuánto y cuán hermoso puede cantarse sobre esto!

La electricidad tiene sexo; los números primos, las series matemáticas, tienen sexo; sexo tienen los átomos y las moléculas atrayéndose y repeliéndose; sexo evidencian en los astros los mejores estudios novísimos: la idea tiene sexo y tiénele también el sentimiento; todo en el cosmos de las formas goza de una polaridad sexual, en fin, que no es precisamente nuestra grosera concepción sexual de topos sublunares sino otra, transcendida, sublime, incomprensible que la ciencia no explica.

Y no es ésta, ¡vive Dios!, la ocasión de explicarla, en función de interrumpida cariocinesis biológica, sino el momento feliz de cantarla, con ocasión de la triste noticia expuesta arriba.

Al sexo y su imperativo categórico o se le obedece o se le pervierte o se le transciende, que prescindir de él es, en todos los órdenes, imposible.

Obedecen al sexo todos los inconscientes y todo lo inconsciente: las plantas, los animales, el hombre, la electricidad, las células, todo, en fin, cuanto ya sabemos. Seres limitados de concepción como de aientos, pobres ciegos, en el océano de misterios que nos cerca, obedecerle con dulce sumisión es nuestro destino ya que “El hombre completo está formado por el varón, por su mujer y con su hijo”, dice la sabia máxima indostánica.

³⁴ Esto se escribió en 1907.

Lo único que nos es dable, y hasta obligatorio, es sublimarle como artistas o trascenderle como místicos.

Si no obedecemos al sexo, fatalmente le pervertimos con falsos erotismos, nefandos procederes, locuras tras locuras de perdición y ruina, por los que, incapaces de trascender la sacra ley, queremos en vano emanciparnos de su dominio.

¡Dichosos quienes, obedeciendo al sexo, suben, empero, a estados semidivinos.

De ellos quiero hablar hoy y por ello traigo a punto a los dos matrimonios franceses Berthelot y Mac Curie. ¡Son ellos, en verdad, todo un himno, una aurea feliz de más felices días para las humanas criaturas! Por eso han resultado en la ciencia tan fecundos.

Harto lo sabéis. Los esposos Mac Curie nos han traído el descubrimiento del radio, ese estado de la materia, más que cuerpo propiamente dicho, en el que se verifica a raudales la entropía material con la liberación de la cósmica energía. Es el radio, ¿cómo lo diremos?, la mariposa de la fuerza rompiendo la crisálida de la materia bruta en que yaciese aprisionada, errores sin cuento, a la manera del héroe de todos los mitos, aherrojado a lo Prometeo, a lo Tántalo, a lo Satán, a lo Sísifo, por ogro cruel o por cruelísimo destino.

El sexo trascendido de los esposos Mac Curie ha engendrado el más divino de los hijos: ese Horus egipcio, que con su mirada de excepcional fulgor físico-químico hace palidecer los diamantes más vanidosos, combinarse los cuerpos refractarios en sus *odios* químicos, mover las paletitas del radiómetro de Crookes a través del vacío, jugar a las irisaciones de la luz con los tubos de Geissler, como juegan también a los átomos libres con bombardeos supra-atómicos capaces de fundir, cuando ya casi son materia, al iridio y al platino, fotografiar lo invisible, bajar, en fin, como nuevo Espíritu Santo, a la piscina, haciendo medicinales en grado incomparable las aguas de los balnearios con su aliento radífero. ¡Oh, hijo del Hombre, es decir, del hombre y de la mujer; Verbo Divino hecho carne para nuestra salvación y nuestro bien!... ¡Oh, numen celeste; oh, agente redentor, secreta y simbólicamente cantado por religiones que no sabían lo que cantaban por siglos!... ¡Un nuevo Adán, una nueva Eva de un paraíso mental –y, como mental, ya sin serpientes– os han engendrado en el consorcio amoroso y fecundo de su sexo trascendido!

Los esposos Berthelot no han hecho menos. Han redimido al hombre de una gran calumnia. Han redimido también de otra a las propias piedras, a esas mismas piedras cuyas mentes y almas dormidas prodigiosamente cantan los vates sublimes.

Los misoneísmos medievales de los que aún no se ha depurado nuestra sangre habían hecho, en efecto, del noble ser humano un ente despreciable; un ser maldito desde la cuna, estigmatizado por culpas que él no había cometido; un ser que a duras penas y por extraña y limosnera gracia podía ser algo después que muriese, si moría sobre ceniza, sangrando su alma penitencia y su cuerpo por las vueltas del cilicio. ¿Cómo iba una Humanidad tal a ser fecunda, a ser creadora, a ser, en fin, chispa divina, en armonía con la propia enseñanza evangélica, por la que “dioses somos”, según Jesús nos dijo. Las fronteras naturales eran otras tantas murallas de marfil que separaban *aguas de aguas*. Lo inorgánico era inorgánico por siempre, y lo organizado, organizado. Nadie podía transformar, por ejemplo, los amoníacos en orina, ni la estéril piedra podría ser fecunda elevándose a lo organizado y excelso de seres que eternamente estaban por encima.

Pero he te aquí que viene el gran matrimonio Berthelot, y su ciencia, nuevo Titán, hace pavesas aquellos propugnáculos tenidos por invencibles. Como en las fábulas y epopeyas, bastó el conjuro de los sabios para que estos propugnáculos se hundiesen en la nada y no fuesen halladas sus ruinas, y tuvimos desde entonces ureas y ureidos, que no salieron de ninguna vejiga animal; colores que no sólo no provenían de las cochinillas, y demás tintoriales de la Naturaleza, sino del propio y negrísimo carbón del antraceno, sacado a la luz del día, en vistoso arco iris, las gafas que un sol terciario de hace millones de años sepultara en cárcel tal de tristes negruras; acetilenos que no venían sino del grafito o el hidrógeno amantemente desposados por el efluvio del arco voltaico; ácidos cítricos no salidos de ningún limón, sino amasados por el carbón y el agua bajo la voluntad del mago moderno, quien de tal modo sacaba del mundo inerte un mundo artificial orgánico con formas que no se debían a nadie sino al hombre, y que hasta venían a llenar y corregir lagunas de la *no sabia* naturaleza, lagunas acusadas por el Verbo matemático de la Teoría coordinatoria misma.

La “Química orgánica fundada en la síntesis”, los “Métodos sintéticos generales”, el

“Tratado de la Química orgánica”, o innumerables monografías, eran un manojo de claves mágicas para forzar el Misterio, como aquellas que los caballeros andantes de todos los tiempos conquistaban por el solo esfuerzo de su brazo invencible... El hombre ya no era con ellas el triste culpado maldito de la noche medieval, sino algo más que un hombre, un semidiós, intuido por el Fausto, un creador de formas que no existían, un director en germen de la propia naturaleza, un minúsculo *cosmócrator* de las teogonías, al que agigantarán más y más sus esfuerzos en los siglos futuros.

¡Qué verbo tan vital, qué hijo no han traído al mundo, los dulces amores de los esposos Berthelot!... El poder del lazo ha sido tan fecundo, el pacto matrimonial tan irrompible, que esa maga negra llamada Casualidad que se precia de trasponer allende el misterio mundial a los unos, dejando aquí llorosos a los otros, no pudo hacer con ellos de las suyas... y, la humana trinidad de Berthelot, su mujer y su obra, traspuso los umbrales de este mundo caduco: ésta para, ya completa, inmortalizarse entre nosotros; aquellos, marchando también juntos camino de la inmortalidad esencial humana, harto más excelsa que eso tras inmortalidades que nos pintan.

En tan puro hogar como el de los esposos Berthelot, atanor alquímico de afectos benditos, tenía que surgir algo así como un fuego sacerdotal y surgió, en efecto: el de la Termoquímica o clave de todos los proteísmos bioquímicos de la materia, bajo el influjo de los proteísmos vibratorios del éter que en la física se simbolizan. Berthelot tenía harta razón y todas las reacciones químicas y no químicas se explican por el calor, pero ni es sólo por el calor vulgar de un miserable hornillo de sacro fuego desprovisto, sino por el calor fecundo del amor, el alquímico de las ideas encarnando en la vida; el calor de la amistad, el calor de la inspiración y del afecto, el calor solar, en una palabra, el Calor por antonomasia y con mayúsculas, calor que es a veces el mortal escalofrío de lo sublime...

¡Y, si queréis más escalofrío, meditad en el hecho profundamente ocultista de que, como tan amorosamente unidos aquellos dos esposos inmortales vivieron para la Ciencia, el Destino les hizo también que no se llevaran sino horas en su muerte, es decir, que también pasasen al otro mundo juntos, como juntos habían siempre laborado y vivido...!

Rodará el tiempo, pasarán los siglos y la Humanidad celebrará con fervores

ultrareligiosos en las seculares fechas *seis* y *siete*. “La Fiesta de la Química”, la fiesta de Mac Curie, Mendeleief, Moissan y Berthelot que, unidos por un solo amor al misterio atómico, háselos llevado el Gran Misterio juntos a manera de cuatro profetas mayores, cuatro portavoces del Evangelio nuevo del espíritu científico, comenzando a hacer verdad con su ciencia la profecía de Castelar de que, tras la idea de Dios y la de Verbo, vendrá la del Espíritu para infundir a la Humanidad, liberada y consciente, nuevas esperanzas consoladoras, nuevos iris de venturas en su inmenso destino.

LA CRUZ SIMBÓLICA DE LA PASADA GUERRA

AQUISGRÁN—LIEJA Y SPA—MAESTRICHT

He aquí los cuatro puntos cardinales entre los que simbólicamente ha sido crucificada la Humanidad durante mil quinientos setenta días, para luego subir, como Cristo, a los cielos... ¡A los cielos de un ideal de redención futura!

El primer punto de esta simbólica crucecita es la celebre ciudad alemana de Aachen; la Aquisgrán imperial de aquel César francoalemán que se llamó Carlo Magno, y que allí reposa en el trono de mármol de su sepulcro; la orgullosa Aix-la Chapelle, donde antaño se firmaron tratados como el de 1668, celebre por los despojos a España al final de la guerra de los cien años; el de 1748, no menos celebre por haber terminado con ella terrible guerra de los siete años que incendió a Europa, como siempre por causa de Austria, y la conferencia de la coalición, en 1818, con la que se comenzó la evacuación de Francia tras la caída del cézar Napoleón.

En aquellos memorables días del crimen de Sarajevo, *por causa de Austria también*, la histórica ciudad de Aquisgrán escribió de nuevo otra pagina guerrera, la más sangrienta de todas, sin duda. En efecto, en la tarde del 26 de Julio de 1914, los jefes del más florido e invencible ejército que el mundo ha visto llenaban los regios hoteles del Kaiser-bad, del Gran Monarca, de la Fontaine Elisa, y tantos otros, que no hay príncipe doliente ni princesa neurasténica que no haya visitado una vez en su vida para bañar sus inviolables personas en aquellas celeberrimas termas sulfurosas, clorhídricas y alcalinas que curan los reumatismos del ocio, los eczemas de las pieles pecadoras, las dispepsias diplomáticas y... ¡todo género de *envenenamientos* crónicos!

¡Para que estaban allí reunidas huestes tan lucidas como numerosas?

Para la cosa más *sencilla* del mundo. ¡Para invadir como langosta a un país tranquilo, laborioso e internacionalizado, atacando así por la espalda a una nación gloriosa, cuna de

las libertades y de los Derechos del hombre! ¡Para así cruzar, en un grato paseo militar, a través de la región más industrial del mundo, e ir a almorzar desde el Hotel Elías a los Campos Elíseos parisinos...!

Y aquella tempestad apocalíptica fue a caer sobre Lieja. ¿Por qué? Porque tal era el *karma* de Lieja, que decimos los teósofos, ya que, no en vano, “la perla de la Meuse” muellemente recostada en el anfiteatro montañoso de la Chartreuse, llena la historia francesa con sus luchas intestinas, desde aquel día mismo del siglo XIII, en que la fundó San Lamberto, obispo de Maestricht, siendo en ella asesinado por haberse permitido el reprender cristianamente sus lazos adulterinos con aquel gran hipócrita y amigo de la Santa Sede que se llamó el rey Pepino de Heristal. ¡Allí se recuerdan aún las guerreras Asambleas carlovingias y las *fazañas* de Guillermo de Marca, “el jabalí de las Ardenas”, quien, después de asesinar a otro santo obispo –Luis de Borbón, repoblador de la villa–, le dejó diez días insepulto para que le devorasen las alimañas. ¡Allí no se ha olvidado tampoco ni el crimen de Juan de Hormes, del obispo sucesor de Luis de Borbón, que en un banquete de reconciliación con Guillermo (1485) le hizo traidoramente decapitar; ni el crimen del conde Warfussé, que en otro banquete análogo hizo con el burgomaestre liejense (1637) lo mismo que el bueno de Hormes con Guillermo...!

Después de la toma alemana de Lieja, ¡el diluvio! ¡El diluvio, sí, de sangre, de lágrimas y de desolación! Necesario nos sería recorrer el planeta entero para describirlo con los épicos acentos que merece. Sigamos, pues, con la enumeración de las cuatro ciudades de nuestra Cruz. Va llevamos dos. Os suponemos con el mapa a la vista.

La horrible guerra, digna rival de la prehistórica cantada en la epopeya hindú del Mahabbarata –y guerra más religiosa que política, contra lo que pudiera creerse– tenía que acabar donde acabara la otra guerra religiosa de los Treinta Años; es decir, en la misma comarca aquella del Aisne y del Oise, inmortalizada por el tratado de Vervins, tratado mediante el que Enrique IV de Francia y Felipe II de España pusieron fin, en 1598, a las guerras católico-protestantes por la libertad de conciencia... ¡Hablabais de los eternos ciclos históricos de Vico? Pues ved aquí, hace breves días, al general Foch, el caudillo de la Libertad del Mundo contemporáneo, dictar desde la aldeita de Guisa –la Guisa de los

duques católicos, patria, después, del gran demócrata Camilo Desmoulins— las vengadoras cláusulas del armisticio al kaiser invencible, caudillo, no del dios del Gólgota, sino de Jehovah, guerrero y rencoroso, “que viste las culpas de los padres sobre los hijos hasta la séptima generación”.

Pero, ¿dónde estaba el kaiser al recibir, vencido, la suprema fórmula condenatoria de sus errores imperialistas? ¡Estaba allí enfrente, en Spa en la tercera ciudad de nuestra simbólica Cruz; en la ciudad de las termas más antiguas del mundo que, desde Agustín el Veneciano, médico de Enrique VIII de Inglaterra, dan *hierro* a todos los agotados; fuerza, a los débiles nerviosos, y pepsina, a los afectados en sus vías digestivas *por el mucho comer...* de alimentos, de riquezas ajenas, o de pueblos... Aguas salvadoras, en fin, contra toda la clorosis de la *esterilidad*, ¡oh vosotros los eternos partidarios del Simbolismo, que es Ciencia de ciencias, y que asociáis lógicamente las esterilidades morales de todo género con las subsiguientes esterilidades físicas...!

En Spa, por tanto, en la ciudad curadora de las *esterilidades*, acabó la terrible guerra con la firma del armisticio; pero faltaba aún que el kaiser, con su huida a Maestricht, trazase *la rúbrica*, quiero decir, completase así el diseño de la Cruz que nos ocupa, retirándose humillado, vencido...

¡Oh tú, Cruz de Redención moderna, Cruz de la Humanidad inmolada como Víctima propiciatoria por los eternos déspotas imperialistas! El recorrido de unos cuarenta kilómetros apenas de Este a Oeste, o sea desde Aquisgrán a Lieja, dió en 1914 la señal del comienzo de la catástrofe. El recorrido de otros cuarenta kilómetros de Sur a Norte, o sea desde Spa a Maestricht, ha dado en 1918 la anhelada señal de su gloriosa terminación. ¿Cómo no ver en ello uno de tantos simbolismos del Misterio Eterno que rodea a la vida...? Una especie de rúbrica describen de tiempo en tiempo, con sus retrogradaciones, los planetas en el zodiaco; un traceado extraño opera la sombra de la Luna sobre la tierra en los ciclos de sus eclipses; una huella deja, en fin, sobre el suelo todo cuanto por la superficie terrestre peregrina y se desliza; pero esta crucecita extraña de la guerra no se ha quedado atrás en punto a simbolismo.

¿Acertará la Sociedad de las Naciones, en sus fines *tan teosóficos* de Fraternidad

Universal, a darle la interpretación debida *descrucificando* a los pueblos y *descrucificando* al Cristo?

¡Esperemos con Amor y con Fe en nosotros mismos!

ORÍGENES MÍTICOS DE LA LEYENDA “LA SERRANA DE LA VERA”

Carta abierta a mi sabio amigo don Vicente Paredes Guillén, por su obra *Orígenes históricos de la leyenda La Serrana de la Vera*. Plasencia, 1915³⁵.

Amigo querido: He saboreado con fruición su reciente obra extremeña, y rindiendo tributo a su pacientísima labor, voy a permitirme, sin embargo, dirigirle algunas observaciones entre las muchas que me ha sugerido su lectura.

Con el mayor respeto y cariño digo a usted que no acierto a ver la debida paridad entre el sensacional proceso del año 1573 contra el estuprador placentino Antonio de Trejo y su cuñado Hernando de Almaraz y la preciosa leyenda *La Serrana de La Vera*, inmortalizada, como usted nos enseña, por Lope de Vega, en su comedia bajo este título; por Vélez de Guevara, par José de Valdivieso, y últimamente, por nuestro llorado Barrantes, en sus *Narraciones Extremeñas*, amén de los numerosos romances consagrados al asunto y que deberían merecerle otro estudio genial.

El caso *histórico* que usted con tanta minuciosidad nos esclarece, es por demás vulgar. Un joven alocado, de ilustre prosapia placentina, que, ausente el padre, estupra a una joven de ilustre familia también, y cuyo hermano los sorprende, hiriendo al seductor. El cuñado de éste, apasionado joven, y otros, logran ponerle en Portugal, fuera del alcance de la justicia. Tras el escándalo popular y curialesco consiguiente, se entablan negociaciones entre las dos partes para que la comenzada tragedia entre ambas familias termine en boda, cosa que no llega a realizarse, bien por el desacotado orgullo y codicia de

³⁵ Don Vicente Paredes Guillén, una de las glorias extremeñas más puras de nuestra época, fue un notable arqueólogo cuyos *Framonianos Celtíberos* y sus *Vías e inscripciones romanas* de Extremadura han de perdurar en los fastos de la arqueología de este olvidado país. La muerte de Paredes fue también la de un verdadero filántropo, legando su Museo y demás bienes a la municipalidad de Plasencia y un premio al autor de la mejor obra sobre los parásitos del castaño que amenazan destruir la riqueza arbórea de la región.

la madre del estuprador, bien por la veleidad de este último, veleidad tan común en todos los hombres concupiscentes y más si, como él, eran ricos y gozaban de la frecuente impunidad de sus blasones. El curioso proceso termina aquí, sin que nada de ello nos diga que fuese del felón caballero, ni tampoco de la infeliz doncella, quien, con arreglo a las costumbres de entonces, ¡y aun de ahora!, sepultaría su marchita juventud tras los muros de algún convento, sin que cosa en contrario nos conste.

El caso *mítico*, alma de múltiples romances, autos sacramentales y comedias, me parece muy otro. Ante la imposibilidad de entrar aquí en un estudio comparado de todas estas fuentes, me concretaré para explanar mi opinión al mismo “Auto al nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo”, titulado *El Amante más cruel o Serrana bandolera*, que inserta usted como inédito al final de su excelente obra.

El caso, en esencia, es, en efecto, como sigue:

Libio, el simpático pastor de las solitarias fragosidades de Garganta la Olla y Vera de Plasencia, tras la perdida de su esposa, cifra todo su amor en su hija la pequeñuela flora y sus desvelos todos en cuidar sus ganados. Una terrible noche de invierno se presenta en la cabaña, con un recién nacido en los brazos, cierta dama principal que, arrostrándolo todo, venía huyendo de su marido a ocultar entre aquellos riscos el fruto de sus ilícitos amores con un caballero noble, también de la vecina ciudad de Plasencia. La criatura muere y la señora placentina, libre al parecer de la persecución de su esposo, acaba por amar a Libio y ser de él correspondida.

De la unión de la dama y de Libio nacieron en aquellas breñas *Dorizio y Velisa*.

A poco de nacer estos niños, el burlado marido placentino, que ha descubierto el retiro de su infiel esposa, viene a tomar venganza y asalta la choza del enriquecido Libio. En el asalto muere la infiel y escapa a duras: penas Libio, yéndose a remotos países, sin que en ellos vuelva a saber jamás de sus pequeñuelos Velisa y Dorizo.

Pasan los años y un apuesto joven llamado Dorindo seduce a la doncella Velisa con palabras de matrimonio. Inconstante, sin embargo, el amante cuando ella ya está en cinta, se prenda de Flora y concierta casarse con ella. Exasperada de celos al saberlo, Velisa se

lanza al campo como amazona y jefe de una partida de bandoleros.

El auto sacramental que en sencillos versos expone todo esto de pocos detalles acerca de la terrible vida que como tal bandolera llevara en su despecho Velisa; pero el romance que nos diera Bartantes, en el prólogo de *La Serrana de la Vera*, que forma parte de sus *Narraciones extremeñas*, los amplia como sigue:

Allá en Garganta la Olla,
en la Vera de Plasencia,
salteóme una serrana,
blanca, rubia, ojimorena.
Traq el cabello trenzado
Debajo de una montera,
y porque no la estorbara,
muy corta la faldamenta.
Entre los montes andaba
desde una en otra ribera,
con una onda en sus manos
y en sus hombros una flecha.
Tomárame por la mano
y me llevara a su cueva:
por el camino que iba
tantas de las cruces viera.
Atrevíme y preguntéle
que cruces eran aquellas,
y me respondió diciendo:
que de hombre, que muerto hubiera.
Esto me responde y dice
como entre medio risueña:
“Y así haré de ti, cuitado,
cuando mi voluntad sea”.
Dióme yesca y pedernal
para que lumbre encendiera,
y mientras que la encendía
aliñó una grande cena.
De perdices y conejos
su pretina saca llena,

y después de haber cenado
me dice: “Cierra la puerta”.
Hago como que la cierro
y la dejé entreabierta:
desnudóse y desnudéme
y me hace acotar con ella.
Cansada de sus deleites
muy bien dormida se queda
y en sintiéndola dormida
sálgome la puerta fuera.
Los zapatos en la mano
llevo porque no me sienta,
y poco a poco me salgo
y camino a la ligera.
Más de una legua había andado
sin revolver la cabeza
y cuando mal me pensé
ya la cabeza volviera.
En esto la vi venir
bramando como una fiera,
saltando de canto en canto,
brincando de peña en peña .
“Aguarda –me dice– aguarda,
espera, mancebo, espera,
me llevarás una carta
escrita para mi tierra:
Toma, llévala a mi padre;
dirásle que quedo buena.”
“Enviadla vos con otro,
o sed vos la mensajera.”

Hasta aquí lo más sustancial de su hermosa libro. Veamos, en otro epígrafe algo de los mitos con los que cree ligada la leyenda de *La Serrana de La Vera*.

El romance de *La Serrana de la Vera*, antes transscrito, tiene, por de pronto, idéntico argumento que el que sirve de base a los preciosísimos cuentos orientales de *Las mil y una noches*, cuentos rudos, que pasaron a Persia en tiempos muy remotos con los Sasánidas, de allí al califato de Damasco y luego al de Córdoba. Centenares de aquellos *romances y pliegos de cordel* que utilizase Cervantes para sus sublimes fantaseos caballerescos del *Don Quijote*, corrieron por todos los Estados árabes y cristianos de los siglos IX al XIII. Por eso, aun hoy, el investigador de nuestra *folk-lore*, *demopedia* o *demosofía*, se suele encontrar con la sorpresa de que en tales *pliegos de cordel* se contienen docenas de cuentos de *Las mil y una noches*, infinitamente más puros que las conocidas traducciones de Payne y Burton, del “Af Lailah ona Lailah”, del “Haran Afsanah” persa, del Kitab Al Filhrist de Mohammad ben Is’hak Al Nardin, y las ediciones críticas del cheikh El Yemeni, de Calcuta (1814); el “Habicht”, de Breslan (1825); de Mac Noghten, de Bulak y de Ezbekich, de El Cairo; la de Beyronta, destrozada, a uso suyo, por los jesuítas; la de Bombay, y la de Galland (1704), y, en fin, la traducción literal del doctor J. C. Mardrus, en 16 volúmenes, y la comenzada a publicar por Blasco Ibáñez.

Ocasión seria esta de censurar agriamente a Menendez y Pelayo por la dureza, la aridez y el espíritu astutamente sectario con que siempre tratara estas cuestiones de los mitos orientales que tan frondosos germinasen siempre en nuestro solar, gracias a gnósticos, árabes, judíos y demás heterodoxos. Era, sin embargo, lógico que así lo hiciese, pues que tras los mitos comparados se descubre bien pronto aquella *Religión Sabiduría* primitiva de los tiempos de la Atlántida, Religión integral y científica o *Teosofía de las edades*, de las cuales, no obstante su grandeza, son meras y pobres facetas todas las religiones positivas, incluso el Cristianismo, cosa que no convenía decir a nuestro alabado polígrafo. El tratar de esto nos sacaría fuera de los límites del presente escrito.

Digamos, pues, solo que en la introducción de aquel divino libro se nos habla de cierto sultán que descubre la infidelidad de su esposa y, rabioso de celos, ni más ni menos que *La Serrana de La Vera*, se decide a vengar en todas las mujeres, como esta en todos los hombres, la falta de una sola *Schahriar* o *Zacarías*, que así se llamaba el sultán, como *Morold*, el monstruo irlandés y aun gallego, del *Tributo de las cien doncellas*, se decide a

sacrificar día tras día a la mujer con que la noche anterior ha compartido su lecho. Siembra así el terror meses y meses, hasta que la hija de un visir, como la Judith de Holofernes, o la Iseo de mito tristánico, se resuelve a libertar a su pueblo de semejante oprobio, y, se ofrece en holocausto al monstruo compartiendo su lecho y suspendiendo el cumplimiento de la fatal costumbre, gracias a la interminable y concatenada narración de los cuentos que constituyen *Las mil y una noches*, cuyo hilo hubiera tenido que cortarse al ser cortado el de la existencia de la bella narradora.

Y ya que hemos aludido a bíblicas leyendas, no estará demás el apuntar que en el Auto sacramental por usted publicado, mi sabio amigo señor Paredes, el engañador Dorindo es dejado ciego por orden de la vengativa Velisa, ni más ni menos a como Sansón pierde los ojos y las fuerzas en brazos de la perfida Dalila, o como Holofernes y como Hércules pierden la vida respectivamente engañados por Judith y por Deyamira.

Esto último es otro detalle profusamente reproducido en cien cuentos de *Las mil y una noches*, tales como *El príncipe de las Islas Negras*; *El príncipe Beder*, de Persia; *La historia de los tres calendas tuertos y las cinco princesas de Bagdad*, etc., etc.

La Serrana bandolera de Garganta la Olla, no es, pues, sino una de tantas amazonas perversas que se complacen en perder a los hombres después de haberlos hecho caer en sus redes amorosas, como *la Kundry* del *Parsifal* wagneriano, como la feroz reina *Kalayoni*, la diosa del Deseo y de la Muerte que quiere hacer malograr la misión salvadora de Krisnha y tantos héroes de los libros védicos y, en fin, como las mil y mil mujeres celebres o anónimas que detienen, cual a Aníbal en Capua y a no pocos de nosotros en la vida, a todos los adalides humanos que se esfuerzan por su liberación, y esto, aunque parezca menos histórico que lo del ínfimo proceso placentino, lo es infinitamente más, ora porque encierra la clave de ignoradas relaciones psicológicas y gentilicias entre los pueblos al parecer más separados, ora porque guarda el secreto de las religiones todas y de su inmenso contenido simbólico que sedujo al divino Platón, ya que no a Menéndez y Pelayo, cuando aquel dijo en el *Phedro* que “los mitos son vehículos de grandes verdades muy dignas de ser estudiadas”, como hoy se quieren empezar a estudiar en las cátedras de religiones o mitologías comparadas. Cansados ya, en efecto, de tantos y tantos embustes

históricos –y si no, véanse los *partes oficiales* de la guerra actual– justo será que algún día busquemos en las fábulas la historia, quizá contra el parecer de usted, mi noble amigo.

¡Oh, que de sabias enseñanzas no pueden derivarse de los mitos o fábulas del sublime Oriente...! ¿Quién no ha temido alguna vez en la vida tropezar con alguna perfida *serrana*, cual la de la Vera, y ser llevado por ella, al modo del príncipe de Beber, a la *ciudad muerta* de la Isla de los Encantos (vulgo locura, crimen, deshonra, suicidio, agotamiento) para allí ser transformado por ella en bestia, como Nabucodonosor, o en paciente jumento infeliz, cual era *El Asno de oro* de Apuleyo, a virtud de aquella acerada frase de nuestro Campoamor, que dice:

¡Ay del que va del mundo a alguna parte
y se encuentra a una rubia en su camino!

Dorindo del auto sacramental, pierde la vista a Manos de la vengadora Velisa, *Elisa* o *Felisa*... También la perdieron casi aquellos tuertos *calendas* de *Las mil y una noches* por su viciosa curiosidad de querer abrir la puerta de la felicidad con la llave del sexo, causa de la desdicha del vivir, en lugar de franquearla valerosa por el esfuerzo libertador de la conducta recta y los redentores sacrificios de la propia renunciación.

Las personalidades de Dorindo y de Velisa, análogas a las del Sigmundo y Siglindo de *La Walkyria*, de Wagner, capítulo aparte merecerían por eso.

Puntualicemos, pues.

Al auto sacramental tantas veces citado, de *El amante más cruel* y *Serrana bandolera*, debió precederle la leyenda de *la serrana* inmortalizada por el romancero. Es más, creo que aquel debió introducir en la leyenda; primitiva el desdoblamiento de un personaje: el del infiel amante de Velisa, a quien en el auto se llama Dorindo, mientras que denomina con un nombre casi igual, el de Doristo, al hermano de Velisa.

Sospecho, en efecto, que Dorindo y Doristo en la perdida leyenda fueron un mismo personaje, el del amante de Velisa, que sería al par su hermano, sin saberlo.

Hace ya años, hablando con mi amigo placentino francisco Navarro, este me refirió algo

de sus propósitos dramáticos acerca de la hermosa leyenda. Si no recuerdo mal, los dos amantes Dorindo y Velisa eran para el hermanos asimismo, sin saberlo.

El auto sacramental deja transparentar también esto, pero como no pudo permitirse la genial valentía que se permitiese Wagner en su *Walkyria* o Esquilo en su *Edipo* respecto de tales amores incestuosos, desdobló en dos el personaje en cuestión, con daño seguramente del interés trágico de la obra. Dejó, sin embargo, el *hilo suelto* de los hermanos amantes, creando el ficticio y anodino personaje de flora amada y hermana paterna también de Dorindo.

Si mi conjetura fue cierta, cosa que sólo un estudio más amplio podría esclarecer, contaríamos con un dato valioso para el abolengo asturiano y celtíbero de no pocas gentes del extremeño solar.

No ignora usted; mi gran D. Vicente, que todos los mitos nórticos de los Eddas escandinavos, alma de las obras maestras de Wagner, *Lohengrin*, *Tristán e Iseo*, *El Anillo de Nibelungo*, etc., existen, apenas modificados, en Asturias, según he podido comprobar recientemente en un viaje *por tierras de Don Pelayo*. A usted, por otra parte, en sus *Framontanos celtíberos*, debemos la idea feliz de que, tras el juego bélico de la reconquista, moros y cristianos no debatían tanto una cuestión religiosa o de raza, como un problema de ganadería trashumante para la que los cristianos necesitaban los pastos invernales andaluces y extremeños, y los moros los pastos veraniegos de las serranías castellanas, leonesas y astures, haciendo por eso entradas razas incompatibles.

Sí. A lo largo de la formación geológica siluriana que corre desde Asturias y el Norte de Portugal hasta Despeñaperros a través de la Carpetovetónica y la Oretana, el pueblo galaico astur realizó su colonización como muchos siglos antes de realizase la de la Irlanda del Gædil y poco después la de las tres Américas. Ese pretendido dialecto extremeño que en vano quiso hacer pasar como tal en sus mejores versos el llorado Gabriel y Galán en sus finales en *u* y sus palabras *elípticas*, no es sino un asturiano o *bable* de buena cepa. Con su colonización vinieron sus célticas leyendas y entre ellas las de los dos amantes, hermanos sin saberlo, que es el nudo de *la segunda jornada del Anillo de Nibelungo*, que lleva el nombre de *La Walkyria*.

¡Cuántas veces, extasiado con la magia del inefable *drama lírico* de Wagner, representado en el teatro Real de esta corte, me he lamentado con mis amigos de no haber podido hallar precedentes en España del infeliz amor de Sigmundo y Siglinda...! Después de conocer *Serrana bandolera*, entreveo la posibilidad de tropezar algún día, sin embargo, con la leyenda asturiana, extremeña o portuguesa de los dos hermanos welsungos, hijos del amor de Wotan cuando éste forzara a la Madre Naturaleza para arrancarla sus secretos más profundos. El tiempo juzgará acerca de mis esperanzas. Esos hermanos-esposos, tronco de poderosas razas guerreras, si son un mito en los Eddas y en el Panteón greco-romano, fueron una histórica realidad en el maravilloso imperio de los Incas de Bolivia y el Perú, que a manos de la ruda belicosidad extremeña viniesen a tierra con asombro de los siglos... No hay que olvidar, en efecto, que las dos orillas del Atlántico se parecen todo, y que los mitos mexicanos y peruanos son gemelos de los norticos y de los ibéricos, antes de Grecia y Roma.

En resumen, amigo mío. Con sus pacientes estudios, nunca bien agradecidos en Extremadura, pone usted sobre el tapete no ya un hecho histórico de un proceso que se lee con placer par reflejarse en el todas las modalidades de los procesos célebres; ni siquiera una de tantas leyendas poetizadas por el romance y el texto, sino todo un enredijo de fragmentos de mitos un día pujantes y frondosos en nuestra región y hoy desarticulados, fragmentarios y casi perdidos, traídos unos por los árabes y judíos, conservados otros en nuestro ibérica solar, desde mucho antes que a él llegaran las primeras naves griegas y fenicias.

Toda una tragedia al modo de la de los *atridas* en la Trilogía de Esquilo se adivina tras las desventuras de Dorinda y Velisa, émulos de aquellos Felesindos, Floriseas, Elisas, Elsas, de cien mitos distintos que, ora aparecen como el de la novela precursora de la cervantina de Pérsiles y Segismunda en pleno imperio de Oriente, ora vienen del Norte a inspirar al músico poeta más grande que ha existido. Todo un misterio astrológico se transparenta en la leyenda de esa mujer principal que, como la perseguida Isomberta o Elisa de la leyenda medioeval de *El Caballero del Cisne*, da a luz entre las escabrosidades de las sierras a dos o más hijos. Toda la levadura de *Las mil y una noches*, en fin, se nos ofrece pura y fresca

cual recién trasplantada de Oriente, con esas amazonas bravías, Girces o Calipsos, que son al par seducción y ruina de los infelices viajeros, de los hombres todos que entre luz y tinieblas caminamos, ciegas quizá como Dorindo, tuertos de un ojo por lo menos —el de la intuición y el recto sentido— como los calendas de Balsora, a lo largo del áspero sendero de la vida, en el que suelen castigarse acaso con más rigor nuestros errores que nuestras culpas...

FINALISMO, NO POSITIVISMO

Para el positivismo no hay más que un universo sensible, físico, que se aprecia mediante el testimonio de los sentidos. Con el microscopio se asombra ante el edificio de los átomos; con el telescopio se pasma ante la grandiosidad de los mundos...

Si mira después al hombre, encuentra en él un compuesto orgánico que empieza por no pensar, por no querer y por sentir apenas. La vista le ofrece al comenzar su vida un panorama espléndido: los cielos azulados o tachonados de estrellas; el verde follaje de los aires; la movilidad de las aguas, la alegría de las praderas y lo sombrío de los bosques donde las aves entonan sus gorjeos. El oído a su vez le permite escuchar múltiples sonidos, distinguiendo su dulzura o su fuerza; su dirección y su tono; su intensidad y su timbre. El tacto le advierte que hay objetos distintos de él y que como él ocupan un lugar en el espacio. El gusto, el olfato, en fin, le brindan delicias, ya con el perfume de la selva, ya con los sazonados frutos que penden de los arboles. De todas estas impresiones se va despertando un sentimiento en su ser, una idea en su inteligencia adormecida. Una incendiaria chispa brota también de su imaginación. Compara, rectifica, ensaya, analiza; nuevamente percibe; nuevamente también vuelve a comparar y a rectificar, y así va desarrollando la infancia de sus potencias; robusteciendo la debilidad de sus juicios, la pobreza de su memoria, la ignorancia de su razón y la inercia de su voluntad. ¿Queréis estudiar la historia del hombre para penetrar en el arcano de su ser? Pues meditad acerca de la inimitable descripción del primer día del hombre sobre la tierra, brotada de la elegante pluma de Buffon.

Tal diría el positivismo.

¿A que finalidad tienden todas las cosas a lo largo de su vida? —preguntan a su vez las escuelas finalistas—. Investiguemos.

Cada movimiento tiene su objeto; cada proceder o actividad, su método; cada

consecuencia, sus principios; cada ser, su fin. En todo cuanto nos rodea late una fuerza desconocida, una afinidad o una repulsión; un algo que camina hacia su fin. No parece sino que las moléculas se aman o se odian; que los átomos mismos participan en algún modo de la vida de los seres superiores. Odianse, por ejemplo, el cloro y el oxígeno, al menos en sus principales combinaciones detonantes; amanse, en cambio, el cloro y el hidrógeno, el oxígeno y el potasio. Diríase que todos anhelan, al actuar unos sobre otros, lograr una perfección que no logran en su propia esfera, y que en su vitalismo evolutivo, el mineral ansía imitar a la planta y al animal. La sensitiva y otras plantas, por su parte, al enrollar sus hojas, se asemejan al gusano cuando se defiende; al erizo cuando opone sus espinas al que intenta cogerle. El hombre, remedado por las prensoras y por los simios, remeda asu Creador trabajando en creaciones. Piensa en lo espiritual, en lo superliminal o suprasensible, después de haber percibido lo meramente físico. Siente, porque tiene mente pensadora, y piensa, porque vive...; pero ¿cuál es el fin de su vida y el objetivo de su actividad?

Semejante finalidad no puede ser otra que el perfeccionamiento armónico de todas sus facultades diferentes, 0, en síntesis, el perfeccionamiento de su ser. Mas, ¿cómo puede enlazarse la grandeza de una finalidad que tiende a lo infinito, con una existencia siempre atormentada y mísera, una duración fugaz como placer de un día, y un campo de percepción y de estudio tan ilimitado como impropio? Es acaso apropiada cárcel el deleznable cuerpo humano para una razón que, siendo limitada, vuela, sin embargo, a plácidas regiones eternas; para la voluntad, siempre anhelante del bien futuro; para la imaginación sonriente o amenazadora, serena o tempestuosa, hermosísima u horrible como los objetos que representa; para una facultad, por decirlo pronto, ante quien la realidad es siempre un estrecho lecho de Procusto y ante la cual son nada las categorías filosóficas fundamentales de espacio, tiempo, número, existencia y fuerza...? ¡Hay otra vida después de esta, otra vida que no es sino la continuación evolutiva y transformada de la Vida...! El hombre, después de la muerte, vive y progresá en los mundos siderales; acaso en los espacios sidéreos mismos...; quizá en la propia Tierra, de cuyo sér espiritual forma parte no menos que de su ser físico...

El Universo es un organismo. Los seres que le integran son, más que un confuso agregado de entidades antagónicas, una admirable organización determinada por la invisible y misteriosa cadena de la condicionalidad de sus fines respectivos. Negarlo, es estar ciego para la universal armonía de las cosas, pues que tal armonía supone la variedad en la manifestación y la unidad de la esencia, a través del eterno devenir evolutivo.

Por eso mismo, la organización del cosmos no es sino una serie indefinida de organizaciones sucesivas que, partiendo del prothilo, de la substancia primordial (Chaos griego o Mula-prakriti hindú) van sindicándose sucesivamente bajo el Hálito invisible del Logos o Supremo Espíritu en unidades crecientes y de perfecto carácter matemático, a la manera como los sucesivos segundos acaban, al cabo de sesenta de ellos, por hacer avanzar un lugar la rueda de los minutos, éstos la de las horas; estas las de los días, las semanas, los meses, los años y los siglos en continuidad indefinida. Por eso también *todo es abstractamente Cosmos o Armonía*, y nada es concretamente *Cosmos*, porque la armonía a coordinación numérica-serial de las organizaciones sucesivas, lo mismo se da en lo inmenso que en lo infinito; y es cosmos el átomo, cosmos el cometa, quien ya pasea por el ámbito de los cielos su organización incipiente, germen de nuevos mundos; cosmos cada sistema planetario en torno de su sol o soles respectivos; cosmos la nebulosa de la Vía Láctea con sus cien millones de soles agrupados en su seno; cosmos, en fin, por antonomasia, el conjunto (límite actual de nuestras percepciones directas) formado por dicha nebulosa y los demás millares de ellas que han descubierto nuestros telescopios.

Hay que decir, pues, con el clásico: TODO CONSPIRA, o contra una doctrina bien conocida que se tiene por religiosa, siendo en realidad atea, negociante o impía: Todo medio, antes de ser medio para algo, es fin en si mismo... ¡imposible el, con malos ladrillos, hacer un sólido y perdurable edificio!

Quienes lo pretendan, por mucho que se esfuercen, harán siempre un trabajo estéril: ¡el de los tristes nibelungos wagnerianos! ¡El del vano trabajo de *Mimo*...!

LA SABIDURÍA PERDIDA Y SUS MITOS

Sabemos, por *La Doctrina Secreta*, que en los tiempos del mayor esplendor de la Atlántida, la magia de las Edades se dividió en dos Senderos: de la Diestra y de la Siniestra, a tenor del bueno o del mal empleo que se dió a la Mente, puesto que el Conocimiento en sí no es bueno ni malo, sino según el uso que hagamos de él. “¡Dividamos para tiranizar!”, dijeron los sacerdotes perversos. “¡Unámonos para resistir!”, dijeron los Iniciados de la Buena Ley; y al efecto, los Conocimientos Mágicos, es decir, la Sabiduría, se hicieron más y más cultos, y el *Templo* quedó sepultado entonces e inaccesible a los profanos pecadores.

Este hecho, por remoto que sea, ha dejado huellas en los mitos de todos los países. Demos hoy sobre ellos una ojeada general, seguros de que nuestros lectores habrán de agradecerlo.

El mito nótico o proto-semita escandinavo, al tenor del “Welsunga Saga” y de los “Nibelungenlied” que sirvieron de base a los argumentos del drama musical de Wagner³⁶, principalmente de *El Anillo del Nibelungo*, encerró aquel recuerdo en el llamado “Pozo de Mimer”. En efecto, Wotan, el dios equivalente al *Zeus Pithar* o Júpiter grecorromano, cuando necesitó beber las Aguas de la Sabiduría en dicho “pozo” o caverna, tuvo necesidad de perder previamente un ojo, quedando, por consiguiente, tuerto, aunque en realidad esto último no sea sino un intencionado velo, pues no es que perdiese su vista ordinaria, sino que le fue preciso desarrollar *el tercer ojo* que hoy yace en atonía en nuestra glándula pineal; el ojo de Siva; el ojo de la Intuición, de la facultad angélica, que nos permite lograr la Sabiduría por sublime concepto, no por lento y humanae discurso.

El mito hebreo, desnaturalizado heredero de aquel otro, nos presenta la misma enseñanza en el capítulo XXXVII del *Génesis*, donde relata la persecución de diez hijos de

³⁶ Pueden ellos verse por extenso en nuestro *Wagner, mitólogo y ocultista*.

Israel contra Joseph, o *Io-sapho*, es decir, contra la misma Sabiduría; la Religión luni-solar de IO. Dice, en efecto, así el pasaje bíblico:

Israel (otra forma fonética de Io o Isis) amaba a José sobre todos sus hijos, y viéndolo los hermanos de este, le aborrecieron, no pudiendo hablarle pacíficamente cosa alguna. Además, José les había contado un sueño que les acrecentó en su odio; pues les dijo: “Una vez soñé que estábamos atando gavillas en un campo; y mientras que mi gavilla se mantenía enhiesta; las vuestras todas se inclinaban adorando a mi gavilla.” A lo que los hermanos dijeron irónicamente a José: “¿Por ventura serás nuestro rey y señor...? Así los hermanos ardían contra él en iracunda envidia.

Y como estos últimos acampasen en Sichém (variante de *Psyche* o *Psuche* griego, para expresar que yacían en pasionales estados psíquicos, tan por bajo de la genuina espiritualidad de Io), Israel dijo a José que fuese en busca de sus hermanos. José obedeció, y dejando el valle de Hebrón, salió en su busca, errando a la ventura (es decir, como peregrina siempre la perseguida verdad, deseosa en vano de ser útil al desdichado mundo). En esto encontró un hombre que le preguntó qué buscaba: “Busco a mis hermanos – respondió–. Señálame dónde apacentan sus rebaños.” A lo que el hombre le dijo: “Se retiraron de aquí para Dothain.” Y allí fue José, hallándolos.

Los hermanos, cuando le vieron acercarse, decidieron matarle, diciéndose: “¡Allí viene el soñador! (frase que ha quedado estereotipada desde entonces en labios de los profanos contra los teósofos o cultivadores de la Sabiduría de Io). Diremos, luego a nuestro padre que una fiera muy mala le devoró. Así se verá de qué le sirven sus necios sueños.”

Pero Rubén (la Raza roja Atlántica), oyendo esto, se esforzaba por libertarle de las manos de ellos, diciéndoles: “No le quitéis la vida ni derraméis su sangre; más arrojadle en esta cisterna que esta en el desierto.” Desnudáronle, pues; y le introdujeron en la vieja cisterna 0, como si dijéramos; en la caverna iniciática y en el Pozo de “Mimer”, de donde, a espaldas de Rubén, pronto hubieron de sacarle para venderle, como el sacerdocio, siempre egoísta, vende simoníacamente los tesoros de la Sabiduría...

Con pena renunciamos a seguir el bellísimo mito, con el relato de cuanto aconteció

después a José, desde que los mercaderes de Galaad (o de la “altura sagrada”) se le llevaron a Egipto, con todas las simbólicas aventuras de la mujer de Putifar, de la prisión de José en Egipto, en unión del copero y del panadero del rey, a quienes interpretó sus sueños, y de cómo, en fin, José esclareció también a Pharaón el suyo de las siete vacas y las siete espigas gordas y otras tantas flacas, viniendo, por ello, a ser su favorito, con lo que el sueño primero de José tuvo plena realización. Todos nuestros lectores recordarán estos pasajes, desde su dorada infancia, sin duda alguna.

A poco que meditemos, advertiremos que la esencia de este mito es la de la ocultación de la Sabiduría o de *Io-sapho* en profunda caverna iniciática y su retorno final para de nuevo reinar entre los hombres. Algo, en fin que luego vemos en la Scenopegia macabea, cuando, después de su cautividad, el pueblo escogido saca de las entrañas de la tierra el fuego Sagrado, que no era otro que el de la Iniciación. Quien desee pormenores sobre ello puede verlos en el capítulo IV de nuestra obra *De gentes del otro mundo*, dedicada al estudio de Io.

Esta simbólica muerte y resurrección de *Io-sapho* no es otra cosa que el simbolismo encerrado en el Evangelio. Jesús, en efecto, es martirizado, encerrado en un sepulcro, cueva, cisterna o pozo, del que resucita glorioso al tercer día, volviendo entre sus apóstoles para instruirlos. No podía ello ser de otro modo, supuesto que el nombre de *Iesus*, como *Io-sapho Io-agnes o Juan*, e *Israel* no son sino una de tantas otras permutaciones ocultistas o *temuras* del sacro nombre, de Isis o Io.

Dada, por otra parte, la grandeza iniciática de *Las mil y una noches*³⁷, el mito no podía faltar, y no falta, en efecto, en ellas. El lector puede hallarle en el cuento del *Jorobadito*, que, en esencia, dice así:

Cierto día llegó a la puerta de un sastre un gracioso jorobadito, haciendo mil juglerías. El sastre y su mujer, encantados de estas, se le llevaron a cenar; pero, al comer aquel un trozo de pescado, se le atravesó una espina en la garganta, y los consortes, teniéndole por

³⁷ Se entiende de las primitivas leyendas de este nombre, no las groseras mistificaciones y aditamentos con que las envilecieron los árabes con la necromante versión de ellas que luego tradujeron Mardrús al francés, y al español Blasco Ibáñez.

muerto y temiendo a la justicia, trataron de librarse del cadáver, llevándole a la puerta de un medico judío que vivía pared por medio de ellos. Dando un fuerte aldabonazo, le dejaron allí y escaparon contentos de su astucia. Bajó el médico a obscuras, tropezó con el cadáver al bajar la escalera y creyó que, en su precipitación, había matado al enfermo, por lo cual, él y su mujer, le llevaron al terrado y por la chimenea le hicieron caer en la casa del vecino, un comerciante musulmán.

El buen proveedor del sultán, viendo deslizarse así un supuesto ladrón por la chimenea abajo, sólo se le ocurrió recibirle a palos, y cuando le vió muerto, pensó que le había matado, y en unión de su mujer, trató de “echar el muerto” a otro vecino, que así se viene diciendo desde entonces lo de “echar el muerto” a toda la complicada serie de nuestros egoísmos por los que siempre pensamos en echar la culpa a los demás de todo lo malo que nos acontece en la vida...

Colocado, pues, el muerto en pie derecho por sus supuestos matadores, contra la puerta de la casa de un ricacho cristiano, éste, al abrir al amanecer su casa, de regreso de una orgía, tropezó con el cuerpo. Creyendo que era un ladrón, arremetió contra él y de un puñetazo le dejó tendido en la calle, de donde pronto le retiró la justicia, prendiendo al infeliz cristiano y disponiendo que fuese inmediatamente ahorcado por su criminal acción.

Mas, por lo visto, en aquel tiempo había mucha más conciencia que ahora, pues sabedor de ello el comerciante musulmán, se apresuró a denunciarse él como verdadero autor del delito, y no el otro. Iba ejecutarse la sentencia de muerte en el comerciante, cuando he aquí que llega el médico judío abogando por la inocencia de aquel y confesándose culpable. El juez decreto que fuese ahorcado el médico, y, no bien se le iba a ejecutar, aparece el *sastre* de marras diciendo que él y no el médico era el verdadero delincuente, pues que había causado involuntariamente la muerte del jorobadito al darle el pescado cuya espina se le habla atravesado en la garganta al infeliz.

Aclarada así la cosa, el dogal del verdugo oprimía ya la garganta del sastre, cuando hete aquí que llega corriendo uno de los siete barberos de que el cuento da noticia, quien, con asombro de los circunstantes, dice –cual Jesús con la hija de Jairo– que el jorobadito no está muerto, sino dormido. En efecto, abriéndole la boca, le extrajo la espina de la

garganta con la más consumada, pericia y le tornó a la vida.

Tal es, en esencia, la parte del cuento que *Las mil y una noches* que interesa para nuestra tesis; pero conviene dar algunos detalles indispensables acerca de su hondo simbolismo.

Por de pronto el jorobadito Ajib, leído en bustréfodo, o sea a la inversa, es *Bija*, *Jiva* o *Shiva*, uno de tantos sobrenombres del Sol y del culto luni-solar de Io. Representa, por tanto, la religión troncal o primitiva Sabiduría de la Humanidad, a la que han creído dar muerte las religiones exotéricas. Por eso era un juglar o bardo el jorobadito, es decir, un cantor de la dicha religión primitiva, y el primero de sus supuestos matadores no es un *sastre*, sino un *shastra*, es decir, un brahmán constante comentador del *Manava-dharma-Shastra* y de los *sahstra* de los Vedas. Aterrado así el brahman de su crimen, trata de echar el muerto al terapeuta o curandero judío, este a su heredero el culto cristiano y, en fin, este al musulmán, y cuando todos resultan convictos y confesos del horrible delito, es decir, en el ultimo día de los tiempos en el que como dice un autor “los pecados de Israel sean perdonados en gracias al polvo de las iglesias cristianas”, he aquí que la supuesta muerte de la sabiduría primitiva³⁸, es un sueño del que sale al fin, como José de la cisterna, Jesús del sepulcro, Osiris de su tumba y, en general, todos los Iniciados, resucitando de entre los muertos, cual el Sol, después de morir aparentemente en el solsticio universal, resucita para dar al mundo la vida de una nueva primavera...

Multitud de mitos secundarios aluden al mismo hecho, tales como el de los ladrones de Hillel, maestro de Jesús, el de las parábolas de los ladrones, de éste; el del *Buey morito* y del *Buey Nardú*, etc., pero de ellos pocos tan hermosos cual lo es el gran mito de Hiram Abif, adoptado por cierta Institución. Consagrémole unos párrafos al tenor de lo que corre consignado en diversos libros de esta materia, que con nuestro habitual criterio teosófico nos permitiremos ampliar cuando convenga.

³⁸ El hecho oculista de que un Animal Sagrado y un Ángel Planetario animan a cada planeta, suele representarse respecto de aquel en no pocas pinturas de las llamadas rupestres, donde se ven, por ejemplo, animales con enormes gibas que representan el respectivo globo que dicho animal planetario sustenta. De aquí también el mito de Atlante con el mundo sobre sus hombros y los relativos a los *jorobaditos*, cuyas deformidades parecen también *mundos* y son tenidas por símbolos de la buena suerte.

Salomón, rey de Israel, deseoso de elevar un templo a la gloria del Oran Edificador del Universo, pidió al rey de Tiro, su amigo y aliado, que le enviase a su más hábil arquitecto. Éste le remitió entonces a Hiram Abif, celebrado por sus profundos conocimientos y altas virtudes y considerado como el más sabio arquitecto de la Humanidad. Hiram se encargó inmediatamente de la dirección de las obras, coordinando todas sus partes con previsora prudencia y arte exquisito, y levantándose al amanecer, vigilaba por sí mismo todos los trabajos.

Como el numero de los obreros era inmenso, le fue preciso a Hiram el distribuirlos para el mejor orden en tres clases: aprendices, compañeros y maestros, teniendo en cuenta sus meritos y condiciones respectivas, y como los salarios establecidos eran distintos, para que ninguno usurpase a otra lo que le correspondía, dió a los obreros contraseñas adecuadas... Los trabajos adelantaban rápidamente; y cuando ya se aproximaba el término de la edificación del Templo, tres compañeros, descontentos de su paga, e impacientes por ser Maestros, sin merecerlo por sus negligencias y defectos, decidieron obtener por fuerza la Palabra Sagrada, arrancándosela al Maestro, aunque fuese preciso para ella darle muerte, para una vez en posesión de ella, presentarse en toda la Tierra como tales Maestros de la Divina Sabiduría.

Sabedores los falsos compañeros de que todos los días al dar las doce visitaba Hiram el edificio durante la ausencia de los trabajadores, convinieron, para realizar su funesta designio, apostarse en las respectivas puertas del Templo y esperar allí la llegada del Maestro. En efecto, el primera se colocó en la puerta del Norte, el segundo en la del Mediodía y el tercero en la de Poniente, y cuando Hirám fue a penetrar por la primera de dichas puertas, X... le atajó el paso pidiéndole la Palabra Sagrada, y como el Maestro se la negase le hirió de muerte... Otro tanto acaeció con los otros dos perversos compañeros apostados en las otras dos puertas, y juntos luego los tres, cogieron el cadáver del Maestro, llevándole a enterrar a un lugar distante, donde, por la acacia simbólica, símbolo de la pureza, no tardaron en encontrarle los nueve Maestros elegidos para sucederle.

Yacían, pues, en recogido y doloroso silencio todos los fieles discípulos de Hirám Abif, sin saber cómo terminar el grandioso Templo ni como recobrar la Palabra Sagrada de su

Clave Maestra, llamada a coronarlo en el Sancta Sanctorum, cuando he aquí que unos compañeros que por fuera vigilaban el Templo acertaron a encontrar en las inmediaciones del misma a un jovenzuela ensimismado, distraído y como fuera de este mundo y de sus míseras vanidades efímeras. Sorprendidos por su actitud, que contrastaba con los rasgos de su infantil inocencia, le condujeron al templo, donde se le pidió la palabra de paso, y se reprodujo con el simbólicamente la escena misma acaecida antaño con el perdido Maestro Hirám Abif, porque o se negaba, en efecto, como éste, a dar la palabra sagrada, o bien, más probablemente, en su total ignorancia de niño, no había llegado aun a conocerla. Yacía, pues, en el sepulcro el joven, cuando, movido por extraño presentimiento, el maestro principal del directorio de los nueve que habían sustituido pobemente al llorado Maestro Hirám, se llegó al sepulcro donde yacía aquel y le pidió la Palabra Sagrada Nueva que había sustituido a la infinitamente más poderosa y perdida Palabra Primitiva. Entonces, “de la boca al oído”, se la dio el Inocente Niño, y no solo hizo esto, sino que, transfigurándose en aquel mismo punto, apareció deslumbrante y refulgente como el mismo Sol de medio día, rodeado de la aureola trascendente del eterno y nunca muerto Maestro Hirám Abif, del que el Maestro era inefable hipóstasis... No hay que añadir que a partir de aquel apoteótico Día de los Tiempos, el perdido Culto de la Verdad sin Velos la Ciencia de las Religiones y Religión de las Ciencias, o Sabiduría luni-solar de Io volvió a imperar sobre los hombres, trayendo con ello otra vez la Edad de Oro a la superficie del Planeta; pero no una Edad de Oro como la anterior, dada protectoramente por los Pitris o Padres, sino una Edad de Oro conquistada por el esfuerzo de todos aquellos espirituales Constructores que supieron dar cima a la obra del Gran Templo sin necesitar la fuerza visible del Maestro...

El lector que nos haya seguido a lo largo del divino mito habrá entrevisto al punto multitud de correlaciones del mismo con otros similares, pero sobre todo con el grandioso *Parsifal*, que en forma de nuevo Misterio Antiguo nos supo dar en drama musical Wagner, el coloso de Bayreuth³⁹.

³⁹ Para más detalles véase el capítulo último de nuestro citado libro demostrativo del esfuerzo hacia la restauración de los Misterios Menores antiguos que supone la obra wagneriana.

No es esta la ocasión de apurar todos los pormenores analógicos entre uno y otro mito. Baste decir que Hirám Abif es el *Tirturel*, rey primitivo del Grial, ya muerto, aunque sólo aparentemente. El Maestro principal del Directorio de los nueve sucesores de Hirám, es su hijo y sucesor, el dolorido Amfortas, “cuya herida de dolor y de sexo no puede sanar basta que no retorne al Grial el divino elegido, el Esperado, el Deseado de las Edades”, mientras que el joven *Parsi-fal* o *Fal-patsi*, sorprendido en las inmediaciones del Sagrado Bosque, es el novel iniciado, la pura, nueva e ideal reencarnación del Maestro, que retorna entre los hombres purificados por su esfuerzo y sufrimiento, para dar al humano Grial, al Templo de la *Humanidad misma*, nuevos y mayores esplendores en nuevas universos de perfección, con novísimos kalpas de vida...

Si deseáis, sin embargo, más conexiones mitopeicas, podéis traer a ellas todo el culto ophita y caldeo, porque Hirám, en cierto, es Mara, Isis o María, en suma; porque Hirám, escrito con mayor pureza española, es Nari, la Luna, el planeta Padre y antecesor del nuestro según las teogonías. Esto sin contar el paralelismo que la leyenda en cuestión tiene en el propio Tíbet con la sucesión del Gran Lama de Lhassa, quien, a su muerte, reencarna en su sucesor, generalmente un inocente niño que, como el iniciado del mito hirámico, muestra, a pesar de su edad, los treinta y dos poderes del Adeptado y las Virtudes todas de la Perfección, ni más ni menos que las mostró el joven Buddha, o sea el *Hiram* de Kapilavastu, quien con ellas, como Jesús también ante los doctores, hubo de maravillar a sus propios maestros...

¿A qué seguir, si con lo apuntado tiene de sobra la despierta intuición de nuestros lectores? Verdaderamente que el Templo de la Sabiduría Primitiva no está destruido ni sepultado, sino oculto tan sólo a las miradas de los mortales, quienes por causa del tupido Velo de Isis de sus pasiones, no pueden verlo, ni casi intuirle apenas, pero que existe, accesible siempre a ese Dios Interior de nuestra Conciencia o *Alma Buddhi*, del que somos todavía tabernáculos indignos...

ESPRONCEDA, MÍSTICO

La mística es el nervio de la lírica. ¿Cómo no habría de ser místico el príncipe de la lírica española?

La Ciencia, esa magna lírica de la humanidad, como un Todo vivo, arranca, trozo a trozo, sus secretos al Misterio, pero el *Misterium magnum*, que diría Paracelso, está en el hombre mismo, y el Genio, el Satán humano, aspira con la mística a resolver de golpe, en los cortos momentos de su paso sobre la Tierra, aquel Misterio que acaso dé resuelto la Ciencia en su día postrero, el día de su apoteosis triunfal, el día en que se unifique con lo divino.

La senda de la Ciencia es de todos. Para la carrera triunfal de la Humanidad, por ella todos aportamos un infinitesimal esfuerzo. Empero la senda es ¡ay! de cada uno; y el valeroso paladín que la remonta, simbolizado en todos los Satanes y Prometeos, en todos los héroes religiosos, cuanto en los incomprendidos libros de Caballería, puede tener la seguridad de que irá sólo, espontáneamente sólo, y de que la Naturaleza le será hostil y la Humanidad le será enemiga, y le abandonarán los seres queridos, y le combatirá su propio cuerpo, y hasta el Padre Celestial verterá sobre su frágil cáliz y desde alturas olímpicas, cataratas de hieles, lava fundida que le abrase sin compasión alguna; porque la dinámica del Universo es ley de fuerzas, todo lo que su estática es ley de inercias, y no en vano el pretende el es fuerzo místico, venciendo todas las inercias, precipitar una marcha evolutiva de gran radio y para todos, marcha que precisa para la Humanidad kalpas infinitos.

Hay varios momentos solemnísimos en la evolución del místico.

El primer momento es épico: cifra todo en la contemplación de la naturaleza, en sus cielos, en sus iris, en sus paisajes; en suma, en su grandeza. Chispa divina, el hombre, quiere atesorarla en sí, apoderarse de ella...; pero, ¡ay! su vaso es frágil y pequeño para

abrir tanta sublimidad. Además, en la Naturaleza todo cambia, se destruye todo; y lo que cambia y se destruye pugna siempre con esa íntima persuasión que tiene el hombre de que su esencia es permanente y superior a la objetividad que le cerca. ¿A qué fiarse, pues de lo que siempre cambia? ¿Para qué llamar con lágrimas, con gallardías, con vanos conatos taumatúrgicos a lo que no responde, a lo que, en su inconsciencia ciclópea, no distingue de grandes ni pequeños, de héroes ni cobardes, de justos ni de injustos?... ¡*Parla!*!, le dice el místico a la Naturaleza, cual Miguel Ángel a su estatua. Pero la Naturaleza permanece muda; el místico llora su insignificancia y, bajando silencioso de la cumbre objetiva, se retira vencido.

Y he aquí el segundo momento, el momento dramático, aquel en que el paramístico busca en la Humanidad lo que no hallara en la Naturaleza. La Humanidad, al menos, le responde, ¡y cuán fuertemente! con el sexo en todas sus divinas grandezas creadoras y toda su grosera animalidad. Mas, una vez pasado el amoroso deliquio, viene el hastío, el resurgir más potente del deseo, el ansia infinita de poseer por siempre lo que también es dolorosamente transitorio, mayávico... El corazón del místico, que se alegrase un punto al ver que sus anhelos hallaron eco y falsa satisfacción de un día, sufre un segundo golpe, aún más amargo que aquel otro que le descargase el yerto mutismo de la Naturaleza. Para mayor dolor, todas las miserias humanas completan el fracaso espiritual del amor físico, con la letal indiferencia de los extraños, con las ingratitudes de los amigos, y con ese ambiente cruel de la humana injusticia, que parece quererle cortar su misteriosa carrera hacia lo divino, cual los fantasmas y endriagos a todos los héroes de la andante Caballería... ¡Tampoco allí halla la paz el místico!

Pero de este rudo combate que deja, cual despojos mortales, el cieno y el hastío, nace un fénix inmortal: la lírica. Si es ley cósmica la de que nada se crea ni nada se destruye, esta ley ha de cumplirse, y de hecho se cumple en el paramístico. Vistas desde el lado interior tamañas derrotas aquellas, aparecen, por una ley de simetría geométrica, dos señalados triunfos. Aquella Naturaleza, indiferente y fría en apariencia, se muestra esplendorosa en las cálidas evocaciones de la fantasía vivificada por las añoranzas del sentimiento del bien perdido. Dócil a la magia interior, reproduce, a voluntad del feliz vencido, todos sus

cuadros, sin sujeción a esas tiránicas leyes objetivas de tiempo, espacio, forma, nota, color o número... El vencido entonces se ha transformado en un dios. Aquella su Naturaleza-Misterio, le obedece, aprisionada por una facultad: la fantasía.

Pero el triunfo dista mucho de ser completo, porque la humano aún no le ha obedecido, que no basta la más fértil fantasía para sorprender los resortes de la dinámica humana, los secretos de las intenciones, los abismos sin fondo del corazón... He aquí también la decepción del lírico. Dolorido, amoroso, suplicante, mariposea en torno de un problema que es, para aquella facultad, insoluble. El lírico rasga los aires con su dolor, y lejos otra vez del Verbo que, desconocido, le animara, canta, con el ilustre salmantino.

¿ Y dejas, pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto?
¿ Y tú, ¿ rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Y viene ya el cuarto estado, el de la lírica sin palabras, el de aquella visión en la ciudad de los eternos ciegos, que decía Schiller: la del colorista a quien le habla el matiz; la del matemático, a quien le cantan los números; la del músico, que alcanza a columbrar cristalinas cascadas de colores en los poemas sinfónicos y dulces esfumados de melodía; la del poeta, en fin, cuyo ritmo interior, romanza sin palabras, jamás fue fielmente vertido por la tosca pluma.

Y viene después un quinto estado, en que no ya las cosas, sino las fuerzas del Cosmos, parecen tomar en nuestra vida interior aspectos objetivos, y en que son transparentes los pensamientos ajenos y cera maleable los pensamientos propios, y en que parece que los sentidos se trastuecan, y se piensa, afinando, con los oídos, y se gustan, palpan, desnudan y penetran las cosas con la vista y se tocan ya realidades internas permanentes en las que lo objetivo y lo subjetivo se identifican. Entonces se hace silencio en el humano cielo durante media hora o medio siglo, que diría el Apocalipsis.

Y viene después un sexto estado, en que se trastuecan también las facultades internas o, mejor dicho, se identifican en una desconocida, y se es bueno para saber, y sabio para

amar, y voluntarioso de indomable energía para conquistar de una vez el misterio con esa poderosa tétrada de la Voluntad, el Bien, la Verdad y la Belleza sindicadas y trascendidas, hasta llegar, en fin, tras tan dolorosísima como lenta peregrinación, a esos misterios Inefables, Epópticos; los misterios que, al decir de Platón, se enseñaban en el más recóndito Adyta de los templos muy de tarde en tarde, y de los que el gran Plotino sólo disfrutó seis veces en su vida... Misterios columbrados también por las grandes escuelas españolas: cristiana, árabe, lulista, kabalista y alquimista.

¿Qué momentos de éstos pueden determinarse en la obra de Espronceda?

El primero, el momento épico, se evidencia en la mayoría de sus cantos, pero especialmente en la introducción al *Diablo Mundo*, que sólo podría instrumentar un Wagner. El segundo, el de amor humano orlado con todas las galas de la fantasía, en el *Canto a Teresa* y en otros cien de enojosa e inútil cita. En cuanto al tercer momento, el verdaderamente lírico, no conozco nada mejor que *A Jarifa en una orgía*.

Séame permitido detenerme en él, pues lo creo tan grande, tan excelsa, como la propia oda de Fray Luis, seguro de no ofender con ello sentimientos piadosos.

Espronceda piensa en lo inmanente; lucha contra el misterio del vivir que transforma alquímicamente en dolores los placeres, y enloquecido, falto aún de la inspiración mística, pide auxilio a Jarifa, la hastiada, como él, de falsos placeres:

Trae, Jarifa, trae tu mano;
ven y pósala en mi frente,
que en un mar de lava hirviente
mi cabeza siento arder.

Ven y junta con mis labios
esos labios que me irritan,
donde aún los besos palpitán
de tus amantes de ayer.

El poeta aparece vencido en la humana lucha, y el asco a los elementos inferiores surge

en el momento dramático de la iniciación mística. Por eso exclama:

¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
Mentira, ilusión de niño
que halagó mi juventud.

No dijo otra cosa el sabio: “vanidad de vanidades; y todo es vanidad, miseria de aflicción de espíritu”.

El poeta, vencido una vez más, busca en vano la huida, y clama por la muerte, la gran pacificadora:

Dadme vino: en él se ahoguen
mis recuerdos; aturdida,
sin sentir, huya la vida;
paz me traiga el ataúd.

El sudor de mi rostro quema,
y en ardiente sangre rojos
brillan inciertos mis ojos;
se me salta el corazón.

Y cual el místico autor del *Desprecio a las cosas del mundo*, continúa:

Huye, mujer, te detesto.
Siento tu mano en la mía
y tu mano siento fría
y tus besos hielos son.

Seguro de la miseria y mentira de los estados pasionales transitorios, comprende, como el Bagavad-Gîta, la ilusoria naturaleza de los placeres; por eso dice:

¡Siempre igual! Necias mujeres;
inventad otras caricias
otro mundo, otras delicias,
¡oh, maldito sea el placer!
Vuestros besos son mentira,
mentira vuestra ternura,

es fealdad vuestra hermosura,
vuestro gozo es padecer.

No dijo más ningún Padre de la Iglesia, ni alcanzó a más en sus anhelos divinos la mística Doctora de Ávila, que Espronceda en sus excelsas ansias:

Yo quiero amor, quiero gloria,
quiero un deleite divino,
como en mi mente imagino,
como en el mundo no hay.
y es la luz de aquel lucero
que engaño mi fantasía,
fuego fatuo, falso guía
que errante y ciego me tray.

Es el mismo aliento del Fausto “buscando lo no sabido, por no bastar a nuestro ser lo conocido”. Es el mismo deliquio hacia el “Esposo Divino”, que repitió en Santa Teresa, la eterna fábula-símbolo de Psiquis celeste. Es el anhelo hacia lo ideal, lo inmarcesible, lo supremo, lo eterno, lo *in abscondito*, la *Luz interior*, en fin, alimento espiritual de sabios, filósofos, místicos, músicos y poetas.

Psiquis ha volado a los cielos: del poeta sólo queda la carne fermentescible; él ve, como los santos, se apoderan de su cuerpo los gusanos; ha quedado solo, triste y ciego, como quedaran los del hondo valle al desaparecer la radiosa nube, y parafraseando al propio Job, llora:

¿Por qué murió para el placer mi alma,
y vive aún el dolor impío?
¿Por qué si yazgo en indolente calma
siento en lugar de paz árido hastío?
¿Por qué este inquieto, abrasador deseo?
¿Por qué este sentimiento extraño y vago,
que yo mismo conozco un devaneo,
y busco aún su seductor halago?
¿Por qué aun fingirme amores y placeres,

que cierto estoy de que serán mentira?
¿Por qué en pos de fantásticas mujeres,
necio tal vez mi corazón delira?
¿Si luego en vez de prados y de flores
hallé desiertos áridos y abrojos,
y en sus sandios o lúbricos amores
fastidio solo encontrarán y enojos?

La influencia de Fray Luis es tan grande en el fondo como en la forma, que recuerda en los dos últimos versos aquello de:

“¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura
que no les cause enojos?”

Luego viene en este desgarrarse místico del alma del poeta aquella intuspección, aquella tristísima ojeada retrospectiva en la que se revela todo el *racconto* de una vida pasional que abruma a la conciencia, abriéndola los ojos a la realidad suprema, cifrada en la destrucción de las formas:

Yo me arrojé cual rápido cometa,
en alas de mi ardiente fantasía;
doquier mi arrebatada mente inquieta
dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo
fuera del mundo, en la región etérea,
y hallé la duda, y el radiante cielo
vi convertirse en ilusión aérea.

Luego, en la tierra, la virtud, la gloria
busqué con ansia y delirante amor,
y hediondo polvo y deleznable escoria
mi fatigado espíritu encontró.

Esta fetidez, esta deleznable escoria de una reina que antes fuera hermosa, son las que convirtieron en santo al gallardo Duque de Gandia.

A la manera como la nieve purísima de la montaña se convierte en cieno bajo nuestras plantas groseras, el poeta ve tornarse cieno la belleza femenina:

Mujeres vi de virginal belleza
entre albas nubes de celeste lumbre;
yo las toqué, y en humo su pureza
trocarse vi, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusión desvanecida
y eterno e insaciable mi deseo;
palpé la realidad y odié la vida:
sólo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún, y busco codicioso,
y aun deleites el alma finge y quiere;
pregunto, y un acento pavoroso
“¡ay! —me responde— desespera y muere.

Muere, infeliz; la vida es un tormento,
un engaño el placer; no hay en la tierra
paz para ti, ni dicha ni contento,
sino eterna ambición y eterna guerra,
que así castiga Dios al alma osada
que aspira, loca, en su delirio insano,
de la verdad para el mortal velada
a descubrir el insondable arcano”.

Son acentos de rebeldía estos últimos muy propios de las valentías de un verdadero místico que comprende cómo todo se vuelve en los cielos y en la tierra contra el osado que aspira a rasgar el Velo de Isis, en ciega ansia por la verdad, cueste lo que cueste.

Repasad la vida de los infinitos Santos que fueron viciosos en su juventud antes de cambiar sus carnales amores por el Gran Amor Incorruptible. Si reproducís mentalmente la escena de su conversión, os convenceréis de que ellos pensaron ni más ni menos que lo que rimara espléndido el vate extremeño, quien de este modo sintió como sintiera San Agustín.

Por ley psicológica indiscutible, entre la noche de la desesperación de un alma combatida, y el día de su fe, suele mediar un crepúsculo más o menos largo de escepticismo. También se ve este estado de equilibrio inestable cuando sigue:

¡Oh!, cesa. No, yo no quiero
ver más ni saber ya nada:
harta mi alma y postrada,
sólo anhela descansar.
En mí muera el sentimiento,
pues ya murió mi ventura;
ni el placer ni la tristura
vuelvan mi pecho a turbar.

Job también maldijo así, cuando quiso raer de entre los días aquél en que nació.

Llegada a esta altura pavorosa, también ve el poeta, en la ciudad de los ciegos psíquicos, lo que estos no logran ver. Miremos lo que describe en verdadera visión astral, esa de los caprichos de Goya, o de las visiones de San Antonio. Su “pasad, pasad”, tiene la sublimidad de un conjuro.

Pasad, pasad en óptica ilusoria
y otras jóvenes almas engañad:
nacaradas imágenes de gloria,
coronas de oro y de laurel, pasad.
Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
con danza y algazara en confusión;
pasad como visiones pavorosas
sin conmover ni herir mi corazón.

La bestia humana, en riesgo notorio de desaparecer para siempre, vuelve por sus feros, y pide:

Y aturdan mi revuelta fantasía
los brindis y el estruendo del festín,
y huya la noche y me sorprenda el día
en un letargo estúpido y sin fin.

Pero la bestia cae para no levantarse más, abrasada por el fuego del más casto y fraternal amor. Redimido por su salvaje esfuerzo el poeta, siente en sí el fuego divino redentor; llama a la cuitada, en quien ve otra entenebrecida Chispa de lo Divino y en el más espiritual de los amores, clama:

Ven, Jarifa; tú has sufrido
como yo; tú nunca lloras;
más ¡ay triste! que no ignoras
cuán amarga es mi aflicción.
Una misma es nuestra pena,
en vano el llanto contienes...

Y entrabbas almas se funden como el Amor y Psiquis:

Tú también, como yo, tienes
desgarrado el corazón.

Esto sólo puede decirlo un místico, con derecho perfecto a ser perdonado como la Magdalena, por haber amado mucho.

PITAGORISMO

En todos los libros teosóficos, y principalmente en el *Dharma*, de Annie Besant, se nos dice que existen tres senderos principales, capaces de conducirnos a la Iniciación y hasta al Adeptado, a saber: el de la Devoción, el del Conocimiento y el de la Acción.

Estos tres senderos, en verdad, no son sino otros tantos grados del desarrollo humano, que empieza por las tinieblas de la ignorancia, continúa por el crepúsculo matutino de la fe, que no es sino la confianza depositada en el conocimiento y lealtad ajena, en espera de un ulterior conocimiento propio; sigue con el luminoso día de dicho conocimiento propio, por el propio esfuerzo adquirido, y acaba con un brillante crepúsculo vespertino que se llama heroísmo, en el cual los conocimientos adquiridos, en bien y redención de una más atrasada Humanidad, suelen sellarse hasta con la sangre, entrando el sér, así dignificado, en una nueva noche, en un nuevo mundo de tinieblas superiores: las de un más allá que trascienda su estado y que le lleve a mundos más excelsos, en los que ya no sea un hombre, en el vulgar sentido de la palabra, sino un héroe, un semi-dios como los de la mitología pagana, por haber traspuesto un peldaño más en la escala de la escala evolutiva, a la manera de esos antropoides que, cazados en la selva y educados por algún naturalista insigne, mueren, tocando al estado humano, que es seguramente el que van a revestir en una encarnación ulterior... Por eso no hay más que un Sendero, EL DEL HOMBRE, al tenor de aquella memorable Frase de *Luz en el Sendero*, que dice: “¡No entraras en el Sendero de la Liberación hasta que no te hayas transformado en el Sendero mismo; es decir; en el Sendero de los que te sigan como discípulos!”

Pièrre Loti, creemos ha dicho que, cercados por un inmenso mar de ignorancia, vivimos en una estrecha isla de conocimiento. Nosotros, siguiendo el símil, añadiremos que ese inmenso mar tiene dos partes: la región costera, que dominamos con la vista desde

nuestro islote, o sea la zona intermedia de la fe, que para algunos insulares es ya conocimiento, y la zona que, ignorada, se extiende más allá de la fe o de la intuición misma, y en la que sólo podemos penetrar con el ardimento de todos los demarcadores de heroicos periplos: los Scillax y Jasones de la antigüedad; los Colón, los Magallanes y los Elcanos de la aurora moderna; los Marconi, los Mac Curie y los Bleriot de nuestros días. Es más: siguiendo el prodigioso símil de las Estancias de Dzyan comentadas por H. P. Blavatsky, la isla del conocimiento ha brotado de las aguas de la nada, de la ignorancia y de la fe, al comenzar un Manvantara, es decir, un ciclo, tras la noche de un Pralaya, de un caos, de una transformación, y ha de sumergirse de nuevo en el piélago de un nuevo caos al final de su cíclica evolución a través de los tiempos.

Lo que vamos a decir es certísimo: para el mundo en general, sumido en sus pasiones, sus luchas y sus egoísmos, basta, hasta cierto punto, la ignorancia de las verdades teosóficas, sometidos los unos a las protecciones gregarias que les deparan los credos exotéricos, las llamadas religiones positivas, y condenados los otros a ese andar de topo o de tortuga que significa la mera experimentación, ora de los fenómenos del mundo externo, ora de sus propios e internos dolores, que les inician poco a poco bajo el látigo del trabajo y de la adversidad. Para el teosofista o estudiante incipiente de las leyes ocultas por las que la Naturaleza se rige, basta también, hasta cierto punto, una intensa fe en sus Guías invisibles y en sus guías visibles o grandes cabezas del movimiento. Hoy mismo se advierte, digámoslo sin reserva, una peligrosa tendencia a sentir y a pensar al unísono de las cortas docenas de pensadores ilustres, o par cuenta propia, cuyas firmas vemos a diario en las revistas teosóficas.

Pero esto mismo, que en sí es muy laudable, no basta para ir adelante. A la larga, si nos estancamos perezosos, podemos vernos conducidos a una fe ciega, semejante a la de los siglos que ya pasaron, enquistando unas enseñanzas siempre progresivas, sobre las que nos es indispensable hacer una labor de propio estudio, en la medida de nuestras fuerzas. Esto, que puede hacer de nosotros unos buenos teosofistas, puede también hacernos un

conjunto de mansos o violentos fanáticos⁴⁰, si al par no desarrollamos, con el estudio propio en cualquiera de las ciencias actuales, esas nociones sublimes que casi por mera fe adquirimos al principio en la teosofía. En una palabra: el teosofista de determinadas dotes intelectuales incurre en honda responsabilidad, y puede hasta retroceder en el sendero, si no se hace ocultista, bien cristiano, es decir, gnóstico, al estilo de los filósofos del siglo IV: Amonio Sacas, Plotino, Jámblico, Porfirio, etc., bien científico, al estilo de Newton, Leibnitz, Swedemborg, etc., bien en la terrible Raja Yoga oriental, cuyos rigores de método parecen hechos para verdaderos héroes al estilo de H. P. B.

Cabe, respecto del primer caso, volver a ser lo que fueron muchos de nuestros antepasados, es decir, unos cristianos sin mancha, que escalaron altas verdades por el misticismo de un San Buenaventura, o un San Juan de la Cruz, o un Fray Luis de León; pero esto es harto difícil, porque la corriente de la Humanidad actual es contraria hoy a la mera fe en un credo cristiano que nada habla de las prodigiosas ciencias que nos acaban de redimir de innumerables limitaciones: la del espacio, con trenes, trasatlánticos, cables y telégrafos sin hilos; la del tiempo, con la imprenta, la fotografía, los archivos, bibliotecas y monumentos; la de la libertad, con leyes tutelares amparadoras de todos los derechos; la de la enfermedad, con la higiene y las mil ramas de la terapéutica; la del trabajo, con maquinas que ahorran nuestro esfuerzo y cooperaciones que le facilitan. Un credo como el cristiano, desprovisto de virtualidades científicas, por mucho que se le ahonde en sentido esotérico, siempre será defectuoso sin dichas verdades, y así lo demuestra nuestra época, que se ha arrojado confiadísima en brazos de una fria ciencia, que aunque no le ahorra dolores, sino que más bien se los acrecienta, proporciona a su mente, en cambio, conocimientos que, mejor o peor, la explican algo de esas bases ocultas sobre las que aparece edificado el Universo.

El teosofista que no sea un verdadero héroe, frente a la revelación cristiana, a la enseñanza científica y a las extrañas luces que emanan de las grandes plumas con las que ya cuenta la sociedad teosófica, tiene que sufrir un choque brutal, desconcertante, a la

⁴⁰ En los momentos actuales, y por causas bien lamentables que no hay para que detallar, este terrible peligro amenaza dar al traste con la Sociedad Teosófica, haciendo de los rebeldes librepensadores blavatsquianos una serie de corderos sumisos a nuevos credos mesiánicos y exotéricos.

entrada del Sendero, porque si tiene mentalidad normal, no puede ser cristiano, porque el cristianismo, no demuestra nada a secas, ni a secas tampoco científico, porque la ciencia no le enseña nada sobre los problemas del sentimiento o del amor, ni sobre los más que probables problemas de ultratumba, y cristiano-científico tampoco puede ser, porque no puede juntar el método experimental de verlo y tocarlo todo, con las aserciones escuetas e improbadas de vírgenes que son madres, de milagros que lejos de someterse a leyes, como todo en el Universo, son más bien directas violaciones de ellas, centenares de aserciones que ni están probadas, ni hay manera científica de probarlas tampoco en el literal o grosero sentido en que se enuncian desde hace siglos por una Institución que hace gala de la petrificada inmovilidad de sus doctrinas y que todo lo roba, sin entenderlo, a la religión egipcia de Osiris, Isis y Horus, o sea *del Padre, la Madre y el Hijo...*

La lectura de libros y revistas teosóficas parece que resuelven al teosofista el dilema, al presentar la posibilidad de unificar, con el estudio de las Religiones comparadas, la enseñanza esotérica, de la que son groseras perversiones las religiones positivas, y aun la de compaginar aquella enseñanza esotérica con las conclusiones de la ciencia experimental; pero entonces es, precisamente, cuando se abre mayor abismo a los pies del teosofista, porque se presentan frente a frente, sin velos, conclusiones, al parecer, opuestas, como hijas de dos métodos absolutamente contrarios como son en edad, en costumbres, en todo, los pueblos orientales y los de occidente. El método positivo, o del hecho demostrado, y el método oriental de la deducción filosófica o de la analogía y del más prudente eclecticismo; el método lento de la hormiga que grano a grano alza una sólida y alta montaña, y el método del ensueño, el método analógico del fácil error y de posible extravió, que ha creado casi tantas escuelas filosóficas como hombres pensadores.

Ante trabajos como el reciente del obispo católico-viejo Mr. Leadbeater sobre las vidas de Alcyone, en el que se barajan cien veces nombres de estrellas planetas con diosas paganas, personajes históricos y constelaciones, de cada cien teosofistas, cincuenta bajan la cabeza y “creen por fe” ni más ni menos que un católico medioeval; veinte dudan, protestan y echan a rodar toda su teosofía, yéndose al espiritismo o al materialismo; otros veinte sonríen diciendo: “Sí, el autor ha visto en la luz astral como veo yo, y ha velado

con nombres más o menos simbólicos personajes de tiempos arcaicos.” Uno solo, casi, entre ciento, suspende sensato todo juicio, y, sea o no verdad aquello que ha leído, cosa de bien escasa importancia, por cierto, busca el único camino asequible, el pitagórico, el greco-oriental, el de las matemáticas, que, si permite descubrir astros sin verlos y calcular con cualquier anticipación el momento exacto de un eclipse, también debe permitir el darse una cuenta cabal del mundo, sin apelar ni al testimonio de Jesús, ni a las videncias de un adelantado obispo, ni al dicho de miles de experimentadores que edifican múltiples ciencias que al cabo, cuando llegan a su madurez, no saben otra cosa que hacer matemáticas, como se ha visto ya con la Astronomía, con la física trascendental, con la Mecánica química y algunas otras.

Solamente entonces es cuando empiezan a comprender el inapreciable valor de esta sentencia de Proclo que copiamos del tomo I, capítulo X, de *Isis sin Velo*: “Las almas grandes se inician por sí mismas, sin necesidad de que nadie las inicie. Estas almas se salvan, dice el Oráculo.”, o estotro del final de *La Doctrina Secreta*: “No hay más religión que la RELIGIÓN ÚNICA DE LA NATURALEZA, y de la cual todas las religiones de los diversos tiempos han derivado sus dogmas, sus fábulas morales, hasta acabar por materializarse.”

Cada día más alejado del cristianismo vulgar, y poco apto aún, por sus prejuicios, para la alta disciplina oriental, el pensamiento europeo, si ha de salir del pantano de su ciego materialismo, necesita profundizar en el pensamiento griego, completando la obra del renacimiento clásico, que se iniciase en el siglo XV, y del cual apenas si es un modesto esbozo aún toda la aparatoso ciencia de nuestros días.

El pensamiento griego, en efecto, contuvo, en los siglos que precedieron a su esplendor histórico, lo mejor del pensamiento egipcio, del caldeo y del ario y hasta del atlante *de la derecha*. Los oscuros misterios órficos y herméticos informaron a toda una época prehistórica, en torno del Mediterráneo, que apenas si alcanzó hasta el siglo V antes de Jesucristo y que terminó definitivamente, como nos enseña H. P. B., en el Mediterráneo oriental, bajo el despotismo militar de Alejandro, y en el occidental bajo el de César. Los misterios arcaicos de Delfos, Samotracia, Eleusis, Mitra, el Líbano, Sais y Tebas, Cartago,

Tarragona, Tartesio, Lusitania, Bibractis, etcétera, fueron sepultados uno tras otro, en espera nada menos que de veinticinco siglos, o sea la época que empezamos a ver alborear hoy con los estudios teosóficos. La noche espiritual más borrascosa se cernió desde entonces sobre los pueblos greco-asiáticos, hasta caer bajo el yugo de Roma, que fue como duplicar las tinieblas y dar lugar pocos siglos más tarde, tras la orgía del imperio romano, a la venida de los pueblos bárbaros, quienes apenas si se pudieron asimilar las enseñanzas del cristianismo, o sea del gnosticismo vulgar o exotérico, no del esotérico de “los Misterios de Jesús” aniquilados por Cirilo, Ireneo, el falsificador Eusebio y otros. La barbarie medioeval y sus fermentaciones fueron haciendo subir, poco a poco, a los pueblos de Europa la empinada cuesta que conducía a la cumbre de un nuevo despertar científico-religioso, primero con los gnósticos; después con los árabes de Damasco, Bagdad y Córdoba; con cabalistas y alquimistas; luego con las Cruzadas y sus Templarios, y, en fin, con el despertar de las ciencias y las artes en el siglo XV y con el descubrimiento de América.

Nuestros días, que conocen ya en ciencia casi todo lo que buenamente se puede conocer, es decir, todo cuanto puede saberse con la observación y la experiencia, y todo lo mucho más que puede adivinarse con las matemáticas y la filosofía, ven ya claros los tres Senderos: el de los Misterios de Jesús, o alto Cristianismo, al que sólo muy contadas inteligencias se pudieron remontar durante la Edad Media; el de las Enseñanzas de los pueblos indostánicos, apenas esbozadas por previos y deficientes estudios del sánscrito, su lengua originaria, y, en fin, el de nuestras propias enseñanzas de Occidente, aquellas que fueran sepultadas en tan remotas épocas: las más sencillas quizá; las que menos chocan con nuestros prejuicios ancestrales; las que más fácilmente pueden compaginarse con nuestros novísimos dogmatismos científicos, a los que concedemos, sin advertirlo, igual asenso que en los siglos precedentes concediésemos a los dogmas religiosos del pontificado.

Es decir, que nos hallamos en unos tiempos análogos a los del siglo VI antes de Jesucristo, el siglo de Buddha en Oriente y de Pitágoras en Occidente; el siglo en que la tradición órfica y hermética era casi una reliquia y en que se clamaba como hoy por algo

que evitase la universal caída.

Es, en efecto, harto curiosa la seriación que los grandes movimientos religiosos y redentores desarrollaron a través de los siglos. Independientemente de otros ciclos de mayor y de menor radio, hay uno muy típico de seiscientos veinticinco años, a la vuelta del cual viene un como despertar religioso en torno de uno o de varios *Enviados* o *Instructores*. Sin remontarnos más allá del tiempo de Pitágoras, por la mayor obscuridad de las cronologías, vemos que el Buddha aporta a Oriente sus doctrinas seiscientos veintidós años antes que Jesús, y otros seiscientos veintidós años después de Jesús aporta a Occidente las suyas Mahoma, sin que baste a desvirtuar este segundo hecho el prejuicio cristiano, 0, por mejor decir, *poco cristiano*, respecto a las enseñanzas coránicas, las cuales, si bien están degradadas en los pueblos mahometanos actuales, no debieron ser tan despreciables cuando tuvieron virtualidad bastante para determinar el mayor renacimiento científico medioeval en Asia Menor y en España. Los seis siglos y cuarto que van de Buddha a Jesús y de Jesús a Mahoma equivalen a los que median hasta el incomprendido renacimiento idealista, que se puede denominar Religión Caballeresca, fuente purísima de ideales que antes de su rápida degradación fue el motivo interno del despertar de las nacionalidades y empresas heroicas de la Edad Media. Si desde la fecha caballeresca de hacia 1250 (625 + 625) seguimos otro ciclo de nuevos seiscientos veinticinco años, caemos exactamente en la fecha de la publicación de la maravillosa obra de H. P. B. *Isis sin Velo*, de la fundación de la Sociedad Teosófica con todas sus consecuencias revolucionadoras de la vida moderna, y aun de la publicación de otra obra, nada conocida por el público teosófico en general: la traducción al árabe y luego al inglés del misterioso libro caldeo *Nabathean Agriculture*. Basta estos dos libros, unidos a la *Doctrina Secreta*, de H.P.B., para constituir un jalón, una piedra miliaria en la senda del movimiento religioso humano, sin parar mientes en otros movimientos concomitantes muy notables, como el babismo, el espiritismo, el antonianismo, etc.

Pitágoras es la más alta figura del pensamiento en Occidente. La obscuridad en que yacían envueltos la mayor parte de sus hechos y de sus enseñanzas, a pesar de la inmensa influencia que ejercieran en todos los países mediterráneos y últimamente con el

Priscilianismo en España, empieza a desvanecerse por el esfuerzo de escritores positivistas, que para el público en general no pueden ofrecer la *tacha* de fantaseadores con que suele tildársenos, sin excepción, a todos los escritores teosóficos.

En 1868 la Academia Francesa, sección de Ciencias Morales y Políticas, propuso para el premio Víctor Cousin el tema “Filosofía Pitagórica”, y fue laureado con aquel el trabajo de A. Ed. Chaignet, profesor de Literatura Clásica en la Facultad de Letras de Poitiers. bajo el título de *Pitágoras y la filosofía pitagórica*. Aunque obra anticuada en algún detalle y de criterio positivista, es de las que, sin saberlo, hace justicia a nuestros ideales, venidos ciertamente después a Europa con H.P.B. El crítico moderno que no nos quiera, pues, hacer justicia en muchos de nuestros asertos teosóficos corrientes, se la hará al menos a la laureada obra, y todos saldremos ganando no poco.

Pitágoras –dice Chaignet– quiso reformar no solamente la vida moral, privada y publica, sino también la vida religiosa, y no contento con esta aspiración aun, *quiso fundar su concepción religiosa sobre una doctrina racional, sistemática y científica; en una palabra: sobre una filosofía. En la vasta concepción de Pitágoras la política y la moral se unen a la práctica de la fe religiosa, la cual a su vez se liga intrínsecamente al conocimiento científico de la verdad y al empleo de las artes supremas del espíritu.* La obediencia que el pitagorismo exige no es ciega, mecánica ni pasiva, sino la adhesión sincera del espíritu, derivada de una convicción esclarecida, voluntaria, razonable y no forzosa. Una religión, y sobre todo la religión griega, que no se ha dejado aprisionar jamás por símbolos ni fórmulas escritas, tenía que dejar abierta siempre la vía de una explicación racional del mito religioso, en el cual el espíritu humano ha como cristalizado su mente por un trabajo casi inconsciente y colectivo. Semejantes mitos no siempre alcanzan a satisfacerle: llega un momento en el cual no solamente queremos darnos cuenta del sentido oculto que se encierra en estos relatos maravillosos, sino que concebimos el proyecto de reducir a un sistema completo que satisfaga a la razón cuantas nociones aparezcan flotantes y vagas en las visiones del mito, y buscamos el armonizarlas en un todo, cuyas partes se liguen, se apoyen y complementen.

La filosofía pitagórica, en fin, es poética por su forma y sus métodos expositivos;

religiosa y política por su finalidad, al menos por su finalidad inmediata, pero al mismo tiempo y sobre todo, es racionalista, especulativa y científica, tanto por sus fundamentos como por sus resultados. Parafraseando el sensato juicio de Mr. Nowrrison, es lo que podríamos llamar un positivismo trascendente: una verdadera Metafísica, no en el concepto vulgar y semifantástico con que el moderno materialismo la desprecia, sino en el genuino y etimológico de la más alta de las Físicas. El mismo Aristóteles, en su Metafísica, atribuye a Pitágoras el merito inmenso de haber dado definiciones universales e intentado hallar para la moral un fundamento científico, 0, como añade Diógenes Laertio, cuando Dios se le mostró propicio a conceder a Pitágoras cuanto le pidiese, él no pidió más que el don de acordarse de todas sus videncias, es decir, solo le demando la Ciencia. Para Pitágoras, como para su discípulo, no existía en el mundo sino un objeto único: el *Conocimiento Real*⁴¹.

Si obras como la citada de Chaignet son excelentes tomadas al modo como tomamos nuestros habituales libros de ciencia, es decir, por sus citas, concordancias y exposiciones, adquieren, además, para el teosofista nacido en Occidente, todo el valor inapreciable de servir de confirmación positivista y como de puente para asimilarse mejor las enseñanzas que de Oriente nos han sido dadas por mediación de la Teosofía, y este es un segundo merito que no esta al alcance de los científicos al uso, pero que es preciosísimo tratándose de teosofistas un poco intuitivos.

Por ejemplo, después de estudiar dicha obra, podemos hallar un cierto paralelismo entre las vidas de tres grandes Adeptos: Pitágoras, Jesús y Apolonio de Tyana. Los tres descienden a las regiones infernales (Hades o mundo astral), tal vez para completar su iniciación, como descienden en general todos los personajes de los más celebres mitos: Perseo para libertar a Andrómeda; Orfeo para salvar a Eurídice; Psiquis para buscar a Heros; Isea⁴² para recibir el secreto de la inmortalidad, etc.; descensos que, por otra parte, tienen un carácter como de encarnación mesiánica o redentora en favor de los sumidos en “el valle hondo y oscuro con soledad y llanto”, cantado por Fr. Luis de León en su oda

⁴¹ *Isis sin Velo*, t. I, pág. 22, e. española.

⁴² La de la leyenda de Clareo y Florisea, en el capítulo *Tristán e Iseo*, del Wagner, mitólogo y ocultista.

inmortal; en la cárcel de la vida física, que diría Platón en su *República*.

Los tres Adeptos, como otros muchos cuyo recuerdo histórico aún está sumido en las tenebrosidades de la deficiente historia grecorromana, poseyeron, según la tradición, dones sobrenaturales, en su calidad de seres intermediarios entre la Deidad y el hombre o superhombres, según hoy diríamos. Así pudieron predecir el porvenir; operar hechos portentosos por el arte de las encantaciones mágicas; oír las armonías celestes; comunicarse mediante la palabra, de un lado con los seres inferiores, y de otro con los superiores de la Naturaleza. Los ríos, las olas, las fieras, las aves obedecían sus órdenes; poseían el don de mostrarse a la vez en dos lugares distantes; habían descendido, como se ha dicho, a las regiones astrales; operaban con solo su voluntad las curaciones más prodigiosas, y tenían, en fin, recuerdo perfecto de sus múltiples existencias anteriores.

También se transparenta en la vida de Pitágoras, por más mutilada y fragmentaria que la crítica histórica occidental nos la presente todavía, un gran paralelismo entre sus primeros cuarenta años y los de nuestra instructora H.P. Blavatsky. Sabido es que esta, antes de conocer al coronel Olcott y fundar con ella Sociedad Teosófica, fue obligada por los Poderes Ocultos que rigen al mundo nada menos que a visitar penosamente la gran mayoría de los centros ocultistas dispersos por las regiones más áridas e inaccesibles de la tierra, no solo en el misterioso Tíbet y en los desiertos del Turquestán, de la Persia y de la Siria y de la Libia, sino también en los no menos extraños rincones de primitiva pureza tradicional no contaminada por el espíritu inquieto y demoledor de los europeos que aparecen alineados a lo largo de la región andina, hasta las montañas rocosas de América septentrional. Los Adeptos de todos estos países aportaron sus materiales para escribirse *La Doctrina Secreta*.

Por muy confusas e incompletas que sean, por otro lado, las noticias conservadas respecto de Pitágoras, le vemos realizar un éxodo parecido, aunque necesariamente menor, por todo el ámbito del mundo de entonces. No necesitamos para ello entrar en la crítica, hoy todavía casi imposible, de su viaje a la India, donde conoció al Buddha y de él recibió quizás su misión, civilizadora entre los bárbaros melkas o *mlechas* de Occidente; a Egipto, donde se inició en los misterios herméticos; a la Bibractis celta de las Galias y

acaso también a varios puntos de España, donde recogiera la buena tradición atlante y celta en las regiones del Centro y Noroeste, ya la Tracia y demás regiones del Ponto, donde muy bien pudo recibir de Zamolxis toda su compleja doctrina de la metempsicosis, especie de doctrina de muerte y renacimiento que hace inmensa ventaja a la corriente de las reencarnaciones, de teosofistas y espiritistas, pero cuya total significación probablemente no puede ser correctamente expuesta en lenguaje vulgar, sin el sublime simbolismo de las matemáticas con la teoría de las razones y proporciones, series y coordinatoria, de que ya nos hemos ocupado en otros artículos. No hay, sin embargo, necesidad de tales viajes, todavía considerados hipotéticos por el amable positivismo de Chaignet.

Este autor, en su imparcialidad de critico, no ha podido negar, por supuesto, otros viajes de menos radio de Pitágoras por el ámbito del mundo griego, y con ellos tenemos muy bastante para nuestros propósitos En el capítulo tercero de su obra, consagrado a la vida de Pitágoras, puntuiza algunos hechos que nosotros nos vamos a permitir ampliar con criterio genuinamente teosófico.

Sabido es que el secreto guardado por los conocedores de los Misterios de la antigüedad, como todas las cosas humanas, fue siempre relativo, a pesar de todos los juramentos. Lo que la prosa hubo de callar largos años comenzó a revelarlo, como siempre, la indiscreta poesía. Pitágoras, tras su descenso a Hades, habló de los castigos que allí les eran inferidos a Hesiodo y Homero, los dos sillares más antiguos del mundo clásico, por haber profanado con sus exposiciones épicas el sagrado silencio tradicional, que siempre a todos los Prometeos robadores del fuego divino se los ha representado como quemados por este fuego redentor. Hesiodo, con su *Teogonía*, y Homero, principalmente con su *Ilíada*, no habían hecho, en suma, otra cosa que resumir y cristalizar en escritos las tradiciones archiseculares acadio-caldeas y celtas. Su pecado sublime fue el mismo que el de Buddha rompiendo las estrecheces de las castas y suministrando a todos unas enseñanzas salvadoras, hasta entonces acaparadas por unos pocos, o el que antes supusiese la escritura de los Vedas, poniendo fin al periodo más viejo y glorioso de los arios. Es ley universal: las grandes revelaciones de la ciencia y del ocultismo han comenzado por una

como penumbra de poesía, 0, en otros términos, siempre se ha perdonado a los poetas, a los vates o adivinos, lo que nunca se perdonó a expositores en prosa.

Esta fue una de las grandes revoluciones operadas por Pitágoras, y en ella tuvo los obligados precedentes de maestros ocultistas. Así, la historia nos dice que, después de haber sido amamantado con música y poesía, como todos los griegos, y de haber recibido una excelente educación liberal, en la que entraba, como es sabido, la gimnasia, Pitágoras tuvo por maestro en su juventud a Hermodamas o Leodarnas, por otro nombre Creófilo, descendiente de aquel Creófilo de Samos que había dispensado hospitalidad, según la tradición, al gran Homero y era jefe de la antiquísima corporación y fraternidad de los Rapsonas u Homéridas. Maestro y discípulo cantaron más de una vez los versos sagrados al son de la lira délfica.

Hasta aquí se ve sólo al Pitágoras cumplidor de la vieja ley, al Jesús, por decirlo así, hijo de la sinagoga y escrupuloso cumplidor de sus preceptos. El ocultismo enorme que encierran los anteriores hechos, saltan a la vista. El nombre de Hermodamas o *Hermodaimon* equivale etimológicamente a “de la casa, o del espíritu familiar hermético”, lo que equivale a decir que el primer maestro e iniciador del gran filósofo de Samos fue un sacerdote de Hermes, descendiente en línea recta de dicho Creófilo de Samos que fuera sacerdote también o rapsoda de las canciones celtico-pelásgicas, canciones tan características asimismo de la vieja Germania, cuyos bardos, cantando las leyendas de Wottan de las Walkyrias, de Ondin, de los Nibelungos al son de su arpa, no hacían sino cantar la misma epopeya de la Ilíada germana, porque esta ya demasiado demostrado que el Râmâyana de Valmiki como la obra de Homero no son sino dos trabajos eruditos libados en el insondable cáliz de unas leyendas populares, que, bajo nombres diferentes, pero con un fondo mítico común, estaban esparcidas por Asia y por Europa desde las mesetas arias hasta las costas de Irlanda, de Bretaña, de Noruega y de Galicia.

Pero tan luego como tropezamos con otro maestro de Pitágoras, con Pherecydes de Syros, contemporáneo y quizá bastante semejante a Thales de Mileto por sus orientaciones físico-matemáticas y su ocultismo, nos encontramos claramente deslindada la filiación y la misión revolucionadora del joven discípulo que estaba llamado a una tan

colosal influencia, no sólo en la antigüedad, sino en la Edad Media, y en los tiempos modernos. Lo que apenas si hasta entonces pudo dejar columbrar la poesía, iba a darse claramente y en prosa.

“Ferécides –dice el autor– parece haber sido el primer prosista griego, o mejor dicho, el primer filósofo que se emancipo de la esclavitud del metro y de la música, sin renunciar, sin embargo, a las galas ni al estilo poético genuino. En una obra, bastante obscura, y auxiliado por el sistema de interpretación alegórica, había expuesto una especie de teoría teológica, es decir, una cosmogonía en la que se evidencia el esfuerzo para distinguir entre sí los diferentes elementos materiales que han contribuido a formar el mundo, diferenciándolos de la Potencia inteligente y divina que los emana, liga y ordena. Muchos escritores le consideran como el primero que ha enseñado las transmigraciones del espíritu en cuerpos diferentes, si bien esta enseñanza también se asegura que fue dada a Pitágoras por el tracio Zamolxis cuando más tarde viajó por los encantados países donde Jasson conquistase el Toisón o Vellozino de Oro.

He aquí algo de lo que quizá no tarde en acontecer en los tiempos modernos, como ya pronosticó H.P.B. La poesía mejor o peor entendida de las religiones exóticas; la alegoría y la obscuridad de muchos pasajes ocultistas; las mil enunciaciones teosóficas que tanto han escandalizado por su novedad, por sus atrevimientos y por su espíritu demoledor de nuestras preocupaciones pseudo-científicas, *piadosamente* calificadas de fantaseos de cerebros no muy seguros, quizá terminen muy en breve, como la poesía homérica en tiempos de Ferecides, por formar todo un cuerpo de doctrina, al que muy bien podríamos denominar pitagorismo contemporáneo o neo-pitagorismo, y en el que, como antaño con el Maestro, la política sea una moral social basada en la moral individual más estrecha; la moral sea una religión, la religión una ciencia y la ciencia toda una matemática demostrada que, a su vez, pueda, como dice H. P. Blavatsky, demostrar la existencia de la Divinidad y la supervivencia del Ego, con el mismo rigor y sencillez de un teorema. El Pitágoras de la antigüedad, notorio discípulo del Buddha por su espíritu revolucionario, y el Pitágoras futuro que los signos de los tiempos pudieron anunciar para muy en breve, o al menos hacerle inevitablemente necesario, podrán ser o no reencarnación uno de otro,

pero las ideas del segundo serán, a no dudarlo, una reencarnación, una nueva siembra de ideas matemático-sociales, para cuya florescencia y fructificación normal acaso este ya mejor preparado que el mundo antiguo el mundo de nuestros días, tan escéptico y brutal quizá, pero infinitamente más necesitado y dolorido.

La gloriosa trinidad matemática de la escuela de Mileto, representada por Thales, Anaxímenes y Anaximandro, conocedores probablemente los tres de una buena parte de los Misterios de los jonios y que aun se invoca con veneración por todos los cultivadores modernos de las ciencias de la Naturaleza, debió dar al joven Pitágoras el núcleo matemático, por decirlo así, de su concepción religioso-filosófico-política, tan diferente de la casi brutal y siempre fanática disciplina de los dorios, que arrojasen a los antecesores pelásgico-tirrenos de Pitágoras a Samos y a Lemnos. De las matemáticas más o menos exóticas, si vale la palabra, debió pasar nuestro filósofo a las matemáticas *de santuario* contenidas en los misterios de los Dactylos en el antro iniciático de Júpiter de Ida⁴³, el de la Iniciación Suprema, bajo el sacerdocio de Epimenides o Epimanas (el que está por encima de la mente). Los misterios dáctilos o de *los dedos*, no eran otros que los misterios sagrados del 10, en otros términos, los más altos misterios del eterno masculino-femenino, que es en geometría la razón de la circunferencia al diámetro o número *pi*, la silaba inicial de su nombre, y en aritmética el valor de cualquiera de las típicas relaciones

$$\frac{21}{7}, \frac{22}{7}, \frac{355}{133}$$

etcétera, que muy al pormenor se detallan en diversos pasajes de *La Doctrina Secreta*. Dicho símbolo 10, que más bien se presenta así: ⑩, por el diámetro en el círculo es la clave de todos los misterios de la generación, tan lamentablemente degradados por los semitas en símbolos de grosero falicismo. No es de extrañar, después de esta somera y sugestiva indicación, que el lector puede ampliar grandemente, que allí adquiriese las claves de la legislación espartana o dórica de Minos (Manas o Manú), que se reflejaron luego en la severa disciplina pitagórica, especie de Código del Manu chino, adaptado a pueblos cuya evolución no permitía aun los rigores típicamente arios en la conducta.

⁴³ *Ida*, leído al revés al modo semita, equivale al *Ady* (el manifestado) del lenguaje sánscrito, y de aquí el *Addyta* o *Sancta Sanctorum* del Templo.

Ungido como sacerdote ya Pitágoras, la Historia nos ha conservado un pálido recuerdo de su viaje a Delos, donde ofreció a Apolo Génitor un sacrificio sobre los puros altares de aquel Dios Inefable e Incognoscible, consagrados, como los primitivos de nuestra Gades tartesia, antes de los fenicios, para victimas no sangrientas. En ello, acaso, se quiso simbolizar el voto de ascetismo perfecto que exigía el Código del Manú a los hombres de la raza solar en la época del Dwiparayuga o edad de plata, después que habían engendrado un hijo, plantado un árbol (escuela iniciática) y escrito un libro o resumen de su adquirida doctrina. Pitágoras, como Ulises, debió su iniciación al doble y combinado esfuerzo redentor de los viajes y del estudio⁴⁴.

El natural complemento del pitagorismo matemático, el que pudiéramos llamar teúrgico y que tanto floreció siglos más tarde en Ammonio Saccas y en los neoplatónicos, sus sucesores, fue adquirido por nuestro filósofo en sus viajes a Persia y Egipto y completado quizá con los secretos ritos órficos de los celtas de Bibractis y de España; más como es asunto demasiado sagrado y exige una preparación y un sacrificio terrible para el que no está preparado en Europa un hombre entre mil, no nos detendremos en ello.

Zaratas o tal vez Zanatas, el maestro parsi de Pitágoras, es más bien el anagrama de uno de los siete Kumaras o gran des Rhysis (*Doctrina Secreta*, tomo II, pagina 292, nota) y el Oenophis de Heliópolis, su maestro egipcio, es el Anubis y el Ophis u Ophisomorfos del temple del Sol, el que le iniciase en las cronologías secretas de los Kalpas, o sean por otro nombre quizá los misterios del Sol Oculto, Baco o Dionisios.

Estas difíciles cuestiones nos llevan de la mano al terreno puramente teosófico de otros personajes de la remota antigüedad relacionados con Pitágoras, si no con el hilo de oro que ensarta como perlas las múltiples existencias de un mismo Instructor, al menos con el lazo trascendente de unas mismas doctrinas aportadas por el cíclico retornar de los tiempos, en esa espiral sin límites conocidos que llamamos progreso evolutivo.

Uno de los pasajes más instructivos de *La Doctrina Secreta* es el contenido en las páginas 415 y siguientes del tomo II, donde, bajo pretexto de la etimología de la palabra Adam-

⁴⁴ Es muy posible que se diesen también estos viajes entre las gentes prehistóricas. Los romanos los consideraban siempre como un necesario complemento de la educación.

Adami, habla H. P. B. de una obra misteriosísima, a cuya traducción moderna hemos aludido en el epígrafe anterior, considerándola por un lado como íntimamente relacionada con la doctrina pitagórica, y por otro como la obra ocultista más importante que se nos ha dado para nuestra enseñanza en el cíclico renacimiento religioso iniciado a fines del pasado siglo, en correspondencia directa con los otros movimientos religiosos anteriores, separados por el lapso de seis siglos y cuarto, es, a saber, de Buddha o de Pitágoras a Jesús, de este último a Mahoma; de Mahoma a la religión caballeresca, y de esta hasta la iniciación del movimiento teosófico en el mundo de Occidente⁴⁵.

Si retrotraemos la investigación otros seiscientos veinticinco años más allá del Buddha, nos encontramos en el siglo XIII antes de Jesucristo, que es el siglo de Moisés y el de Orfeo, sin hablar de otros reformadores asiáticos. Dado el rigor de la ley ciclica expuesta, debe haber algún personaje, alguna obra ocultista relacionada con las enseñanzas secretas dadas por el pitagorismo. Dejemos hablar sobre ello a H. P. B. en las citadas páginas:

“Una obra curiosa fue traducida en 1860, o cosa así, por el orientalista Chwolsohn y presentada a la frívola y siempre incrédula Europa bajo el modesto título de *Nabathean Agriculture*. En opinión del traductor, este libro arcaico es *una iniciación completa en los misterios de las naciones preadámicas* (atlantes) *bajo la autoridad de documentos innegablemente auténticos*. Es un compendio inapreciable de las doctrinas, artes y ciencias, no sólo de los caldeos, sino de los asirios y cananeos (pueblos mediterráneos), de las edades prehistóricas. Estos nabateos, como creyeron algunos críticos, eran sencillamente los sabeos o caldeos, adoradores de las estrellas⁴⁶. La obra es una segunda traducción del árabe, a cuya lengua fue primeramente traducida del caldeo... Sus doctrinas

⁴⁵ Este periodo de ciclos religiosos a cuyo comienzo y fin aparecen grandes instructores está ligado íntimamente con lo que podríamos llamar ciclo medio de encarnación para los seres humanos de las clases que denominamos altas en el lenguaje occidental, tales como hombres de cultura, artistas, pensadores, estadistas, etc., o sea aquellos en los que están ya bastante despiertas la intelectualidad y la espiritualidad. Sobre este ultimo particular hay puntos sumamente oscuros y bien alejados en excelsitud de la concepción ordinaria de las reencarnaciones teosóficas y espiritistas.

⁴⁶ Entre Egipto e India, en la península arábiga, ha florecido tanto y más que luego en el Eufrates y el Tigris, la nación caldea, aquella que gobernara la reina de Saaba en los mitológicos tiempos de Salomón. Un detenido estudio de la época precoránica nos da algún vislumbre de ese colosal país, tan descuidado por los orientalistas. Cuantas tradiciones se reflejaron en la obra de Mahoma hacen directa alusión a su cultura. Este pueblo se relacionó, como ninguno, con los celtas y mediterráneos, y ha dejado huellas indelebles en la prehistoria de los pueblos libio-ibéricos, ya entrevistas por la ciencia. El apurar este tema nos llevaría hoy muy lejos.

son idénticas a las Enseñanzas Secretas. Quatrenière indicó que este libro podía ser sencillamente una copia hecha en tiempos de Nabucodonosor II, de algunos tratados hamíticos “infinitamente más antiguos”, mientras que el autor sostiene con pruebas externas e internas que el original caldeo fue escrito *con notas tomadas de los discursos y enseñanzas orales de un rico propietario de Babilonia, llamado Qu-tamy*⁴⁷, quien había empleado para estas conferencias materiales mucho más antiguos. La primera traducción árabe la remonta Chwolsohn al siglo XIII antes de Jesucristo. En la primera pagina de esta “revelación”, el autor o copista Qu-tamy declara que “las doctrinas que allí se exponen, fueron dadas originalmente por Saturno... a la Luna, la cual las comunico a su ídolo, y el ídolo las reveló a su adorador el escritor Qa-tamy, el Adepto transmisor de aquella obra”⁴⁸. El *Nabathean Agriculture* es verdaderamente una compilación; pero no es, como creyeron Renán y otros, una obra apócrifa, sino la repetición de las enseñanzas de la Doctrina Secreta bajo la forma exotérica caldea de los símbolos nacionales, con objeto de revestir las doctrinas del mismo modo que los libros de Hermes y los Puranas son tentativas semejantes de los egipcios e indos. Esta obra era tan conocida en la antigüedad como, en la Edad Media. El historiador árabe Masondi y el rabino Maimónides hablan de ella, y se refieren más de una vez a este manuscrito caldeo-arábigo, llamando a los nabateos por el nombre de sus correligionarios, los “adoradores de las estrellas”, o sabeos; pero, sin embargo, no llegando a ver en la desfigurada palabra “nabateo” el nombre místico de la casta fiel a Nebo, el Dios de la Sabiduría *Secreta*, lo que prueba que eran los nabateos una

⁴⁷ Huelga por completo el que recordemos al lector teosofista a cuál de nuestros reverenciados Maestros alude este explícito nombre.

⁴⁸ El tercer tomo de *La Doctrina Secreta*, cuya versión castellana acaba de aparecer gracias al esfuerzo de los consortes Maynade, consagra por entero su sección XXVII a “Los ídolos y terafines”, o *serafines*, instrumentos de adivinación en los antiguos templos, usados igual por el Adepto Qu-tamy que por los reyes de Israel: Saúl, David y Salomón. El terafín era una especie de estatua animada, cuyo uso entre los israelitas, para deducir sus profecías con el auxilio de los poderes elementales o seres del mundo astral, fue introducido por Terah, padre de Abraham. Equivalía, en cierto modo, a la Esfinge egipcia, a las piedras de adivinación o bethilos, etc. Estaban ellos relacionados con los Espíritus planetarios. Jehovah se comunicaba a su pueblo por medio del tumín o terafín. El padre Kircher hace muy eruditas consideraciones acerca de ellos. La superstición los degradó después, como a todo el saber arcaico.

fraternidad Oculta⁴⁹.

“A pesar de que Maimónides llama a sus doctrinas “necedades paganas” y a su arcaica literatura “Sabeorum foetum”, coloca a la Biblia de *Qutamy* en primera línea de la literatura arcaica, y Abarbanel la elogia sin medida. Spencer la menciona como “la obra oriental más excelente”, y añade que por nabateos debe entenderse los sabeos, caldeos y egipcios, *contra los cuales fueron más severamente establecidas las leyes de Moises*. H. P. B. termina este luminoso informe diciendo: “Menciono esta curiosa “Biblia” del Adepto caldeo y las varias críticas acerca de ella, porque tiene una relación importante con una gran parte de esta obra”⁵⁰, o sea con la Doctrina Secreta, que diferentes veces alude a la revelación del Adepto caldeo, cuyo nombre es familiar a los teosofistas como uno de los dos directores excelsos del presente movimiento.

Se ve, pues, que las enseñanzas del Adepto caldeo Qu-tamy o Ko-tumi, guardan íntima relación con la obra inmortal de H. P. B.; pero es el caso que, por otra parte, esta sabia obra tiene en cien lugares conexiones muy íntimas con toda la doctrina de Pitágoras, como si el filósofo de Samos y el Adepto caldeo fuesen una sola personalidad a través de los tiempos.

La enseñanza fundamental de la obra de Blavatsky está quintaesenciada en un opúsculo precioso de A. Besant titulado *La Genealogía del Hombre*, y al que hemos consagrado algunos comentarios⁵¹. En dicho opúsculo se establece como punto de partida que el hombre es fruto complejo o nexo de tres evoluciones cósmicas distintas: 1.^a La ascendente, que conduce desde el átomo hasta el hombre físico, evolución parcialmente expuesta por Wallace, Lamark y Darwin, y que es base de nuestra Biología positivista en Occidente. 2.^a La descendente, que conduce desde la Divinidad Abstracta e Incognoscible hasta el Espíritu del Hombre, quien es mera Chispa de su fuego y simple manifestación concreta de sus infinitas e inteligentes Energías. Esta segunda Evolución está admitida

⁴⁹ Nebo, dice H. P. B., es la Deidad del planeta Mercurio, y Mercurio es el Dios de la Sabiduría Hermes o Buddha, que los judíos llaman Kokab (Baco) y los griegos Nabo o Nebo. Los nabateos del Líbano creían en los Espíritus planetarios y eran puramente kabalistas o físico-matemáticos.

⁵⁰ Más no podía decir H. P. B.; pero el lector puede agregar este más si lee con cuidado la *Historia Auténtica* de la Sociedad Teosófica, donde se habla de quienes dictaban las páginas de las inmortales obras de H. P. B.

⁵¹ Véanse los tomos de *La Verdad* correspondientes a 1908 y 1909, donde se publicaron.

también, aunque de un modo inconsciente y tímido, por nuestra ciencia moderna, quien, al par que estudia la evolución triunfante de las formas desde el protilo, los coloides y los protomixos hasta el complejo organismo del hombre, no puede desentenderse del principio de correlación de las fuerzas o energías gastadas y que, por sus entropias o involuciones, determinan todos los fenómenos del crecimiento evolutivo. La manera de entenderse el problema por muchos de nuestros biólogos es equivalente a la frivolidad de un labrador ignorante que se preocupase grandemente del crecimiento de sus siembras y plantaciones, pero poco o nada de las fuerzas nutritivas del suelo, cada vez más empobrecido por los cultivos. Si de la nada, en efecto, no puede hacerse nada, es evidente que la evolución sensible de las formas en la Naturaleza va acompañada de una involución u oculto descenso de las fuerzas o cósmicas Energías, que es lo que el gran Schopenhauer ha denominado la Voluntad como Esencia del Universo y los modernos investigadores de la radioactividad denominan *Energética*, aunque tal energética sea siempre inteligente.

La tercera evolución o nexo de las dos anteriores, es la de la Inteligencia en el Cosmos y en el Hombre, por virtud de la cual lo finito y lo infinito se enlazan hipostáticamente en un inefable Misterio Eucarístico, y el Logos que anima a cada Hombre, crucificado en las limitaciones de la carne (Sacrificio de la Tau), se hace consciente a sí mismo y recordador de su celeste origen⁵².

Estas son las mismas ideas de la escuela pitagórica, como puede apreciarse por lo que de ella conocemos. Los fragmentos de Philoaus el pitagórico; que nos han sido pobemente transmitidos por Diógenes Laertio y otros, enseñaban, con otras palabras, idénticas doctrinas: “Los seres de este mundo son compuestos armoniosos de elementos finitos y de elementos infinitos. Así está construido el mundo y todo cuanto el contiene”, dice el fragmento primero. Los demás continúan exponiendo repetidas ideas de las tres evoluciones: el espíritu esta ligado al cuerpo por el número (es decir, por leyes matemáticas) y por una armonía. El espíritu está ligado al cuerpo y encerrado en el como en una tumba... La Razón se desenvuelve en el hombre por el estudio de las Matemáticas (Filosofía Natural) y es capaz de comprender y abarcar la naturaleza de todo, pero...

⁵² Sobre estas materias pueden consultarse nuestras *Conferencias Teosóficas en América del Sur*, tomo II.

siempre habrá raciocinios y verdades más fuertes que nosotros mismos..."

Los modernos han fantaseado no poco acerca de la naturaleza del número impar y del número par pitagóricos, o sea lo que estos denominaban la mónada y la duada; pero faltos de verdaderas claves de iniciación, han fracasado lamentablemente en sus interpretaciones.

La mónada y la dúada pitagóricas tenían una clave sexual, que fue degradada por los semitas y cabalistas. Las ideas de par e impar son las ideas que pudiéramos llamar de sexualidad trascendida o de los contrarios, que por su misión integran la unidad mediante la armonía. La Década pitagórica o numero 10 representaba en lo fisiológico el misterio masculino-femenino, la razón de la circunferencia al diámetro, numero *pi* o numero diez escrito en la forma simbólica del diámetro en el círculo: ① la contraposición de los flúidos eléctricos; la de los cotiledones de ciertas semillas; la conjugación sexual, etc., etc. Es la matriz cósmica donde lo infinito se hace finito, y por eso Orfeo (fragmento numero 26 de Filolao) la denomina el Tallo, la Vara florida (lingham-yoni), porque es como el vástagos de donde brotan, como otras tantas ramas, todos los números. Este himno al diez no es sino el himno a la numeración decimal, conocida de muy antiguo y base de todas las ciencias de la Naturaleza.

AMOR, VOLUNTAD Y KARMA

Ignorante y todo, me permito disentir, *en apariencia* de nuestra Maestra H. P. B., cuyas instrucciones sobre Ocultismo Practico me han aterrado –y perdóñese el símil– como aterrar pueden al quinto recién llegado de su aldea los severos preceptos de la Ordenanza, donde todo se pena con la vida⁵³.

Silencio, soledad; evitación de todo contacto emotivo por puro que se crea; comida frugal, vegetariana, con el propio cubierto y con el propio plato al que ajena mano jamás tocó; identificación total en espíritu y alma con los otros seis candidatos a la iniciación primera; contemplación de los cinco colores teúrgicos; corazón sin olas, fantasía y razón amordazadas sin mordaza y, en una palabra, la más absoluta asepsia de todo lo terreno en sus planos físico, etéreo, astral y mental, es el prólogo obligado de la humana alquimia, por la que el neófito pierde ya su vieja condición semianimal, transformándose en sagrado vaso de la Esencia Divina ...

¿Quién es el occidental que con tales premisas se atreve a pisar siquiera el pórtico del ocultismo? Un tal aislamiento ni a los monjes de la Tebaida les fue quizá asequible. Según están las cosas en Europa casi habría que renunciar al ocultismo, a pesar de que sin él caminamos a una ruina segura, inundados por el cieno del materialismo científico, que ha acabado con la escasa espiritualidad que las religiones conservaran.

Pero yo, pese a tan tremebunda ordenanza, debo y quiero ser ocultista, aunque *ocultista teórico, ocultista del Arte de la Ciencia y de la Historia, no ocultista práctico*, por falta de la adecuada y sobrehumana virtud que es precisa.

⁵³ Cuando se publicó este trabajo, dió lugar a cierto escarceo de un conocido teósofo devocional. El trabajo se hizo de intento con el solo fin de demostrar que los verdaderos discípulos de H. P. B; *somas librepensadores ante todo*, y no hacemos dogmas con las enseñanzas de la Maestra, al tenor de repetidas indicaciones de ella sobre que “pensemos siempre por nuestra propia cuenta”, pues, como dijo San Pablo, debemos verlo todo, examinarlo todo y luego –como tales librepensadores– escoger lo que creamos bueno. Es más, acaso nuestro impugnador tuviese razón, pero nosotros, como pensamos escribimos.

Aterradora me pareció de niño la escuela, de la que triunfante luego salí; aterrador el texto de facultad, vencido en breve examen inconsciente y emotivo; aterradora la iniciación en los misterios del amor; aterradoras las gravísimas enfermedades padecidas, algunas, como la meningitis, que me permitiese comprobar de *vissu* eso que llaman auras de colores de las personas y en especial el purísimo ultravioleta del ambiente que sólo a los convalecientes, los estáticos, los soñadores y los artistas les es dable apenas columbrar; aterrador, verdaderamente tremebundo, en fin, es siempre todo lo desconocido; sensación astral contra la que debe el hombre prevenirse.

Existe, sin embargo, a mi juicio, un medio de ser héroe sin heroísmo alguno: el de ser niño, eternamente niño, y no ver, por tanto, en el peligro.

El niño, ese recién nacido venido de las playas celestes como intuyese Víctor Hugo, antes de caer en la generación, penetra en el mundo astral desde arriba, desde planos de vibraciones superiores para los que lo astral tiene la misma bajeza y materialidad que para nosotros lo físico. Vencer al astral desde arriba es fácil, naturalísimo, por leyes de inercia cósmica: vencerle desde abajo, contra corriente, es casi imposible, so pena de un titanismo volitivo cual el que, en efecto, exigen aquellas prácticas de ocultismo... Seamos siempre niños, y llegara un día en que, duchos en ciencia verdad –la ciencia del color, de la música⁵⁴, de la geometría y del numero; la ciencia no escrita, del sentimiento; la doctrina del corazón, no la del ojo–, nos sentimos ocultistas, porque la tremenda iniciación se había operado para nosotros en pasmosa inconsciencia, quizá en una crisis de dolor, en un fugaz instante de celeste y estática ternura en una dura pesadilla, en una grave enfermedad o bajo el aura benéfica, manto de una obra altísima, ora en el hecho, ora en el mero motivo que la determine... ¿Quién sabe si por esto a los iniciados no pocas veces se les llamara *niños*, y como *niños* se les presentase en el famoso “*Arbol de la leche*” o de la Vida, en los códices mexicanos, y como *niños*, Herodes los persiguiese, al tenor del conocido pasaje evangélico: “el de la Huida de Egipto”, luego repetido en la huida de Mahoma de la Meca a Medina, base de la cronología musulmana?

⁵⁴ La quinta sinfonía de Beethoven, llamada, por cierto, *El Destino*, me explica mejor el Karma que la propia y admirable obra de Annie Besant con este título.

Admirable es la pubertad física y, sin embargo, nos suele sorprender en ensueño dulcísimo. No será de extrañar, pues, que esas otras superiores pubertades, psíquica y espiritual, nos sorprendan lo mismo, allí donde menos debe de obrar por saltos la naturaleza.

Karma es acción e inercia; ley, historia y destino. Al karma no se le explica con palabras. Nadie que no sea al par matemático, músico, pintor y poeta puede concebirlo. Karma es vibración afinada con el cósmico ideal, o desafinada, por exceso o por defecto. Karma es ley lógica que sólo al Logos encarnado encadena; pero el karma jamás ligo al Sat, al Impronunciable, a la Seidad, ni a la Esencia Suprema del Espíritu Humano que es de la Seidad-No ser, Inefable Llama o Chispa.

Al ser le es necesario el obrar, y obrar es al par limitación; vibración de un grado o de otro. Karma se engendra, pues, con la existencia. Hijo del pasado y padre del porvenir, es connatural a las nociones de Tiempo, de Vibración, de Evolución y cualesquiera otras, ligadas con el supremo concepto material de la Existencia. Pero para el Espíritu la Unicidad Absoluta para Él, en una palabra, jamás ha existido; hasta para informar Él a lo Existente precisa pasar de la Mónada No-Kármica a la Kármica Dúada Demiúrgica, que siempre el Karma ha simbolizado desafinación, inadaptación momentánea o transitoria del Supremo Ideal-Sin Idea, Matriz de donde surgen los sucesivos universos, y la grosera, falsa e inerte realidad de la existencia, transitoria que denominamos Cosmos en su conjunto.

En el hombre hay un septenario, o un cuaternario si se quiere, o más propiamente, hablando de karma, una Dúada-Microcósmica; pero allá en su interno Santuario luce una Luz, un supremo y sintético Color, un Punto y Círculo infinitos, una Nota única y sintética de las cósmicas Sinfonías pretéritas y futuras; un Cero-Todo de la Numeración sin ideas ni números; y esa realidad Única, informando a distancia, un mundo ilusorio por transitorio, sin mezclarse jamás con él, no puede, no, conocer el Karma, porque es la propia Ley, eternamente afinada, tonalizada, adaptada, regulada, identificada consigo misma.

Y aquí el punto esencial de nuestra investigación. Si después de bien envueltos en el

cieno humano, con todo pecado y todo vicio por historia, la Voz del Silencio, esa que el niño oyó antes de caer en la astralidad y aun en la Mente-Materia, se logra oír una vez y otras mil en su Insonoro-Sonido, el Amor, triple esencia de Ciencia, Sentimiento y Voliciones trascendidas, puede redimirnos con su virtualidad, superior a todos los planos de la limitación y de la existencia, en los que Karma se genera como Dúada. No es esto decir que la Ley Condicionada y Condicionadora no se cumplirá: es que se cumplirá con vertiginosa rapidez y sin que lo advirtamos, porque nuestra conciencia se hallará entonces en los supremos deliquios de la mística, no ocupada en pequeñeces, como la Marta del Evangelio, sino tomando la mejor parte, la parte que es igual al Todo, en contra del clásico axioma, y como María. El gran fenómeno alquímico se operara entonces con la natural normalidad inconsciente de todas las funciones de la Naturaleza, no con la dolorosa iniciación consciente propia de todas las patologías.

De la Seidad Suprema sólo sabemos, con Platón y Blavatsky, que es Bien, que es Voluntad y que es Amor Absoluto, no Karma, con el filósofo de Parerga. La Esencia Divina e inexistente de las Monadas del Cosmos, inexistente en el sentido de ser inexistente siempre lo Inefable, a más de no sujetarse a Karma, tiene un canal, un hilo de enlace misterioso con la misma Mónada caída en la generación, o Dúada: el místico lazo del Amor, desde la ciega atracción gravífica o química y la *inconsciencia* de la planta, hasta lo que en el animal y en el hombre se conoce por instinto sexual, sabia envoltura o pérula de la mística flor de los amores trascendidos, despertadora, como yo me sé bien, hasta de los espíritus elementarios de soles y de planetas; quienes para evolucionar esperan a que el hombre evolucione en Humanidad por las doctrinas ocultistas.

Amemos siempre, pues, con la mayor idealidad posible. Karma, entretanto, realizará su obra, silencioso y sin teratologías, que son un tremendo peligro para los de la doctrina del ojo: los mentalistas.

¿Seguir? ¡Ello es obra no de un artículo ligero como éste, sino de muchos libros! Quédese ello, pues, para otro día.

BLAVATSKY, LA REBELDE

Siempre me ha parecido que el teósofo que no es libre pensador y rebelde, como lo fue siempre la Maestra H. P. Blavatsky, sólo es teósofo a medias, cuando no un hipócrita más de los que a través de la Historia han ido dando al traste o volviendo exactamente del revés las divinas enseñanzas de los grandes Iniciados: Melchisedec, Rama, Krishna, Hermes, Orfeo, Buddha, Apolonio, Jesús, Mahoma y tantos otros.

Creo por ello que la mejor manera de celebrar la fiesta de *El Loto Blanco*, tras una lectura de Bhagavad-Gîtâ, que es también lucha y rebeldía, es recordar cómo la Maestra vivió siempre en eterna rebeldía contra las religiones oficiales pasadas o futuras y contra la ciencia infatuada y positivista, de ese segundo clero más peligroso que ninguno, puesto que con su cultura ha desencadenado la horrible catástrofe que llora el planeta y ha suscitado con sus falsos perfeccionamientos la más antihumana guerra que en el mundo ha habido.

Y como no pretendo que se me crea bajo mi palabra, haremos este artículo con solo textos de la Maestra, empezando por las primeras palabras de su *Isis sin Velo*, que “Ante el Velo” dicen: “Según se nos dice, hace diez y nueve siglos que la divina luz del Cristianismo disipó las tinieblas del paganismo, y dos siglos y medio que la resplandeciente lámpara de la ciencia moderna empezó a brillar entre la obscura ignorancia de los tiempos. Se afirma que en estas épocas respectivas se ha realizado el verdadero progreso moral e intelectual de la raza. Que los antiguos filósofos eran lo bastante sabios para su tiempo; pero eran poco instruidos, comparados con nuestros modernos hombres de ciencia. La moral del paganismo era suficiente para las necesidades de la inculta antigüedad, pero ya no lo fue desde que la luminosa “Estrella de Belén” mostró el camino para la perfección moral, y allanó el de la salvación. En la antigüedad el embrutecimiento era regla; la virtud y el espiritualismo, excepción. Ahora, el más empedernido puede conocer la voluntad de Dios en su palabra revelada; todos los hombres desean ser buenos y mejoran constantemente.”

“Tal es la proposición: ¿qué nos dicen los hechos? Por una parte, un clero materializado, dogmático y con demasiada frecuencia corrompido; un ejército de sectas y tres grandes religiones en guerra; discordia en lugar de unión; dogmas, sin pruebas; predicadores efectistas; sed de placeres y de riquezas en feligreses solapados e hipócritas, por las exigencias de la respetabilidad. Esta es la regia del día: la sinceridad y la verdadera piedad, la excepción. Por otra parte, hipótesis científicas, edificadas sobre arena; desacuerdo completo en todas las cuestiones; rencorosas querellas y envidias; impulso general hacia el materialismo; lucha a muerte entre la ciencia y la teología por la infalibilidad. *Un conflicto de épocas...* Entre estos dos titanes en lucha, ciencia y teología, hay una muchedumbre extraviada que pierde rápidamente la fe en la inmortalidad del hombre y en la Divinidad, y que aceleradamente desciende al nivel de la existencia animal. ¡Tal es el cuadro de la actualidad, iluminado por la meridiana luz de esta Era cristiana y científica!”⁵⁵.

Por esto en el prefacio de *Isis sin Velo* decía la Maestra, aterrada por la enormidad de la empresa de rebeldía que echaba sobre sus hombros: “Acaban ya los tiempos en que el dogma dominaba al hombre...; no será extraño que los sectarios arremetan contra nosotros. Los cristianos verán que ponemos en tela de juicio la pureza de su fe. Los científicos advertirán que medimos sus presunciones con el mismo rasero que las de la Iglesia romana, y que en ciertos asuntos preferimos a los sabios y filósofos del mundo antiguo. Los sabios postizos nos atacaran furiosamente, desde luego. Los clericales y librepensadores verán que no admitimos sus conclusiones, sino que queremos el completo reconocimiento de la Verdad. También tendremos enfrente a los literatos y *autoridades* que ocultan sus creencias íntimas por respeto a vulgares preocupaciones. Los mercenarios y parásitos de la Prensa, que prostituyen su poderosa eficacia y deshonran tan noble profesión...; pero nosotros dirigimos la vista al porvenir... ¡Trabajamos para el mañana resplandeciente!”

“Y al considerar la acerba oposición que ha de darnos en rostro, creemos que el mejor mote para nuestro escudo al entrar en el palenque es la frase del gladiador romano: *Ave*

⁵⁵ ¿Qué habría dicho la Maestra ante la horrible consecuencia bélica de este conflicto? Lo que nosotros, sus discípulos decimos; es, a saber: “que una religión que no ha sabido evitar esta catástrofe, y una ciencia que la ha hecho más sangrienta y cruel con sus inventos, están juzgadas por sí mismas”.

César; *morituri te salutant!* Cuáles deben ser las creencias del teósofo, cuyo único dogma debe ser el de “la Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de sexo, raza, credo, casta y color”, están de mano maestra expresadas en estas palabras de *La Doctrina Secreta* (tomo III, páginas 97 y 137, de la edición española, a la que siempre nos referiremos):

“El teósofo no cree en milagros divinos ni diabólicos... Para él no hay santos ni brujos ni profetas ni augures, sino tan sólo Adeptos u hombres capaces de realizar hechos de carácter fenoménico, a quienes juzga por sus palabras y acciones... El estudiante de ocultismo no ha de profesar determinada religión, si bien tiene el deber de respetar toda opinión y creencia para llegar a ser Adepto de la Buena Ley. No debe supeditarse a los prejuicios y opiniones de nadie y ha de formar sus propias convicciones de conformidad con las reglas de evidencia que le proporcione la ciencia a que se dedica... sin atender a encomios de fanáticos soñadores ni a dogmáticos teológicos... Jesús predicó una doctrina secreta, y “secreta” en aquel tiempo significaba: “Misterios de Iniciación”, que han sido repudiados o alterados por la Iglesia.”

La eterna rebeldía de Blavatsky en demanda de la Suprema Meta espiritual esta expresada en estas palabras, de dicho libro: “Hay una Ley Eterna de la Naturaleza, que tiende siempre a ajustar los opuestos y a producir una armonía final. Merced a esta Ley de desarrollo espiritual, que sobrepondrá a la física y a la puramente intelectual, la Humanidad se vera libre de sus falsos dioses y se encontrara finalmente, redimida por si misma.”

No otra cosa dijo Beethoven, el incomprendido teósofo⁵⁶, cuando al llevarle cierta partitura en la que el autor había puesto: “fin, con ayuda de Dios”, tachó rudamente esta frase, sustituyéndola por esta otra, que parece escrita para todos: “¡Oh, hombre, ayúdate a ti mismo!” Donoso complemento al *Noscete ipsum* de Delfos. No otra cosa dijo Wagner en todas sus maravillosas obras de rebeldía, desde la de Tanhauser, el discípulo de Venus, cuya vara florece a pesar de la maldición papal, hasta la divina rebeldía de Sigfredo en el

⁵⁶ Wagner, mitólogo y ocultista, el drama musical de Wagner y los Misterios de la Antigüedad, tomo III de nuestra BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS

Anillo del Nibelungo, como tampoco dijo otra cosa Esquilo en su sublime trilogía de *Prometeo*.

El origen de las religiones y de los sacerdicios esta resumido para ella en estos conceptos:

“Se nos dice que en un principio no hubo Misterios Iniciáticos. El conocimiento (Vidya) era propiedad común y predominó universalmente durante la Edad de Oro o *Satya-yuga*. Como dice el comentario: *Los hombres aún no habían producido el mal en aquellos días de felicidad y de pureza, porque su naturaleza, más bien que humana era divina.*” Pero, al multiplicarse rápidamente el género humano, se multiplicaron también las idiosincrasias de cuerpo y de mente y el espíritu encarnado manifestóse en debilidad. En las mentes menos cultivadas y sanas arraigaron exageraciones naturalistas y sus consiguientes supersticiones. De los deseos y pasiones hasta entonces desconocidos nació el egoísmo, por lo que a menudo abusaron los hombres de su poder y sabiduría, hasta que, por último, fue preciso limitar el número de los *conocedores*. Así empezó la Iniciación.”

“Cada país se impuso un especial sistema religioso acomodado a su capacidad intelectual y a sus necesidades espirituales; pero como los sabios prescindían del culto a simples formas, restringieron a muy pocos el verdadero conocimiento. La necesidad de encubrir la verdad para resguardarla de posibles profanaciones se dejó sentir más y más en cada generación, y así el velo, tenue al principio, fue haciéndose cada vez másdense a medida que cobraba mayores bríos el egoísmo personal, hasta que, por fin, se convirtió en Misterio. Estableciéronse los Misterios en todos los pueblos y países, y se procuró al mismo tiempo evitar toda contienda y error, permitiendo que en las mentes de las masas profanas arraigasen creencias religiosas esotéricas inofensivas, adaptadas en un principio a las inteligencias vulgares, como rosados cuentos de niños, sin temor de que la fe popular perjudicase a las filosóficas y abstrusas verdades enseñadas en los santuarios iniciáticos; porque no deben caer bajo el dominio del vulgo las observaciones lógicas y científicas de los fenómenos naturales que conducen al hombre al conocimiento de las eternas verdades que le consienten acercarse al dintel de la observación libre de prejuicios y ver con los ojos espirituales antes que con los del cuerpo... Con el rodar de los tiempos, en la quinta raza,

la aria, algunos sacerdotes poco escrupulosos se prevalieron de las sencillas creencias de las gentes y acabaron por elevar dichas Potestades a la categoría de Dioses, aisladolos completamente de la única y, universal Causa de causas... En aquellos días primitivos no constituían los brahmanes o sacerdotes una casta aparte, sino que cualquier hombre podía ser brahman, por méritos propios, y en virtud de la Iniciación. Sin embargo, poco a poco fue prevaleciendo el despotismo, y la dignidad de brahman pasó de padres a hijos como herencia. Los derechos de sangre (nepotismo) suplantaron al verdadero mérito, y de esta manera se instituyó la poderosa casta de los brahmanes... Voltaire caracterizó en pocas palabras los beneficios de los Misterios, al decir que “entre el caos de las supersticiones populares existía una institución que siempre evitó la caída del hombre en absoluta brutalidad: la de los Misterios”.

“Verdaderamente, como Ragon dice de la Masonería: Su templo tiene por duración el tiempo eterno y por espacio el Universo entero... –Dividamos para dominar (habían dicho aquellos astutos perversos)–. ¡Unámonos para resistir! (dijeron los primeros masones)”. Pero estas últimas frases, más que los masones mismos, las pronunciaron los primeros Iniciados, a quienes los masones consideraron siempre como primitivos y directos maestros... “Los hijos de la Voluntad y del Yoga” se unieron para resistir las terribles y siempre crecientes iniquidades de los magos negros de la raza atlante, y esto determinó la fundación de escuelas todavía más esotéricas, de templos de instrucción y de Misterios impenetrables hasta después de haber sufrido tremendas pruebas. Dice Ragon, al tratar de la Iniciación masónica: “Estaban en lo cierto los sacerdotes egipcios al decir: “Todo para el pueblo, nada por el pueblo.” En un país ignorante, la verdad ha de revelarse únicamente entre personas fieles... En nuestros días vemos seguir el falso y peligroso sistema de “todo por el pueblo y nada para el pueblo”. El verdadero apotegma político ha de ser: “Todo para el pueblo y *con* el pueblo.” Mas, a fin de realizar esta reforma, las masas han de pasar por una transformación dual: “1.º Divorciarse de todo elemento supersticioso y de falsa piedad; 2.º Educarse hasta el punto de evitar el peligro de ser esclavos de ningún hombre ni idea.” (*La Doctrina Secreta*; tome III, páginas 224 y siguientes.)

No en vana era una iniciada la principesca fundadora de nuestra Sociedad Teosófica,

tanto que las palabras transcritas de: –“¡Unámonos para resistir!”– puestas por ella en labios de los primeros Magos Blancos Iniciados, fueron sus también ultimas palabras al dejar la grosera envoltura de su cuerpo físico, en el día que conmemoramos, del año 1891: –“¡Manteneos siempre unidos, para que esta mi última encarnación no resulte estéril para el mundo!”–dijo a sus discípulos; palabras de pavorosa responsabilidad para todo teósofo que, derivando hacia mojigaterías, nuevas o viejas religiones, regímenes autocráticos, falsos prejuicios, *excomuniones* más o menos embozadas bajo la hipócrita mascara de tachar a los demás de *personalistas*, y demás abusos de índole idéntica a los por las religiones cometidos, trate de romper esa unidad indispensable entre los teósofos, y de apartarse de los verdaderos rebeldes, o sea de los predilectos hijos de Blavatsky; de los rebeldes *welsungos o lobeznos*, hijos predilectos también del divino Wotam en *El Anillo del Nibelungo...*

Porque nosotros, los teósofos ocultistas, no podemos comulgar ya en religión positiva alguna, debiendo sí respetar la religión de los demás, pero no respetarla ya en nosotros mismos bajo ninguna capa positiva de induismo, buddhismo o cristianismo, etc., pues nuestro único dogma es el de la Fraternidad y nuestro único Maestro Supremo es nuestro Divino Ego, cuya voz es la Conciencia emancipada y libre, ya que Blavatsky ha dicho⁵⁷:

“Si se prescinde de las enseñanzas secretas, queda la religión reducida a un fraude. Sin embargo, las masas necesitan de un freno moral, porque el hombre está siempre ansioso del más allá y no puede vivir sin un ideal cualquiera que le sirva de faro y de consuelo. Al mismo tiempo, ningún hombre vulgar, aun en esta época de general cultura, puede satisfacerse con verdades demasiado metafísicas y sutiles de difícil comprensión, de lo que proviene el peligro de suplantar con el absurdo y cerrado ateísmo la fe en Dios y en sus

⁵⁷ Por esto Blavatsky se mantuvo siempre alejada de todas las religiones positivas, pues, como se desprende de todas sus obras y especialmente de la de *Por las grutas y selvas del Indostán* (mal tenida hasta aquí por una mera obra de literatura y de viaje), su única creencia fue la de la primitiva Religión Sabiduría o de la Edad de Oro, que fue anterior a nuestros tiempos históricos; Religión Única de la que son pobres facetas todas las conocidas. Por esto, sin duda, llevo a mal que Olcott marchase a su viaje a Ceilán (2.^a serie de la *Histoire authentique de la Societe Theosophique*) y no obstante acompañarle luego y felicitarle por su obra... buddhista, buena sin disputa como buddhista, y mala en el sentido de que la Teosofía no es el Buddhismo de Gautama el Buddha. (Véase *Doctrina Secreta*, t. I, introducción.) Por esto no llevaría a bien tampoco, si viviese, que llamádonos teósofos y ocultistas, mostrásemos preferencias ninguna; ora por el induismo, ora por el mazdeísmo, ora por el cristianismo, etc., como algunos teósofos lo realizan.

santos. Ningún verdadero filántropo, y, por consiguiente, ningún ocultista, supondrá ni por un momento que la Humanidad pueda subsistir sin religión, y aun en nuestros días, las religiones de Europa, limitadas a la santificación de los domingos, vale más que carecer de ellas. Pero si, como dijo Bunyan, “la religión es la mejor armadura del hombre”, no es menos cierto que es “la peor capa”, y contra esta capa de hipocresía luchan ocultistas y teósofos. Si no apartamos esta capa tejida por la fantasía humana y arrojada sobre la Divinidad por la artera mano de sacerdotes ávidos de dominación y poderío, no le bastará al hombre el verdadero ideal de la Divinidad, el único Dios viviente en la Naturaleza. La primera hora de este siglo anuncia el destronamiento del Dios de cada país y la proclamación de la Única y Universal Divinidad: el Dios de la inmutable Ley, no el de la piedad; el Dios de la justicia distributiva, no el de la misericordia, que es sencillamente un incentivo para cometer el mal y reincidir en él. Cuando el primer sacerdote inventó la primera oración de suplica egoísta, se perpetró el más nefando crimen de lesa Humanidad...” (*Doctrina Secreta*, t. III, pág; 48.)

Además, si para el teósofo, como para el Maha Rajá de Benares, “no hay religión superior a la verdad” (*satyat nasti para dhrama*), es nuestra obligación primera cantar un himno a Satán, a manera de aquellos grandes rebeldes que se llamaron Leopardi y Carducci, pues que en la *Doctrina Secreta* nos dice:

“El sistema cristiano no es el único que ha degradado estos dioses en demonios (los *Suras* o Dioses en *Asuras* o No-Dioses). El zoroastrismo y aun el brahmanismo se han aprovechado de ello para imponerse a la mente del pueblo. Hasta en el exoterismo caldeo, los seres que *rehúsan* crear son también denunciados como Espíritus de Tinieblas. Los *Suras* que obtienen su independencia intelectual, los supuestos *ángeles rebeldes*, luchan con los *Suras* que carecen de ella y que parece como si pasaran sus vidas en inútiles cultos basados en la fe ciega... La razón del por que rehusaron estos “Dioses” crear hombres, no es, como declaran los textos exotéricos, por su orgullo, sino por los motivos expresados... Los supuestos “Rebeldes” eran sencillamente aquellos que, obligados por la ley Kârmika a beber hasta la última gota de hiel, *tuvieron que encarnar* de nuevo –la caída– convirtiendo así en entidades pensantes responsables a los hombres...”

(*Doctrina Secreta*, t. II, páginas 85 y 86.)

Luego, hablando de estos “Rebeldes”, Kabires, Fuegos Sagrados o Satanes, dice: “Las diversas ramas de la raza aria, la asiática y la europea, la india y la griega, hicieron lo posible por ocultar la verdadera naturaleza, ya que no la importancia, de dichos “Rebeldes” o Kumaras, cuatro de los cuales son los *alter egos* de Sanat, Sananda, Sanaka y Sanatana, “o séase de los divinos Satanes, tan envilecidos por las pecadoras religiones exotéricas.” (Ib., 97.)

Hablando después de los *Edenes* religiosos, dice: “Los cristianos sostienen que el Jardín del Edén es el santo Paraíso *profanado* por el pecado de Adán y Eva; El ocultista, al negar la interpretación de la letra muerta, demuestra todo lo contrario.” (Ib., pág. 186:)

“La Biblia, desde el *Génesis* al *Apocalipsis*, no es sino una serie de anales históricos de la gran lucha entre la Magia Blanca y la Negra, entre los Adeptos del Sendero de la Derecha o *Profetas* y los de la izquierda o *Levititas*; el clero de las masas brutales.” (Ib., 195.)

“En el exoterismo religioso indo, los *Asuras* son también denunciados como enemigos de los dioses, que se oponen a los cultos y a los sacrificios de los *Devas*. En la Teología cristiana se mencionan como “Espíritus caídos”, diversos héroes paganos. La “serpiente tortuosa” de los primitivos judíos tuvo siempre un significado completamente distinto, astronómico en un sentido, antes de que la Iglesia romana lo desnaturalizase.” (Ib., p. 211.) El Logos es Sabiduría y también Lucifer o Satán... el rayo de luz y de razón; *que caía del cielo como un rayo* (Lucas, X, 18). En los corazones y mentes de los convertidos a la antigua Religión de la Sabiduría, presentada entonces bajo una nueva forma por el sabio Adepto galileo, fue desfigurada hasta el punto de no ser reconocible, como lo fue también su propia personalidad arreglada para amoldarla al más cruel y pernicioso de los dogmas teológicos... Y cuando Jesús observa en el pasaje citado que “ha visto a Satán caer del cielo como un rayo”, es una simple declaración de sus poderes clarividentes y una referencia a la encarnación del Rayo Divino –Ángeles o Satanes– que cayeron en la generación. (Ib., 212 y 213, nota.) “El verdadero punto de vista exotérico acerca de “Satán” y la opinión que sobre este asunto tenía toda la filosofía antigua hallase admirablemente presentada en un apéndice titulado: “El Secreto de Satán”, de la segunda

edición del *Perfect Way*, del Dr. A. Kinsford (pág. 214). En el se dice: “En el séptimo día (o creación) produjose de la presencia de Dios un Ángel poderoso, lleno de ardimento, y Dios le dio el dominio de la esfera extrema. La Eternidad produjo el Tiempo; el Ilimitado dio nacimiento al Límite; *el Sér descendió a la generación. Entre los Dioses no hay ninguno que se asemeje a aquel en cuyas manos están depositados el reino, el poder y la gloria de los mundos...* Pues, como dice Hermes, Satán es el guardián de la puerta del *Templo del Rey*, y en el Pórtico de Salomón guarda las *Llaves del Santuario*, para que no penetre en él profano alguno y si sólo los ungidos que poseen el arcano de Hermes... Temedle y no pequéis, pronunciad su nombre temblando..., pues Satán es el magistrado de la Justicia de Dios (Karma). Él tiene en sus manos la balanza y la espada, pues a él le están enc0mendados *el Número, el Peso y La Medida...* Satán es, en suma, el ministro de Dios, el Señor de las siete mansiones del Hades y el Ángel de los mundos manifestados.” (Ib., 214 y 215.) “Satán es el Dios de nuestro planeta y el Dios único, y esto sin ninguna sombra ni metáfora de perversidad, pues es uno con el Logos... Por tanto, cuando la Iglesia maldice a Satán, maldice el reflejo cósmico de Dios; anatemiza a Dios manifestado en la Materia o en lo objetivo; maldice a la Sabiduría por siempre incomprendible, revelada como Luz y Sombra, Bien y Mal en la Naturaleza, en la unica forma comprensible a la limitada inteligencia del Hombre.” (Id. 216.) “Todos los cabalistas y simbologistas han demostrado suma repugnancia a confesar el significado primitivo de la Caída de los Ángeles... Desde que la Iglesia, en su lucha con el maniqueísmo, inventó al Demonio, colocando un vela teológico entre los hombres y Lucifer, la Divina Estrella, o sea el “Hijo de la Mañana”, creo la más gigantesca de todas sus paradojas; una Luz tenebrosa y negra...” (Ib., 219.)

No continuaremos con las citas, porque habría que copiar todos sus libros, desde el primero hasta el último, como otros tantos cantos de una rebeldía como la de Satán, la de Prometeo, la de Fausto, la de Sigfredo y la de tantos y tantas personajes ora reales, ora simbólicos, desde que el mundo es mundo. El que quiera saber más acerca de la eterna rebeldía de la heroína que en Mentana luchó contra el poder papal al lado de Garibaldi, y doquiera contra las más varias formas de ignorancia, ambición e hipocresía de los

hombres, que pase la vista por la preciosa obra de Sinnett, *Incidentes de la vida de Blavatsky*, o por las inmortales páginas del *Odl Diary leaves*, de su queridísimo compañero H. S. Olcott (*Histoire authentique de la S. T.*), en que el bizarro caballero pone de relieve sus características heroicas de aquella mártir de la Verdad tradicional, que pasó incomprendida para muchos de sus contemporáneos y que nunca será bastante estudiada y seguida por los que nos preciamos de teósofos o de ocultistas.

APUNTES OCULTISTAS ACERCA DE TEOFRASTO PARACELSO

“Paracelso ha sido quizá el único ocultista europeo, durante los últimos siglos, versado efectivamente en el gran misterio de *la Vida y de las vidas*, que es el alma de la Magia, dice la Maestra Blavatsky (*Doctrina Secreta*, tomo I, comentario a la Estancia VII de Dzyan). Si una mano criminal no hubiese puesto fin a su vida años antes del tiempo que la Naturaleza le había concedido, la Magia fisiológica tendría muchos menos secretos para el mundo civilizado.”

Pero el mundo occidental, después de tenerla que agradecer la revolución más grande en el arte de curar que se ha conocido desde los tiempos de aquel semidiós de Esculapio que “resucitaba hasta a los muertos”, pretende, en vano, abarca en gigantesca personalidad de mago, como uno de los abnegados *rosacruceros* que a principios del siglo XVI transformaron la faz de Europa con sus pasmosas revelaciones ocultistas, derramando a manos llenas el ridículo sobre escolásticos y teólogos.

Por eso, al leer las biografías esparcidas por las enciclopedias acerca de Felipe Aureola Teofrasto Bombast de Hohenhein, que todos estos nombres ha llevado el Maestro, se advierte esa misma confusión y oposición con que las figuras de los seres superiores se representan caricaturescamente deformadas en la mente de los pequeños. Por eso también ha podido decir de él Sprengel en su *Historia de la Medicina*, t. III, p. 285, traducción de Jourdán: “La vida de este hombre extraordinario no es menos obscura, ni la refieren menos contradictoriamente los diferentes historiadores, que la de la mayor parte de los alquimistas y teósofos del siglo. Pocos hombres, en verdad, han sido objeto, por una parte de los elogios más entusiastas, y por otra del ludibrio más profundo... Cuando, sin tener en consideración el juicio de los escritores antiguos, se considera el desprecio con que le tratan Zimmermann y Gistanner, y los elogios que le prodigan Hemmann, Heusler y Murr, no sabe uno realmente a qué atenerse y se experimenta naturalmente, con Le Clere, Heusler y otros sabios muy apreciables, el deseo de hallar por fin alguien que se

consagre a escribir con imparcialidad la historia de ese hombre excéntrico y maravilloso.”

Y comentando Luis Figuier estas palabras en el t. II de su obra *La Ciencia y sus hombres*, añade por su cuenta: “Diversas circunstancias contribuyeron a difundir sobre la vida de Paracelso una obscuridad profunda que todavía no está disipada. No se escribió en su época ninguna biografía sincera de él sino testimonios impregnados en la más evidente parcialidad. El mismo Paracelso contribuyó a extraviar la opinión, no haciendo nada para disipar los raros y contradictorios rumores que sobre él corrían. Es, pues, casi imposible el reconstituir actualmente su fisonomía real.”

Por de pronto nos encontramos con un carácter tan parecido al de H. P. Blavatsky, que muchos teósofos hasta sospechan si la fundadora de la Sociedad Teosófica en el siglo XIX y el fundador de la Medicina moderna en el siglo XVI no son sino una misma y vigorosa individualidad Rosacruz en dos sucesivas encarnaciones. El coronel Olcott, en su *Old Diary Leaves*, nos ha dado el más perfecto esquema de las genialidades de esta, genialidades que corren pareja con las que se atribuyen también a aquél.

Recordemos algunas de estas últimas, glosando la expresada biografía de Luis Figuier, sin meternos en la magna empresa de historiar al gran Teofrasto, máxime después del trabajo de Franz Hartmann titulado *Paracelsus*, y que tanto elogio ha merecido a la autora de *La Doctrina Secreta*.

Por de pronto, los viajes de Paracelso por todo el ámbito del mundo fueron infinitos, “yendo por los caminos, solo y a pie, con su equipaje y su espadón a cuestas, instruyéndose con las enseñanzas de los barberos, las viejas hechiceras, los gitanos, los esquiladores de perros, los tahúres y hasta los verdugos”, según él propio dice en el prólogo de su *Cirugía Menor*. Estudio además en las escuelas de Alemania, Francia e Italia. Estuvo en España, Portugal, Inglaterra, Países Bajos, Dinamarca, Moravia, Lituania, Polonia, Hungría, Valaquia, Transilvania, Isla de Rodas, Nápoles, Venecia, Finlandia y Laponia. Residió más de diez años en Egipto y Arabia y más de diez y ocho entre los tártaros, o sea en el Tíbet. Iniciado en los más altos misterios de la Magia, habla el mismo del terrible juramento que se vio obligado a hacer al tomar sus grados, cuando, después de visitar las minas de Alemania, pasó a Rusia y en esta última fue hecho

prisionero por unas hordas tárteras que le condujeron a la presencia de su khan, cuando apenas si tenía veinte años. Acompañó como médico, según Helmont, a un príncipe mogol en sus guerras; después un sabio sacerdote griego le transmitió en Constantinopla el secreto alquímista de la piedra filosofal, y es célebre, por lo curiosa, la aventura que corrió con un nigromante en España, que tenía el poder de hacer oír las campanas astrales y dominar toda clase de espíritus.

“Paracelso pretendía, dice el doctor Michea, que una espada que él había recibido como regalo de un verdugo de Alemania, encerraba en su guarnición un genio familiar llamado *Azoth* –este es el *Alor*, *Tora* o *Baphomet* templario, y el *jina* al que se refiere el coronel Olcott cuando habla del mago de Bombay⁵⁸–. Prenda insigne y sagrada de su poder sobrenatural, llevaba noche y día esta espada y aun parecía como si, al separarse de este talismán fatídico le abandonaran como por ensalmo la inspiración, el inaudito prestigio y la fascinación irresistible que ejercía en el ánimo de la muchedumbre, a pesar de todos sus esfuerzos para contener sus indecisas riendas. Entonces la arenga de una disertación lenta, árida y vulgar, reemplazaba al originalidad fácil, al arrojo gigantesco y la sonora pompa de su elocuencia habitual. El hombre oscuro ya no era el ángel radiante. El aguila de los alquimistas perdía de repente sus inmensas alas, y desde el empíreo se precipitaba hasta la tierra. Por esto, cuando explicaba en su cátedra so pretexto de oponerse a la huída de su genio familiar, apoyaba constantemente entradas manos sobre su empuñadura. Gabriel Naude pensaba que el genio familiar del profesor de Basilea no era sino sus *maravillosos arcanos*, de los que la espada en cuestión guardaba siempre cierta cantidad preparada bajo la forma de píldoras. Pero, ¿no era, más bien, la personificación de un mero fenómeno intuitivo: el ingenuo y poético símbolo de la conciencia revelándose a sí

⁵⁸ *Histoire Authentique de la Société Theosophique*, de H. S. Olcott, traducción de La Vieuville, serie II, capítulo de *El Maestro de los Djins*, que dice: “Madame Blavatsky y yo realizamos juntos nuestra proyectada excursión a la ciudad santa... Varias personas en Benares nos dieron noticia de los poderes milagrosos de Hassan Khan, a quien habían conocido personalmente... Poseía el arte de su padre, que era un gran ocultista y que le había iniciado seriamente, con ceremonias mágicas, en la sublime ciencia. Había recibido así poder sobre siete *Jinas*, a condición de llevar una vida moral y temperante. Sus pasiones le arrastraron, sin embargo, y los siete escaparon uno tras otro a su dominio. Sólo le quedaba uno, y tenía gran temor de perderlo también, tanto que le era preciso esperar a que su espíritu estuviese bien dispuesto, de suerte que ya no podía producir como antes los fenómenos a voluntad. Mr. Hagan, que le conoció personalmente, cuenta que presentía la aproximación de su genio, al notar que dejaba de respirar por una de sus narices. Sus pasionales excesos acabaron por degradarle moral y físicamente, y hasta se dice que murió en la cárcel.

misma? Esto es, todo cuanto puede creerse, recordando que los partidarios de la filosofía, de aquella hija de las regiones orientales, como la fábula y la alegoría, representaban ordinariamente las ideas abstractas por medio de imágenes y mitos⁵⁹.”

No puede hablar más claro el doctor Michea acerca de ese verdadero *jina o daimon familiar* que tenía Paracelso, al igual de los celebres de Sócrates, de Numa-Pompilio, con su Egeria; de Sertorio con su cierva; de Cervantes, según el propio Menéndez Pelayo, y de aquel sabio de Bombay ya citado de Olcott, verdaderos *terafines*, quizá al estilo del de Terah, el padre de Abraham, que cita Blavatsky al hablar de la magia caldea .

“Franciscus, ayudante de Paracelso –dice Figuier, de quien glosamos casi por entero este artículo– refería que su maestro había curado en una sola noche a un hombre sin haberle visto en su vida; que había adivinado su enfermedad mediante ciertos polvos-reactivo en la orina, y hasta llegó a decir que había visto cambiar el mercurio en oro, gracias a sus poderes alquímicos.

A pesar de las dudas de Figuier sobre este último particular, es lo cierto que el gran Teofrasto Paracelso, además de su maestro el mago *Tritemius*, contó con las enseñanzas profundísimas de alquimistas como su propio padre Guillermo, “mientras crecía a la sombra de los abetos comiendo queso y pan de avena”⁶⁰ y después los obispos de Scheyt, de Erhard y su predecesor Lavantable, amén de los también obispos Nicolás de Yppon y Mateo de Schacbt, sin contar a varios otros abades y doctores, por lo que muy bien podía envanecerse de conocer los más raros e imponentes libros de alquimia antiguos y modernos, en los que bebieron su inspiración igualmente Tritemius, abad de Sponhein, y Segismundo Fugger, el mineralogista.

De aquí que pareciese el revolucionario Teofrasto tan indiferente respecto de la religión ordinaria como apasionadísimo por la magia; que es la oculta esencia de toda religión exotérica; de aquí también su desprecio por igual hasta hacia la misma Reforma protestante que tanto apasionaba por entonces a Europa: “Lutero, decía, no es nadie ante

⁵⁹ *Gaceta Médica de Paris*, 7 de Mayo de 1842.

⁶⁰ Los abetos o abedules a que se refería burlonamente con esta frase el maestro no eran sino las escrituras mágicas de los *Tuatha de Danand*, a los que se refiere el capítulo VIII de nuestra obra *De gentes del otro mundo* (tomo III de nuestra BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS).

mí; el no es más que teólogo y yo sé medicina, filosofía, astronomía, química y otras muchas cosas. Lutero no sirve ni para besar la correa de mis zapatos.”

De igual modo se expresaba respecto de Galeno, de Avicena y de todos los pedantescos médicos sus contemporáneos, porque, a bien decir, el conocimiento de la magia, de esa ciencia de ciencias que en Oriente como en Occidente ha mandado sobre los papas y los reyes –“et in Oriente regibus imperat”– da al que la pasee un completo dominio de sí mismo, que jamás tolera las vanidades pueriles de los que, sin conocerla, se tienen por sabios en la Ciencia y en la Iglesia. De aquí el lenguaje libre y tremendo de Paracelso en el prólogo de su *Fragmenta medicinæ Paragranum*, lenguaje tan parecido, por otra parte, al de Blavatsky en sus momentos de santa indignación contra la ciencia infatuada y contra la teología dogmatizadora.

“En contestación a mis enemigos, voy a mostrar las cuatro columnas en las cuales se asienta mi ciencia de curar –léase “los cuatro portales de la Iniciación: Aritmética, Geometría, Astronomía y Armonía”–. Mucho os conviniera a vosotros mismos poneros bajo su protección augusta, si no queréis pasar por verdaderos impostores... Sí, me seguiréis al fin, mar que os pese, tú, Avicena; tú, Galeno; tú, Rhazes; tú, Montagnana; tú, Mesué, y vosotros, Misnianos y Suevios; vosotras, universidades de París, Monpeller, Colonia y Viena; vosotros, países del Rhin y del Danubio; vosotras, Italia, Grecia, Dalmacia, Israel y Arabia; vosotras, islas del mar Egeo... ¡Yo, por mi despreciada ciencia, seré vuestro monarca...! Vosotros, mis detractores, limpiaréis humildes mis hornillos de química y mi escuela eterna triunfara de la de Aristóteles y Plinio, a quienes desde entonces se les llamará por sus usurpaciones *Caco Plinio* y *Caco Arisfóteles*... He aquí la gran revolución que producirá el arte de extraer las virtudes de los minerales. La alquimia convertirá en polvo a vuestro Esculapio y a vuestro Galeno, y vosotros mismos seréis purificados por el fuego, y mi azufre y mi antimonio valdrán más que vuestro oro...”

Después de entonar Paracelso este himno a la magia y a la alquimia, cerraba en insultos contra la falsa ciencia medica, ignorante de las divinas correlaciones que en el Universo guardan los astros, las plantas, los átomos y los hombres, diciendo: “¡Cuánto compadezco al alma de vuestro Galeno; desde que sus manes infelices me han dirigido cartas fechadas

en el mismo Infierno! ¿Quien hubiera creído, en efecto, que un príncipe tan ilustre de la Medicina pudiera, al morir, volar en hombros del diablo...? ¡Me acusáis, insensatos, de plagio! Diez años hace que no leo uno solo de vuestros libros y lo que vosotros me enseñasteis se ha derretido como la nieve bajo los rayos del Sol. *El resto lo he arrojado despectivamente en la fogata de la noche de San Juan*⁶¹ para que la pureza de mi ideal reinado no fuese contaminada por ello... Vosotros, en vuestra impotente desesperación, pretendéis sepultarme en el polvo del olvido o condenarme al fuego, pero yo reverdeceré mientras que vosotros seréis siempre arbustos secos... ¡Ojalá pudiera yo preservar mi calva del aguijón de las moscas con la misma facilidad con que mi ignorada arte se halla a cubierto de vuestros ataques insidiosos...! ¡Día vendrá, oh médicos, impostores, en que el cielo produzca médicos que conozcan todos los arcanos, todos los misterios! ¿Qué puesto ocupareis entonces vosotros...? (*Paragranum*, libro III, tomo I de sus *Obras Completas*.)

Con semejante libertad de lenguaje, hija del conocimiento de su absoluta superioridad mágica –cosa ignorada por todos sus biógrafos occidentales– no hay que decir si Paracelso se acarreo odios y persecuciones sin cuenta. Los médicos, pedantes y rutinarios, que pretendían curar, más que con preparados químicos por ellos ignorados, con discursos y aforística greco-latina, le persiguieron como un malhechor, doquiera que puso cátedra, pidiéndole la exhibición de esos eternos títulos de doctor que no siempre son los que dan la ciencia verdadera. El vulgo, sugestionado siempre con la magia de su verbo maravilloso, reaccionaba luego en contra, con esa eterna ingratitud con que, tras las palmas y olivas del Domingo de Ramos, alza las cruces del Viernes Santo para los redentores. En cuanto a sus llamados discípulos, en fin, no hay que decir que le fueron ingratos y calumniadores casi todos, con arreglo al triste aforismo de que la ignorancia y el egoísmo pagan siempre con daños e ingratitudes los favores recibidos... ¡Cómo me atacáis tanto –decía festivamente un gran político español a un diputado que contra él arremetiera– si no recuerdo haberos hecho favor alguno en mi vida?

Paracelso mismo confiesa que solo logró formar dos verdaderos discípulos en Hungría;

⁶¹ Una alusión ocultista más al conocimiento iniciático y a la diosa lo, de la que tanto hemos hablado en *De gentes del otro mundo*.

tres en Polonia; dos en Sajonia; uno en Eslavonia; uno en los Países Bajos y otro en Bohemia. Todos ellos fueron después grandes ocultistas de los que el mundo apenas si conserva vagas noticias. “En el escrito apologético a los Estados del ducado de Carintia – sigue diciendo Luis Figuier, a quien seguimos glosando fielmente– se encuentra un pasaje bastante raro, relativo a sus discípulos o ayudantes sirvientes. En el pretende que a veintiuno de ellos los había arrebatado de las propias manos del verdugo y que Dios los tenía ya a todos; felizmente, frase que, a nuestro juicio, no revela sino que los tales fueron gentes a quienes el maestro pretendió salvar de las terribles garras de los elementales de la embriaguez, el juego y demás pasiones –los verdugos de la Humanidad– sin que ni uno solo de ellos alcanzase a triunfar en las terribles pruebas iniciáticas necesarias. Menos que ninguno de los demás discípulos de Paracelso triunfó de sus malas pasiones el envidioso y malvado Oporino, que amontonó, ingrato, sobre la venerable cabeza del Maestro cuantas calumnias aún perduran. Un caso, en suma, como los de tantos discípulos y émulos de Blavatsky con el matrimonio Coulomb y la Real Sociedad de investigaciones psíquicas de Londres a la cabeza.

Juan Oporino era un escribiente de cortísimos alcances del canónigo de Lucerna, escribiente que copiaba también manuscritos griegos para la celebre imprenta de Frobenius. Amigo asimismo Oporino del poeta latino *Xylotectus*, caso con la viuda de este a poco de sucumbir el poeta bajo el azote de la peste. Cuando Paracelso curó al impresor Frobenius de la manera más maravillosa, desahuciado ya como estaba de todos los grandes médicos, y ganó por ello una cátedra en la Universidad de Basilea, Oporino se le presentó humildemente al maestro como secretario-discípulo, para ser al fin el más buido puñal que se clavó en la honra de su gurú, dejando escrita contra este aquella terrible carta, de la que luego se arrepintió tardíamente, en trance de muerte.

De la carta en cuestión entresacamos los párrafos siguientes, en que el lector ocultista sabrá separar por intuición lo exagerado y lo falso de lo verdadero:

“Envanecíase mi Maestro a veces de conocer las cosas ocultas y fingía ser capaz de anunciar anticipadamente ciertas cosas, de tal manera que yo nunca me habría determinado fácilmente a intentar en secreto una empresa en la cual hubiese podido tener

motivo para temerle. Para nada se cuidaba de las mujeres, y no creo que baya tenido relaciones con ninguna⁶². En materia de dinero, lo prodigaba en extremo cuando lo tenía, hasta quedarse sin un sueldo. Yo lo sabia perfectamente, y, sin embargo, el día siguiente por la mañana me enseñaba una nueva bolsa llena y yo me admiraba tanto más de ello cuanto que no podía adivinar como había llegado a procurársela.”

“Jamás se desnudó mi maestro para acostarse en todo el tiempo que con él viví⁶³. Muy a menudo venía antes de ponerse el Sol enteramente borracho e iba en seguida a acostarse en su cama, completamente vestido y con la espada al lado, aquella espada que se envanecía de haber recibido de un verdugo. Después, con bastante frecuencia, levantándose bruscamente en mitad de la noche, se precipitaba con el arma desenvainada en la mano, y como un hombre fuera de juicio se ponía a repartir tajos y mandobles a las paredes, con tal frenesí, que confieso que más de una vez temí que en uno de ellos me cortase la cabeza”⁶⁴.

“Jamás ví ni oí que Paracelso orara. No se ocupaba en manera alguna del culto sagrado, ni siquiera de la doctrina evangélica reformada, que entonces comenzaba a prevalecer entre nosotros y que nuestros asociados recomendaban muy formalmente. Profería palabras no menos amenazadoras contra el Papa y contra Lutero que contra Hipócrates y Galeno, y los ponía a todos bajo el mismo nivel, “porque hasta ahora –decía–, entre todos los antiguos y modernos que escribieron acerca de los textos antiguos y sagrados, ni uno solo de ellos comprendió su verdadero sentido; ni uno solo de ellos profundizó hasta su origen. Todos se han detenido en la superficie, en la corteza 0, por decirlo así, en la membrana que cubre la corteza misma.”

⁶² Esta es la más típica característica Rosacruz y de Magia blanca. El vulgo docto que ignora esto suele recurrir, para explicarse de algún modo el secreto, a multitud de expedientes irrisorios, tales como la fábula de Erasto, de que Paracelso había sido castrado en su niñez por la voracidad de un cerdo. Otro tanto se ha dicho por el mismo Olcott y por los médicos que él cita acerca de la asexualidad de Blavatsky.

⁶³ Si el hecho es cierto, lo hacia acaso por pudor o por guindar el mismo secreto de su asexualidad. Además, es sabido que hasta el siglo XVI no fue costumbre la de desnudarse para dormir.

⁶⁴ Este ultimo hecho debe ser cierto. Sin duda el maestro en sueños luchaba con entidades del astral, como en más o menos grados acaece a todos los estudiantes de Ocultismo. Si, además tuvo; en efecto, el vicio de la embriaguez, como aseguran Adelung y Oporino, mayor motivo para que luchase con las larvas y gárgolas del alcohol, a las que se refiere, hablando de Edgard Poe, de Musset, de Verlaine y tantos otros genios borrachos, el excelente escritor Emilio Carrere en un artículo de fondo del periódico *El Día* (Diciembre 1917).

Estas y otras tales fueron las calumnias del miserable Oporino contra aquel maestro a quien traiciono como Judas a Cristo. Pero su delito, “su pecado contra el Espíritu Santo”, como se llama a semejantes asesinatos morales, no quedo sin su kármica sanción, como era de colegir.

Despidióse, pues, Oporino de Paracelso, pretextando sentir horror ante la impiedad de éste en el modo de considerar los sacramentos, y se dió a enseñar el griego, con el más completo fracaso. Igualmente fracasó luego al querer montar una imprenta al estilo de la de Frobeni, y, por fin, murió obscuramente, despreciado de todos por su traición y en medio de la mayor miseria, tardíamente arrepentido de haber empañado con la baba inmunda de su calumnia e ingratitudes la fama prodigiosa del Maestro... Los demás émulos de Paracelso, tales como Lieber y Adelung, probablemente corrieron la misma suerte, que no en vano puede el hombre vulgar, y menos por miserables vanidades y codicias, escupir al cielo de la Magia sin que le caiga kármicamente en el rostro.

Adelung refiere el incidente que motivo la ruptura definitiva entre maestro y discípulo diciendo: “Paracelso había dicho que podía formarse juicio del temperamento de una persona por la naturaleza alcalina de sus orines, pasados tres días sin comer. Queriendo Oporino tentar el experimento, ayunó durante dichos tres días, y al cabo de ellos expelió con dificultad algunas gotas de orina que se apresuró a llevar al maestro. Al Ver la chiquillada, Paracelso se echó a reír y arrojó contra la pared el vaso con la orina. Oporino, ante aquello, sintió desvanecerse en un momento todas sus ilusiones, y hubiera abandonado al maestro si este no le hubiese retenido con la promesa de revelarle el secreto de su láudano, promesa que luego tampoco realizó.”

El pasaje de Adelung, si es realmente histórico, recuerda también las veleidades, caprichos y extravagancias de Blavatsky, que tan a prueba pusieron más de una vez la fidelidad y el cariño de su discípulo Olcott, según el mismo refiere en la *Historia autentica de la Sociedad Teosófica*.

“¿Que hay, empero, de exacto y bien comprobado en todas estas aserciones, para fundar una verdadera acusación contra Paracelso? –se pregunta, finalmente, Luis Figuier–. Las crueles invectivas de los médicos hacen muy sospechosos los cargos de embriaguez,

desaseo y mala conducta que sus enemigos le dirigen. Cuantos esfuerzos hicieron estos para empañar su reputación parecen no haber servido sino para hacer prevalecer una opinión contraria a la que ellos querían asentar.”

Nosotros, que hemos visto en nuestro propio país formarse el mito de “el tuerto de *Pepe Botella*”, el hermano de Napoleón, que no era borracho ni tuerto, sino excelente persona, muy superior al truhán de Fernando VII *el Deseado*, opinamos igual respecto de tamañas calumnias y, ateniéndonos al dicho evangélico, juzgamos al árbol por sus frutos. ¿Que frutos fueron, pues, los dados al mundo por aquel poderoso Rosacruz?

Los sucesores de Paracelso (la Iglesia médica, por decirlo así, dividen las obras del Maestro en tratados auténticos, y apócrifos, es decir, *canónicos y no canónicos*, según concuerden o no con sus rastreras opiniones positivistas.

Los diez tratados auténticos son: *De gradibus et compositionibus receptorum*.—*La cirugía menor*.—*Los siete libros sobre las heridas*.—*Los tres acerca del mal francés*.—*De las imposturas de los médicos*.—*La cirugía mayor*.—*Los baños de Pfeffers*.—*Opus paramirum*.—*Los nueve libros de natura rerum*.—*Defensa contra los médicos*. Todos estos tratados fueron publicados por Gerhard Dorn en 1568-73 y por Adan de Rodenstein en 1575, ambas obras muy inferiores a la clásica de Huser, en 1589.

Dentro y fuera de estos trabajos auténticos surgen doquiera en las obras del Maestro enseñanzas del más alto valor occultista, de las que ha sacado hermoso partido la conocida obra de Franz Hartmann *Ciencia oculta de la Medicina*, con cargo principalmente a la *Philosophia Oculta*, al *Liber Meteorum*, al *De Nymphis*, al *De virtute imaginativa*, al *De fundamento Sapiential*, al *De Homunculi*, al *De generatione hominum*, a la *Concordancia de ambos Testamentos*, a la *Interpretación de los Cuatro Evangelios*, y especialmente al prodigioso tratado alquímico titulado *Paramirum*, con arreglo al aforismo del *De fundamento Sapientiae*, que dice: “Hay dos especies de conocimiento: hay una ciencia médica y una Sabiduría médica, porque la comprensión animal pertenece al hombre animal; más la comprensión de los misterios divinos pertenece al espíritu de Dios en él.”

Como casi todos nuestros lectores teósofos conocen la dicha obra de Hartmann, nada

glosaremos de ella. El *Limbus*, la *Mumia*, el *Archaeus*, el *Cuerpo sideral*, el *Adech*, el *Aluech* y el *Spiritus*, que suenan frecuentemente en las obras de Paracelso, no son, respectivamente, sino el cuerpo físico (*stula sharira*), el etéreo (*linga sharira*), la vitalidad (*prana*), el cuerpo astral, la mente (*Manas*), el cuerpo espiritual (*Buddhi*) y Esencia Divina (*Atma*), y de todos ellos trata cumplidamente aquel gran teósofo contemporáneo de Blavatsky.

J..M. Ragon, el Ultimo masón iniciado, al decir de Blavatsky, consagra el capítulo XXX de su *Orthodoxie Maçonnaque suivie de la Maçonnerie Occulte*, al sistema filosófico y medico del descubridor del hidrogeno, del opio y de tantos otros preparados que antaño fueron alquímicos y hoy se catalogan como químicos; pero la exposición que del sistema nos ha dado Hartmann es muy superior por todos conceptos a la de este masón-teósofo.

Goethe, en la celebre conversación con un amigo suyo el día de la muerte de Wieland, al par que nos da un bellísimo trasunto de la tan ocultista *monadología* de Leibnitz, nos resulta también un verdadero discípulo de Teofrasto paracelso⁶⁵, al hablar de la subordinación de las *almas o móndadas* de unas cosas a otras. “Toda sustancia, en efecto, es un compuesto de diversos elementos asociados entre si; pero entre estos elementos hay siempre uno que domina a los demás y que imprime su propio carácter –*su alma*– a todo el compuesto. Semejante elemento dominante, al salir de la combinación, recibe el nombre de *quinta esencia* y en si misma es la *mente*, la *fuerza* y la *vida* que anima al compuesto.”

Esto nos lleva de la mano a una de las mayores revelaciones ocultistas que nos ha dado Blavatsky al comenzar *La Doctrina Secreta*: la relativa a que el conocimiento profundo de los siete principios humanos (aplicando la ley de analogía, o sea la clave de Hermes, de que como es arriba es abajo para obrar los misterios de la armonía, alma del Cosmos), es el verdadero *hilo de Ariadna* que nos lleva al esclarecimiento de los grandes secretos de la Naturaleza y del hombre. Por eso Paracelso escribió: “Cristo dijo: Escudriñad las Escrituras. ¿Por qué, pues, no hemos de consultar a la Naturaleza igual que consultamos los Libros Santos? El hombre es un pequeño mundo o microcosmos en el que esta

⁶⁵ BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS. Tomo II: *De gentes del otro mundo*, capítulo VII, por cierto con la errata de Wielaud en vez de Wieland.

representado todo cuanto existe en mayor escala en el Universo. Este ultimo, igual que el hombre, es asimismo un conjunto de cosas visibles y cosas invisibles, y estas últimas no son más que la representación del espíritu que esta en ellas, pero que no se ve. El órgano material es una especie de cajita (*tatua, ta-hua*), instrumento de la facultad superior. Por eso el oficio del medico es purificar la casa para que el espíritu pueda actuar en ella.”

El mismo Oporino, a pesar de sus diatribas contra el maestro, no pudo por menos de reconocer la prodigiosa facultad curativa que como iniciado tenia Paracelso, esa facultad integral que abarcaba a sus cinco clases de médicos, a saber: a) *Naturalistas*, los que usan de los agentes curativos de la Naturaleza; b) *Farmacólogos o espargíricos*, que emplean las sustancias curativas de los tres reinos, desde los prodigiosos descubrimientos alquímicos del Maestro, tales como la aplicación del plomo en las enfermedades de la piel, el estaño para las verminosas, el mercurio para las sifilíticas, el cobre y el arsénico en tantas otras; c) *Characterales*, los que actúan directamente sobre la voluntad y la imaginación del enfermo; d) *Spirituales*, los que emplean el mágico poder de su voluntad y pensamiento, y e) los *Fideles*, o sean los adeptos taumaturgos, que operan verdaderos milagros, no en el sentido de transgredir las leyes naturales, sino en el de aplicar el superior conocimiento que, por sus virtudes, poseen de ellas⁶⁶.

En su tristemente celebre carta, Oporino decía:

“Hizo verdaderos milagros Paracelso en la curación de las más peligrosas úlceras, y, sin embargo, no prescribía a sus enfermos dieta ni régimen alguno. Dejábales la libertad de comer y de beber noche y día, tratándolos y curándolos aunque tuviesen el vientre lleno, como decía el mismo. Para las enfermedades de toda especie tenia la costumbre de purgar por medio de un precipitado de polvo de triaca o de mitridato, o bien por medio de un zumo que administraba en forma de píldoras. En cuanto al *láudano* –daba este nombre a unas píldoras semejantes a excremento de ratón, y que, siempre en número impar,

⁶⁶ Olcott, en su *Historia autentica de la Sociedad Teosófica*, relata dos o tres curaciones de esta clase operadas en la propia H. P. Blavatsky, en tres momentos de verdadero peligro: una cuando, a consecuencia de una caída en Nueva York, los médicos iban a amputarle una pierna, y otras dos en la India. En nuestros comentarios a *Por las grutas y selvas del Indostán*, recientemente publicados, nos ocupamos más por extenso en este particular interesantísimo.

administraba en las grandes crisis—, ponderaba su eficacia hasta el punta de afirmar, sin la menor vacilación, que con dicho remedio resucitaría hasta a los muertos. ¡Y cuantas veces, cuando yo vivía con él, la realidad confirmó la opinión que había emitido!”

Paracelso jamás tuvo sosiego mental, dice Gerner. Unas veces se dedicaba a la Teología, otras a la Medicina Y otras a la Magia, y, par supuesto, todas las ideas expuestas en sus obras son de profundísima indole ocultista. Todo nace de una matriz y un óvulo, sostenía; la sustancia universal primitiva, la *Mysteria Spetialia*, de donde todo nace y adonde todo ha de retornar, es el Caos. Todos los seres son producto de un esfuerzo universal creador, porque nada existe muerto en la Naturaleza. Lo que vive muere, para resucitar en otra forma. El hombre es un vapor condensado que más tarde se tornara vapor invisible (cuerpo *aromal* o etéreo). Cuanto nace muere, cuanto muere renace, como ha dicho Platón. Todas las funciones de la economía animal están presididas por una fuerza viva e inteligente (el *archeus* de los griegos). La chispa surgida del pedernal es el fuego contenido en el aire. La calcinación mata los metales (porque los desposee de su oxígeno, que hoy diríamos), mientras que el carbón, al oxidarlos, los revivifica. El hombre corpóreo es un compuesto químico y sus enfermedades tienen por causa una alteración orgánica cualquiera de este compuesto. Por eso se precisan cuerpos también químicos, llamados medicamentos, para combatirlas.

Los médicos charlatanes de su época se mofaban neciamente de Paracelso cuando, para precisar bien los diagnósticos, examinaba orinas y deyecciones, y no se sabe hasta qué punto fue cierta aquella terrible burla que, según dice Glauber, les hizo en un banquete cuando, cansado de la insistencia de aquellos para que les mostrase su gran secreto de diagnostico, les hizo traer a los postres, bajo campana de plata, cierta repugnante sustancia que no hay para que nombrar, con lo que aquellos hubieron de sentirse extraordinariamente escandalizados y ofendidos, arrestando en sus persecuciones contra él, hasta expulsarle de su cátedra de Basilea, bajo los más fútiles pretextos de que enseñaba sin títulos, en alemán y no en latín, e impidiéndole así la publicación en Leipzig de su tratado acerca de *Las imposturas de los médicos*.

Erasmo mismo, el fustigador implacable, con sus sátiras, de católicos y protestantes, no

quiso que le curase Paracelso. Adelung, incapaz de abarcarle en su sublimidad, le maltrató implacable en su *Historia de la humana locura*. La muerte del impresor Frobenio y algunas otras se le imputaron calumniosamente, y canónigo hubo que, después de desahuciado por los galenos y curado por Paracelso, se negó a pagarle sus honorarios, bajo especiosos pretextos, contando con Tribunales enemigos del Maestro, que sólo deseaban perderle, como el vulgo ha tratado de hacer siempre con todos los adeptos, en premio a su obra redentora, obligándolos a perpetuo éxodo como al "Judío Errante"; o al Lohengrin de la leyenda, al par que se hacia el silencio en torno de sus descubrimientos de tratados ocultos de Medicina en Brannan (Bohemia), escritos en cortezas de abedul y tablillas de cera, y se le creía por muchos, como por Jorge Better, en perpetuo comercio con el demonio, que era a quien debía la irresistible fascinación que ejercía con su ciencia y sus discursos en las indoctas multitudes. Su gran renombre como transmutador de metales le hacia más y más sospechoso, pues a la ciencia alquimia debía, según fama, aquella piedra talismánica desconocida que, incrustada en cera, llevaba siempre, y aquel celebre vaso de plata que a su muerte fue legado al convento de Einsedeln, donde de soltera había ejercido cargo su madre; vaso que, por su origen alquímico, se tiene como preciado cáliz en la iglesia de dicho pueblo, en recuerdo de aquel hombre excepcionalísimo que vivió y murió pobre, después de haber revolucionado la ciencia, recorrido el mundo, curado a una veintena de reyes y príncipes y poseído el terrible secrete *del lapis philosopharum*.

El jesuita Renato Rapin, por este solo detalle de conocer Paracelso la piedra filosofal, se permitió calificarle de loco; pero si la obra gigante de Paracelso fuese la de un loco, ¿qué no pedir entonces a los pretendidos cuerdos...? Él compendió en si toda la ciencia y la filosofia con su condenación explícita de las supersticiones y con su teoría hermética del *Ilyaster*, con la que se anticipó también a los modernos descubrimientos de la química respecto de los iones y electrones.

"Los átomos son vidas invisibles", dice la Maestra Blavatsky; pero los átomos son asimismo, añade la ciencia moderna, íntimos sistemas planetarios en los que diversos electrones negativos, o *planetilos* que podríamos llamar, giran en torno de un ion positivo, un verdadero *ilyaster*, que diría Paracelso.

Según la filosofía hermético-cabalista de Paracelso –dice *La Doctrina Secreta*–, el *ilyaster* o proto-materia primordial, es decir, el antecesor precisamente del *prothilo* recién nacido, introducido en la química por Crookes, es el que se desenvolvió de sí mismo en el Cosmos. “Cuando la *creación*, es decir, la evolución, tuvo lugar, dice Franz Hartmann en su *Paracelso*, el *ilyaster* se dividió, se fundió y se disolvió, por decirlo así, desarrollando de dentro de si mismo el *ideos* o *chaos* (*Misterium Magnum*, *Iliados*, *Limbus major* o *Materia Primordial*). Esta Esencia Primordial es de una naturaleza unitaria, y se manifiesta, no sólo como actividad vital o Fuerza Espiritual, poder oculto incomprendible e indescriptible, sino, además, como la materia vital de que se componen los seres vivientes. En este *Limbus* o *Ideos* de materia primordial..., única matriz de todas las cosas creadas, hállase contenida la sustancia de la que están formadas todas las cosas.

Los antiguos la describen como el *chaos* del cual surgió a la existencia el Macrocosmos, y después cada ser separadamente por división y evolución en *Mysteria Specialia*. Todas las cosas y todas las sustancias elementales estaban contenidas en él *in potencia*, pero *no in actu*.”

Esto hace observar con justicia el traductor Dr. F. Hartmann, que “parece como si Paracelso se hubiese anticipado al moderno descubrimiento de la transmutación de la materia trescientos años hace”. Este *Magnus Limbus* o *Ilyaster* de Paracelso es, pues, sencillamente, nuestro antiguo amigo “Padre-Madre”, *dentro* del Espacio antes de que apareciese en Él mismo. Es la Matriz Universal del Cosmos, personificada en el carácter doble de Macrocosmo y Microcosmo, o el Universo y nuestro Globo, por *Aditi-Prakriti*, la Naturaleza Espiritual y Física. Pues encontramos explicado en Paracelso que “el Magnus Limbus es el semillero del cual todas las criaturas se han desarrollado, del mismo modo que de una semilla diminuta se desarrolla un árbol; con la diferencia, sin embargo, de que el Gran Limbus tiene su origen en la Palabra de Dios, al paso que el Limbus menor (la semilla o esperma terrestre) lo tiene en la Tierra. El Gran Limbus es el germen del cual han procedido todos los seres, y el pequeño es cada uno de los seres últimos en reproducir su forma, y que ha sido a su vez producido por el grande. El pequeño posee todas las cualidades del grande, en el mismo sentido que un hijo tiene una organización similar a la

de su padre... Cuando... el *Ilyasier* se disolvió, *Ares*, el poder fragmentador, diferenciador o individualizador (*Fohat*), comenzó a obrar. Toda producción tuvo lugar a consecuencia de la separación. Del *Ideos* fueron producidos los elementos: Fuego, Aire, Agua y Tierra, cuyo nacimiento, sin embargo, no se verificó de un modo material, o por simple separación, sino espiritual y dinámicamente, y no por mezcla mecánica, justamente como brota del pedernal el fuego, o un arbol de una semilla, aunque no exista originariamente ni fuego en el guijarro ni arbol en la semilla. “El Espíritu es viviente, y la Vida es Espíritu; y Vida y Espíritu (*Prakriti-Purusha*) producen todas las cosas, pero no son dos sino esencialmente uno.” Los elementos también tienen cada uno su propio *Ilyaster*, porque toda la actividad de la materia en cada forma es tan solo un efluvio de la misma fuente. Pero así como de la semilla se desarrollan las raíces con sus fibras y después el tronco con sus ramas, y sus hojas, y por fin las flores y semillas, del mismo modo nacieron de los Elementos todos los seres, y constan, por tanto, de sustancias elementales, de donde otras formas pueden venir a la existencia presentando los caracteres de sus padres. Los elementos, como *madres* de todas las criaturas, *son de una naturaleza invisible, espiritual y sin alma*. Brotan todos del *Misterium Magnum*...

En otro pasaje la sabia H. P. Blavatsky nos dice respecto de las *Vidas Ígneas* de los elementos: “Así, habiendo descubierto los efectos, tiene la Ciencia que encontrar sus *causas primarias*, y jamás podrá hacerlo sin el auxilio de las antiguas ciencias, como la alquimia y la física y botánica ocultistas. A nosotros se nos enseña que cada cambio fisiológico, además de los fenómenos patológicos, enfermedades –aun más la Vida misma o más bien los fenómenos objetivos de la vida, producidos por ciertas condiciones y cambios en los tejidos del cuerpo, que permiten y fuerzan a la vida a que obre en aquel cuerpo–, que todo es debido a estos invisibles “Creadores” y “Destructores” llamados microbios de un modo tan vago y general, pudiera suponerse que estas “Vidas Ígneas”, los microbios de la Ciencia, son idénticos. Esto no es cierto. Las Vidas Ígneas constituyen la 7.^a y más elevada subdivisión del plano de la materia, y corresponden en el individuo a la Vida Una del Universo, si bien únicamente en aquel plano. Los microbios de la Ciencia son la subdivisión primera y más inferior en el plano segundo: el del *Prâna* material o Vida.

El cuerpo físico del hombre sufre un completo cambio de estructura cada siete años, y su destrucción y preservación son debidas a la función alternada de las Vidas Ígneas como Destructores y Constructores. Son Constructores sacrificándose ellas mismas en forma de vitalidad para contener la influencia destructora de los microbios; y proporcionando a estos lo que les es necesario, les obligan, bajo aquella restricción, a construir el cuerpo material y sus células. También son ellas Destructoras cuando aquella restricción desaparece y, faltándoles a los microbios la energía vital constructora, quedan en libertad de convertirse en agentes destructores. Así, durante la primera mitad de la vida del hombre, los *primeros cinco períodos de siete años*, hállanse las Vidas Ígneas indirectamente dedicadas a construir el cuerpo material del hombre; la Vida se halla en una escala ascendente, y se emplea la fuerza en construcción y aumento. Después de pasado este periodo, principia la edad de retroceso, y la obra de las Vidas Ígneas, agotando su energía, comienza también la de destrucción y decadencia.

Puede encontrarse aquí una analogía entre los sucesos cósmicos en el descenso del Espíritu en la Materia, durante la primera mitad de un Manvantara, lo mismo planetario que humano, y su ascenso a expensas de la Materia en la segunda mitad. Estas consideraciones tienen que ver tan solo con el plano de la Materia; pero la influencia restrictiva de las Vidas Ígneas en la subdivisión inferior del segundo plano –los microbios– es confirmada por el hecho descrito en la teoría de Pasteur, antes mencionada, de que las células de los órganos, cuando no encuentran el oxígeno suficiente para sí mismas, se adaptan a aquella condición y forman *fermentos*, los cuales, absorbiendo oxígeno de las sustancias con que se ponen en contacto, las destruyen. Así comienza el proceso de destrucción, por una célula que roba a su vecina su vitalidad, cuando esta es suficiente para todo el sistema; y una vez comenzada la ruina de este modo, sigue progresando en su curso rápidamente. Experimentos tales como los de Pasteur son los mejores amigos y auxiliares de los Destructores, y los peores enemigos de los Creadores, si estos últimos no fuesen al mismo tiempo Destructores también. Sea como fuere, una cosa hay cierta en esto: el conocimiento de estas causas primarias y de la ultima esencia de cada Elemento de sus Vidas, de sus funciones, propiedades y condiciones de cambio, constituyen la base

de la Magia. Paracelso ha sido, quizá, el único ocultista en Europa, durante –los últimos siglos de la Era Cristiana; versado en este misterio. Si una mano criminal no hubiese puesto fin a su vida años antes del tiempo que la Naturaleza le había concedido, la Magia fisiológica tendría muchos menos secretos para el mundo civilizado.”

Paracelso, en su armónico y unitario concepto medico ocultista, vió el problema de la salud y de la enfermedad como un verdadero problema astrológico en el más oculto y trascendente sentido de la palabra; porque la astrología propiamente dicha no se refiere meramente a los planetas físicos que circuyen al sol y a sus diferentes posiciones, sino más bien a las Fuerzas Inteligentes que por los respectivos planetas se representan en ese magno organismo, en ese átomo gigantesco que llamamos sistema planetario. Fuerzas análogas, aunque en escala máxima, a aquellas otras que en nuestro organismo presiden, bajo el nombre de *chacras* o torbellinos de fuerza astral, a las respectivas funciones vegetativas (Tierra); etéreas (Saturno); pasionales inferiores (Marte); mentales inferiores (Luna); superiores (Mercurio); vitales integrales (Sol); espirituales (Júpiter), y amorosas (Venus), porque con estos nombres astrológicos para las fundones dichas se establece una secreta correspondencia con lo astronómico por encima y con lo químico por debajo, buscando la eterna armonía entre astros, átomos y hombres, a que alude la repetida sentencia de Hermes.

El verdadero médico integral que reúna los caracteres de las cinco clases ya dichas de médicos puede curar a la vez par muy diferentes caminos, buscando siempre la *afinación* musical; la *simpatía* entre las diversas clases de medios terapéuticos, ora por la vía mineral, por la vegetal, por la animal, por la humana o por la planetaria, incrementando *vidas* afines y eliminando *vidas* contradictorias. Cada *ingesta* de un elemento afín y cada *excreta* de un elemento contrario dan vigor, y viceversa, a los elementos que en lenguaje médico se llaman *contraindicaciones*. El problema curativo viene a caer así bajo las supremas leyes musicales de la armonía, pese a todas las críticas cretinas, ya que, como el mismo Paracelso dice: “Lo que una generación considera como la cumbre del saber, es a menudo considerado como absurdo por la generación siguiente, y lo que en un siglo pasa por superstición, puede formar la base de la ciencia en el siglo venidero.”

¡Armonía, hada celeste que es gravitación en los astros, fuerza y amor en los hombres, acciones y reacciones en los átomos...! Tu poder divino es la fuente misma del arte de curar, como enseñara Teofrasto Paracelso. El ser que pone a tono su organismo con la Ley rara vez enferma, y enfermado, cura prontamente. La anormalidad en cualquiera de los tres ordenes espiritual, psíquico y físico acarrea la enfermedad de un modo inevitable. Por esto Juvenal dijo: *mens sana in corpore sano*; por esto en el mundo hay tanto enfermo de cuerpo, de alma y de espíritu; por esto, en fin, una verdadera higiene integral y preventiva presupone la rectitud de conducta, la armonía con la Ley, en los tres mundos; porque los pecados en los dos ordenes superiores recaen fatalmente en el organismo físico. Las religiones, al preconizar la virtud de pensamiento, palabra y obra, son y serán siempre, entendiéndolas bien, o sea sin hipocresías ni egoísmos, la más sublime regia de higiene que concebirse puede, y de aquí que el médico egipcio fuese antes sacerdote que médico efectivo. La medicina-comercio es un pecado contra el Espíritu-Santo, que nunca ha hecho más estragos que en nuestros tiempos, por no haber comprendido rectamente las enseñanzas maravillosas que nos legara el mago Paracelso, como efectivo rosacruz que era y miembro de la gran Fraternidad Blanca, cuyo sacerdocio supremo es el sacerdocio médico en los tres aspectos antedichos, pero especialmente en los mundos espiritual y psíquico.

Por esto la maestra Blavatsky ha dicho: "Lo que especialmente distingue a la Fraternidad es su maravilloso conocimiento de los recursos del arte médico. Ellos obran, no por medio de hechizos, sino por medio de simples." (Manuscrito acerca del origen y atributos de los verdaderos rosacruces.)

"El magnetismo es una propiedad desconocida, de naturaleza celeste, sumamente parecida a los astros y que no conoce límites ni obstáculos en el espacio ni en el tiempo... Toda criatura posee su poder sideral propio y está íntimamente unida con los cielos. Este poder mágico del hombre, que puede obrar al exterior, permanece oculto en el hombre interior. Esta sabiduría, esta fuerza mágica están dormidas; pero en virtud de una simple sugestión entran en actividad y van siendo tanto más vivas cuanto más se reprime el hombre exterior de carne y de pasiones. El arte cabalístico lo alcanza, y devuelve al alma

esta fuerza mágica y natural, despertando a aquella del agitado sueño en que yacía sumida. (*Magnale Magnum* de Van Helmont.)

Van Helmont y Paracelso están de acuerdo sobre el gran poder de la voluntad en estado de extasis. Afirman que “el espíritu esta difundido en todas partes y que tal espíritu universal o sidéreo es el agente del magnetismo”. Semejante magia pura y original no debe consistir en prácticas supersticiosas ni en vanas ceremonias, sino en la acción de la imperiosa voluntad del hombre. No son los *spiritus* de los cielos ni de los infiernos los que dominan la naturaleza física, sino “el alma y el espíritu del hombre que en él se ocultan como el fuego en el pedernal...” “El mago que quiera adquirir poderes sobrenaturales, dice Agrippa, debe poseer *fe, amor y esperanza...* En todas las cosas existe un poder secreto y oculto, en el que estriban todos los milagrosos poderes de la magia.” (*Isis*, I, 252.)

Maxwell formula las siguientes conclusiones, que son también doctrina de alquimistas y cabalistas:

“Lo que los hombres llaman alma del mundo es una vida tan ardiente, espiritual, veloz, brillante y etérea como la luz misma. Es un espíritu de vida que está en todas partes, y en todas partes es el mismo... Toda materia se halla destituida de acción, excepto cuando esta animada por este espíritu, que es el que mantiene todas las cosas en su condición peculiar. En la naturaleza se encuentra libre de toda clase de trabas, y aquel que sabe unirlo con un cuerpo a propósito, posee un tesoro que excede a todas las riquezas. Este espíritu es el lazo común entre todas las regiones de la tierra, vive en todo y todo lo penetra. Quien sepa aplicar este universal espíritu de la vida puede evitar todo género de daños, curar a distancia y llevar a cabo, fijándolo en un cuerpo particular, todos los misterios de la magia.” (*Isis*, I, 305.)

Diseminadas por Alemania, en donde tuvieron su origen, ayudándose una a otra y luchando durante años para la adquisición de los conocimientos esotéricos, toda persona que supiese la manera de llegar a ser el discípulo favorito de ciertos monjes podía muy pronto hacer grandes adelantos en todas las ramas importantes del saber oculto. Todo esto consta en la Historia y no puede negarse fácilmente. La magia, en todos sus aspectos, era practicada en grande escala y casi públicamente por el clero hasta la época de

la Reforma. Y hasta aquel a quien un día llamaran “el Padre de la Reforma”, el famoso Juan Reuchlin, autor del *Mundo Maravilloso* y amigo de Pico de la Mirandola, maestro e instructor de Erasmo, Lutero y Melancton, era cabalista y ocultista. (*Isis sin vela*, II, 27.)

—¿Qué añadir a conceptos tan sublimes?— Nada sino hacer fervientes votos para que la medicina moderna abra al fin los ojos a tamañas verdades, dando la razón a mi paisano Bartolomé Jose Gallardo, cuando dijo que la salvación humana depende de los médicos... ¡De los médicos como Paracelso!

UN CONTEMPORÁNEO DE H. P. B.

LOS “ESTUDIOS ESOTÉRICOS” DEL VIZCONDE DE FIGANIÈRE

El delegado presidencial de la Sociedad Teosófica en España y discípulo de H. P. S., don Jose Xifré, nos proporcionó hace años los notables *Estudios Esotéricos* del sabio portugués Vizconde de Figanière, amigo personal de aquella Maestra. Consideramos, pues, un deber nuestro dar a conocer a nuestros lectores algo de la hermosa obra de este teósofo y ocultista con gran encomio citado por la Maestra en varios lugares de *La Doctrina Secreta*⁶⁷.

Esta obra extraña del que, en tiempo y en derecho, es, sin duda, el primer teósofo portugués, resulta con el mismo plan fundamental que *La Doctrina Secreta*, es decir, una primera parte de *Cosmogénesis*; una segunda de *Antropogénesis*, y una tercera de “Novísima Luz”, o de efectivo ocultismo. Figanière, sin duda, por sus ideas como por sus visitas diplomáticas a Rusia, Francia e Inglaterra, trajo conocimiento con la fundadora de la Sociedad Teosófica y se hizo su discípulo. Por eso dice, a guisa de prólogo: “Estando este libro para salir a luz, se ha publicado en Londres *The Secret Doctrine, by H. P. Blavatsky*, y como quiera que contiene recientes e importantísimas revelaciones, las damos también en un capítulo suplementario, por modificar un tanto algunas ideas corrientes en los círculos teosóficos occidentales.” Esto es importante, porque demuestra que la obra de Figanière no está inspirada en la última de Blavatsky, sino que, para honra de nuestra raza ibérica, representa, en fondo y forma, una felicísima coincidencia con la

⁶⁷ La portada de la obra reza así: “*Estudos Esotéricos-Submundo, Mundo, Supramundo*, pelo Visconde de Figanière, Gran Cruz da Ordem de Santa Anna da Russia; Enviado extraordinario e Ministro plenipotenciario que foi de Portugal em S. Petersburgo (1870-76); Membro (Fellow) da Sociedade Theosophica: *Primeira parte: Evolução em geral: Metaphysica, Ontologia, Cosmogonia. Segunda parte: Evolução humana: Fragmentos prehistóricos, Ethica, Psychomachia.-Appendice: Notas, Extractos, Elucidações. Capítulo suplementar: Novissima Luz.*” –La obra está fechada en Leça da Palmeira, perto do Porto, em 29 de janeiro de 1889, y publicada en el mismo Oporto: “Livraria Internacional de Ernesto Chardrou, par Lugan et Genelioux, 1889”; dedicada “a seu primo coirmão Gustavo Adolpho de Serpa Pinto, Fidalgo Cavalleiro da Casa Real, etc., etc.” Forma un tomo ea 8.^º y consta de 744 páginas.

más fundamental de cuantas producciones salieron de la pluma de la Maestra.

Siete son los capítulos de la primera parte, consagrada a Metafísica, Ontología y Cosmogonía, y los precede una brillante *Introducción*, en la que se estudia el actual conflicto entre el corazón y la cabeza en

Naufragios y catástrofes de toda suerte,

frente a los cuales el menor de los males es la muerte,

al tenor del dicho de Adamástor, todo por falta de pilotos experimentados que acierten a sacarnos con bien del doble naufragio de la ciencia y la religión, ni más ni menos que en la Introducción de *Isis sin velo*, se dice, al abogar por una salvadora ciencia de la religión y religión de la ciencia, o sea la Teosofía: “El misterio no es lo sobrenatural, porque no hay nada sobrenatural en la Naturaleza, sino la acción de leyes que desconocemos aún, pues que, como enseña Schopenhauer, “las ciencias naturales, al desarrollarse, acaban siempre por tropezar con las *cualidades ocultas*, a cuya categoría pertenecen las fuerzas elementales de la Naturaleza, las cuales, por tanto, competen a la Filosofía y no a la ciencia (*El Mundo como Voluntad*, L, 15–*Parerga*, c. 17). Y añade: “Existen, sin duda, otros planos y otros mundos por encima y por debajo de nosotros: ¿qué sabe el rústico, en efecto, de los consejos del Gobierno?”

Además, la Humanidad, dado lo lento de su progreso, tiene una historia de millones de años, contra lo que dicen cronólogistas cretinos. Nuestras costumbres son idénticas a las de los romanos relatadas en el libro XXX de Polibio; en igual relación estaba entonces que ahora el oro con la plata; y los diálogos platónicos, por ejemplo, son de tanta actualidad hoy como entonces. Los ciclos de las civilizaciones se suceden, pero las civilizaciones se repiten, y razas como la negra no siguen la ley de la evolución. El ciclo, pues, más que enseñanza de Vico, lo era ya de los filósofos estoicos y de otros más antiguos pero por encima de estos ciclos; tenemos la espiral, y una ley de correspondencia encerrada en la sentencia famosa de Hermes Trimegisto de que “lo que esta arriba es como lo que está abajo, para obrar los misterios de la armonía que es la síntesis de lo vario en lo uno.”

Fiel a esta enseñanza oculta, Figanière rechaza el error actual de la ciencia al pensar que

el estado primitivo de la Humanidad fue la barbarie, contra lo que enseña la universal tradición religiosa. Dice sobre el particular: “Por antiguo que sea un pueblo, siempre hay una minoría selecta que dirige al vulgo.” Esto hace sospechar que así ocurrió desde el principio con los primeros hombres y los *Enviados o “Reyes Divinos”*. Además añade Figanière con su intuición maravillosa: “La blandura de la inocencia primitiva es indispensable para la domesticación del animal, cuanto para la educación del ente humano. El hombre realmente primitivo pertenecía a la fase inocente, infantil y pacífica de la Humanidad. Por eso la inocencia fue el primer estado precivilizado, mientras que la barbarie, que hoy se supone falsamente una condición primitiva, es, al contrario, *una caída, una condición post-civilizada*. Por eso el negro, el piel-roja, el pamú son los hijos degenerados de naciones prehistóricas que en sus respectivos ciclos alcanzaron un elevado estado de cultura y civilización. Los hombres de la llamada edad de piedra, lejos de ser hombres primitivos, eran razas decaídas, degradadas, que retrocedían ante el flujo de una nueva onda humana, así como ciertas tribus americanas, australianas, etc., van desapareciendo al contacto del hombre blanco. En cambio, seres como los indios asiáticos, árabes, etc., son pueblos dormidos y como *en eclipse*. ”

Poseedor Figanière de una enorme cultura clásica, avalora sus dichos con testimonios como el de Aristóteles (L. I, c. 3), cuando dice que “las ciencias y las artes se han perdido más de una vez”, al tenor de la celebre frase del *Eclesiastés* (I, 10), de que “nada nuevo existe bajo el Sol, pues que las ocultaciones parciales de aquellas las hacen decaer en unos países mientras que florecen en otros, ni más ni menos que el astro rey, alma de la vida entera de nuestro planeta, da el invierno tras el verano alternativamente a los dos hemisferios, y la noche tras el día a todos los países...

El notabilísimo Vizconde arremete gallardo contra estos nuestros modernos historiadores que no se compenetran con el espíritu que presidiera a la época que estudian, faltando a la primera condición necesaria para hacerse cargo de ella, pues ya dijo Schopenhauer (*La Sabiduría en la vida*, 6): “Cada época, por lamentable que sea, se cree más sabia que la precedente, de igual manera que a cada edad se cree el hombre superior a lo que antes fuera, engañándose, sin embargo, entrabmos no pocas veces.” Lo mismo dijo Horacio,

cuando canta:

*Aetas parentum pejor avis, tulit
Nos nequiores, mox datus
Progeniem vitiosiore.*

(Carmina III, 6)

Bacón corrobora esta sentencia al decir que el genio del pasado era de agudeza superior a la nuestra, por la cual siempre enseñó Platón que "los antiguos estaban más cerca de los dioses que nosotros", y es bien sabido que la antigua filosofía era un delicioso ramillete de religión, ciencia, gobierno e instituciones, cultivándose a la luz del día la ciencia hoy llamada oculta, "la del saber que se sabe lo que se sabe, y saber que no se sabe lo que se ignora. (*Lun Yu*, 17). Por eso el teósofo lusitano acaba la erudita introducción de su obra diciendo: "¡Lo que de ordinario se distingue como *civilización*, no se caracteriza principalmente por otra cosa que por el materialismo!"

En fin, la introducción contiene un erudito resumen de las ideas ocultistas de Lulio, Roger Bacón, Leonardo de Pisa, Pedro de Albano, Cecco d'Ascoli, Robert Fludd, Rosenkreutz, Agrippa, Cardano, Porta, Paracelso, Van Helmont, Saint Germain, etc.; un elogio a las maravillosas construcciones del pasado en los subterráneos de Ajunta, Ellora, Nagkonwart, Angkor, etc.; indicaciones preciosas acerca de los centros iniciáticos del Tíbet, los Himalayas, Egipto, etc., y una bibliografía teosófica de los libros y revistas que nos son tan queridos.

Bajo aquel sublime *Verso dorado*, de Pitágoras, que dice: *Hominum divina est stirpis origo*, el hombre es de extirpe divina en su origen, estudia el ocultista portugués los atributos de la objetividad: las ideas concretas de materia y movimiento, y las abstractas del Espacio, el Tiempo y la Fuerza, trascendiendo esta última como Causa, a todas nuestras facultades, según dice Spencer en *Lo Incognoscible (Los Primeros Principios*, I, 3 y II, 3).

El mundo de los fenómenos es para Figanière la inestabilidad misma: "lo que está siempre en vías de ser sin nunca llegar a ser en definitiva, dejando de ser lo que fue, y no siendo aun lo que luego ha de ser", conforme al dicho de Schopenhauer. Mas, por encima

de este mundo de lo concreto y transitorio se halla Aquello que desconoce toda mudanza y sin lo cual la misma materia no tendría realidad en el espacio y en el tiempo; Aquello que tiene mil Nombres Divinos en todas las lenguas, sin que ninguno le sea adecuado por completo, a no ser el de *La Palabra Perdida*, que dirían los francmasones.

En el eterno devenir de las cosas, añade, toda causa es un efecto cuando miramos al pasado, y todo efecto, a su vez, es una causa visto hacia lo futuro. La Causa Primaria Absoluta no es, sin embargo, todavía la abstracción lógica y suprema de lo Absoluto, en el cual el sujeto Creador y el objeto o Creación se anulan y confunden. De aquí, como dice P. Janet en sus *Causes finales* (I. II, c. 2), el que no se pueda calificar de panteísta una escuela filosófica porque profese en cierto grado la idea de la imanencia, ya que el verdadero panteísmo europeo admite una imanencia absoluta, negando toda acción a las entidades finitas.

Todo fenómeno finito o concreto es siempre un mal, por el mero hecho de ser fenómeno: *una caída*. El *noumeno*⁶⁸, por el contrario, es el bien, por lo mismo que es la abstracción del fenómeno. “*Ello* –la Seidad– se mueve y no se mueve; *Ello* está cerca siempre y distante siempre; *Ello* está en todo y fuera de todo, al par”, como dice el Chatur Veda (*Isa Upaniskad*, esloka 5.^a). La Pureza, es decir, la Unidad, es el Bien, y el Mal, la Dualidad o la Impureza. Por eso este último procede siempre de la perturbación de los Principios.

En Ciencia Oculta la materia primordial consta de átomos no diferenciados todavía, es decir, de super-átomos en que las *trigunas* o propiedades de *tama*, ignorancia; *raja*, o pasión y *satwa*, o estabilidad y armonía se hallan latentes en perfecta compensación o equilibrio, constituyendo el Séptimo Plano llamado *Mulaprakriti*, la Raíz de la Materia Eterna, frente al Eterno Espíritu, o en otros términos, la Materia no diferenciada todavía (*avyaklam*), literalmente *lo seco, lo no acuoso*, en alusión a las “Aguas Genesiacas de que habla el primer capítulo del Génesis, mientras que el Sexto Plano es ya *prakriti vyakta*: “*lo acuoso*”.

⁶⁸ En español deberíamos decir “numen”, que equivale al griego *noumenos*; espíritu, quinta esencia, abstracción por sobre lo concreto.

Tras largas disertaciones sobre estos abstrusos temas de la *filosofía adwaita*, diserta el Vizconde acerca del Quinto Principio, el *Akasha* indo; el *Pater Omnipotens Aether* griego, del que el *Éter* de los físicos es la más grosera e inferior manifestación. Los *tanmatras* o *maha-bhutas*, es decir, los rudimentos de los futuros átomos del *Akasha*, se desdoblan en cuatro categorías, a saber: *tejas* (calor, fuego); *vayu* (gas); *appas* (líquido) y *prithivi* (sólido), según el sucesivo grado de materialización que van adquiriendo siempre el superior sobre el inferior, al tenor del simbolismo clásico de

Mens agitat molem, et magno se corpore miscet.

(Eneida, VI, 727.)

Por ello *Buddhi*, el Sexto Principia de los vedantinos, es el alma animadora de la quintuplicada manifestación de los *tanmatras*, es decir, la causa final de lo divino en el Hombre; la Sabiduría Plena, el más alto grado de la Intuición, asociado con *Atman*, o sea con el Séptimo Principio, mientras que los trigunas equivalen a los atributos de la Substancia Universal, de Espinosa, y la base trascendental para los fenómenos, como ha dicho Kant en el Apéndice a la Dialéctica trascendental y en la *Critica de la razón pura*. (I. I. c. 3, sec. VII).

En cuanto al Espíritu o *Atman*, añade Figanière que “decir que el Espíritu tenga algo de común con la Materia, o que entrabmos sean dos estados de la misma cosa, equivale a negar una de ellas en beneficio de la otra, o bien negarlas ambas en beneficio de una incógnita que abarque a las dos. Por tanto, nada, absolutamente nada sabemos acerca del Espíritu, salvo el nombre o la idea abstracta que a tal nombre acompaña, aplicado a todo cuanto no es atribuible a la Materia; de aquí el que Kant, al hablar *Del fin de la Dialéctica trascendental* (*Critica de la Razón Pura*, I. I. c. 3, sec. VII), demostrase que nada concreto puede predicarse del Espíritu, porque el Espíritu es *Principia regulativo*, sin que haya que convertirle en *Principio constitutivo*, y el mero hecho de darle esta ultima significación conduce al fatalismo.”

“El Espíritu es, pues, *Nada* en el sentido de que no es ninguna cosa concreta, y *Todo*, al par, en el sentido de que al ser la Realidad Una, es todas las cosas.” La *omnipresencia* es lo

contrario de la manifestación, porque cuanto se manifiesta, por el hecho mismo de manifestarse, ha caído bajo la ley del espacio, que es todo limitación, y de aquí el aserto de Tomas More: “Dios es tan poderoso en el muladar como en el templo, porque como no es comprensible, al no estar circunscripto en parte alguna, esta doquiera presente en todas.”

La manifestación del Espíritu en los fenómenos varía hasta lo infinito, y por esto aquel autor, en su Parte IV de *Ética*, afirma que “no existe en la Naturaleza cosa alguna concreta que no tenga por cima otra más fuerte y grandiosa”. Espinosa, guiado por su intuición más que por lo que supiere acerca de las escuelas de la India, coincide muchas veces con las enseñanzas ocultas, e igual acontece con Schopenhauer y con Hartmann, aunque este último abra un abismo entre ellas y la importancia que concede al principio teológico en los fenómenos”.

Tras una disertación sabia, que en nada desmerece de los primeros capítulos de *La Doctrina Secreta*, se ocupa nuestro ínclito teósofo del concepto oriental de *Maya*, de ese “soñar dentro del mismo sueño” cantado por Edgar Poe, y distingue en la Realidad dos estados contrapuestos: uno potencial *Sel-o-ha* y otro actual o de *Maya*.

Maya, pues, es el efecto natural de toda objetivación, porque esta última está ya condicionada, ora por el pasado, ora por el futuro. Todo conocimiento, toda ciencia, es maya, porque para otro conocimiento u otra ciencia superior es ignorancia. Es lo no real, en efecto, cuanto está sujeto a tiempo y a mudanza, siendo como es siempre ignorancia e ilusión la absoluta incapacidad que tiene de objetivarse lo verdadero.

La realidad condicionada se divide en actual, o *tiempo*, y en potencial, o *germen*, pues, como dijo Bertram Keightly, “el mundo es un problema insoluble porque la percepción no coincide con la realidad”. En suma, Eternidad es igual a Presente, mientras que tanto el Pasado como el Futuro son *Maya* pura y simplemente, porque el Tiempo es la Objetivación de la Subjetividad eterna. De aquí los cinco postulados del gran problema, según Figanière, a saber:

1.º El *Espíritu* inmanifestado, o estado uno y eterno.

2.º Influjo, hálico o acción eterna del *Espíritu*.

3.º Atmán o ego universal, fuente de la conciencia manifestada, correlacionada con el manvantara actual, o sea con el periodo máximo de la vida cósmica, e inseparable, por tanto, del segundo aspecto o *Infijo*.

4.º Indestructibilidad de la Materia, es decir, su persistencia eterna *como germen*.

5.º *Inmortalidad*, cuyo símbolo es el *Sutratma* o Hilo de Oro individualizado ya en cada germen y que constituye el alma de él derivada, el luminoso Augoeides o Taijasa; aunque entre este ultimo término y el de Sutratma haya, según Jogindra en el *Vedantasara*, igual diferencia que entre el árbol y la selva de que forma parte.

Dedicase en seguida el autor a conciliar su postulado 3.º con los postulados 2.º y 5.º y el 1.º con el 5.º para evitar de otro modo resolverlos por el panteísmo, y al tratar de la evolución primordial tiene brillantes conceptos respecto de los Espiritus Planetarios o Dhyan-Chohanes, que coinciden con los expuestos por H. P. B. en *La Doctrina Secreta*, por lo cual los omitimos⁶⁹, como también lo relativo a las 16 encarnaciones de los egos humanos en cada subraza, por estar ella tratado en diversas obras de la literatura teosófica ulterior.

Es de interés, sin embargo, consignar algunos de los sabios conceptos del Vizconde respecto de la doctrina de la encarnación en la historia religiosa.

“La existencia del alma desde el principio de las cosas, dice, fue doctrina de Orígenes aprendida del saber oculto de los esenios. Algunos eruditos sospechan que los evangelistas y demás lumbreras de la Iglesia primitiva bebieron en la misma fuente. San Agustín mismo, a pesar de su ortodoxia, dirigiéndose a Dios, pregunta en sus *Confesiones*: (I, c. 6, p. 5) “*dic mihi, utrum alicui jam aetati meae mortuoē sucesserit infantia mea: an illa est quam egi intra viscera matris meae?* Nam et de illa mihi non nihil indicatum est, et praegnantes

⁶⁹ Los “Espiritus” no existen en la genuina acepción de la palabra. Sea cual fuere la elevación de un sér superhumano, se halla más o menos correlacionado con el espacio y con el tiempo, y su esencia es más o menos material, más o menos objetiva. Los llamados “espíritus” no son *espíritu*, son seres etéreos, cuyo estado cambia con el tiempo, es medido por el tiempo y con el tiempo se extingue. Los *devas* de la India, igual que los serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, principados, arcángeles y ángeles de la Iglesia, constituyen la vida supramundana en sus complicadísimos aspectos, y están sujetos también a la ley de la Necesidad o del Karma.

ipse vidi faeminas. *Quid ante hanc etiam, dulcedo mea, Deus meus, fuisse alicui aut aliquis?*" En el opúsculo, hoy rarísimo de Sandius, *De Origine Animae*, se cita un fragmento de la homilia numero 25 de San Juan Crisóstomo, en el que se dice que la carne fue creada no sólo para revestir al alma, sino más bien como una enemiga íntima, encargada de tentarla. Esto carecería de la debida falencia a no admitir una previa culpa por parte del alma y su preexistencia, por tanto. Por ello la conclusión de Sandius es que el alma se originó fuera del cuerpo, no pudiendo hallarse otra causa racional para semejante estado que no venga de la propia alma, al añadir que el alma no se ha criado para ser unida a la carne, sino que tal unión es a consecuencia de la culpa, juicio muy en armonía con la ley kármica. Por ello, en fin, Cicerón, al final de su celebre *Sueno de Escipión*, dice: "anima, neque nata est certe, et aeterna est."

Entre las sublimidades del capítulo que reseñamos hay una de inestimable valor, que es – al tratar acerca de la Omnipotencia de Atmán, al tenor de la enseñanza de H. P. B., en la pagina 196 de su *Five years of Theosophie*– la de aquel verso de *siete palabras* de Lucano, que dice:

Nullam rem a nihilo gigni divinitus unquam.

¡Nada hay que no haya sido alguna vez divino en sus orígenes!, que es una fórmula preciosa de la Verdad Eterna y del Espíritu Supremo, del que han emanado todas las cosas, como las gotas de agua que el rayo de Sol evapora en la informe masa del Océano, y al que han de retornar en definitiva, como retornan esas mismas gotas al móvil piélago, después que han recorrido una vez más su ciclo evolutivo a través de las nubes, las tierras, las fuentes, los arroyos y los ríos...

El capítulo II de la obra del ocultista portugués es de los más difíciles, y de una originalidad notoria. Encarándose, en efecto, nuestro sabio con los problemas relativos a la división del Cosmos y del Hombre en diversos elementos o *Principios*, nos da las excelentes enseñanzas que a continuación traducimos:

Hay, nos dice, diversos métodos de clasificar los fenómenos cósmicos para facilitar su

estudio: el ternario, el cuaternario, el quinario, el septenario y el decenario. Nosotros teníamos ya el septenario para este libro cuando se levanto una discusión entre dos miembros ilustres de la Sociedad Teosófica sobre las respectivas ventajas de los métodos *cuaternario* y *septenario*. Pero no trataremos acerca de este problema porque ambos tienen sus ventajas, siendo la principal del *cuaternario* su propia sencillez. Sólo si expondré la idea que se me ocurrió en favor del método adoptado, y cuyo desenvolvimiento equivale a la explicación del método septenario.

Fijándonos en el segundo extremo de la Clave, atribuida a Hermes Trimegisto, de que lo que esta abajo es como lo que esta encima, y viceversa, para operar la maravilla de la unidad –es decir, que las analogías se armonizan por la contradicción–, nos es difícil el concebir los procesos evolutivos sin admitir una zona *neutra* entre lo que esta *encima* y lo que esta *debajo*. Así, *raja* (pasión), no puede preponderar antes de que *satwa* (estabilidad), haya perdido su supremacía, cosa que se efectúa por obra ciertamente de *raja*; pero en beneficio directo de *tama* (inercia, ignorancia) y viceversa. *Satwa* no puede luego recuperar su anterior dominio hasta tanto que el poder de *raja* no decline a su vez, por obra de *satwa*, hasta la inercia, que es *tama*. En otros términos: *satwa* corresponde al polo positivo en las esferas superiores; *raja* al polo positivo de la evolución inferior, dado que, al ser *tama* el mediador, opera él ya con uno, ya con otro, lo cual requiere un numero impar de términos, sean ellos *tres*, *cinco*, etc.; mas, ¿cómo contentarnos con menos de *siete*? Tenemos, en efecto, la certeza de que “por bajo” existen tres planos perfectamente caracterizados, y que además, para ir desde el tercero a la *vida* y a la *forma* (de nuestra concepción científica), hace falta que aquellos se extingan. Partiendo, pues, de lo que sabemos, y contemplando la triple correspondencia de su aspecto *extremo*, lo más probable es que la progresión en las dos líneas es hacia el polo negativo, significando la una el arco *ascendente* del alma o *conciencia* (y el descendente de la *materia*), y la otra el arco *descendente* y ascendente de la *materia*), en esta forma:

SIMA Polo positivo. Preponderancia de <i>raja</i> .	CIMA Polo positivo. Preponderancia de <i>satwa</i> .
1. Fuerza sintética = Cohesión = Estado inerte = Substractum de la	Corresponde a... 7. Fuerza potencial. Trigunas en equilibrio = Estado inerte =

vida = <i>Reino mineral</i> (variable) 2. Vida multiforme. Vida y forma = <i>sthulas...</i> 3. Atenuación de los <i>sthulas</i> , hasta que se extinguen:	Medios de existencia variables. Actualmente agua y aire... Corresponde a...	Avyaktam. 6. Alma uniforme. Almas = <i>unión</i> . 5. Diferenciación de las Almas = <i>karanas</i> .
---	---	--

4.

Evolución de las almas.
(Almas = *Sukshmas.*)Involución de las almas.
(Almas = *Sukshmas.*)Preponderancia de *tama*.
Polo negativo.

Ahora bien, entre los dos ternarios extremos hay, sin duda, *muchos* septenarios, pero en todos ellos el ternario inferior ha de tener manifestados estados respectivos de materia compatibles con la *vida* y la *forma* de alguna especie, estados cuyo substracto y medios de existencia sean precisamente *tierra, agua y aire*, que tengan con ellos cierta analogía. Para los estados de la *cima* debe de haber una escala *descendente*, como también una escala ascendente para los de *sima*, y, a bien decir, tales analogías por contraposición son una mera consecuencia del estado *manifestado*, pues que, aunque por *abajo* el alma no se hace ostensible, no por eso deja de ser un poder latente y efectivo. Por cima de ello el principio vital no se muestra aún, pero es ya, no obstante, un medio efectivo. Si en el plano tercero los principios formativo y vital van disminuyendo o declinando en sus efectos *físicos*, en el *quinto* plano (que es su correlativo de encima) acontecen las cosas en sentido inverso, dado que en este la diferenciación objetiva de las almas es debida en el a la evolución de dichos principios, apoyados por el primero (3.º, 2.º y 1.º de los tanmatras etéreos). En las esferas etéreas, el *tercer* tanmatra se desenvuelve antes que el *segundo* y la forma tiene absoluta preferencia sobre la *diferenciación* de la vida, esto es, que el ternario o trino inferior esta influenciado por las dos actividades superiores, dando como resultado solamente la *forma*, como causa próxima de la vida *diferenciada*. Por el contrario, en los estados físicos las manifestaciones siguen el orden de las actividades *cuerpo, vida y forma*, aunque las formas etéreas, por supuesto, sean manifestaciones para nosotros inconcebibles. En resumen: la *forma* tiene para el *alma* de la cima la misma relación que tiene el *cuerpo* para la *vida* terrestre, por constituir su inmediato vehículo. De

aquí que la correspondiente concatenación sea esta:

Cima.

I.-*Germen* = principio del alma.

II.-*Alma* = séptimo y sexto principio *en acto*, con los cinco tanmatras, todavía en potencia, constituyéndose así la vida cósmica.

III.-*Forma* = quinto vehículo, con los cinco tanmatras *en acto*, es decir, el *karana sharira* = alma, vida diferenciada.

Sima.

I.-*Germen* = principio vital, con los cinco panchikritas *en potencia*.

II.- *Cuerpo, vida, forma* = primer vehículo vitalizado = los cinco panchikritas *en acto*, es decir *pritivi* (energía cohesiva); *appa* (energía concentradora); *vayu* (energía formitiva); *tejas* (energía combinatoria, calor específico); *akas* (vínculo) = *sthula sharira*.

III.-*Alma* = *sukshma sarira*, 2.º vehículo = los cinco tanmatras infraetéreos, envolviendo a los vehículos 3.º, 4.º y 5.º, o *kárana*, constante de los tanmatras etéreos, envueltos en los cuales se halla el alma propiamente dicha, es decir, su quinta esencia, sus principios 6.º y 7.º expresados por el 6.º

Llegados aquí, nos da la siguiente *Digresión fisiológica*: Algunas autoridades creen que *tejas* precede a *vayu*, es decir, que el *calor* precede a la *forma*, sucediendo lo contrario en otros textos. Creemos, sin embargo, que tal discordancia es meramente aparente, y que puede conciliarse así. Antes del advenimiento de los *sukshma*, o almas prontas a encarnarse, se verifica una evolución embrionaria en la que el calor ejerce ciertos efectos antes de revelarse como energía formativa, puesto que ello solo puede ser después de actuado el *germen*. Semejante traslación dinámica va de la *quinta* hacia la *primera* actividad formando un arco *descendente*, y entonces es cuando se desarrollan las fases incipientes de la forma embriológica, simbolizando un arco *ascensional*. La *encarnación* es evidentemente la impulsadora de un *nuevo* ciclo de evolución, comenzando, por tanto, como una segunda *caída*, quiero decir que el hecho va desde este momento sujeto a una

nueva ley, dando, entre otros, estos dos efectos capitales: 1.º Los integrantes panchikriticos del embrión se empapan con los componentes de sukhsha, que son más sutiles, constituyendo el principio del calor *físico* y la infiltración de esta última modificación el calor *animal* existente, que desde entonces dependería de aquélla, como por ejemplo, al retirarse sukhsha muere el cuerpo de la persona. El primer vínculo creado por semejante penetración o inhibición, envolviendo no sólo la *esencia* del alma, sino también su *poder*, su *logos* (aquel que antes no estaba allí), y *akas*, o sea el nexo conductor de las dos potencias preminentnes, se opera el movimiento de arriba para abajo, del quinto panchikrita al primero.

2.º El desenvolvimiento se opera de abajo arriba, siendo *la forma* la primera manifestación en tal nueva dirección y en la base misma de la vida embriológica, por cuanto —merced a la ley kármica— el *sukshma* es el que determina el sexo en la persona humana —misterio eterno para los fisiólogos, pero no para los ocultistas—, y, por consiguiente, su *tipo* definitivo, dependiente apenas del tipo humano, adquirido ya bajo la antigua ley, ley seguida de la aparición de una serie numerosa de tipos animales ínfimos, según enseña la embriología. Por supuesto, que aquella conjunción precede a la manifestación de todo *efecto físico* proviniente del desenvolvimiento postnatal de la acción vivificante, o sea del desenvolvimiento de la *fuerza vital*, y como el acentuador de dichos efectos físicos es la *quinta actividad*, la *cuarta* es, necesariamente, la característica de esta fuerza vital, y no la *tercera*, que es, por tanto, quien produce *la forma o el tipo*. Así, en fin, llegamos a esta consecuencia: el *calor* tiene prioridad en la *evolución*, sea cual fuere en su fase, pero *en el desenvolvimiento* sigue después de la forma, y esta ultima a su vez esta precedida por la *vida* y por el *cuerpo*. Así se evidencia una vez más que el espíritu no ocupa un lugar en el septenario, o principio análogo al “principio primero”, y a la fuerza en otro estado. Es mas, el espíritu conserva el gobierno supremo, pues que todo depende de su Influjo, y, a no ser por éste, el universo entero se haría pedazos deshecho en polvo, jen menos que polvo aún! Pero el Espíritu no se revela nunca: es lo *no-manifestado*.

En cuanto a los *Problemas de Alquimia, o Química trascendental*, Figanière nos enseña

lo siguiente que traducimos: “La ciencia aspira a darse cuenta de los fenómenos por la ley de la evolución, pero, ¿dónde ha visto la materia y las fuerzas en que la evolución se funda? La química se figura que con la clave aquí abajo forzada llegará con el tiempo a abrir las puertas del Gran Arcano. Ellas han permanecido cerradas hasta aquí para la ciencia, pero le aguardan mayores desengaños todavía. A medida que va caminando por su sendero conocerá *que no camina sino hacia atrás* y que así no podrá llegar a la *Verdad*. Como me dice un docto corresponsal, Mr. Cooper Oakley, “todos los ocultistas afirman que la obra procede del centro, por lo que hay que comenzar por el logos y procurar entender.” Descubrir los secretos del mundo físico es, por supuesto, un objetivo de gran importancia: el error sólo está en la pretensión de querer explicar por aquella los secretos superhumanos. Despójese, pues, la química de tamaño pretensión, y lo demás, no será solo genuino y laudable, sino hasta un complemento necesario. Trabaje la ciencia física en su propio campo y los trascendentalistas en el suyo, hasta ver si llegan a encontrarse en lo que dependa de nuestra razón. Compete a la ciencia positiva el estudiar los efectos manifestados aquí abajo. El punto de partida de los trascendentalistas, en cambio, es lo universal, lo primievo, la causa, el *centro*, no quitando la vista de la ley de *analogía* y de la *involución*, como antecedente necesario para todo lo evolucionado. Pero, ¿*involución* de qué?” Pues *involución* de las fuerzas “espirituales” así llamadas y también *ultra-superetéreas, involución, envolvimiento* de los seres en todas sus infinitas significaciones. Tal es el terreno en el que se aventura mi insignificancia, aunque bien comprendo que el tema es para fuerzas muy superiores a las mías.”

En cuanto a la eterna Polaridad o *Ley de contrarios*, nos enseña que la *polaridad*, en último análisis, es un efecto de la *voluntad*. Lo que generalmente se designa por *polo espiritual* o *etéreo* y *polo material* de un *cuerpo*, podría quizás mejor ser llamado respectivamente *polo intelectivo* o del *alma* (es decir, *monada*, y *polo de la vida*), de la vida diferenciada. *Alma* (o *mónada*, según el fenómeno que se considere) y *vida la tente*, son los dos extremos, ambos *en el cuerpo*, pero sin ser *el cuerpo*. La vida latente tiene por causa inmediata la *cohesión*, esto es, el ocultarse las fuerzas atractiva y repulsiva, ya se tome la cohesión como la fuerza reguladora de la distancia que separa a los átomos, ya se

divida ella en fuerzas respectivamente atractivas y repulsivas. La vida y la fuerza existen siempre en cada átomo, sea en estado latente, sea en estado de manifestación. Si fuese posible que la *vida oculta* se extinguiese, la roca más dura se resolvería en inactivos átomos. La vida latente presupone *vida* y por eso la denomino “polo de vida”. Para mayor claridad se puede afirmar que la atracción producida por la polaridad tiene *tres modos*, a saber: *satuaico* (influencia del alma, de la monada, o vida superorgánica), *rajásico* (influencia de la vitalidad) y *tamásico* (influencia de la vida latente, o de la inercia). En realidad no existe la fuerza *repulsiva*, pues que todo se reduce a aspectos relativos de la atracción.

Las modalidades de la fuerza son múltiples, pero siempre meras diferenciaciones de Aquellos tres modos primordiales. Las cinco actividades correspondiéndose con los respectivos principios cósmicos son susceptibles de diversas interpretaciones, según los respectivos puntos de vista, y sería demasiado complicado el atender a todos ellos, porque cualquiera de los principales abarcan a muchos otros intermedios. Baste, pues, decir que los tres más típicos aspectos en el mundo son: la vida *superorgánica*, la *orgánica* y la *latente*, y que en todas ellas el *cuerpo* es forzosamente el caballo de batalla, aunque *neutro* y sin importancia por si mismo. En los dos primeros aspectos, el cuerpo *orgánico* es el último cuerpo *inorgánico*.

En el primer aspecto *satwa* (por el alma o monada), constituye la *atracción*; *raja* (por la actividad o vida), es *repulsión*, y *tama* (por la inercia), viene a constituir el medio o balancín entre las dos, inutilizando por si el dicho caballo de batalla respecto de *satwa* todo cuanto se reconstituye respecto de *raja*, pues que el conflicto se da en el interior, en la *penetralia* del cerebro, en las profundidades de los centros nerviosos, pero *repercutiendo en ellos*. Subjetivamente, en fin, es la *consciencia*, y objetivamente son *los panchikritas*, que significan las fuerzas en acción.

En el segundo aspecto (vida orgánica), *raja* es atracción; *satwa*, *repulsión*, y *tama*, el *mediador*, mediador por el motivo dicho, dado que, cuando opera con *raja* el cuerpo, es *todo acción*; cuando va con *satwa*, en cambio, cede algo la vitalidad, en beneficio de *lo superorgánico*. Las fuerzas aquellas en lucha son los *panchikritas*, manifestándose por las

actividades físicas, así como el *alma* o conciencia se revela por la acción *cerebral*.

En el tercer aspecto, tama equivale a *atracción*, satwa, a *repulsión* (que aquí sólo está representada por la mónada, y raja, el *mediador* entre las dos tendencias contrarias, produciendo efectos activos sobre el cuerpo *inerte*, o sea el armonizarse las actividades físicas latentes –de aquí las afinidades químicas, etc.–, y quienes figuran en esta lucha intestina son igualmente los *panchikritas*, causa remota de estas manifestaciones externas, a veces tan violentas.

La vida latente de los cuerpos, sigue siempre diciéndonos el maestro Figanière, se diferencia por las características sátwica, rajásica y tamásica, pero el fenómeno externo es el de la Fuerza física *una*, modificándose según los resultantes de la actividad intrínseca – esto es, por bajo de la atracción tamásica hay influencias tama-rajásicas y rajo-sátwicas (correspondiendo a las dos positividades internas, tama y satwa, más una mediadora, raja). El Sol, al diferenciarse de todos los cuerpos del sistema, debe ser el más sátwico de todos, mientras que los demás planetas deben ser ya de naturaleza tama-rajásica, ya enfáticamente tamásicos, como parece acontecer con nuestro planeta. Esto último estaría además de acuerdo con lo que se observa en nuestro propio globo, considerado en su conjunto; pues que la *tierra firme*, el *oceano* y la *atmósfera*, son tres niveles diferentes, aunque armónicos. El primero, representa la positividad tamásica; el último, la influencia rajo-sátwica, y el segundo, la influencia ,mediadora tamo-rajásica.

El tipo, a su vez, del primitivo gas fue cuádruple: *appaico* (hidrógeno), *vayuano* (nitrógeno), *tejásico* (carbono) y *akásico* (oxígeno), sin que hubiese tipo *prithviano*, porque prithvi no fue sino el agente de los compuestos derivados de aquellos cuatro. De estos tipos, el oxígeno es el más sátwico; el hidrógeno, el más rajásico, y el carbono, el más tamásico. Concordando con ello el carbono –como predominante– se manifiesta en las combinaciones terrestres; el agua, por su parte, resultará compuesta de hidrógeno y oxígeno, o sea de raja más satwa, llevando el primero la ventaja de ser doble que el segundo en volumen; el aire resultaría una mezcla de nitrógeno y de oxígeno, o sea de raja más satwa, y al tener tres cuartas partes del primero y una del segundo, conserva para la libertad de movimientos *una ventaja de que el agua carece*. Sin embargo, en cualquiera de

estos tres estados, *tama* es el preponderante, porque la manifestación entera se reduce a la actividad cohesiva.

Según la doctrina establecida, sigue diciéndonos, se ve que nuestros principios de evolución, las actividades, debían representar impulsos conscientes, y que no hay ni puede haber *fuerzas ciegas* en los planos etéreos e infraetéreos. La ciencia no parece muy dispuesta a reconocer el hecho, pero podemos preguntar si no sería un pequeño paso en tal dirección establecer el postulado de la homogeneidad de la materia. "Podemos considerar, dice Camilo Flammarion, que en principio no hay más que una clase de átomos, y que el numero de átomos primordiales es esencialmente simple y homogéneo; con sus combinaciones y movimientos, constituyen diversas moléculas. Una molécula de oro o hierro no diferiría de otra de azufre, oxígeno, etc., más que por la disposición, numero y movimiento de los átomos primitivos que la componen. Cada molécula sería un sistema, un microcosmos."

En el capítulo VI nos dice que, en vista de las recientes investigaciones del barón von Hellenbach, consignadas en su libro sobre la Ciencia de los Números, *Die Magie der Zahlen*, los llamados cuerpos simples representarían diversos estados vibratorios de un solo elemento primordial que se manifiesta por siete principales modos de acción, subdividiéndose en otros siete. De suerte que la diferencia que se advierte entre un elemento y otro se reduciría a mera diferenciación operatoria de una misma y homogénea materia. (Citado por Franz Hartmann, pág. 88 de su *Magia blanca y negra*.) No faltan tampoco hombres de ciencia que opinen de análogo modo. A semejante elemento único el profesor Crookes le denomina *protoyo*; pero tanto este sabio como Hellenbach están aún muy lejos de los hechos primordiales.

Tanto en lo inorgánico como en lo orgánico, fuerza y vida son aspectos diversos de una misma cosa. Ascendiendo en la escala, la palabra "Vida una" expresa un valor desconocido. Tanto valdría el decir también "No-vida". El Ser, la acción subjetiva, no precisa de la "vida" para ser. La primera manifestación de la Vida fue su *uniformidad cósmica*, equivaliendo a la primera manifestación de la fuerza, todo lo cual puede resumirse así: El efecto del *Influjo Uno* en *prakriti inactivo* produce la acción o *karma*, y

de aquí proceden todos los fenómenos.

Después nos habla el vizconde acerca de las cinco actividades y sus analogías, clasificándolas así:

Primera actividad: Es el principio *cohesivo*, la potencia, por tanto, que se manifiesta por el cuerpo; la energía que, sin ser el cuerpo mismo, neutraliza los efectos de las otras energías.

Segunda actividad: El *principio vital*, en contraposición del alma (*sexto principio*, que no es actividad). El aumenta a costa de la ultima. Puede, pues, definirse como la energía que concentra en germen o poder, no en esencia, abstraído del alma o de la mónada a la cual le transmite. El brotar del germen produce aquí abajo *la vida*. En las altas esferas es el principio de las diferenciaciones ontológicas, o el aspecto objetivo, y aquí en la Tierra, de la concentración ígnea. De ello se deduce que la potencia vivificadora tiene al alma por causa *primera* –*la causa próxima* fue la mónada de las cosas–, actuando aquella por el calor, después que raja hubo obtenido el dominio sobre la cuarta actividad, como veremos más tarde. Su virtualidad se expresa en términos de *primera actividad* en la Tierra; de *tercera actividad* en las esferas ulteriores, esto es, por el *cuerpo* en un caso y por la forma en otro.

Tercera actividad: Principio de *la forma*. Su eficacia se traduce después en términos de *la cuarta actividad*, manifestándose por *la quinta y sexta*, en equivalencias de *la segunda*, manifestándose por *la primera*.

Cuarta actividad; Principio *combinatorio*. En las esferas superiores los efectos se expresan en términos de *la quinta actividad*, *la tercera* de nuestros estados físicos, esto es, que en el primer supuesto atrae a las actividades inferiores en beneficio de *la quinta*, ulteriormente del alma o sexto principio; en el segundo supuesto atrae a *la quinta actividad* en pro del ternario a lo menos. Dicho en otros términos: va avasallando a satwa. *La tercera actividad* se torna la expresión dominante, esto es, que encima el cuerpo y la vida tienen un solo valor, la *forma*, que en el mundo no tienen valor alguno *por si*. Semejante valor se torna patrimonio del alma constituyendo el *Karana sharira*, mientras que, en el

caso contrario, se dirige curvamente al dominio de raja, y transfiere su actividad en provecho de la vida corpórea, atrayendo a *la quinta* actividad como las potencias del alma o de la monada. De modo que, cuando sólo se tiene en cuenta un solo aspecto, esa *cuarta* actividad es el agente de la *atracción*, ya de la *repulsión*, y en el mismo supuesto, *la quinta* actividad es atractiva arriba y repulsiva abajo, en el mundo, mientras que *la tercera* actividad es, recíprocamente, atractiva en el estado físico y repulsiva en los pianos etéreos.

Quinta actividad: Constituye esencialmente el *vinculo* entre el influjo dinámico y el influjo átmico; entre *la fuerza* y *la conciencia*, actuando en la materia, o sea entre el alma o mónada y las demás actividades inferiores. En las esferas etéreas *da expresión* al sexto principio, y de ellas para abajo (submundo y mundo) *tiene su expresión* en el cuarto principio o cuarto estado de la materia.

Mas adelante habremos de ver que las actividades tienen alternativamente períodos sátwicos, rajásicos y tamásicos; pero nos es lícito decir que *la quinta* es la genuina representación de sátna, cuyo norte es el sexto principio (polaridad del alma); que *la tercera* es a su vez la característica de raja, cuyo norte encuentra su expresión clarísima en el segundo principio (polaridad de la vida). Tama, en fin, esta representado por *la primera* actividad, y tiene por norte el equilibrio (polaridad de la inercia).

Por encima de todo esto, el objetivo de las actividades es el *sexto principio*, el *alma*; pero el efecto resultante indica el señorío de satwa, porque dispone de la *cuarta* actividad.

En las esferas mundanas la *segunda* actividad es el objetivo de todas las demás, esto es, que no se puede expresar sino en términos de las otras cuatro, faltándole toda manifestación propia como *vida*, aunque la tenga, sin embargo, como *condición de vida*, y aquí estriba esencialmente, o mucho me engaño, todo el secreta de los estados *físicos*. Como esta teoría va expuesta más adelante, solo diré ahora que la *segunda* actividad marca el punto de los rompimientos cílicos, y que *la primera* es la que rompe la *propia* línea, aprisionándola como la araña a las moscas, señal de que también reside con ella en la tela (el cuerpo). Esta es la clave que he hallado y con la que he abierto algunas cerradas puertas, entre otras aquella que encubría la razón trascendental de la *ley de espiral* explicada por la negativa, pues que en tal aspecto, la espiral es la consecuencia necesaria

del *no-rompimiento*. Se dice que la segunda actividad no tiene manifestación *propia* como vida; pero, ¿cuál es la primera evidencia de la vida? El tener un cuerpo movimiento propio o intrínseco. Semejante movimiento proviene de la monada, manifestándose por todas las actividades. La resultante (calor) es *transmitida* por las actividades superiores y por la *segunda* al cuerpo (efecto de la *primera* actividad), constituyendo el arco descendente de que antes he hablado. Ahora bien, en la subida, en el desenvolvimiento, tenemos al cuerpo, efecto del *primer* principio (influencia tamásica); a la forma, efecto del *tercer* principio (influencia rajásica); fuerza vital, efecto del *cuarto* principio, envolviendo al *quinto* principio, o actividad (influencia sátwica), debiéndose a este último los efectos *psíquicos*. Queda, pues, demostrado que la *segunda* actividad no tiene aquí otra manifestación que la suya exclusiva. A pesar del hecho apuntado, la resultante de la evolución es el dominio de raja, como señor de la *cuarta* actividad.

De modo que este importantísimo agente es, por decirlo así, un objeto de disputa entre satwa y raja. El primero precisa de ello para escudar al alma contra las actividades inferiores; raja se ampara en ello mismo contra el alma en beneficio de la *vida*, lo máspreciado para ella y para sus feudatarios terrestres; así como el alma es el ídolo satwa o de su sequito de entidades celestiales, metafóricamente hablando. Ello, sin embargo, no acaba aquí porque tamas también precisa de la cuarta actividad para establecer su siempre ansiado equilibrio. Dicho en otros términos, aquel de los dos trigunas que se hace señor de la *cuarta* actividad, dispone de todas las otras, lo que equivale a decir que a causa de la polaridad esta en ese guna. Por eso la actividad dicha es de suma importancia para la evolución, siendo el motivo próximo, ya que no el remoto, de lo que se llama Creación. (Según los Ocultistas, atracción y repulsión –cuando el aspecto se reduzca a un poder– caracterizan a la especialidad del logos del séptimo tipo. Al tenor de mi modo de ver, el hecho difiere, pero en la esencia es lo mismo, como se ve.)

Para prevenir cualquier apariencia de contradicción y evitar en lo posible las confusiones que tan fáciles son en asuntos de esta índole, conviene no olvidar que las tres gunas, al estar *en todo*, constituyendo la suma del doble aspecto de la Naturaleza cualquiera que sea la esfera contemplada, dado que la acción del Espíritu sobre la materia se opera

mediante dichas propiedades y supuesto que de ordinario el predominio de una de las tres propiedades no deja de coincidir con importantes *influencias* de las otras.

Un solo ejemplo bastara para comprenderlo, y es el relativo a la actuación. Cuando los impulsos de una persona son muy *espirituales* (áticos) domina en ellos satwa; en otra persona que posea una gran *actividad* mental (intelectualidad física), preponderara raja, y en otra, caracterizada por propensiones *animales*, tama será la más fuerte. No obstante de ello, esas tres personas van sujetas al dominio *eminente* de raja, al ser raja, el señor del mundo *orgánico*. La causa es esta. La preponderancia general de cualquiera de los gunas incluye manifestaciones secundarias de los otros. En el ejemplo anterior (efecto de los gunas en la *mente humana*) las interdependencias pueden expresarse así: *dominando* raja, la *influencia* de satwa inclina al hombre a la virtud: en contra, la *influencia* de tama le impele a la vida carnal, a las pasiones groseras, etc., teniendo por efecto la influencia del propio raja la *cerebración*, la *fisicalidad*, si se me permite la palabra, de los fenómenos mentales (pues que los fenómenos *psíquicos*, son de la especialidad de satwa).

Pongo termino a esta subdivisión añadiendo que, aquí abajo, la *tercera* actividad se identifica con la atracción que se concentra por la *segunda* (vida) y se neutraliza por la *primera* (vida latente), mientras que allá arriba la *quinta* actividad ejerce la atracción en provecho del alma, símbolo primitivo y preminente de la evolución cósmica, atracción que se neutraliza por el *séptimo* principio, esto es, por el equilibrio final de las trigunas.

En cuanto a la *Involución* y sus agentes secundarios, añade, se dijo ya que, según la ciencia oculta, el estado neutro (neutro en cuanto a la polaridad sátmica o rajásica), corresponde a nuestro *submundo* (pues que cada planeta tiene el suyo; pronto veremos, sin embargo, que el estado neutro se refiere solamente al punto culminante del submundo), dominio de tama⁷⁰ y éste tiene la misma relación negativa tanto para el mundo cuanto para el supramundo. Por otra parte, los dos mundos en que hay positividad, van separados por un mundo en el que ella se oculta y el cual es de paso forzado de nuestro mundo para el otro y recíprocamente. El polo *etéreo*, *intelectivo* o *polo del alma*,

⁷⁰ El “plano neutro”, en su significación más profunda, es el temible punto neutral de la *conciencia*, el “imperio del silencio”, del que va a resultar la salvación o la muerte para *in eternum*. Ahora que el lector tenga a la vista la ley de las *correspondencias*.

se refiere al supramundo y a sus analogías mundanas; el polo *material* del *cuerpo* o de la *vida* al mundo y a sus submundanas analogías.

Se nos conceda o no esto ultimo, ¿cómo es posible el darnos perfecta cuenta de los fenómenos por las simples evolución y disolución, o sea por la agregación y disagregación de la *materia*? Los propios evolucionistas responden tropezando en sus especulaciones con el misterio, con lo desconocido. Hasta llegar a cierto punto van bien siempre, pero le faltan siempre dos extremos: aquel que les ofrece el esotericismo por la doctrina de la *involución*, doctrina que presupone y abarca *acción mental*, *designio*, *analogías* y periodicidad de los ciclos caminando hacia adelante por la espiral. Dos son, en efecto, los movimientos por excelencia, inverso uno de otro, a saber: 1.^º *Involución* del alma conducente al *desenvolvimiento* de las actividades y de la materia, concordado con la limitación de la inteligencia y el desenvolvimiento del egoísmo o conciencia individual. 2.^º *Evolución* de las actividades, que tiene por consecuencia la *disolución* de los estados físicos y el *desenvolvimiento* del alma, abriéndose paso a paso las facultades intelectuales en detrimento del egoísmo. En otros términos, la manifestación de los dos influjos, *Buddhi-Atma*, aumenta o disminuye en razón inversa. Como expresión lógica, la primera de esas propensiones constituye el *arco descendente* de la evolución, yendo la traslación de las actividades en beneficio del polo material o de la vida física; el segundo significa el *arco ascendente*, operándose el movimiento en provecho del polo etéreo, o sea del alma.

Este movimiento alternativo establece el movimiento perpetuo. La alternativa presupone *envolvimiento seguido de liberación*, y entrabmos casos el efecto es *relativo*. Bajo la dependencia de la ley de relación, hay envolvimiento *transitorio* y desenvolvimiento *definitivo*, como hay liberación *parcial* y liberación *absoluta*.

Origen de la Fuerza y de la Moción.—La definición científica de fuerza, o mejor de sus efectos, *presupone* la moción, por ser aquello que tiende a alterar el movimiento de un cuerpo, sea en dirección, sea en el volumen. La fuerza propiamente dicha no es lo que altera: *una* fuerza no puede tener más que *una* dirección. La mudanza proviene siempre del combate de una o más fuerzas, entrando como elementos la *velocidad* y el *tiempo*. La *energía* se aprecia por la *obra* resultante (fuerza multiplicada por distancia), puesto que la

esencia de la energía es la de oponerse a la fuerza que resiste a la mudanza. Esto en cuanto a la fuerza según la conocemos en el mundo y donde el movimiento es perpetuo. Pero suponiendo un estado en el que llegase a faltar la moción por equilibrio de los trigunas, fuese el que fuese la duración del equilibrio, la manifestación del movimiento *presupone* la fuerza, no la fuerza conforme se denuncia, sino la fuerza en su verdadera esencia: la *resistencia*.

Para evitar ambigüedades, el autor consigna que, según los Ocultistas, toda fuerza es manifestación de “la luz de atma”, esto es, manifestación de una influencia del Logos o Mente cósmica. (Recordemos que la luz o influencia viene siempre de *dentro*, del *centro*, no de fuera o de la periferia.) Según nuestras percepciones, la resistencia procede de la materia, y sin resistencia no hay apoyo, pues que nos apoyamos en lo que resiste, según el Esoterismo. Sin materia no hay *upadhi* o vehículo; sin upadhi no hay *karma*, acción o experiencias, etc. Mas, conforme dice el mejor de los filósofos, la materia se reduce a manifestaciones de la fuerza. Suprimida la resistencia, pues, la fuerza no se concebiría. Si la fuerza tuviese *un solo modo* de ser, la mudanza sería imposible y no existiría, por tanto, el Cosmos. Lo que nosotros denominamos “fuerza” se explica únicamente por la contraposición de sus *modos*, que son diversas manifestaciones de la *resistencia*. Si dijésemos, como tantos otros, que *de la Fuerza nacen sus modos de actuar*, ¿quién podría explicarlo? Pero si decimos, por el contrario, que *de la Resistencia nacen las fuerzas*, ¿quién puede desconocer ya el origen de la Fuerza a la luz de tales esclarecimientos? Estando las trigunas en equilibrio, se anula el espacio, el tiempo, la materia y el movimiento, quedando sólo su potencia o germen; pero la Resistencia, aunque latente entonces, subsiste en los trigunas por el mismo hecho del equilibrio, y, como antes dijimos, la primera manifestación del Cosmos –del nuevo Cosmos, mejor dicho– es *la resistencia al Influjo Uno*, teniendo por efecto inmediato el *movimiento armónico*, por el desequilibrio o “renacimiento” de las fuerzas consabidas.

Volviendo ahora al punta inicial, cualquiera que sea la atención que merezca a la filosofía, es lo cierto que el *equilibrio perfecto*, constituyendo la anulación de los trigunas, el es tan opuesto a cada uno como a los otros dos, representando un aspecto de la

necesidad en atención a la finalidad de cada uno, pendiente aun de la actividad cósmica. El norte de todos ellos es *la Vida*, diferenciándose, no obstante, los tres en que el uno quiere la armonía en la moción (supramundo); el otro, la actividad en el movimiento (mundo), y el tercero, la inercia en la acción (submundo). La ilusión hace, no obstante, que ninguno de esos tres estados sea un *sumum bonum* absoluto, lo que conduce, en un aspecto, a la anulación final, y en otro, a la resistencia.

En el largo proceso del desequilibrio de los trigunas, la posibilidad *una* se convierte de “resistencia” en “armonía”, y de ésta en “inercia”. Satwa fue subiendo a costa de tama, sin que la fuerza de raja subiese ni bajase, semejando el imperio de la Armonía y el intervalo entre la plenitud de tama y su decadencia, esto es, la evolución de la inercia por el envolvimiento de la resistencia. En otras palabras: la inercia –que no es sino el movimiento armónico en obscuración– fue un efecto de la interacción del movimiento (raja) y de la armonía (satwa), a expensas de la resistencia que había *en cada guna*, al subir e imponerse la armonía, bajar la resistencia y conservarse la moción en regla hasta que naciese el fruto de esta unión. De suerte que la Inercia fue la hija del Movimiento y de la Armonía, *pero también de sí misma* en su primer aspecto, teniendo así *tres autores*, puesto que tenemos: 1.º La *Resistencia*, envolviendo movimiento y armonía y equivaliendo, por tanto, a la *unidad* en tres. 2.º *El Movimiento + la Armonía*, envolviendo resistencia, o sea la *dualidad* en tres. 3.º *MOVIMIENTO + INERCIA + ARMONÍA*, igual a la trinidad. El aspecto 1.º da una positividad; el 2.º una positividad más un mediador, y el 3.º, el mediador convertido en positividad, o sea igualados positividades más un medio.

Renunciamos, no sin pena; a seguir traduciendo al ínclito Vizconde, pero nos permitiremos, al menos, echar una rápida ojeada a los profundos conceptos vertidos aquí y allá en el resto de su obra. El entrar en el estudio de las formulas *genuinamente matemáticas* que emplea para representar el juego coordinatorio de los tres elementos *saiwa, tama y raja* a lo largo de la evolución descendente y ascendente, nos llevaría muy lejos. Para formar, además, claro concepto de ello habría necesidad de reproducirlas por entero en toda su rara genialidad. Un estudio así hecho, dice, de *esas fuerzas primitivas de*

la Naturaleza, completaría a la filosofía y a la ciencia; acabaría con el dogmatismo científico, “no más respetable que cualquiera otro”; “haria validos y eternos los escarnecidos argumentos de los poetas (*vates, adivinos*) dándonos la ansiada Religión científica y Ciencia religiosa, con la filosofía matemático-pitagórica por único fundamento, permitiéndonos examinarlo todo bajo cualquiera otra luz que se presente, dado que cuanto nos resta por saber ha de ser siempre puesto a cuenta de una ley por descubrir, y sacándonos como a pilotos experimentados que no tienen otra autoridad que su propio criterio, de ese conflicto actual entre el corazón y la cabeza, que nos hace hoy no saber como hemos de obrar, ni cómo hemos de sentir ni de creer”, pues, como dice Schopenhauer (*El mundo como Voluntad*, I, 15; *Parerga*, cap. XVII), “las ciencias naturales acaban siempre tropezando con las *cualidades ocultas*, a cuya categoría pertenecen siempre, en ultimo termino, las fuerzas elementales de la Naturaleza, fuerzas cuyo estudio compete a la Filosofía, no a la Ciencia”. ¿Cómo olvidar tampoco este decisivo párrafo, clave de todas las futuras investigaciones arqueológicas allende nuestra actual prehistoria, párrafo que dice así?:

“Quum prorepserunt primis animalia, terris, mutum et turpe pecum” –dijo Horacio (Serm. I, 3)–. El ciclo fue enseñanza estoica y de otras filosofías; hay que añadir que por antiguo que sea un pueblo siempre aparece una clase de elegidos al lado del vulgo.

“La blandura de la inocencia es indispensable para la domesticación del irracional cuanto para la educación del ente humano. El hombre realmente primitivo pertenecía a la fase inocente y pacífica de la Humanidad. La inocencia fue el estado precivilizado y la barbarie es una condición post-civilizada, una caída. El negro, el piel-roja, el pamú, son los hijos degenerados de naciones prehistóricas que en sus respectivos ciclos alcanzaron un elevado estado de cultura y civilización. Los hombres de la llamada edad de piedra, lejos de ser hombres primitivos, eran razas decaídas, degradadas, retrocediendo ante el flujo de una nueva onda humana, así como ciertas tribus americanas, australianas, etc., van desapareciendo al contacto del hombre de raza blanca. Hombres, en cambio, como los indios asiáticos, árabes, etc., son pueblos en obscuración o *en eclipse*. ”

Véase otro genial concepto del sabio lusitano, continuando su bucear en el pasado

ignoto:

“En los tiempos preadámicas –dice–, la vida objetiva era dilatadísima, computándose por siglos, y brevíssima la subjetiva. El morir era algo tan sencillo como el despojarse la serpiente de su piel. Bajo la voluntad de descansar, el alma abandonaba al cuerpo, y al poco tiempo volvía a incorporarse de nuevo en un individuo subhumano; y, añaden los iniciados, que así como correspondió a los seres planetarios el bajar a la Tierra a desenvolver a los primeros hombres, igual acontece a los hombres con los humanos sus sucesores postadámicos. Crear, pues, estos seres, o sea imprimirles la forma por impulso mental, constituía una necesidad; de aquí la Magia. Pero hay y habrá siempre dos clases de magia: la blanca, o para progreso de la Humanidad, y la negra, o para su inercia o su caída. Los magos, tanto blancos como negros, empuñan las riendas del mundo; pero el llamado adepto de la magia negra no puede igualarse con el blanco ni aun por antítesis. A aquella sabiduría no llegó, porque si a ella hubiese llegado, no sería lo que es. Desenvolvió la voluntad hasta el punto de poder dar efectividad suficiente a una fuerza extraña por encima de lo vulgar. Fue por ignorancia, por insuficiencia del saber, por la incapacidad de dominarse, por lo que apeló a tal fuerza; pero tiene que pagar el precio por los servicios recibidos, pues que ha hecho de si implícita entrega. Tal es el significado de los *pactos demoníacos*. El Adepto-genio, por el contrario, es el señor de sí y de las fuerzas cósmicas. La posibilidad de conocerse y dominarse a si mismo –la mayor de todas las empresas– lleva aparejada la consecuencia de no errar jamás, ni en juicio ni en conducta. Es la solución del enigma de la esfinge. Si un fakir de mala casta dispusiese del poder de un Mahatma, sería capaz de acabar, sin hipérboles, con el mundo mismo; y así como hay un *Supramundo* por encima de nosotros y de nuestro *Mundo*, hay también bajo nosotros, influenciándonos siempre no menos que aquel, un *Submundo* elemental, cuyos seres naturales tienen, por ley, la tendencia constante a dar plasticidad, forma efectiva, astral y física, a todos los humanos pensamientos. Por eso el hombre puede y debe dirigirla desde arriba, desde el plano de la mente, y, según ley natural, en lugar de ser dirigido por el, mejor dicho, por el combatido incesantemente como la ola bate al firme peñasco costero o como la tempestad “con los fatídicos augurios de Adamastor el menor de los cuales es la

muerte”, bate también a la barquilla humana cuando navega hacia las seguras playas del Ideal sobre el terrible piélago del Misterio... Este fue el error del celebre demonógrafo Jacobo I de Inglaterra, quien creyó (*Demonologie*, I, 6; Londres, 1603) que los malignos elementales se revelan al hombre por el gesto y la palabra, no por el pensamiento.” Las múltiples alusiones de las *Epístolas* de San Pablo a la eterna lucha del hombre ya iniciado “contra los *arcontes* y demás potestades del aire, no contra la carne ni la sangre”, no quiere decir sino esto mismo, y por ello también la Historia nos presenta a los Iniciados, a los *Conductores de pueblos* (*pastóforos, pontífices, grandes almas o Maha-atmas*) como luchando con un Ángel –un Ángel Negro–, y venciéndole antes de abrirse paso franco para su misión redentora. “El Próspero de *La Tempestad*, de Shakespeare, era un Mago blanco, así como el *Temisus*, de Silio Itálico, que consagrara con sus encantamientos la espada de Aníbal, era, por el contrario, un Mago negro. Otro Mago blanco lo fue *Synhalus*, quien curaba con yerbas y por mera psicopatía o magnetismo.” Como curaron siempre –añadimos nosotros– los divinos *acuínos* del *Rig Veda* y todos sus abnegados sucesores, cuya sabiduría aun admiramos hoy en los extractos de la *Caraka-samhita* y la *Sucruta-samhita*, de los que nos hemos ocupado en otra parte⁷¹.

“El verdadero *demonio* es y será siempre, pues, el hombre, porque, dada la continuidad de los mundos, quien ama la maldad en la Tierra sigue amándola en la otra vida, ya que la maldad es algo consustancial con la propia índole de su alma torcida. Par eso, como dice Swedemborg (*Cielo e Infierno*, págs. 550 a 555), las almas perversas, después de la muerte física, siguen sus naturales atracciones y cifran su mayor empeño en acercarse a la propia Fuente de su mal; no es que Dios castigue, pues, a tales almas con el infierno, sino que ellas mismas se sienten atraídas a él como a su propio centro.” Por supuesto que aquí no se habla del infantil *infierno*, “todo fuego y azufre”, de las mentes groseras, sino el que se deduce de su propia etimología de “lugar inferior”, *submundo, avitchi, octava esfera o infera* ...

Para una entidad del Avitchi tal seria el único y lógico designio. En el avitchi y Mundo inferior o *Submundo* halla, pues, amplia margen para expansionarse sin perturbar la regla

⁷¹ *Hacia la Gnosis*, capítulo ultimo: “El Ayur-Veda brahmánico y la Medicina primitiva.”

de que dependen las condiciones de la vida física. Después de agotadas las energías satánicas a través de los ciclos avitchianos, el alma, purificada ya, pues que también ellos tienen un ciclo decreciente, confluye con la onda humana del Manvantara siguiente para desenvolver la nueva individualidad y tentar nueva fortuna. Así se corrobora la doctrina de que el mal es fenoménico y finito, y el bien infinito y eterno.”

Con conceptos tan sabios y trascendentales llega al fin el ocultista Vizconde a lo que creemos ser el mejor capítulo de su obra, a saber: el capítulo XVI, titulado *A oitava esphera* y complemento del XIII, que consagra al *Avitchi, Hades o Mansión infernal*, de las Teogonías.

Kama-loca, la región de las pasiones, intermediaria entre el mundo de la Mente y el de la Materia, es, acertadamente, para el sabio Vizconde, una especie de antecámara o encrucijada tanto para el Devachan, Cielo o Campos Elíseos de los clásicos o *Supramundo*, cuanto para el Avitchi, Región inferior o *Submundo*.

El Avitchi, en efecto, es la contraparte negativa del Devacban, por cuanto entrabmos son ala manera de dos círculos o esferas iguales que, partiendo de una posición inicial o neutra en la que entrabmos coinciden, se van separando más y mas, constituyendo su zona intermedia y creciente el kama-loca y aun el mismo mundo físico. Un buen ejemplo de este le tenemos en la célula óvulo recién fecundada cuando se escinde en dos por el fenómeno biológico llamado de la cariocinesis, cosa nada de extrañar, por otra parte, dada la eterna clave de Hermes Trimegisto, o Ley teosófica de Analogía que rige en el Cosmos a todos los fenómenos, grandes o pequeños.

“Siendo toda mudanza, nos dice aquel autor, un modo de ser, una expresión de la ley de causalidad, los estados que se intermedian entre dos encarnaciones constituyen, respecto de la vida física, una serie de efectos correlativos de las causas generadas en esta última, de índole tanto física como espiritual y física. Los efectos físicos tienen, pues, en el Mundo su adecuado campo de desenvolvimiento, y las respectivas causas creadas en una encarnación producen sus naturales consecuencias en la encarnación inmediata, mientras que los efectos psíquicos y morales florecen en el devachan, como es sabido. El kama-loca o “mundo de las pasiones” es un mundo de efectos, por decirlo así, *preliminar*,

puesto que, como las energías de un orden elevado no pueden actuar plenamente mientras yacemos sumergidos en las atracciones del mundo, aquellas continúan latentes, siendo característico el proceso depurativo en la región kamalókica. Por otra parte, si el hombre tuvo en si virtualidades devakánicas por débiles que fuesen, nada tendría que ver con el avitchi: su mal karma le será liquidado en la encarnación inmediata, y lo poco o mucho que haya tenido, por el contrario, de bueno encontraría en el devachan su apropiado nivel. Mientras el hombre tenga en si la más ínfima parcela de bien, tiene una esperanza, por mínima que sea, de salvación para su alma... más cuando esto no suceda, ciérnese sobre ella la amenaza terrible de perder su individualidad, es decir, de romper su vínculo santo e inefable con el Supremo Espíritu que la cobija a lo largo del Manvantara, o inicia una horrible marcha de retroceso –la marcada por H. P. B. cuando, recordando el dicho de Bellus, dice: “No desciendas, hijo mío, que el ciclo de descenso tiene siete peldaños, tras el último de los cuales yace el ciclo de la terrible Necesidad”–. Semejante caída o “perdición definitiva” envuelve, en efecto, la necesidad fatal de recomenzar nada menos que toda la evolución o ciclo manvantárico.

“Dos son las crueles contingencias que precipitan hasta un tan espantoso fin. La más común es la de una persistente tibieza, en la que el alma acaba por perder toda energía. La otra contingencia presupone, por el contrario, un alma más o menos robusta y poderosa; un desarrollo anormal de la facultad *intuitiva*, pero orientada en franca oposición o abierta lucha y desafío con las leyes de la Naturaleza. El genio del Mal, en suma, funcionando, no en egoísta beneficio del propio individuo, sino en abono mero y exclusivo del Mal, como contra parte del Bien. Las personas dotadas ya de semejante fuerza se colocan así, durante su misma vida física, en relación efectiva con una potente entidad sub-humana a la que transfiere su alma, y cuando llega la muerte, ella, el alma y esta entidad sub-humana con el alma ligada no constituye sino *una sola*; un *ente sub-humano* aliado con un *ego humano* que le dota de lo que aquel le faltase para su misión perversa. Esta *duada* de post-mortem constituye la entidad demoníaca o avitchiana propiamente dicha. Semejantes personas vienen a ser así verdaderos *satanes*: en todos los actos de su vida

tienen ya por exclusivo objeto *el daño ajeno sin el provecho propio o egoísta*⁷². El mero egoísmo, en efecto, excluye en sí, de momento al menos, entradas posibilidades contrapuestas, tanto del Mal por el Mal como del Bien por el Bien, características respectivas del avitchiano y del devachánico. Los unos son seres “divinos”, los otros, seres demoníacos... Avitchi es, pues, uno de los estados de que los iniciados hacen mayor misterio como aplicable a los Adeptos de la Magia Negra o de la Izquierda, esto es, gentes destituidas, sí, del propio egoísmo, tan natural a los hombres vulgares, deben ser aún hoy un terrible resto de los pasados ciclos de Atlántida.... ¡Tras de ello yace quizá el misterio de la llamada por Mr. Sinnett *Octava Esfera*, y a la que alude en su célebre obra *El Buddhismo Esotérico*, creyéndola situada en la Luna, cosa poco probable, a juzgar por todas las apariencias.

“En nuestra opinión –sigue diciendo el Vizconde–, la Octava Esfera no significa, como cree Mr. Sinnett, un mundo excedente y aparte de la cadena planetaria, sino uno de los dos *lokas* o “mansiones” de la cadena de nuestra misma Tierra, a saber, según esta serie: 1.^º *Arupa-loka* (mundo de lo sin forma); 2.^º *Rupa-loka* (mundo de la forma); 3.^º *Avitchi* (región inferior); 4.^º *Kama-loka* (región de las pasiones); 5.^º *Loka o mundo de los espíritus terrestres*; 6.^º *Loka de los asuras o no-dioses*; 7.^º *Loka o región de los tipos monádicos inferiores*, y 8.^º *La Octava Esfera, de los ocultistas*.

Sea lo que fuere de esta nuestra clasificación –sigue diciendo Figaniere–, la dicha *Octava esfera* corresponde a la perdida de la individualidad humana por una absoluta y persistente tibieza o indiferentismo, estado del que llevamos hecha particular mención anteriormente. Semejante perdida horrible envuelve para el alma humana de la víctima la imposibilidad total de seguir siendo ya una potencia de continuidad *en la escala ascendente de los seres*, porque anuló consciente y perezosamente toda cuanta fuerza ascensional poseía. Su antigua energía psíquica, ya meramente inerte o pasiva, ha acabado por caer víctima de una actividad submundana, *rakshásica* o demoníaca, convirtiéndose de átmica o *devachámica en avitchiana*, o del submundo, y cuando llega, al fin, el temido momento de

⁷² ¡A cuantas de estas entidades humanas elementarias no las hemos visto actuar en el mundo durante la Gran Guerra con todas sus funestas consecuencias!

la psíquica anulación, la pobre alma caída y abandonada por el obsesor, ya no es *caliente* (o átmica), ni *fria* (o *avitchiana*), sino de aquellas a las que, según el dicho apocalíptico, *por tibias* se las rechaza, según la terrible frase de la *Revelación o Apocalipsis* (III, 15-16), en la que el Logos mismo las repele de si diciéndolas fatídico: “Vosotras no fuisteis *friás*, ni *calientes* –ojala hubieseis sido lo uno o lo otro!–; y precisamente porque no fuisteis ni lo uno ni lo otro, yo os maldigo y os rechazo de mi boca...” Semejantes almas desventuradas, por no responder en su indiferentismo a atracción ninguna, buena o mala, de naturaleza trascendente; sumido en el cieno de las meras atracciones groseras y absorbidas por la materia, están, en efecto, imposibilitadas por su propia inercia, estancamiento y tibieza para cuantos movimientos ascensionales vayan decretando los periodos cíclicos de la ola humana a la que perteneciera. ¡Constituyen, pues, ellas en lo psíquico, una verdadera carroña, un miserable detritus, cuyo destino final no puede ser sino el de la anulación como escorias desechadas del crisol en el que el oro puro del progreso anímico acaba de ser obtenido por la alquimia del progreso evolutivo, que es ley eterna de la Naturaleza...!

Par eso, añade, nos dicen los Maestros que semejantes almas, al salir, al cabo de larguísimos evos o ciclos, de semejante *Octava esfera*, hállanse reducidas a lo que fuesen antes del ciclo o *manvantara* planetario, en el que entrasen como tales almas humanas, para recomenzar su evolución en el manvantara siguiente, desenvolviendo una nueva individualidad humana como aquella otra que tan lamentablemente perdiessen por su propia culpa. De esto se desprende también, a guisa de lógico corolario, que la respectiva onda humana que evoluciona en cada manvantara ha de componerse en gran parte de almas así fracasadas en el manvantara anterior, cual si, de hecho, al cabo de cada gran ciclo *avitchiano* u *octaviano* (es decir, de la “Octava esfera”), las cosas tornasen sencillamente al mismo estado que tenían millones de años antes, cada uno por el camino alto o bajo (*karma*) que voluntariamente se labró en el ciclo anterior: *¡faber quisque fortunae sua!*...

Y tras estos hermosos conceptos, termina el Vizconde su luminosísimo capítulo –sin igual, quizá, en la literatura teosófica– diciéndonos, poco más o menos:

“La ignorancia de las bases en que se apoya la ciencia oculta ha llevado muchas veces a

definir a la Octava Esfera como “el triste mundo o lugar en el que los malos son aniquilados”. Pero en este concepto hay un serio error, a saber: que la *Individualidad* que recorre el ciclo manvantárico persiste siempre, suceda lo que suceda. No en Ocultismo la palabra “aniquilamiento” consiste solamente en la perdida lamentabilísima de una serie de grados o capítulos en la respectiva carrera ascensional de aquella, o, en otros términos, que se apagan o extinguen todos los vestigios de las energías áuricas de las diversas personalidades en las que aquella Individualidad ha ido sucesivamente encarnando, perdiéndose así, merced a las influencias tiranizadoras del elemento submundano, el fruto que había derecho a esperar... En el presente manvantara, ya semejante alma “no tendrá resurrección”, “edén”, “redención”, etc. El litigio, en efecto, no es contra *los malos*, sino contra los *insignificantes*; la maldad, constituyendo en sí misma un *fin*, pertenece al *Avitchi* o lugar inferior contrapuesto al *Devachán* o *Ciclo*, mientras que la *maldad pasiva*, consecuencia única del monstruoso Egoísmo, no tiene campo adecuado alguno fuera de la Tierra, sino que gravita inerte hacia la *Octava Esfera*, por cuanto su nota característica es la de la penuria etérea, la completa insignificancia como potencia de bien ni de mal, la incapacidad total de desenvolver sus potencias intuitivas... Ontológicamente hablando, la supervivencia de los más aptos, que es ley del Cosmos, implica igualmente la de la *Octava Esfera*, para las almas fracasadas por la inercia animal del Egoísmo...⁷³

Hasta aquí la libre e incompleta traducción de algunos pasajes más salientes de la célebre obra *Submundo, Mundo, Supramundo*, tan alabada por la Maestra H. P. B. Réstanos sólo

⁷³ El lector perspicuo habrá adivinado tras los hermosos conceptos transcritos de Figanière, respecto del *Kama-loka*, el *Avitchi* y la *Octava Esfera*, toda *La Divina Comedia*, del Dante, y par ende, toda la Teología del medioevo. El *Avitchi*, en efecto, equivale a los ciclos infernales sucesivos que visita el poeta llevado de la mano por su Maestro, el iniciado Virgilio, mientras que el *Kama-loka* viene a ser el *Purgatorio* o región intermediaria entre el *Infierno* y el *Cielo*. En cuanto a la *Octava Esfera*, ella es más bien la terrible *Ciudad del Dite*, o último de los ciclos infernales o inferiores, aquellos en cuyo frontispicio aparece fatídica la terrible sentencia de “aniquilamiento”, que dice: “Vosotros, los que entráis, ¡perded toda esperanza!”

Per me si va nella città dolente,
Per me si va nell' eterno dolore,
Per me si va tra la perduta gente...

.....
¡Lasciate ogni speranza voi ch' entrate!

En otro sentido dicha Esfera, en la interpretación de Figanière, puede equivaler al *Limbo de vanidad*, o centro de inerte espera evolutiva de un *Redentor*, séase hombre o ciclo.

ya, para no prolongar excesivamente el capítulo, dar una idea general del índice de la obra, obra que desearíamos ver reimpressa por los teósofos del habla de Camoens y traducida al castellano con los debidos comentarios.

En el fondo el plan de la gloriosa producción del procer lusitano es el mismo que el de *La Doctrina Secreta*, y eso que, habiéndose publicado en Oporto en 1889, había sido escrita anterior, o al menos simultáneamente con esta ultima obra, que, como es sabido, apareció en Noviembre de 1888 con mera diferencia de meses, causando su aparición tal y tan grata impresión al autor que, impresa ya la obra, se creyó obligado a dar, tras sus apéndices, un *Capítulo suplementario* bajo el título de *Novísima Luz* y consagrado por entero a la Maestra. Otros muchos detalles de los dichos apéndices revelan también el influjo ejercido en ellos por la aparición del *Buddhismo Esotérico*, de Sinnett (obra de la primera hora, pocos años posterior a la aparición de *Isis sin velo*, en 1877), sobre todo en lo relativo al tan manoseado como mal comprendido problema de las *Cadenas planetarias*, *Globos*, *Rondas*, *Razas* y *Subrazas*, y a si Marte y Mercurio son o no planetas de nuestro terrestre ciclo o *Cadena*. Cosas todas estas que no hacen sino aumentar los prestigios del occultista portugués, a quien hay que colocar por su obra al lado de esas preeminentes figuras teosóficas de la primera hora que se llamaron Olcott, Judge, Sinnett, Hartmann, etc.

Y por ser, decimos, el plan de la obra de Figanière el mismo en el fondo que el de *La Doctrina Secreta*, consta de dos partes: una de *Evolución en general* (Metafísica, Ontología, Cosmología) y otra de *Evolución humana* (fragmentos prehistóricos, Ética y “Psichomachia”). La primera parte lleva siete capítulos, consagrados respectivamente, tras una eruditísima Introducción, a la *inmortalidad; la división septenaria del Cosmos; los ciclos planetarios; los diversos estados de conciencia; los elementales; el reino humano y los diversos tipos de la evolución general de la Tierra*, con cuatro notabilísimas tablas acerca de las evoluciones del Fuego.

La parte segunda, a su vez, lleva otros catorce capítulos, cuyos títulos son: *Razas primera y segunda; Principios humanos; Razas tercera, cuarta y quinta; La lengua-madre y la humana palabra; el Kama-loka; el Avitchi, el Devachán; el Karma; la Octava esfera;*

crisis (con otra notable tabla o esquema); *el libre albedrío y el origen del Mal; ciclos y catástrofes geológicas; las Razas sexta y séptima futuras; la jerarquía oculta y la Sociedad Teosófica*, capítulo cuyos meros títulos revelan su interés.

Vienen, en fin, como coronamiento del libro, las siguientes notas:

Sobre la dieta vegetal (con una tabla de análisis química); Disertación acerca de los siglos X y XI (parte 1.^a: El estado de la Cristiandad, y 2.^a: Gregorio VII a la luz de sus propios escritos); *Anotaciones metafísicas* (I, Nombres atribuidos al Sérvulo Supremo; II, Los principios humanos, según Plotino; III, El Espíritu); *Estados o fases del alma; Dios como principio y fin de todas las cosas; Gravitación Universal; Influencias invisibles; Los "hijos de Dios"; Unidad de la conciencia; Los devas; Los sentidos; Principios del alma; Cataclismos* (Extractos de las obras de Platón, Flammarion y Donnelly, en su "Atlantis"); *Karma y Reencarnación* (Extractos de Platón y de Olcott); *San Agustín y el libre albedrío, Síntesis de la filosofía, según Camilo Flammarion; Novísima luz* (Cadenas planetarias, Razas y Cronologías). Terminan los apéndices con la nota de las demás obras de Federico Francisco Stuart de Figanière Morao, Vizconde de Figanière, a saber: *Catálogo de los manuscritos portugueses del Museo Británico*.—*La guerra y la libertad de comercio*.—*Memorias de las reinas de Portugal*.—*La libertad y la Legislación vistas a la luz de las leyes de la Naturaleza*.—*Correspondencia oficial entre los Gobiernos lusitano y británico*.—*Las cuatro reglas de la diplomacia*.—*Gusto Ansures*, cuadros de la vida neo-gótica, novela histórica.—*Memoria sobre el valor de la frase "Aqua Aquarum" de los diplomas antiguos*.—*El magnetoscopio de Rulter*.—*Documentos inéditos acerca del Conde de Avranches*.—*Cartas japonesas* (en francés) sobre la civilización cristiana en Europa.—*Tabla cronológica* (en inglés) relativa a los emperadores, reyes, sultanes, papas y desde Venecia desde el año 800 de nuestra Era.—*Palmtios* (en inglés), novela; *Elva* (en inglés), poema en cinco cantos, sobre las leyendas vascas del Conde Moniño y la Dama de pie de cabra que aparecen en el *Noviliario del Conde Don Pedro*, y alguna otra.

Lo expuesto basta para demostrar la necesidad en que se encuentran los teósofos lusitanos de estudiar como teósofo de la primera hora al benemérito Vizconde, honra y prez de toda la raza ibera, y que corre parejas con el precursor teósofo brasileño Faria

Britto, del que recientemente se ha ocupado el teniente Albino Monteiro en la revista O *Theosophista*, de Río de Janeiro.

Con el fin principal de estimularlos a la empresa hemos dado tan excesivas proporciones o este epígrafe.

OCULTISMO MEDIOEVAL ESPAÑOL

LOS RESTOS DE UNA FRATERNIDAD PITAGÓRICA

Una de las formas más comunes de las instituciones ocultistas de la Edad Media fueron las *Fraternidades* más o menos decadentes, con las que la libertad fue pasando a través de la barbarie y despotismo de las hordas semisalvajes que se establecieron en las comarcas mediterráneas a la ruta del Imperio romano de Occidente. Estas fraternidades, amparadas por el poder y por el culto, tan puro en sus orígenes como corrompido después, y apoyadas sobre lo que más tarde se denominó el *estado-llano*, fueron acabando con los despotismos feudales arriba y con la servidumbre de la gleba o del terruño, vergonzante continuación de la esclavitud, abajo.

Conocidas son de todos aquellas sabias e iniciáticas instituciones de los *free-massons* de Escocia y demás países nórticos, que en lo social echaron los cimientos de la masonería y alzaron en lo artístico las maravillosas catedrales góticas, con las que el Occidente saliera de los apocalípticos terrores milenarios, en un arranque de espiritualidad no bien comprendido todavía.

Aun las gentes más inferiores, aquellas cuya categoría ocultista no era la sacerdotal o *brahmánica* en el más puro sentido de la palabra ni tampoco la *guerrera* o de los *chattryas*, sino la de los *vassyas* o comercio que contribuyeron no poco al redentor movimiento de emancipación de la conciencia y de la vida toda con aquellas federaciones a *fraternidades comerciales* que tan alto poder político supieron conquistar en la Genova, Venecia, Marsella y Barcelona mediterránea, y también en la vasta e interrumpida cadena de ciudades mercantiles que se extendía desde Londres a Novgorod a lo largo de todos los países del Mar del Norte y del Báltico.

No hablamos tampoco, por ser ellas harto conocidas, de Rosa-Cruces ni Cabalistas, ni de esas instituciones mitad monásticas, mitad guerreras y políticas, llamadas órdenes

Militares, alma de las épicas Cruzadas; cuna de toda la Religión Caballeresca, espíritu de toda la literatura provenzal y castellana, base, en fin, del Renacimiento, al que debemos en definitiva y por entero nuestra cultura presente; ni de las Behetrías industriales, donde se salvaron todos los conocimientos técnico-prácticos de los laboriosos judíos bajo la capa protectora de los *gremios*, hasta por los reyes respetada. Incapaz la época por su rudeza para practicar en toda su divina excelsitud el precepto cristiano de “amaos los unos a los otros como hermanos que sois”, alcanzó, sin embargo, a hacer efectivo y vivido el precepto, dentro del molde de cada corporación, fraternidad o regla, bien civil, bien monástica o bien militante, conquista nada pequeña para lo caótico de los tiempos aquellos.

A la vista de este colosal movimiento sociológico me he preguntado varias veces si sería imposible encontrar en nuestro suelo español algunas otras huellas más ocultas, y, por tanto, menos conocidas de la historia, de otra instituciones iniciáticas. Caso de existir, en efecto, tales huellas, no hay que decir que ellas deberán estar menos borradas en los pueblos pequeños que en las ciudades, pues es sabido en las investigaciones arqueológicas de todo género, ya se refieran a filología arcaica, ya al *folk-lore*, ya a leyendas y tradiciones históricas, etc., que los rastros del pasado están de ordinario mejor conservados en los primeros que en las segundas, porque el progreso de los tiempos nuevos y consiguiente olvido de los viejos es infinitamente más rápido y deletéreo en los grandes centros que en las retiradas aldeas.

Consecuente con semejante sospecha he reunido los recuerdos de mi infancia en la aldea y voy a narrar a mis benévolos lectores algo relativo a los restos de una *fraternidad* rara, chocante, de viejo y sabroso raigambre ocultista, que todavía alcance a conocer en sus más decadentes postrimerías en mi propio pueblo natal, Logrosán, de la provincia de Cáceres.

Era esta la “Hermandad de San Blas” o, según el picaresco dicho del vulgo, “La Hermandad de los borrachos”, es decir, de los adoradores de Baco, quienes, en efecto, libaban en mis tiempos mucho más quizá de lo debido en honor del complaciente santo, fraternal y públicamente reunidos, en la víspera y en el día de su fiesta, que es, como todos

saben, el día 3 de Febrero.

Veamos algo de esta excepcional cofradía que siempre hizo gala de ser cristiana, pero laica; que, como tal, jamás fue presidida por sacerdotes, quienes, inútil es añadir, por tanto, no lo miraron jamás con buenos ojos, pero sin que se atreviesen nunca a prohibirla, merced a la antiquísima tradición de su origen. Iten más, y esto es un detalle importantísimo para nuestro objeto, siempre tuvo a gala la *Hermandad* el no poseer estatutos escritos, pues toda la jurisdicción, todas las leyes y costumbres de ellas, estaban acumuladas en su jefe “El Hermano-Regla”, cuyas facultades eran tan omnímodas como las de cualquier “venerable” logia masónica, sin otra limitación que la de su vicepresidente o sustituto, que era conocido también con el curioso dictado de “Contra-regla” una especie de Justicia de Aragón en miniatura. Las demás instituciones piadosas de la localidad, más modernas todas que ella, sujetas constitucionalmente a la plena autoridad del párroco, tales como la del Rosario, la del Santísimo Sacramento, etc., solían mirar a “los hermanos de San Blas” como gentes algo hervéticas y que de cristianos no tenían todo lo que debían tener en su asociación, es decir, una plena sumisión a la Iglesia y un objetivo puramente piadoso.

Indudablemente tenían razón los timoratos para mirar como cosa no del todo santa la extraña “Hermandad”. Como que el programa de todas sus fiestas, año tras año, era invariablemente este:

La primera reunión a que citaba el “Hermano-Regla” a sus compañeros era la del día de Pascua de Navidad o *del Solsticio de Invierno*, como diría un masón. En aquella su primera reunión se trataba de objetos buenos, pero no piadosos, pues en el seno de un *lunch*, como hoy diríamos, acordaban amigablemente el drama (de los de “capa y espada” generalmente) que habría de ponerse en escena la noche de la fiesta de San Blas, su patrono, y las demás cosas concernientes al programa de ella. A pesar de que el “dorado licor” y los clásicos “buñuelos de miel” eran consumidos en abundancia durante tales deliberaciones, era rarísimo el que ninguno faltase a la compostura debida, y por otra parte, cualquier pequeño conato de demasía era reducido en el acto a su debido límite con las sacramentales palabras del *Regia*: ¡Ceremonia, hermano, ceremonia!”, frase

completamente exótica a las instituciones piadosas y que parece aludir a todo un ceremonial semi-masónico, por desgracia perdido en los tiempos a que me refiero.

A dicha reunión sucedía otra *el día de Año Nuevo*, en la cual solían repartirse los papeles del drama elegido. Los de dama eran confiados a mujeres generalmente de la familia de los cofrades, y a quienes se daban también todos los honores de “hermanas”, como en las logias, de adopción.

Así pasaba el mes de Enero con sus veladas inacabables, que eran divertidamente empleadas en los ensayos de la función, pero con la particularidad de que tales ensayos eran tenidos con toda regularidad y por turno en las casas de los diversos hermanos, por orden de antigüedad. El favorecido cada noche tenía la grata obligación de preparar un sencillo convite, práctica que todo el que haya leído la admirable obra de Chaignet sobre el Maestro Pitágoras tendrá, a no dudarlo, por griega y por pitagórica, porque no es en el fondo otra cosa que el ágape nocturno pitagórico, en el que se trataba fraternal y sabiamente de lo humano y lo divino bajo la santa protección de la amistad y del Arte.

Todo estaba así dispuesto para la fiesta de San Blas, que comenzaba en la tarde del día anterior, 2 de Febrero (día de la Purificación), o sea al empezar canónicamente la vigilia del santo asceta, y comenzaba por un acto tan militar como el de cualquier Orden de los viejos tiempos; es a saber: el de vestirse los “hermanos” jóvenes con sus mejores galas y mostrarse así armados de corvos sables sobre sus más briosos caballos, para celebrar, a la vista de todo el pueblo, congregado en fiesta, *una corrida de gallos*, corrida en la cual eran inmolados, pendientes de una cuerda, tantos animalejos como pares de “hermanos” tuviese la Hermandad a la sazón. Los jóvenes cortaban las cabezas de los gallos a todo el correr de sus caballos, quedando así hecha provisión de carne para el banquete del siguiente día.

La mañana del día del santo se conmemoraba con una misa solemne, en sufragio de los “hermanos” difuntos; pero, cosa notable y que confirma cuanto llevamos apuntado acerca del *laicismo*, demasiado escandaloso quizá, para aquellos tiempos de la “Hermandad de San Blas”; a nadie se le exigía confesión ni comunión previa; todos los “hermanos” tenían, o se atribuían, el derecho de echar a vuelo las campanas por su propia

mano, y en cuanto al *Hermano-Regla* su autoridad era tal que rivalizaba con la del propio párroco por cuanto, desde un altar éste y desde otro aquél verificaban al final de la misa la ceremonia de pasar los dos sendos garrotitos de mimbre que ordinariamente pendían del brazo de la imagen, por los cuellos de los fieles todos, para preservarlos en aquel año de los males de garganta, contra los que es sabido que es San Blas abogado. Es decir, que el *Hermano-Regla* oficiaba al igual de un sacerdote con propia jurisdicción.

Nada hay que añadir respecto del banquete del medio día, ni del de la noche, antes de la función de teatro. En cuanto a esta, su sabor era también tan arcaico, que invariablemente comenzaba con una loa cantada entre bastidores por los “hermanos” con el típico sonsonete de la época, o sea de los orígenes de nuestro teatro español, que es sabido comenzara como *Autos Sacramentales* o ceremonias de culto en los propios templos, y esto, sin duda, aunque no lo crean muchos vanos eruditos, como reminiscencias de los antiquísimos actos de iniciación ocultista que la Historia conoce apenas con los nombres de “Misterios”: los de Menfis, Tebas, Sais, Samotracia, Mitra, Eleusis, Bibractis, etc., veneradísimos por hombres tan sabios como Cicerón y Séneca, y transportados y *revelados*, es decir, “dos veces velados” en su científica significación por el cristianismo vulgar, o no gnóstico.

¿Comentarios de todo esto? El lector teosofista puede hacerlos muy a su sabor.

En cuanto a nosotros, para no alargar excesivamente este artículo, diremos que la clave de muchos detalles ocultistas que anteceden y de otros muchos más de la “Santa Hermandad de San Blas”, en mi época ya casi perdidos, se encuentra en la propia vida de este Santo, que copiamos tomándola del *Año Cristiano*, y que es como sigue:

“San Blas, obispo de Sebaste, y mártir tan célebre en todo el mundo cristiano por el don de los milagros con que le honró Dios, fue del mismo Sebaste, ciudad de Armenia. La pureza de sus costumbres, la dulzura de su natural, su modestia, su prudencia, y, sobre todo, su eminente piedad le granjearon la estimación de todos los buenos. Empleo en el estudio de la filosofía los primeros años de su vida, y en poco tiempo hizo grandes progresos. Los bellos descubrimientos que adelanto en el estudio de la Naturaleza excitaron su inclinación hacia la medicina; aplicóse a ella y la poseyó a la perfección. Esta

profesión le dio motivo para conocer más de cerca las enfermedades y miserias de esta vida, poniéndole en ocasión de hacer más serias reflexiones sobre su caducidad, como también sobre el merito y sobre la solidez de los bienes eternos.

Penetrado de estos grandes sentimientos, resolvió prevenir los remordimientos que se experimentan a la hora de la muerte, evitándolos con la santidad de la vida evangélica. Pensaba retirarse al desierto, cuando, habiendo muerto el obispo de Sebaste, fue elegido para sucederle, con universal aplauso de toda la ciudad.

La nueva dignidad solo sirvió para que resaltase con nuevo lustre su virtud. Aplicóse a instruir al pueblo, igualmente con sus ejemplos que con sus palabras, y era tan grande su amor a la soledad que al fin acabo por refugiarse a una gruta en la cima del Monte Argeo, que estaba poco distante de la ciudad.

A poco de estar en ella manifestó Dios el merito extraordinario y santidad eminente de su siervo con todo genero de milagros. No solo concurrían de todas partes los dolientes del cuerpo y del alma para que los curase, sino que hasta las mismas fieras salían de sus cavernas y venían a manadas a que el santo obispo las echase su bendición y las sanase de sus males. Si acaecía que el santo se hallaba en oración cuando llegaban, esperaban mansamente a la puerta de la gruta sin interrumpirle.

Hacia el año 315 vino a Sebaste, Agrícola, gobernador de Capadocia y de la Armenia Menor, con orden de Lucinio de exterminar a todos los cristianos, echándolos a las fieras. Para ejecutar tal sentencia fue menester salir a los bosques comarcanos a caza de leones y tigres, y los agentes del gobernador entraron por el monte Argeo, dando con la cueva donde estaba retirado San Blas, rodeado por multitud de fieras, entre las cuales hacia tranquilamente su oración. Admirados de ello los esbirros fueron a contárselo a su jefe, quien ordenó se trajese en seguida al Santo a su presencia. Apenas intimaron a éste la orden de prisión, cuando bañado en dulcísima alegría dijo: "Vamos, hijos míos, a derramar nuestra sangre por mi Señor Jesucristo; muchos días ha que suspiro por el martirio, y esta noche me ha dado el Señor a entender que se dignaba aceptar mi sacrificio."

Luego que se corrió la voz de la prisión del Santo se llenaron de gentes los caminos,

concurriendo hasta los mismos gentiles a recibir su bendición y el alivio de sus enfermedades. Una pobre mujer rompió por medio de la muchedumbre y liena de confianza se arrojo a los pies del Santo presentándole a un hijo suyo que estaba agonizando por causa de una espina que tenia atravesada en la garganta. El Santo levantó los ojos al cielo e hizo oración suplicando al Señor que de allí por siempre todos cuantos le tomasen por su mediador lograsen curar de toda enfermedad de la garganta. Apenas hubo acabado el Santo su oración cuando el muchacho arrojó la espina y quedó completamente curado.

La alegría que resplandecía en el beatífico semblante del Santo irritó al Gobernador en términos que le arrojó a una gran laguna; pero el Santo comenzó a caminar sobre sus aguas como por tierra firme. Así llegó al centro de ella. Hubo infieles que se creyeron capaces de hacer otro tanto, pereciendo al instante ahogados. Por último, del fondo de la laguna se oyó una voz sobrenatural que invitaba al Santo a que saliese para recibir la corona del martirio. Hízolo al instante y fue decapitado.

Los favores que Dios ha dispensado a los fieles por su intercesión han hecho muy célebre el culto de nuestro Santo en toda la Iglesia. Los griegos celebran su fiesta, y en muchas ciudades y aun obispados de la Iglesia latina es fiesta de precepto. La ciudad de Raguza, en Dalmacia, le escogió por primer patrón de su Iglesia. (*Año Cristiano*, por el P. Juan Croisset, tomo I, pagina 447.)

No hay que ser muy lince para adivinar tras la breve y desfigurada biografía que antecede la vida de un verdadero Iniciado. Ningún teosofista ignora, en efecto, que un verdadero Arhat, como lo fue San Blas, se caracteriza, siempre por la práctica perfecta de todas las virtudes y por un conocimiento profundo de las leyes todas de la Naturaleza, leyes que rastrean, superficialmente no más, nuestras decantadas ciencias.

A propósito de la vida de nuestro Santo conviene recordar lo que H. Blavatsky apunta, en la sección XVIII, tomo III, de *La Doctrina Secreta*, acerca de la completa semejanza en los rasgos generales de las vidas de cuantos Adeptos ha conocido, aunque pobemente, la historia vulgar, tales como Krishna, Hércules, Hermes, Orfeo, Pitágoras, Buddha, Jesús, Apolonio y Chaitanya, y de sus discípulos o Arhates. Semejante misteriosa semejanza

“resulta, nos dice esta, cosa natural y lógica para quienes saben que todos aquellos grandes hombres estaban iniciados en la misma escuela. De aquí que no haya ni engaño ni plagio en las respectivas biografías, porque todas son originales y tienden a representar un solo y mismo objeto, a saber: la mística y al par publica vida de los Iniciados, enviados al mundo para salvar a parte de la Humanidad si no les era dable salvarla toda. De aquí que el programa de todos fuese el mismo... Nada, en verdad, tienen que ver, sin embargo, con estos héroes las biografías de sus personalidades externas, que, enteramente independientes de su vida privada, son tan solo los místicos anales de su vida publica en paralelismo con su intima aspecto, ora de iniciados, ora de neófitos.”

San Blas, pues, resulta haber sido un verdadero Iniciado y un taumaturgo, en sus curaciones maravillosas, como medico al par del espíritu y del cuerpo; en su don de arrastrar tras si las gentes con su doctrina y ejemplo; en su solitario apartamiento, indispensable para sus meditaciones y alquimias; en su semblante transfigurado y beatíficoo al recibir el tormento; en su caminar sobre las aguas al modo de Apolonio de Thyana y Jesus; en la sugestion ejercida sobre las fieras como el Buddha; en fin, su poder sobre los elementales inferiores del mal esta también simbolizado de un modo notorio en su acción protectora contra los males de garganta.

La cuna misma que se asigna al santo es otra prueba más de que, como su maestro Jesús, era un verdadero esenio. La patria que, en efecto, le da a San Blas la biografía canónica muy bien pudo ser la antigua Sebaste o Sebastea del Ponto, no lejos de la famosa Nicópolis de Armenia, de la simbólica Cabira-Palemonia, hoy Neocesárea; de la Sebastópolis de Colophonía y de mil otras ciudades augustas del pasado al oeste de los montes de Armenia y al norte de los de Capadocia, ciudades del más puro abolengo caldeo y como tales las más influidas en su época por esenios, terapeutas y demás ascetas de origen buddhista. Pero cabe también en lo posible que dicha patria del santo haya sido confundida intencional o inconscientemente por cronistas posteriores can la otra Sebaste de Samaria, en plena Palestina⁷⁴, tierra típica de aquellos ascetas, entre los que figurara

⁷⁴ En confirmación puede verse el *Atlas Antiquus* de Henry Kiepert, Tablas III y IV, que consigna las dos ciudades Sebaste, la del Ponto y la de Samaria, “ciudades del culto del Buey”, según su etimología.

Jesús en su juventud. Acaso, pues, nos encontramos frente a un caso semejante al del propio San Josafat, otro santo de la Iglesia griega, como San Blas, aceptado incautamente por la Iglesia romana, sin saber que se trataba de meras biografías del Buddha salidas de la India, tomadas luego por los nestorianos vecinos al Ganges, en los siglos VI y VII, como sabiamente demuestra Mr. Totenberg⁷⁵, y adaptadas a uso cristiano cual tantas otras tradiciones piadosas del Asia Menor, tan budhistas como cristianas. El asunto merecería por si un estudio especial, como el citado, que bien merece ser leído por los teosofistas.

Sea de esto ultimo lo que fuere, parece incuestionable el sabor ocultista de la *Hermandad de San Blas* a que nos venimos refiriendo. Si la vida y demás detalles relativos al Santo lo justifican no poco, como hemos visto, no lo acreditan menos los particulares arriba contados respecto de las practicas de aquella fraternidad extremeña, cuya huella acaso no seria difícil de encontrar también en algunos otros pueblos del país. Hagamos una breve recapitulación de ellas.

Por de pronto el *culto de Baco*, que hoy se toma como sinónimo de la afición al vino, merced a la triste degradación de cuantas ideas y palabras nos legase el pasado sabio, revela por sí solo a los degenerados restos de una fraternidad ocultista, pues sabemos que este culto no era otro que el de Jehovah, Jove; Cibeles y tantos otros dioses con distintos nombres según los países, o en suma, el misterio de la Matemática y la Magia tradicional, solo enseñada en el secreto de la Iniciación, cuando al neófito se le hacía beber el sagrado *licor* del Soma para dotarle por primera vez de la visión trascendente que ya no había de abandonarle nunca. No insistiremos sobre este particular por suponer harto bien enterados de estas cosas a nuestros lectores teosofistas.

Por el hecho mismo de su primitivo carácter ocultista se comprende bien que jamás fuese mirada la *Hermandad* logrosaniega con buenos ojos por los párrocos; y se explican su raigambre genuinamente laica y su amor a la pósela y en general a las Bellas Artes, apenas conservado ya en mis tiempos, en su afición a fiestas, agapes, poesías y arte escénico. El ultimo *Hermano Regia* que conocí era, en efecto, un más que mediano poeta, de la clase

⁷⁵ H. Totenberg: *Notice sur le livre de Barlaam et Joasaph*. (París, Imprenta Nacional, 1886, admirablemente comentado por Gaston París en la revista *Sophia*, tomo XV, pagina 441, 1907).

de los espontáneos: un hombre capaz de escribir otro tomo de versos tantos y tales como los que escribió a raíz de la conquista de Solís el célebre arcediano del Tucumán, Martín del Barco Centenero, pues, tratándose de cosas de mi pueblo, bueno será consignar que de él era el autor de *La Argentina*, poema que, bueno o malo, según se le quiera juzgar, es, sin embargo, la primera epopeya del Nuevo Mundo.

Otro detalle ocultista de la *Hermandad* era, como va dicho, el no tener, a la usanza de sus similares de todos los tiempos, estatutos escritos, tanto para evitar seguras persecuciones por ellos, si hubieran existido, como por la propia índole de toda la enseñanza verdaderamente iniciática, basada tan solo en la *divina Palabra del Maestro*, que aquí se entendía serlo siempre el *Hermano-Regla*.

Nada digamos acerca de las reuniones de los cofrades de San Blas, comenzadas en el *Solsticio*, conmemorando, cual los ocultistas todos, el Nacimiento de Osiris, es decir, el remontar del Sol en el año nuevo, preparando la nueva primavera. En aquella especie de ágapes pitagóricos de los *sambasinos*, la *hidromiel* de los indispensables buñuelos gozó de un carácter tan simbólico como entre los propios druidas y galos.

¡Lástima grande que la acción destructora del tiempo y la más destructora aún que consiste en la creciente perdida de espiritualidad característica de nuestra sabia época no haya permitido recoger en nuestros días acerca de la famosa fraternidad extremeña otros datos ocultistas que los transcriptos!

Confiamos, sin embargo, en que el tiempo, que todo lo sepulta, es también, por un verdadero misterio cíclico, el gran descubridor de las verdades, y en que días vendrán en que el colosal tesoro del ocultismo español se estudie con igual interés que el de los otros pueblos..., Así sea.

OCULTISMO ESPAÑOL

EL JUEGO DE LA OCA

¿Por qué todo es jugar, antes de pensar? ¿Por qué el juego tiene el privilegio de obsesionar al niño hasta el punto de que todo cuanto ha de constituir su futura labor en la vida está antes representado, como en el más delicioso de los esquemas, en los juegos infantiles que le hacen tan feliz...? Napoleón, antes de ser hombre y jugar con los destinos del mundo, jugó, sin duda, a los soldaditos; Watt, jugando, como chico que aún era, *precisamente por jugar* descubrió el celebre paralelogramo de nuestras máquinas de vapor que determina el funcionamiento automático del vapor en los émbolos, y las vocaciones del hombre del mañana revelarse suelen precozmente en los predilectos recreos del niño.

Y esta ley sigue cumpliéndose más y más luego a lo largo de la vida. Así, por un lado, quien no toma los más fuertes trabajos como mero juego “no suele hacer nada serio” en la vida, siendo muy de admirar precisamente por esto el que cada uno de nosotros en nuestra especialidad respectiva realicemos, con la difícil facilidad del que juega, cosas que para los demás resultan casi imposibles. Por otra parte, cuando la ociosidad y el deseo de lo ajeno nos lleva a detenernos en la vía de nuestro progreso, dejándonos en un cortado desarrollo de cretino, buscamos, ¡ay!, en el juego más inocente “de la sota y del caballo”, de “cara y cruz”, etc., etc., un vertedero necromante para nuestras codicias de inmorales *niños*.

Por ley de correspondencia ontogenésica entre la Humanidad y el Hombre, antes de nuestros pueblos históricos ha habido otros, como el pueblo atlante, que, como pueblos más infantiles, han tenido tal predilección por el juego que han echado, valga la frase, los cimientos de todos los juegos conocidos.

Y era natural que así fuese, primero porque sus sabios directores, los *Reyes-Divinos* o Iniciados, que los guiaran, lograban enseñarles así, *jugando*, las bases fundamentales de la

Matemática del Orden, que estriba toda en una coordinatoria como la que hacerse puede con las cartas de la baraja. Por eso en códices arcaicos como los mexicanos del Anahuac (ejemplo en el llamado *Códice Vaticano*) aparecen ya jeroglíficos de verdaderos naipes con los que se hacia esta coordinatoria numérica a la manera como los torpes cuentan por los dedos, o como el matemático coordina, o como coordinamos todos, en fin, con *ficheros y tarjas* los elementos dispersos que así catalogamos: libros, facturas, apuntes, etc., etc. Una segunda razón es la de que toda la tensión nerviosa que todo trabajo supone queda así contrapesada y atenuada con el placer y la excitación indescriptible que el juego nos produce.

No vamos, no, aquí a hacer un gran tratado, harto de desear, acerca del juego y el ocultismo, sino a lanzar unos dispersos apuntes que pudieran un día servirle de motivo acerca de unos cuantos juegos de los más conocidos, por la importancia que ello tiene, aunque no lo parezca a primera vista, para los estudios históricos de la Teosofía y el Ocultismo.

Si en el fondo de los mitos y creencias populares hay un inmenso tesoro de ocultismo, no le hay menor en casi todos los juegos tradicionales infantiles, y ha querido el Destino o Karma que las primeras iniciaciones de quienes retornan con el nacimiento al mundo, las primeras pinturas en esa *tábula rasa in qua nihil est depictu* de la mente, según los escolásticos, no sean las nociones científicas de las que tanto nos vanagloriamos luego, sino los nebulosos recuerdos ancestrales, las verdades científico-religiosas del saber arcaico perdido, llamadas a florecer un día en ulteriores épocas de cultura muy superior a la actual para los pueblos como para los niños.

Empecemos por el manoseado *juego de la Oca*. –¡Esto es el colmo de la imaginación! exclamarán muchos.

Recordaremos, sin embargo; antes de juzgar, los elementos de este lindo juego, que nos parece hoy tan insulso como el de *La Aduana* y el de la familiar *Lotería*.

El *juego de la Oca* consiste en un gran cartón o tablero, donde aparece dibujada una amplia espiral de poco más de dos vueltas, dividida en 7 X 9, o sea en 63 casilleros

numerados, y en los que aparecen dibujados 14, o sea *dos veces siete cisnes* u ocas, que distan, entre sí, alternativamente, 5 y 4 casillas. De este modo viene a corresponder un *cisne* a cada una de las casillas 9, 18, 27, 36, 45, 54 Y 63, cuyas cifras suman siempre nueve, y también a las 5, 14, 23, 32, 41, 50 y 53, cuyas cifras suman siempre cinco, salvo esta ultima de 53, que suma cabalísticamente 9 más 5.

Merced a esta ingeniosa disposición *rosa-cruz*, en la que alternan desde el principio al 60 el numero 4 con el 5, podemos considerar dividida la espiral de dicho juego en *siete trozos*, cada uno con *nueve* casilleros, al final de los cuales hay siempre un *cisne*. Hacia la mitad de estos trozos hay también otro *cisne*, que dista 5 casillas del *cisne* anterior y 4 del *cisne* que sigue. *Siete* son, pues, las casillas sin *cisne* en cada trozo: *cuatro* antes, y *tres* después del *cisne* que podemos llamar *intermedio*. Además los números de las casillas con *cisne* u *oca* son tales, que en la suma de sus cifras van dando alternativamente 5 y 9 como va dicho. A la entrada, en la casilla correspondiente al *cero* suele aparecer dibujada una escena simbólica en la que el jugador aparece echando los dados con un nigromante y por bajo la típica exclamación de: *¡Sesenta y tres, yo he ganado!* —porque conviene no olvidar que el jugador o jugadores emplean en el juego los clasicos dados o cubos con *uno a seis puntos*, o, en total, *de uno a doce puntos*.

A más de los *cisnes* existen otros dibujos no menos simbólicos en los diferentes lugares del trayecto. Así, en 6 aparece *un puente*, y el jugador que, al comenzar a tirar los dados, saca 6 puntos, paga y pasa al 12, donde hay otro puente. En el numero 19 existe una *venta o posada*, y el jugador que en ella cae, a más de pagar, ha de abstenerse de tirar los dados durante dos turnos consecutivos de todos los demás jugadores. En el número 31 (o 13, leído al revés, al modo de todas las lenguas semíticas) aparece *un pozo o una sima*, y quien allí cae paga y ya no puede jugar, bien hasta que termine aquel juego con la llegada de alguno de los otros jugadores al 63, que es la meta, bien hasta que, cayendo otro en él, no le saque al que antes cayese. En el numero 42 aparece *el laberinto*, y el que allí caiga ha de volver a comenzar, o bien, en otras variantes del juego, ha de retroceder al numero 30, donde suele pintarse una hermosa mujer con un ramo de flores. En el numero 52 está una torre o mazmorra, y quien en ella caiga ha de pagar y dejar de jugar tres tumos

seguidos. En el numero 58 (que da por valor 13 con la suma de sus cifras) es la casilla o mansión de la muerte, y el jugador, cuando tiene la mala suerte de caer allí debe volver a empezar, o a *reencarnar*, como si dijéramos. En el 62 hay un pastor con su flauta, y, por ultimo, en el 63 o último, aparece en unos dibujos un gran pórtico, coronado por una gentil pareja de blancos cisnes, o bien un jardín delicioso que se llama *el paraíso o jardín de la oca*. Allí hay que llegar exactamente para ganar la partida, cosa no muy fácil, según los obstáculos del camino. Por eso cuando hacia los últimos lugares se sacan más puntos de los debidos, se retrocede desde el mismo numero 63, sin duda porque estas cosas que se llaman triunfos o éxitos requieren absoluta justeza matemática, contra la que tanto se pecha por exceso como por defecto.

Por ultimo, como, dada la seriación de los cisnes, se alcanzaría de un golpe la meta si al primer golpe de dados se sacasen 5 y 4, o bien 3 y 6 (en total 9 puntos), el jugador a quien tal cosa acontezca se limita a pasar, en el primer caso al numero 53 y en el segundo al 26 (cuyas cifras suman 8 en vez de 9). En algunas variantes del juego el jugador que es alcanzado por otro pasa a ocupar el puesto de este ultimo.

Tales son los elementos del juego, con el que donosamente se despojan de botones, judías y otras zarandajas los niños, como antaño se despojaban de dinero con los dados los tahures; pero el juego de la oca, en sí mismo, se presta, cual todos los demás, a meditación muy honda.

Todo parece, efectivamente, dispuesto en aquel para darnos un simbolismo augusto del estrecho sendero que a las altas cumbres de la luz, del saber y de la felicidad conducen. Su disposición misma en espirales, cada vez más estrechas y empinadas, nos representa la viva imagen de esa senda larguísima de caídas y dolores, tan acabadamente contenida en la pintura evangélica de Jesús, remontando con su cruz a cuestas hacia la cima glorificadora del Calvario, senda no menos hondamente expresada en lenguaje musical y escénico por Wagner en las sublimidades de su *Parsifal*, obra que en la mente del autor empezó a titularse algo así como las tribulaciones del Buddha y sus esfuerzos hacia la ultima de las liberaciones, según muchos de sus biógrafos.

Ni en el sendero de la devoción ni en el del estudio, ni en el del titánico esfuerzo de la

vida, se está jamás seguro, mientras no se alcance la meta de lo Uno y perfecto, de ese simbólico 63 de la oca, ese numero integral de las 9 veces 7, o 7 veces 9, que es la consumación de todo un ciclo progresivo. Así, si en el juego se alcanza a obtener con los dados un 9 que; volando de cisne en cisne, nos llevaría de un solo golpe a la meta, hemos de contentarnos con un 8, un numero, alto si en sus dos formas de 26 y de 53, pero nunca completo ni definitivo, no siendo indiferente tampoco, por otra parte, el como alcanzamos tamaños números, porque, si nuestros dados dan 6 por un lado y 3 por otro, quedamos en el número 26, y mucho más bajos, por tanto, que los *rosa-cruces* que podríamos decir, o sea de aquellos que comienzan su camino triunfal de la oca o de la vida, dueños de un dado o *karma* que marca 5, la *rosa* o pentalfa que simboliza la mente, el conocimiento, y de otro dado que marcando 4 les sujetan todavía al misterio de la Cruz, que el es misterio del dolor, del sexo y de la muerte. Tales *rosa-cruces* jugadores pueden aproximarse así de un salto a la meta, a sea al numero 53, que alcanzan de golpe y sin lucha, más allá de la *sima negra* del pozo, o numero 31, y de los errores del laberinto, o 42, y, en fin, de la triste cárcel del número 52, que está simbólicamente a su lado mismo. Desgraciadamente todavía están sometidos a la muerte, es decir, bajo el cetro de los *pitris* mortales, no de los dioses inmortales, que diría la Doctrina Secreta. Quienes, al comenzar el juego, o sea la vida, no tengan la suerte de contar al comenzar su evolución con dichos puntos, están expuestos, en cambio, a todas las contingencias. Son, por así decirlo, los Benjamines del Sendero.

Pero tales Benjamines, con su propio esfuerzo, pueden superar a aquellos, quiero decir que la generalidad de los jugadores que, al comenzar, no sacan precisamente aquellos puntos de dados, van paso tras paso remontando hacia la meta. Así, cuando sacan 6, como 6 fueron, según la tradición de la Ciudad Eterna, los cuervos que viera Remo, pasan, por el puente, *el puente de los pontífices*, a ocupar el 12, numero de los cuervos que viese a su vez Rómulo, quien al trocar así el numero 6, *que es el de la Bestia*, por el 12, *que es el de la perfección*, paso a ser rey y pontífice de la recién construida Roma.

Aprovechando, asimismo, el jugador o *candidato* cuantas oportunidades se le van bienamente presentando, o sea, en términos del juego, cuando obtienen en su tirada

respectiva un número que les lleva a caer sobre cisne u oca, esta misma ave le lleva otro tanto más arriba: “¡vuela!”, dice el jugador al así verse favorecido, y obtiene un progreso de dos o de tres por uno.

En cuanto a aquel otro *rosa-cruz* del juego, que al primer golpe de dados se puso en el numero 53, más de una vez, al pretender ganar los 10 lugares que le faltan para la meta, cae en *la muerte*, o número 58 (cuya suma es 13), y tiene entonces que recomenzar el juego de la oca o de la vida, mientras que otros jugadores menos afortunados, al parecer, en un principio, suben, peldaño tras peldalo, hacia la cumbre, que harto lo enseña el cantar popular que dice:

Ninguno cante victoria
aunque en el estribo este;
que muchos, desde el estribo,
se suelen quedar a pie.

Sí. Hay en el sendero de la oca y en el Sendero de la Vida ventas o mansiones deliciosas, que son a modo de Capuas para nuestros esfuerzos a lo Aníbal, verdaderas “tierras de verano” o de parada en la marcha para nuestros anhelos hacia los verdaderos Campos Elíseos, o Jardines de la Oca paradisíaca, cantados por todas las religiones del mundo. Y más por bajo o más allá de tales Capuas, o mansión de las negligencias y de los deberes incumplidos, esta la sima o pozo de la Magia Negra, de la que ni en la Oca ni en la vida se sale ya, durante una jugada o ciclo, a no Ser que otro no nos saque con su heroico sacrificio.

Hay también en la Oca y en la vida verdaderos laberintos para nuestra razón pura, laberintos donde solemos perdernos en tales términos, que tenemos que retroceder grandemente, y aun volver a empezar si hemos de vernos libres de sus *mayas* o *mallas* engañosas. Y más allá está de igual modo, está la cárcel o *torre* de las letales dudas y también la pirámide iniciática de la que salimos más o menos penosamente, camino, ora de la muerte, ora de la final y redentora apoteosis.

Mirad los dibujos que suelen hacerse representando a las forres babilónicas, la legendaria de Babel entre ellas, y advertiréis tambien la misma espiral de subida que en proyección

plana representa el casillero mismo de la Oca. Recordad, por otro lado, el pasaje aquel de Gerbart en sus *Dioses de Grecia y Roma* relativo a los dichos *cisnes* o cuervos de Remo y Rómulo o paso *pontifical* del 6, que es *Materia* al 12 que, gracias al trabajo de los Iniciados o *Pontífices*, es el paso a las regiones del *Espíritu*, y si algo os resta que meditar respecto de aquellas repetidas ocas o cisnes y de sus gérmenes o “Huevo del Cosmos”, leed las hermosas secciones V y VI, parte 2.^a del tomo II de *La Doctrina Secreta*, de Blavatsky, donde podréis avanzar aún más en vuestro estudio analógico, apurando las concomitancias simbólicas y míticas que tales aves de nuestro juego guardan con la leyenda sublime del *Caballero del Cisne*, el Lohengrin divino, que es el Fénix Salvador del mundo, y con todos los grandes seres, en fin, que nos impulsan, protegen y guían en la evolución, cuando nosotros, con nuestro noble y solitario esfuerzo, sabemos colocarnos sobre o bajo sus Alas protectoras⁷⁶.

Pitagórica y cabalística es, a no dudarlo, la admirable disposición del casillero de repetido Juego de la Oca. Los números 7 y 9, como va dicho, forman sus elementos fundamentales. Ya vimos, en efecto, que las ocas demarcan siete trozos de Sendero, seriados de nueve en nueve números, y que cada uno de tales trozos esta partido, respectivamente, en otros dos de cinco y cuatro casillas por cada oca. Pero es el caso que los números 7 y 9 están estrechamente ligados entre sí en Ocultismo. En nuestro artículo *El numero 7 y los positivistas* (*Revista Sophia*, página 219, año 1909), comentamos otros dos de Flammarión y del general Parmentier, en la *Revista de La Sociedad Astronómica de Francia*, en los que se decía:

“El número 7, es celebre desde la antigüedad más remota. Si reducimos a fracción decimal la ordinaria o quebrado $\frac{1}{7}$, tropezaremos con fracción periódica o decimal cíclica:

$$\frac{1}{7} = 0,142857142857\dots 124857\dots$$

y si multiplicamos sucesivamente por los siete primeros números uno de estos períodos, tendremos:

⁷⁶ Véase en nuestra obra *Wagner, mitólogo y ocultista*, los capítulos consagrados al *Lohengrin* y al *Tristán*, en los que se amplían estas indicaciones.

$$\begin{array}{l}
 142857 \quad \times 1 = 142857 \\
 \times 2 = 285714 \\
 \times 3 = 428571 \\
 \times 4 = 571428 \\
 \times 5 = 714285 \\
 \times 6 = 857142 \\
 \times 7 = 999999
 \end{array}$$

Diríase como si el número 7 fuese absolutamente hostil al número 9, pero no es así, sino que el 9 se halla en todas partes, pero *oculto*, y solo se revela en la última línea horizontal, toda compuesta de nueves⁷⁷.

El 7 aparece de un modo singular en cada trozo de nueve en nueve números o casillas en el juego que nos ocupa. Cada dichos nueve números quedan reducidos a siete entre oca y oca, merced a la oca intermedia de los respectivos trozos, y a más de reducidos a siete, quedan partidos en grupos sin oca de cuatro y de tres casillas alternativamente, cuaternario inferior y triada superior, como si dijésemos. El 6, en cambio, como número vacío o de *la Bestia*, aparece siempre en la espiral del juego con figurillas adecuadas a su bajo simbolismo, tales como el del *río-obstáculo*, en la casilla seis; *el mar*, en el 15; el fuego, en el 24; *la embriaguez*, en el 33; *el laberinto fatal*, en el 42; *los dados*, en el 53, etc.

Don M. Vallejo Dualde, al hacer la crítica de todas estas aserciones en la misma *Revista*, se opone a considerar como *singularidades* del número 7 las curiosas deducciones antedichas, y agrega por su parte lo siguiente:

“Hay muchos números que, con las operaciones indicadas por Flammarión, dan resultados semejantes. En el sistema decimal tenemos, en primer término, el numero 13.

La fracción $\frac{1}{13}$ nos da, en decimales, el ciclo 076923, que, multiplicado por 2, da 153846, repitiéndose las seis cifras del primer grupo en los productos por 5, 6, 7, 8 y 11. El

⁷⁷ Por eso dice H. P. B. que el numero 7 es *femenino*, y *masculino* el 9.

producto por 13 es, naturalmente, igual a 0,9999... De modo que el ciclo de $\frac{1}{13} = 0,076923$ aparece con los productos

1 3 4 9 10 12

y el ciclo de $\frac{2}{13} = 0,153846$ aparece en los productos

2 5 6 7 8 11

Fijándonos en cada una de estas líneas de productos, veremos que los dos números extremos suman 13, igualmente que los dos números que equidistan de los extremos:

Como este ejemplo podrían citarse otros muchos. Mencionaré, por lo sencillo y curioso, el de la fracción $\frac{1}{5}$ reducida al sistema septenario, que ofrece exactamente los mismos caracteres que Flammarion ha observado en la expresión decimal de $\frac{1}{7}$

$$\frac{1}{5} = 0,12541254 \dots$$

$$\frac{2}{5} = 0,2541 \dots$$

$$\frac{3}{5} = 0,4125 \dots$$

$$\frac{4}{5} = 0,5412 \dots$$

$$\frac{5}{5} = 0,6666 \dots$$

También hace observaciones dicho autor acerca de que "las propiedades indicadas por Flammarion no son del número 7, sino de su inversa $\frac{1}{7}$, y tampoco de esta fracción, sino de su expresión aproximada en fracción decimal. Ahora bien; las propiedades de los números existen independientemente de todo sistema de numeración, pues ésta sólo es un lenguaje convencional que permite designar y escribir los números por medio de

palabras; luego no puede decirse que sean propiedades de la fracción $\frac{1}{7}$ las que se derivan de su reducción al sistema decimal, si no son fijas y permanentes, cualquiera que sea el sistema de numeración que se emplee.”

Don Arturo Soria y Mata, el sabio investigador acerca del *Origen poliédrico de las especies*, comentando lo que antecede, dijo en un artículo filosófico publicado en *La Ciudad Lineal* (año de 1910, pág. 1472):

“Como todas las propiedades de los números, estas del número 7 serán representadas por determinadas figuras geométricas planas, que será difícil pero no imposible averiguar; y a virtud de la evolución de todas las formas, habrá también en la geometría de tres dimensiones sólidos representativos de las propiedades numéricas del Siete.

“En las formas de la mecánica habrá seguramente algunas que correspondan a las propiedades del 7. Pudiera suceder, o al menos a mi me parece probable, que en los 7 colores del espectro y en las 7 notas de la música haya una cierta correlación con los ciclos de los números de que más arriba se hace mención, y siguiendo la investigación por las formas más complicadas de la mecánica celeste, tengo por cierto que D. Mario Roso de Luna no dejará de hallar algunas concordancias con las cifras representativas de planetas y satélites.

“Y si, contagiados por las admirables intuiciones del Sr. Roso de Luna, consideramos la mecánica más complicada de todas la fisiología del cuerpo humano, surge esta pregunta: ¿Los septenarios, con los que tropezamos a cada paso en la práctica de la medicina, son supersticiones despreciables, sin valor alguno científico, o tienen alguna relación, algún parentesco con las propiedades conocidas y desconocidas del numero 7?

“Yo me inclino a creer que la antigua sabiduría de los Atlantes, de los Egipcios y de los Griegos conocía muchas cosas que hoy ignoran los sabios, algún tanto pedantescos del siglo XX. Corrompidas por la tradición oral durante muchos siglos las enseñanzas de la antigua sabiduría, no quedan hoy mas que vestigios, que parecen disparatadas supersticiones, pero que en realidad son indicios, frases incompletas de profundas verdades.”

La multiplicación por 7, como se ve, no es menos notable. ¿No hallamos en esto con toda evidencia, termina Flammarión, una curiosa combinación numérica de las propiedades singulares del 7? *Numeri regunt mundum.*

A todo esto, añade el general Parmentier:

“Vuestra nota sobre el numero 7 es curiosísima. ¿Ha notado también que la serie de las seis cifras, siempre las mismas, que forman los séptimos de 7, no contiene las cifras 3 y 6 cuya suma es 9 y su producto es 18, cuya suma de cifras, 1 + 8 también vale 9? Además, la suma de las seis cifras de cada línea vertical u horizontal (1 + 2 + 4 + 5 + 7 + 8) que comienzan con cada una de ellas es 27, y la suma de estas cifras (2 + 7) es asimismo 9. Diríase, pues, como que el número 7 es absolutamente hostil al 6 y al 9; pero no es así, dado que este último se halla por todas partes, *pero oculto*, y sólo se revela en la última línea horizontal, toda compuesta por nueves. El orden circular de las seis cifras decimales esta dado por la primera línea, es decir, por las cifras del quebrada $\frac{1}{7}$, que se puede escribir en torno de una circunferencia, sobre los vértices de un exágono regular.

A propósito también de los dados que se emplean en el *juego de la oca* podría escribirse un largo capítulo, pues que ellos, como cubos que son, recuerdan los famosos simbolismos creadores de Baco, Jeohvah o Dionisios, siempre componiéndose y descomponiéndose a manera de los poliedros regulares primarios, de donde, según el sapientísimo Soria y Mata, provienen todas las formas de la Naturaleza. Tales dados también aparecen en el simbolismo de la crucifixión en manos de la soldadesca que así se repartía en el juego *las vestiduras del Justo*, y no menos los terribles dados que, en el mito español de *Blanca Flor*, fueron la ruina y después la salvación de aquel Príncipe, que simboliza los terribles esfuerzos del alma en busca de su divina Egeria. Materia tan conocida, ya la dejamos a la intuición de nuestros lectores, especialmente si son teósofos, no sin recordarles que la necromancia eclesiástica empleo las *sortes sacerdotarum* y las *sortes prenestinae* en los mismos templos como medio de adivinación. Díganlo si no los dados de madera de tejo que aun se conservan en la capilla de *Nuestro Señora del Dado*, catedral de Astorga, según se detalla en el capítulo III de nuestra obra *El tesoro de los*

lagos de Somiedo.

¿TELEGRAFÍA PREHISTÓRICA?

LAS PIEDRAS OSCILANTES

La siempre admirable Maestra H. P. B., bajo el epígrafe “La evolución orgánica y los centros creadores” (letra B; sección 5.^a de la *Addenda* o parte 3. a al volumen II de *La Doctrina Secreta*), nos habla extensamente acerca del misterio prehistórico de las llamadas *piedras oscilantes* que se ven esparcidas doquiera por el planeta, como testimonios indelebles de las artes mágicas de los pueblos paleolíticos, mal llamados *primitivos*, cuando son, por el contrario, restos degenerados de los últimos pueblos atlantes, que sobreviviesen a la gran catástrofe consabida⁷⁸.

Por una vez —dice— estamos de acuerdo con nuestros amigos y contrarios, los católicos romanos, en preguntar si semejantes prodigios de estática y de equilibrio con masas que pesan millones de libras, pueden ser obra de los hombres de las cavernas o “salvajes paleolíticos”.

En efecto, esas ciclópeas masas, casi siempre graníticas, emplazadas a veces en territorios que no tienen granito en muchas leguas a la redonda, masas tan enormes, tan sólidamente cimentadas y tan admirablemente calibradas que no logra derribarlas el empuje de muchos hombres, pero que oscilan extrañamente bajo el impulso de un niño, no pueden ser, no, como dicen con su acostumbrado aplomo dogmático los geólogos occidentales, mera obra natural de la erosión o denudación “de la roca”, sino obra de hombres, y de hombres peritísimos en las artes consiguientes, titanes que alzaran aquí y allá por todo el ámbito de la Tierra semejantes monumentos con miras probables de una comunicación mágica a distancia, comunicación que operasen mediante las ondas hertzianas, hoy redescubiertas, en un sistema de transmisión análoga a la de nuestra

⁷⁸ El lector puede ver la corroboración de estos asertos relativos a los pueblos paleolíticos, y la critica de la reciente *Exposición del arte prehistórico español* en el capítulo XXII de nuestra obra *El libro que mata a la muerte, o libro de los jinas*, bajo el título de “Jinas y trogloditas”. Como ya vimos al glosar al sabio Vizconde de Figanière, la presunta “barbarie primitiva troglodita”, no es sino una decadente civilización posterior a la catástrofe dicha.

radiotelegrafía y en la que nuestra consabida *antena receptora* no era otra cosa que la piedra misma haciendo oscilaciones largas y cortas semejantes a las de nuestro moderno “alfabeto telegráfico de Morse”, alfabeto que es sabido tiene su precedente en las letras de las *runas* escandinavas y en los *ogam craobs* o escrituras gaélicas de Irlanda, *por rayas cortas y largas, o sean rayas y puntos...* ¡A qué, sino a esto, puede responder la celeberrima frase, ya otra vez citada, del iniciado Virgilio, quien, aludiendo sin duda a este movimiento radiotelegráfico a distancia mediante la onda de Hertz, o más bien bajo el poder del pensamiento telepático que con dicha onda guarda tantas analogías, dijo en su *Eneida* (VI, 27): *¿Mens agitat molem, et magno se corpore miscet?*

Cabria, ciertamente, atribuir a la diosa *Casualidad*, esa diosa fantástica que se encarga de cubrir con su velo nuestra ignorancia acerca de lo que no comprendemos y más aun nuestra perfidia de lo que no queremos comprender –la *formación* de esta o de la otra *piedra oscilante*; pero, ¡de tantas...! Eso seria absurdo.

Repare el lector, no más, en este pequeño inventario de “piedras mágicas”, no ya *oscilantes* sino hasta *viajeras o corredoras*, que entresacamos del citado texto de la Maestra.

A la cabeza de ellas, y para que no se asusten los timoratos ante semejantes *piedras animadas* que dejan tan atrás los consabidos movimientos inteligentes de nuestros veladores espiritistas, vaya este texto de San Pablo (Epístola primera a los corintios, cap. X, verso del I al 4), donde se nos dice: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos debajo de la nube, y todos pasaron el mar⁷⁹, y todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en la mar, y todos comieron una misma vianda espiritual, y todos bebieron una misma y espiritual bebida, *porque bebían de una piedra espiritual que los iba siguiendo en su peregrinación...*”

Paralelamente a esta “piedra viajera”, aquella nos habla de la no menos célebre piedra de

⁷⁹ Por supuesto, la nube dicha no era sino la que, según las tradiciones nórticas, cegara a los perseguidores del “pueblo elegido” cuando escaparon de la Atlántida, antes de sobrevenir la catástrofe, simbólicamente relatada en los pasajes de “la salida de los israelitas y su paso en seco por el Mar Rojo”. También en nuestras tradiciones gallegas se canta aquello de

“Conde Olinos, conde Olinos,
fue niño y pasó la mar.”

la isla de la Mona, piedra que, según reseña Giraldo Cambrensis y garantiza William de Salisbury que la viese incrustada al fin en la pared de cierto templo en 1554, se hizo celebre cuando la conquista de Irlanda por Enrique II de Inglaterra. Para evitar, acaso, su profanación o quizá para acabar con sus resonantes maravillas, el conde Hugo Cestrensis hubo de atacarla con otra aún mayor, arrojando entrabbas al mar, pero, al otro día, con asombro de todos, fue encontrada, sin saber cómo había vuelto, en su sitio acostumbrado...

Estas “piedras dispersadotas”, por que dispersaban con sus terrores a las supersticiosas multitudes, “piedras locas”, que dice Des Mousseaux, en su *Dios y los Dioses*, eran algo que esta por estudiar todavía, merced al cerrado escepticismo de los sabios. La piedra que, según Plinio (*Historia Natural*, tomo XXXVI, pág. 592, citada por De Mirville en su *Pneumatologia*), dejaron los argonautas en Cícico y que “corría sin que nadie pudiese alcanzarla, hasta que los de la comarca la cargaron de plomo”, era, según la Maestra, uno de tantos documentos de los aparatos “adivinatorios” o “terafines”, que también usase Terah, el padre de Abraham, para sus actos de magia, ni más ni menos que los múltiples medios de adivinación que la Historia ha conocido. “La piedra oscilante –añade– esta ya aceptada por la ciencia; pero, ¿por qué oscila? Es necesario estar ciego para no ver que semejante movimiento fue una vez un medio de adivinación, y que por esta misma causa eran doquiera llamadas “las piedras de la verdad”. *Esto es historia*, y el pasado de los tiempos prehistóricos garantiza lo mismo en edades posteriores. Las *Draconias*, consagradas a la Luna y a la Serpiente, eran las más antiguas “rocas del destino” de naciones más viejas, y su movimiento o *balanceo* era un sistema de alfabeto perfectamente claro para los sacerdotes iniciados, que eran los únicos que tenían la clave de tan arcaica *lectura*: Vormio y Olas Magno demuestran que los reyes de la Escandinavia eran elegidos con arreglo a las órdenes del oráculo, cuya voz hablaba por conducto de estas inmensas rocas, levantadas por las colosales fuerzas de los gigantes antiguos. Plinio dice que los magos de la India y de la Persia consultaban a estas *Oitzoë* para la elección de sus soberanos, y luego continua describiendo una roca que daba sombra a la ciudad asiática de Harpasa, roca colocada de tal manera, que “un solo dedo puede moverla, al

paso que la masa total la hace inderribable” (Plinio, ib. XXXVII, LIV y II, XXXVIII). ¿Por qué, pues, no habrán podido servir las piedras oscilantes de Irlanda, o las de Brimham en Yorkshire para el mismo sistema de *adivinación* o de comunicación de los oráculos a distancia? Las más enormes de ellas son, evidentemente, reliquias de los atlantes; las más pequeñas, como las Rocas de Brimham, con piedras giratorias en sus cúspides, son copias de aquellos *lithoi* más antiguos. Si los obispos y clérigos de la Edad Media no hubiesen destruido todos estos monumentos o *draconcias* que pudieron hallar a su alcance, la ciencia sabría hoy mucho más, como dice Charton, acerca de las mismas. Así y todo, sabemos que fueron usadas estas universalmente durante largas edades prehistóricas, y todas con el mismo objeto de profecía y de *magia*.

“E. Biot, miembro del Instituto de Francia, publicó en el volumen IX de sus *Antiquités* un artículo demostrando que el *Chatampéramba* o “Campo de la Muerte”, antiguo cementerio de Malabaar, está en idéntica situación que los antiguos monolitos de Carnac... De Mirville, en la obra citada, dice que los arqueólogos Richardson y Barth se quedaron estupefactos al encontrar en el Desierto de Sahara los mismos *betilos triliticos* y erguidos que habían visto en Asia, Circasia, Etruria, en todo el Norte de Europa, etc., y el distinguidísimo arqueólogo Rivett-Carnac –nuestro queridísimo y respetado señor con quien hemos mantenido interesante correspondencia con motivo de nuestro descubrimiento de escrituras *ógmicas* u *ogámicas* en Extremadura en 1902 (las primeras conocidas en España, según puede verse en los *Boletines de la Real Academia de la Historia y Revista de Extremadura* de la época)– muestra idéntica admiración al ver que las descripciones hechas por J. Simpson de la dicha *escritura ógmica*, “en cazoletas”, o *escritura hemisférica*, por él vistas en Escocia, Inglaterra y otros países occidentales, “se parecen extraordinariamente a las marcas de los guijarros que circundan y aíslan a los cementerios de Nagpur”, “la ciudad de las serpientes”, de la India. El eminente sabio vio en ello “otra prueba extraordinaria más que añadir a las muchas que ya se tenían de que una rama de las tribus nómadas que pasaron por Europa en tiempos remotos penetra también en la India”. Nosotros, por eso, insistimos en que la Lemuria, la Atlántida, sus gigantes respectivos y las primeras razas de la Quinta Raza-Raíz (o Aria) tuvieron todas

que ver con esos *lithoi, betilos y piedras mágicas en general*. Las marcas en forma de copas o cazoletas observadas por Simpson y “los agujeros roquizos” encontrados por Rivett-Carnac son sencillamente anales escritos de las razas más antiguas. El que examine con atención los dibujos que forman tales marcas en “el *Archeological Notes on Ancient Sculpturing on Rocks in Kumaon, India, etc.*”, encontrara en ellas el estilo más primitivo de marcar o registrar. Algo semejante fue el sistema adoptado por los inventores americanos del sistema de escritura telegráfica de Morse, el cual nos hace recordar a las repetidas escrituras *ogámicas*, “combinación de rasgos largos y cortos, grabados en piedra arenisca”, según las describe Rivett-Carnac. En el celebre infolio de Johanes-Magnus puede verse la representación del gigante-semidiós *Starkad o Star-chaterus*, el discípulo del Mago *Horossharsgrani*, teniendo debajo de cada brazo una enorme piedra, cuajada de rúnicos caracteres. Dicho *Star-Kad*, con arreglo a la leyenda escandinava, fue a Irlanda y ejecutó maravillosos hechos “en el Norte, en el Sur, en el Este y en el Oeste”, como el pintoresco lenguaje del *Asgard and the Gods* nos dice.”

Estas sugestivas materias, merecedoras por si solas no de un articulo sino de varios volúmenes, han sido tratadas ya con alguna extensión en el *Apéndice* a nuestra *Evolution solaire et series astro-chimiques*; en los capítulos VIII y IX, parte 1.^a de *El tesoro de los lagos de Somiedo*; en el capítulo VII de *De gentes del otro mundo*, y en varios otros lugares, a los que nos permitimos remitir al lector deseoso de más antecedentes. Hoy nuestro objeto se limita a dar este apunte a guisa de prólogo para un ligero articulo que, en los albores de nuestra iniciación teosófica consagramos ala descripción de una visita hecha, en unión de otros dos amigos, a la célebre *dracontia o piedra oscilante de Montánchez, Cáceres*, en la altura granítica más central de toda Extremadura. El articulo en cuestión fue reproducido y ampliado en 1918 con motivo de la muerte de uno de estos tres sabios amigos, bajo el titulo de *Una flor de recuerdos sobre la tumba del genial Rafael García Plata de Osma*, y en el que se dice:

Atrás quedaba, en torno de su viejo castillo, ese nido de águilas que se llama Montánchez y que, sin embargo, cada vez se veía más abajo, a medida que remontábamos hacia las cumbres de aquel granítico broche de la Oretana que demarca, casi

matemáticamente, el centro de Extremadura, a mil metros sobre el nivel del mar.

Éramos los viajeros cuatro buenos amigos *representativos* miembros de aquella fraternidad que se llamaba *Revista de Extremadura*, y digo representativos porque constituíamos algo así como los cuatro puntos cardinales del pensar extremeño: la ortodoxa y culta religiosidad del canónigo Tirso Lozano; la *ortodoxia* científico geológica de Eduardo H. Pacheco; la inevitable *heterodoxia* de la musa popular tradicional, por García-Plata tan amada, y mis consabidas *teosofías*, que ya empezaban a triunfar en mi cabeza sobre mi antigua religión, sobre mis estudios científicos y sobre mi literatura...

Anda que te andarás, llegamos, con gran fatiga de nuestras bestias, a la *piedra oscilante* de la cumbre, a filo de medio día, con el más exigente *apetito de montaña*, pues que de todos es sabido cómo protesta siempre el bajo estomago de que a él, que es tan sedentario y grosero, se le eleve a tamañas excelsitudes.

“Llegamos, según el decir montancheño, a la *piedra que se menea* –consignó luego el llorado Rafael al publicar la donosa crónica de la expedición, en el tomo VI, página 417 de la *Revista de Extremadura* bajo el título *Peñas arriba y peñas abajo* –paróse mi yegua– continúa diciendo–, dobló las rodillas al llegar ante la mole de granito; echóse al suelo con violencia y tuve que saltar con ligereza para no ser víctima del pataleo de la infeliz... Mario decía que el pobre animal había experimentado al llegar toda la *necromante astralidad del cancho*; Pacheco votaba porque la yegua muriese allí mismo, en honor de la raza atlántida que el peñasco tallase... Yo no sé que es lo que pensaría de estas cosas la paciente, pero me figuro que agradeció más que tales votos, los cuidados del criado que supo diagnosticar la causa del dolor...

A los postres de la comida –una mezcla de esas bagatelas de todas las de su índole: chuletas, pollos al horno, jamón y tortillas, preparadas en casa del anciano general H. Pacheco– brindamos por Extremadura, por la *Revista*, por su director, Publio Hurtado, por todos nuestros hermanos, los colaboradores. Después –cuenta Rafael– nos levantamos influidos por la misma idea: Mario se descubrió ante la roca murmurando no sé que *mantram* o jerigonza; yo me revestí con la manta del caballo y el geólogo roció sobre la célebre *piedra* dos copas de aromático vino, invocando a Jaramma-Bata... Lozano,

Pacheco y yo; contra la opinión de Roso, convinimos en que la móvil roca era obra de la Naturaleza; la que, con sus misteriosos designios, produjo las erosiones necesarias para que tan precioso ejemplar de granito duro quedara en situación de perder, levemente, su centro de gravedad ante el empuje de la mano del hombre; además, la base o especie de plinto sobre la que se eleva la piedra, de forma semi-cónica, es de la misma dureza y composición que todas las rocas allí existentes, y parecía natural que esa base, siendo obra de los hombres, fuese de mayor dureza que la mole, pues que ésta con sus muchos quintales de peso desgastaría su punto de apoyo en unos cuantos siglos, detalle de ingeniería que no pudieron ignorar nuestros remotos ascendientes, si los suponemos idóneos en las leyes de la Mecánica... Sin embargo, Roso no se dió por vencido y, a mi juicio, hizo bien; que un poeta deja de serlo cuando cree en la prosa de la vida..."

Ni me dí entonces por vencido, en efecto, ni me daré ahora. El *cancho oscilante* de Montanchez es una "piedra del Destino", una menhir atlante, un betilo mágico, un aparato, en fin, de la prehistórica telegrafía atlántica, en la que las oscilaciones de la mole granítica eran lo que hoy llamaríamos un *receptor Morse* y la fuerza eléctrica transmisora esa onda hertziano-telepática del pensamiento, transmitido a distancia que diera base al clásico latino para decir aquello de *mens agitat molem...* ¿Qué no lo creéis tampoco vosotros? No me importa, puesto que aquí no he de demostrarlo. Tiempo habrá de hacerlo pronto en mi BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, al hablar de las infinitas piedras de esta clase, *talladas en la misma masa de la roca*, par artífices extraños que se ven en Stonehenge, en la América, en Tandil, en mil sitios, cosa que ser no puede mera casualidad. ¡Ya están lejos los tiempos en que la ignorancia sabia de un Voltaire o de un Cuvier se burlara de los fósiles, creyéndolos "conchas de peregrinos, dejadas por las montañas por millares de millones...!"

De todos modos, diremos de la peña montanchega lo que Galileo de la Tierra: "¡E pur si mouve...!"

Sí, los ojos de mi imaginación la ven moverse hoy, dulce, insinuante, discreta y misteriosa, en estas noches invernales, todo obscuridad, todo silencio, no como el velador espiritista que se mueve a impulsos de los fluidos astrales de infelices *mediums*, sino bajo

el impulso de un amor fraternal como el que Rafael y yo nos teníamos, y que, siendo infinitamente más puro y grande que esa repugnante mentira a la que llamamos muerte, no reconoce fronteras...

¿Qué importa, en último término, además, el que aquella mole se mueva de éste o del otro modo; si el lenguaje de las almas no necesita para nada de la materia, estando en el fondo del pecho esotra *peña oscilante* que se llama corazón?

¡Si; mi corazón me dice ante la tumba de mi amigo, o, más bien, ante la ingente mole montanchega por el hoy quizá, como antaño, visitada, que Rafael, el poeta incomprendido, el exquisito, ahogado por el medio ambiente grosero y embrutecedor, no ha muerto, no, sino que, como acertadamente enseñan las religiones todas, sigue viviendo en un mundo mejor...! ¡El mundo de los *jinas*, de los padres o de los pitris, al que con todo esmero dedicase mi libro *De gentes del otro mundo!* ¡El mundo elíseo, celeste, devachanico, trascendente e inefable, desde el que, amante, nos dice el que ha ido...!

Amigos míos: Aquí; feliz, os espero un día: ¡Yo saldré a recibir, amante, a todos cuantos en ese bajo mundo pusisteis sobre mi tumba las siemprevivas del recuerdo y del cariño!

UN APUNTE DE SOCIOLOGÍA

Revolviendo un viejo legajo de los escritos de mi sabio abuelo, el polígrafo D. Julián de Luna⁸⁰, me encuentro con una serie de apuntes de clásicos y de enciclopedistas que a los tiempos actuales de la posguerra vienen como anillo al dedo. Las naciones modernas, enloquecidas con la guerra y aturdidos después con una paz que de paz solo tiene el nombre, vacilan como nunca acerca de la dirección que deben tomar. No estarán demás, pues, los susodichos apuntes, donde leo:

“*Violenta nemo imperia continuit... Moderata durant.* El imperio de la violencia es transitorio. ¡Sólo lo moderado perdura!” Es lo primero que de Séneca me encuentro en el legajo, y librème el cielo de aplicarlo a esto ni a lo otro.

“*Principis est maxima virtuae ...* No hay virtud mayor que la de los principios”, nos sigue Marcial diciendo, no sin agregar: ... *Mensuraque juris vis erat*, enseñándonos que sólo en el Derecho y en la Ley, no en la llamada fuerza militar y en la fuerza bruta, está la Suprema Fuerza.

Y salta enseguida el pícaro de Voltaire diciéndonos: *Le dernier degré de la perversité est de faire servir les lois à fin l'injustice.*

A lo que J. B. Louvet agregó:

El valor militar del que tan orgullosos os mostráis, es, de todas las clases de valores, el más vulgar y el más fácil. Nada más natural el que por venganza, o por gloria, expongamos un momento nuestra vida; pero no lo es tanto el sostener con firme constancia diversas y concatenadas desgracias y dolores. El dicho de Louvet lo

⁸⁰ Don Julián de Luna y de la Peña nació en Zarza Capilla (Badajoz) en 1789, y murió en Cabeza del Buey (Badajoz) en 1848. Fue un verdadero polígrafo, pues que escribió sobre Economía Política; Arte Militar, Sociología, Agricultura (de cuya asignatura fue catedrático en Badajoz), Música (era un excelente compositor y guitarrista), Legislación, etc., etc. Su interesante biografía puede verse en el tomo III de la celebre *Revista de Extremadura*.

engrandeció Wagner, vive Dios, al consagrarse toda la trama del argumento musical de su asombroso *Tristán, e Iseo* a la apoteosis de esta frase: “*¡Grande es la acción; pero mucho más grande es la resistencia!*” Por eso Thomas, en su *Elogio de Sully*, pudo enseñarnos que en todo cambio político los obstáculos se tornan inmensos, porque tan sólo el mal es el que se hace siempre cómoda y fácilmente...

Contra las frecuentes y apocalípticas indignaciones de muchos, frente a lo que dicen “los del otro bando”, hallo también algo en el consabido legajo: es, a saber, lo que trae el prefacio de la traducción francesa a la *Historia de Felipe II*, por Watson, y que dice:

“En la juventud, en esa dichosa edad de las ilusiones, en la que se siente uno elevar su alma al creer en la virtud, y en que uno se admira y se indigna cuando la experiencia muestra a la virtud pisoteada, aquel que observa de cerca hombres y cosas, yace constantemente bajo una situación violenta, se agota en esfuerzos tan vanos como estériles por el bien y sufre de un modo horrible al ver, no sólo el mal, sino el descaro con que el mal, se hace... Pero cuando los años han calmado su imaginación, desecado su corazón y enfriado por tristes experiencias su cabeza; cuando se convence de que se irrita en vano; de que la inmensa mayoría de los hombres se asemejan en su despotismo, en su orgullo y en sus concupiscencias, llevando la condescendencia hasta la bajeza, el interés personal hasta la demencia y hasta la estupidez la ignorancia de sus derechos, se siente uno tentado a guardarse para su uso exclusivo sus principios. Al menos se modera y no se inquieta ya más, diciendo frente a aquello que más nos escandalizaba en la juventud: *Sed qui indignor? Ridere sabius est.*”

En cuanto a la vida práctica de las naciones, tropiezo en el legajo con este dicho de Montesquieu (*El Soberano o la Republica*, I. IX, c. XXX): “La nación a la que no enseña nada una catástrofe está perdida sin remedio, o relegada, al menos, su regeneración a un transcurso tal de siglos, que corre gran peligro, entretanto, de ser, antes que regenerada, extinguida...! Y en el libro X, c. I, añade: “¿No nos enseña la historia de los pueblos que el hombre, a quien la Naturaleza le ha concedido una gran energía, suele ser casi siempre un bandido?” Por eso, temiendo los despotismos inevitables de gentes tales que de cuando en cuando constituyen otros tantos azotes para la Humanidad, termina diciendo: “La

manera de constituirse los ejércitos; ese furor maldito que, bajo pretexto de prevenir las guerras, las enciende, que arrastrando hacia el despotismo a los gobernantes prepara de lejos las revoluciones de los pueblos; que arrancando perpetuamente al hombre de su hogar y al labrador de su campo extingue el amor a la patria, alejando al hombre de su cuna; que destroza a las naciones y las transporta más allá de los mares con la emigración; este espíritu mercenario, en fin, del militarismo, que no es el verdadero espíritu militar, defensor y restaurador del Derecho ultrajado, perderá, más pronto o más tarde, a Europa...”, (Libro XII, c. XII.) ¡Dígasenos si el autor de *El espíritu de las leyes*, al igual del conde de Saint-Germain, no fue en el párrafo transcrita un completo profeta!

Por eso, como presintiendo la gran catástrofe del 93, y aún la nuestra, truena Montesquieu contra tamaños déspotas, lamentándose así: “¡Que pueda la voluntad de uno solo ser causa de tantas muertes, dolores y desastres! El coloso habla, y los lazos morales y políticos quedan rotos...; frunce el entrecejo, y millares de ciudadanos, reverenciados por sus virtudes, dignidades o talentos, son llevados a la infamia o a la muerte. ¡Oh, pueblos, pueblos; oh tristes rebaños de malvados y de imbéciles!”

Yo no se si este gran vidente de Montesquieu escribió para sus días de fines del siglo XVIII, o para días que todavía no han venido. Lo que si se es que dijo en su libro XVIII, capítulo XXII: “Desde hace dos siglos los reyes de Europa vienen fabricando en el misterio de sus Gabineles esas cadenas por las que los pueblos se sienten aprisionados. Cada nueva negociación es un nuevo eslabón para la cadena. La guerra no propende jamás a tornar más grandes a los Estados, sino a hacer más sumisos a los súbditos, sustituyendo paso a paso el régimen militar a la dulce y lenta influencia de las leyes y de las costumbres. Conviene no olvidar que los poderosos se fortifican igualmente en sus tiranías por sus perdidas como por sus triunfos y conquistas: victoriosos, reinan por las armas; humillados y derrotados, dominan sobre los pusilánimes por el espectro de la miseria. Celosos enemigos entre sí y por la ambición que los avasalla, sólo se ponen de acuerdo para aumentar el peso de la servidumbre... ¡No lo dudéis, pues, pueblos que sufriés más o menos sordamente baja vuestra opresión; aquellos que jamás amaron están llamados tan solo a temeros!”

Para los pérpidos que aman en superstición y tinieblas el brazo del guerrero también tiene *lo suyo* Montesquieu, diciendo: “Cuando el impostor ha persuadido al guerrero de que su misión es divina y proviene del Cielo el derecho de oprimir a la Tierra, ya no queda resquicio de esperanza, ni sombra de libertad para los pueblos civilizados (libro XVIII, c. XXII). Por eso llega uno a dudar (libro XII, c. II) de si los pueblos esclavos no son tan culpables como sus tiranos, y si la libertad debe lamentarse más de aquellos que tienen la insolencia de invalidarla, que la imbecilidad de aquellos que no la supieron defender... Porque no hay que olvidar (libro XIV, c. XIII) que la tiranía es lenta y débil siempre en sus comienzos, todo cuanto es de pronta y viva al desenmascararse. Su mano se muestra al principio dispuesta sólo a socorrer para atenazar así que la vale el mayor número de brazos, o el brazo más vigoroso. ¡La servidumbre comienza siempre por el sueño...! En un régimen en el que se demanda ante todo la tranquilidad, y donde a la subordinación externa se la llama Paz, es preciso poner a buen recaudo a las mujeres... La tiranía sobre la mujer es muy propia del Gobierno despótico, que gusta abusar de todo..., porque los llamados vicios políticos no son sino vicios morales, y todos los vicios morales, vicios políticos... De aquí el que sea una pésima política la de pretender cambiar por leyes lo que sólo debe serlo por las costumbres.”

Pero nada me ha aterrado tanto como esta *insignificancia*, que dice (libro XX, c. IV): “En una nación libre se trabaja más para adquirir que para conservar; en una esclavizada, más para conservar que para adquirir.”

Porque ya lo dijo Quevedo en su sátira sobre Marco Bruto” (*Teatro histórico-critico*, por Captuani, tomo V): “Tienen acabado y mendigo al mundo, no los premios que se piden por servicios, sino los premios que se piden por los premios. Este es el infame modo de enriquecer que han hallado los facinerosos: pedir que les den, porque pidieron; y después que les den, porque les dieron. La causa de esta maldad esta en que los codiciosos piden que les den algo a los que lo toman todo para sí; por esto pueden pedir los unos, y no pueden negar los otros.”

¡Con razón se ha dicho –y no hay más que meditar un poco sobre cuanto antecede– que hay páginas y frases que no envejecen nunca!

O como expresa el genial escritor Álvaro de Albornoz en un reciente artículo acerca de *La ciudad de Aristóteles y el Estado moderno*:

“La mayor parte de los libros no reflejan sino las ideas, los sentimientos, las costumbres de una época. Pero hay libros que nos descubren un inmenso horizonte humano. Estos libros, aunque hayan sido escritos hace cientos o miles de años, tienen una actualidad permanente. Desde ellos, como desde una cumbre en el espacio, es posible contemplar de una ojeada todos los pueblos, y abarcar, como desde una cumbre en el tiempo, toda la historia. Y es, perennemente, el mismo rumor; es eternamente, en el vasto océano, el mismo flujo y reflujo de las pasiones humanas. No es el hombre como han querido que fuese los ideales, los prejuicios o los extravíos de una época, sino el hombre como ha sido y es. Es, en la desnudez de su osamenta, el hombre de Hobbes y de Maquiavelo: Es el hombre-Humanidad...”

¡El Hombre-Humanidad, si, porque el Cosmos, según todas las concepciones ocultistas, es también un Hombre: el Adam-el-Kadmon, u Hombre Celeste, que dijeron los cabalistas!

RAMILLETE TEOSÓFICO

La Teosofía y el concepto de Dios. – Los principios humanos. – Origen y fundamento de las enseñanzas teosóficas. –Artes ocultas.

A petición de muchos estudiantes de Teosofía, damos los conceptos fundamentales acerca de los tres temas del epígrafe, seguros de que con ello prestamos un gran servicio al mundo moderno, tan equivocado y ciego acerca de la verdadera idea de Dios, cuanto a la índole de las enseñanzas teosóficas acerca del Ocultismo y de las Artes ocultas.

La palabra *Teosofía* esta formada por las dos griegas de *teos*, dios, y *sophos*, sabiduría, y equivale, por tanto, literariamente, a “sabiduría de Dios”. Este concepto, sin embargo, se presta a grandes equivocaciones, porque la Doctrina Teosófica no admite el dios personal de las religiones positivas, caricatura blasfema y absurda de la Divina Abstracta e Incognoscible, de donde todo emana, como emanan del mar las gotas de agua evaporadas por el calor solar, y adonde todo vuelve, como vuelven también al mar dichas gotas precipitadas por la lluvia. La doctrina teosófica, que es de conciliación y armonía, no puede ser calificada exclusivamente ni de teísta, ni de atea, ni de panteísta. Partiendo ella, en efecto, de que todas las cosas vivas tienen cuerpo, alma y espíritu, sostiene que el Universo, como conjunto material de astros, seres o cosas, tiene un alma, el Anima-Mundi, el Logos Demiúrgico de Platón, y a esta Anima-Mundi la cobija y preside un Supremo Espíritu. A semejante Espíritu, a su vez, le llama, sí, Dios, pero este Dios así Manifestado, temporalmente en el Universo, no es sino un Rayo emanado del Piélago Insondable de la Divinidad, un mero reflejo de Ella, cual el rayo del Sol sobre las móviles aguas, reflejo temporal, transitorio e ilusorio con el que se proyecta aquella Realidad Una y Única.

De este modo afirma la Teosofía que *un Dios* o Logos nace o se separa del Seno de lo Absoluto al nacer el Universo, y muere o se reintegra al Seno de lo Absoluto cuando el Universo muere. Como además rigen dicha doctrina la llamada *clave de Hermes*, de que

“lo que esta arriba es como lo que esta abajo, para obrar los misterios de la armonía, que es la ley de la Unidad en la variedad”, lo mismo que decimos del Universo como conjunto podemos afirmar de todos y cada uno de los seres vivos que le constituyen, dotados también ellos de cuerpo, alma y espíritu; todos los seres vivos, por tanto, son también *dioses* en sus respectiva esfera, razón por la cual Platón y Jesús nos han dicho: “Dioses sois y lo habéis olvidado.”

Un simbolismo matemático puede darnos bastante idea de esto. Al tenor de la ley de la numeración, las unidades integran la decena, que viene a ser algo así como el Espíritu Abstracto, el dios de ellas; la centena es cual un dios que armoniza y sintetiza a las decenas, como el millar auna las centenas, y así sucesivamente y sin límites, puesto que la serie de los números es indefinida. Como además se dijo por los filósofos griegos que “el Verbo geometriza”, y aun se añadió que “nadie entrase en el sagrado Templo del Saber ignorando la Geometría”, podemos añadir que el Universo nació del Caos, o sea de aquel estado de absoluta división intraatómica que se denomina Substancia Primordial por los filósofos. Los *prothilos*, o sean los primitivos de esta Substancia, al reunirse, constituyeron los átomos, estos las moléculas, las células, los seres vivos, los astros, los sistemas... en síntesis sucesivas que no son sino otros tantos y seriales *dioses manifestados*. La Teosofía es, pues, LA CIENCIA DE ESTOS DIOSES, sucesivas *unidades, decenas, centenas, millares*, etc., del magno edificio del Universo, no de ningún “Dios” particular hecho a imagen y semejanza del hombre.

Difiere, pues, la Teosofía del ateísmo en que si para éste no hay Dios, para ella, al contrario, es *un dios el espíritu* que respectivamente auna y sintetiza a cada organismo (átomo, hombre o astro) durante su vida, cual ata y reúne la decena a las unidades, la centena a las decenas, etc. Difiere también del teísmo de las religiones positivas en que ninguno de estos *dioses* o espíritus animadores de los seres en particular, ni aun el mismo Dios manifestado en el Universo como conjunto es “Dios”, propiamente hablando, sino en su propia y limitada esfera; en todo caso, es un dios que nace con el Universo y muere con él. Difiere, en fin, la Teosofía del Panteísmo occidental en que, lejos de ser la Divinidad, el Gran Todo, el Universo, como fenómeno manifestado dicha Divinidad es la

Abstracción, el *Nóumeno*, el Espíritu del Universo mismo, *Nóumeno* en el que podemos considerar dos momentos bien típicos, a saber: el de su manifestación animando al Universo vivo, y el de su ocultación, cuando el Universo muere o se desintegra en el Caos primitivo del que saliese. A esto es a lo que denominan respectivamente los hindúes “Día y Noche de Brahmâ”, o, en términos de nuestra ciencia, “Estados Radiante y Latente de la Divinidad Abstracta, Inefable, Incognoscible”, Divinidad que, al ser el Absoluto Sér, es el *No-Sér*, para nuestra razón y nuestros sentidos, que le limitan y empequeñecen al concebirlas; la Nada-Todo, de cuyo concepto-límite no puede ser predicada cosa alguna, ni aun la misma noción de *sér* de que hablamos metafísicos, por cuanto esta noción supone, antes y después, la del *no-ser*, de la que el *sér* ha salido.

Tan ciertas son estas ideas, que trayéndolas a la práctica, es como realizamos verdaderas maravillas intelectuales; sentimentales y volitivas, que los animales, nuestros hermanos inferiores, no pueden alcanzar a realizar.

En el orden de la Voluntad y de la Acción, por ejemplo, así se forman los ejércitos que en los terribles momentos de los conflictos jurídicos entre los pueblos constituyen la *suprema ratio*, la apelación ultima, algo, en fin, así como el llamado “Juicio de Dios”, con el que se dirimían las grandes cuestiones en la Edad Media.

¿Qué es, en efecto, un ejército regular sino una organización, remedio de las que existen en el Universo?—En el vemos a un general en jefe, verdadero Logos Demiúrgico o Espíritu animador de aquel mundo en pequeño y a una fuerza humana y una materia bruta que les obedece. Cuando el general da una orden activa, el Alma entera del ejercito se commueve y se apresta a obedecer, sacudiendo la pasividad, la inercia y la abulia, que son las características de todo cuerpo, aunque sea *un cuerpo de ejército*. Éste, cual un todo vivo, inicia el ataque, se pone en movimiento y realiza toda la actuación táctica o estratégica que *su espíritu*, el Jefe, a distancia, le ordenó. Una vez realizada así la acción, todo vuelve al estado anterior: “se rompen filas”, y los tres elementos de cuerpo, alma y espíritu que integraban al ejército retornan cada uno a su lugar, es a saber: las armas, pertrechos y municiones materiales, al arsenal de donde salieran, que es en nuestro simbolismo la Substancia Primordial o Caos, donde aguardan el momento de ser nuevamente

organizadas y empleadas en la acción, que es vida; los soldados que animaban aquellas armas centuplicando con ellas su poder ofensivo tornan al cuartel, o, atómicamente disgregados, se marchan cada uno a su casa, *donde a su vez son jefes*, mientras que el General, el Espíritu que informaba a todo el ejército; *sin ligarse* con ninguno de sus obedientes subordinados ni tocar a un arma siquiera, retorna a la capital de la nación para depositar sus laureles o llorar su derrota a los pies de otro dios más alto, abstracto y omnipotente que él y al cual denominamos Gobierno, quien a su vez no es sino un servidor de su respectiva Patria, Patria, en fin, que no es sino un organismo parcial dentro del supremo concierto terrestre de las naciones del Planeta... ¿Cómo no ha de ser, pues, elemento de poderosísima acción vital y coactiva una institución así organizada a *imagen y semejanza* del Universo mismo y de cuantos organismos al Universo integran? La ciencia y la experiencia enseñan, en efecto, que nuestro poder de dominio sobre la Realidad que nos rodea crece más y más a medida que interpretamos y cumplimos mejor las leyes de la Naturaleza, leyes que no son en sí mas que “la Voluntad Manifestada en el Universo”, como Schopenhauer diría.

Concepto de la Teosofía de las Edades. – Siendo la Teosofía “sabiduría divina”, al tenor de lo antes explicado, debe haberse manifestado en todos los tiempos y lugares, como así es, en efecto. El mismo San Agustín, al hablar del Cristianismo, dijo que éste no era más que “*una forma nueva de una Religión Eterna*, dada en el Paraíso terrenal a nuestros primeros padres, cosa que repiten en el fondo todas las demás religiones del planeta”, y Cicerón, por su parte, añadió que “jamás ha habido un hombre falto de la divina inspiración, según ha sido comprobado por los sabios”.

No es, pues, la Teosofía “un vago iluminismo”, como con ignorancia inexcusable y sectaria pretende el Diccionario de nuestra Academia, ni menos *una secta* cristiana, gnóstica, neoplatónica ni oriental, sea brahmánica o budhhista. Síntesis ella y origen secreto, en efecto, de todas las religiones, al par que Religión Única de la Ciencia, mal puede con su tendencia armonizadora y unitaria ser calificada de *secta*, palabra derivada del *cortar, disociar y separar*. Las sectas, en su caso, serían las religiones que tal dicen, religiones positivas que sueñan con un cielo especial para sus adeptos, negándosele a los

demás, y que dividen a los hombres, con sus creencias respectivas, en lugar de unificarlos en una aspiración suprema de fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, sexo, credo, casta o color, como han enseñado todos los Instructores religiosos (Ra, Krishna, Hermes, Orfeo, Moisés, Jesús, Mahoma, etc.). Precisamente este error de las religiones particularistas, Masonería y Revolución francesa, inclusive, es el que más lágrimas ha costado a los pueblos, y a título falsamente religioso, el judaísmo, el cristianismo y el mahometismo, por ejemplo, han derramado torrentes de sangre y mantenido a la gran familia humana en una discordia perpetua, sin que tengamos que recordar a este tenor guerras como las del imperialismo teocrático mahometano, o las de los Treinta y los Cien Años por la implantación de la Reforma protestante; horrores como los de la Inquisición, que “para salvar las almas” quemaba criminalmente los cuerpos; ni estrechos dogmas, en fin, que no son sino una maldición echada sobre una Humanidad gregaria, ignorante y cobarde, tales como el absurdo de un infierno eterno por unas faltas finitas y a veces basta excusables; un pecado original heredado, siendo así que en buen Derecho Penal no se heredan las culpas; un dios colérico y vengativo que se arrepiente de haber creado al hombre “a su imagen y semejanza”; unas penas *pots-mortem* que se redimen con dinero, o recomendaciones e *influencias*, etc., etc.

Sobre el Templo Sepultado y el Templo resucitado. – Hubo un tiempo remotísimo, recordado en todos los milos religiosos, en el que la Humanidad tuvo una sola Religión, una sola lengua y una Ciencia única o que hoy diríamos poligráfica y sintética; en suma, la *Edad de Oro* de los poetas, edad que fue para aquélla como conjunto lo que la infancia es en particular para cada uno de nosotros. Poco a poco la humanidad-niña fue adquiriendo la razón y con ella la responsabilidad de sus actos y cayó en gran parte, como caen en la juventud tantos y tantos *malogrados* que emplearan mal sus facultades. Entonces los perversos se dijeron: “dividamos para explotar y destruir”, creando los falsos sacerdicios explotadores que tratan desde entonces de mantener a los hombres en una estúpida e irresponsable infancia. Pero, a la vez, los Iniciados, los puros de mente y de corazón, replicaron “unámonos para resistir”, creando el secreto iniciático, del que la llamada iniciación masónica y otras semejantes no eran sino un eco remoto. Con semejante

Secreto en que cayeron las verdades de la “Sabiduría divina o Teosofía de las Edades”, el Templo “quedo sepultado”, que Maeterlink diría, pero resurge con nuevos esplendores en nuestros días, cuando las religiones egoístas han perdido su fuerza de tiranía en las conciencias; cuando la Ciencia ha descubierto las grandes claves del secreto natural a base de la “ley de evolución y de selección”, “unidad de la Materia y de la Fuerza en el Cosmos”, universalidad de la Vida, cuando el planeta se ha unificado y cuando, en fin, una horrible guerra mundial, solo superada por las legendarias del Mahâbhârata, ha demostrado prácticamente al Mundo el extremo a que conduce la terrible teratología de una ciencia sin fe integral y una fe inexplicada o sin ciencia, cosas ambas que en su obra sintética de espiritualización del saber positivo, y de estudio comparado del mito religioso, tratan de evitar en la medida de sus fuerzas las llamadas Sociedades Teosóficas.

Los tres canales principales por los que fluye la “Sabiduría Divina” o Teosofía. – “*Sabiduría*” es una palabra de doble alcance que se refiere, por un lado a la mente como Ciencia y por otro al corazón, como Amor. Quien aplica el conocimiento para regular los efectos del corazón, y aplica los más puros sentimientos altruistas a la obra de su mente, es el único que merece el nombre de sabio, mientras que el hombre que se limite a lo uno o a lo otro será *meramente bueno* (como tantos creyentes en la fe ciega), o bien *meramente culto* (como los que con su cultura sin amor desencadenaron la gran guerra), pero ninguno de ellos serán *sabios efectivos*, ni menos *hombres justos*, que es el desideratum de todo humano esfuerzo, porque en esta doble acción o juego de balanza del sentimiento fecundando a la idea, y la idea encauzando al sentimiento, aparece un tercer elemento sintetizador, que es el de “la línea de fiel o de la Justicia” constante y perpetua Voluntad de dar a cada uno, incluso a uno mismo su derecho. La antigua Sabiduría por eso nunca ensalzó al culto ni al bueno como al *Justo*. En las mismas Bienaventuranzas, los buenos o *mansas* pueden llegar a poseer la Tierra entera *de aquí abajo* y sin contradicción, pero sólo los justos alcanzarán a ver a Dios y sólo serán así *hartos* los que han hambre y sed de Justicia distributiva.

Los principios humanos. – Para la Teosofía, como para los socráticos, el punto de partida es el *noscete ipsum*, o sea el conocimiento de los contradictorios elementos que integran

al Hombre. En ello muestra ser Ciencia de ciencias, por cuanto así como el astrónomo, el histólogo, el operador, en suma, lo primero que necesita manejar bien es el aparato que emplea en sus actuaciones, el teósofo precisa conocer, ante todo, el complejo instrumento de su psiquis.

Semejante conocimiento es, en nosotros, gradualmente matemático. En efecto, para un ser vulgar, con la atención puesta siempre en el exterior y jamás en sí mismo, el problema es *un cero*, puesto que no existe; para el fisiólogo, él se reduce a *una unidad*; la del organismo físico y sus funciones nerviosas, conscientes e inconscientes. Para todas las religiones occidentales, en cambio, el hombre es ya una dualidad, *un dos*, integrado por el alma y por el cuerpo.

Pero, si bien se examina, nos encontramos con que verdaderos Iniciados como San Pablo dejan entrever una triplicidad, *un tres*, al decirnos que “hay en nosotros un cuerpo material y un cuerpo espiritual, presididos por la Chispa Divina del espíritu”, con lo cual surge la mucha más lógica división del Hombre en *cuerpo, alma y espíritu*.

Este último modo de ver ha sido también el de las lenguas sabias, que conservan con más pureza que las actuales el reflejo de la Ciencia Religión primitiva. Así tenemos en el latín, como perfectamente distintas, al *corpus*, al *anima* y al *Spiritu*, siendo el *alma*, o principio animador que nos es común con los animales, un verdadero mediador que anima al inerte *cuerpo*, y es, a su vez, cobijada por el soplo, aliento, o *céfiro*, del *Espíritu*, por lo cual decimos que, al perder nuestro cuerpo con la muerte, éste queda inanimado mientras que el alma “se salva o se condena”, cosa que jamás se ha dicho del siempre divino Espíritu, puntualizándose así una diferencia esencial, inadvertida por las religiones vulgares, que del mismo modo existe en griego, entre la *psyche* o alma y el *nous* o Espíritu, y en hebreo, entre el *nephesh* o alma y el *Ruach* o Espíritu.

En Occidente, jamás se ha pasado de aquí, fuera de la Iniciación pero en Oriente, se han llegado a establecer, según las escuelas, cuatro, cinco o siete principios, al tenor de la tabla comparativa que puede verse en cualquier manual teosófico.

Claro es que estos análisis, como todos los de nuestra mente, tienen algo de arbitrarios,

como hijos que son de diferentes puntos de vista; pero nos es fácil, desde el mismo aspecto occidental, llegar a algo parecido.

En efecto, siendo el *Alma* la mediadora entre el cuerpo y el Espíritu, cabe suponer, y la experiencia así lo comprueba, que una parte de ella se sentirá atraída, digámoslo así, hacia abajo, hacia la grosería del cuerpo, formando una como alma pasional o meramente animal, aprisionada siempre por los lazos de la materia. Otra parte, la más excelsa, por el contrario, anhelara elevarse hacia el puro abstracto y trascendental consorcio con el Espíritu, formando lo que podríamos llamar alma angélica o intuitiva, características del genio o del santo. Entre estos dos aspectos, extremos del alma, queda otro tercero, intermediario, que es el alma razonadora o propiamente humana que todos los hombres poseen en mayor o menor grado de desarrollo, alma en la que se operan los más terribles conflictos humanos, aquellos a los que se refirió Espronceda cuando dijo que, “en este mundo, para estar en calma, o sobre la materia o sobre el alma”⁸¹. Tendríamos así, por su orden, cinco principios, a saber: el cuerpo físico, el alma animal, la mente razonadora, el alma espiritual o mente intuitiva y el Espíritu.

Origen de las enseñanzas. – En cuanto al origen y fundamento de las enseñanzas teosóficas, séanos permitido transcribir integro un hermoso artículo sin firma, que apareció en 1893 en uno de los primeros números de la notabilísima revista *Sophia*. Dice así el artículo:

“En todos los tiempos ha existido una ciencia secreta, una doctrina Oculta, hasta el presente velada en absoluto a la cultura europea, quien, a pesar de los innumerables vislumbres que la Historia arroja de ella, no ha llegado a sospechar la realidad de su existencia... Preparada ya nuestra época por sus adelantos, se empieza dicha doctrina a revelar para auxiliar a nuestra civilización y ayudarla a atravesar la frontera de lo invisible en que por su positivismo y egoísmo se halla detenida.

Así como el contacto con Oriente por medio de las Cruzadas trajo el Renacimiento de las culturas griega y romana, el nuevo contacto con Oriente, por efecto de la dominación de

⁸¹ Tal es el *Kurú-shetra*, simbólico del Mahâbhârata o el *Campo de Agramante* donde por el dominio del alma riñen terrible batalla el cuerpo y el Espíritu.

la India por los ingleses, empezó a aportarnos los elementos ariohindúes que son indispensables para retrotraer la cultura a sus orígenes remotísimos.

La existencia de la Ciencia Oculta se pierde en la noche de los tiempos. La conocían más o menos los hindúes, persas, egipcios, caldeos, pelasgos, etruscos y celtas; en una palabra, todos los grandes pueblos de la antigüedad así en Asia como en África, Europa, América y aún Oceanía, según lo demuestran la unidad y universalidad de sus símbolos grabados en caracteres indelebles en sus templos respectivos, y quien haya penetrado en las profundidades de esta ciencia leerá las mismas verdades en los muros de Palenque que en los de Luxor; en las pagodas labradas en la entraña de la roca en la India, como en los restos ciclópeos de toda la región mediterránea y en los colosos que en la isla de Pascua nos revelan la existencia de razas y continentes sumergidos.

Esta ciencia se ha conservado y se conserva hoy tan vigorosa y viva como en los tiempos primitivos, depositada entre los restos de aquellos pueblos que han sobrevivido a todas las catástrofes y han buscado refugio en los lugares más apartados e inaccesibles de la llamada civilización. La capitalidad, por decirlo así, de estos últimos lugares, es el Central, o sean los Himalayas y el Tíbet, y aun puede decirse que en toda la India. Sin embargo, a pesar de los cuatro siglos que los europeos llevan establecidos en esta última, no han sido hasta ahora comenzados a instruir por los depositarios de aquellas verdades; primero porque el móvil de los conquistadores fue únicamente el lucro, mientras que ya llegan a la India hombres movidos por un interés científico; segundo, porque aquellos tiempos eran de fanatismo y persecución, e impropios, por tanto, para la difusión de principios como los de la Teosofía.

La Teosofía, en su aspecto de ciencia, se funda en el desarrollo de ciertas facultades del espíritu superiores a la inteligencia misma, facultades que están latentes en todo hombre, pero cuyo desarrollo depende de ejercicios mentales por los cuales el espíritu se desenvuelve a la manera como, mediante la gimnasia, desarrolla sus músculos, pues como dijo Kant: “La inteligencia no puede abarcar más que el fenómeno, mientras que el noumenon, que se le escapa en absoluto, acaso sólo puede ser penetrado por la intuición”.

La inteligencia, en efecto, es una facultad apta para recoger cuanto pasa por el tamiz de

los sentidos y está apropiada al organismo grosero que tiene al cerebro por órgano principal. Es, pues, la inteligencia la facultad que corresponde a los seres que viven todavía en la esfera de la animalidad, aun cuando ésta se halle ya humanizada. En una palabra, es la facultad de lo relativo y de lo transitorio. Para lo absoluto existe otra facultad que sólo puede desarrollar el hombre cuando deje de vivir en lo condicional y en lo efímero para elevarse a lo eterno. Y así como la inteligencia tiene a los lóbulos cerebrales como a órgano propio, esta última facultad tiene también el suyo, que es la glándula pineal, de cuyas verdaderas funciones esta ignorante por completo la ciencia moderna.

Semejante facultad es la intuición: un sexto sentido que ya apunta en algunos individuos de la generación actual, a quienes se les denomina clarividentes, esto es, que ven más allá de la esfera a que alcanzan los ojos materiales. Por dicha facultad se percibe, en efecto, lo suprasensible; se alcanza al *nóumeno*; se llega a la verdad sin necesidad de seguir el lento y tortuoso camino del raciocinio. Ella es además la condición previa e indispensable para el estudio de la Ciencia Secreta.

Los esfuerzos espirituales necesarios para el desarrollo de la intuición y de su correspondiente sentido de la clarividencia constituyen lo que se llama *Iniciación*.

Los *Iniciados* son individuos que por su desarrollo moral y elevación de pensamientos se han puesto en condiciones de que un *Maestro*, o sea un adepto de grado superior, les tome a su cargo para abrirles las puertas que dan entrada al conocimiento de los grandes misterios de la Naturaleza. Después de ciertas pruebas, encaminadas a demostrar la completa aptitud del neófito para la nueva vida a que aspira, es admitido en la enseñanza, la cual tiene por objeto despertar en él los órganos y facultades que han de ponerle en contacto con la verdad, de tal modo que el Maestro no tenga que revelarle nada por medio de la palabra, sino que el discípulo, por si mismo, vea y entienda los grandes misterios que el libro, siempre abierto, de la Naturaleza, le pone de manifiesto ante su capacidad de ver y oír, prodigiosamente desarrollada, y ante su percepción íntima espiritual, desenvuelta hasta penetrar en el seno de lo Absoluto.

El mundo de lo invisible aparece así por grados a su nueva vista: el mundo astral en donde se encuentra el origen de la materia con que sin cesar se forman los mundos del

Universo visible, y adonde retornan los elementos de los orbes que de continuo se deshacen y aniquilan. La luz que a semejante mundo envuelve no parte de sol alguno concreto, sino que es ella quien presta su brillo a todos los soles que iluminan el espacio visible. Allí el iniciado contempla también miríadas de seres no sospechados, ejerciendo incesantemente acciones misteriosas relacionadas con la vida misma del Universo: las fuerzas secretas e inteligentes de la Naturaleza, productoras de los fenómenos que vemos y tocamos, reguladoras de las leyes físicas por las que se rigen los mundos. Allí descubre las corrientes electro-magnéticas o etéreas con la claridad con que el ojo material ve las corrientes líquidas que discurren por sus cauces. Allí se presentan a su vista seres cuyas especies se cuentan por millones, que afectan infinidad de formas y que constituyen los prototipos cuyas copias toman cuerpo en la Naturaleza visible. Allí, como en eterno archivo de los anales del Universo, puede ver impresas las huellas de cuantos acontecimientos se han realizado en los mundos del infinito, y leer, escritos en líneas de fuego, los destinos futuros de cuanto alienta en los espacios sin fin o de cuanto dormita en el caos de donde han de formarse nuevos universos...

Pero sobre todo esto y mucho más, está corrido el Velo de la Iniciación, o Velo de Isis. El conocimiento gradual de tales secretos trae consigo, además, el descubrimiento de todas las leyes y fuerzas de la Naturaleza, y, por tanto, la facultad misma de torcer el curso de los acontecimientos, de trastornar en mayor o menor escala el proceso de la vida en el planeta; el don de hacer *milagros*, aunque el milagro en si nunca sea una trasgresión de las leyes naturales, sino el conocimiento de leyes superiores, naturales también, aunque desconocidas. Tamaño poderío en manos de gente inmoral, de gente que persigue fines egoístas, sería de funestísimas consecuencias para la Humanidad, como sucederá el día en que se llegue a la aplicación más amplia del hipnotismo de las fuerzas intermolecular e interatómica, ya sospechadas por la ciencia, y, en general, de todos los llamados flúidos imponderables, que no son sino elementos de la vida de lo astral que nuestra moderna cultura vislumbra.

A parte de estas y otras generalidades acerca del mundo astral, los Adeptos de la India han dado informes acerca de otras verdades de cuyo conocimiento esperan reporte

inmensas ventajas la Humanidad actual. Estas verdades hacen relación a todos los ramos del saber humano, y aun siendo pocas las que ya se nos han dado, comparadas con las que quedan por revelar, llenan ya millares de volúmenes en las naciones de Occidente.

El conjunto de estas verdades constituye la Teosofía. En ella están comprendidos todos los problemas relativos a la formación de los mundos, al origen del hombre, a la evolución humana y al destino de la Humanidad después de la muerte.

Las conclusiones de la Teosofía podrán parecer dogmáticas a los hombres de ciencia; pero no es así, pues que son resultado de la observación y deja experiencia de otras edades fenecidas, ni más ni menos que las conclusiones de la ciencia moderna. La diferencia estriba en los métodos empleados. El Ocultismo, que se halla siempre detrás de las enseñanzas teosóficas, emplea, para comprobar a estas, métodos que tienen por base una severa disciplina interna, encaminada a desarrollar el espíritu, a fin de hacerle apto para penetrar en las misteriosas profundidades de la Naturaleza. Afina, digámoslo así, el instrumento del conocimiento, despojando a la mente humana de todos aquellos elementos inferiores que se oponen a su clara percepción, y elevándola al grado de poder de que es susceptible para abarcar el conjunto de cuanto la rodea, y asimilárselo identificándose con todo el Universo, para llegar así a la raíz misma del Conocimiento, en el que el sujeto conocedor y el objeto conocido constituyen una unidad indisoluble.

La ciencia ordinaria es inca paz de llegar a tamaños resultados, porque, ignorando los colosales poderes latentes aún en la mente humana, no prepara de antemano al hombre para las investigaciones que persigue. Utiliza ella únicamente los sentidos físicos y las rudimentarias facultades psíquicas que posee la masa común, sin sospechar siquiera que en el seno de nuestra propia naturaleza existe el embrión de nuevos sentidos y de poderes espirituales cuyo desarrollo es indispensable para abordar los problemas que trascienden la esfera de la vida meramente animal que recorremos en la presente etapa de nuestra evolución.

En el nivel general de la actual Humanidad se halla el hombre para emprender los estudios del Ocultismo en el mismo caso en que se hallaría un rudo campesino transportado de improviso a las aulas de una Universidad para abordar las enseñanzas de

las Facultades de Ciencias o de Filosofía. Necesitaría una preparación determinada –y acaso imposible para él por no haberla recibido desde niño– para llegar a darse cuenta de lo que es un problema de mecánica o de astronomía. Y, sin embargo, a nadie se le ocurriría por ello decir que las conclusiones de la ciencia exacta son dogmáticas tan sólo porque a la inmensa mayoría de la Humanidad no le sea dado el comprobarlas. Aplíquese, pues, igual criterio a las enseñanzas del Ocultismo, y se vera que no existe razón alguna seria para que duden de su exactitud aquellos que, no habiéndose puesto en camino de obtenerlas por si mismos, están completamente ignorantes de cuanto puede haber detrás del velo que los toscos objetos de la naturaleza física colocan ante nuestra vista.

Para levantar ese velo se hace preciso el pasar por la *Iniciación*, que es el aula del Ocultismo, aula abierta a todo el mundo, con solo que tenga verdadera *voluntad* de penetrar y ponga para ello los medios precisos.

Para estimular deseo semejante y preparar convenientemente el camino, ha venido hoy al mundo la propaganda teosófica, anticipando las doctrinas fundamentales del Ocultismo, que el discípulo podrá, en su día, ver confirmadas por sus propios ojos.”

Hasta aquí el sabio articulo.

Y ya que a copiar nos hemos lanzado⁸², vaya también la traducción de un celebre artículo del ínclito teósofo inglés, discípulo de H. P. B. y Secretario General largos años de la Sociedad Teosófica inglesa, publicado también en dicha Revista *Sophia* con el título de “Artes Ocultas”:

Dice así:

“Bajo la denominación de Magia y de Artes o Ciencias Ocultas caen cosas tales como el hipnotismo, el mesmerismo, la magia ceremonial, la astrología, la alquimia, la hechicería, los encantos, la nigromancia, cartomancia, geomancia, quiromancia y otras mil artes mágicas de clarividencia física y astral, clariaudiencia, psicometría, etc., etc., en lista inagotable que cualquiera puede continuar a su gusto.

⁸² El lector nos dispensara estas transcripciones, y aun habrá de agradecernoslas, en aras del humano interés bienhechor que las inspira.

Para que un hombre pueda cultivar cualquiera de estas ciencias no es necesaria ninguna condición de moralidad previa. Todo aquel que tenga un organismo sensible en cierto grado a tales o cuales influencias de lo astral, o sea del plano de materia próximo al nuestro, puede convertirse en un acreditado psicómetra, quiromante, astrólogo, vidente, mago, etc., cuando se le enseñan los métodos adecuados o el los descubre por si mismo... No nos tomaremos aquí la molestia de convencer a los escépticos acerca de la realidad de semejantes artes. Es, por otro lado muy digno de notarse el que el mayor malvado que existir pueda en la Tierra puede llegar a practicar con éxito semejantes cosas, y esta es la razón por la cual han sido ellas guardadas antaño en el secreto, y aun son secretas hoy en su mayoría.

Mas como, por desgracia, algunas de aquellas Artes empiezan a ser conocidas, en especial el hipnotismo y el magnetismo, es de imperiosa necesidad el señalar los peligros con que amenazan a la sociedad en manos de personas nada escrupulosas o inmorales. Que cualquier hombre de naturaleza seria y compasiva estudie la ciencia hipnótica y aprecie cuan espantosa fuerza de sugestión actúa sobre el sujeto hipnotizado, y que diga luego si semejante poder de vida y muerte, tanto moral como física, debe ser conferido a cualquier hombre o, lo que es peor, se reserve a la facultad médica sólo por serlo. Esta última niega de plano las Artes Ocultas y comienza a jugar con la más peligrosa de las conocidas, diciéndonos, por un lado, que una sugestión puede disiparse con la misma facilidad con que se ha producido, y por otro, que el sentido moral del sujeto le puede permitir a éste, aun en el estado hipnótico, resistir la sugestión del crimen.

Esto, sin embargo, no es cierto, pues que una sugestión es una semilla hondamente plantada en el fecundo suelo de la psíquis o mente inferior del hombre, semilla que germinará tan pronto como circunstancias apropiadas lo determinen. El público ignora todavía cómo un hombre sin escrúpulos, dotado de fuerte voluntad hipnótica, puede convertirse en la más espantosa plaga social. La gente respetable y escéptica ignora con cuanta facilidad sus propias hijas, las más sensibles a las influencias hipnóticas y a las sugerencias, pueden ser conducidas a su ruina por miserables sin escrúpulos, ni cuan relativamente fácil es el hacer firmar testamentos en favor de hábiles aventureros

hipnotizadores⁸³. Y, no obstante, el Hipnotismo está muy lejos de ser la más poderosa de las Artes Ocultas. Hay, en efecto, poderes capaces de dominar a las naciones tan fácilmente como a los individuos⁸⁴, poderes al alcance de un leproso moral dotado de Voluntad suficiente, poderes, en fin, que puede adquirir el animal humano, que es, en verdad, millones de veces más potente que la bestia más salvaje.

Pero ningún hombre de esta clase es Ocultista. Puede, si, ser un mago y un manipulador de las Artes Ocultas, indigno de desatar la correa de los zapatos del verdadero Ocultista, cuyo corazón sólo responde a los latido del océano de la Compasión universal, y cuya mente vibra al unísono con la gran Armonía inteligente del Cosmos. ¡Cuantos hay que se figuran ser Ocultistas por el mero hecho de trazar un horóscopo o ver un cuadra en la *luz astral*, o psicometrizar el contenido de una carta, o retener el aliento por más tiempo que el ordinario, o percibir los fantasmas! Ellos están más distantes de los portales del más elemental Ocultismo.

Ocultista es el que aprende a distinguir conscientemente lo bueno de lo malo; no es un hombre teórico sino práctico; no actúa sólo con la intuición y la fe ciega; no basta que sea meramente *bueno*, sino que debe ser *sabio* y *justo*. La Sabiduría no sólo supone *conocimiento*, sino también *compasión*, *amor*, por ser, como dice el Rig Veda (X, 129), el lazo que une al sér con el no sér, lazo que los sabios, investigando con su *inteligencia*, han descubierto en sus *corazones*. Ocultista es el que anda por este sendero de desinterés y de justicia. Ningún hombre ignorante puede, aunque quiera, ser justo. Lo que puede ser justo para un número limitado, es a menudo injusto para el bienestar de una colectividad mayor. Del mismo modo también la justicia aparente para una nación puede ser injusticia para la Humanidad y la aparente justicia para esta acaso injusticia para el Universo. Así, la supuesta crueldad de la Naturaleza es mera apariencia ilusoria creada por la ignorancia de las mentes que solo pueden contemplar una fracción infinitesimal del magno problema.

El Ocultista ve que el Espíritu y el cuerpo de todos los hombres son uno con el Espíritu y la Materia del Universo, desea aunar también su Mente con la Gran Mente o Alma del

⁸³ Díganlo, si no, las frecuentes captaciones de herencias realizadas por ciertas instituciones monásticas.

⁸⁴ Dígallo, si no, la historia de la Gran Guerra.

Mundo, pues sabe que es mente y solo mente lo que le separa del resto. Al proponerse alcanzar esta meta se verifica en el un cambio radical. Con la mente siempre fija en el axioma de “¡paz a todos los seres!”, ensancha en silencio su naturaleza espiritual, hasta que rebasa los confines del amor del individuo, de la familia, de la raza y hasta de la Humanidad, anegándose en el Océano de Compasión y de Sabiduría que abarca a la Naturaleza entera.

La *Mente* es el gran principio de separación entre los hombres, porque le dicta el modo de ser de sus respectivas convicciones. Ninguno que permita a su mente estar embargada por una creencia o filosofía exotérica puede ser Ocultista. Para que el Ocultista pueda ser justo con todas las creencias tiene que estar libre y por encima de todas ellas. El que se mantiene sujeto dentro de los límites de cualquier dogma es para el Ocultista tan ignorante como la mujer china que encuentra placer en desfigurar sus pies, o como la europea que destruye su salud y la de su prole comprimiéndose el cuerpo.

La Sociedad Teosófica no es sino una escuela preparatoria para enseñar el abecé del Ocultismo. Su primer objeto, o sea el de establecer el núcleo de una fraternidad universal de compasión y de amor que pueda abarcar a todos los hombres, sin distinción de raza, sexo, credo, casta o color. Su segundo objeto de “ciencias, religiones y filosofías comparadas”, no es sino el proceso para libertar la mente de toda clase de prejuicios y errores en materia de religión, filosofía o ciencia particularista. Dichos dos objetos constituyen la preparación para el tercero, que se ocupa de investigar “acerca de las leyes desconocidas aun de la Naturaleza y de los poderes latentes en el Hombre”.

Este Ultimo estudio consta de dos partes: *Ocultismo teórico* y *Ocultismo práctico*.

El Ocultismo teórico tiene que aprenderse de labios de un Ocultista, o descubriéndolo en el estudio atento de los libros y de la Naturaleza. Los Maestros, sin embargo, son pocos, y aunque quieran ellos enseñar, encuentran rara vez discípulos capaces y dispuestos a sufrir la disciplina necesaria antes de que el mero conocimiento teórico les pueda ser comunicado. Por otro lado, aunque haya tanto que aprender en los libros, su estudio no produce gran resultado para el caso, a menos que el estudiante desarrolle su intuición espiritual por la purificación del deseo y el hábito de la concentración mental. El aspecto

meramente teórico del Ocultismo es, así, para pocos: para quienes no dudan, para los que no son tímidos, vacilantes, perezosos o dominados por intereses egoístas. Una vez despertado el anhelo por el Conocimiento Espiritual y su posibilidad de realizarlo, no se precisa de otro impulso alguno. La mente, desde entonces, “se fija en un punto”, y avanza con firmeza, atrayendo así por selección natural todo el conocimiento preliminar que es necesario; el hombre se hace consciente de sí mismo; está alerta ya siempre; eleva a muy alto nivel su inteligencia y acaba por ver como los demás yacen por bajo, bajo la influencia hipnótica e ilusoria de los sentidos y cual si durmiesen. Así y todo, el estudiante del Ocultismo teórico nada práctico puede intentar sin peligro, hasta tanto que encuentre a un Maestro, cosa que acaecerá, al fin, cuando aquel este dispuesto por completo.

El lado segundo o práctico del Ocultismo, H. P. B. no lo ha declarado abiertamente en ninguna de sus obras. Si tal hubiese hecho, ya dejaría de estar “oculto”, siendo así que los verdaderos secretos o *poderes* espirituales que el confiere son de tal naturaleza, que únicamente pueden “ser comunicados” de la “boca al oído”, o *sin palabras...*

En un artículo titulado *Ocultismo Práctico*, no nos dice, en efecto, H. P. B. lo que éste sea, sino que se limita a darnos “una idea aproximada de las condiciones bajo las cuales puede proseguirse sin peligro el estudio de la *Sabiduría Divina*”, aun cuando se haya encontrado al Maestro. Escoge, así, 12 preceptos de entre los 73 de un tratado sobre instrucción práctica, cuyos puntos principales son los siguientes:

El sitio elegido para ser recibida la instrucción después que ha renunciado a todas las vanidades del mundo tiene que estar completamente libre de toda clase de influencias malignas físicas, mentales y morales, cosa muy difícil de hallar en una ciudad populosa. Antes de que le sea dada al estudiante ninguna instrucción práctica “cara a cara”, tiene que adquirir conocimientos preliminares dentro de un grupo de otros cuatro estudiantes compañeros, en el que, “a tono perfecto, con los respectivos *yos* de éstos”, purifique su mente por completo, unidos entre sí “como los dedos de la mano”, hasta el punto de que toda alegría o pesar de uno de ellos encuentre perfecto eco en los otros, pues que ellos vienen a ser así a modo de las cuerdas de una lira que difieren entre si en tensión y textura, pero que están acordadas para que la mano del Maestro pueda evocar por su medio las

armonías naturales que guarda la inefable Palabra de la Sabiduría.

El neófito, por otro lado, aunque haya de latir en armonía con cuanto vive, tiene que aislarse físicamente de todo contacto: su cama, su servicio, su copa no pueden ser tocadas sino por él, cosa que explica el aislamiento de los brahmanes, la escudilla de ciertos mendicantes budhistas y el “¿quién me ha tocado?”, de Jesús. No debe tampoco tomar ningún alimento animal, vino, alcoholes, ni narcóticos, y su mente, en fin, ha de permanecer cerrada a cuanto no sean las verdades universales de la Naturaleza.

Adviértase, pues, la diferencia esencial que media entre el Ocultismo y las llamadas Ciencias Ocultas⁸⁵. Aquel pertenece a la Triada Superior, a la divina Individualidad del Hombre, y que, como tal Individualidad, es la misma a lo largo del ciclo de las encarnaciones, mientras que todas las Artes Ocultas, sin excepción, son meros logros de la Personalidad inferior, que cambia de nacimiento en nacimiento, por lo cual pueden hacer análogos progresos en estas últimas el puro que el perverso, porque ellas son meras reflexiones en un mundo inferior del Arte Uno, Verdadero y Oculto que pertenece a aquella divina Individualidad o *Triada Superior* de Atmâ-Buddhi-Mana, para cuyo “Ojo de Shiva” o Intuición espiritual son ya inútiles semejantes artes.

Por eso, aunque la mera Teosofía, en el sentido vulgar de la palabra, no sea sino el umbral del Ocultismo, todo teósofo verdadero esta más cerca de esto ultimo que los charlatanes doctores en las “ciencias malditas”. La Sabiduría Oculta no es ninguna ramera que desee conceder sus encantos al primero que llegue, sino una casta doncella que no puede ser conquistada sino por la compasión y el amor desinteresado, que harto lo simbolizaba así la inscripción del templo de Isis en Sais: “Yo soy to do lo que ha sido, es y será, y ningún mortal ha levantado mi Velo.”

Ningún mortal, en efecto, ha levantado el velo de la naturaleza espiritual sin antes convertirse en inmortal, triunfando de la muerte misma, antes de poder rasgar el Velo del Templo de la Naturaleza. En otros términos: ha de vivir la conciencia de su Yo inmortal, y ser uno con ella, lo mismo que Jesús era “uno con su Padre” y que el “Corazón de

⁸⁵ El Ocultismo, dice H. P. B., es a las Ciencias Ocultas lo que la luz del Sol a la de una ínfima luciérnaga.

Buddha era también uno con Bodhi, el insondable océano del Amor Espiritual".

Tal es la suprema enseñanza que nos da aquel sabio discípulo de H. P. B. que una vez honrara a los teósofos españoles con su amable visita.

APÉNDICE

APUNTES SACADOS DEL INMORTAL LIBRO DE R. W. EMERSON “HISTORIA Y POLÍTICA”

Todos debemos formarnos nuestra propia ciencia, porque en nosotros está Dios en forma de CONCIENCIA. Por eso nos es indispensable, con ideas propias o ajena, formarnos *El libro de Oro de nosotros mismos*.

Para semejante libro, pocos autores considero más adecuados que el sublime Emerson, hombre verdaderamente representativo de nuestra época, y por eso consigno aquí mis propios apuntes hechos con cargo a la citada obra del Maestro. El lector sacará inmenso provecho de ellos a poco que sobre ellos medite.

Dice el sabio:

- Nadie es pequeño ni grande.
- Existe una inteligencia común a todos los hombres, y cada uno significa un paso hacia la misma. El registro de las obras de esta inteligencia es la Historia, cuyo genio ilustra la serie de los días.
- El pensamiento precede siempre al hecho, y todos los acontecimientos de la Historia existen con anterioridad como leyes en el intelecto. Todo hombre es la enciclopedia entera de los hechos.
- La inteligencia humana ha escrito la Historia y es ella quien debe leerla. Todo hombre es una encarnación de la Inteligencia Universal.
- Las cosas y los hombres tienen el valor que les da la Naturaleza universal.
- De un modo involuntario leamos como seres superiores. Todo lo que Shakespeare dice del rey, el muchacho que lee en un rincón cree que es verdad de él mismo.
- El mundo existe para la educación de cada hombre.
- ¿Qué es la Historia –decía Napoleón– sino una fabula convenida? La

Historia llega a ser subjetiva. No existe, a bien decir. Es solo biografía.

- La razón necesaria de todo hecho debemos verla en nosotros mismos.
- En la manera de asociar las ideas estriba la diferencia entre los hombres.
- Para el poeta, el filosofo y el santo todas las cosas son sagradas y amables, todos los acontecimientos ventajosos, todos los días santos y todos los hombres divinos, porque su mirada, saltando sobre los detalles, sólo se fija en la Vida. La omnicreadora Naturaleza nos sostiene y rodea. El genio escruta con la mirada a través de la metempsicosis de la Naturaleza.
- Decíame un pintor que nadie es capaz de diseñar un árbol sin sentirse *arbol* de algún modo. La identidad radica en el espíritu, no en el hecho, y hace dicho que las almas vulgares pagan con lo que hacen y las nobles con lo que son.
- El verdadero barco es el constructor de barcos; el verdadero poema, el espíritu del poeta.
- Todas las cosas que el individuo contempla fuera de si corresponden sucesivamente a otros tantos estados de su espíritu.
- *Admiramos la antigüedad por natural, no por antigua.*
- El hombre docto interpreta la Edad Caballeresca por su propia edad de abnegación y de heroísmo, y las grandes empresas aventureras por mínimas experiencias análogas de su propia vida.
- Pasan a veces junto a nosotros espíritus raros y extravagantes que nos vienen a descubrir nuevos hechos de la Naturaleza.
- En la protesta que la persona sensata forma contra las supersticiones de su tiempo, hace suyas las que formularon con anterioridad todos los reformadores.
- El Proteo griego es el símbolo de la percepción filosófica y de la identidad esencial de las cosas a través de los infinitos cambios de sus formas. ¿No soy yo el mismo que ayer reía o lloraba, que anoche dormía como un cadáver y que esta mañana volvió a echar a andar resucitado?
- Tántalo no es sino un símbolo aplicable a ti como a mí y al otro. Significa la imposibilidad en que estamos de sorbernos el agua del Pensamiento Cósmico, que

constantemente brilla ante nuestro Espíritu. La transmigración de las almas no es, pues, una fábula; ¡ojalá lo fuese...!; pero cada hombre no tiene de humano sino la mitad. ¡Ah, hermano mío, contén el reflujo de la marea de tu alma, que trata de arrastrarte hacia las formas inferiores en las que antaño viviste!

– Los “hechos” nos abruman y tiranizan convirtiéndonos en hombres rutinarios, en hombres de “buen sentido”, en los que se han extinguido ya todos los destellos de esa clarividencia que le hiciese verdaderamente hombre. Cuando el hombre, en efecto, permanece fiel a sus más elevados sentimientos y rechaza la servidumbre de los hechos tan por bajo de su excelsa estirpe, los hechos entonces se le tornan dóciles y flexibles esclavos suyos. Han conocido ellos ya a su dueño y se le someten.

– La Naturaleza universal, fuerte en demasía para el ínfimo organismo del bardo que la canta, monta sobre sus hombros y le inspira. De aquí el afirmar Platón que los poetas dicen cosas grandes y doctas que no entienden las más de las veces.

– La Magia y todo cuanto a ella se atribuye constituye el hondo presagio del poderío de la conciencia nuestra.

– En el gran Jeroglífico del mundo el círculo es el emblema más elevado. El primer círculo es el ojo, el segundo el horizonte que el ojo contempla. San Agustín describe la Naturaleza de Dios como una esfera cuyo centro está en todas partes, y su superficie en ninguna. En torno de cada círculo se puede describir otro: la Naturaleza no empieza ni acaba en parte alguna. La vida del hombre es un círculo que se ensancha sin cesar.

– En el pensamiento que hoy formula existe en germen una potencialidad capaz de dar al traste con todo cuanto te rodea, y de conducirte hacia un cielo tal, que ningún ensueño épico ha logrado todavía describir. Cada hombre, más que lo que es, es un indicio de lo que podría llegar a ser: es una profecía acaso de un futuro siglo.

– A medida que vamos avanzando en nuestro camino mental, vemos como se van conciliando muchos hechos que creyéramos discordantes en un principio único. ¡Ay del mundo cuando la Divinidad suelta un pensador en este planeta! ¡Todo entonces corre ya peligro!

– La verdadera valentía esta en que el hombre consiga mantenerse donde quiera que se halle, sin que vea jamás envuelto su flanco.

- Hay faltas que son en sí casi virtudes.
- Todo momento es nuevo y viejo al par en la Naturaleza.
- La diferencia entre el intelecto y el carácter es la misma que existe entre la destreza para recorrer un sendero ya trillado y la presencia de ánimo necesaria para abrirnos una nueva senda que nos conduzca hacia panoramas más bellos.
- Jamás se llevó a cabo ninguna obra notable sin el entusiasmo. El hombre –decía Oliverio Cromwell– nunca se eleva tanto como cuando ignora adónde se dirige.
- Nuestra fe es como un relámpago momentáneo, mientras que es habitual nuestro vicio. Sin embargo, hay en aquellos fugaces instantes de fe una profundidad tal que nos obliga a atribuirles mayor realidad que a ninguna otra de nuestras experiencias. Por eso, el argumento a que suele recurrirse para reducir al silencio a cuantos conciben esperanzas extraordinarias, o sea la apelación a la experiencia, ha de reputarse siempre como vano y baldío. El hombre es un río cuyos manantiales permanecen ocultos. El lógico más formidable carece de aquella presciencia que puede dejarle burlado un instante después.
- Solemos pensar que la vida humana es mezquina; pero, ¿cómo hemos descubierto que lo es? ¿De dónde nos viene ese sentido universal de inopia, miseria e ignorancia sino de esa bella intuición que tenemos del alma y de su eterna y formidable protesta contra tales mezquindades? El hombre se anticipa siempre a cuanto de él se diga. En el alma de todo está el hombre.
- Todo cuanto nos rodea se encamina a probar que el alma del hombre no es un órgano, sino aquello que a todos los órganos pone en movimiento; que no es una función, sino la impulsadora de todas las funciones; que no es una facultad, sino una luz; que no es ni la voluntad ni la inteligencia, sino la soberana de entradas; una inmensidad, en fin, que jamás nadie ni nada puede gloriarse de poseer. El hombre es la fachada de un templo donde se alberga el sumo bien y la plena sabiduría. Cuando el alma del hombre pasa a través de su inteligencia, se convierte en Genio; cuando pasa a través de su voluntad, se convierte en Virtud, y cuando a través de sus afectos, en Amor. Por eso toda reforma tiende bajo algún aspecto a que el alma se abra paso por una senda especial a través de nosotros, obligándonos a obedecerla.

– El alma humana, al circunscribir a todas las cosas en sí propia, suprime el tiempo y el espacio y contradice a toda experiencia. Ella puede cifrar una eternidad en una hora y también extender una hora hasta la eternidad. Hay en nosotros otra juventud y otra infancia que la que se mide por el año de nuestro nacimiento. La menor actividad de las facultades intelectuales nos salva hasta cierto punto de las condiciones del tiempo. Presentadnos un volumen de Platón o de Shakespeare, recordadnos simplemente sus nombres, y nos invadirá al instante un sentimiento de absoluta longevidad. ¿La enseñanza de Cristo es menos real ahora que cuando salió de sus labios? Ante las revelaciones del alma, el Tiempo, el Espacio y la Naturaleza se desvanecen.

– Mirando en el porvenir, el alma crea un mundo ante sí. No tiene ella fechas, ni ritos, ni especialidades, ni personas: ¡no conoce ella más que al alma! Los acontecimientos son su vestidura. Sus progresos deben calcularse por su propia ley, no por las reglas de la Aritmética.

– A cada una de las divinas impulsiones del alma, el espíritu desgarra la delgada corteza de lo finito y visible, para respirar en lo Eterno.

– Nuestro conocimiento es superior a la acción. Aún no nos poseemos, pero sabemos que somos mucho más de lo que somos en apariencia. Los hombres, para encontrarse, descienden.

– Por la experiencia social descubrimos que una misma e idéntica naturaleza lo atraviesa todo. Las personas mismas nos hacen conocer lo impersonal. En toda conversación entre dos personas se alude tácitamente a una común naturaleza como a un tercero que es impersonal. Por eso los oyentes, igual que el orador, participan de la propiedad espiritual de lo que éste ha dicho. La sabiduría no es un monopolio de los doctos ni de los sabios.

– Manuel Swedenborg ha dicho que no es signo de inteligencia en nadie el poder probar por si cuanto se quiere. La facultad de discernir lo verdadero de lo falso es la señal de la inteligencia. Nuestra alma nos da nuestras “revelaciones”, que siempre vienen acompañadas de una emoción de sublimidad, porque tamaña comunicación es un flujo del Espíritu Divino en nuestro propio espíritu; un retroceso del arroyuelo individual ante la marea creciente del océano de la Vida. Todos los hombres

experimentan cierto estremecimiento cuando reciben una nueva verdad o una gran acción de esas que salen del corazón de la Naturaleza. Semejante momento es siempre memorable, y va unido a cierto entusiasmo nacido de esa presencia divina, desde el extasis, el arroabamiento y la inspiración profética, que es su forma más rara, hasta el grado más débil de la emoción virtuosa. La revelación es el desarrollo del alma.

– Todos somos maestros en el arte de distinguir los *espiritus* mediante un poder inconsciente. Todas las relaciones sociales no son más que una amplia y juiciosa investigación del carácter y en la que nos ofrecemos para ser juzgados unos por otros. Lo que distingue a los maestros *sagrados* de los maestros *profanos* es que los unos hablan desde *adentro* y los otros desde *afuera*. La Omnipotencia brota del intelecto y es lo que llamamos genio. El genio es religioso y es poeta. Nos hace sentir más nuestro propio valor que el de sus composiciones.

– Cuando conversamos con un espíritu grandemente sencillo, la literatura nos parece mero juego de palabras. Las frases más simples de tal conversación nos resultaran lapidarias, y, sin embargo, son ellas tan pobres en verdad frente a la inmensa riqueza del alma que las imite, que el escribir las equivaldría a recoger del suelo algunos guijarros o almacenar el aire en botellas, cuando nuestras son la atmósfera y la tierra. Las almas de esa especie os tratan cual lo harían los dioses, y son superiores a los soberanos del mundo y a sus poderes.

– El alma original, única y pura, no se entrega místicamente sino al Puro, Original y Solitario, o sea a su Espíritu. Gozoso entonces, aquella advierte que ve ya a través de todas las cosas; puede llamar suya a la Luz, y siente crecer a la planta y caer a la piedra, por una ley inferior a la de su propia naturaleza, porque el mundo no es sino el perenne milagro que el Alma Universal opera.

– Los ensueños de los hombres sencillos y sinceros son proféticos.

– Aprendamos siempre de la Naturaleza, que escoge siempre el camino más corto. Lo que un hombre hace ello posee. Su fuerza radica en si mismo. ¿Qué han de importarle la esperanza o el temor?

– Vuestro genio, la cualidad que os distingue de los demás, vuestra susceptibilidad de recibir cierta clase de influencias, determinan vuestra propia significación en el plan del

Universo. Un hombre es un método. Es como un imán entre limaduras de hierro. Los hechos, gentes, palabras, que sin saber por qué se graban en su memoria, permanecen en ella porque guardan con el una relación real aunque desconocida. Constituyen para él símbolos de gran valor que pueden auxiliarle a interpretar partes de su conciencia que en vano buscará fuera de si mismo.

– Ningún hombre aprenderá lo que no está preparado para aprender, por muy cerca que esté la cosa de su vista. Un químico puede revelar confiadamente a un carpintero sus más preciosos secretos patentables, cosa que no haría con otro químico. Dios nos protege eternamente contra las ideas prematuras.

– No en la Naturaleza, sino en el hombre, es donde se halla todo lo bello y el bien que percibe.

– Hay encantos en el porte de una persona noble y cortes que pasarán inadvertidos a los ojos de un místico, y esto induce a pensar en las estrellas cuya luz aun no ha llegado a nosotros por su increíble lejanía. El hombre no comprende sino aquello que es capaz de realizar.

– Nuestros sueños son consecuencia de lo que conocemos durante la vigilia, porque existe cierta proporcionalidad entre las visiones de la noche y las del día. Las más horribles pesadillas son la exageración de las faltas cometidas durante el día. “Hijos míos –decía un anciano a sus hijos, asustados a la vista de una estatua colocada en un sendero sombrío– nunca veréis nada peor que vosotros mismos.”

– Sólo se puede leer lo que se es capaz de escribir. Llevad a un zafio entre caballeros. Nada conseguiréis. Cada sociedad se protege a si misma: el intruso es siempre intruso aunque su cuerpo este allí. El hombre no enseña sino con su propia obra. Escribe, pues, con sinceridad para que no pase de moda lo que escribas. Sydney lo dijo: “Mira en tu corazón y escribe.” Sólo es digno de ser transmitido al público el descubrimiento que habéis hecho anhelando satisfacer vuestra propia curiosidad. El escritor que busca asunto por los ojos y los oídos y no por el corazón, deberla saber que pierde más que gana. ¡Sólo la vida puede dar la vida!

– Se puede leer lo que se es capaz de escribir; ¿qué podemos comprender o adquirir sino lo que somos? Cada autor representa mil libros diferentes para mil distintas

personas. Tomad el libro, leed hasta deshojaros. Jamás hallareis en ello que yo encuentro.

– El hombre puede fijar su propio valor. El hombre enseña obrando, no de otro modo. Le será fácil instruir a los demás si es capaz de comunicarse a sí mismo. No hay enseñanza mientras el alumno no se halla en vuestro mismo estado o no parte del mismo principio que vosotros. Al aprender, el es vosotros y vosotros sois él.

– El carácter humano se muestra a sí propio eternamente. La naturaleza fija terribles límites al poder del disimulo. La verdad extiende su imperio tiránico a todos los miembros del cuerpo que carecen de voluntad. Cuando un hombre dice la verdad con espíritu de verdad, sus ojos son tan claros como la luz. Cuando persigue móviles inconfesables y habla falsamente, sus ojos miran de soslayo o se enturbian. Es la misma ley que hace que toda obra de arte nos ponga en el mismo estado de espíritu en que estaba el autor cuando la concibió.

– Si no queréis que se sepa que hicisteis una cosa, no la hagáis. Si un hombre comete locuras en medio de un desierto, cada grano de arena le podrá delatar. Confucio exclamaba: “¿Cómo es posible que el hombre se oculte?” Sé, y no parezcás.

– Sed vosotros mismos un regalo y una bendición. Brillad con luz propia, no con luz tomada a préstamo por dadivas.

– El hombre es su propia estrella. Nada es para el prematuro ni tardío.

– Creer en nuestro propio pensamiento; creer que lo que es verdad para nosotros en el fondo de nuestro corazón lo es para todos, esto constituye el genio. Expresad vuestra convicción íntima y la veréis convertida en opinión universal, ya que el tiempo transforma las cosas interiores y las convierte en externas. El hombre debiera aprender la manera de inquirir y estudiar ese rayo de luz que, partiendo de lomas profundo de su sé, atraviesa su alma, y preferir tamaña claridad al resplandor de todo un firmamento constelado de sabios y de poetas.

– El hombre renuncia a su pensamiento, y lo desdeña porque le es propio. En cada hora genial encontramos nuestras propias ideas, un día menospreciadas, refluendo hacia nosotros con el ropaje de una extraña majestad.

– El poder que en el hombre reside es nuevo en la Naturaleza. Nadie sino él sabe lo

que por su medio puede llevar a cabo, y el tampoco lo sabe sino después que lo ha experimentado. A menudo, al expresarnos, lo hacemos a medias; se diría que nos avergüenza esa idea divina que cada uno de nosotros representa. Sin embargo, puede confiarse absolutamente en ella como cosa siempre proporcionada a nuestras energías y que promete el éxito a condición de ser perfectamente interpretada. Pero Dios no quiere ver realizada su obra por cobardes, y el hombre siente alivio y satisfacción cuando pone su corazón entero en su obra y la ejecuta lo mejor que puede. *Cree en ti mismo*; todo corazón vibra al son de esta férrea cuerda.

– Acepta el puesto que el Destino, la sociedad de tu tiempo y el encadenamiento de los sucesos ha encontrado para ti. Así lo hicieron siempre los grandes hombres, confiándose como niños al genio de su época.

– El que aspira a ser un hombre debe ser siempre un rebelde. No debe detenerle eso que se llama bien hasta inquirir si real mente es el bien. Nada hay sagrado sino la integridad de nuestra propia conciencia. El mundo os absolverá si podéis absolveros vosotros mismos. El hombre debe conducirse en presencia de cualquier oposición como si todo, excepto él, fuese efímero y las cosas simples apariencias. La verdad es más hermosa que la afectación y que un falso semblante de simpatía, y vuestra bondad o no es nada o debe de tener cierta aspereza a veces. Cuando mi genio me llama, abandono padre, madre y esposa.

– Los hombres ejecutan lo que se llama una buena acción, un acto de valor o de caridad, cual si en cierto modo quisieran pagar un seguro para no ser señalados con el dedo. Tales obras vienen a tener así el carácter de una excusa o atenuación de la vida que en el mundo llevan. Son penitencias sus virtudes.

– Es harto fácil el vivir en el mundo conformándose con la opinión ajena, y no lo es menos el vivir en la soledad conforme a la nuestra; pero el hombre verdaderamente grande es el que, en medio de la muchedumbre, conserva con dulce y perfecta calma la independencia de su soledad.

– Haced obra propia y os reconoceré. Hacedla y os fortificaréis. La Naturaleza no tarda en revestirnos ton la librea del partido al que nos adherimos. La necia perseverancia en el mismo pensamiento es el fantasma de los entendimientos

estrechos. ¿Qué importa ser mal comprendido? A Pitágoras no le comprendieron; ni a Socrates, ni a Jesús, ni a Lutero, ni a Copérnico, ni a Galileo, ni a Newton, ni a ninguno de los puros y sabios espíritus que han honrado a la Humanidad. *Ser grande implica el ser incomprendido.*

– Los hombres se imaginan que para dar a conocer su virtud o su vicio tienen que realizar acciones ostensibles, y no reparan en que la virtud y el vicio se exhalan a cada instante con su aliento

– Sepa el hombre conocer su propio valor y sobreponerse a todas las cosas. La fábula popular del rustico tonto a quien recogen en la calle completamente ebrio, le conducen al Palacio ducal, le lavan, visten y acuestan, y cuando despierta le tratan como si fuese el verdadero señor de todo aquello, debe su popularidad al hecho de que simboliza el estada del hombre en este mundo, donde es una especie de imbécil, pero de vez en cuando despierta, ejercita su razón y se ve convertido entonces en un príncipe verdadero.

– La sugestión que toda acción original ejerce se explica cuando se busca la razón de la confianza en sí mismo. ¿Quién es *Aquél* de quien uno se confía? ¿Cuál es ese *Yo primordial* sobre el que puede basarse una universal confianza? ¿Qué naturaleza y qué poder tiene esa Estrella que, sin paralaje calculable, se burla de la ciencia y que lanza un rayo de luz sobre las acciones más pobres y triviales con tal de que en ellas se encuentre un rasgo de personalidad independiente? La investigación nos lleva esa fuente que es a la vez la esencia del genio, de la virtud y de la vida, y a la cual designamos con el nombre de espontaneidad o instinto.

A esa sabiduría primitiva la llamamos “intuición”, mientras que todo cuanto aprendemos y deducimos después no son más que “tuiciones”. En esa fuerza profunda es donde todas las cosas encuentran su común origen, porque el sentimiento de la vida, de la existencia que se eleva en el alma en las horas de apacible calma, sin saber como, no es diferente del espacio, de la luz, del tiempo ni del hombre y procede manifiestamente de aquel mismo manantial de donde toma origen su vida y su sér... Aquí está la fuente de la acción y del pensamiento. Estos son los pulmones cuya aspiración comunica al hombre la sabiduría y cuya existencia no puede ser negada sin incurrir en impiedad y en ateísmo. Las relaciones del alma con ese espíritu divino son

tan puras que se las profana al intentar interpretarlas.

– ¿Cómo entienden los hombres la oración? Lo que llamamos deber sagrado, no es siquiera una ocupación noble y viril. Vuestra plegaria mira hacia afuera y parece solicitar la concesión de un aditamento de bienes extraños, obtenidos por medios extraños también. La oración con la que se implora un bien particular, *sea el que fuere*, y menor que “todo el bien”, es viciosa. La verdadera oración es la contemplación de los hechos de la vida tomada desde el más elevado punto de vista. El soliloquio de un alma estática dada en gozo, en admiración. Es el espíritu de Dios declarando sus buenas obras. Pero la oración empleada como medio para conseguir un fin particular, es bajeza y robo. Supone dualismo, no unidad, entre la Naturaleza y la conciencia. Cuando el hombre se siente uno con Dios, no implora, sino que ve oración en todas sus acciones. La del labrador inclinado sobre su campo para cavarle, la del barquero al arrodillarse al golpe del remo, aunque estén inspiradas en fines particulares, son verdaderas plegarias oídas en toda la Naturaleza.

– Nuestras quejas son otra especie de falsas oraciones. El descontento es una falta de confianza en si mismo: una enfermedad de la voluntad. El secreto de la fortuna está en la alegría de que gozamos. Aquel que se ayuda a sí mismo, es para siempre jamás amado de los dioses y de los hombres. Para él se abren de par en par las puertas; todas las lenguas le felicitan; corónanle todos los honores y todas las miradas le siguen con envidia. Los dioses le aman, porque los hombres le odian.

– En los momentos de virilidad sentimos que nuestro sitio es el deber. El alma no es dada a viajar. El hombre prudente permanece en su casa, y cuando en cualquier ocasión sus necesidades, sus deberes le sacan de ella y le conducen a otros países, está siempre como en su casa. Por su actitud dará a comprender que lleva consigo la prudencia y la virtud y que visita a las gentes y a las ciudades como un soberano, no como un contrabandista. No es mi ánimo el reprochar los viajes con fines artísticos, de beneficencia o de estudio, siempre que antes se hayan adquirido hábitos sedentarios y no se vaya con la esperanza de encontrar algo más grande que lo conocido. En cambio, el que viaja para entretenerte o para adquirir algo que no lleva consigo, se ausenta de sí mismo y se hace viejo, por joven que sea, entre cosas antiguas... Nuestros espíritus viajan cuando nuestros cuerpos se ven forzados a permanecer

inactivos.

– Afírmad vuestra personalidad, y nunca imitéis. Lo mejor que cada cual puede hacer, el solo puede descubrirlo. Nadie sabe lo que sois ni lo que podéis antes de que lo hayáis demostrado. Todo grande hombre es único.

– La sociedad no avanza nunca. Simplemente cambia. Pierde por un lado lo que gana por otro. Se enriquece con artes nuevas y pierde antiguos instintos. El hombre civilizado construye carrozas, pero ha perdido el uso de sus pies. Se apoya en muletas, pero se sostiene menos en sus músculos. Lleva un buen reloj suizo pero no sabe averiguar la hora por el Sol. Puede consultar el almanaque náutico de Greenwich, y así, seguro de hallar informes y datos siempre que los necesite, el hombre de la calle no conoce una estrella del cielo. No observa el solsticio, conoce menos aún el equinoccio y todo el brillante calendario del año no tiene un cuadrante en su espíritu. Su carnet de notas debilita su memoria, las Bibliotecas ahogan su inteligencia; las Sociedades de Seguros aumentan los accidentes, y cabe preguntarse todavía si las maquinas no embarazan demasiado, si no hemos perdido alguna energía con el refinamiento... En cada estoico había antaño un estoico, pero, en la cristiandad, ¿dónde está el cristiano?

– Las artes e invenciones de cada época no son sino el respectivo traje de ellas y fortalecen a los hombres; Hudson y Belving lograron tantas con su sencilla barca pescadora, que asombraron a Parry y a Franklin, cuyo equipo agotó los recursos del Arte y de la Ciencia. Galileo, con un vulgar anteojito descubrió una serie de fenómenos celestes más importantes que cuantos se han observado después. Colón encontró el Nuevo Mundo navegando en una carabela y es curioso observar cómo caen periódicamente en desuso maquinas antes introducidas con alabanzas innumerables... Por todo ello, el hombre grande retorna al hombre esencial. La sociedad es una ola que avanza sin avanzar el agua que la forma.

– Nada pidas a los hombres. En la perpetua mudanza que te rodea, tú, única columna firme, serás bien pronto el sostén de cuanto te rodea. Desprecia como ilegítimas las ganancias de la Fortuna y trata con la Causa y el Efecto, los dos cancilleres de Dios. Trabajando y adquiriendo mediante tu voluntad, encadenaras la rueda de la Fortuna y estarás al abrigo de sus rotaciones. Nada puede traerte la paz sino tu mismo. Nadie puede darte el sosiego sino el triunfo de los principios.

– Encontramos la Polaridad o ley de acción y reacción en todas las partículas de la Naturaleza: en la obscuridad y la luz; en el frío y el calor; en el flujo y el reflujo del mar; en el macho y la hembra; en la inspiración y expiración de las plantas y de los animales; en la ecuación de la cantidad y de la cualidad de los fluidos del cuerpo animal; en la sístole y diástole cardiaca; en las ondulaciones de los fluidos y del sonido; en las fuerzas centrífuga y centrípeta; en la electricidad, el galvanismo y la afinidad química. Si magnetizáis positivamente el extremo de una aguja, el otro extremo quedara magnetizado negativamente. Si el Norte atrae, el Sur rechaza. Para vaciar de aquí es preciso amontonar allí. Así un inevitable dualismo divide a la Naturaleza en dos partes iguales, recíprocamente integradas, como se advierte en el espíritu y la materia; el hombre y la mujer; lo par y lo impar; lo subjetivo y lo objetivo; lo interno y lo externo; lo superior y lo inferior; la afirmación y la negación; el movimiento y el reposo.

Al propio tiempo que el Mundo es una dualidad lo son también sus partes todas, pues que el sistema entero está representado en cada partícula. En una ramita de pino, en un grano de trigo, en cada individuo de cualquier especie sensible, hay algo semejante al hombre y la mujer, al día y la noche, al flujo y reflujo del mar. Los fisiólogos han observado que no existen en el reino animal criaturas favorecidas, sino que una cierta compensación equilibró siempre las cualidades y los defectos. Un exceso en un lado lo compensa con una perdida en el otro. Si la cabeza y el cuello se alargan, el tronco y las extremidades se acortan. La teoría de las fuerzas en Mecánica es otro ejemplo de esto. Lo que se gana en fuerza se pierde en tiempo, y al contrario. En los planetas los errores periódicos se compensan; en la historia política el suelo y el clima se compensan también. El suelo árido no engendra fiebres, ni cocodrilos, ni tigres.

El mismo dualismo existe en la Naturaleza y en la condición del hombre.

Cada exceso causa un defecto, cada defecto un exceso. Todo mal tiene su bien, toda dulzura su amargor. A cada facultad que nos causa placer va unida una pena inherente al abuso del mismo. Por cada grano de ingenio, hay uno de locura. Por todo cuanto se pierde, se encuentra alguna otra cosa, y por todo lo que se gana, algo se pierde. Si las riquezas aumentan, el numero de los que las usan aumenta también. Si alguno acopia demasiado, la Naturaleza recupera bien pronto lo que atesoró. La fortuna crece como

la espuma, pero mata a su propietario, porque la Naturaleza aborrece las excepciones y los monopolios, No buscan más las aguas del mar su nivel en la mayor agitación, que lo que las varias condiciones humanas tienden a igualarse. Hay siempre por eso una circunstancia niveladora que torna a la realidad al orgulloso, al afortunado, al rico y al soberbio, poniéndole en el mismo pie de igualdad que los demás. Así la Naturaleza sabe ablandar el cuarzo y sustituir el lobo con el cordero, para mantener la balanza en el fiel. ¿Desean los hombres la grandeza más real y perdurable del genio? Pues tampoco hallaran en ella inmunidad. Quien por la fuerza de su mente o de su voluntad llega a ser grande dominando a millares de hombres, tendrá la responsabilidad de su posición preeminente. ¿Posee la verdad? Debe dar testimonio de ella y ha de abandonar por ella a los seres más queridos. ¿Posee todo lo que admira, sospecha y envidia el Mundo? Pues tiene que desconcertar y despistar a las gentes convirtiéndose en la irrisión de todos y en objeto de general menosprecio...

– Las cosas no se prestan a ser mal dirigidas durante largo tiempo. Aunque no se advierta ningún freno para un nuevo peligro, la represión existe, y a la postre se la vera. Si el gobierno es cruel, la existencia del gobernante peligrará. Si establecéis impuestos muy crecidos, la renta producirá menos por otro lado. Si dictáis leyes penales sanguinarias, los Jurados no condenaran. Si erigís el terror en sistema, la presión se vera también contrapesada por un aumento de energía en las ciudadanos, y la vida arderá con llama más viva. Diríase que la vida y la dicha reales del hombre parecen excluir los extremos de felicidad y de miseria, y ser susceptibles de establecerse sobre las circunstancias más distintas, con la mayor indiferencia siempre.

– Cada cosa de la Naturaleza contiene todas las energías de esta. Todo está constituido por una sola materia desconocida. Así, el naturalista ve un tipo único a través de todas las metamorfosis y contempla en el caballo, al hombre que corre; en el pez, al hombre que nada; en el ave, al hombre que vuela; en el árbol, al hombre dotado de raíces. Cada nueva forma reproduce, no sólo el principal carácter del tipo, sino todos los detalles, tendencias, progresos, obstáculos, energías y el sistema entero de los de más seres. Cada individuo es un emblema completo de la vida humana y debe representar de algún modo al hombre entero y reproducir su destino. En una gota de rocío se condensa el mundo. El Universo halla medios de mostrar todo su valor en cada

punto. Así, el Universo es un Ser Vivo.

– Todo secreto se divulga, todo crimen es castigado y recompensada cada virtud. Todo mal queda reparado en silencio, pero indefectiblemente y lo que llamamos retribución, no es sino la necesidad universal que fuerza al Todo a comparecer allí donde se muestra una de sus partes. Si veis humo, allí hay fuego; si veis una mano, sabéis que el cuerpo a que pertenece está detrás. Todo acto tiene su recompensa en sí, o mejor dicho, se integra de dos maneras; primero en la cosa misma, en la naturaleza real, después en las circunstancias, o sea en la naturaleza aparente. Los hombres llaman a esta circunstancia ley de retribución. La retribución es inseparable de la cosa, pero a menudo se extiende a un largo periodo de tiempo y por ello, hasta transcurrir a veces muchos años, no llega a distinguirse. El crimen y el castigo se desarrollan en el mismo tallo, y este es el fruto insospechado de aquél, madurado ocultamente en la flor del placer. Porque no se puede separar la causa, del efecto; los medios, del fin; la semilla, del fruto; dado que el efecto germina en la causa, el fin preexiste en los medios y el fruto está contenido virtualmente en la semilla.

– El alma dice: “come”; el cuerpo querría tener un banquete. El alma dice: el hombre y la mujer no son más que una carne y un “alma”; el cuerpo sólo querría unirse a la carne. El alma ordena; “domina todas las cosas para subordinarlas a los fines de la virtud”; el cuerpo querría dominarlas todas para someterlas a sus propios fines.

– El alma se esfuerza en vivir y obrar a través de todas las cosas. Quisiera ser el hecho único. Todo lo demás: poder, placeres, saber, belleza, le sería dado de añadidura. El simple particular aspira a ser algo, a alzarse sobre sí mismo, a traficar y regatear por su bien privado, a ir a caballo por ir a caballo; a vestir bien por vestirse; a comer por comer, y a gobernar por exhibirse. Los hombres pretenden ser grandes; persiguen los cargos, el poder, la posesión de riquezas, la gloria. Imaginan que ser grande es entrar en posesión de la Naturaleza por un lado, por el bueno, prescindiendo del otro, del doloroso. Semejante manera de mutilar está contrarrestada por los hechos. Del mismo modo que no podemos dividir en dos las cosas, tampoco podemos tener luz sin sombra. Echad lo natural, y ello volverá a galope. Existe una grieta en todas las cosas que Dios ha hecho. Tal es la antigua doctrina de Némesis, que vela en el Universo y no consiente que falta alguna quede impune.

– Lo mejor en las obras de cada autor es lo impersonal que haya en ellas; lo que produce inconscientemente; lo que surge de su constitución y no de su invención, harto activa.

– Los proverbios, como los libros sagrados de cada pueblo, son el santuario de las instituciones. Lo que el mundo perezoso, encadenado a las apariencias, no permitirá decir al inspirado con sus propias palabras, se lo tolerará sin contradecirle en los proverbios, y esta ley de las leyes que niega el pulpito, el Senado y la Universidad, se predica a todas horas en todos los mercados y talleres por multitud de adagios cuya enseñanza es tan real y universal como los pájaros o las moscas.

– Todas las cosas son dobles; tienen su anverso y su reverso. Donde las dan tas toman; ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre, medida por medida, amor por amor...

– El hombre no puede hablar sin juzgarse a si mismo. Lo pretenda o no, en cada palabra traza su retrato a los ojos de su interlocutor. Toda opinión recae sobre aquel que la emite y no podéis hacer el mal sin padecerlo. En religión, el que cierra la puerta a los demás no ve que la cierra para si mismo. Todas las infracciones a la equidad y al amor debido al prójimo en las relaciones sociales pronto reciben su castigo. Nos encontramos unos con otros como se juntan las aguas o como se confunden dos corrientes de aire. Pero así que se aparta uno de la cordialidad, o emplea efugios y arterias; tan luego como lo que es bueno para mi no lo es para mi vecino, siente este el agravio; me evita tanto como yo procuro evitarle; sus miradas no buscan las mías y la guerra se declara entre nosotros; el siente odio y yo temor.

– La sociedad venga siempre de la misma manera todos los antiguos abusos generales o particulares; todas las acumulaciones injustas de propiedad y poder. El temor es un maestro muy sagaz, y el heraldo de todas las revoluciones. Es un buitre husmeando la carroña.

– Las personas experimentadas saben perfectamente que lo mejor es pagar al contado, y que a veces cuesta muy cara una pequeña economía. ¿Se gana algo en recibir cien favores y no hacer ninguno? En el mismo instante que contraemos una deuda surge ante nuestra mente la conciencia de la merced que se nos concede, es decir, de

superioridad e inferioridad. Pronto se advierte que hubiera valido más romperse la crisma a pie que haber ido en el coche del vecino y que el más elevado precio que pueda darse por una cosa es el haberla pretendido de balde. Pagad, pues, siempre. Tarde o temprano será preciso pagar la deuda entera. El beneficio es el fin de la Naturaleza, pero por cada beneficio recibido se impone una obligación. Es grande todo aquel que produce el bien y lo es tanto más cuanto mayor suma de bienes realiza. Y es vil, la cosa más vil de la tierra, el que recibe mercedes y no hace ninguna.

**FIN DE “EN EL UMBRAL DEL MISTERIO”
Y DEL TOMO II, SERIE A,
DE LA
BIBLIOTECA TEOSÓFICA DE LAS MARAVILLAS**

EL PRESENTE LIBRO,
SEGUNDO DE LA BIBLIOTECA TEOSÓFICA DE LAS MARAVILLAS,
ESTA INTEGRADO POR ARTÍCULOS DIVERSOS
PUBLICADOS EN VARIOS DIARIOS Y REVISTAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA.
LA PRIMERA EDICIÓN APARECIÓ EN 1909, PRECEDIDA EN EL MISMO AÑO
POR EL LIBRO
“HACIA LA GNOSIS”
ESTA EDICIÓN NUEVA, CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA,
FUE EMPEZADA A IMPRIMIR EL 22 DE ABRIL
Y TERMINADA EL 5 DE JULIO DE 1921.

¹ Séanos permitido, a guisa de ampliación de este hermoso hecho, el transcribir lo que acerca de él decimos en nuestra obrita sobre *La Fantasía*, capítulos de “El Sol y el Espíritu, la vigilia, el reposo y sus crepúsculos”.

“El orden con que se suceden el día y la noche sobre la superficie de nuestro planeta, parece tener en la vida del hombre una admirable correspondencia, ya que no en vano el Sol es principio vital del Universo.

Cuando despertamos tras un sueño tranquilo, todas nuestras facultades renacen; los últimos recuerdos de la noche se disipan como las brumas de la montaña, cediendo su puesto a las esperanzas del naciente día; el cuerpo está ágil después del descanso, el alma, como el pájaro que salta de rama en rama saludando al nuevo Sol con sus trinos, deja las regiones de la quimera, tiende sus alas en los horizontes de la vida, recibiendo raudas impresiones de los sentidos que hace poco dormían, y el hombre reanuda sus trabajos habituales, como la Naturaleza entera parece reanudar los suyos, bajo los rayos del gran astro que derrama sobre ella sus inagotables energías mecánicas, físicas y químicas.

El Sol avanza en su carrera y con él las tareas del día; acércase a su ocaso, desaparece luego extendiendo la noche su manto, y la vida de los vegetales, como la de casi todos los seres del reino animal, parece que se aletarga al faltar las excitaciones de la luz. Los animales nocturnos empiezan entonces la suya, y de aquellos seres que ha poco se alegraron con la aurora del nuevo día sólo queda en pie el hombre, imagen de la Divinidad, que puede aún alzar su frente a los cielos, para admirar las sublimes tristezas del crepúsculo vespertino y extasiarse luego ante las miríadas de los soles del abismo cerúleo.

También el hombre precisa rendirse al fin a las leyes de la vida, ya que, cual las cantidades variables matemáticas, ha de tener sus máximos y mínimos. La necesidad cada vez más apremiante del reposo le paraliza los nervios, le embota los sentidos y se le impone con fuerza avasalladora.

Pero el alma humana, más admirable en su pequeñez que el astro rutilante del día, tampoco puede sepultarse en el sueño, ni reaparecer puede sin crepúsculos. A la manera de una revelación misteriosa que le hiciese comprender que ella no muere como muere el día, su crepúsculo vespertino, que al reposo completo la conduce, nada tiene de triste sino que es tranquilo, cuando ella está tranquila, acompañándole dulces sensaciones de bienestar, tanto mayor cuanto más intensas han sido las fatigas del día.

Cuando el hombre se entrega al descanso no tardan en relajarse todos sus músculos, y esta relajación va interesando a los nervios periféricos, tanto motores como sensitivos, con esa especie de anestesia natural, suave beleño de los poetas. Los párpados se cierran; la obscuridad impone a ambos nervios ópticos inanición forzosa, pues que cumplieron ya su cometido en la vigilia como los del olfato y los del gusto; el tacto se desvanece con cierta general voluptuosidad, apenas si vigila un momento más el oído, que por breve tiempo hace la centinela; se recuerda poco, ya no se raciocina, y las impresiones culminantes del día, atesoradas en las profundidades del cerebro, fluyen suaves, casi desvanecidas en sus perfiles, como si la voluntad, que antes les encadenara poco o mucha, empezara a perder su influjo sobre ellas entregándolas después a si mismas. Incolora e indescriptible neblina embarga todo el ser...; es un poquito de humo de la fantasía, que se desvanece la última...: un instante después el hombre está dormido.

¿Qué es entonces la persona humana? ¿Ha muerto un momento para la vida, remedando el día acaso no remoto del eterno sueño? Dormidos los sentidos, dormida, al parecer, la mente, con su razón, su memoria, su voluntad y su fantasía, dormido, en fin, todo lo que en el hombre no vegeta y hasta postrada un tanto la vida vegetativa, ¿es el cuerpo una planta cuya savia sanguínea circula en un tronco casi inerte del que ha poco irradiado supremas energías psíquicas? ¿Es un ser el más bajo en la escala zoológica del que puede decirse que existe y que casi no vive, o es el augusto santuario del alma velado al exterior por la pasajera postración de los sentidos y al exterior por genuinas atonías de las facultades superiores del cuerpo dependientes, o al cuerpo encadenadas?

.

Respetemos por el momento esa inanición *sui generis* en que yace el hombre cuando duerme, verdadera noche de su espíritu, bastante más breve que la noche del día. Siguiendo nuestra general ojeada vemos iniciarse a las pocas horas una reacción en diverso sentido.

Semejante a una nueva creación, de los ámbitos misteriosísimos de la nada y del no ser, vagos e inconexos perfiles resurgen ante el alma, a quien siempre encuentra despierta, aunque inactiva. Las facultades psíquicas, que aparecieran en el sueño perdidas y amontonadas en la vigilia, se desdoblan entonces, encontrándose frente a frente el yo y la fantasía, monada, simplicísima el primero, mundo gigante la segunda, donde no tardan en desarrollarse gradualmente escenas tan ficticias como verdaderas resultan a los ojos del alma, a quien, faltándole todo lo que en la vida real le caracteriza, nada le falta en los imaginarios argumentos del ensueño que le absorbe y le domina...

He aquí el crepúsculo matutino del alma, que suele anticiparse a la aurora sonriente del día tiñendo de arreboles los cielos de la fantasía, y difundiéndose por el organismo, cual los rayos del Sol material que ya se acerca, tiñe las altas regiones de la atmósfera, esparciendo en la Naturaleza la luz y la alegría.

Como el día nace al fin de la lucha de esta luz que llega con las tinieblas que huyen, la vida real no tarda en resultar tras las excitaciones generales que engendra esa especie de antagonismo del yo con la fantasía que lentamente va interesando a todas las facultades dentro del organismo aún velado a las impresiones exteriores. La barrera, antes infranqueable entre ellas, y la realidad objetiva, empieza a quebrantarse por un lado bajo los embates de las investigaciones motoras, que de dentro afuera determinan las exigencias de la escena ficticia que se desarrolla en los grandes centros nerviosos, y merced por otro al oleaje de impresiones sensitivas que llegan de fuera, ya por el nervio acústico, que se va afectando mas y mas por los crecientes ruidos, ya mediante los nervios sensitivos del tacto, ya, en fin, por el mismo nervio óptico, a cuya retina llegan furtivos rayos de luz.

El hombre ha despertado: torna a ser el que fuera antes de dormirse, y su conciencia psicológica tremola victoriosa, dominando con la voluntad puesta ya en juego, sobre unos sentidos reconfortados y unas facultades activas.”